

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA



TESIS DOCTORAL

**La ciudad fronteriza: urbanización y espacio público en la
España urbana del interior: Guadalajara, 1840-1905**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Javier San Andrés Corral

Director

Luis Enrique Otero Carvajal

Madrid

© Javier San Andrés Corral, 2021

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA



TESIS DOCTORAL

**LA CIUDAD FRONTERIZA. URBANIZACIÓN Y
ESPACIO PÚBLICO EN LA ESPAÑA URBANA DEL
INTERIOR: GUADALAJARA, 1840-1905**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Javier San Andrés Corral

DIRECTOR

Luis Enrique Otero Carvajal

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA
Departamento de Historia Moderna e Historia Contemporánea



TESIS DOCTORAL

**LA CIUDAD FRONTERIZA. URBANIZACIÓN Y
ESPACIO PÚBLICO EN LA ESPAÑA URBANA DEL
INTERIOR: GUADALAJARA, 1840-1905**

Memoria para optar al grado de doctor presentada por

Javier San Andrés Corral

Director

Dr. Luis Enrique Otero Carvajal

Madrid, 2020

ÍNDICE

RESUMEN	5
ABSTRACT	7
INTRODUCCIÓN	13
CAPÍTULO 1. <i>URBS AUGUSTA</i>. LA INVENCION DE UNA CAPITAL	29
1.1. El maestro de postas	29
1.2. <i>Urbs vetera</i> : orgullosa ciudad, capital de su provincia	36
1.3. La capital provincial en el marco del Estado liberal: influencia moral y espacio público	46
1.4. De la capitalidad a la centralidad	52
1.5. La construcción simbólica de la capitalidad	66
CAPÍTULO 2. LA LUCHA POR LA TIERRA: LA CONQUISTA DE LA CIUDAD Y DE LA PROVINCIA	83
2.1. El Cabildo de Labradores	83
2.2. Comunitarismo rural e individualismo agrario	91
2.3. La quiebra del equilibrio agroecológico	108
2.4. La lucha por la tierra: resistencia comunal y conflictos de intereses	127
2.5. La nueva notabilidad: teoría y práctica de la clase ociosa	138
2.6. Grandes expectativas	140

CAPÍTULO 3. EN LA FRONTERA: INMIGRACIÓN, FAMILIA Y ARTICULACIÓN SOCIAL	153
3.1. Un hogar abierto	153
3.2. Hospital, inclusa y asilo: la ciudad de la muerte	158
3.3. Ciudad soñada, estación de paso y destino fortuito	169
3.4. Entre la protección y la reproducción social: el nacimiento de un nuevo modelo de relaciones familiares	191
 CAPÍTULO 4. LA CIUDAD DISCONTINUA. LA PRODUCCIÓN DEL ESPACIO URBANO Y SU DIFERENCIACIÓN SOCIAL	 203
4.1. La travesía de Guadalajara	203
4.2. La capital se hace visible: heterotopías y espacios sacralizados	208
4.3. El desbordamiento de la ciudad medieval: apropiación espacial y racionalización urbanística en la Restauración	225
4.4. La producción del espacio residencial: especulación y domesticidad	231
4.5. Topografías de la opulencia y la miseria: la diferenciación social del espacio urbano	248
 CAPÍTULO 5. LA MALDICIÓN DE ARACNE: MERCADO DE TRABAJO E IDENTIDADES EN UNA CIUDAD DE SIRVIENTAS Y JORNALEROS	 271
5.1. Las últimas hilanderas	271
5.2. La crisis de los oficios tradicionales	278
5.3. Universo jornalero con empleados al fondo	287
5.4. El trabajo invisibilizado de las mujeres	297
5.5. El mercado de trabajo en el cambio de siglo: entre la subalternidad y la diversificación	309
 CAPÍTULO 6. LA CIUDAD MORAL Y SUS LÍMITES. POBREZA, SOCIABILIDAD Y CONTROL SOCIAL	 319
6.1. Café de la casa	319
6.2. El despliegue de la ciudad moral	326

6.3.	De la cuestión moral a la cuestión social: la pobreza y el sistema benéfico-asistencial	335
6.4.	La ciudad y el deseo: sociabilidad interclasista y espacios heterotópicos	352
6.5.	Del ocio de la elite al ocio de la multitud	369
 CAPÍTULO 7. LA LIBERTAD SIMULADA: CIUDAD REBELDE, CIUDAD DEFERENTE		 373
7.1.	Una orquesta de cuernos, caracolas y cencerros	373
7.2.	El aprendizaje de la nueva política	378
7.3.	De Figueroa a Romanones: libertad simulada, poder indisimulado	389
7.4.	El intrincado camino de la democracia: los republicanos y la amenaza a la hegemonía liberal	398
7.5.	Artesanos políticos: el nacimiento del socialismo	404
7.6.	La defensa de la comunidad y del oficio	411
 CONCLUSIONES		 419
 BIBLIOGRAFÍA		 425
 ÍNDICE DE FIGURAS		 453

RESUMEN

Esta tesis doctoral se ocupa de la ciudad y la urbanización en la España de la segunda mitad del siglo XIX y los primeros años del XX. Para ello, se ha elegido como objeto de estudio Guadalajara, una pequeña capital de provincia castellana, que ocupó una posición subalterna en la red urbana del interior en torno a Madrid, y en la que el cambio histórico adoptó un ritmo más moderado que en otros espacios más populosos y dinámicos.

El trabajo explora dos líneas analíticas fundamentales. La primera de ellas se ocupa de la urbanización, en sus dimensiones cultural, demográfica y funcional. En primer lugar, se estudian los cambios funcionales operados en la ciudad, como consecuencia de su transformación en capital de una de las cincuenta provincias españolas y las consecuencias que ello tuvo para su mercado de trabajo y su inserción en la red urbana del interior en torno a Madrid. En segundo lugar, se analizan las transformaciones demográficas, tanto en un sentido cuantitativo, como cualitativo, prestando especial atención a los cambios que afectaron a la inmigración, la mortalidad y la familia. Por otro lado, se estudian los cambios que afectaron al comportamiento de sus habitantes como consecuencia de la asimilación de la modernidad. En relación con todo ello, se estudia la formación del espacio público. Esta línea de análisis se centra en los cambios relativos a las identidades políticas, sociales y de género de sus habitantes, así como en las transformaciones operadas en el espacio físico y los mecanismos de control social y segregación desplegados por el poder, así como sus resultados, en ámbitos como el ocio, la sexualidad, las relaciones familiares y las conductas y formas de organización y socialización políticas.

La posición de la ciudad en la red urbana comporta un permanente diálogo y comparación con el modelo de transformación de Madrid, pues a pesar de la gigantesca distancia demográfica, económica, política y cultural, la gran ciudad ejerció una notoria influencia sobre la pequeña capital de su hinterland y la nutrió de una ingente cantidad de inmigrantes. Al propio tiempo, Guadalajara actuó como escala en los movimientos migratorios de la cuenca madrileña, proveyendo a la ciudad de trabajadores semicualificados procedentes de los pueblos de su provincia.

Para lograr los objetivos señalados, se emplea un enfoque que trata de conjugar las aportaciones de la historia urbana, la historia cultural, la microhistoria, la historia cultural de la política, la historia social, así como la Antropología, la Demografía histórica, la Sociología, con las que este trabajo aspira a establecer un diálogo que propicie la interdisciplinariedad. La principal fuente empleada es el padrón de habitantes, cuya riqueza permite reconstruir los mercados de trabajo, las pautas migratorias y de relación intrafamiliar y las identidades socioprofesionales y de género. Además, se recurre a otras fuentes cuantitativas y cualitativas, como las matrículas de contribución

industrial y de comercio, los protocolos notariales, los expedientes de elecciones y la prensa.

La investigación permite matizar las clásicas interpretaciones sobre el supuesto atraso de las pequeñas ciudades del interior y defender la tesis de que, en ellas, se desarrolló un modelo de crecimiento moderado, pero sostenido y, en todo caso, ajustado a las posibilidades ecológicas y demográficas con que la ciudad contaba, pues duplicó su población gracias a su capacidad de atracción de la población rural de su entorno provincial, y sus habitantes experimentaron una intensa politización, desarrollaron nuevas identidades sociales y vieron transformadas sus pautas vegetativas y de organización doméstica. Al propio tiempo, y como consecuencia de la efectiva integración de la ciudad en la red urbana y el mercado nacional, experimentó con toda su crudeza las transformaciones derivadas de la crisis del mundo artesanal tardogremial, la ofensiva patriarcal protagonizada por la burguesía y los efectos de una segregación más sutil que la que se dio en los grandes centros urbanos, pero que ahondó las desigualdades entre sus habitantes.

ABSTRACT

This Doctoral Thesis analyses the town and the urbanization in Spain, between the 19th mid-century to the beginning of 20th century. The town chosen is Guadalajara, a Castilian little provincial capital that took a subaltern position in the urban net around Madrid, and where historical change had a moderate rhythm, compared with bigger and more dynamic cities.

The work explores two main analytical lines. On the one hand, it is analysed the urbanization phenomenon, in its cultural, demographical and functional dimensions. First, it is studied the functional change, produced by the transformation of the town in one of the fifty provincial capital established by the new liberal State in 1833. Second, it analysed the demographical change in their quantitative and qualitative dimensions, focusing on immigration, mortality and family changes. Third, it is studied cultural change, related with its inhabitants' behaviour. Related to it, it is studied the formation and transformations in public space. First, this analytical line inquires about political, social and genre identities, and then, explores special changes and social control mechanisms deployed by the Power in subjects like leisure, sexuality, familial relationships and political behaviours and organisations.

The place occupied by the town in the urban net requires a permanent dialogue and comparison to Madrid, in spite of gigantic differences between two spaces. The reason is the strong influence exercised by the big capital of State on the little provincial capital. Madrid send the main immigrant flow, and Guadalajara was a scale on staggered population movements to the big city from rural areas from its province.

To achieve these targets, it is used a vision that combines the contribution of urban history, cultural history, microhistory, new political history, social history and Anthropology, Sociology and Historical Demography, with the aim of creating an interdisciplinary dialogue. The main source used in this work is the local census. With it, we can analyse labour markets, migration and familial or domestic patterns and social, labour and genre identities. They are used tax lists, notary protocols, electoral files and press.

The research allows us to qualify the classical interpretations that upheld the supposed backwardness of little towns. However, Guadalajara defined a moderate development, sustained and fit to their possibilities. The town duplicated its population thanks to it capacity of attraction of rural population from its province, and their inhabitants experienced strong changes in their identities and behaviour.

On the other hand, the town suffered the negative consequences of national market integration, because artisans experienced a hard downgrade, women suffered a patriarchal offensive and people suffered the effects of soft segregation patterns.

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo ha sido posible gracias al apoyo de muchas personas, que, durante una década, me han soportado y apoyado, confortado y comprendido, especialmente en los momentos finales de su realización.

En primer lugar, estoy en deuda con Luis Enrique Otero Carvajal, mi maestro, al que debo casi todo lo que sé en este oficio, desde que hace ya algunos años tuve la fortuna de asistir a sus clases de Tendencias Historiográficas Actuales. En ellas, me descubrió algunos de los autores, lecturas y saberes que, entonces, estimularon mis inquietudes intelectuales y que, seguramente hayan dado forma a una visión más foucaultiana de lo que cabría esperar. En todos estos años, y especialmente en estos meses, Luis Enrique ha demostrado una paciencia ilimitada, que nunca podré agradecer lo suficiente. La historiografía española le debe también una aportación fundamental, pues Luis Enrique y su maestro, Ángel Bahamonde, contribuyeron a sentar las bases de la moderna historia urbana en nuestro país, y crearon una escuela que el inolvidable Julio Aróstegui bautizó como la *Factoría Otero*, una verdadera escuela historiográfica en un mundo académico en el que la noción de escuela tiende a ser reemplazada por otros modelos de relación entre maestros y discípulos.

La Factoría Otero ha dado jugosos frutos en el marco del Grupo de Investigación Complutense Espacio, Sociedad y Cultura en la Edad Contemporánea, del que esta tesis doctoral es deudora, en tanto que beneficiaria de las discusiones y debates producidos en su seno. En todos sus miembros he encontrado inmejorables amigos y compañeros de viaje, a los que debo el estímulo intelectual y el aliento personal que toda investigación necesita. Rubén Pallol Trigueros es responsable de algunos de los mejores momentos que he vivido en este oficio. En las horas de archivo que hemos compartido, en las batallas que hemos librado juntos y en las discusiones que hemos mantenido se han fraguado algunas de las inquietudes y preguntas que me formulo como historiador. Su capacidad para explicar el cambio histórico operado en los dos últimos siglos es indiscutible, como también lo es su habilidad para articular una segunda generación de historiadores que augura una larga vida a la Factoría Otero, a través del Gremio de Historia.

Fernando Vicente Albarrán siempre tendrá un lugar muy importante en mi trayectoria vital y profesional. No solo porque con él he mantenido memorables conversaciones y discusiones intelectuales, sino porque para mí siempre será un referente, como historiador y como escritor. Con Borja Carballo Barral empecé a recorrer este camino antes que con nadie, y aunque en los últimos tiempos nuestras vidas hayan tomado rumbos diferentes, siempre sé que tengo en él a uno de los mejores amigos y colegas que se puede esperar tener en el oficio. Santiago de Miguel Salanova ha enriquecido mi trabajo con sus generosas sugerencias y aportaciones, siempre certeras. Él es una de las personas más sabias que he encontrado y una de las personas a las que más aprecio

personal e intelectualmente en este oficio. En José María López Sánchez, con el que comparto mi “otra” identidad historiográfica, siempre he encontrado a un excelente amigo y compañero, con el que espero emprender nuevos proyectos y apasionantes discusiones.

El apoyo y la amistad de los miembros del Gremio de Historia también ha sido fundamental. Todos ellos han demostrado que el magisterio es una cualidad que no tiene que ver necesariamente con la edad, sino con la experiencia y el trabajo. Alba Fernández Gallego es la compañera y una de las amigas que, seguramente, más ha soportado mis zozobras en los últimos años, en estimulantes charlas de sobremesa. Espero que pronto afrontemos esos proyectos a los que un día dimos forma, y que se han visto postergados. Carlos Hernández Quero es el principal responsable del “giro político” que dio mi investigación hace varios años. Buena parte de las discusiones de los seminarios que hemos compartido están aquí reflejadas, y buena parte de mis reflexiones son, en realidad un diálogo con sus ya imprescindibles aportaciones a la historia cultural de la política. Cristina De Pedro Álvarez es una de las mejores compañeras con que un investigador puede contar. Su enriquecedora visión de la ciudad ha beneficiado notablemente esta investigación, que, hace algunos años, apenas se planteaba explorar los caminos que ella recorre con paso firme. Alejandro Pérez-Olivares fue una de las primeras personas que leyó parte de este manuscrito. Lo hizo, además, en un momento en el que mi investigación vivía una de esas encrucijadas tan comunes en el largo camino doctoral. Sus críticas y sus comentarios resultaron de gran ayuda, por lo que siempre estaré en deuda con él. Sergio Cuartero Miranda es, en parte, responsable del “giro suburbano” que dio el grupo hace algunos años y, con él, ha enriquecido notablemente nuestra visión de la ciudad. A él y a Rafael Buhigas Jiménez, Jorge Sánchez Martín –con el que tantos y tan buenos momentos he compartido en Hortaleza–, Mario Bañón Lorente, Andrés Burbano Trimiño, Elena Blázquez, Daniel Santos, Blanca Algaba, Joaquín Martínez y Marina Segovia les agradezco su apoyo y su contribución, al descubrimos esos otros espacios y esos otros sujetos que también son parte de la historia. A todos ellos les debo memorables discusiones en las sesiones del Seminario del Gremio de Historia e inolvidables tertulias en los bares de esa ciudad de la que ya me siento parte, que es Madrid.

Mi agradecimiento a los miembros de la Factoría Otero y el Gremio de Historia es extensivo a Gutmaro Gómez Bravo, Nuria Rodríguez Martín, Nicolás Montero Pérez, Rafael Simón Arce, Luis Díaz Simón, Carlos Píriz, Juan Carlos García-Funes, Juan Carlos Marín y Ainhoa Campos Posada, y a todos mis compañeros y alumnos del Departamento de Historia Moderna y Contemporánea y de la Facultad de Geografía e Historia, y particularmente a Ana Martínez Rus, a Fernando Hernández Holgado, a Jesús Martínez Martín, a Concepción Lopezosa Aparicio, a Laura Fernández y a Francisco José Moreno Martín, compañeros y amigos con los que es un placer trabajar y de los que es un privilegio aprender. A Elena Hernández Sandoica y Raquel Sánchez García, coordinadoras del programa de Doctorado en Historia Contemporánea, y a Rosa Mota, secretaria administrativa del Departamento, también les agradezco su ayuda en el marasmo burocrático y su apoyo intelectual y personal.

Esta tesis se ha fraguado en interminables pero apasionantes horas de trabajo en archivos locales, principalmente en el Municipal de Guadalajara. Su director, Javier Barbadillo, que nos dejó hace unos meses, tenía en su cabeza toda la historia de la ciudad, y siempre acertaba al sugerir nuevos caminos a los investigadores. Lamentablemente, no ha podido ver concluida esta tesis, a la que tanto contribuyó con sus sugerencias. Con algunos de los trabajadores de ese remanso de paz he contraído una deuda impagable. Algunos, como Natividad Gutiérrez Dubla, son ya grandes amigos; a ella, a Isabel, a Alicia, a Ana, a Almudena, y a todas las personas que han pasado por allí, esta tesis les debe mucho. También allí he conocido a buenos amigos, como José Miguel López Villalba, que siempre me ha brindado palabras de apoyo y buenos consejos.

Finalmente, estoy en deuda con mi familia. A mis padres, Juan Antonio y Pilar, y a mi hermana, Cristina, les debo gran parte de lo que soy. Seguramente, no son conscientes de lo importantes que han sido, son y serán para mí. Toda mi vida me he esforzado por seguir sus pasos y siempre me acompaña la mayor de sus enseñanzas, que es que lo más importante que una persona tiene es su humanidad. Sin su esfuerzo y su estímulo, no tendría el patrimonio más rico que atesoro, que es el conocimiento. A mi otra familia, la que he ganado en mi paso por el mundo, mis suegros, Ana y Vicente, y mis cuñados, Vicente y Ali, les agradezco que me hayan abierto su corazón y su casa. Su apoyo y su compañía durante estos años ha sido fundamental y me han dado uno de los mayores motivos de mi felicidad, mis queridos sobrinos, Jorge y Ainhoa. A toda mi familia extensa, y en particular a mi tía Mila, que ha sido partícipe y en buena medida responsable de algunos de los momentos más felices de mi vida, les agradezco también su apoyo y su estímulo. A mis amigos, con los que tantas aventuras he vivido y a los que tantos momentos he arrebatado en los últimos años, solo puedo agradecerles su comprensión y su apoyo, fundamental para compensar los momentos más duros del trabajo. Josué Cano es una de las personas que más me ha apoyado y más ha comprendido mis ausencias. Antonio Mondéjar fue uno de mis primeros lectores y una de las personas con las que he compartido algunos de los momentos más difíciles y más felices de mi vida. Ana Miranda, Mamen Corrochano y todos mis compañeros del IES Atenea me han brindado inolvidables momentos de bar y tertulia.

Mi mayor agradecimiento es para Ana, mi mujer, la persona más importante en mi vida, la que más ha soportado el duro camino que hemos recorrido juntos, la que nunca ha dudado en animarme cuando mis fuerzas flaqueaban y en no darme la razón cuando no la tengo. Ella es la persona que hace que cada día me esfuerce por ser mejor persona, la responsable de los momentos más felices de mi vida y cada uno de los días que hemos pasado juntos, sin excepción, me ha regalado su tiempo, su amor y su sonrisa, sin pedirme cuentas, a pesar de las muchas horas que le he robado. Amor mío, seguramente, el inmenso amor que siento por ti nunca podrá compensar tu inmensa generosidad, pero puedes estar segura de que el futuro es nuestro.

INTRODUCCIÓN

En la literatura de finales del siglo XIX tomó forma una recurrente tendencia a caracterizar las pequeñas ciudades como baluartes de una sociedad tradicional, atávica y retardataria. La ciudad levítica de los escritores realistas encontró un fecundo caldo de cultivo en los relatos de los viajeros románticos y tuvo continuidad en las representaciones elaboradas por los autores regeneracionistas, unas veces deudores del decadentismo y el orientalismo de los extranjeros que recorrieron el país en las décadas de 1830 y 1840, y otras inspirados en el agobiante ambiente de la Orbajosa de *Doña Perfecta* o a la Vetusta de *La Regenta*¹. En las primeras décadas del siglo XX, la imagen decadente y ruinosa de las pequeñas ciudades del interior fue interpretada como la encarnación de una sociedad petrificada desde la Edad Media, y el vigor que en ellas conservaba la moral tradicional, un claro indicio de que el país parecía abocado a la crisis cultural y el subdesarrollo permanentes. En 1918, Julio Senador contribuyó decisivamente a la elaboración del mito de la desurbanización castellana. En su relato, las ciudades de Castilla, “quietas como ídolos, mudas como esfinges (...), se allanan resignadas a su aciaga suerte y afrontan con valor la certidumbre de una muerte inevitable”². El mito del inmovilismo se afianzó definitivamente tras la Guerra Civil, al encontrar los intelectuales disidentes un claro paralelismo entre el pacato clima moral impuesto por los vencedores y el tedioso ambiente cultural dominante en las pequeñas capitales de provincia, donde, como afirmó Miguel Picazo a propósito de Guadalajara, “la cólera de los nacionales formaba parte de la contaminación atmosférica”³.

En el campo historiográfico, la decadente imagen de las ciudades del interior, en general, y de las castellanas, en particular, encontró acomodo en las interpretaciones formuladas por corrientes y escuelas deudoras del marco analítico que, desde su fe en la modernización y el crecimiento ilimitado, tendieron a ver en el tamaño de los asentamientos y la ausencia de la moderna industria fabril un claro indicio del estancamiento, la desurbanización o el fatal desenlace de una transformación abocada al

¹ AZORÍN: *Castilla*. Madrid, Espasa-Calpe, 2014. La obra de Azorín es un ejemplo de la influencia del realismo en la Generación del 98. La descripción de una de las fondas de su relato está tomada de la realizada por Clarín veinte años antes en *Superchería*. El establecimiento que ambos describieron es la Fonda del Norte de Guadalajara. Véase CLARÍN: *Doña Berta*. *Cuervo*. *Superchería*. Madrid, Librería de Fernando Fe, 1892, p. 179.

² SENADOR GÓMEZ, Julio: *La ciudad castellana: entre todos la matamos*. Barcelona, Minerva, 1919, p. 190.

³ La afirmación de Picazo en ORTEGA CAMPOS, Ignacio: *Miguel Picazo: crónica de un cinéfilo*. Málaga, Unicaja, 2015. Picazo utilizó precisamente Guadalajara para situar la trama de *La Tía Tula*, aunque su mirada sobre la ciudad fuera algo más compleja que la formulada algunos años antes por Juan Antonio Bardem en *Calle Mayor* (1956) y *Nunca pasa nada* (1963). Sobre las representaciones de las pequeñas ciudades en la literatura y el cine de la posguerra, véase: RÍOS CARRATALÁ, Juan Antonio: *La ciudad provinciana: literatura y cine en torno a Calle Mayor*. Alicante, Universidad de Alicante, 1999.

fracaso⁴. Así, por ejemplo, en su estudio sobre la estructura socioprofesional de Valladolid en 1841, Germán Rueda y Pedro Carasa encontraron una ciudad marcada por el desequilibrio, “propia más bien del Antiguo Régimen que de la Edad Contemporánea”⁵, mientras que David S. Reher analizó una “pequeña y atrasada ciudad provincial española”, Cuenca, con la mirada puesta en una industrialización quimérica como única fuerza capaz de redimir a la ciudad de su aparente estancamiento⁶. La caracterización de las pequeñas ciudades como ciudades preindustriales es reveladora del peso que las interpretaciones enraizadas en el cuantitativismo y el funcionalismo han conservado en la historiografía y del valor teleológico que los contemporaneístas tienden a conceder a la industrialización como motor del cambio histórico, a pesar de que el carácter universal de la industria en la génesis de la modernidad ha sido ampliamente discutido desde hace ya varias décadas⁷.

Para muchos autores que se han ocupado de la urbanización del interior en el siglo XIX, las ciudades del hinterland madrileño representan, por su abismal distancia demográfica con Madrid, el paradigma del estancamiento. David R. Ringrose creyó encontrar en la propia dinámica urbana de Madrid la clave para entender el inmovilismo de las ciudades castellanas, cuyo crecimiento parecía frenado por la capacidad devoradora de la Corte sobre los recursos, capitales y población de su entorno⁸. El propio Ringrose adoptó más tarde una línea interpretativa más equilibrada, que, aun manteniendo la idea de que la red urbana del interior se hallaba descompensada por la macrocefalia de Madrid, asignó a la capital del naciente Estado liberal una mayor capacidad de articulación del territorio, que partía de una administración, un mercado y una red urbana mejor trabados que los que, en el Antiguo Régimen, se apoyaban en las relaciones entre la Corte y la nobleza local o en el rango episcopal de las ciudades⁹. En una línea similar a la del primer Ringrose, y de forma coherente con su conocida tesis sobre el neoarcaísmo agrario, Nicolás Sánchez Albornoz distribuyó las responsabilidades, replicando que “Madrid con su presencia ciertamente ha contrarrestado el ascenso de las ciudades castellanas, pero también es verdad que no contaban estas con un sólido respaldo económico”¹⁰.

⁴ LANGA LAORGA, María Alicia: “Literatura y sociedad: la ciudad levítica, modelo sociológico en evolución”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 16 (1994), pp. 167-184.

⁵ RUEDA, Germán y CARASA, Pedro: “Estructura socio-profesional y socio-económica de Valladolid en 1840-1841 como prototipo de una ciudad de Castilla la Vieja”, *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, 4 (1983), p. 350.

⁶ REHER, David S.: *Town and Country in Pre-Industrial Spain: Cuenca, 1540-1870*. Cambridge, Cambridge University Press, 1990, p. 299.

⁷ THOMPSON, E. P.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Madrid, Capitán Swing, 2013; JONES, Gareth S.: *Lenguajes de clase: estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982)*. Madrid, Siglo XXI, 2014; VERNON, James: *Distant Strangers: How Britain Became Modern*. Berkeley, Los Ángeles y Londres, University of California Press, 2014.

⁸ RINGROSE, David R.: *Madrid y la economía española, 1560-1850. Ciudad, Corte y País en el Antiguo Régimen*. Madrid, Alianza, 1985, pp. 306-333.

⁹ RINGROSE, David R.: *España, 1700-1900: el mito del fracaso*. Madrid, Alianza, 1996.

¹⁰ SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Nicolás: *Madrid ante la Castilla agraria en el siglo XIX*. Madrid, Ayuntamiento de Madrid-Instituto de Estudios Madrileños., Madrid, 1980.

En las últimas décadas, el prometedor caudal de estudios de historia urbana que, en nuestro país, se ha ocupado de pequeñas y medianas ciudades, ha demostrado que el inmovilismo era solo aparente, advirtiendo que la modernidad no siempre condujo a la industrialización, el crecimiento demográfico desenfrenado, la revolución o el progreso. Uno de los primeros autores que formuló una visión más equilibrada sobre la urbanización de las ciudades del interior fue Antonio Rivera Blanco en su estudio sobre Vitoria durante la Restauración. Para este autor, la ciudad representa un modelo de modernización por contacto, más que por convicción, que dio lugar a una sociedad urbana marcada por el peso del estamento militar y el clero –una ciudad “de rancho y agua bendita”–, que transformó profundamente su faz al asumir las funciones propias de la capitalidad¹¹. Para el caso de Salamanca, Mariano Esteban de Vega, Santiago González Gómez y Manuel Redero San Román llegaron a una conclusión parecida, a partir de la información contenida en los padrones municipales, las matrículas de contribución industrial y otras fuentes de carácter cualitativo, que les permitieron trazar una panorámica sobre la ciudad, centrada en aspectos como las formas de sociabilidad, el mercado de trabajo o la politización¹².

Las aportaciones pioneras de estos autores encontraron continuidad en un creciente volumen de trabajos que tomaron como objeto de estudio pequeñas ciudades del interior. Santiago Díez Cano, a finales de los noventa, elaboró un modelo interpretativo sobre los cambios operados en las pequeñas ciudades a propósito del caso salmantino desde finales del siglo XIX al primer tercio del XX, en el que defendió un análisis centrado en los aspectos cualitativos, antes que cuantitativos, con el fin de abordar la especificidad de las transformaciones operadas en las pequeñas ciudades. Los cambios que afectaron al modelo demográfico, la familia y el mercado de trabajo, sin embargo, permitieron a Fernando Mendiola Gonzalo certificar la profunda transformación experimentada por Pamplona en la segunda mitad del siglo XIX y el primer tercio del XX¹³. Por su parte, Luis Enrique Otero Carvajal, Gutmaro Gómez Bravo y Pablo Carmona Pascual abordaron en su estudio sobre Alcalá de Henares la “transición dolorosa” de la ciudad universitaria del Antiguo Régimen a la ciudad burguesa, penitenciaria y militar. Para ello, los autores recurrieron a un amplio catálogo de fuentes, que va desde los padrones a los amillaramientos, pasando por los protocolos notariales, a partir de los cuales, analizaron las transformaciones operadas en el modelo demográfico,

¹¹ RIVERA BLANCO, Antonio: *La ciudad levítica: continuidad y cambio en una ciudad del interior (Vitoria, 1876-1936)*. Vitoria, Diputación Provincial, 1992.

¹² ESTEBAN DE VEGA, Mariano; GONZÁLEZ GÓMEZ, Santiago; REDERO SAN ROMÁN, Manuel: *Salamanca, 1900-1936: la transformación limitada de una ciudad preindustrial*. Salamanca, Diputación Provincial, 1992.

¹³ MENDIOLA GONZALO, Fernando: *Inmigración, familia y empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización: Pamplona (1840-1930)*. Bilbao, Universidad del País Vasco, 2002, p. 345.

el mercado de trabajo, la composición de los hogares o la vida política entre 1753 y 1868¹⁴.

Más recientemente, algunos autores se han ocupado específicamente del fenómeno de la urbanización en regiones de crecimiento demográfico moderado. Isidro Dubert, en su análisis sobre las ciudades y villas gallegas, ha demostrado que, en un área de bajas tasas de urbanización, las sociedades experimentaron cambios cualitativos profundos, ligados a las nuevas funciones asumidas como consecuencia de la expansión de los servicios¹⁵. David Martínez López, Gracia Moya García y Manuel Martínez Martín, por su parte, se han ocupado de la urbanización de las ciudades andaluzas, poniendo el acento en el análisis de lo social, centrado en las prácticas de sus habitantes, de raigambre antropológica¹⁶. Desde las posibilidades que ofrece la web y a partir de un método iconográfico, José María Cardesín ha explorado los significados del espacio urbano gallego y la memoria ligada a su contexto espacial¹⁷. En sus trabajos sobre La Coruña, Jesús Mirás-Araujo ha estudiado la incidencia de las coyunturas económicas en la evolución de la población¹⁸. Las capitales del hinterland madrileño también cuentan con algunos trabajos que valoran el alcance de los cambios operados en el modelo migratorio, el mercado de trabajo, la familia, la cultura política, la sociabilidad o las redes sociales¹⁹.

¹⁴ OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, GÓMEZ BRAVO, Gutmaro y CARMONA PASCUAL, Pablo: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares, 1753-1868: el nacimiento de la ciudad burguesa*. Alcalá de Henares, Fundación Colegio del Rey, 2003, p. 17.

¹⁵ DUBERT, Isidro: "Transformación urbana y modernidad en las ciudades y villas de Galicia, 1860-1930", en OTERO CARVAJAL, Luis Enrique y PALLOL TRIGUEROS, Rubén (eds.): *La sociedad urbana en España, 1900-1936. Redes impulsoras de la modernidad*. Madrid, Catarata, 2017, pp. 132-163.

¹⁶ MARTÍNEZ LÓPEZ, David: "Urbanización, inmigración y mercado de trabajo en la Andalucía del primer tercio del siglo XX", *Historia Social*, 81 (2015), pp. 29-47; MARTÍNEZ MARTÍN, Manuel, MARTÍNEZ LÓPEZ, David y MOYA GARCÍA, Gracia: "Estructura ocupacional y cambio urbano en la Andalucía oriental del primer tercio del siglo XX", *Revista de Demografía Histórica*, 32, 1 (2014), pp. 73-102; MARTÍNEZ LÓPEZ, David y MOYA GARCÍA, Gracia: "La inmigración y el cambio social (Granada, 1890-1930)", en PAREJA, Arantza (ed.): *El capital humano en el mundo urbano: experiencias desde los padrones municipales (1850-1930)*. Bilbao, Universidad del País Vasco, 2011, pp. 283-300.

¹⁷ CARDESÍN, José María: "De «Ferrol Urban History» a la «Historia Urbana de Galicia»: explorando la relación entre memoria, imagen y espacio urbano a través de la web", *Historia contemporánea*, 39 (2009), pp. 403-432.

¹⁸ MIRÁS-ARAUJO, Jesús: "Comportamiento de los indicadores del crecimiento de la población en una ciudad de rango intermedio: A Coruña, (1900-1940)", *Boletín de la AGE*, 40 (2005), pp. 375-392.

¹⁹ VICENTE ALBARRÁN, Fernando, DE MIGUEL SALANOVA, Santiago y SAN ANDRÉS CORRAL, Javier, "Metropolitización y reconfiguración de la red urbana del interior: un análisis bidireccional de la relación entre Madrid y su entorno urbano (1880-1935)", *XII Congreso de la ADEH. Porto, 4-7 de septiembre de 2019* (inédito); CARBALLO BARRAL, Borja, GONZÁLEZ PALACIOS, Daniel, PALLOL TRIGUEROS, Rubén, SAN ANDRÉS CORRAL, Javier y VICENTE ALBARRÁN, Fernando: "Al calor del moderno Madrid: la capital y su hinterland, hacia la recomposición de la red urbana del interior (1860-1885)", en NICOLÁS MARÍN, María Encarna y GONZÁLEZ MARTÍNEZ, Carmen: *Ayer en discusión: temas clave de Historia Contemporánea hoy*. Murcia, Universidad de Murcia, 2008; DE LA FUENTE, Rubén: *La ciudad dependiente: el lento caminar de una ciudad de interior. Segovia 1860-1930*. Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2015 (tesis doctoral); CABEZAS ÁVILA, Eduardo: *Los de siempre: poder, familia y ciudad (Ávila, 1875-1923)*. Madrid, Siglo XXI, 2000; SAN ANDRÉS CORRAL, Javier: "A la sombra de la capital: las ciudades del hinterland madrileño y sus transformaciones urbanas en el primer tercio del siglo XX", en OTERO CARVAJAL, Luis Enrique y PALLOL TRIGUEROS, Rubén (eds.): *La sociedad urbana...* (op. cit.), pp. 164-188; SAN ANDRÉS CORRAL, Javier: "Hacia la ciudad moral: espacios de ocio y sociabilidad popular en la España urbana liberal (1840-1868)", en CASTILLO, Santiago y URÍA, Jorge (eds.): *Sociedades y culturas: IX Congreso de Historia Social. Treinta años de la*

Otros autores han abordado el crecimiento urbano de las pequeñas y medianas ciudades en ámbitos de crecimiento industrial más intenso, matizando los modelos interpretativos clásicos sobre el carácter revolucionario de la industria fabril²⁰. En los últimos años, varios autores se han ocupado de fenómenos relacionados con la politización, demostrando que el tamaño de los núcleos urbanos es importante a la hora de entender la difusión de nuevas identidades políticas y pautas de acción colectiva, pero no permite establecer una cesura nítida entre unas grandes ciudades rebeldes y unas pequeñas ciudades desmovilizadas²¹.

También en otros países, la pequeña ciudad ha sido objeto de un creciente interés, aunque, en ellos, se aprecia menos la influencia de los imaginarios elaborados por los autores de finales del siglo XIX. En el ámbito anglosajón, la historia de las pequeñas ciudades arranca de los trabajos pioneros que Peter Borsay o Peter Clark dedicaron a las “pequeñas ciudades” o las “ciudades provinciales” en la Edad Moderna –su temprana Edad Moderna–, que, para Borsay son un ejemplo de “renacimiento urbano” anterior a la industrialización²². Más recientemente, otros trabajos han revalorizado el papel de mediación ejercido por las pequeñas ciudades en la urbanización de la Europa contemporánea, partiendo de un modelo de análisis centrado en los aspectos culturales, políticos y funcionales, demostrando el papel ejercido por los pequeños centros administrativos regionales o comarcales en la difusión de nuevos comportamientos sociales y políticos²³.

En la creciente nómina de trabajos sobre ciudades pequeñas o medianas, resulta innegable el notable impulso procedente de otros estudios dedicados al análisis de los grandes centros urbanos, que, en nuestro país han protagonizado una profunda renovación

Asociación de Historia social. Comunicaciones. Oviedo, 7-9 de noviembre de 2019. Oviedo, Asociación de Historia Social, 2019; SAN ANDRÉS CORRAL, Javier: “Las ciudades intermedias ante el reto de la modernidad: la sociedad de masas y el proceso de urbanización en la España del interior (Guadalajara, 1850-1936)”, en PAREJA ALONSO, Arantza (ed.): *El capital humano en el mundo urbano... (op. cit.)*, pp. 101-126; CUARTERO MIRANDA, Sergio: “Industria y suburbios. El proceso de industrialización en la periferia metropolitana madrileña. El caso de Getafe (1898-1936)”, en CASTILLO, Santiago y URÍA, Jorge (eds.): *Sociedades y culturas... (op. cit.)*, pp. 377-401.

²⁰ GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel; URRUTIKOETXEA, José y ZARRAGA, Karmele: *La "otra industrialización" del País Vasco. Las pequeñas y medianas ciudades: capital humano e innovación social durante la primera industrialización*. Bilbao, Universidad del País Vasco, 2015.

²¹ ARCHILÉS i CARDONA, Ferran: “Una nacionalización no tan débil: patriotismo local y republicanismo en Castellón (1891-1910)”, *Ayer*, 48 (2002), pp. 283-314.

²² BORSAY, Peter: *The English Urban Renaissance: Culture and Society in the Provincial Town 1660-1770*. Oxford University Press, 1991; CLARK, Peter: *Small Towns in Early Modern Europe*. Cambridge University Press, 2002.

²³ Un buen ejemplo son los trabajos recogidos en KLUSÁKOVÁ, Lud'a et al.: *Small Towns in Europe in the 20th and 21st Centuries: Heritage and Development Strategies*. Praga, Karolinum Press, 2017. Sobre las pequeñas ciudades en Europa, véanse también: HAYES, Nick: “Counting civil society: deconstruction elite participation in the provincial English city, 1900-1950”, *Urban History*, 40 (2013), pp. 287-314; LAYTON-JONES, Katy: The synthesis of town and trade: visualizing provincial urban identity, 1800-1858”, *Urban History*, 35, 1 (2012), pp. 72-95; SENGUPTA, Tania: “Between country and city: fluid spaces of provincial administrative towns in nineteenth-century Bengal”, *Urban History*, 39, 1, pp. 56-82; MARACHE, Corinne: “Les petites villes, pôles de dynamisme en milieu rural ? L'exemple aquitain, milieu XIXe -début XXe siècles”, *Histoire urbaine*, 15 (2006/1), pp. 93-114.

de la historia urbana en las últimas cuatro décadas²⁴. Desde finales de los setenta, pero especialmente en las últimas décadas, Madrid ha contado con un extenso volumen de trabajos dedicados al análisis del mercado de trabajo, la inmigración, la politización y la formación del espacio público o el despliegue de nuevas pautas de conducta y consumo, que han dado forma a un nuevo modelo interpretativo sobre el cambio urbano en Madrid, propiciando la superación de las visiones que, en la línea del marco analítico de la modernización, asignaban a la capital un papel parasitario de los recursos del país²⁵. Para los casos de Barcelona²⁶, Bilbao²⁷ y sus áreas suburbanas, también disponemos de un

²⁴ PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “Deudas pendientes de la historia urbana en España”, *Ayer*, 107/3 (2017), pp. 287-302.

²⁵ PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El Ensanche Norte: Chamberí, 1860-1931. Un Madrid moderno*. Madrid, Catarata, 2015; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche Sur: Arganzuela (1860-1931). Los barrios negros*. Madrid, Catarata, 2015; CARBALLO BARRAL Borja: *El Ensanche Este: Salamanca-Retiro, 1860-1931. El Madrid burgués*. Madrid, Catarata, 2015; DE MIGUEL SALANOVA, Santiago: *Madrid, sinfonía de una metrópoli europea, 1860-1936*. Madrid, Catarata, 2016; DÍAZ SIMÓN, Luis: *Los barrios bajos de Madrid, 1880-1936*, Madrid, Catarata, 2016; PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *Una ciudad sin límites*. Madrid, Catarata, 2013; DE MIGUEL SALANOVA, Santiago: *Republicanos y socialistas. El nacimiento de la acción política municipal en Madrid (1891-1909)*. Madrid, Catarata, 2016; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: “La modernidad deformada. El imaginario de bajos fondos en el proceso de modernización de Madrid (1860-1930)”, *Ayer*, 101 (2016), pp. 213-240; PALLOL TRIGUEROS, Rubén y HERNÁNDEZ QUERO, Carlos: “Suburbios rebeldes. Fragmentación y desborde social en la huelga de 1917 en Madrid”, *Historia social*, 94 (2019), pp. 47-69; VICENTE ALBARRÁN, Fernando y DE PEDRO ÁLVAREZ, Cristina: “La modernidad desviada. Sexualidad, prostitución y crimen organizado en el submundo urbano de entreguerras”, en OTERO CARVAJAL, Luis Enrique y PALLOL TRIGUEROS, Rubén (eds.): *La ciudad moderna: sociedad y cultura en España, 1900-1936*. Madrid, Catarata, 2018; HERNÁNDEZ QUERO, Carlos: “El voto de la costumbre. culturas políticas y crisis urbana en Madrid a comienzos del siglo XX”, *Studia Historica: Historia contemporánea*, 35 (2017), pp. 369-403; DE PEDRO ÁLVAREZ, Cristina: “Amor, emociones y masculinidad en el Madrid popular de entreguerras”, *Arenal*, 24/2 (2017), pp. 539-557; MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús Antonio: *Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX*. Madrid, CSIC, 1991; RODRÍGUEZ MARTÍN Nuria: *La capital de un sueño: Madrid en el primer tercio del siglo XX*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2015; PÉREZ-OLIVARES, Alejandro: *Victoria y control en el Madrid ocupado: los del Europa (1939-1946)*. Madrid, Traficantes de Sueños, 2018; FERNÁNDEZ GALLEGU, Alba: “‘Donde habita el olvido’: la apropiación de la colina de los chopos en el nuevo Madrid científico (1939-1948)”, en PÉREZ-OLIVARES, Alejandro y OVIEDO SILVA, Daniel: *Madrid, una ciudad en guerra (1936-1948)*. Madrid, Catarata, 2017; BUHIGAS JIMÉNEZ, Rafael: “Un espacio de producción y de sociabilidad laboral en las sombras de la capital: el barrio de las Cambronerías en Madrid (1868-1930)”, en CASTILLO, Santiago y URÍA, Jorge (eds.): *Sociedades y culturas... (op. cit.)*, pp. 403-425.

²⁶ OYÓN, José Luis: *La quiebra de la ciudad popular: espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*. Barcelona, Ediciones del Serbal, 2008; BORDERÍAS MONDÉJAR, Cristina: “Suponiendo que ese trabajo lo hace la mujer. Organización y valoración de los tiempos de trabajo en la Barcelona de mediados del siglo XIX”, en CARRASCO, Cristina (ed.): *Tiempos, trabajos y género*. Barcelona, Universitat de Barcelona, 2001; ROMERO, Juanjo: *La construcción de la cultura del oficio durante la industrialización: Barcelona, 1814-1860*. Barcelona, Universitat de Barcelona, 2005; VILLAR, Conchi: “Trayectorias laborales femeninas en Barcelona: de la década de 1920 a la actualidad”, *Historia social*, 84 (2016).

²⁷ GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel: *Bilbao en la formación del País Vasco contemporáneo: economía, población y ciudad*. Bilbao, Fundación BBV, 1995; BEASCOECHEA GANGOITI, José María (et al.): *La consolidación de la metrópoli de la Ría de Bilbao*. Bilbao, Fundación BBVA, 2009; BEASCOECHEA GANGOITI, José María: “Bilbao, de la ciudad industrial al triunfo de la sociedad de masas (1876-1936)”, *Registros. Revista de Investigación Histórica*, 13, 1 (2017), pp. 131-148; BEASCOECHEA GANGOITI, José María y SERRANO ABAD, Susana: “Una ciudad en transformación: espacios sociales y nuevos comportamientos políticos en Bilbao (1900-1920)”, en MONTERO GARCÍA, Manuel: *La ciudad y el progreso: la construcción de la modernidad urbana*. Bilbao, Universidad del País Vasco, 2019, pp. 165-190; BEASCOECHEA GANGOITI, José María, DE MIGUEL SALANOVA, Santiago y DANTAS, George A. F. “Reforma urbana y opinión pública, Madrid y Bilbao, 1900-1936”, en OTERO CARVAJAL,

abundante caudal de estudios que ha contribuido a elaborar visiones mucho más complejas sobre las transformaciones urbanas en dos ámbitos donde el papel de la industria fue decisivo, pero no el único factor de urbanización. En el caso de Valencia, varios autores han contribuido a formular una interpretación más compleja de la formación de la elite, la politización y las transformaciones espaciales²⁸.

Todos estos trabajos evidencian la necesidad de superar las visiones enraizadas en el marco interpretativo de la modernización y de abordar la urbanización y la historia de las ciudades desde un enfoque más complejo, centrado en sus aspectos demográficos y funcionales, pero también y, sobre todo, en su dimensión cultural²⁹. En el caso de las pequeñas ciudades, la adopción de un enfoque cualitativo resulta obligado, no ya porque su modesto tamaño haga necesario poner el acento en otros aspectos de la realidad urbana, sino porque su transformación tiende a depender de funciones sobrevenidas, lo que exige un detallado estudio de las dinámicas locales de transformación y de los mecanismos de difusión y transferencia cultural desde otros núcleos urbanos de mayor tamaño y rango urbano. Ello, unido a la frecuente dispersión de las fuentes –un mal que no es exclusivo de las pequeñas ciudades, pero que, en ellas, puede llegar a alcanzar niveles superlativos– y la frecuente *omertá* que, en muchos casos, practicaban las instituciones y los sujetos en el pasado –particularmente durante la Restauración–, conduce inevitablemente a adoptar una metodología basada en la descripción densa empleada por la Antropología³⁰.

Esta tesis doctoral aspira a analizar la urbanización y las transformaciones urbanas experimentadas en Guadalajara en la segunda mitad del siglo XIX. El espacio elegido es una de esas pequeñas ciudades del interior, provinciales o intermedias que cargan con el lastre del imaginario de las pequeñas ciudades construido desde finales del siglo XIX. La trayectoria de la ciudad en el ochocientos alimenta por sí sola el mito de la desurbanización castellana, amplificado por la comparación con Madrid y por el contraste entre la aparentemente sosegada vida local de la ciudad en esa centuria y el bullicioso espectáculo que, según los observadores, ofrecía la ciudad en el siglo XVIII, en el que la ciudad acogió dos de las Reales Fábricas de Paños establecidas por la Corona en 1724 y 1760. A mayor abundamiento, la ciudad fue el bastión electoral de Álvaro Figueroa,

Luis Enrique y PALLOL TRIGUEROS, Rubén (eds.), *La ciudad moderna: sociedad y cultura en España, 1900-1936*. Madrid, Catarata, 2018, pp. 205-226; SERRANO ABAD, Susana: “El puerto de Bilbao: poder local y transformaciones urbanas (1876-1936)”, *Itsas Memoria. Revista de Estudios Marítimos del País Vasco*, 7 (2012), pp. 229-248; PAREJA ALONSO, Arantza: “Las mujeres y sus negocios en la gran ciudad contemporánea. Bilbao a principios del siglo XX”, *Historia contemporánea*, 44 (2012); GARCÍA ABAD, Rocío: “La vida en la Ciudad: comportamientos urbanos en la nueva metrópoli de la Ría de Bilbao (1890-1930)”, *Vasconia*, 38 (2012).

²⁸ PONS, Analet y SERNA, Justo: *La ciudad extensa: la burguesía comercial-financiera en la Valencia de mediados del XIX*. Valencia, Centre d’Estudis d’Història Local, 1992; RAMÓN ROS, Jorge: “Orden público, movilidad y “buen gobierno” en los espacios públicos de Valencia, 1875-1879”, en MORENO SECO, Mónica, FERNÁNDEZ-SIRVENT, Rafael y GUTIÉRREZ LLORET, Rosa Ana (coords.): *Del siglo XIX al XXI: tendencias y debates*. Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2019, pp. 1.124-1.137.

²⁹ EWEN, Shane: *What is Urban History?* Cambridge, Polity Press, 2016; DE VRIES, Jan: “La ciudad en su contexto”, *Manuscripts: revista d’història moderna*, 15 (1997), pp. 207-220.

³⁰ GEERTZ, Clifford: *La interpretación de las culturas*. Barcelona, Gedisa, 2009.

conde de Romanones, de cuya relación con la ciudad se ha deducido frecuentemente la desmovilización del cuerpo político local. Los viajeros y los intelectuales locales tendieron a elaborar la imagen de una ciudad irremediabilmente condenada a una decadencia cronificada, que para algunos era una clara muestra del atraso del país. Así, Patricio de la Escosura, que fue jefe político de la provincia en 1840, escribió en esos años que Guadalajara, “poco importante y pobre hoy, ha sido (...) principal un tiempo, y rica a fines del pasado siglo y principios del presente con sus famosas fábricas de paños abandonadas de algún tiempo a esta parte”³¹. A finales del ochocientos, varios relatos de Clarín también contribuyeron a la fijación del mito de la desurbanización. En uno de ellos, *Superchería*, el autor de *La Regenta* se sirvió de un ambiente en el que “estaba seguro de encontrar motivos de tristeza, de meditaciones negras, o, mejor, grises” para situar las tribulaciones de Serrano, el protagonista, recreándose en la soledad reinante en “aquella Guadalajara oscura, mojada, helada, sorda y muda”. En el relato de Clarín, el “ancho y destartado portal de la fonda” en la que se aloja Serrano –la misma que el autor había conocido veinte años antes, cuando vivió en la ciudad, donde su padre ocupó el gobierno civil de la provincia– ha sido interpretado como una representación simbólica de la decadencia de la ciudad³².

El valor estético que adquirió en los relatos literarios el ruinoso estado de la ciudad no deslegitima estas descripciones, pero su recurrencia sugiere que, tras ellas, se ocultaba una transformación invisible, apenas perceptible por los viajeros que recalaban en la ciudad, y generalmente menospreciada por unos publicistas locales empeñados en moldear la identidad de la vieja ciudad a partir de su identificación con el espíritu de la España eterna, desde una actitud cargada de nostalgia y reivindicación de la tradición. Esa transformación invisible es patente en algunos trazos del relato de Clarín, que, a pesar de todo, reconstruyó la vida local de una ciudad marcada por la elevada proporción de migrantes que residían en ella, la politización de sus habitantes y la masiva afluencia de público a los espectáculos que se celebraban en el teatro³³. Por su parte, el relato de Escosura contrasta con su propia experiencia como jefe político de la ciudad, en la que fue testigo de la intensa agitación desencadenada por la Ley de Ayuntamientos de 1840, hasta tal punto que terminó huyendo de Guadalajara tras acantonarse en el Fuerte de San Francisco, por temor a la violencia de los rebeldes³⁴.

³¹ PÉREZ VILLAAMIL, Genaro y ESCOSURA, Patricio de la: *España artística y monumental...* (op. cit.). Tomo I, p. 38.

³² CLARÍN: *Doña Berta. Cuervo. Superchería*. Madrid, Librería de Fernando Fé, 1892.

³³ Sobre la experiencia de Clarín en Guadalajara, véanse: DOBÓN, María Dolores: *El intelectual y la urbe: Clarín, maestro de Azorín*. Madrid, Fundamentos, 1996; DOBÓN, María Dolores: “Tema e imagen en *Superchería*. Naufragio en Guadalajara”, en *Anales de Literatura Española*, 9 (1993), pp. 21-29; FERNÁNDEZ JORDÁN, Pedro F.: “Aportación a la biografía de ‘Clarín’: Leopoldo Alas en Guadalajara”, en *Actas del Simposio Internacional «Clarín y La Regenta en su tiempo»*. Oviedo, Principado de Asturias, Universidad de Oviedo, Ayuntamiento de Oviedo, 1987, pp. 125-140.

³⁴ La noticia sobre el pronunciamiento de la ciudad y la huida de Escosura, en *Eco del Comercio*, 14-9-1840.

En los últimos años, Guadalajara ha sido objeto de una notable nómina de trabajos que han empezado a disipar la nebulosa que se cernía sobre su historia³⁵. No es necesario advertir que Guadalajara no fue una ciudad fabril, ni un gran centro de servicios, ni sus calles fueron escenario de violentos movimientos revolucionarios, pero, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, su conversión en una de las 50 capitales de provincia creadas por las Cortes del Trienio Liberal y confirmadas por Javier de Burgos en 1833 alteró profundamente su posición en la red urbana y su identidad, lo que provocó un moderado, pero sostenido, crecimiento demográfico, una notoria transformación del mercado de trabajo y profundos cambios en las conductas de sus habitantes. En ese tracto, la ciudad duplicó su población, pasando de cerca de 6.000 almas en 1857 a casi 12.000 en 1900, lo que supuso el mayor crecimiento acumulado de las capitales de provincia del hinterland madrileño. La expansión se sustentó en la capacidad de la ciudad de atraer migrantes de los pueblos, no tanto por su propio dinamismo urbano y económico, sino porque, al asumir nuevas funciones derivadas de la capitalidad, llegó a ella un contingente de empleados y militares que ensanchó el mercado de trabajo, productos y servicios. El contacto entre la población nativa y la forastera dio lugar a un complejo proceso de hibridación cultural, que devino en el desarrollo de nuevas identidades y propició la irrupción de conductas hasta entonces desconocidas, en los ámbitos de la cultura política, la cultura profesional, la vida doméstica, la familia, la sexualidad o el ocio. Como consecuencia de todo ello, la ciudad vio mermado el peso de su sector agropecuario, dominante, incluso, en el siglo XVIII, y su espacio público –físico y abstracto– se vio profundamente reorganizado y resignificado.

Esta investigación doctoral se aproxima a todos estos aspectos, que describen el modelo de transformación experimentado por una ciudad como Guadalajara. Con ella, se aspira a propiciar la comparación con otros trabajos que se ocupan de la ciudad y, en particular, con los que han abordado la urbanización en las ciudades provinciales o los que se ocupan del fenómeno en el área regional en torno a Madrid, en la que se ubica Guadalajara. Para ello, se adopta un enfoque enraizado en la historia urbana, la historia sociocultural, la historia cultural de la política y la microhistoria, que, a su vez, es deudor de las aportaciones procedentes de otras disciplinas que reflexionan sobre la ciudad y la urbanización, como la Ciencia Política, la Demografía histórica, la Sociología, la Antropología y la Geografía urbanas.

Con ello, se pretende contribuir a una mejor comprensión de la naturaleza, sentido y alcance de la modernidad urbana. Esta preocupación intelectual resulta de la insatisfacción ante los modelos analíticos que subrayan la débil transformación de las pequeñas ciudades, al considerar que aquella fue el resultado de la industrialización, los cambios tecnológicos ligados al despliegue del capitalismo, la formación de la conciencia de clase o el desarrollo de organizaciones políticas formales vinculadas al surgimiento

³⁵ CALERO DELSO, Juan Pablo: *Elite y clase: un siglo de Guadalajara (1833-1930)*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2006; ALEJANDRE TORIJA, Enrique: *El movimiento obrero en Guadalajara (1868-1939)*. Madrid, Fundación Federico Engels, 2008.

del mercado electoral propio de los sistemas liberales y democráticos, en lugar de considerar todos estos procesos como las diferentes manifestaciones de una nueva condición y un nuevo modelo de relación entre los sujetos y su entorno que podemos calificar como moderna. El caso de Guadalajara, como el de otras ciudades de sus dimensiones y características, evidencia la necesidad de afrontar el análisis de la modernidad desde una perspectiva más interesada en cómo se difundió que en las causas que condujeron a ello, como ha propuesto recientemente James Vernon. Este autor ha analizado la mutación de la sociedad tradicional británica en una sociedad moderna, centrándose en las formas abstractas de relación y gobierno que suscitó el contacto entre extraños derivado de la intensa movilidad de la población entre mediados del siglo XVIII y mediados del siglo XX, lo que, como el propio Vernon argumenta, requiere examinar cómo esas formas de relación abstracta alteraron las relaciones interpersonales en el ámbito local³⁶.

La identificación de la modernidad con el espíritu de una época y no con los resultados de una modernización de fuerte carga teleológica se apoya en una lectura renovada de las aportaciones realizadas por los fundadores de la Sociología a la definición de lo moderno. Las reflexiones de Max Weber, Ferdinand Tönnies y Émile Durkheim³⁷, acerca del individualismo, el resquebrajamiento de la comunidad y la anomia característicos de la modernidad nos obligan, cuanto menos, a examinar hasta qué punto era posible la autonomía, el aislamiento y el anonimato en una ciudad donde todo el mundo se conocía. Georg Simmel pareció encontrar en la experiencia del *Großstädter* – el ciudadano o habitante de las grandes urbes– la solución a la tensión provocada por el deseo del individuo de “preservar la autonomía y la originalidad de su existencia” frente a “las fuerzas aplastantes de la sociedad, de la herencia histórica, de la civilización y de las técnicas”, pues la vida mental de las metrópolis estimuló su capacidad para emanciparse de fuerzas como la religión, la moral y la economía³⁸. Al margen del riesgo reduccionista que entraña la oposición entre el habitante de las grandes ciudades y el de las pequeñas, la visión de Simmel resulta fundamental para aprehender la naturaleza de la condición moderna, al situar el acento en el tono híbrido y fronterizo que adoptaron las identidades de la mayoría de mujeres y hombres que residieron en las ciudades de los siglos XIX y XX y asistieron a la “vorágine de perpetua desintegración y renovación, de lucha y contradicción, de ambigüedad y angustia” que supuso la modernidad³⁹.

El análisis de la modernidad urbana desde una perspectiva relacional conduce a examinar los procesos de configuración, apropiación y resignificación del espacio público propios de la ciudad contemporánea y los conflictos que se derivaron de esos procesos. Entendido, en su sentido abstracto, como un espacio de sociabilidad, discusión y

³⁶ VERNON, James: *Distant Strangers...* (op. cit.), pp. 1-17.

³⁷ TÖNNIES, Ferdinand: *Comunidad y sociedad*. Buenos Aires, Losada, 1947 [1887], pp. 19-21; DURKHEIM, Émile: *El suicidio: estudio de sociología*. Madrid, Reus, 1928, p. 277.

³⁸ SIMMEL, Georg: “Las grandes urbes en la vida del espíritu”, en *El individuo y la libertad. Ensayos de Crítica de la cultura*. Barcelona, Península, 1986, p. 247.

³⁹ BERMAN, Marshall: *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. México DF, Siglo XXI, 2013.

conflicto, y como el escenario y el producto material de dicha relación⁴⁰, el análisis de la formación del espacio público contemporáneo exige un examen de la configuración de la esfera pública de discusión⁴¹, el despliegue de mecanismos de división social del espacio y de dispositivos de control social dirigidos a corregir las prácticas de ocio, protesta y acción colectiva por parte de las elites locales y el diseño urbanístico destinado a lograr todo ello⁴². Con ello, se pretende un análisis complejo del espacio, desde el que se pretende abordar la lucha por el espacio social y material que tuvo como principal escenario la ciudad, de la relación que mantuvieron con ella todos los sujetos –incluidos los habitantes que no estuvieron directamente implicados en el diseño urbanístico o el gobierno– y de la idea que esos sujetos tuvieron de ella. Esta perspectiva parte de una consideración conflictiva del espacio público, que discute la visión teleológica que se deduce de la interpretación de Jürgen Habermas sobre la esfera pública⁴³.

El otro eje discursivo de este trabajo es el de la urbanización, para la que se adopta un enfoque que trata de conjugar los aspectos culturales, demográficos y funcionales del fenómeno. El estudio de la urbanización pasa, en primer lugar, por un examen de la relación entre Guadalajara y su espacio rural circundante y, en segundo lugar, por un análisis en profundidad de la relación que la pequeña capital provincial mantuvo con Madrid, el gran centro metropolitano al que se hallaba subordinada como centro subalterno. El tipo de relación entre estas dos ciudades de dimensiones y características tan dispares no solo se justifica por los 55 kilómetros que separan a ambas –Guadalajara es la capital de provincia más próxima a Madrid–, sino por la influencia cultural, política y económica que la capital del Estado ejerció sobre una de las pequeñas ciudades de su hinterland y por la dependencia económica y política de esta respecto de aquella. Tal influencia fue advertida tempranamente por Pascual Madoz, que, en la descripción que su diccionario hacía de Guadalajara, señaló que “próximo a la corte participan sus habitantes más que en otros puntos, de las agitaciones políticas que en aquella se experimentan (*sic*) de la animosidad de los partidos y de la relajación de costumbres, puras y sencillas en su origen”⁴⁴. Al margen del tono antimoderno de esta apreciación, la influencia de Madrid fue patente en su capacidad de atracción de la población de la provincia, mucho mayor que la ejercida por la capital provincial, pues en aquella llegaron a residir alrededor de 20.000 nacidos en los pueblos guadalajareños. Más moderado, pero de una importancia relativa mayor fue el contingente de madrileños acogidos por Guadalajara, que representó más de un 10 % de la población migrante de la capital

⁴⁰ DELGADO, Manuel: *El espacio público como ideología*. Madrid, Catarata, 2014.

⁴¹ SENNETT, Richard: *El declive del hombre público*. Barcelona, Anagrama, 2011.

⁴² LEFEBVRE, Henri: *El derecho a la ciudad*. Madrid, Capitán Swing, 2017.

⁴³ HABERMAS, Jürgen: “The Public Sphere: An Encyclopedia Article (1964)”, *New German Critique*, 3 (1974), pp. 49-55. Este enfoque está tomado esencialmente de ELEY, Geoff: “Nations, Publics and Political Cultures: placing Habermas in the Nineteenth Century”, en CALHOUN, Craig: *Habermas and the Public Sphere*. Cambridge, Massachusetts y Londres, MIT Press, 1992, pp. 325-331.

⁴⁴ MADDOZ, Pascual: *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar* (tomo VIII). Madrid, Imprenta del Diccionario..., 1850.

provincial. El intenso trasiego de población entre ambas ciudades invita a adoptar un enfoque bidireccional sobre los intercambios de población, que aborde el papel que Guadalajara ejerció en la cuenca migratoria que desembocaba en Madrid, tanto en las migraciones escalonadas que se producían desde los pueblos de la provincia hasta la capital del país, como en los de migrantes retornados que pasaban por la capital. La posición relativa que adquirió Guadalajara en los intercambios de población e información sugiere que nos hallamos ante una ciudad fronteriza, cuya identidad y naturaleza urbana se nutrieron tanto de las aportaciones de la población de las comarcas guadalajareñas como de la que proporcionaron los migrantes procedentes de Madrid.

La investigación se nutre de diversas fuentes, en su mayoría, conservadas en el Archivo Municipal de Guadalajara. La primera y más rica es el padrón, en el que se recoge la información personal de todos los habitantes de la ciudad. En la investigación se han empleado los padrones de vecindario de 1844 y 1854 y las hojas de empadronamiento de 1869, 1884 y 1904. Con ellas se ha elaborado una base de datos en la que se consigna la información sobre el origen, edad, sexo, estado civil, profesión y relación con el cabeza de familia de 37.000 habitantes. La rica información que contiene el padrón presenta algunos problemas, especialmente en relación con el mercado de trabajo, cuya información no siempre aparecía reflejada o lo hacía subsumida en autopercepciones relacionadas con el género, el estatus o la clase social, o interferida por la mediación de los agentes que rellenaban el padrón de las personas que no sabían leer ni escribir. Este hecho enriquece nuestro conocimiento sobre las identidades, pero nos obliga a recurrir a otras fuentes que permitan abordar el análisis del mercado de trabajo y las relaciones familiares. Para ello, se ha vaciado el padrón de cédulas personales de 1887, que recoge información sobre salarios, alquileres y lugares de trabajo, las matrículas de la contribución industrial y de comercio, y las listas cobratorias de la contribución territorial, que nos permiten una aproximación a la información fiscal y patrimonial de los habitantes de la ciudad.

En las actas de sesiones del Ayuntamiento se recoge una rica información sobre la vida de la ciudad, viciada, sin embargo, por la creciente falta de transparencia de la elite concejil, un fenómeno especialmente visible a partir de la Restauración. Los expedientes de elecciones de concejales y diputados a Cortes, si bien, en algunos casos resultan incompletas o fragmentarias –casi inexistentes para el Sexenio y muy parcas para el reinado isabelino–, ofrecen una abundante cantidad de información sobre la conducta política de los habitantes de la ciudad y sus relaciones con el poder. Así mismo, se han empleado los libros de protocolos notariales conservados en el Archivo Histórico Provincial de Guadalajara, que recogen una rica información sobre la conducta privada, los patrimonios y las relaciones familiares de la población. Junto a estas fuentes, que se han explotado de una manera sistemática, se han empleado otras complementarias, como informes de locales comerciales y de ocio, padrones de pobres o amillaramientos, así como la documentación cualitativa que nos permite analizar cualquier aspecto de la vida de la ciudad en el período estudiado. Al propio tiempo, la prensa constituye una de las

referencias ineludibles en las que se apoya este trabajo, ya sea consultada directamente en el Archivo Municipal de Guadalajara, ya a través de las hemerotecas digitales del Ministerio de Cultura y la Biblioteca Nacional. Para el caso de Guadalajara, la cantidad y calidad de las cabeceras hemerográficas es muy fragmentaria, pues disponemos de una información más abundante y accesible para los decenios centrales y finales del siglo XIX y para el siglo XX, que no se da para el Sexenio o los inicios de la Restauración.

En la tesis doctoral que se presenta se ha adoptado una distribución de capítulos eminentemente monográfica. El primero de ellos aborda el impacto que la institución de la capitalidad provincial tuvo para Guadalajara. Ello da pie a una reflexión sobre el peso que la construcción del Estado liberal y su estructura territorial tuvieron para la ciudad y sobre los procesos de institucionalización estatal y nacionalización en el ámbito local. Al propio tiempo, se trata de abordar el papel que las nuevas funciones urbanas desempeñaron en la gestación de una nueva conciencia pública, que aunaba la vieja identidad local de la ciudad del Antiguo Régimen y la nueva identidad surgida tras la creación de la provincia. La relevancia adquirida por la ciudad como consecuencia de la extensión de la administración liberal, la provincialización de servicios públicos y el despliegue de la nueva red de comunicaciones propició la reorganización de la red urbana provincial y alteró las relaciones entre la capital y los pueblos. En ese proceso resultó determinante el protagonismo de una nueva elite provincial radicada en la capital, que sustentó su poder en su capacidad para manejar la política provincial y en la compra de bienes desamortizados, fenómenos que se analizan en el segundo capítulo. En él se pone especial énfasis en la apropiación de la tierra protagonizada por la burguesía provincial y se reflexiona sobre el papel de la propiedad agraria e inmobiliaria en las relaciones de poder.

La dimensión demográfica de la urbanización es analizada en el tercer capítulo, en el que se estudian tres aspectos clave del modelo demográfico de la ciudad, la mortalidad, la inmigración y la familia. El valor de los padrones para la confección de este capítulo resulta innegable, por cuanto permite reconstruir las pautas migratorias y los modelos de organización familiar. En el análisis de la mortalidad, por el contrario, se han utilizado las estadísticas elaboradas a partir del registro civil. El enfoque adoptado trata de conjugar las aportaciones de la Demografía histórica con los de la Antropología, ya para estudiar la conducta migratoria y la integración de los migrantes en la ciudad, ya para abordar el papel de la familia en la articulación de la sociedad surgida tras el resquebrajamiento de la comunidad. La dimensión espacial de la urbanización es analizada en el cuarto capítulo. En él, se reflexiona sobre la naturaleza de la apropiación, ordenación y producción del espacio social y material, tanto en el ámbito residencial como urbanístico. Para ello, se han empleado planos de la ciudad, proyectos de obras de viviendas particulares y expedientes relacionados con la extensión de los nuevos servicios e infraestructuras urbanas, como la traída de aguas.

El quinto capítulo está dedicado a las transformaciones operadas en el mercado de trabajo como consecuencia de la integración de la ciudad en el mercado nacional, el ensanchamiento del mercado local debido al aumento de población y el surgimiento de nuevas pautas de consumo. Para el análisis del mercado de trabajo se emplea el sistema de clasificación HISCO, que ya ha sido empleado en otros contextos urbanos del período⁴⁵. En este punto, se prestará especial atención al análisis de las nuevas culturas profesionales resultantes de la implantación del capitalismo, el triunfo de la hegemonía cultural burguesa y la ofensiva patriarcal protagonizada por esta. Este análisis se beneficia de la riqueza de la información padronal, que se completa con la contenida en el padrón de cédulas personales y la información recogida en la prensa, donde, a través de listas de empleados públicos o suscripciones de toda índole, se consignaban los cargos y salarios de algunos trabajadores. El alcance de este análisis se ve limitado, como se indicaba más arriba, por el funcionamiento de mecanismos performativos que, en el caso de las mujeres, limitan extraordinariamente nuestro conocimiento de su inserción laboral y nuestra capacidad para reconstruir la tasa de ocupación femenina y visibilizar su participación en el mercado de trabajo. Las ocultaciones y ambigüedades que se observan en muchas de las formas de representación empleadas por los trabajadores, sin embargo, ofrecen otras posibilidades, ya que nos permiten el valor del trabajo y el empleo en la definición de las identidades profesionales y sociales.

El sexto capítulo se ocupa del despliegue de la moral pública impuesta por el Estado liberal y de sus limitaciones. Ello exige analizar, en primer lugar, los dispositivos de control y vigilancia creados por la elite para ordenar las relaciones sociales en la ciudad y los sutiles mecanismos empleados por la gubernamentalidad liberal para moldear la conducta del cuerpo social⁴⁶. Esta línea de análisis ha encontrado un fecundo desarrollo en la historia urbana de las últimas décadas, particularmente en los trabajos de Patrick Joyce⁴⁷. Así, se abordan aspectos relacionados con las prácticas de ocio y sociabilidad – entre ellas, el consumo de prostitución–, o la gestión de la pobreza a través de la beneficencia. A partir de ello, se trata de reflexionar acerca de la relación entre los poderes locales y las clases populares, con el ánimo de analizar la naturaleza del espacio público definido por la burguesía y los conflictos que se derivaron de ello.

El séptimo y último capítulo está dedicado a los fenómenos de politización, socialización política y acción colectiva. A partir de los expedientes de elecciones, las actas de sesiones del Ayuntamiento y la prensa, se abordan las prácticas políticas de los habitantes de la ciudad. Así, se estudian los mecanismos de movilización política, la construcción de redes clientelares en torno a la elite municipal, el despliegue de nuevas

⁴⁵ PALLOL TRIGUEROS, Rubén, DE MIGUEL SALANOVA, Santiago y DÍAZ SIMÓN, Luis: “HISCO en Madrid: una propuesta metodológica para el estudio de los mercados laborales en el pasado”, *Revista de Demografía Histórica*, 32, 1 (2014), pp. 103-144; MARTÍNEZ MARTÍN, Manuel, MARTÍNEZ LÓPEZ, David y MOYA GARCÍA, Gracia: “Estructura ocupacional...” (art. cit.).

⁴⁶ FOUCAULT, Michel: *Nacimiento de la Biopolítica. Curso del Collège de France (1978-1979)*. Madrid, Akal, 2009.

⁴⁷ JOYCE, Patrick: *The rule of freedom: liberalism and the modern city*. Londres, Verso, 2003.

formas de acción colectiva, protesta y reivindicación, el desarrollo de la esfera pública o la trayectoria de los partidos políticos y organizaciones sindicales⁴⁸. Para ello, se adopta un enfoque enraizado en la historia cultural de la política, que aspira a integrar las aportaciones de la historia sociocultural y post-social⁴⁹, abordando las dimensiones social y simbólica de la política⁵⁰ y las tensiones, latentes o explícitas, entre la política oficial y la política subalterna⁵¹. Con ello, se pretende contribuir a una mejor definición de lo político que no se restrinja al estudio de las organizaciones y el ejercicio de la política institucional⁵². Para ello, se analizarán los procesos de articulación asociativa, pero también los discursos, las prácticas y los significados simbólicos y cálculos estratégicos que dieron sentido a las acciones que los sujetos desplegaban en el espacio público. reflejo de la interacción entre formas de relación y expresión propias de la comunidad y de las nuevas formas de expresión política surgidas en un sistema político nuevo, el del Estado liberal⁵³.

A través de todos esos procesos de la urbanización, se pretende contribuir a una definición de lo urbano a partir del caso de estudio de un tipo de ciudad, que, por su posición relativa en la red urbana y por estar sometida a un frecuente intercambio de población e información, se comportó como una ciudad *fronteriza*. Esta caracterización se justifica, en parte, por la ubicación de Guadalajara en la confluencia entre un área de intensa urbanización, en torno a Madrid, y una zona rural sometida a un fuerte éxodo rural, una provincia en la que la capital, además, ocupa una posición excéntrica. La posición relativa de la ciudad en esa frontera geográfica y el papel mediador asumido por la ciudad como capital provincial, sugiere su predisposición a la adopción de una identidad híbrida, resultante de la interacción entre dos marcos culturales muy diferentes.

Pero la frontera no tiene un sentido geográfico o cultural, sino también temporal, pues en el período elegido, se observan las tensiones derivadas entre una sociedad tradicional en avanzado estado de disolución y la sociedad moderna. Para ello, se han seleccionado dos cortes cronológicos, 1840 y 1905, en los que es patente la naturaleza híbrida del período. El estudio arranca de la coyuntura de 1840, momento en el que la conclusión de la primera guerra carlista dio pie al despliegue efectivo del Estado liberal en las capitales de provincia, y concluye en torno a 1905, una coyuntura marcada por la propia dinámica local de la ciudad. En el primer caso, el fin de la guerra supuso el

⁴⁸ VERNON, James: *Politics and the People: A Study in English Political Culture, 1815-1867*. Cambridge University Press, 1993.

⁴⁹ CABRERA, Miguel Ángel: "La investigación histórica y el concepto de cultura política", en PÉREZ LEDESMA, Manuel y SIERRA, María (eds.): *Culturas políticas: teoría e historia*. Zaragoza, PUZ, 2010, pp. 19-85.

⁵⁰ BAKER, Keith M.: *Inventing the French Revolution*. Cambridge, Cambridge University Press, 1990, p. 5; SIRINELLI, Jean-François: «L'histoire politique à l'heure du *transnational turn* : l'agora, la Cité, le monde ... et le temps», *Revue historique*, CCCXIII/2, 658 (2011), pp. 391-408.

⁵¹ LEFORT, Claude: *Democracia y representación*. Buenos Aires, Prometeo, 2011.

⁵² MOUFFE, Chantal: "La democracia, el poder y «lo político»", en *La paradoja democrática: el peligro del consenso en la política contemporánea*. Barcelona, Gedisa, 2016, pp. 33-51.

⁵³ TARROW, Sidney: *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid, Alianza, 2012.

despliegue de los dispositivos de control social y los servicios asistenciales, educativos y administrativos creados por el Estado liberal, iniciándose, al propio tiempo, la construcción del mercado nacional, que se sirvió de una nueva red de comunicaciones materializada en el telégrafo y el ferrocarril. 1905, por su parte, es una coyuntura determinante para la historia de la ciudad, pues, en torno a esa fecha, Guadalajara inició una fase de estancamiento demográfico que se prolongó hasta la Primera Guerra Mundial. Fue en ese momento, sin embargo, cuando adquirieron protagonismo nuevos actores políticos, como los socialistas, que ese año concurren a las elecciones y mantuvieron una activa presencia en el espacio público, en forma de protestas y reivindicaciones. Este hecho, poco relevante por sus consecuencias inmediatas –ninguno de los candidatos obtuvo la representación– evidencia el alcance de los cambios que experimentaron los habitantes de la ciudad en su dimensión identitaria y un cambio en la cultura profesional y política, que, sin perder el vínculo con el lenguaje propio de la comunidad, nos permite hacer un balance del alcance que tuvo la modernidad en la pequeña ciudad.

CAPÍTULO 1. *URBS AUGUSTA*. LA INVENCION DE UNA CAPITAL

La opinión pública sustenta la idea más falsa del gremio de los maestros de postas. Estos maestros tan calumniados son hombres pacíficos, serviciales por naturaleza, sociables, modestos en su apetencia de honores y no demasiado codiciosos.

Aleksandr Pushkin. *El maestro de postas*⁵⁴.

Cada vez en mayor grado, el Estado asume bajo su control todo aquello que se encontraba en el nivel específico de la ciudad.

Henri Lefebvre. *El derecho a la ciudad*⁵⁵.

1.1. El maestro de postas

El correo partió de la Real Casa de Postas al filo de la una y avanzó por la calle de Alcalá hasta la carretera de Aragón y Cataluña. En los primeros compases de su periplo, la expedición dejó atrás un aluvión de quintas, ventorros y paradores, que difuminaban el contorno de Madrid hasta el arroyo Abroñigal. Hacia la Venta del Espíritu Santo, el convoy quedó al albur de la noche serena. El agitado duermevela, interrumpido alternativamente por las conversaciones de los viajeros, las paradas de la carrera y la oscilación del carruaje, se prolongó hasta el confin de la provincia, pasada la Venta de Meco. Desde allí se intuía ya el perfil de Guadalajara, flanqueada por dos cerros y encajada entre barrancos, en medio de una inmensa alcarria. La monotonía del páramo, apenas alterada por las terrazas del valle del Henares y por la hilera de álamos y sauces que brotaban junto al río, realzaba la silueta recortada de la vieja ciudad castellana, que parecía desmoronarse bajo la luz crepuscular. A la altura del puente árabe, el mayoral viró al mediodía, en dirección al arrabal de Cacharrerías, situado extramuros de la población. Hacia la mitad de la penosa cuesta, junto al solar del demolido convento de la Merced, se distinguía mejor el caserío, desabrigado tras la muralla semiderruida. En las calles del arrabal no se veía un alma. Eran casi las siete de la mañana del sábado, 6 de julio de 1844, y el silencio era sobrecogedor⁵⁶.

⁵⁴ PUSHKIN, Aleksandr: *Relatos del difunto Iván Petróvich Belkin*. Madrid, Alianza, 2009.

⁵⁵ LEFEBVRE, Henri: *El derecho a la ciudad*. Madrid, Capitán Swing, 2013 [1974], p. 118.

⁵⁶ La descripción del itinerario es elaboración propia, a partir de: FORD, Richard: *A Hand-Book for Travellers in Spain and Readers at Home (Part II)*. Londres, John Murray, 1845, pp 878-885; MELLADO, Francisco de Paula: *Guía del viajero en España*. Madrid, Est. Tip. Calle del Sordo, 1842, pp. 235-238 D. M. A.: *Manual de entradas y salidas de correos en las capitales de las 49 provincias de la Península e*

Tras remontar la pendiente, la expedición cruzó la Puerta de Madrid, y los viajeros adquirieron una completa perspectiva de la plazuela de la Fábrica, cuya toponimia recordaba el emplazamiento de las reales manufacturas, que, durante más de un siglo, fueron el mayor provecho de la ciudad y uno de los principales establecimientos industriales de toda Castilla⁵⁷. En aquel espacio abierto e irregular se acumulaban algunos vestigios del rancio pasado de la urbe y se atisbaba su incierto porvenir. A saliente, un enorme mastín, inmóvil frente a un ancho portal, anunciaba la ubicación de una de las fondas destartaladas que encarnaban la postración del país⁵⁸. Junto a él languidecía el Alcázar, centenaria fortaleza real y sede de la Real Fábrica de sarguetas de San Carlos, cuyo estado ruinoso contrastaba con la renovada panorámica que ofrecían los edificios situados enfrente. Formaban el flanco de poniente de la plazuela la iglesia del ex convento de los Remedios, emplazamiento del Hospital Provincial, y el Palacio de Montesclaros, antiguo asiento de la Real Fábrica de paños, que acababa de ser remozado para albergar la Academia de Ingenieros del Ejército, instalada definitivamente en la ciudad tras el paréntesis de la Guerra Civil. Al mediodía se alzaba el suntuoso Palacio del Infantado, añosa corte del linaje de los Mendoza y, por el lado de poniente, la parroquia de Santiago, conectada a la morada ducal por el Arco de Perdigones, que franqueaba el paso hacia el tortuoso laberinto de la ciudad medieval⁵⁹.

A través de un paseo arbolado, el carruaje y su escolta se encaminaron hacia el ángulo noroccidental de la plazuela y penetraron en la travesía, cuyo aspecto era más propio de un abrupto desfiladero que de una carretera real. La caravana surcó a duras

islas adyacentes, con otras noticias útiles a toda clase de personas. Madrid, Est. y Fundación de Eusebio Aguado, 1843, p. 24; CABANES, Francisco Xavier: *Guía general de correos, postas y caminos del Reino de España con un mapa itinerario de la Península.* Madrid, Imp. D. Miguel de Burgos, 1830, pp. 286-287; ANÓNIMO: *Manual de diligencias para el año de 1831.* Madrid, Imp. D. Miguel de Burgos, 1831, pp. 53-54; DIGES ANTÓN, Juan: “La carretera de Madrid a Zaragoza. Su travesía por la ciudad de Guadalajara. Reseña histórica-descriptiva” (I), *Revista del Ateneo Caracense y Centro Volapükista Español*, agosto de 1888, VIII, pp. 75-79; DE QUINTO, Javier: *Memoria razonada y estadística de la Administración General de Correos desde 14 de agosto de 1843, en que se encargó de su dirección don Javier de Quinto, hasta enero de 1847, presentada por el mismo al Excmo. Señor Ministro de la Gobernación del Reino.* Madrid, Imprenta Nacional, 1847.

⁵⁷ GONZÁLEZ ENCISO, Agustín: *Estado e industria en el siglo XVIII: la fábrica de Guadalajara.* Madrid, Fundación Universitaria Española, 1980.

⁵⁸ La descripción está inspirada en la que hizo Clarín de la Fonda del Norte en *Superchería*: “en el ancho y destartalado portal de la fonda no le recibió más personaje que un enorme mastín, que le enseñaba los dientes gruñendo”. Clarín, que se basó en su propia experiencia en la ciudad en 1864 para la confección de su relato, señala que “Serrano se acordó de repente de aquel portal y de aquel farol que había visto veinte años antes”, lo que induce a pensar que la fonda, documentada en el padrón de 1844, debía de tener un aspecto parecido en esa fecha. CLARÍN: *Doña Berta. Cuervo. Superchería.* Madrid, Librería de Fernando Fé, 1892, p. 180. A comienzos del siglo XX, Azorín se hizo eco de la descripción del establecimiento, en un capítulo de Castilla, dedicado a las “fondas pequeñas y destartaladas de viejas ciudades”. Véase: AZORÍN: *Castilla.* Madrid, Espasa, 2014 [1912], p. 122. Emilia Pardo Bazán también se fijó “en el dismantelado patio de la fonda del Norte”, en la que se alojó en su viaje a Guadalajara. PARDO BAZÁN, Emilia: “Mi Semana Santa (Alcalá, Guadalajara y Sigüenza)”, en *Por la España pintoresca.* Barcelona, López Editor, 1895, p. 95.

⁵⁹ La descripción de Guadalajara y la plazuela de la Fábrica, a partir de: LAYNA SERRANO, Francisco: *Historia de Guadalajara y sus Mendozas en los siglos XV y XVI* (tomo IV). Madrid, CSIC, Aldus, 1942, pp. 265-303; MADDOZ, Pascual: *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar* (tomo VIII). Madrid, Est. Tipografico-Literario Universal, 1846, p. 631.

penas el angosto pasadizo, tropezando violentamente con los socavones que carcomían su firme, y se detuvo ante un corralón desvencijado, donde Miguel Contera, el maestro de postas de la ciudad, aguardaba para mudar los tiros y abastecer a los viajeros. Los primeros rayos de sol aún no habían empezado a colarse por encima de los voladizos, pero Contera y sus sirvientes ya habían examinado el ganado, las alcobas, el zaguán y la cuadra. Según sus noticias, esa misma tarde llegarían desde Barcelona los miembros del Ministerio, y Contera estremó el celo para agasajar cumplidamente a sus superiores. Pasadas las ocho, un oficial de la Jefatura Política de la provincia se presentó en la casa, cargado con el almuerzo de los ilustres próceres, que debía entregar en Alcolea al mediodía. El subalterno había recibido la instrucción del jefe político de que debía incorporarse a la expedición, desplazando, si era preciso, a alguno de los viajeros. El pasaje protestó y el embajador de Portugal, que viajaba en la silla de postas, amenazó con exigir una satisfacción al llegar a su destino. El maestro de postas, testigo impasible de la escena, entretuvo como pudo a los transeúntes, mientras el administrador de Correos trató de disuadirlos para que cedieran su asiento. Las gestiones no fructificaron y el funcionario se acopló junto al mayoral en el pescante. Contera y sus sirvientes pasaron revista a las caballerías y comprobaron el estado de los atalajes, y la expedición reanudó su marcha hacia Zaragoza con casi tres horas de retraso⁶⁰.

Figura 1.1. Plazuela de la Fábrica en 1841, por Sandalio Sancha



Fuente: Biblioteca Nacional de España.

⁶⁰ La reconstrucción del episodio es elaboración propia, a partir de la denuncia contra la intervención del jefe político, aparecida en *Eco del Comercio*, 11-7-1844. La intervención del administrador de Correos, Juan Manuel Velasco, fue reconocida por él mismo, en un oficio publicado en la *Gaceta de Madrid*, 25-7-1844.

Eran ya más de las once, y la luz estival había inundado la travesía, privándola de su aspecto fantasmagórico. Desde la puerta del corralón, Miguel Contera observó cómo la silueta del carruaje menguaba hasta hacerse casi imperceptible, mientras avanzaba pausadamente, al compás que marcaba el postillón a lomos de su caballo. En un recodo de la carretera, cercano ya a la Puerta de Bejanque, el rastro del coche se extinguió, quedando ante su cansada vista de medio siglo el ecléctico paisaje de piedra y ladrillo que formaban el convento de San José, vulgo Carmelitas de Abajo, la torre de la parroquia de Santa María y la iglesia del antiguo convento de San Francisco, asentada sobre una colina fortificada en la Guerra Civil, que, a modo de improvisada acrópolis, descollaba sobre la parte alta del caserío, en la frontera entre el casco y los arrabales. Los rigores del verano hacían intransitable la calle, pero valía la pena recrearse ante la instantánea, en la que se mezclaban el tono conventual de la vieja ciudad medieval, con el aire castrense y burocrático de la moderna Guadalajara, que empezaba a rehacerse por efecto de su investidura como capital de su provincia, lograda en 1822 y confirmada, al fin, en noviembre de 1833.

Y es que la ciudad se había convertido en residencia de un subdelegado de Fomento, que, con el gobernador militar y el alcalde, formó la trinidad civil de una soberanía delegada por el Estado liberal emergente, que, incapaz de asumir las funciones que le eran propias, transfirió a la capital un amplio catálogo de servicios públicos, recursos y capitales, que insuflaron oxígeno a aquella ciudad venida a menos, devastada por la guerra, la desidia y la apatía de sus moradores⁶¹. Para gestionarlos se articuló una nutrida cohorte de diputados provinciales, jueces, fiscales, jefes de administración, secretarios, oficiales, auxiliares, aspirantes, contadores, escribientes, recaudadores, agentes, comisionados, ingenieros, topógrafos, sobrestantes de obras públicas, arquitectos, maestros de obras, médicos de la Inclusa, practicantes, oficiales del Ejército, militares de tropa, ordenanzas, porteros y cesantes, que pronto empezaron a desfilar por los conventos exclaustros y las casonas abandonadas por la nobleza titulada, donde la Administración pública encontró su improvisado asiento. Junto a ellos, desembarcaron en la ciudad los profesores y los alumnos de la Academia de Ingenieros, los catedráticos y profesores auxiliares del Instituto y los maestros superiores de la Escuela Normal, que dieron a la ciudad un tono ilustrado y distinguido. Todos ellos se parecían a esos extraños que cruzaban la ciudad en los coches del correo y las diligencias, y a los oficiales y soldados que los vecinos acogían en sus casas, en cumplimiento de la servidumbre de bagajes y alojamientos. Pero, a diferencia de ellos, los funcionarios y empleados públicos llegaron para quedarse, aunque fuera a la espera de más altos destinos con los que coronar su carrera funcionarial.

⁶¹ OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “Tradición y modernidad en la España urbana de la Restauración”, en GÓMEZ-FERRER MORANT, Guadalupe y SÁNCHEZ GARCÍA, Raquel: *Modernizar España: proyectos de reforma y apertura internacional (1898-1914)*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, p. 80.

Miguel Contera se detuvo un momento frente al portal de la casa de postas, que era “el lugar donde se adquieren las más seguras noticias”⁶² y, por su ubicación, una atalaya privilegiada para contemplar la transición entre la vieja ciudad y la nueva, encarnada por el encuentro entre la comunidad centenaria que habitaba la ciudad y los forasteros que llegaban a ella para huir de la miseria o hacerse cargo de los negocios surgidos al calor de la capitalidad. Al mediodía, el corralón daba a la plazuela de la Cotilla, en la que sobresalía el palacio del mismo nombre. La casona era propiedad de la vizcondesa de Irueste y ex marquesa de Villamejor, Ana de Torres, heredera universal de un aristocrático linaje venido a menos al que habían dado lustre las segundas nupcias de su madre, Inés Romo y Gamboa, con José Domingo Udaeta y Ferro, un prominente abogado y hombre de negocios que acaudillaba el partido progresista de la capital. El matrimonio era la viva representación de la alianza entre la decadente nobleza titulada y la emergente notabilidad burguesa, pues, a la muerte del marqués, en 1838, la familia acumulaba más abolengo que patrimonio, y su viuda se apresuró a casarse de nuevo, para evitar la ruina de la casa y despejar el horizonte de su única hija. Romo eligió a Udaeta, miembro de una acaudalada familia de comerciantes que había incrementado su fortuna mediante la compra de bienes nacionales y acababa de ser elegido alcalde segundo del Consistorio. A Udaeta le importaban poco los laureles, si no iban acompañados de unas rentas que le permitieran mantener su desahogada posición, y el matrimonio arregló la venta del marquesado, que acumulaba una deuda de 60.000 reales cuando no rendía más que 15.000 al año. Conservaron, eso sí, el vizcondado, pues los títulos de nobleza no estorbaban en aquella ciudad de orgullosos hidalgos, ni restaban méritos a su *cursus honorum*, que Udaeta coronó con la jefatura política de la provincia tras la caída del duque de la Victoria, como una solución de compromiso entre el progresismo declinante y el moderantismo triunfante⁶³.

El palacio aportaba distinción a la plazuela, un espacio heterogéneo donde se cruzaban las vidas de un puñado de representantes de los viejos oficios manuales, junto a varios miembros de la oligarquía municipal, unos pocos empleados de las oficinas gubernamentales, e incluso una taberna, que servía de solaz a los jornaleros procedentes de las oscuras y mal ventiladas callejuelas de Abrazamoras y el Almendro y desde los arrabales que circundaban el casco. Varios vecinos vivían allí desde hacía décadas, o se habían trasladado desde las calles contiguas y los arrabales aledaños. Tres de los decanos

⁶² DUMAS, Alejandro: “Memorias”, en *La España*, 12-5-1852.

⁶³ Ana de las Torres se casó en 1852 con Ignacio de Figueroa y Mendieta, miembro de una familia hidalga enriquecida gracias a los negocios mineros, y en 1853, iniciaron la rehabilitación del título. El segundo hijo del matrimonio fue Álvaro de Figueroa y Torres, conde de Romanones. Sobre el marqués de Villamejor, véase: GORTÁZAR, Guillermo: “El Marqués de Villamejor: un estudio biográfico”, en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: *La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931* (vol. 2). Madrid, Comunidad de Madrid-Alfoz, 1989, pp. 648-658. Sobre la trayectoria de la familia en Guadalajara, véase: MORENO LUZÓN, Javier: *Romanones: caciquismo y política liberal*. Madrid, Alianza, 1998. Sobre Udaeta, véanse: CALERO DELSO, Juan Pablo: *Elite y clase. Un siglo de Guadalajara (1833-1930)* (tesis doctoral inédita). Madrid, Universidad Autónoma, 2005, p. 94; LÓPEZ PUERTA, Luis: *La Desamortización eclesiástica de Mendizábal de la provincia de Guadalajara (1836-1851)*. Guadalajara, Diputación Provincial, 1989.

del vecindario, Eustaquio Bonilla, Ciriaco Atienza y Agustín Fierro, eran maestros del gremio de carpinteros, que tenía en ese punto de la ciudad uno de sus más seguros baluartes⁶⁴. En el número cuatro habitaba Agustín Cerrada, un joven procurador de los tribunales y caballero regidor en ciernes del Ilustrísimo Ayuntamiento, que, a la sazón, asistía como sacristán en la parroquia de Santa María la Mayor, y en el siete, Juliana Ávila, una viuda sexagenaria que se pasaba el día rezongando contra las incomodidades que ocasionaban los coches a su paso por la carretera⁶⁵. Poco a poco, la plazuela se había poblado de forasteros, como el comisionado de Bienes Nacionales, Pedro Galo Montero, el oficial de la misma dependencia, Martín Lara⁶⁶, y hasta un zapatero menestral, Paulino Cuadrado. Su presencia desentonaba en medio de aquel vecindario de viejos conocidos, que, hasta no hacía mucho tiempo, únicamente se había visto alterado por el paso de los carruajes y por la presencia ocasional de la tropa y los oficiales del Ejército, acogidos en sus casas por los vecinos, en cumplimiento de los gravosos servicios de bagajes y alojamientos.

Aquel espacio abierto se diluía en el inmediato tramo de la travesía y en otra plazuela contigua, presidida por la parroquia de Santa María, que, por el norte, se extinguía en la plazoleta de la Claustura, y al mediodía se abría al populoso barrio de Budierca. El arrabal formaba el confín oriental de la ciudad intramuros y estaba habitado principalmente por jornaleros y artesanos menestrales, algunos de ellos descendientes de una colonia de portugueses que desembarcó en la ciudad para trabajar en las Reales Fábricas y todavía conservaba un fuerte vínculo con otras familias de su mismo origen, reforzado por la vecindad, el compadrazgo y el oficio compartido⁶⁷. Al otro lado de la muralla y del arroyo del Alamín bullía el arrabal del mismo nombre. Aquel andurrial era un apéndice de la orgullosa ciudad, hacia la que sus moradores miraban con una mezcla de recelo y acatamiento. En su caserío de tapial y adobe y en las cuevas abiertas a lo largo del barranco se hacinaba un ejército de jornaleros, la mayoría de ellos nacidos en la ciudad, que se ocupaban en la almazara de los *Plazas* y en la fábrica de jabón, cultivaban los olivares y las tierras de labor que se perdían en el horizonte, o trabajaban sus propias huertas, cuyo producto vendían por las calles del casco, guardado celosamente por los implacables centinelas que vigilaban el fielato situado junto al arroyo⁶⁸.

⁶⁴ AMGUCI, 1844.

⁶⁵ AMGUCAS, 141579, 16-10-1847.

⁶⁶ BOPG, 28-7-1856.

⁶⁷ En 1828, Agustín Fierro apadrinó a Juan Creus y Manso, hijo de una familia del arrabal, que llegó a ser con el tiempo un reputado médico. Véase: *Flores y Abejas*, 20-1-1929.

⁶⁸ Eran frecuentes las solicitudes de los vecinos del arrabal para que las puertas de la ciudad permanecieran abiertas. AMGUCAS, 141584, 4-12-1852.

Figura 1.2. Plazuela de Santa María, por Pérez Villaamil



Fuente: Pérez Villaamil y Escosura (1842)⁶⁹.

En aquel punto donde se unían el casco y los arrabales, la ciudad conservaba aún el tono de la comunidad, disciplinada mediante un sistema jerárquico de base familiar y corporativa que subordinaba a la mayor parte de sus miembros mediante la inveterada costumbre, y articulado por la organización gremial y la parroquia. Existían diferencias sociales entre los labradores y los jornaleros, los maestros de los oficios y los menestrales, la nobleza titulada y las familias de origen pechero, los miembros del clero y la población seglar, e incluso entre la orgullosa ciudad y los modestos arrabales, que se habían adosado a ella desafiando las barreras físicas que imponía la caprichosa orografía, y la frontera fiscal e identitaria materializada en la muralla. La comunidad podía tensionarse, pero a pesar de ello y de las divisiones, mantenía una gran estabilidad y cohesión⁷⁰, como

⁶⁹ PÉREZ VILLAAMIL, Genaro y ESCOSURA, Patricio de la: *España artística y monumental: vistas y descripción de los sitios y monumentos más notables de España* (III). París, Alberto Hauser, 1850, p. 38.

⁷⁰ La noción de comunidad en: TÖNNIES, Ferdinand: *Comunidad y sociedad* (op. cit.), pp. 19-21. El concepto ha mostrado una gran influencia en la historiografía. Véanse, entre otros: LASLETT, Peter: *El mundo que hemos perdido, explorado de nuevo*. Madrid, Alianza, 1987; THOMPSON, E. P.: *Costumbres*

quedaba de manifiesto cada mes de mayo por Santa Mónica, cuando los vecinos de las dos plazas y los dos arrabales rodeaban con velas la parroquia durante la fiesta de La Cerca, y bailaban durante días, so pretexto de rememorar el fin de una plaga de langosta que había asolado los campos de Guadalajara y su alfoz allá por el año de 1364⁷¹.

Más allá de aquel amasijo de miserables casuchas y casonas cuarteadas, la vieja ciudad empezaba a transformar su aspecto decadente. Bastaba caminar unos metros y admirar las plazuelas recién arboladas frente a la Academia, el Teatro, la Puerta del Mercado y la casona que ocupaba el Jefe Político, para comprobar que Guadalajara empezaba a resurgir sobre los rescoldos de su fenecido esplendor. Y es que, terminada la guerra, la augusta ciudad asumió la responsabilidad que le otorgaba su rango capitalino, y empezó a mudar su faz, para adquirir un aspecto digno de su condición. Solo con ello tendría fuerza bastante para descollar sobre los 459 ayuntamientos de su dependencia⁷², porque, para los caciques que regían los destinos del remoto Señorío de Molina, la quebrada Serranía, la feraz Campiña del Henares y aun la propia Alcarria en la que se enclavaba, aquella era una capital inventada⁷³ por los orgullosos hidalgos que gobernaban la ciudad, que, haciendo valer su abolengo en las Cortes de 1822, anularon las aspiraciones de otras ciudades y villas que también ambicionaban el lauro de la capitalidad para apaciguar su declive. La distinción recibida en el Trienio, confirmada por el decreto de Javier de Burgos de noviembre de 1833, no era enteramente artificiosa, pues antes de ser designada capital de su provincia, Guadalajara, la vieja ciudad con voto en Cortes, había sido designada sede de una intendencia, una administración principal de Correos⁷⁴ y dos Reales Fábricas, hasta que el ocaso de estas y las acometidas de los franceses redujeron la población a una sombra de lo que fue. Ser capital, empero, era otra cosa, aunque fuera de una provincia de tercera clase, pues comportaba un trasvase de funciones, personal, recursos, capitales y servicios hasta entonces desconocidos, que reforzó la posición de la ciudad y proporcionó savia nueva a su maltrecho mercado de trabajo.

Bien lo sabía Miguel Contera. Porque aquel servicial maestro de postas, leal servidor del jefe político, el administrador de Correos y el Gobierno de Su Majestad,

en común. Barcelona, Crítica, 1995. Una revisión del concepto en: VERNON, James: *Distant Strangers...* (*op. cit.*), pp. 1-17.

⁷¹ La Cerca coincidía con la festividad religiosa de Santa Mónica, y fue una de las principales fiestas de la ciudad. En las décadas finales del siglo XIX perdió su carácter popular, y a comienzos del XX dejó de celebrarse definitivamente. Sobre su ritual y origen legendario, véase: *Flores y Abejas*, 1-3-1896. Sobre su final: *El Eco de la Alcarria*, 5-5-1904.

⁷² El número de municipios se redujo a 399 en marzo de 1845, como consecuencia de la supresión de algunos de escasa población, de acuerdo con la Ley municipal de ese año. *Vid.* MADDOZ, Pascual: *Diccionario geográfico...* (*op. cit.*), p. 601.

⁷³ La idea de la capital “inventada” está tomada de VICENTE, Fernando: *El Ensanche Sur...* (*op. cit.*); BURGUEÑO, Jesús: *La invención de las provincias*. Madrid, Catarata, 2011.

⁷⁴ Eran administraciones subalternas de la de Guadalajara las de Atienza, Brihuega, Cifuentes, Cogolludo, Jadraque, Molina, Pastrana, Sacedón, Sigüenza y Torija, en la actual provincia de Guadalajara; Priego y Valdeolivas, en la de Cuenca; Ágreda, Almazán, Medinaceli y Soria, en la de esta última; Calatayud, en la de Zaragoza; y Cervera, Lumbreras y Torrecilla en Cameros, en la de La Rioja.

podía ser propietario de un regular patrimonio, patrón de cuatro criados, elector comprendido en la segunda categoría⁷⁵ y anfitrión de los insignes patricios que viajaban en la silla de postas para evitar la confusión de las diligencias y las incomodidades de las fondas⁷⁶, pero no hacía mucho tiempo que fue un simple labrador, rentero del clero regular⁷⁷ y postillón a las órdenes de Casimiro Caballero, el maestro de postas con cuya hija, Josefa, terminó casándose⁷⁸. A la muerte de su suegro, Miguel Contera se hallaba en una posición inmejorable para heredar la casa de postas, aunque la sucesión no fue inmediata, y la contrata pasó inicialmente a manos de los Paniagua, linaje de postillones que tenía a su cargo varias paradas de la carrera de Aragón y Cataluña⁷⁹, y al que pertenecía por nacimiento Francisca, la viuda de Casimiro⁸⁰. En 1841 la posta de Guadalajara quedó vacante de nuevo, y Miguel Contera consiguió, al fin, el único título de nobleza al que podía aspirar él, un pobre labrador sin tratamiento de don⁸¹. En aquel mundo ya casi perdido, en que el oficio tenía un arraigo familiar y afectivo, Miguel Contera accedió a su nueva condición gracias a su matrimonio. Los exiguos ingresos que le reportaba la contrata se compensaban con la posibilidad de tener posada o mesón, ya que el oficio no suponía un sustancial incremento del capital económico de la familia. La casa de postas contribuyó más bien a aumentar su capital social, pues proporcionó a Contera la visibilidad y la respetabilidad que le faltaban para asegurar su patrimonio, y lo liberó de las onerosas cargas de bagajes y alojamientos de tropas.

Al día siguiente del episodio provocado por la injerencia del jefe político, Miguel Contera pudo sentirse complacido al fin. Los miembros del Ministerio pasaron fugazmente por la ciudad, en dos sillas de postas procedentes de Barcelona, donde el Gobierno de su idolatrado Ramón Narváez⁸² había optado por disolver las Cortes para impulsar la reforma constitucional que habría de consolidar el régimen y rectificar los

⁷⁵ AMGU-ED. La ley electoral de 1837 establecía cuatro supuestos que permitían adquirir el derecho a ser elector en las elecciones de diputados a Cortes. En el primer caso se encontraban los contribuyentes que pagaran 200 reales anuales de contribución directa. Al segundo caso se adscribían los contribuyentes cuya renta anual superara los 1.500 reales procedente de propiedades rústicas o urbanas, ganado de cualquier especie, establecimientos de caza y pesca o profesionales cuyo ejercicio exigiera estudios y exámenes previos. En tercer lugar, se encontraban los arrendatarios o aparceros que pagaran 33 reales vellón al año en dinero o frutos. Por último, eran electores los habitantes de una casa por la que pagaran 2.500 reales de alquiler anual en Madrid, 1.500 reales en localidades de más de 50.000 habitantes, 1.000 reales vellón en los de más de 20.000 habitantes y 400 reales en otros núcleos. En 1839, Contera figuraba en la lista electoral como elector por el segundo caso. Véase: *BOPG*, 3-7-1839.

⁷⁶ La referencia al aspecto de las fondas es una constante en las guías de viaje de la época. Para Guadalajara, véase: FORD, Richard: *A hand book for travellers in Spain* (vol. 2). Londres, John Murray, 1845, p. 883.

⁷⁷ LÓPEZ PUERTA, Luis: *La Desamortización eclesiástica de Mendizábal en la provincia de Guadalajara*. Guadalajara, Diputación Provincial, 1989.

⁷⁸ AMGU-PV, 1824, 1827.

⁷⁹ CABANES, Francisco Xavier: *Guía general de Correos, postas y caminos del Reino de España*. Madrid, Imprenta de D. Miguel de Burgos, 1830, p. 287.

⁸⁰ Para la reconstrucción de la vida de Miguel Contera se han revisado todos los padrones confeccionados por el Ayuntamiento de Guadalajara entre 1824 y 1865.

⁸¹ AMGU-AS, 141573, 30-6-1841.

⁸² *El Heraldo*, 27-5-1848. Contera figuraba en una lista de suscriptores que apoyaron la brutal represión ejercida por el jefe del Gobierno tras las “tormentas del 48”.

excesos del fenecido esparterismo⁸³. Las noticias que llegaban desde Madrid aconsejaban su pronto regreso a la Corte, pues se habían registrado algunas alteraciones del orden. El maestro de postas apremió a sus sirvientes para que mudaran los caballos con la mayor prontitud, mientras él agasajaba a sus ilustres huéspedes. Una vez concluido el relevo de las caballerías, los ministros emprendieron la marcha hacia la capital. Esa vez, Contera pudo divisar cómo la expedición se alejaba en dirección a la plazuela de la Fábrica, próxima a las huertas que durante décadas habían servido para su sustento y el de su prole, y respiró aliviado, porque sintió que la amenaza de la miseria había quedado conjurada.

1.2. *Urbs vetera*: orgullosa ciudad, capital de su provincia

En 1844, Guadalajara conservaba el tono de una ciudad tardomedieval. Estancada y desangrada por la emigración, la vida de sus 5.011 habitantes se distinguía muy poco de la de otros pueblos grandes de Castilla, donde el ciclo agrario, el calendario litúrgico y el repique de campanas de las iglesias y los conventos marcaban el ritmo de los días, que transcurrían de forma rutinaria y sin sobresaltos. Solo sus numerosos conventos, sus parroquias y sus palacios, los restos de sus centenarias murallas, sus atestadas posadas y sus destartalladas fondas recordaban la pasada importancia de la población. Richard Ford, uno de los numerosos viajeros que recorrieron el país en aquellos años, encontró una población “monótona y empobrecida; y siempre lo fue; por ello, el arzobispo Fonseca solía decir que aunque solo a 4 leguas de Alcalá estaba realmente a 140 en riqueza y conocimiento, pero ahora están a la par en pobreza e ignorancia”⁸⁴. La vieja ciudad parecía vivir su agonía, como si estuviera irremediablemente condenada a una decadencia permanente, agigantada por la imagen fantasmagórica que ofrecía su arquitectura monumental, devastada por el paso del tiempo, la Guerra contra el francés y el abandono de las autoridades locales⁸⁵.

El aspecto de la ciudad alimentaba el apetito de los espíritus románticos, pues aquel poblachón de calles tortuosas y mal empedradas, tenía “una fisonomía extraña, misteriosa”, propia de “la vieja ciudad de la Edad Media”⁸⁶. A mayor abundamiento, Guadalajara acababa de perder sus preciadas fábricas de paños y, consiguientemente, se había esfumado el carácter industrial y dinámico que había exhibido durante el siglo XVIII. La conmoción ocasionada por el cierre de la manufactura todavía estaba presente en la memoria de sus habitantes, como un estigma, y todas las descripciones de quienes visitaron la ciudad después de 1822 repetían la misma letanía, al presentar una ciudad “poco importante y pobre hoy [que] ha sido sin embargo (...) principal un tiempo, y rica

⁸³ CÁNOVAS SÁNCHEZ, Francisco: *El partido moderado*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1982, pp. 40-41.

⁸⁴ FORD, Richard: *A handbook for travellers...* (op. cit.), p. 883.

⁸⁵ GARCÍA DE PAZ, José Luis: *Patrimonio desaparecido de Guadalajara*. Guadalajara, AACHE, 2011.

⁸⁶ DIDIER, Charles: *Une année en Espagne (I)*. París, E. Depée, 1841, p. 159. Cit. en VILLAR, Jesús y VILLAR, Ángel: *Viajeros por la Historia. Extranjeros en Castilla-la Mancha. Guadalajara*. Toledo, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 2006, p. 366.

a fines del pasado siglo y principios del presente con sus famosas fábricas de paños abandonadas de algún tiempo a esta parte”⁸⁷. La sombra del pasado era demasiado alargada, y la capitalidad provincial parecía no ser suficiente para eludir el incierto destino de la ciudad. Guadalajara vivía ensimismada en su remota opulencia, y su tono urbano solo parecía ser fruto de la inercia y la tradición:

Guadalajara ha sido rica y muy poblada; ahora es pobre, y apenas cuenta con trece mil habitantes, sobre veinte mil que poseía bajo Carlos III. Los ricos hidalgos, los alegres obreros que la habitaban han sido reemplazados por bandas de desgraciados andrajosos que recorren sus calles tortuosas y mal construidas, los pies desnudos, las manos mugrientas y la piel bronceada bajo la doble influencia del sol abrasador y el viento de Somosierra, que sopla a ráfagas sobre la ciudad decrepita. Sin embargo, es la residencia de un jefe político, de dos alcaldes constitucionales; envía numerosos diputados a las Cortes y mantiene siempre su título de ciudad; pero este título lo lleva como ciertos grandes señores que no han conservado de su viejo esplendor más que viejos pergaminos medio borrados, su indómita vanidad y la imperecedera esperanza de volver a ser ricos y poderosos a toda costa⁸⁸.

Al margen del sobredimensionamiento de los efectivos demográficos que los autores atribuían a la ciudad antes del cierre de las Reales Fábricas, y del decadentismo, el orientalismo y el impresionismo que rezumaban las representaciones de los viajeros, los relatos son suficientemente ilustrativos del contraste entre el peso específico adquirido por la ciudad en tanto que capital y su escaso dinamismo urbano. Guadalajara, como otras ciudades de sus dimensiones y características, no resistía la comparación con las grandes urbes, transformadas por el prodigioso impulso de la industria, la centralización política, las actividades del naciente capitalismo, y las algaradas revolucionarias. El contraste era todavía más notorio en el corazón de Castilla, donde Madrid descollaba en medio de una red de pequeñas ciudades “desconjuntada y difusa”⁸⁹. El desequilibrio se remontaba a las décadas finales del siglo XVI, y era consecuencia de la redistribución de la población y las funciones urbanas en el interior de la Meseta, cuya población tendió a concentrarse en la Corte, sedentarizada en Madrid desde 1561. Poco a poco, la red urbana se vio socavada por las propias dificultades estructurales de un modelo económico y demográfico antiguos, la masiva migración de la población castellana hacia Madrid y las zonas costeras, el comportamiento absentista de la nobleza, el hundimiento de la producción artesanal por la competencia extranjera, el sistema de impuestos, y su débil articulación, que se asentaba sobre vínculos políticos y episcopales y sobre la coerción económica que ejercía la Corte, a cuyo abasto se subordinó la producción de ambas Castillas. Algunas ciudades de gran dinamismo en los siglos modernos, como Valladolid, Medina del Campo

⁸⁷ PÉREZ VILLAAMIL, Genaro y ESCOSURA, Patricio de la: *España artística y monumental...* (op. cit.), I, p. 38.

⁸⁸ CUENDIAS, Manuel y FÉREÁL, Víctor (Madame de Suberwick): *L’Espagne pittoresque, artistique et monumental. Mœurs, usages et costumes*. París, Librairie Ethnographique, 1848, p. 262.

⁸⁹ RINGROSE, David R.: *España, 1700-1900...* (op. cit.), p. 342.

o Toledo, vieron reducida su población a la mitad, la tercera o la quinta partes, y las demás, quedaron reducidas a meros centros regionales y comarcales⁹⁰.

Guadalajara, por su parte, se vio relegada a una posición marginal en la trama urbana y, debido a su proximidad a la Corte, fue una de las ciudades que más tempranamente acusaron la crisis, al pasar de cerca de 13.000 almas a mediados del siglo XVI, a poco más de 8.000 a comienzos del XVII y menos de 4.000 al finalizar la centuria⁹¹. La crisis agrícola, artesanal y comercial era evidente a finales del siglo XVI, debido en parte al absentismo de los Mendoza, que a mediados del siglo XVII abandonaron definitivamente la ciudad y su palacio. Solo la producción textil mantuvo parte de su vigor, e incluso se creó una manufactura de tinte para seda en 1631, que propició el florecimiento de otros talleres subsidiarios, aunque terminó languideciendo. La intensa actividad cultural desarrollada bajo el mecenazgo de los Mendoza se desvaneció. La única función de la ciudad que gozaba de vitalidad era la conventual, pues a lo largo del Seiscientos se establecieron en Guadalajara cuatro nuevos cenobios y monasterios, que se sumaron a los catorce ya existentes⁹². La ciudad, empero, no se especializó en la función religiosa, pues no era sede episcopal, lo que reducía su elite a una oligarquía formada por unos pocos comerciantes y maestros artesanos, numerosos labradores y algunos hidalgos, que sobresalían en medio de una masa de artesanos menestrales y jornaleros empleados en el campo⁹³. La Guerra de Sucesión terminó por arruinar Guadalajara, cuya población alcanzó su mínimo en 1717, unos 450 vecinos, alrededor de 2.000 habitantes o tal vez menos⁹⁴.

En esta coyuntura, la Monarquía estableció en 1719 una manufactura para la producción de paños finos destinados al consumo de la Corte, a cargo de ochenta familias católicas holandesas, que se amplió en la década de 1760 con la producción de sarguetas,

⁹⁰ RINGROSE, David R.: *Madrid y la economía española, 1560-1850: ciudad, corte y país en el antiguo régimen*. Madrid, Alianza, 1985; CASTRO, Concepción de: *El pan de Madrid: el abasto de las ciudades españolas del Antiguo Régimen*. Madrid, Alianza, 1987.

⁹¹ Para el siglo XVI, los datos se han tomado de GARCÍA BALLESTEROS, Aurora: *Geografía urbana...* (op. cit.), p. 54, que cita a LAYNA SERRANO, Francisco: *Historia de Guadalajara y sus Mendozas en los siglos XV y XVI*. Madrid, Aldus, 1942. García Ballesteros discute la cifra aportada por TORRES, Francisco: *Historia de la muy nobilísima ciudad de Guadalajara (manuscrito), 1647*. Para el siglo XVII: RINGROSE, David R.: *Madrid y la economía...* (op. cit.); FERNÁNDEZ VARGAS, Valentina: "La población española en el siglo XVII", en JOVER ZAMORA, José María y DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio (dirs.): *Historia de España Menéndez Pidal (XXIII): La crisis del siglo XVII*. Madrid, Espasa-Calpe, 1989, pp. 138-139; MARURI, Ramón: "La sociedad urbana", en JOVER ZAMORA, José María y MORALES MOYA, Antonio (dir.): *Historia de España ... (XXX): Las bases económicas, políticas y sociales de un régimen en transformación, 1759-1834*. Madrid, Espasa-Calpe, 1989, pp. 730-731.

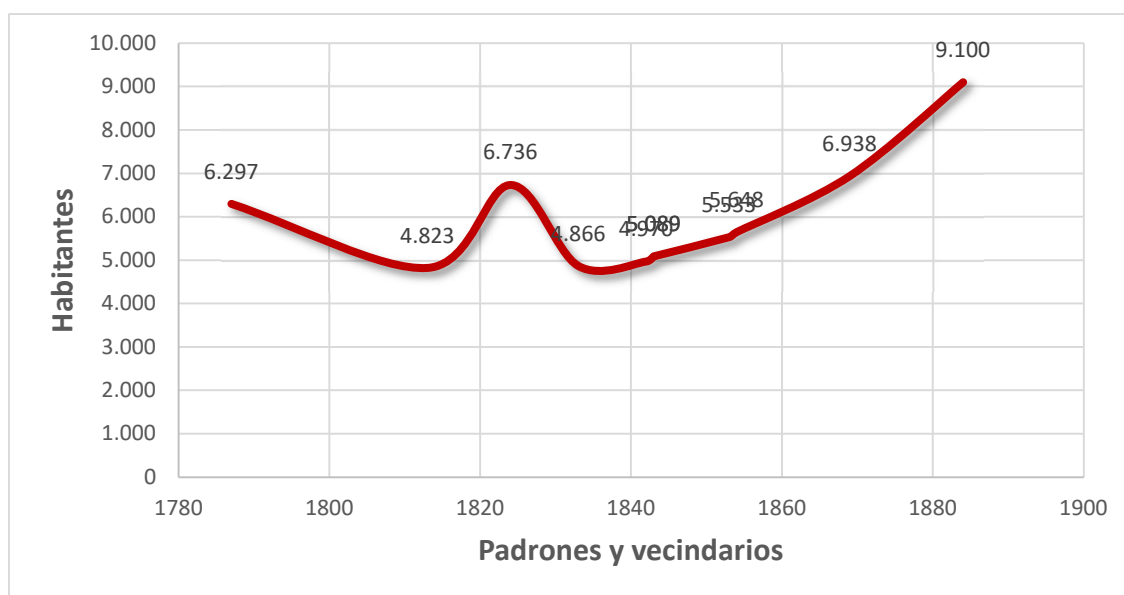
⁹² GARCÍA BALLESTEROS, Aurora: *Geografía urbana...* (op. cit.), pp. 51-94.

⁹³ SALGADO OLMEDA, Félix: "Tipología social de una oligarquía urbana: los regidores de Guadalajara en el siglo XVIII. ¿Elite nobiliaria o burguesía funcionarial?", *Hispania*, 2002, 62 (211), pp. 693-746.

⁹⁴ Como señaló Manuel Martín Galán, el coeficiente empleado para el cálculo de vecinos en habitantes es variable. El propio Martín Galán propuso un coeficiente 4,5 para las ciudades, debido a su población flotante y un 3,79 para el norte de la provincia de Guadalajara. Véanse: MARTÍN GALÁN, M. "Fuentes y métodos para el estudio de la demografía histórica castellana durante la Edad Moderna", *Hispania*, 1981, XLI, p. 290; MARTÍN GALÁN, Manuel: "Nuevos datos sobre un viejo problema. El coeficiente de conversión de vecinos en habitantes", *Revista Internacional de Sociología*, 1985, 4, pp. 593-632.

asentada en el alcázar andalusí. Las Reales Fábricas de Guadalajara, de acuerdo con el horizonte mercantilista del reformismo borbónico, lograron su propósito de revitalizar la economía de la ciudad, “aumentar su población y lograr los demás subsiguientes beneficios que trae consigo la opulencia del comercio”⁹⁵. Las fábricas, junto con las de San Fernando y Brihuega, constituyeron el más vasto complejo industrial del país y en ellas se ocuparon hasta 23.590 trabajadores en 1791, entre los que había numerosas mujeres. De ellos, el 22 % trabajaba en la ciudad, y el resto eran trabajadores en régimen de *verlagsystem* o empleados en escuelas de hilazas, repartidas por las actuales provincias de Guadalajara, Madrid, Cuenca, Soria, Toledo y Ciudad Real⁹⁶. La presencia de las Reales Fábricas mudó la faz conventual de Guadalajara, convertida en una ciudad fabril de cierto dinamismo, aunque subordinada a la manufactura, lo que a la larga terminó afectando al tejido artesanal subalterno. Su población tampoco experimentó una explosión, pues en 1751 ascendía a 1.300 vecinos y debió de alcanzar su máximo relativo, 6.297 habitantes, en 1787⁹⁷.

Figura 1.3. Evolución de la población en Guadalajara (1787-1884)



Fuente: Elaboración propia, a partir García Ballesteros (1978) y del vecindario de 1842⁹⁸.

⁹⁵ GARCÍA BALLESTEROS, Aurora: *Geografía urbana...* (op. cit.), p. 101. El fragmento está tomado del libro de Actas de sesiones, que refiere una comunicación de Felipe V.

⁹⁶ LÓPEZ BARAHONA, Victoria: “Pobreza, trabajo y control social: las hilanderas de las Reales Fábricas de Guadalajara (1780-1800)”, en CASTILLO, Santiago y OLIVER, Pedro (coords.): *Las figuras del desorden: heterodoxos, proscritos y marginados*. Madrid, Siglo XXI, 2006.

⁹⁷ GARCÍA BALLESTEROS, Aurora: *Geografía urbana...* (op. cit.), p. 131.

⁹⁸ *Ibid.*, p. 192. Para el vecindario de 1842: AMGU-PV, 2H 302.

Los intentos de la Corona por resolver los problemas financieros de las fábricas, la propia crisis del modelo protoindustrial, dada su incapacidad para adaptarse a los cambios en la demanda, y los desastres de la Guerra de la Independencia propiciaron el definitivo ocaso de la manufactura, que en agosto de 1821 cesó la producción⁹⁹. Los últimos años fueron agónicos, y los trabajadores del establecimiento desarrollaron una primera experiencia de movilización que llegó al “más puro conflicto”¹⁰⁰. En mayo de 1820, los operarios se amotinaron para exigir el pago de sus salarios y la Diputación Provincial advirtió de que “si no se pone un pronto remedio, no solo quedarán innumerables familias expuestas a la mendicidad, sí que es también de temer que se vea comprometida la tranquilidad de este pueblo”¹⁰¹. Ante la noticia del paro de la producción, los trabajadores volvieron a encabezar un motín, que se disolvió tras la intervención del duque del Infantado y la promesa de que las fábricas se habían cedido a una compañía francesa para que las reflotara. La manufactura no reabrió, pese a los intentos de sus antiguos trabajadores, que, en 1825, solicitaron al Ayuntamiento una solución, y la ciudad perdió la esperanza de recuperar la actividad fabril que la había mantenido viva durante más de un siglo¹⁰². La instalación de las Fábricas había frenado la tendencia a la despoblación y la desurbanización iniciadas a comienzos de la Edad Moderna, pero el experimento fabril había creado en la ciudad un espejismo de opulencia que condujo a una ostensible desigualdad, pues como observó Antonio Ponz, “van caros los comestibles (...), pues ciertamente los jornales han de ser más subidos”¹⁰³. La opulencia se desvaneció en la primera mitad del siglo XIX, y el ocaso de las fábricas arrastró a la economía de la ciudad a una profunda crisis. La población, que se había recuperado tras la Guerra de la Independencia, volvió a reducirse, y tocó fondo a comienzos de la década de 1830.

En esa coyuntura, la ciudad encontró la oportunidad propicia para remontar la pendiente descendente por la que se deslizaba, al ser designada capital de una de las nuevas provincias creadas por el naciente Estado liberal para racionalizar la administración y extender su poder central a todos los confines del país. El camino, empero, no fue fácil, porque Guadalajara tuvo que luchar con otras candidatas que aspiraban al título capitalino en la provincia. La augusta *Caraca*¹⁰⁴, que había sido ciudad con voto en las Cortes de Castilla, corte ducal de los Mendoza, lecho mortal del marqués

⁹⁹ GONZÁLEZ ENCISO, Agustín: *Estado e industria...* (op. cit.).

¹⁰⁰ ALEJANDRE TORIJA, Enrique: *Guadalajara, 1719-1823: un siglo conflictivo*. Madrid, Fundación Federico Engels, 2014, p. 176. La expresión procede de una petición del Concejo al rey, recogida en las actas de sesiones de 12 de mayo.

¹⁰¹ DIGES ANTÓN, Juan: *Guía de Guadalajara y su provincia*. Guadalajara, Imprenta y Encuadernación Provincial, 1890, p. 53. Diges cita las actas de sesiones de la Diputación Provincial.

¹⁰² ALEJANDRE TORIJA, Enrique: *Guadalajara, 1719-1823* (op. cit.), p. 177.

¹⁰³ PONZ, Antonio: *Viaje de España, 1765-1766. Tomo I*. Madrid, Aguilar, 1947, p. 123. Cit. GARCÍA BALLESTEROS, Aurora: *Geografía urbana...* (op. cit.), p. 132.

¹⁰⁴ Hasta finales del siglo XIX, la ciudad se identificaba con la ciudad celtíbera de Caraca, citada por Plutarco. La elite local reivindicó esta herencia en el nombre del Ateneo Caracense. Algunos historiadores locales descartaron esta identificación, prefiriendo la de Arriaca, citada en el itinerario de Antonino. Sobre esta cuestión: DIGES ANTÓN, Juan: *Guía...* (op. cit.), pp. 16-17.

de Santillana y cuna de su hijo, el Gran Cardenal de España¹⁰⁵ y señorío, aposento y presidio de reyes, desempolvó los pergaminos que contenían su añejo título de ciudad y se presentó con tal carga simbólica ante las Cortes del Trienio Liberal, que, en 1822, debatieron una nueva división provincial. En las discusiones resultó determinante la vieja condición de la ciudad con voto en Cortes, a las que Guadalajara había enviado regularmente procuradores desde el siglo XIV¹⁰⁶. Tal condición, además de un reconocimiento simbólico de su importancia económica y de la posibilidad de participar en la limitación del poder regio de raíces feudales, implicaba la asunción de funciones fiscales e influencia política sobre su entorno, pues sobre esta red de ciudades se configuró la provincialización castellana de finales del siglo XVI, que prefiguró la división territorial diseñada en el siglo XVIII por la dinastía borbónica.

En 1718, Guadalajara fue designada sede de una intendencia, condición que se extendió a todas las provincias en 1749 y adquirió su estructura definitiva en 1789. Pero la caótica división del territorio, formada por provincias discontinuas con numerosos exclaves, no favorecía una administración racional, especialmente en el caso castellano y particularmente en el de Guadalajara, que incorporaba a su partido y los circunvecinos, los de Buitrago y Colmenar Viejo. Esta “cartografía del caos”¹⁰⁷ fue reformada entre 1799 y 1805 por el Consejo de Hacienda, bajo los auspicios de Miguel Cayetano Soler, que dio a las provincias una forma parecida a la actual. El nuevo mapa provincial hacía discutible la capitalidad de Guadalajara desde un criterio geográfico, dada su posición excéntrica en el extremo occidental de una provincia con una disposición longitudinal¹⁰⁸, y las divisiones trazadas por Francisco Amorós en 1809, a instancias de la administración napoleónica, y por Felipe Bauzá en 1813, por indicación de las Cortes de Cádiz, arrebataron a Guadalajara su condición capitalina, incorporando su territorio a una macroprovincia con capital en Madrid. Ninguno de los dos proyectos cuajó, y aún tuvo tiempo la administración josefina de encargar a José de Lanz una división en departamentos a la manera francesa, transformados definitivamente en prefecturas, una

¹⁰⁵ Sobre la relación entre la casa ducal del Infantado y la ciudad, véanse: CARRASCO MARTÍNEZ, Adolfo: *El régimen señorial en la Castilla moderna: las tierras de la casa del Infantado en los siglos XVII y XVIII*. Madrid, Universidad Complutense, 1991; CARRASCO MARTÍNEZ, Adolfo: “Guadalajara, corte de los Mendoza en la segunda mitad del siglo XVI”, en VV. AA.: *Felipe II y las artes. Actas del Congreso internacional (Madrid, 9-12 de diciembre de 1998)*. Madrid, Universidad Complutense, 2000, pp. 57-69; NADER, Helen: *Los Mendoza y el Renacimiento español*. Guadalajara, Institución Provincial de Cultura Marqués de Santillana, 1986 [1986]; SÁNCHEZ LEÓN, Pablo: *Absolutismo y comunidad. Los orígenes sociales de la guerra de los comuneros de Castilla*. Madrid, Siglo XXI, 1998. El tema fue abordado anteriormente por el cronista provincial y erudito local Francisco Layna Serrano, que aporta una gran cantidad de información sobre la ciudad en los siglos modernos: LAYNA SERRANO, Francisco: *Historia de Guadalajara y sus Mendozas en los siglos XV y XVI* (4 vols.). Madrid, Aldus, 1942.

¹⁰⁶ CARRETERO ZAMORA, José Manuel: *Cortes, monarquía, ciudades. Las Cortes de Castilla a comienzos de la época moderna (1476-1515)*. Madrid, Siglo XXI, 1988. Las Cortes se celebraron en la ciudad en 1390 y 1408.

¹⁰⁷ La expresión es empleada por BURGUEÑO, Jesús: *La invención... (op. cit.)*, p. 23. Los contornos de las provincias del Antiguo Régimen fueron immortalizados por el cartógrafo Tomás López, hacia 1866.

¹⁰⁸ CALERO DELSO, Juan Pablo e HIGUERA BARCO, Sergio: *Historia contemporánea de la provincia de Guadalajara, 1808-1931*. Guadalajara, Bornova, 2008, pp. 11-19.

de ellas con capital en Guadalajara, que incorporó territorios de la desaparecida provincia de Segovia y de la de Madrid, cuya prefectura quedó reducida a su territorio inmediato¹⁰⁹.

No era el capricho de la geografía la única resistencia que encontró Guadalajara para lograr ser capital, pues también hubo de enfrentarse con los intereses de algunas poblaciones, no demasiado diferentes en tamaño e influencia regional, que aspiraban a convertirse en capitales del territorio comprendido entre las Sierras de Ayllón y Albarracín y los valles del Henares y el Tajo. Las Cortes gaditanas reconocieron la singularidad del Señorío de Molina, que había enviado un diputado a la asamblea, Ramón López Pelegrín, y contaba con otro diputado de origen molinés, José Roa. Ambos presionaron para que la comarca fuera reconocida como provincia, logrando que al menos se materializara la bicefalia en la constitución de la nueva Diputación Provincial, llamada de Guadalajara con Molina, que aglutinaba a ambos partidos con los de Anguita, Atienza, Brihuega, Cifuentes, Cogolludo, Pastrana, Sigüenza y Torrelaguna¹¹⁰.

Suprimidas las diputaciones provinciales en 1814, y restituidas durante el Trienio, fue entonces cuando el papel de la institución resultó fundamental para situar a Guadalajara a la cabeza de una de las nuevas provincias confeccionadas por las Cortes, a instancias del secretario de Gobernación, Agustín Argüelles. El Ayuntamiento de la episcopal Sigüenza aprovechó la coyuntura y presentó su candidatura como capital provincial, en agosto de 1820, lo que provocó la reacción del Ayuntamiento de Guadalajara¹¹¹. La comisión técnica, encabezada de nuevo por Bauzá y por el ingeniero Agustín de Larramendi, diseñó un modelo de división provincial que, en aras de un mayor equilibrio geográfico, situaba las capitales en el centro de sus respectivas provincias, lo que perjudicaba a Sigüenza y a la propia Guadalajara, que, a pesar del mantenimiento del trazado provincial de 1813, había sido incorporada por la comisión a la provincia de Madrid. Las alternativas eran Brihuega, una villa con cierta relevancia protoindustrial, aunque de apenas 4.000 habitantes, y Cifuentes, un pueblo agrícola que solo contaba con 1.000 moradores. La Diputación provincial propuso la inclusión de Guadalajara (6.700 habitantes) en la provincia, y el Ayuntamiento de la ciudad dio la batalla, emprendiendo una intensa campaña en los pueblos¹¹².

En el debate parlamentario, celebrado el 10 de octubre de 1821, varios diputados aragoneses, proclives a la incorporación de algunos pueblos de la provincia de Guadalajara en la recién creada provincia de Calatayud, defendieron la capitalidad de

¹⁰⁹ BURGUEÑO, Jesús: *La invención...* (op. cit.), pp. 51-62.

¹¹⁰ GARCÍA FERNÁNDEZ, Javier: "El municipio y la provincia en la Constitución de 1812", *Revista de Derecho Político (UNED)*, 2012, 83, p. 465; BALLESTEROS, Plácido (et al.): *Guía histórica de la Diputación Provincial de Guadalajara (1813-2001)*. Guadalajara, Diputación de Guadalajara, 2001.

¹¹¹ ORTEGO GIL, Pedro: *Historia de la Diputación Provincial de Guadalajara, 1813-1845*. Guadalajara, Diputación Provincial, 2002, p. 19 (<http://bipgu.es/wp-content/uploads/HistoriaDeLaDiputacion.pdf>).

¹¹² Los datos de población proceden de: MIÑANO, Sebastián: *Diccionario geográfico-estadístico de España y Portugal* (11 vols.). Madrid, Imprenta de Pierard-Peralta, 1826, tomos IV, p. 372 (Guadalajara); II, p. 167 (Brihuega); III, P. 102 (Cifuentes); VIII, p. 289 (Sigüenza); y VI, p. 63 (Molina).

Brihuega¹¹³. El exaltado Juan Romero Alpuente argumentó que la elección de Guadalajara “ha sido efecto del despotismo, porque estaba cerca de Madrid, porque tenía allí sus fábricas, porque dominaban allí ciertos señorones que eran los principales, como hoy lo es el duque del Infantado” y acusaba al Ayuntamiento de intrigar a favor de su candidatura en los pueblos y que “aquellos pobrecitos, por ignorancia o por temor, han pedido, sin saber lo que se pedían, andar 10 o 15 leguas más de lo que necesitaban para su gobierno”. La candidatura arriacense contó con el aval de su diputado, Anselmo Antonio Fernández, cura del pueblo de Usanos, cercano a la capital, que reconoció que el Ayuntamiento había tratado de seducir a los pueblos, aunque sin llegar a violentarlos, y puso en valor el apoyo de Molina a la candidatura arriacense, “porque sus relaciones comerciales están en Madrid por Guadalajara”¹¹⁴. Sin embargo, la defensa más entusiasta correspondió a Diego Clemencín, presidente de la comisión de división del territorio y diputado murciano, pero con intereses en el área de influencia inmediata de la ciudad¹¹⁵, que señaló que

la centralidad que ha considerado y considera la comisión, está, no precisamente en el centro material del territorio, sino de la población y el movimiento, y en este concepto yo quisiera que se me dijese si Guadalajara no está en la parte más poblada y de mayor movimiento industrial de la provincia. La facilidad de comunicación con el Gobierno supremo es tan clara que no se debe hablar de ello, pues a las tres horas de expedida una orden se recibe en Guadalajara (...). Los caminos buenos o malos que hay de travesía van a parar a Guadalajara, adonde los pueblos están habituados a acudir hace siglos¹¹⁶.

La comisión parlamentaria asumió este argumento y eligió Guadalajara como capital de su provincia, admitiendo en el preámbulo del proyecto que, junto a los criterios geográficos y económicos, la nueva división provincial respondía a “la costumbre arraigada en los pueblos de acudir a la que ha sido capital hasta ahora; las relaciones personales y locales que los concurrentes tienen contraídas desde antiguo” y la existencia de espacios que ya eran utilizados como dependencias administrativas¹¹⁷. Parece que la tradición urbana pesó más en el caso de Guadalajara que la tradición episcopal, que favorecía a Sigüenza¹¹⁸. La elección casi no tuvo consecuencias inmediatas, debido a la atrofia del proceso de división territorial tras la vuelta del absolutismo, salvo porque la elite local se comprometió masivamente con el liberalismo, a cuyo triunfo se vinculó la

¹¹³ A partir de 1823, el municipio de Orihuela quedó agregado a la provincia de Aragón, y en 1833, incluido en la de Teruel. Desde el censo de 1860, su denominación oficial es Orihuela del Tremedal.

¹¹⁴ DSC, 10-10-1821.

¹¹⁵ Secretario de la Real Academia de Historia y estudioso de la obra de Cervantes, Clemencín sentía una fuerte vinculación a la provincia, pues en la Guerra de la Independencia se refugió en una finca de su propiedad en Puebla de Beleña, pueblo del partido de Cogolludo, donde inició su estudio cervantino. Un nieto de Clemencín llegó a ser alcalde de Guadalajara en el Sexenio Democrático. LÓPEZ RUIZ, Antonio y ARANDA MUÑOZ, Eusebio: *D. Diego Clemencín (1765-1834): ensayo bio-bibliográfico*. Murcia, Imp. Scres. Nogués, 1948, p. 28.

¹¹⁶ DSC, 10-10-1821.

¹¹⁷ DSC, 1-10-1821.

¹¹⁸ David Ringrose ha defendido que la reurbanización del interior castellano respondió a este doble criterio. El caso de Guadalajara, como los de otras provincias, reflejan que el criterio episcopal fue marginal. Véase: RINGROSE, David R.: *España, 1700-1900... (op. cit.)*.

capitalidad, y porque esta fue confirmada en la circular y el Real Decreto de noviembre de 1833. Por otra parte, los proyectos que habían cuestionado la capitalidad de Guadalajara, la tibieza de los restantes partidos de la provincia al apoyarla, las presiones que habían tenido que ejercer el Ayuntamiento y la Diputación sobre los pueblos, y el bajo índice de primacía urbana de la capital sobre su extensa provincia evidenciaban la débil influencia cultural, política y económica de la capital sobre sus más de cuatrocientos municipios. Ello, unido a la excentricidad geográfica de la ciudad en la provincia, explica la fragmentación de su territorio, que todavía subsiste en el acusado desequilibrio entre el urbanizado corredor del Henares, integrado en el área metropolitana de Madrid¹¹⁹, y el sector central de la España vaciada, que quedó en tierra de nadie, equidistante de Madrid, Zaragoza y Guadalajara, lo que ha afianzado aún más su singularidad regional, referenciada en localidades como Sigüenza o Molina¹²⁰.

1.3. La capital provincial en el marco del Estado liberal: influencia moral y espacio público

Restaurado el absolutismo en 1823, la división provincial establecida el año anterior quedó sin efecto. El decreto de Fernando VII, declarando nulos los actos del Gobierno durante el Trienio, supuso el restablecimiento de las intendencias. El Gobierno absolutista eludió inicialmente la cuestión territorial, dadas las connotaciones liberales que adquirió la división provincial diseñada en el Trienio, pero el caos administrativo y judicial evidenciaba la necesidad de acometer una reforma. En 1825, por fin, Francisco Tadeo Calomarde propuso la formación de una comisión, con el encargo de establecer una nueva demarcación provincial para la organización de los tribunales y juzgados inferiores. Al frente del organismo se situaron Martín Fernández Navarrete, director del Depósito Hidrográfico y, nuevamente, Larramendi, director de Correos, esta vez sin Bauzá, que había sido diputado en el Trienio y marchó al exilio. La comisión llevó a cabo sus trabajos discretamente, lo que no impidió que, paralelamente, se desarrollara un clima de opinión favorable a la elaboración de una división territorial más ambiciosa, que permitiera reforzar los resortes del poder real. Entre los intelectuales y altos funcionarios que aconsejaron al monarca la adopción de una estructura administrativa más acorde con la realidad del país se encontraba Javier de Burgos, que, ya en 1821, se había distinguido

¹¹⁹ Sobre el Corredor del Henares, véase: GÓMEZ MENDOZA, Josefina: *Agricultura y expansión urbana: la campiña del Bajo Henares en la aglomeración de Madrid*. Madrid, Alianza, 1977. Sobre el caso de Guadalajara en la metropolización de Madrid: CARBALLO BARRAL, Borja, GONZÁLEZ PALACIOS, Daniel, PALLOL TRIGUEROS, Rubén, SAN ANDRÉS CORRAL, Javier y VICENTE ALBARRÁN, Fernando: “Al calor del moderno Madrid... (op. cit.), p. 39; SAN ANDRÉS CORRAL, Javier: “A la sombra de la capital. Las ciudades del *hinterland* madrileño y sus transformaciones urbanas en el primer tercio del siglo XX”, en OTERO CARVAJAL, Luis Enrique y PALLOL TRIGUEROS, Rubén (eds.): *La sociedad urbana en España, 1900-1936. Redes impulsoras de la modernidad*. Madrid, Catarata, 2017, pp. 164-188.

¹²⁰ Sobre la España vaciada, véase: DEL MOLINO, Sergio: *La España vacía*. Madrid, Taurus, 2016.

en la defensa de una división provincial inspirada en el modelo napoleónico, definida por la racionalidad gubernamental y el equilibrio demográfico¹²¹.

El proyecto, presentado a las audiencias y chancillerías en marzo de 1829, mantuvo sustancialmente el diseño de 1822, salvo por la supresión de las provincias de Calatayud, Játiva y Villafranca del Bierzo, el traslado de la capitalidad de la provincia de Chinchilla a Albacete y de la de Vigo a Pontevedra, el desplazamiento de algunas demarcaciones y el cambio de denominación de los partidos, que pasaban a llamarse corregimientos. En mayo de 1831, el plan fue presentado a Fernando VII en su forma definitiva, pero su promulgación se dilató hasta después de la muerte del monarca. El proyecto fue heredado entonces por la Secretaría de Estado de Fomento, cuyo titular, Javier de Burgos, se había mostrado partidario de suprimir algunas provincias, pues consideraba que todas ellas debían tener una extensión similar y una población cercana a los 300.000 habitantes. Sin embargo, la coyuntura aconsejaba no demorar la aprobación de un plan de división territorial que estaba llamado a ser decisivo en la organización de la guerra y el control sobre el territorio y la población. La nueva división provincial fue promulgada mediante una Circular de 9 de noviembre de 1833, que presentaba las 49 provincias agrupadas por reinos, confiriendo así a la nueva organización territorial una apariencia de continuidad histórica. Esa fue la única aportación del equipo de De Burgos al mapa de las provincias, que, si no se atribuyó explícitamente la autoría del mismo, alimentó la tesis de su paternidad en sus *Anales del reinado de Isabel II*¹²². Los límites provinciales se han mantenido hasta hoy, con algunos cambios, que, en el caso de Guadalajara solo han afectado a un municipio, Valdeavero, incluido en la provincia en 1833 y finalmente incorporado a Madrid en 1850¹²³.

La Secretaría de Estado de Fomento, empero, no se limitó a asumir el plan heredado, sino que lo dotó de contenido, mediante sendos Reales Decretos de 23 de octubre y 30 de noviembre de 1833 y una Instrucción complementaria a este último, publicada el mismo día. El Decreto de 23 de octubre creó la figura clave de la nueva administración, el subdelegado de Fomento, precursor del jefe político y el gobernador civil, delegado gubernativo en cada provincia y cabeza de su gobierno. El Decreto de 30 de noviembre clasificó las provincias en tres categorías¹²⁴ y estableció la estructura de la administración provincial, asignando al subdelegado de Fomento el cometido de estudiar las necesidades de su jurisdicción y “socorrerlas él mismo”¹²⁵. Sus tareas quedaban recogidas en la Instrucción complementaria, todo un programa de gobierno, pues

¹²¹ BRUGUEÑO, Jesús: *La invención...* (op. cit.), pp. 115-126.

¹²² DE BURGOS, Javier: *Anales del reinado de Doña Isabel II* (vol. 1). Madrid, Est. Tip. de Mellado, 1850-1851.

¹²³ BRUGUEÑO, Jesús: *La invención...* (op. cit.), pp. 115-133.

¹²⁴ Barcelona, Cádiz, Coruña, Granada, Madrid, Málaga, Sevilla y Valencia, de primera; Alicante, Córdoba, Murcia, Oviedo, Toledo, Valladolid y Zaragoza, de segunda; y el resto, de tercera.

¹²⁵ El texto de los Reales Decretos y la Instrucción, en: DE BURGOS, Javier: *Anales del reinado...* (op. cit.), p. 73.

conjugaba los principios esenciales de la gubernamentalidad liberal¹²⁶ en su versión doctrinaria y las líneas maestras del funcionamiento del Estado vigilante al que aspiraban los moderados. Entre las tareas del subdelegado se encontraba el fomento de la actividad económica, particularmente de la agricultura, cuya modernización pasaba por la erradicación de los “usos de cuyo influjo funesto casi nadie se apercibe, porque su antigüedad les dio una especie de sanción, y el hábito los rodeó de cierto prestigio”¹²⁷. Ello significaba una invitación implícita a la incentivación del mercado, que se completaba con el control y el desarrollo de las comunicaciones.

Por otra parte, los subdelegados eran responsables de la fiscalización de los Ayuntamientos, “conducto por donde la acción del Gobierno se estiende (*sic*) desde el palacio del grande a la choza del labrador”¹²⁸. La norma conminaba a los Consistorios a someterse al subdelegado, responsable de inspeccionar la financiación de los municipios, a los que se reconocía la competencia de ejercer la vigilancia sobre abastos e higiene. La Instrucción, al propio tiempo, ordenaba a los subdelegados establecer un sistema de “policía general”, que habría de servirse de medios “preventivos y represivos”. Su ejecución correspondía esencialmente a la máxima autoridad provincial, pero también a los empleados subordinados a él y hasta a los propios vecinos, pues a todos ellos correspondía “conocer completamente la situación de cada pueblo, y el modo de vivir y los hábitos de sus moradores; observar a los que, sin motivos conocidos, hacen frecuentes salidas de sus domicilios, o no dejan adivinar a sus compatriotas los recursos con que proveen a su subsistencia”. Así, se recomendaba a los responsables de la administración municipal “que sigan los pasos de los sugetos (*sic*) que se hallen en uno u otro de aquellos casos, y que informen sobre ellos semanalmente al gefe (*sic*) de la administración provincial”, y se encarecía a todas las administraciones a que evitaran el paro de los jornaleros. La represión, por su parte, implicaba tanto a las “tropas de línea” como a los “paisanos armados”, que debían ser los encargados de su autoprotección cuando los medios policiales profesionales faltaran¹²⁹.

Tal reconocimiento de la incapacidad del Estado para ejercer la dominación mediante el monopolio de la violencia y la autoridad racional¹³⁰ constata la falta de medios materiales y legales para ejercerla y la resistencia de un cuerpo político complejo y fracturado tras la desincorporación del poder subsiguiente a la caída de la soberanía encarnada en el monarca¹³¹. Ante la evidencia de esa debilidad coercitiva, solo cabía la

¹²⁶ FOUCAULT, Michel: *Nacimiento de la biopolítica. Curso del Collège de France (1978-1979)*. Madrid, Akal, 2012, p. 29.

¹²⁷ DE BURGOS, Javier: *Anales del reinado...* (op. cit.), p. 77.

¹²⁸ *Ibid.*, p. 89.

¹²⁹ *Ibid.*, p. 93.

¹³⁰ WEBER, Max: *Conceptos sociológicos fundamentales*. Madrid, Alianza, 2013.

¹³¹ LEFORT, Claude: “La imagen del cuerpo en el totalitarismo”, en *La incertidumbre democrática: ensayos sobre lo político*. Barcelona, Anthropos, 2004, p. 48.

educación del cuerpo social y político¹³², mediante un fuerte intervencionismo de las subdelegaciones en ámbitos como la instrucción y la producción intelectual que propiciara la socialización del doctrinarismo. La intervención de los subdelegados debía concretarse, en primer término, en la fundación de escuelas, que, de acuerdo con el horizonte utilitarista e individualista del liberalismo moderado, debían propiciar la capacitación de las clases populares para los oficios elementales, con los fondos públicos que tradicionalmente se destinaban a las academias de latinidad, formación que, “aunque abra la puerta a profesiones más elevadas, es menos urgente favorecer”. Al propio tiempo, las subdelegaciones de Fomento debían proteger y promover la creación de periódicos, sociedades económicas, asociaciones científicas, bibliotecas y museos, “para que se disfrute la libertad racional, que es un elemento de civilización, sin riesgo, ni aun remoto, de que degenera en licencia”¹³³. La construcción del cuerpo social comportaba, por último, el despliegue de herramientas dirigidas a garantizar la paz colectiva, como los hospicios, hospitales y asilos con los que se pretendía dar forma a un rudimentario sistema benéfico-asistencial y las instituciones correccionales, que, encargadas de rectificar la conducta de quienes amenazaban la felicidad colectiva, debían ser reformadas para poner coto a las prisiones “donde viven mezcladas las personas de sexos diferentes, con daño de las costumbres y mengua de la civilización”¹³⁴.

La nueva estructura territorial adoptada en noviembre de 1833, cuestionada por quienes vieron en ella un peligro para la unidad nacional y aun por los progresistas, que recelaban de un proyecto que no había sido fruto de la soberanía nacional encarnada por las Cortes¹³⁵, sirvió de base a la organización electoral y judicial, convirtiéndose en un instrumento esencial en la institucionalización de un Estado liberal “más reglamentista que centralista”¹³⁶, que, ante la falta de recursos y la debilidad de medios coercitivos, transfirió a sus capitales la gestión de los servicios asistenciales, educativos, fiscales, sanitarios, electorales y policiales que le eran propios. Las capitales provinciales adquirieron así un papel determinante en la vida nacional y no solo porque en ellas residieran el subdelegado de Fomento y toda su cohorte de subalternos, sino porque fueron un privilegiado escenario del despliegue de la gubernamentalidad liberal. En ellas, el Estado disponía de medios y personal para reforzar los medios de control y coerción y, al propio tiempo, de mecanismos, más o menos institucionalizados y explícitos para orientar, educar y regular la conducta de la población y así promover la autolimitación de

¹³² POOVEY, Mary: *Making a Social Body: British cultural formation, 1830-1864*. Chicago, University of Chicago Press, 1995; FOUCAULT, Michel: *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Madrid, Siglo XXI, 2009 [1979];

¹³³ *Ibid.*, pp. 94-96.

¹³⁴ El fundamento pedagógico y defensor del modelo era patente en la apuesta por el trabajo de los condenados a obras públicas, pues “dedicados a empresas de prosperidad, los presidiarios no saldrán de su confinación más perversos que se mostraran al dar los primeros pasos en la carrera del crimen; y volviendo a la sociedad, no podrán menos de bendecir la administración protectora, bajo cuya dirección reformaron sus costumbres, y se proporcionaron ahorros que mejorarán su condición”. *Ibid.*, pp. 100-101.

¹³⁵ BURGUEÑO, Jesús: *La invención... (op. cit.)*, pp. 135-137.

¹³⁶ OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “La reducción de escala y la narrativa histórica”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 2007, vol. Extraordinario, pp. 245-264.

su libertad individual¹³⁷. Ello contribuyó a convertir a las capitales en poderosos centros de influencia cultural, hasta tal punto que, como señaló uno de los responsables del desarrollo doctrinal de la nueva administración provincial, “la población [de las ciudades capitales] ejerce un influjo moral, y acaso un verdadero predominio, sobre los habitantes del campo y de los pueblos circunvecinos. Apoderada la administración de esta llave, gobierna el territorio anejo con facilidad”¹³⁸.

La estructura territorial del Estado isabelino proporcionó mayor equilibrio a la red urbana española, pues si, por un lado, sobredimensionó la preeminencia urbana de capitales de escaso dinamismo económico, como Guadalajara, sirvió de hipodermis sobre la que se articuló el mercado nacional. El principal instrumento para lograrlo fue la construcción de una red de comunicaciones cuyos nodos eran las capitales de las provincias. El diseño de la red telegráfica y ferroviaria reprodujo, a escala provincial y comarcal, la estructura radial prefigurada en el siglo XVIII, con centro en Madrid, convirtiendo las 49 capitales en centros subalternos de una red comunicacional y de intercambios a la que quedaron subordinadas las cabeceras de los 452 partidos judiciales creados en 1834, y a ellas, los más de 8.000 municipios españoles¹³⁹. La sobrevenida función económica de las capitales quedó frustrada, en ocasiones, por las limitaciones impuestas por la orografía, la costumbre, los conflictos de intereses que envolvieron el proceso de construcción de la red de comunicaciones o la competencia de otros núcleos urbanos más dinámicos dentro de cada provincia. Pero, al menos, sirvió para revitalizar los mercados de trabajo locales en muchas ciudades de la España interior. El de Guadalajara era un caso paradigmático, pues enmendó el rumbo hacia el abismo económico y demográfico emprendido por la ciudad tras la crisis de sus manufacturas.

No todo fueron ventajas, desde luego, porque la capitalidad convirtió a los habitantes de la ciudad en objeto de un control hasta entonces desconocido, entre cuyos epítomes se encontraba Rafael de Navascués, el jefe político de la provincia de Guadalajara en 1844¹⁴⁰. Su actuación durante aquel verano lo convirtió en uno de los paradigmas de un Estado vigilante y receloso ante una sociedad en ebullición. El suceso

¹³⁷ FOUCAULT, Michel: *Nacimiento de la biopolítica...* (op. cit.).

¹³⁸ COLMEIRO, Manuel: *Derecho administrativo español* (tomo 1). Madrid, Santiago de Compostela, Librerías de D. Ángel Calleja, 1850, pp. 66-67.

¹³⁹ BAHAMONDE MAGRO, Ángel, OTERO CARVAJAL, Luis Enrique y MARTÍNEZ LLORENTE, Gaspar: *Las comunicaciones en la construcción del Estado contemporáneo en España, 1700-1936. El correo, el telégrafo y el teléfono*. Madrid, Ministerio de Obras Públicas y Transportes, 1993.

¹⁴⁰ Rafael de Navascués fue secretario de la jefatura política hasta que, en diciembre de 1843 fue ascendido tras cesar el jefe político progresista, José Domingo Udaeta. En abril de 1847, Navascués abandonó la jefatura política de Guadalajara y pasó a desempeñar la de Vizcaya. En 1849 fue elegido diputado por Tudela. Manuel Sánchez Silva, en su semblanza de los diputados de aquella legislatura trazó una silueta nada complaciente sobre su celosa trayectoria política: “tuvo la prebenda de gefe (*sic*) político, y ahora es canónigo en el ministerio de la Gobernación, con unos 32.000 reales de asignación, y las gallinas de los maitines de Navidad. Fue muy buen gefe (*sic*) de provincia por su tolerancia, inteligencia y firmeza de carácter, y por eso lo separaron”. Vid. SÁNCHEZ SILVA, Manuel: *Semblanza de los 340 diputados a Cortes que han figurado en la legislatura de 1849 a 1850*. Madrid, Imp. de Gabriel Gil, 1850, pp. 148-149. Sobre su trayectoria política e intelectual, vid. MORENO, Víctor: “Don Rafael Navascués: un navarro antifuerista en el siglo XIX”, *Gerónimo de Uztáriz*, 4 (1990), pp. 41-58.

ocurrido en la casa de postas aquella mañana de julio de 1844 habría pasado desapercibido si no fuera porque la conducta del alto funcionario estaba siendo objeto de disección por algunos espectadores, que encontraban a cada paso motivos para denunciar las “arbitrariedades y demasías” de Navascués¹⁴¹. En enero, seguramente para responder a las críticas del público, el delegado gubernamental, a instancias del administrador de Correos de la ciudad, había hecho publicar en el *Boletín Oficial de la Provincia* una circular del Ministerio de la Gobernación fechada en mayo de 1841, en la que se reconocía explícitamente el derecho de los particulares a la inviolabilidad de su correspondencia y se les instaba a denunciar las irregularidades cometidas por las administraciones de Correos en ese punto¹⁴². En los meses siguientes, las críticas arreciaron a cuenta de sus continuas injerencias en la vida privada de sus administrados. En mayo, un lector del *Eco del Comercio* había denunciado la pasividad del jefe político ante el escándalo promovido por varios apóstoles de la reacción, que clamaban contra la venta de bienes nacionales. El denunciante era un particular anónimo, que se presentaba como un “amante de la libertad y progresista en toda mi vida”, y se había decidido a divulgar “las noticias de esta capital, puesto que hasta ahora nadie lo ha hecho”, encareciendo al rotativo que preservara su intimidad¹⁴³. Varias semanas después, Navascués volvió a ser denunciado en el mismo periódico, esa vez por adoptar las precauciones necesarias para controlar el proceso electoral en ciernes, pues el mismo día que se esperaba la llegada a la ciudad del candidato adicto, José Muñoz Maldonado, conde de Fabraquer, el jefe político expulsó de la capital a un botillero que, a la sazón, representaba a una agencia de redención de quintas, so pretexto de cometer agiotaje¹⁴⁴.

La campaña contra la conducta “arbitraria e ilegal” de Navascués se prolongó durante los dos meses siguientes, no solo en la prensa progresista, sino también en algunos periódicos absolutistas y moderados, a cuenta de los registros practicados por los agentes gubernamentales para sancionar a los disidentes políticos y de las coacciones ejercidas por la máxima autoridad provincial y los empleados de la Diputación, empeñados en lograr que Fabraquer se impusiera a la candidatura formada por varios moderados independientes, encabezados por un ilustre patricio del país, Diego Desmaissières, conde de la Vega del Pozo. Los dos candidatos terminaron pactando una candidatura de unidad, que elevó al primer puesto a Fabraquer, mientras Desmaissières pudo jactarse de ser el candidato más votado en la capital. Pero, al margen de los resultados, lo relevante es que el objetivo de desbancar al candidato cunero por otro con arraigo en la tierra se frustró, a diferencia de lo sucedido en las elecciones de 1839. En aquella ocasión, una cencerrada contra uno de los candidatos cuneros, Andrés Borrego, y la indiferencia hacia Fabraquer bastaron para aupar a la representación de la provincia a tres progresistas asentados en la ciudad. Desde entonces, y durante dos décadas, Guadalajara quedó convertida en uno de

¹⁴¹ *Eco del Comercio*, 11-7-1844.

¹⁴² *BOPG*, 3-1-1844.

¹⁴³ *Eco del Comercio*, 18-5-1844.

¹⁴⁴ *Eco del Comercio*, 25-6-1844.

esos distritos ministeriales de los que echaban mano el Ministerio de la Gobernación, y aun el círculo de la ex Regente, para colocar a sus candidatos.

Las denuncias contra Navascués revelan la consistencia que, a la altura de 1844, había alcanzado la esfera pública en la ciudad. El creciente interés por los asuntos públicos evidenciaba el funcionamiento de una “nueva instancia crítica, autónoma y soberana”¹⁴⁵ que logró determinar el rumbo político de la ciudad y de toda su provincia. El público, articulado de una manera informal en torno a los periódicos, las tertulias de salones, las reboticas, los cafés y la propia casa de postas, o formalmente constituido en sociedades como la Económica de Amigos del País¹⁴⁶, trascendió pronto el contorno de la esfera pública literaria y burguesa, y amplió el número de sus participantes entre los parroquianos de las botillerías y los mentideros. Sin embargo, el público careció del sentido consensual, deliberativo, democratizante, racionalista e ilustrado atribuido por Habermas¹⁴⁷, pues dio forma a un cuerpo político complejo, heterogéneo, fracturado y pluralista¹⁴⁸. Ese cuerpo político solo podía forjarse en las grandes ciudades y, a una escala menor, en las pequeñas capitales, cuya disparidad demográfica y económica tendía a acortarse en el plano cultural, a medida que tomaba forma la urbanización cultural y del comportamiento¹⁴⁹.

1.4. De la capitalidad a la centralidad

El decreto de noviembre de 1833 puso fin a la abigarrada estructura territorial del Antiguo Régimen, con el afán de garantizar el control efectivo de un Estado liberal crecientemente complejo sobre un territorio débilmente articulado por la precariedad del sistema de comunicaciones. Las capitales de provincia, en tanto que circunscripciones electorales, sedes de las Diputaciones provinciales, los tribunales superiores y las oficinas delegadas de los Ministerios y otras instancias gubernamentales, asumieron así funciones fiscales, policiales, comunicacionales, educativas y asistenciales. En 1837 de forma provisional, y en 1841, de manera definitiva, Guadalajara acogió el Instituto provincial de Segunda Enseñanza¹⁵⁰, y ese mismo año se estableció en la ciudad una Escuela Normal de Primera Enseñanza¹⁵¹. En 1836, la Diputación Provincial creó un Hospital Civil y Militar¹⁵², y en 1839, la Casa de Maternidad y Expósitos¹⁵³, instituciones de beneficencia

¹⁴⁵ CHARTIER, Roger: *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII: los orígenes culturales de la Revolución Francesa*. Barcelona, Gedisa, 1995, p. 178.

¹⁴⁶ AGULHON, Maurice:

¹⁴⁷ HABERMAS, Jürgen: “The Public Sphere...” (art. cit.).

¹⁴⁸ ELEY, Geoff: “Nations, Publics and Political Cultures...” (art. cit.), pp. 325-331.

¹⁴⁹ DE VRIES, Jan: “La ciudad en su contexto”, *Manuscripts*, 15 (1997), pp. 207-220.

¹⁵⁰ *Gaceta de Madrid*, 12 diciembre 1837 y 17 diciembre 1841.

¹⁵¹ *Gaceta de Madrid*, 14 diciembre 1841.

¹⁵² ÁLVAREZ ULLOA, Pedro: *Memoria histórica del hospital civil provincial de la ciudad de Guadalajara*. Guadalajara, Est. Tipográfico Provincial, 1880.

¹⁵³ *BOPG*, 5 abril 1839.

a los que se añadían el Asilo de enfermos incurables y el Asilo de ancianos¹⁵⁴. De la Inclusa dependía, a su vez, la Imprenta Provincial, que fue uno de los principales establecimientos fabriles de una ciudad cuyo tejido industrial basculaba entre unos pocos molinos harineros y algunas almazaras¹⁵⁵.

Lograda la capitalidad, la ciudad hubo de adecuarse a su nueva condición, y para ello tuvo que afianzar su centralidad política y económica en el marco de la provincia e intrigaron para favorecer su posición simbólica dentro de ella. Tal empeño comportaba una negociación, tanto con los sucesivos jefes políticos, que aspiraban a someter a los municipios a su voluntad, como con los pueblos, que defendían sus propios intereses locales. La coexistencia de dos niveles administrativos en la ciudad generó algunos conflictos entre el Ayuntamiento y la Jefatura Política, derivados de la superposición de la soberanía del poder central sobre la vieja legitimidad del poder municipal del Antiguo Régimen¹⁵⁶. El frágil equilibrio entre ambas legitimidades establecido por la Constitución de 1812 se quebró a partir de 1838, cuando los moderados en el poder sustituyeron la elección de alcaldes mediante sufragio indirecto por la designación gubernamental¹⁵⁷. La reacción progresista y popular a la Ley de Ayuntamientos de julio de 1840, que se saldó con la caída de la Regente y la llegada al poder de Espartero, es sintomática del peso que todavía conservaba la autonomía municipal en esa fecha. Sin embargo, la alergia del liberalismo doctrinario a la autonomía municipal desequilibró la balanza en favor de la nueva legitimidad central, mediante la definitiva instauración de la designación de alcaldes por delegación del Estado y su investidura como único poder ejecutivo por la Ley de Ayuntamientos y Diputaciones de 1846. El nuevo ordenamiento mermó aún más la ya escasa representación desde abajo, imponiendo una legitimidad desde arriba, encarnada por el Estado. Este tránsito refleja la erosión del componente tradicional de la autoridad y la consolidación de una forma de dominación legal de tipo moderno. Los tres tipos de autoridad definidos por Weber, sin embargo, mantuvieron parte de su impronta y desarrollaron una relación dialéctica que resulta fundamental para entender la configuración del poder en la época isabelina y, sobre todo, en la Restauración, donde el sistema caciquil se nutrió tanto de la dominación de tipo legal, como de la tradicional y la carismática¹⁵⁸.

Durante el reinado isabelino, los requerimientos de los jefes políticos y gobernadores civiles a los Ayuntamientos para el cumplimiento de la legislación estatal

¹⁵⁴ BALLESTEROS SAN JOSÉ, Plácido, RODRÍGUEZ PANIZO, Paloma, SANZ ESTABLÉS, Carlos y VALENTÍN-GAMAZO DE CÁRDENAS, Ramón: *Guía histórica de la Diputación Provincial de Guadalajara (1813-2001)*. Guadalajara, Diputación Provincial, 2001.

¹⁵⁵ SÁNCHEZ-LAFUENTE PÉREZ, María Pilar: "La imprenta y el libro en Guadalajara en el siglo XIX", *Actas de las I Jornadas sobre Patrimonio Bibliográfico en Castilla-La Mancha*. Toledo, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 2004, pp. 121-144.

¹⁵⁶ GARCÍA FERNÁNDEZ, Javier: *El origen del municipio constitucional: autonomía y centralización en Francia y en España*. Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1983.

¹⁵⁷ CASTRO, Concepción de: *La revolución liberal y los municipios españoles (1812-1868)*. Madrid, Alianza, 1979.

¹⁵⁸ WEBER, Max: *Conceptos sociológicos...* (op. cit.).

evidenciaban el calado del conflicto de legitimidades entre el Estado central y las autoridades locales, provocando frecuentes tensiones. En Guadalajara, uno de esos conflictos estalló en la primavera de 1853, con ocasión del protocolo a seguir durante la procesión del Corpus Christi. Hasta ese momento, había sido “costumbre inmemorial que en esta ciudad se ha observado siempre de ocupar el Alcalde el puesto de preferencia o sea la derecha del Sr. Gobernador Civil de la Provincia en las funciones de Iglesia a que la corporación concurre”¹⁵⁹. Pero una Real Orden establecía que la vicepresidencia de los actos correspondía al siguiente cargo en la prelación de poder en la provincia, el gobernador militar. El Ayuntamiento acordó que la cuestión “se ventile personalmente con el Sr. Gobernador Civil”¹⁶⁰, invocando para ello el acuerdo que se adoptó durante el mandato de uno de sus antecesores, José María Montalvo, en 1851. El nuevo gobernador propuso el nombramiento de dos mediadores, José Domingo Udaeta, que entonces era ya una referencia histórica del progresismo arriacense, y su correligionario y colega, Joaquín Sancho¹⁶¹. El 20 de julio, ya pasada la fiesta religiosa, los mediadores dieron a conocer su informe, en el que indicaban que “a pesar de la costumbre observada en esta capital (...) corresponde la preferencia al Gobernador Militar por la extensión (*sic*) de mando que ejerce con arreglo a recientes Reales disposiciones vigentes”. La corporación terminó aceptando, pero se reservó la posibilidad de reclamar en un futuro “el derecho y prerrogativas que a la Corporación correspondan sin permitir de modo alguno que por nada ni por nadie se escatimen con mengua y decoro de su prestigio y dignidad”¹⁶². En las Ordenanzas de 1875, el Consistorio se reservó la presidencia de las funciones religiosas y procesiones, en caso de ausencia del Gobernador civil, omitiendo deliberadamente la referencia a la autoridad militar¹⁶³.

Los conflictos de legitimidades fueron más bien esporádicos, y se mantuvieron por lo general en el plano simbólico, porque la elite concejil creyó salir ganando con la obtención del preciado trofeo de la capitalidad. Los representantes del Gobierno en las oficinas gubernamentales, los alumnos del Instituto y la Escuela Normal, los ingenieros y los cadetes de la Academia, más los huérfanos del ramo de Guerra –cuyas familias se establecían frecuentemente en la ciudad para acompañarlos y supervisar su formación–, sin olvidar a los acogidos en la Inclusa, el Asilo, los Hospitales y la población acuartelada en los regimientos establecidos en la ciudad, constituían un volumen de población suficientemente numeroso como para considerar que su presencia era circunstancial. La vida económica local dependió del mercado de consumo que generaba la presencia de esos habitantes, pues los beneficios de su consumo directo, sus alquileres, y las contratas de servicios y provisiones para los establecimientos colectivos colmaron las expectativas

¹⁵⁹ AMGÜ-AS, 141585, 18-5-1853.

¹⁶⁰ AMGÜ-AS, 141585, 25-5-1853.

¹⁶¹ AMGÜ-AS, 141585, 1-6-1853.

¹⁶² AMGÜ-AS, 141585, 20-7-1853.

¹⁶³ AYUNTAMIENTO DE GUADALAJARA: *Ordenanzas municipales para la ciudad de Guadalajara y su término*. Madrid, Establecimiento Tipográfico de R. Labajos, 1875, p. 6.

de los comerciantes, industriales y productores, sustrayendo a la ciudad otro tipo de inversiones que propiciaran su desarrollo.

Sobre la base de los intereses creados por la capitalidad, la vieja oligarquía concejil devino en una clase media rentista, acomodaticia e inmovilista, elevada a la categoría de elite, que prefirió mantener sus prebendas a arriesgar sus capitales en negocios más productivos. La trayectoria de la familia Contera es un buen ejemplo del comportamiento de esa elite provincial. A la muerte de Miguel, sus dos hijos varones, Casimiro y Antonio se dedicaron *in solidum* a conservar y acrecentar el patrimonio familiar. Compraron tierras, crearon una fábrica de aceite, fundaron una empresa de diligencias y obtuvieron suculentos contratos con la administración militar, municipal y provincial, como la contrata del correo, la limpieza y la provisión de los acuartelamientos. Pero no invirtieron en el sector industrial y solo en los últimos años de su vida, Casimiro probó suerte en el mundo de los seguros agrícolas, que metafóricamente reflejaba su conservadurismo social y económico. El caso de los Contera, como el de su vecino, José Domingo Udaeta, y los de otros miembros de la elite, son buenos ejemplos del rumbo que tomaron las fortunas locales, que estaban en manos de un selecto grupo de propietarios agrícolas e inmobiliarios, comerciantes enriquecidos o artesanos reconvertidos en distribuidores, contratistas y comisionistas, agentes de negocios y quintas y dueños de cafés, fondas, imprentas y periódicos, que vincularon su suerte a la de una capital inventada, que, sin esa circunstancia no habría pasado de ser un pueblo grande de Castilla, de menor entidad demográfica que poblaciones como Almagro o Valdepeñas.

El negocio de la capitalidad fue el caldo de cultivo de un “pacto tácito o explícito” entre las elites radicadas en Madrid y las elites locales¹⁶⁴, al que el Estado liberal debió en gran medida su estabilidad, pues de ella dependía la hegemonía social, cultural y económica de los propios notables. La continuidad del sistema político, de hecho, fue el resultado de una permanente negociación y de la capacidad de la elite para desplegar una autoridad que asegurara el orden público y la recaudación de impuestos, más que de la legitimidad emanada de una soberanía nacional sumamente restringida por la configuración censitaria del régimen y de la insuficiencia de medios de las estructuras administrativas del Estado. Se formó así una nueva elite que más bien se comportó como una oligarquía, sumamente heterogénea en su composición, pero cohesionada en torno a la conservación de un orden social moldeado a su imagen y semejanza¹⁶⁵, compuesta por un colectivo estable de carácter autóctono, integrado por la vieja oligarquía local y los comerciantes y propietarios inmobiliarios y agrícolas favorecidos por los cambios en la titularidad de la tierra¹⁶⁶, un grupo menos estable formado por altos funcionarios de la Administración y oficiales del Ejército y una aristocracia venida a menos, como los

¹⁶⁴ OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “La reducción de escala...” (art. cit.), p. 248.

¹⁶⁵ TUÑÓN DE LARA, Manuel: “La burguesía y la formación del bloque de poder oligárquico: 1875-1914”, en *Estudios sobre el siglo XIX español*. Madrid, Siglo XXI, 1972, pp.

¹⁶⁶ CABEZAS ÁVILA, Eduardo: *Los de siempre. Poder, familia y ciudad*. Madrid, Siglo XXI-CIS, 2001.

Torres o los Desmaissières, que mantuvieron su posición adaptándose al nuevo horizonte económico capitalista y a sus vínculos con las instituciones del nuevo Estado liberal.

La capitalidad, en consecuencia, no forzó el desarrollo económico de la ciudad, pero fue un negocio para los encargados de gobernarla. De ahí que muchos se esforzaran en conservarla a toda costa. Ocasiones tuvieron, pues hasta mediada la década de los cincuenta estuvo en cuestión en varias coyunturas. La existencia de partidos judiciales, cuyas cabeceras fueron fijadas mediante un decreto en abril de 1834¹⁶⁷, y la recepción por algunos de ellos de competencias relativas al orden público por delegación de los gobernadores civiles en la figura de los subdelegados civiles de distrito, constituían una limitación a la supremacía de las capitales. En septiembre de 1847 se establecieron 119 subdelegaciones, que mantenían de forma algo desvirtuada el espíritu de la comarcalización propuesta por el ministro Patricio de la Escosura¹⁶⁸, y tres de ellas correspondieron a municipios de la provincia, Sigüenza, Brihuega y Molina¹⁶⁹. Pero la oposición de los propios moderados al desarrollo de la autonomía municipal terminó por imponerse, y en diciembre, su número se redujo a 50, entre los cuales no existía ningún municipio de la provincia de Guadalajara¹⁷⁰. Tras sucesivos reajustes, Sigüenza fue reconocida como uno de los dieciséis partidos administrativos reestablecidos en marzo de 1856, gracias a su condición de sede episcopal y a la gestión del diputado progresista Diego García Martínez, que, aunque vivía en Guadalajara, poseía numerosos intereses en la ciudad mitrada¹⁷¹.

El carácter más formal que efectivo de esa estructura subsidiaria de la provincialización no disipó el temor del Ayuntamiento y la Diputación a que Guadalajara fuera desplazada como capital de su provincia por Sigüenza, habida cuenta de que la comisión mixta de división del territorio, formada para subsanar las cuestiones que habían quedado pendientes tras la promulgación del decreto de Javier de Burgos, estaba presidida por Fermín Caballero, un firme defensor de armonizar la administración civil, militar y eclesiástica¹⁷². En 1841, ante las noticias de que la comisión podía trasladar la capital de la provincia a Sigüenza o Molina, el Ayuntamiento convocó una “Junta extraordinaria

¹⁶⁷ MINISTERIO DE GRACIA Y JUSTICIA: *Subdivisión en partidos judiciales de la nueva división territorial de la Península e islas adyacentes. Aprobada por S. M en el Real Decreto de 21 de abril de 1834*. Madrid, Imprenta Real, 1834.

¹⁶⁸ En 1850, Escosura defendió una división del territorio fundada en razones históricas, más que relacionadas con una racionalidad práctica o geográfica. Véase: FERREIRA FERNÁNDEZ, Antonio Javier: *La comarca en la historia: una aproximación a la reciente historia jurídica de la comarca*. Santiago de Compostela, Universidad de Santiago, 2000, pp. 73-74.

¹⁶⁹ *Gaceta de Madrid*, 2-10-1847.

¹⁷⁰ *Gaceta de Madrid*, 2-12-1847.

¹⁷¹ *Gaceta de Madrid*, 16-3-1856. Además de Sigüenza, figuraban en la lista Santiago, Tuy, Mondoñedo, Aranda de Duero, Ciudad Rodrigo, Ponferrada, La Serena, Llerena, Trujillo, Plasencia.

¹⁷² Entre otros contenciosos, la comisión hubo de afrontar las disputas entre las ciudades gallegas por acoger las instituciones provinciales, especialmente las que se suscitaron entre La Coruña y Santiago y entre Pontevedra y Vigo, la que mantuvieron Huesca y Barbastro -que era sede episcopal-, las que enfrentaron a Solsona, Lleida y la Seu d'Urgell por la capitalidad de su provincia y las presiones de las Diputaciones de Guadalajara, Soria y Zaragoza para evitar la restauración de la provincia de Calatayud. BURGUEÑO, Jesús: *La invención...* (op. cit.).

compuesta de los principales capitalistas y demás personas de influencia a fin de tratar el mejor medio de evitar se lleve a efecto”¹⁷³. El proyecto fue abandonado, pero el Concordato de 1851 no despejó las dudas acerca de la posibilidad de adecuar las demarcaciones civiles a las eclesiásticas, pues en su articulado admitía la posibilidad de que se crearan nuevas divisiones, reconociendo de forma un tanto ambigua que para ello se admitiría la aplicación de los principios *servatis servandis* (conservando el *statu quo*) y *collatis consiliis* (de común acuerdo con el gobierno)¹⁷⁴.

Sigüenza era la sede de un obispado del que dependían los pueblos de su comarca, la Serranía, y la mayor parte de los de la Alcarria, la comarca más extensa y poblada de la provincia, más algunos de la provincia de Soria, mientras Guadalajara era la cabeza de un arciprestazgo dependiente de la archidiócesis de Toledo. En diciembre de ese año, el Ayuntamiento nombró una comisión formada por el alcalde moderado, Juan Miranda Abreu, y el concejal Santiago Sáenz de Tejada, a la que encargó gestionar la concesión del título honorífico de “excelencia, conforme lo ha obtenido la Ciudad de Sigüenza y al propio tiempo procurar también que en la división territorial ec[lesiásti]ca. continuase esta capital en la diócesis de Toledo o en otro caso se agregara a la villa obispal que ha de establecerse en Madrid”¹⁷⁵. Los comisionados se reunieron con el diputado a Cortes por el distrito de la capital, Francisco Muñoz Maldonado, y con su hermano, el conde de Fabraquer, que lo era por el de Sigüenza. Ambos eran cuneros, pero el que realmente tenía influencia sobre la política provincial y estatal era Fabraquer, dada su proximidad al círculo de la ex Regente y su actividad periodística como director del *Semanario Pintoresco* y *El Museo de las Familias*¹⁷⁶. Fabraquer denegó la petición y trató de tranquilizar a los concejales, argumentando que la capitalidad de Guadalajara estaba asegurada por “los justos antiguos títulos con que se halla en posesión y las razones de conveniencia pública que la favorecen”¹⁷⁷. El Ayuntamiento aceptó las explicaciones del diputado y esperó a una mejor ocasión para volver a solicitar el reconocimiento. La revolución de julio de 1854 ofreció al Ayuntamiento la oportunidad de recuperar su demanda, y en agosto de 1854 arrancó a la Junta Provincial formada entonces, y presidida por el capitalino José María Medrano, la concesión al consistorio del título de excelencia¹⁷⁸, que el Gobierno confirmó mediante un Real Decreto en agosto de 1855¹⁷⁹.

Como consecuencia de la capitalidad, las dependencias que la administración central iba creando se poblaron de una legión de burócratas, que, como se ha señalado, renovaron la debilitada elite hidalga y nobiliaria. Ninguno de estos colectivos, sin embargo, tuvo el peso cualitativo que adquirieron los militares, cuyo número, rango y

¹⁷³ AMGU-AS, 141573, 13-9-1841.

¹⁷⁴ VILAR, María José: “La adaptación territorial de las diócesis españolas tradicionales a las provincias civiles: el caso del obispado de Cartagena (1851-1957)”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 2003, núm. Extraordinario, pp. 289-303.

¹⁷⁵ AMGU-AS, 8-3-1852.

¹⁷⁶ CALERO DELSO, Juan Pablo: *Elite y clase... (op. cit.)*.

¹⁷⁷ AMGU-AS, 141584, 8-3-1852.

¹⁷⁸ AMGU-AS, 141586, 5-8-1854.

¹⁷⁹ AMGU-AS, 141587, 19-5-1855, 25-8-1855.

espíritu corporativo dieron a la ciudad un marcado tono castrense. En septiembre de 1833, Guadalajara fue elegida por el Gobierno para albergar la Academia especial de Ingenieros del Ejército, que se asentó definitivamente en el viejo palacio de Montesclaros, antiguo emplazamiento de las Reales Fábricas, en agosto de 1840, tras su paso por Madrid durante la guerra carlista¹⁸⁰. El Arma era uno de los primeros cuerpos de técnicos organizado durante el Antiguo Régimen, en 1710, y desde 1802, contó con una academia especial para la formación de sus oficiales¹⁸¹. Su azarosa vida a lo largo del primer tercio de la centuria estuvo marcada por sucesivos proyectos de cierre, reorganización, fusión y cambios de ubicación, pasando en ese tiempo por otras localidades del hinterland madrileño, como Talavera de la Reina, Alcalá de Henares y Arévalo, hasta su instalación en Guadalajara, en la que permaneció hasta 1932¹⁸². La elección de la ciudad se debió a su proximidad a la capital del Estado, que estableció los centros de enseñanza del Ejército en varias ciudades castellanas¹⁸³. El Ayuntamiento de Guadalajara puso toda clase de facilidades para ello, pues esperaba que la presencia del elemento castrense revitalizara su economía. El conde de Romanones, diputado casi vitalicio por el distrito de Guadalajara-Cogolludo y cacique local por antonomasia, comprendió bien la importancia que tenía la presencia de las unidades del Ejército en las ciudades:

Se defiende la existencia de las Capitanías Generales como se defiende la de los Gobiernos militares, las Cajas de Reclutamiento, la presencia de un batallón o de un regimiento, no desde el punto de vista de la necesidad militar, sino tan solo por la conveniencia local. Todos los que nos hallamos en la vida política sabemos lo que significa para cualquiera de las poblaciones de nuestros distritos que tengan o no guarnición. ¡Guarnición, mágica palabra, sueño de la totalidad de las poblaciones de España! (...). Si las tropas están alojadas en un cuartel ruinoso, falto de toda higiene, y si en los campos cercanos a la ciudad no hay terrenos convenientes para las maniobras e instrucción de la tropa, no importa; si la situación de la ciudad desde el punto de vista de la defensa del territorio hace innecesaria la permanencia en ella del batallón o del regimiento ¡qué importa! (...). Lo que importa es que cuando haya procesión la carrera esté cubierta por las tropas; que no falten nunca en las mesas de los cafés y en los divanes de los Casinos los vistosos uniformes¹⁸⁴.

Los oficiales del Ejército contribuyeron, como los empleados de la administración provincial, al relevo de elites del Antiguo Régimen, más si cabe que aquéllos, porque su rango era generalmente superior al de los funcionarios civiles y por el propio carácter de

¹⁸⁰ LAYNA SERRANO, Francisco: *Historia de Guadalajara...* (op. cit.), IV, p. 276.

¹⁸¹ CAPEL, Horacio (et al.): *Los Ingenieros militares en España, siglo XVIII: repertorio biográfico e inventario de su labor científica y espacial*. Barcelona, Universitat de Barcelona, 1983, p. 6.

¹⁸² GARCÍA BODEGA, Aurelio: *Guadalajara y los ingenieros militares*. Guadalajara, Colegio Oficial de Arquitectos de Castilla-La Mancha, Demarcación de Guadalajara, 2006.

¹⁸³ MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *La presencia militar en las ciudades. Orígenes y desarrollo del espacio urbano militar en España*. Madrid, Catarata, 2003, pp. 67-81.

¹⁸⁴ ROMANONES, Conde de: *El ejército y la política: apuntes sobre la organización militar y el presupuesto de la guerra*. Madrid, Renacimiento, 1920, pp. 116-117. Cit. MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *La presencia militar...* (op. cit.), p. 55.

los ingenieros, el arma más elitista y corporativista del Ejército¹⁸⁵. Su presencia en la ciudad, y las necesidades de aprovisionamiento de los establecimientos castrenses constituyeron uno de los principales mercados de la ciudad, del que dependieron buena parte del comercio y la producción locales. Por ello, las instituciones se afanaron por conservar y atraer a cuantos elementos militares fuera posible. En 1891, durante la visita del ministro de la Guerra a Guadalajara, el Ayuntamiento y los mayores contribuyentes protestaron por la reducción de los efectivos militares con que contaba la ciudad, y solicitaron la influencia de la marquesa de Villamejor, madre de Romanones, para restituirla, dada la “situación bastante triste [de la ciudad] por haberse quedado sin guarnición del ejército, trayendo esto los perjuicios consiguientes a la propiedad urbana, a la Industria y al Comercio”. Antonio Molero Asenjo, decano del Colegio de Abogados de la capital, y con el tiempo, uno de los principales clientes de Romanones, lamentó que la medida había provocado

La decadencia de la agricultura por pérdida de unas cosechas y lo exiguo de otras, las escasísimas transacciones comerciales que tenían lugar y la completa paralización de la industria, por lo cual necesitaban mayores elementos de vida como indudablemente los dan las fuerzas del ejército en los puntos en que están acantonadas o de guarnición aparte de que esta ciudad ha perdido también muchísimo por el escaso contingente que hoy tiene la Academia de Ingenieros, la cual en años no muy lejanos contaba con más de cuatrocientos individuos¹⁸⁶.

La llegada de los ingenieros favoreció el establecimiento de otras dependencias militares, además del contingente de tropas con que contaban habitualmente las capitales. En 1847 se instaló en la ciudad la Maestranza del cuerpo con sus talleres, y en 1896, el Cuartel de Aerostación¹⁸⁷, a los que se unían, desde 1876, los Colegios de Huérfanos del Ejército, una instalación no específicamente militar, pero dependiente del Ministerio de la Guerra¹⁸⁸. Los establecimientos militares dieron a la ciudad un tono castrense, que Clarín, de nuevo, ilustró muy gráficamente en uno de los relatos que dedicó a la ciudad: “Guadalajara es un poblachón que yace bajo el poder de un militarismo invasor. No se ve más que capotes azules y franjas de pantalón partidas en dos”¹⁸⁹, en alusión al uniforme de los cadetes de la Academia. La importancia que tuvo para la ciudad la presencia militar fue destacada por algunos observadores, como Vicente de la Fuente, que, en referencia a las funciones de la ciudad señaló que “no logró empero ser población industrial, y desde principios de este siglo tomó un carácter militar, igualando casi al burocrático y civil, sin

¹⁸⁵ MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *La presencia militar...* (op. cit.), pp. 37-40.

¹⁸⁶ AMGU-AS, 141623.

¹⁸⁷ PRADILLO ESTEBAN, Pedro J.: *Guadalajara, cuna de la aerostación española*. Guadalajara, Ayuntamiento de Guadalajara, 2009.

¹⁸⁸ ISABEL SÁNCHEZ, José Luis y DONDERIS GUSTAVIANO, Amparo: *Historia de las instituciones y Colegios de Huérfanos del Ejército de Tierra*. Madrid, Patronato de Huérfanos del Ejército de Tierra, 1997.

¹⁸⁹ CLARÍN: “Bustamante”, en *Pipá*. Madrid, Librería de Fernando Fe, 1886. Leopoldo Alas Clarín situó la acción de varios de sus relatos a Guadalajara. Conocía bien la ciudad, donde había vivido en su adolescencia, debido al traslado de su padre a Guadalajara como gobernador civil de la provincia. Entre ellos destacan la obra a la que pertenece este fragmento y *Superchería*.

que el religioso y literario lleguen a descollar”¹⁹⁰. Todavía en el primer tercio del siglo XX, Arturo Barea admitía que el “mayor provecho” de la ciudad era su preciada Academia¹⁹¹.

Los propios ingenieros, conscientes de ello, defendieron su presencia en Guadalajara, porque ello permitía al Arma conservar su Academia especial, frente a los proyectos que pretendían la fusión de todos los centros educativos del Ejército, y porque en Guadalajara, los profesores y responsables del centro tuvieron un papel mucho más destacado en la cúspide de la pirámide social, que el que habrían tenido en otra ciudad de mayores dimensiones. Respondiendo al espíritu ecuménico de algunos sectores militares, en 1882, se creó la Academia General Militar, instalada en el Alcázar de Toledo, que sin embargo fue suprimida en 1891, precisamente por la oposición de los ingenieros y los artilleros. Su argumentación, fundada en el mayor nivel de exigencia que creían tener respecto a otras academias, ocultaba el corporativismo y el particularismo del cuerpo¹⁹². Destruído el edificio de la Academia por un incendio en la Navidad de 1924, el establecimiento educativo se trasladó a Segovia. El Consistorio formó entonces una comisión para entrevistarse con el presidente del Consejo y ministro de la Guerra, Manuel Azaña, que despachó a sus interlocutores con un tono inflexible y severo, indicándoles que “no corresponde a los Ayuntamientos decidir cómo debe organizarse el ejército ni las academias” y sugiriéndoles que el desarrollo de la fábrica de aviones instalada en la ciudad traería consigo su desarrollo¹⁹³. La comisión se marchó complacida de la entrevista, a pesar de la hostilidad mostrada por Azaña, lo que revela una mayor identidad entre el Estado y las corporaciones locales y un cambio de expectativa de la elite que gobernaba la ciudad. El proceso que condujo a ello, sin embargo, fue muy complejo, pues implicó conflictos de legitimidad y competencias entre un poder central en expansión y unos poderes locales en franco retroceso.

El carácter de los ingenieros contribuye a explicar la distancia que tomaron en un primer momento hacia las autoridades locales y hacia la ciudad misma, pese a la solícita predisposición del Ayuntamiento a atender sus demandas. En 1841, el jefe de obras de la Academia solicitó la conducción de aguas hasta la plazuela de la Fábrica, pero no se dirigió directamente al Ayuntamiento, sino al jefe político, que cursó la solicitud al Consistorio, accediendo éste en menos de un mes¹⁹⁴. El episodio revela el desdén no exento de paternalismo de los ingenieros hacia la ciudad, cuando no el cuestionamiento abierto de la autoridad local, al no considerar al Ayuntamiento un interlocutor. La actitud distante de los ingenieros era percibida por los propios habitantes de la ciudad, de tal

¹⁹⁰ DE LA FUENTE, Vicente: “Guadalajara en su estado actual...” (art. cit.), p. 58.

¹⁹¹ BAREA, Arturo: *La forja de un rebelde (II): La ruta*. Barcelona, DeBolsillo, 2009 [1951], p. 168.

¹⁹² MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *La ciudad y las construcciones militares*. Madrid, Catarata, 2003, p. 38.

¹⁹³ AZAÑA, Manuel: *Memorias políticas de guerra* (vol. I). Barcelona, Crítica, 1981, p. 14. Cit. MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *La presencia militar...* (op. cit.), p. 92.

¹⁹⁴ AMGU-AS, 141573, 31-7-1841, 28-8-1841.

suerte que, en 1841, un observador urbano advertía que “en esta ciudad los ingenieros son los que únicamente llaman la atención”, pero lamentaba que

Mejor sería, como he visto en otras ciudades donde el gefe (*sic*) de la guarnición es complaciente, hacer que la música toque algunos ratos los días festivos en el paseo público (...). Aquí no se ocupan de eso, mas obsequian al vecindario con un bayle (*sic*) cada mes en ese edificio contiguo al palacio del Infantado, el cual es una especie de café o casino que ha establecido el mismo cuerpo¹⁹⁵.

Los conflictos entre los alumnos de la Academia y el resto de habitantes de la ciudad fueron frecuentes, como relataron Arturo Barea y otros autores, pero, a nivel institucional, la identidad fue absoluta, y la oficialidad terminó integrándose en los círculos del poder local. Poco a poco, la indiferencia inicial se tornó en una confluencia de intereses con las autoridades locales. Los responsables de la Academia comprendieron las ventajas que comportaba mantener su emplazamiento arriacense, tanto por la disposición de las autoridades locales a atender sus demandas, como por el peso social específico que adquirieron en la ciudad, aunque fuera a costa de proporcionar un espectáculo musical a los habitantes de la ciudad¹⁹⁶. La supervivencia de la ciudad como capital y ciudadela era un anhelo compartido, y en febrero de 1854, con ocasión de la formación de la comisión creada para defender el mantenimiento de la capitalidad en Guadalajara, el ingeniero general envió una nota al Ayuntamiento en la que anunciaba que “se halla dispuesto a ocuparse con gusto en defensa de los intereses de esta Capital y Provincia en el caso de que el Gobierno de S. M. pensase en la supresión de la misma”¹⁹⁷. La contrapartida no tardó en llegar. El 24 de marzo, el Ayuntamiento accedía a la solicitud del ingeniero de derribar varias casas para la ampliación del Fuerte de San Francisco. En su comunicación al Consistorio, el ingeniero general recordaba que el convenio establecido entre las dos instituciones les permitía “obrar directamente sin tener en cuenta el convenio pendiente (...) desde luego con toda libertad”¹⁹⁸. Con su aceptación, el Ayuntamiento se subordinaba a la milicia, y optaba por un modelo de ciudad subalterna, cuya dependencia respecto de las Reales Fábricas, que durante un siglo habían marcado la vida urbana, había sido reemplazada por una nueva, esta vez subordinada a su condición administrativa y castrense.

La capitalidad provincial brindó a la ciudad la oportunidad de extender su influencia más allá de su espacio circundante, pues la descentralización administrativa que se abrió entonces reprodujo, a escala regional y local, el modelo centralizador y

¹⁹⁵ El texto presenta la forma de una conversación entre un habitante de la ciudad y un forastero, que se sorprende del estado de abandono en que se encuentra el espacio urbano y el poder que han adquirido los ingenieros en la ciudad. El autor emplea esta conversación, seguramente ficticia, para poner de manifiesto las necesidades de la población. *El Lucero Alcarreño*, 13-7-1841.

¹⁹⁶ Algunos testimonios sugieren que la presencia de la banda del regimiento era bastante habitual en las calles de la ciudad. Como veremos, los globos del cuartel de Aerostación se convirtieron en el principal espectáculo público a finales del siglo XIX. Véanse, por ejemplo: PRÍNCIPE, Miguel Agustín: *Periquito entre ellos*. Madrid, Imp. José Repullés, 1844, pp. 21-23.

¹⁹⁷ AMGU-AS, 141586, 1-2-1854.

¹⁹⁸ AMGU-AS, 141586, 7-1-1854, 24-3-1854.

uniformista del Estado liberal de raíces borbónicas¹⁹⁹. La hegemonía de la ciudad sobre la provincia requería, sin embargo, la aceptación de los pueblos, y los debates de las Cortes en 1822 no invitaban al optimismo. Por ello, el Ayuntamiento de la capital, la Diputación Provincial y los jefes políticos, sustituidos por gobernadores civiles en 1847, destinaron grandes esfuerzos a legitimar y asegurar la preeminencia de la ciudad sobre la provincia. El Ayuntamiento de la capital se irrogó no pocas veces la representación del Estado en la provincia. En 1860, en el contexto de la Guerra de África, por ejemplo, convocó a las cabezas de partido de la provincia a que formaran comisiones en sus respectivos ayuntamientos, a fin de iniciar una suscripción para los soldados heridos en la contienda. La comisión formada en Guadalajara por iniciativa de su consistorio dirigió “su voz a la provincia, solicitando su cooperación para realizar tan patriótico fin”²⁰⁰.

Poco a poco se gestaron iniciativas de mayor calado, dirigidas a escenificar la pretendida hegemonía política y económica de la capital, como la revitalización y resignificación de la feria anual de la ciudad. En 1873, el concejal federal José María de la Rica lamentó ante el pleno municipal el decaimiento de la feria tradicional ganadera y propuso impulsarla, para “restablecer el movimiento comercial y mercantil que esta población necesita (...) sacándola del marasmo y abatimiento en que se encuentra”. El Ayuntamiento formó para ello una comisión encargada de la “creación de una nueva feria anual en sustitución de la antigua que hoy se celebra en septiembre (...) encadenándola en combinación con las de otros puntos que por su importancia ofrezcan con su concurrencia los resultados que se apetecen”²⁰¹. En 1876, a instancias del gobernador civil, Antonio Alcalá Galiano, se celebró una Exposición Provincial, a la que asistió el propio rey Alfonso XII, y el Ayuntamiento de la capital trasladó su feria anual a octubre, para hacerla coincidir con la exposición, y lograr así mayor asistencia²⁰². La Exposición, financiada mayoritariamente por la Diputación y el Ayuntamiento de la capital partía de una indisimulada intención articuladora y socializadora, como se indicaba en el órgano de prensa oficial del evento:

Han de considerarse tales actos como el medio más natural de facilitar las transacciones y de dar salida a los productos de todas clases, a más de utilizarse, elevándose a otras consideraciones, para que los individuos de las diferentes localidades se traten y conozcan, desapareciendo esas barreras que la ignorancia levanta y que el espíritu moderno va borrando, haciendo hermanos no ya solo a los habitantes de los pueblos de la provincia sino a los de la Península entera²⁰³.

En la consolidación de la capitalidad fue fundamental el diseño del sistema de comunicaciones del nuevo Estado liberal, construido sobre la base de la red radial de

¹⁹⁹ GARCÍA ÁLVAREZ, Jacobo: *Provincias, Regiones y Comunidades Autónomas. La formación del mapa político en España*. Madrid, Senado, 2002.

²⁰⁰ *BOPG*, 25-1-1860.

²⁰¹ AMGU-AS, 141605, 12-4-1873.

²⁰² *Crónica de la Exposición Provincial de Guadalajara*, 25-8-1876.

²⁰³ *Crónica de la Exposición provincial de Guadalajara*, 27-10-1876.

carreteras y postas prefigurada por la administración borbónica en el siglo XVIII y completado con una estructura reticular que tomaba como nodos las capitales de provincia y, en un escalón inferior, las cabeceras de los partidos judiciales²⁰⁴. Guadalajara acogió tempranamente una estación telegráfica y una estación ferroviaria, que consolidaron su papel como centro distribuidor de productos, capitales e información de la práctica totalidad de la provincia. En julio de 1855 se construyó el primer tramo de la línea telegráfica, que concluía en la ciudad, y en 1859 se inauguró la estación del ferrocarril. Con ello, las cerca de seis horas que empleaban los viajeros y los correos en llegar desde Madrid se redujeron a la práctica inmediatez, en el caso del telégrafo, y a dos horas en el del tren. La percepción de que, con ello, no solo se reduciría la distancia física con la gran ciudad, sino también la mental, propició una favorable acogida en la capital provincial, como relataba *La Época*, tras conocerse que Guadalajara había sido elegida para albergar una de las estaciones de la línea de Madrid a Zaragoza y Alicante:

Desde la una de la tarde, nos dicen, un gentío inmenso, esperaba impaciente el parte teleográfico que de antemano habían ofrecido poner los diputados y la comisión que la diputación provincial había enviado para que presenciase el acto de la subasta del ferrocarril de Madrid a Zaragoza, y que ha de pasar por aquella ciudad; en efecto, a las dos y cuarto recibieron las autoridades la noticia que les comunicó el gobierno, e inmediatamente la sección de artillería de la milicia nacional, de acuerdo con el gobernador militar, jefe de la academia de ingenieros, hizo 24 disparos de cañón y la banda de música de la fuerza ciudadana empezó a tocar himnos patrióticos formando toda ella en el gran paseo de la Concordia. Acto continuo bajó a la Plaza de la Constitución, y desde los balcones de la diputación provincial y de los del ayuntamiento, se tiraron infinidad de cohetes, no cesando en todo este tiempo el repique general de campanas de todas las parroquias y conventos. Por la noche hubo iluminación general y espontánea, reuniéndose las autoridades y oficialidad de la milicia en el salón de sesiones, donde se brindó por la pronta ejecución de la vía férrea. Tal es el espectáculo de Guadalajara y Zaragoza en el día de ayer. Hoy lo sabemos por el telégrafo: dentro de cuatro años podremos, si el cielo quiere, asistir a la inauguración del ferro-carril que debe enlazar ambas ciudades con la capital de la monarquía. La comisión de la diputación de Guadalajara, acompañada de los diputados a cortes de la provincia, se ha presentado en el día de ayer a los representantes del Gran Central de Francia, concesionarios del camino de yerro, para ofrecerles la más sincera cooperación de la provincia en cuanto tenga relación con el establecimiento de la grande obra, que tanto ha de influir en su riqueza y bienestar²⁰⁵.

El ferrocarril y el telégrafo eran los símbolos del progreso industrial y la modernidad, y por eso, el Ayuntamiento, la Diputación Provincial y el Gobierno militar aprovecharon la ocasión con fines propagandísticos, como se advierte en los fastos organizados al efecto, en los que se utilizaron los principales espacios de poder de la

²⁰⁴ OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “La evolución del telégrafo en España, 1800-1936”, en BAHAMONDE MAGRO, Ángel, OTERO CARVAJAL, Luis Enrique y MARTÍNEZ LLORENTE, Gaspar: *Las comunicaciones en la construcción del Estado contemporáneo... (op. cit.)*, p. 141.

²⁰⁵ *La Época*, 10-3-1856.

ciudad para vincular la concesión de la estación ferroviaria con el músculo político del municipio. Los beatíficos efectos del ferrocarril tardaron en llegar, en parte, porque la ubicación elegida por la compañía para la estación distaba dos kilómetros del centro de la población. El ferrocarril no trajo consigo una transformación estructural, y muchos de los viajeros que lo utilizaban a diario eran empleados que diariamente se desplazaban desde Madrid, donde vivían, a Guadalajara, donde trabajaban, como ilustra el caso de Carmen de Burgos, Colombine, profesora de la Escuela Normal, que se desplazaba diariamente entre las dos ciudades²⁰⁶. Se alimentó así la creencia, expresada por varios historiadores locales, de que la proximidad de Madrid perjudicó a Guadalajara. Ello, unido a la indiferencia de la provincia hacia la capital y a la estrechez de miras de la elite local, que se contentó con la medianía y no cultivó la relación con los pueblos, frustró la capacidad de la capital para lograr una verdadera influencia sobre su provincia²⁰⁷. Muy al contrario, la ciudad

Trató siempre de imponerse a los distritos que combatían los rumbos políticos en aquella preponderantes y, después de un siglo, Guadalajara no es sino capital obligada en el orden administrativo sin que la unan a sus pueblos y comarcas (especialmente a las un tanto apartadas de Sigüenza y Molina) los fuertes lazos de afecto o la conveniencia”²⁰⁸.

El recelo de los pueblos tenía sólidas bases en la convicción de que el Ayuntamiento de la capital y la Diputación provincial habían torpedeado la construcción de nuevos ferrocarriles secundarios para anular la competencia económica y cultural de otros núcleos comarcales. Ello, en parte, era cierto, pues cuando la compañía de ferrocarril de Valls a Villanueva y Barcelona solicitó en 1881 la autorización para tender una línea entre Madrid y la ciudad condal por Molina, Calamocha, Teruel, Valls y Tarragona, la Diputación presionó a la empresa para abortar el proyecto. Otro tanto sucedió con otros proyectos de ferrocarril que beneficiaban a Sigüenza, que sin embargo ya contaba con estación de la línea de Madrid a Zaragoza y Alicante²⁰⁹. Sin embargo, esta vieja creencia debe ser matizada, pues el ferrocarril tuvo un papel secundario en la formación del mercado provincial y comarcano durante la segunda mitad del siglo XIX. Así lo reconoció Mariano Perea, ingeniero jefe provincial de Obras Públicas en 1878, al señalar en un informe que las mercancías “no aprovechan el ferro-carril por lo elevado de las tarifas, por evitar una doble carga y descarga y por el retraso consiguiente; otras no podrían aprovechar aquella vía perfeccionada porque los cereales, por ejemplo, van destinados a las fábricas de harinas sobre el Henares, comprendidas entre esta Ciudad y Alcalá”²¹⁰. Por el contrario, los ingenieros provinciales de Obras Públicas y los sucesivos Ayuntamientos de la capital presionaron para mejorar el estado de las carreteras. En 1878, el ingeniero jefe solicitó al Ministerio de Fomento el arreglo de la carretera general de

²⁰⁶ UTRERA, Federico: *Memorias de Colombine, la primera periodista*. Madrid, Hijos de Muley-Rubio, 1998, pp. 23 y 83-84.

²⁰⁷ LAYNA SERRANO, Francisco: *Historia de Guadalajara...* (op. cit.), IV, p. 274.

²⁰⁸ *Ibid.*, p. 274.

²⁰⁹ CALERO DELSO, Juan Pablo: *Elite y clase...* (op. cit.), pp. 259-261.

²¹⁰ AMGU, 1485, 1878.

Madrid que, desde su empalme con la de Torrelaguna, llevaba en estado de “prolongado abandono” desde abril de 1870. El alcalde de la ciudad, Julián Gil de la Huerta, añadía en el mismo expediente, que

Frecuentado antes de abandonarse tal trozo por los carruajes que estraen (*sic*) los aceites, vinos y otras producciones de los pueblos de la Alcarria, les fue preciso marchar por la Carretera que desde Alcalá de Henares conduce a Aranzueque, porque apesar (*sic*) del penoso acceso por la llamada cuesta de Zulema, les esponía (*sic*) a sufrir menos contrariedades que en aquel trozo de carretera abandonado por el Estado (...). La agricultura en esta ciudad ha experimentado (*sic*) también perjuicios en el acarreo de mieses y frutos de las fincas enclavadas en el confin de este término municipal y en el límite de Cabanillas del Campo²¹¹.

Las numerosas quejas recibidas por el Ayuntamiento y la jefatura de Fomento evidenciaban la intensidad de las relaciones comerciales entre Madrid y la Alcarria, que proveía a aquella con los frutos de su actividad forestal y agrícola: carbón, madera y leña, así como cereales, aceite y vino. El ingeniero destacaba que “afluyen a esta Ciudad las carreteras de 1º orden de Madrid a Francia por Zaragoza, de Taracena a Francia por Soria, la de 2º orden de Albaladejito a Guadalajara; las de 3º de Torija a Masegoso, de Torrelaguna a Guadalajara, la de esta a Uceda, que es provincial, y varios caminos vecinales”²¹². La estructura de la red de comunicaciones permitió a la ciudad incrementar su índice de primacía urbana sobre una provincia empobrecida, a lo que coadyuvó la pérdida de importancia de Sigüenza por el decaimiento de la función episcopal en una sociedad crecientemente secularizada, la crisis industrial de Brihuega, la ruina de la minería, que durante varios años había revitalizado la economía de Hiendelaencina y, sobre todo, la metamorfosis rural propiciada por las Desamortizaciones. La privatización de la propiedad vinculada, y sobre todo, de los bienes de propios y comunales dejó sin sustento a muchos habitantes de los pueblos, impelidos a marchar a la capital, que ya no era un mero colector de inmigrantes temporales en busca de una dote, sino el destino de una emigración permanente.

1.5. La construcción simbólica de la capitalidad

Las gestiones institucionales dirigidas a conservar la capitalidad, retener en la ciudad la Academia de Ingenieros y favorecer su centralidad en la red de comunicaciones provinciales lograron imponer el dominio económico de Guadalajara sobre los pueblos, pero no consiguieron revertir del todo los celos de estos hacia la capital. La provincia aspiraba, ante todo, a cohesionar una comunidad política inventada²¹³, mediante la

²¹¹ AMGU, 1485, 1878

²¹² *Ibid.*

²¹³ ANDERSON, Benedict: *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México DF, Fondo de Cultura Económica, 2006 [1983]; HOBBSAWM, Eric J.: *Naciones y nacionalismos desde 1780*. Barcelona, Crítica, 2000.

creación de una comunidad cultural que debía asimilar las narrativas del nacionalismo liberal y adaptarlo a las peculiaridades locales, comarcales y regionales²¹⁴. La socialización de la identidad provincial se apoyó en una masiva invención de tradiciones²¹⁵ y en una permanente reelaboración y resignificación de las historias y el folklore locales²¹⁶, sintomática de la base experiencial de la identidad²¹⁷. A la difusión de la conciencia provincial contribuyó decisivamente el débil desarrollo de la identidad castellana, objeto de apropiación por el nacionalismo español²¹⁸. Ello favoreció su carácter singular, especialmente en un territorio situado en una posición fronteriza entre Castilla la Nueva –con cuyos territorios meridionales Guadalajara se hallaba débilmente emparentada–, Castilla la Vieja y Aragón²¹⁹. Pero el provincialismo no adoptó una forma homogénea ni fue asimilado con la misma intensidad en todas las comarcas guadalajareñas y en todos los sectores sociales y políticos. En los primeros años de vida del Estado liberal surgió un provincialismo elitista, de raíces utilitaristas e ilustradas, que progresivamente fue escindiéndose en dos versiones contrapuestas, una dominante, de sesgo alcarreñista, ruralista, agrarista, antimoderno, antiurbano, doctrinario y católico, y una alternativa minoritaria, de fundamentos castellanistas, federalizantes y socializantes, referenciada en el levantamiento comunero de junio de 1520, que tuvo en Guadalajara uno de sus focos más activos²²⁰.

El primitivo provincialismo contó con poderosos altavoces en la esfera pública. El primero de ellos fue el *Boletín legislativo, agrícola, industrial y mercantil de Guadalajara*, que empezó a publicarse en julio de 1833, en cumplimiento de un Real Decreto por el que se ordenaba la publicación de un periódico oficial en todas las capitales de provincia. Los boletines, en su doble vertiente informativa y performativa, nacieron para reemplazar el sistema de veredas que se empleaba para la circulación de las órdenes y anuncios gubernamentales por un medio de difusión masiva, más moderno y eficiente²²¹.

²¹⁴ Sobre el *giro local* en la interpretación de los procesos de nacionalización y los debates recientes, véanse: QUIROGA, Alejandro: “La nacionalización en España. Una propuesta teórica”, *Ayer*, 2013 (2), 90, pp. 17-38; ARCHILÉS, Ferrán y MARTÍ, Manuel: “La construcció de la regió com a mecanisme nacionalitzador i la tesi de la dèbil nacionalització espanyola”, *Afers*, 2004, 48, pp. 265-308.

²¹⁵ HOBBSBAWM, Eric J.: “Introducción. La invención de la tradición”, en HOBBSBAWM, Eric J. et al.: *La invención de la tradición*. Barcelona, Crítica, 2013, pp. 7-21.

²¹⁶ FORCADELL, Carlos y ROMEO MATEO, María Cruz: “Introducción”, en FORCADELL, Carlos y ROMEO MATEO, María Cruz (eds.): *Provincia y Nación: los territorios del liberalismo*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2006, p. 5.

²¹⁷ ARCHILES, Ferrán: “Lenguajes de nación. Las «experiencias de nación» y los procesos de nacionalización: propuestas para un debate”, *Ayer*, 2013 (2), 90, pp. 91-114.

²¹⁸ REDERO, Manuel y BLANCO, Juan Andrés: “Castilla y España en las elites castellanas durante la implantación del Estado liberal”, en ESTEBAN, Mariano y DE LA CALLE, María Dolores: *Procesos de nacionalización en la España Contemporánea*. Salamanca, Universidad de Salamanca, 2011, pp. 47-65.

²¹⁹ En una línea similar se situaba el sorianismo. ROMERO SALVADOR, Carmelo: “La cultivada imagen de Cenicienta: la periferia castellana”, en FORCADELL, Carlos y ROMEO MATEO, María Cruz (eds.): *Provincia y Nación...* (op. cit.), p. 236.

²²⁰ SÁNCHEZ LEÓN, Pablo: *Absolutismo y comunidad. Los orígenes sociales de la guerra de los comuneros de Castilla*. Madrid, Siglo XXI, 1998.

²²¹ La supresión del gravamen era una demanda histórica de los ayuntamientos. Véase, por ejemplo, la queja de los ayuntamientos por “las extorsiones y desembolsos que sufren por el crecido número de veredas, despachos y apremios que se les dirigen, tanto para la circulación de órdenes como para el pago de las

y, al propio tiempo, difundir la cultura pública del liberalismo, a través de artículos divulgativos de contenido doctrinal, científico o literario. En su dimensión informativa, los boletines contribuyeron a dar forma a una nueva relación de poder, pues, si inicialmente, reforzaron la capacidad coercitiva del Estado, a medio plazo, permitieron a los Ayuntamientos y las Diputaciones intervenir en el diseño de la agenda política, al recoger sus anuncios y órdenes²²². En su dimensión performativa, los boletines permitieron a las autoridades consumir su aspiración de disciplinar al cuerpo social, y en ese terreno, fueron herramientas esenciales los artículos en los que se animaba a los labradores al cultivo del tabaco²²³ o de la vid, y los que difundían los valores de la moral patriarcal y la cultura burguesa, como uno publicado en julio de 1833, en el que se animaba a las mujeres a utilizar el corsé para “suplir de algún modo los ejercicios gimnásticos que las jóvenes no conocen en nuestro país”²²⁴.

El espíritu de provincia²²⁵, instrumento al servicio de la gubernamentalidad liberal y expresión cultural de la burguesía agraria, apareció ya en algunos de los primeros trabajos publicados por el boletín, que en julio de 1834 adoptó el aséptico título de *Boletín Oficial de la Provincia de Guadalajara*. Así, en sus primeros números, recogió íntegramente la memoria sobre la reforma agraria presentada en 1834 a la Sociedad Económica de Amigos del País por su director, el dirigente progresista Gregorio García²²⁶, cuya exposición refleja el tono ilustrado, no exento de decadentismo, del primer provincialismo guadalajareño. El autor lamentaba la “deplorable situación” del agro español “y en especial de Guadalajara”, a pesar de “la fertilidad y buen temple de un suelo tan privilegiado (*sic*) por la naturaleza”²²⁷. Según su apreciación, el estancamiento de la agricultura de la provincia era atribuible a un sistema de tenencia dominado por el colonato, ya que ello no favorecía la introducción de abonos. La solución pasaba por la privatización de la tierra, su acotación y la supresión de las viejas servidumbres de paso que favorecían los intereses de la todopoderosa Mesta. A partir de la década de 1840, la relevancia de los artículos de contenido pedagógico y espíritu reformista fue disminuyendo progresivamente, en favor del espacio destinado a las comunicaciones oficiales y los anuncios de particulares, en sintonía con la pretendida asepsia de la gubernamentalidad liberal propugnada por los moderados.

En ese contexto, los periódicos de información general de efímera existencia que proliferaron en la capital durante la segunda mitad del ochocientos²²⁸ levantaron la

contribuciones”. *Gaceta de Madrid*, 17-7-1823. Para compensar la pérdida, se obligaba a los Ayuntamientos a suscribirse por trimestres o anualmente al boletín.

²²² LUKES, Steven: *El poder: un enfoque radical*. Madrid, Siglo XXI, 2007.

²²³ *Boletín legislativo, agrícola, industrial y mercantil de Guadalajara*, 1-7-1833.

²²⁴ *Boletín legislativo, agrícola, industrial y mercantil de Guadalajara*, 5-7-1833.

²²⁵ FORCADELL, Carlos y ROMEO MATEO, María Cruz: “Introducción” (art. cit.), p. 5

²²⁶ *BOPG*, 1-7-1834.

²²⁷ *BOPG*, 1-7-1834.

²²⁸ De muchas de ellas apenas se conservan ejemplares. Un amplio y documentado catálogo, en DIGES ANTÓN, Juan: *El periodismo en la provincia de Guadalajara apuntes para su historia seguidos de una brevísima noticia de las imprentas establecidas en la misma provincia*. Londres, Forgotten Books, 2018

bandera de un provincialismo de nuevo cuño, ya por propia convicción, ya por razones comerciales, en tanto que aspiraban a su difusión por todos los rincones de la provincia. En 1841 apareció el primer número de *El Lucero Alcarreño*, un semanario “de literatura, artes y agricultura” que aspiraba a “la propagación de las luces y (...) que encuentre acogida (*sic*) en todos los ángulos de la Nación el saludable y benéfico medio de emitir cada uno sus ideas por medio de la prensa”²²⁹. El periódico justificaba su presencia por “la falta de un periódico en esta Provincia” y, a pesar de la referencia comarcal que figuraba en la cabecera se difundió en Guadalajara capital, la localidad alcarreña de Pastrana y las cabeceras de otras comarcas, Sigüenza, Atienza y Molina, además de en Madrid. La identificación metonímica de la Alcarria, comarca en la que se encuentra enclavada la capital, con toda la provincia, preludiaba el desarrollo de un provincialismo alcarreñista, tendente a la homogeneización cultural y la anulación de las identidades de las comarcas no alcarreñas.

El provincialismo de sesgo alcarreñista exacerbó el ruralismo y el agrarismo del primitivo provincialismo y terminó imponiéndose en los decenios centrales de la centuria. El alcarreñismo fue una actitud intelectual, más que un movimiento cultural articulado, aunque la preeminencia de la identidad y los intereses de la Alcarria frente a los de otras comarcas gozaron de una indisimulada protección institucional. En 1857, convocada en Madrid una Exposición Universal de Agricultura, la comisión de la provincia de Guadalajara encargada de seleccionar los objetos que habrían de representarla advertía que “no debe haber productor alguno que no remita a aquella una muestra” de sus producciones e instrumental agrícola y pecuario, “mucho más en la Alcarria, donde existen frutos y variados objetos de agricultura que por su especialidad y recomendables cualidades merecen llevarse a la mencionada exposición”²³⁰. El apoyo institucional alcanzó su cima en la organización de una Exposición Provincial en la propia ciudad de Guadalajara, en 1876, a instancias del gobernador civil de la provincia, Antonio Alcalá Galiano. Su objetivo de dar a conocer el estado de las ciencias, las artes, la agricultura, la industria y el comercio quedó frustrado, en parte, por el protagonismo que adquirieron los expositores dedicados a la agricultura, como reconocía implícitamente el propio periódico publicado por la organización al hacerse eco de las críticas formuladas por la opinión pública en tal sentido²³¹. En la publicación, la identificación de la provincia con la Alcarria era constante, hasta tal punto que, en su declaración de objetivos, los organizadores se referían a toda Guadalajara como “la comarca alcarreña”²³².

Fue en la Restauración cuando el provincialismo alcarreñista alcanzó una mayor altura intelectual, de la mano del catedrático de la Universidad Central y académico de la Historia Juan Catalina García López, que fue designado por la Diputación cronista oficial

[1902]. Un análisis más reciente, en SÁNCHEZ, Isidro: *La prensa en Castilla-La Mancha: características y estructura (1811-1939)*. Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 1991.

²²⁹ *El Lucero Alcarreño*, 15-6-1841.

²³⁰ *BOPG*, 14-8-1857.

²³¹ *Crónica de la Exposición provincial de Guadalajara*, 10-9-1876.

²³² *Crónica de la Exposición provincial de Guadalajara*, 1-8-1876.

de la provincia. Catalina combinó su faceta investigadora con una intensa actividad divulgativa. Entre sus trabajos de investigación destacan sus estudios sobre el Fuero de Brihuega²³³, la historia de Castilla durante los reinados de Pedro I y los primeros Trastámaras²³⁴, la Reconquista en la Alcarria, al que dedicó su discurso de ingreso en la Real Academia²³⁵, un compendio biobibliográfico de los escritores nacidos en la provincia²³⁶, y una edición crítica de las Relaciones Topográficas de Felipe II en los pueblos de la moderna provincia, publicada entre 1903 y 1911²³⁷. En sus trabajos, Catalina se alineó con la historiografía conservadora, historicista y legitimadora del nacionalismo castellanista, patente en su visión de Castilla como una “máquina, alimentada por el patriotismo y la fe católica”, cuyo declive bajomedieval coincidió con el ascenso al trono de “una raza bastarda”²³⁸. En su discurso de ingreso en la Real Academia, Catalina se proponía elaborar una historia de la Alcarria en el contexto nacional, pues si pretender que la comarca, de límites difusos, tuviera una trayectoria independiente de la castellana era “locura nacida de amor regional”, sí cabía que, “ante el radiante lumínico de la gloria española, se atribuya luz propia a satélites a ella encadenados”²³⁹.

Como divulgador, Catalina dio a la imprenta una monografía para uso escolar, confeccionada a partir de datos históricos, estadísticos y antropológicos de la provincia. En el opúsculo, Catalina se proponía que los jóvenes tomaran conciencia de “lo que es la provincia y cuán obligados estamos sus naturales a servirla y amarla”. En su argumentación, el autor partía de una maniquea oposición entre los vicios de la ciudad y la sana vida rural, que le permitía establecer una divisoria entre la Campiña del Henares, “donde se ha perdido más el antiguo carácter y las añejas costumbres” por estar “en relación inmediata con Madrid y su tierra” y el resto de territorios comarcales, que, “alejados más del bullicio del mundo y de los grandes centros (...) guardan aún casi íntegras las viejas tradiciones”. Un indicio de la vigencia de la moral tradicional en la mayor parte de la provincia era la religiosidad de la población de la Alcarria, que identificaba con toda la provincia, al ubicar en ella algunos santuarios marianos de la Serranía, la Campiña o el Señorío de Molina²⁴⁰. Además de estos trabajos, Catalina

²³³ GARCÍA LÓPEZ, Juan Catalina: *El Fuero de Brihuega*. Madrid, Tipografía de Manuel G. Hernández, 1887.

²³⁴ GARCÍA LÓPEZ, Juan Catalina: *Castilla y León durante los reinados de Pedro I, Enrique II, Juan I y Enrique III* (3 tomos). Madrid, El Progreso, 1893.

²³⁵ El discurso llevaba por título “La Alcarria en los dos primeros siglos de su Reconquista”. GARCÍA LÓPEZ, Juan Catalina y DE LA RADA, Juan de Dios: *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Excmo. señor D. Juan Catalina García en 27 de mayo de 1894*. Madrid, El Progreso, 1894.

²³⁶ GARCÍA LÓPEZ, Juan Catalina: *Biblioteca de escritores de la provincia de Guadalajara y bibliografía de la misma hasta el siglo XIX*. Madrid, Est. Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1889.

²³⁷ GARCÍA LÓPEZ, Juan Catalina: *Relaciones topográficas de España. Relaciones de pueblos que pertenecen hoy a la provincia de Guadalajara* (6 vols.). Tomos XLI-XLIII, XLV-XVII. Madrid, Est. Tip. de la Viuda e Hijos de M. Tello, 1903-1911.

²³⁸ GARCÍA LÓPEZ, Juan Catalina: *Castilla y León...* (*op. cit.*), tomo I, p. III.

²³⁹ GARCÍA LÓPEZ, Juan Catalina y DE LA RADA, Juan de Dios: *Discursos...* (*op. cit.*), p. 10.

²⁴⁰ GARCÍA LÓPEZ, Juan Catalina: *El libro de la provincia de Guadalajara*. Guadalajara, Imprenta y Encuadernación Provincial, 1881.

también contribuyó a legitimar el patronazgo de la Virgen de la Antigua en Guadalajara²⁴¹, establecido en 1886, y dedicó algunos opúsculos a la recuperación y conservación de los monumentos de la capital²⁴².

Después de 1898, el alcarreñismo acentuó su vertiente ruralista, entroncando con el agrarismo castellanista de resabios regeneracionistas que proliferó por toda Castilla. El discurso dominante adoptó generalmente la “voluptuosidad de la queja” tan manida entre los intelectuales de las “sosegadas” y “modorrientas” capitales de provincia²⁴³. Entre sus epígonos se encontraba el cronista provincial Antonio Pareja Serrada, un escritor oriundo de Brihuega que, en su juventud, cultivó en ensayo de contenido moralizante y, en su madurez, publicó una serie de trabajos sobre la historia de la provincia. Uno de ellos era se ocupaba de las batallas de Brihuega y Villaviciosa durante la Guerra de Sucesión, cuyo título, *Glorias de la Alcarria*, lo situaba más en la estela de la erudición legitimadora que de la historiografía de fondo positivista de Juan Catalina. Así, Pareja Serrada llegó a afirmar que las batallas en cuestión “fueron las funciones de guerra más duras y más gloriosas que registra la historia contemporánea” y señaló que “por doquiera volvamos la vista encontramos glorias y laureles inmarcesibles, conquistados por los alcarreños en fuerza de sangre y valor”²⁴⁴. El tono revisionista de su obra era aún mayor en el prólogo a una serie de trabajos inéditos de diferentes autorías sobre la historia provincial, en el que advirtió que

la memoria que de Guadalajara tiene el resto del país, está reducida a creer que es una tierra que no produce más que miel y carbón (...). El rastrillo del tiempo ha pasado sobre nuestro país, borrando los surcos trazados por tantas generaciones, y España se ha acostumbrado a mirarlo como un erial que no tiene importancia alguna. Vamos, pues, a demostrar todo lo contrario; vamos a desenterrar sus glorias, sus tradiciones, sus privilegios; vamos a demostrar cuánto vale, cuanto merece, cuánto mereció de Reyes, Reinas y Emperadores; vamos a remover las gloriosas ruinas de sus vicos, de sus necrópolis celtiberas y romanas, de sus ópidos, de sus moradas prehistóricas; a abrir el gran libro de sus edades, de sus primitivas legislaciones; a exponer, en fin, su grandeza a la luz del día, como exponemos en determinados días las imágenes de nuestras venerandas advocaciones religiosas. Es la glorificación, el (*sic*) apoteosis de nuestra madre²⁴⁵.

Pareja Serrada también trabajó en la construcción del alcarreñismo desde el periódico que fundó y dirigió en su pueblo natal, *El Briocense*, en cuyo primer editorial proclamó que sus fines eran “servir la causa de la cultura regional, laborar en pro de la

²⁴¹ GARCÍA LÓPEZ, Juan Catalina: *Rasgo histórico acerca de Nuestra Señora de la Antigua de Guadalajara*. Guadalajara, Imp. Provincial, 1884.

²⁴² GARCÍA LÓPEZ, Juan Catalina: “La capilla de los Urbinas en Guadalajara”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 46 (1905), pp. 234-237.

²⁴³ UNAMUNO, Miguel: “Por las capitales de provincia”, *Andanzas y visiones españolas*. Madrid, Renacimiento, 1922, p. 93-95.

²⁴⁴ PAREJA SERRADA, Antonio: *Glorias de la Alcarria: la razón de un centenario*. Guadalajara, Imprenta Provincial, 1911, pp. 9 y 27.

²⁴⁵ PAREJA SERRADA, Antonio: “A modo de prólogo” a ATIENZA, Román y CONTRERAS, Bibiano: *Memorial histórico arriacense*. Guadalajara, Imp. Gutenberg, 1915, pp. 3-4.

villa de Alfonso VI, recordar sus glorias y hacer que la atención de la provincia se fije en sus desgracias e infortunios”²⁴⁶. Al margen de esa iniciativa, el alcarreñismo no cuajó en otros distritos de la provincia, como Sigüenza y Molina, donde persistieron las viejas rivalidades o el provincialismo adoptó un tono más aséptico. En la ciudad mitrada, la publicística local era sintomática de una identidad comarcal singular, circunscrita a la propia ciudad y su partido. Así, por ejemplo, uno de sus periódicos, *La Defensa*, adoptó en 1917 el subtítulo de “semanario regional independiente” y expresó su objetivo de defender “tercamente, todas aquellas cuestiones que interesen a esta ciudad y a la comarca”²⁴⁷. En Molina, el carlista Claro Abánades fundó un periódico de ilustrativo título, *La Torre de Aragón*, en cuyo primer número, sin embargo, saludaba a toda la prensa y en especial a la de la capital, con la que aspiraba a colaborar en beneficio de los intereses de la provincia²⁴⁸.

El alcarreñismo no se sustanció en ninguna iniciativa asociativa dentro de la provincia, pero sí en Madrid, donde un grupo de eruditos e intelectuales guadalajareños emigrados a la capital fundó en 1903 el Centro Alcarreño, precursor de la Casa de Guadalajara, que se constituyó en 1933²⁴⁹. En esa época, algunos periodistas locales reivindicaron el “Alcarreñismo triunfante” en las exposiciones de Sevilla y Barcelona²⁵⁰ o abogaron por impulsar el “alcarreñismo adormilado que ansía cuajar en una «Liga Alcarreña», que recoja también todo lo grande que nos legaron nuestros antepasados, toda la historia de la Alcarria bendita de nuestros mayores, la riqueza moral y material, que atesora la tierra humilde, modesta y sencilla que nos vio nacer”²⁵¹. La figura más representativa del alcarreñismo del período de entreguerras fue Francisco Layna Serrano, cronista provincial, que, a comienzos de los años veinte comenzó una serie de monografías sobre monumentos y personajes históricos en los que recogía el bagaje de sus predecesores²⁵².

La anulación de las identidades locales de la provincia no solo afectó a los pueblos, sino también a la propia capital, en la que la invención de la tradición adquirió niveles superlativos. Los historiadores y publicistas locales dieron forma a una narrativa historiográfica de cuño legitimador, que contribuyó a reforzar la construcción identitaria nacional y burguesa. En la prensa, las imprentas y las veladas del Ateneo literario, fue tomando forma una historiografía *ad hoc*, de resabios historicistas y tono propagandístico, dirigida a recuperar las biografías y las gestas de los patricios y héroes locales²⁵³. La

²⁴⁶ *El Briocense*, 20-9-1904.

²⁴⁷ *La Defensa*, 28-5-1917.

²⁴⁸ *La Torre de Aragón*, 15-11-1906.

²⁴⁹ HERRERA CASADO, Antonio: *Guadalajara, puerta de Madrid*. Madrid, Casa de Guadalajara, 2001.

²⁵⁰ *La Palanca*, 12-6-1929.

²⁵¹ *Flores y Abejas*, 17-9-1933.

²⁵² Entre sus trabajos destaca su voluminoso estudio sobre Guadalajara en la Edad Moderna, que, a modo de epílogo, se extendió a los siglos XIX y XX. LAYNA SERRANO, Francisco: *Historia de Guadalajara y sus Mendozas...* (op. cit.).

²⁵³ Un ejemplo es el volumen: DIGES ANTÓN, Juan y SAGREDO MARTÍN, Manuel: *Biografías de Hijos ilustres de la provincia de Guadalajara*. Guadalajara, Tipografía y Encuadernación Provincial, 1889.

historiografía local indagó en el pasado celtibérico, romano, cristiano y renacentista de la ciudad, omitiendo deliberadamente la etapa andalusí, que, como revelan la toponimia y la arquitectura monumental, fue uno de los períodos de mayor desarrollo urbano de Guadalajara. Así, se generalizó el uso del gentilicio caracense, resultante de la identificación de la ciudad con la prerromana *Caraca*, mencionada por Plutarco y, tras ser cuestionada por la arqueología, del que aludía a la toponimia carpetana de *Arriaca*, mencionada por Antonino en su *Itinerario*²⁵⁴.

Con todo, el mito original por antonomasia fue la conquista cristiana, que los historiadores locales atribuyeron a la gesta de Alvar Fáñez de Minaya, lugarteniente de Rodrigo Díaz de Vivar. Su figura fue mitificada por el Ayuntamiento, que colocó en el escudo de la ciudad una representación del militar conquistando la plaza, en 1085, alterando la heráldica tradicional²⁵⁵, y le dedicó una calle, para lo que renombró la que hasta entonces había estado dedicada al Cristo de la Feria. La exaltación del caudillo castellano se apoyó en una constelación de hagiografías, aparecidas en la prensa o en monografías de fuerte sesgo propagandístico, como la realizada en 1889 por el médico y exalcalde moderado, Román Atienza Baltueña. En ella, se proponía rescatar “el nombre ilustre de un guerrero que la historia patria coloca el segundo después del Cid Campeador”, y añadía que

la religión cristiana honra a los Santos y a los mártires, la ciencia a los sabios, el arte a los genios, las naciones y los pueblos a sus héroes y a sus libertadores. Por eso la efigie de Alfonso VI figura en el escudo de la ciudad de Toledo, que después de ondear en sus torres el pendón del Profeta, cerca de cuatrocientos años, rescató la ciudad imperial del dominio de los sarracenos, opresores de nuestra fe y nuestra nacionalidad; por eso Guadalajara se honra como imperecedero recuerdo de su libertad, con ostentar por armas las de Alvarfáñez (*sic*) de Minaya, su conquistador²⁵⁶.

La identificación del guerrero con la ciudad culminó en la utilización de su nombre para el título del himno oficial, encargado en 1910 por el alcalde liberal, Miguel Fluiter Contera –nieto de Miguel, el maestro de postas–, al director de la banda de música provincial, Román García Sanz. La letra, de Miguel de Castro, no incluía ninguna referencia a las hazañas del militar, cuyo nombre era un pretexto para la naturalización de un discurso de exaltación localista y agrarista, referenciado en la Alcarria, en detrimento de la propia ciudad de Guadalajara, lo que muestra hasta qué punto el alcarreñismo ruralista y antiurbano impregnó la conciencia local:

²⁵⁴ RANZ YUBERO, José Antonio: “Los nombres Arriaca, Alcarria y Guadalajara”, *Wad-al-Hayara: Revista de estudios de Guadalajara*, 18 (1991), pp. 475-480.

²⁵⁵ BARBADILLO ALONSO, Javier y CORTÉS CAMPOAMOR, Salvador: “Evolución histórica del escudo de la ciudad de Guadalajara”, en VV. AA.: *Actas del I Encuentro de Historiadores del Valle del Henares*. Alcalá de Henares, Institución de Estudios Complutenses, 1988, pp. 83-96.

²⁵⁶ ATIENZA BALTUEÑA, Román: “Alvar Fáñez de Minaya”, en PAREJA SERRADA, Antonio (ed.): *Memorial histórico arriacense*. Guadalajara, Imp. Gutenberg, 1915, p. 7.

Viva la gentil Alcarria ideal,
heroica en la lid y santa en la paz.
Porque es austera y humilde,
nunca hables mal de esta tierra,
que es nuestra madre, y las madres
por ser madres, ya son buenas²⁵⁷.

Junto a Alvar Fáñez, en el olimpo arriacense fueron veneradas otras deidades, que sirvieron como referentes de las nacientes familias del liberalismo. En 1842, los progresistas homenajearon a Julián Antonio Moreno y José Marlasca, dos jóvenes liberales que fueron asesinados en agosto y noviembre de 1823, durante la represión subsiguiente al Trienio Liberal. El homenaje consistió en la celebración de una función cívico-religiosa para la que el jefe político, Benigno Quirós Contreras, varios concejales, e incluso un autor consagrado sin arraigo en la ciudad, Juan Eugenio Hartzenbusch, elaboraron un poemario dedicado a la memoria de los mártires, “inmolados en Guadalajara por los satélites del despotismo”²⁵⁸. Para la ocasión, se realizaron inscripciones con los nombres de Marlasca y Moreno, que fueron colocadas en la Diputación Provincial, el Ayuntamiento y el cuartel de la Milicia Nacional, y se esculpió una urna cineraria que se preveía exhibir en la plaza donde fueron torturados los jóvenes. Sus restos mortales fueron depositados en otra urna que, escoltada por cuatro nacionales de caballería y dos maceros del Ayuntamiento, y acompañada por un cortejo fúnebre formado por las corporaciones municipal y provincial, fue colocada en la parroquia de San Nicolás. En días sucesivos se repitieron las procesiones cívicas, las misas y las exhibiciones de júbilo popular.

El Eco del Comercio recogió la noticia en su portada del 16 de mayo, señalando que “la solemnidad con que se verificaron todos los pormenores del programa hacía creer a los concurrentes que se hallaban en una de las funciones de esta especie que con tanta pompa suelen celebrarse en Madrid”²⁵⁹. Como de costumbre, dos plazas de la ciudad fueron renombradas con los nombres de Moreno y Marlasca, convertidos así en adalides de la nación y en referentes para todos los liberales de la ciudad. Ello quedó patente en 1856, cuando un concejal tradicionalista, Domingo Máñez, solicitó retirar las lápidas, que se encontraban en el salón de plenos, a ambos lados del sillón de la presidencia. Su solicitud provocó la ira de varios concejales moderados, Román Atienza y Manuel y Santiago Sáenz de Tejada, que defendieron ardientemente la memoria de los liberales torturados. Las lápidas dedicadas a Moreno y Marlasca terminaron colocadas en la fachada del Ayuntamiento, que los “mártires de la libertad” compartieron con sendos

²⁵⁷ GARCÍA SANZ, Román y CASTRO, Miguel: *Alvar-Fáñez de Minaya: obra declarada himno a Guadalajara por el Excmo. e Ilmo. Ayuntamiento de dicha ciudad*. Madrid, Fuentes y Asenjo, 1910.

²⁵⁸ QUIRÓS CONTRERAS, Benigno (et al.): *Corona fúnebre a la memoria de las víctimas de la libertad, D. José Marlasca y D. Julián Antonio Moreno*. Guadalajara, Imprenta José Ruiz y Hermano, 1842, p. 3.

²⁵⁹ *El Eco del Comercio*, 16-5-1842.

medallones que recordaban a Alvar Fáñez, bajo otra lápida que exaltaba la Constitución de 1812, y que finalmente fue retirada²⁶⁰.

En el imaginario de la identidad local también hubo un lugar para un referente del humanismo renacentista, Luis de Lucena, médico y escritor del siglo XVI nacido en Guadalajara, que estuvo al servicio del Papa Julio III²⁶¹. En 1853, el pleno del Consistorio encargó al regidor primero la composición de una biografía del humanista, que finalmente no vio la luz, y le dedicó una calle. La memoria del galeno se diluyó prácticamente desde entonces, siendo sustituido como referente épico de su tiempo por el cardenal Pedro González de Mendoza. Su creciente protagonismo en la historiografía local refleja el giro conservador de la elite local, que le dedicó numerosos homenajes y veladas literarias en los ateneos. En 1881, la revista del *Ateneo Escolar* dedicó un recordatorio a su aniversario, pues consideraba “uno de los más imperiosos deberes que el patriotismo nos impone” exaltar la memoria del “Gran Cardenal de España”²⁶². Varios años después, los ateneístas volvieron a recordar al hijo del marqués de Santillana, dedicándole un artículo hagiográfico y sin firma, en el que se glosaban las hazañas del purpurado. Para el autor del artículo, Mendoza fue el principal artífice de la conquista de Granada y “la completa independencia de España”, pues “ya empleando el consejo, ya dando el ejemplo; ora dirigiendo (*sic*) con la palabra, ora empuñando la espada, logró arrancar la media luna del último baluarte de los invasores”²⁶³.

La recuperación de la figura del cardenal Mendoza allanó el camino para la celebración del IV centenario de su muerte, en 1895. El Ateneo Caracense y el Ayuntamiento de la capital organizaron un certamen literario, que alguno de los concursantes utilizó para defender el espíritu de la Inquisición²⁶⁴. El consistorio se comprometió a colocar en la plaza Mayor una estatua del prelado, y una confitería, propiedad de Luis Suárez, exhibió en su escaparate una maqueta de azúcar que representaba la escultura frente a la fachada del Ayuntamiento²⁶⁵. En Sigüenza, primera sede que ocupó el prelado, el obispo celebró una velada para conmemorar la efeméride²⁶⁶, y el Ayuntamiento dedicó al cardenal una calle, que hasta entonces había llevado el nombre de la capital de la provincia²⁶⁷. La prensa realizó un gran despliegue para la ocasión. A finales de 1894, el semanario *Flores y Abejas* anunció “un lujoso número de 16 páginas” con un retrato de Mendoza, una reproducción facsímil de su testamento, una

²⁶⁰ *Revista Popular*, 15-11-1891.

²⁶¹ AMGU-AS, 141585, 17-12-1853.

²⁶² *Revista del Ateneo Escolar de Guadalajara*, 5-5-1881.

²⁶³ *Revista del Ateneo Escolar de Guadalajara*, 5-5-1884.

²⁶⁴ ALBORS, Carlos: *La Inquisición y el Cardenal de España: indicaciones sobre la influencia que ejerció el Emmo. Sr. D. Pedro González de Mendoza en el reinado de los Reyes Católicos con una reseña de certamen celebrado en la ciudad de Guadalajara el 29 de Junio de 1895 y algunas observaciones al discurso del Sr. D. Rafael María de Labra sobre el origen del Tribunal de la Fe y participación que le cupo al Cardenal Mendoza en la nueva organización de la Inquisición*. Valencia, 1896.

²⁶⁵ *Flores y Abejas*, 20-1-1895.

²⁶⁶ *Flores y Abejas*, 3-2-1895.

²⁶⁷ *Flores y Abejas*, 10-3-1895.

fotografía del sepulcro donde estaba enterrado y el escudo de la familia²⁶⁸. El número en cuestión, publicado en enero de 1895, contenía colaboraciones del arzobispo de Toledo, el obispo de Sigüenza, el conde de Romanones, varios eruditos de la provincia y alguna conocida figura de la intelectualidad española, como el dramaturgo Carlos Fernández Shaw o el filólogo Antonio Sánchez Moguel²⁶⁹.

Frente a la historiografía de fundamentos legitimadores proliferaron escasas alternativas críticas, salvo parcialmente en la obra de publicistas como Juan Diges Antón, hermano del líder de los federales, Manuel. Diges, que trabajaba como sobrestante de Obras Públicas y era profesor de la Escuela Normal, adoptó, ante todo, un perfil divulgador, que le llevó a fundar, en 1890, una revista cultural, la *Revista Popular*, cuyo contenido se nutría de sus propias impresiones de la historia de la provincia y la ciudad. También confeccionó algunas guías de la ciudad, similares en su planteamiento a los trabajos de Juan Catalina, aunque con informaciones más críticas, y alejadas del alcarreñismo ruralista de aquel²⁷⁰. A Diges se debe una de las escasas notas sobre el levantamiento comunero, que tuvo lugar en la ciudad en junio de 1520. A la revuelta, marcada por el “radicalismo comunitario” de los artesanos²⁷¹, Diges dedicó una intervención en el Ateneo Escolar, en la que no solo puso en valor la figura del carpintero rebelde Pedro de Coca, que terminó siendo ejecutado, sino que criticó las descalificaciones que el historiador Francisco de Torres, dedicó a los comuneros guadalajareños en el siglo XVII²⁷².

La rebelión comunera también fue abordada por Miguel Mayoral y Medina, un médico y alcalde republicano de la ciudad, en un trabajo publicado póstumamente, donde revisó las interpretaciones clásicas acerca de la escasa participación de la oligarquía local y la nobleza en el levantamiento²⁷³. Al igual que Diges, Mayoral fundó su propio periódico, el semanario *Flores y Abejas*, en cuyas páginas llevó a cabo una intensa labor de divulgación histórica. Mayoral fue, además, uno de los pocos publicistas que trataron de recuperar el acervo cultural de la comunidad, desde una postura de vocación etnográfica. En 1889, dictó una conferencia en el Ateneo, en la que realizó un recorrido por la historia de las fiestas locales. En ella reivindicó la tradición del carnaval,

²⁶⁸ *Flores y Abejas*, 23-12-1894.

²⁶⁹ *Flores y Abejas*, 13-1-1895.

²⁷⁰ DIGES ANTÓN, Juan: *Guía...* (*op. cit.*).

²⁷¹ La protesta estuvo liderada por un grupo de artesanos que tomó el alcázar. Más tarde se sumó a los rebeldes el conde de Saldaña, primogénito del duque del Infantado. La intervención de este último y la ejecución de Pedro de Coca, uno de los cabecillas, puso fin al movimiento. SÁNCHEZ LEÓN, Pablo: *Absolutismo y comunidad. Los orígenes sociales de la guerra de los comuneros de Castilla*. Madrid, Siglo XXI, 1998.

²⁷² Torres, para deslegitimar la protesta, refirió que el levantamiento comunero fue esencialmente popular, pues, según señalaba, “que se levantó un tumulto entre la gente más ruin y baja del pueblo, que ciegamente discurría por las calles aclamando a la comunidad”. TORRES, Francisco: *Historia de la muy noble ciudad de Guadalajara*. Guadalajara, manuscrito, 1647. BNE, MSS/1689 [consultado en la Biblioteca Digital Hispánica].

²⁷³ MAYORAL MEDINA, Miguel: “El aguinaldo que daban Guadalajara y su tierra al duque del Infantado y la Guerra de las Comunidades”, *Flores y Abejas*, 1-1-1898.

mencionando algunas mascaradas que, desde el siglo XVI, se celebraron en la ciudad. El propio Mayoral fue el principal artífice de la recuperación del entierro de la Sardina, parte del ritual carnavalesco que introdujo cuando fue alcalde durante el Sexenio²⁷⁴. El ejemplo del carnaval es sintomático de la apropiación y adaptación de las manifestaciones de la cultura plebeya²⁷⁵ a los valores y prácticas recreativas de la elite burguesa²⁷⁶. A mediados del siglo XIX, las mascaradas callejeras que los gremios de la ciudad organizaban en el Antiguo Régimen²⁷⁷ habían sido reemplazados por funciones teatrales y bailes de máscaras en fondas o salones particulares, y el tono burlesco de aquellas había sido sustituido por la “cultura” y el “buen tono”, como relataba el corresponsal de *El Clamor Público* en su crónica del carnaval de 1846²⁷⁸. La celebración del entierro de la sardina durante el Sexenio suponía la revalorización de un ritual enraizado en la moral de la multitud, aunque la iniciativa del Ayuntamiento presidido por Miguel Mayoral fue más bien excepcional y probablemente una representación simbólica de la aspiración del republicanismo por conectar con el elemento popular.

La desaparición de la fiesta de La Cerca es un claro ejemplo de la civilización de las costumbres plebeyas y de la tentativa de crear un nuevo imaginario simbólico, como el propio Mayoral refirió en uno de sus artículos. También parece claro que la fiesta era esencialmente popular, y que, progresivamente, el Ayuntamiento y el Cabildo eclesiástico se apropiaron de ella, instituyendo una procesión de autoridades, un novenario, una misa solemne, y una corrida de 24 toros. Así se desprende del hecho de que, en abril de 1800, el Ayuntamiento y el Cabildo dirigieron una comunicación al arzobispado de Toledo para confirmar el voto que, según era tradición, habían establecido en el siglo XIV para conmemorar el fin de una plaga de langosta, y renovado casi un siglo después, por idéntica razón. Ayuntamiento y Cabildo argumentaban en su petición que se habían producido “disputas y diversas opiniones entre el clero regular y secular en razón de ritos, oraciones y conmemoraciones que deben darse a los verdaderos y legítimos patrones de los pueblos (...) dudándose también si el Patronato se dio a Santa Mónica o San Agustín (...) pues no había declaración formal”²⁷⁹. Sea como fuere, en 1872, el arzobispado de Toledo suprimió la novena, que era el momento en que los vecinos participaban adornando la iglesia y la plaza con velas, y solo se mantuvo la misa solemne con asistencia de las autoridades civiles y eclesiásticas²⁸⁰.

²⁷⁴ MAYORAL MEDINA, Miguel: “Predicción racional del tiempo”, *Ateneo: revista internacional, científica y literaria. Órgano del Ateneo Caracense y del Centro Volapükista español*, I (1889), p. 6.

²⁷⁵ Sobre el papel del carnaval en la cultura plebeya europea, véase: THOMPSON, E. P.: *Costumbres en común...* (op. cit.).

²⁷⁶ HULME, Tom: “‘A nation of town criers’: civic publicity and historical pageantry in inter-war Britain”, *Urban History*, 2017, 44 (2), p. 271.

²⁷⁷ LAYNA SERRANO, Francisco: *Historia de Guadalajara y sus Mendozas...* (op. cit.), tomo IV, pp. 210-211.

²⁷⁸ *El Clamor Público*, 28-2-1846.

²⁷⁹ *Flores y Abejas*, 15-3-1896. El fragmento está reproducido en el periódico por Miguel Mayoral Medina, en un artículo sobre el origen y desarrollo de la fiesta.

²⁸⁰ *Flores y Abejas*, 15-3-1896.

La fiesta perdió importancia, tal vez por el desinterés del vecindario, en el que, como se ha visto, había empezado a resquebrajarse la cohesión de la comunidad, y en 1904, dejó de celebrarse, al no asignarle presupuesto el Consistorio, presidido por el conservador Juan Miranda Olave²⁸¹. Ante las críticas de *El Republicano*, que responsabilizaba al clero del decaimiento de la fiesta, el católico *El Eco de la Alcarria* señalaba que “el voto se cumplió constantemente [desde 1635] hasta que el Ayuntamiento vino a parar en las pecadoras manos de los concejales republicanos” y al propio tiempo, afeaba la actitud de los conservadores, que habían retirado la fiesta del presupuesto. Concluía *El Eco* señalando que

es por lo mismo verdaderamente portentosa la ligereza y el desahogo de ciertas gentes, las cuales, pisoteando unas veces las tradiciones más veneradas y gloriosas y suprimiendo otras (...), no vacilan (...) en vulnerar y hollar los sentimientos católicos del pueblo (...), sino en lanzar (...) notorias falsedades (...) contra los ministros de la Iglesia (...). ¡Ah! ¡Pobre pueblo, infortunado pueblo! (...) ¿Cuándo será el día en que les des con la badila en los nudillos? Los católicos de Guadalajara tienen la palabra y... la badila²⁸².

La religiosidad popular, si bien era el resultado de inmemoriales y graduales reelaboraciones de las prácticas plebeyas consuetudinarias, dirigidas a la domesticación de los sectores populares, fueron nuevamente reelaboradas, suprimidas e incluso inventadas. Ello generó frecuentes disputas y conflictos entre las autoridades civiles y eclesiásticas y las clases populares, especialmente en el arrabal del Amparo. Al menos desde mediados del siglo XIX, probablemente antes, el patronazgo de Santa Mónica había sido sustituido por una devoción oficiosa hacia las imágenes que presidían dos de las ermitas de la ciudad, que daban nombre a sus respectivos barrios, la Antigua y el Amparo, cuya festividad se celebraba el mismo día, el 8 de septiembre. En las rogativas que se hacían esos años por iniciativa del Ayuntamiento, en época de escasez, o para conmemorar alguno de los natalicios de la familia real se invocaba alternativamente a ambas. Sin embargo, en 1886, el Municipio optó por declarar patrona de la ciudad a la virgen de la Antigua, frente a la del Amparo. No parece casual que la designación recayera en la imagen venerada en un barrio mesocrático del casco, entre cuyos devotos se encontraban algunas poderosas familias de la ciudad, frente a la patrona de uno de los arrabales extramuros de la ciudad, en el que el 42% de los hogares estaba encabezado por migrantes.

La institución del nuevo patronazgo, utilizado con fines legitimadores y sacralizadores del poder político de la capital, despertó la secular rivalidad entre el casco y el arrabal del Amparo, que interpretó la degradación de su patrona como un acto de hostilidad. La opción del Ayuntamiento por una de las dos patronas contribuyó a reforzar el espíritu de la comunidad, y los jóvenes del barrio instituyeron una nueva tradición, consistente en arrojar piedras y proferir insultos a los feligreses de la Antigua y a su

²⁸¹ Flores y Abejas, 10-4-1904.

²⁸² *El Eco de la Alcarria*, 25-5-1904.

imagen al paso de la procesión, en cuyo itinerario figuraba el entorno del arrabal adversario. El ritual está documentado desde principios del siglo XX, pero su origen debía de ser anterior, pues un periodista nativo del barrio de la Antigua, Luis Cordavias, remontaba sus primeros recuerdos de las pedreas, al menos, a 1884, cuando él tenía once años. La virulencia que alcanzaron los enfrentamientos fue en aumento, y hasta un periódico madrileño consignó en 1890 que “entrambos bandos de idólatras han llegado hasta los escupitajos, después de recorrer la gama de las malas palabras, los insultos, las pedradas y los bofetones”²⁸³. En el barrio de la Antigua, la fiesta se ritualizó mediante la formación de una gran hoguera por los vecinos, que dedicaban el día a acarrear leña, mientras “lanzaban mueras a sus acérrimos enemigos”, exhibiendo sus hondas y entonando cantinelas injuriosas contra los chiquillos del Amparo²⁸⁴. El periódico que había fundado Cordavias se convirtió en uno de los principales adalides contra las pedreas, pues consideraba

verdaderamente doloroso que en este siglo de progreso y adelanto perdure una costumbre bárbara, regresiva y embrutecedora (...). Este año hemos visto, como todos, al frente de la procesión de Nuestra Señora de la Antigua, una legión de ineducados chiquillos, profiriendo a grito pelado las más soeces palabras, sin que los agentes de la autoridad pusiesen coto a este escándalo, que da tan triste idea de la educación que damos a los niños. Lo hemos dicho muchas veces, y hoy lo volvemos a repetir: (...) esos actos son contrarios a las ideas progresivas²⁸⁵.

En 1927, Cordavias daba por terminadas las pedreas del 8 de septiembre, y se felicitaba por ello, pero reconocía que “con aquella tradición enterramos algo de amor a nuestro pueblo”²⁸⁶. Las nuevas festividades muestran el destacado papel socializador asignado por el poder civil a la moral católica, que se afianzó como uno de los ingredientes fundamentales de la nueva ética liberal en España. En el caso de Guadalajara, donde la autoridad eclesiástica no era episcopal, sino arciprestal, la secularización experimentada durante la primera mitad del siglo XIX debió de ser considerable. En la década de 1830 se produjeron algunos enfrentamientos armados entre algunos ciudadanos y los frailes de varios conventos desamortizados, que sus antiguos moradores se resistían a abandonar²⁸⁷. A partir de 1840, proliferaron numerosos bandos de la Alcaldía prohibiendo sistemáticamente las blasfemias y el “uso de expresiones que ofendan a la moral pública o atenten contra los dogmas de nuestra sagrada Religión”, una referencia que se repetía como una letanía en los numerosos bandos que el Ayuntamiento publicó en los años siguientes. Durante la Revolución Gloriosa, varios grupos de ciudadanos se dirigieron al convento del Carmen, que presidía Sor Patrocinio, la famosa monja de las llagas, desterrada a la ciudad para alejarla de la influencia de la Corte en 1867, e intentaron

²⁸³ *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 29-9-1892.

²⁸⁴ *Flores y Abejas*, 1-1-1900.

²⁸⁵ *Flores y Abejas*, 13-9-1908.

²⁸⁶ *Flores y Abejas*, 11-9-1927.

²⁸⁷ LAYNA SERRANO, Francisco: *Historia de Guadalajara...* (op. cit.).

lincharla, sin éxito²⁸⁸. Desde entonces, el convento quedó convertido en el blanco del anticlericalismo militante en la ciudad, incluso después de la muerte de la religiosa en 1891, y fue apedreado durante una algarada anticlerical, en 1901²⁸⁹. A pesar de la resistencia, ritualizada y formalizada, de los vecinos del Amparo, la domesticación de las manifestaciones festivas y su transformación en un espectáculo reflejan el declive de la vida pública y el afán de apropiación y resignificación de la cultura popular por parte de la elite, que logró imponer una cultura de masas disciplinadas e indolentes²⁹⁰.

La presencia de las imágenes religiosas en el espacio público es sintomática de la ofensiva recatolizadora subsiguiente a la firma del Concordato de 1851, tras el cual, se generalizaron los tedeums, las rogativas públicas y la presencia de las autoridades en las procesiones del Corpus Christi, convertida en la fiesta local a la que el Ayuntamiento destinó mayores esfuerzos. Al propio tiempo, la participación popular en los rituales públicos se redujo a una presencia pasiva. En las celebraciones del propio Corpus, los “saraos, danzas, gigantes (*sic*) y tarascas”²⁹¹ fueron reemplazados por una procesión de apóstoles “impropiamente vestidos con amplias túnicas de colorines y coronadas las cabezas con floridas guirnalda de trapo”, acompañados de gigantes y cabezudos y de las autoridades civiles, que, incluso para el cronista Layna Serrano, representaba una manifestación del “utilitarismo y frivolidad modernos”²⁹². El papel de la muchedumbre se redujo a la contemplación del paso de los apóstoles, perdiéndose las meriendas campestres, las luminarias y las danzas. La institucionalización del Corpus también supuso una apropiación del espacio festivo de la comunidad, pues, para los actos se empleó la plazuela de Santa María, lugar donde se había celebrado durante siglos la fiesta de La Cerca.

La presencia religiosa en el espacio público ilustra el cariz que la pompa urbana tomó en España, en contraposición con otros países europeos. En Gran Bretaña, las grandes manifestaciones públicas de exaltación identitaria adoptaron un tono historicista, nacionalista, liberal y civil, que adquirió un notable desarrollo desde finales del siglo XIX, y especialmente en el período de entreguerras²⁹³. En España, las manifestaciones públicas diseñadas desde el poder para alimentar al moderno cuerpo social adquirieron, por el contrario, un matiz católico, indicativo de la delgada línea que separaba los poderes civil y eclesiástico, del confesionalismo católico del Estado liberal y del papel legitimador jugado por la jerarquía católica en la construcción de un liberalismo isabelino de orientación eminentemente doctrinaria, que perduró y se amplificó durante la Restauración.

²⁸⁸ CORDAVIAS, Luis: *Vida de Sor Patrocinio: la monja de las llagas*. Guadalajara, Sucesores de Antero Concha, 1917.

²⁸⁹ Flores y Abejas, 10-3-1901.

²⁹⁰ SENNETT, Ricard: *El declive...* (*op. cit.*), p. 159.

²⁹¹ Flores y Abejas, 29-9-1896.

²⁹² LAYNA SERRANO, Francisco: *Historia de Guadalajara...* (*op. cit.*), IV, p. 219.

²⁹³ HULME, Tom: “‘A nation of town criers’...” (*art. cit.*), pp. 270-292.

La Iglesia católica no fue la única institución que se lanzó a la apropiación del espacio público. Los ingenieros militares también participaron en ese proceso mediante la frecuente organización de paradas, desfiles y simulacros de maniobras militares y ascensiones de globos aerostáticos, desde la instalación de una Compañía de Aerostación en la ciudad, en 1898. Los simulacros de los ingenieros terminaron adquiriendo un sentido ritual, pues solían ir precedidos de un desfile en la plazuela de la Fábrica, con la frecuente asistencia del ministro de la Guerra. En 1860, una crónica periodística se hacía eco del masivo interés que despertaba en el público, al señalar que “toda la población de Guadalajara había abandonado la ciudad para tomar plaza en los puntos que dominaban el campo de operaciones y presenciar aquel espectáculo”²⁹⁴. Desde finales del ochocientos, la ascensión de los globos se convirtió en una forma de exhibición del poderío técnico de los ingenieros, que surcaban los cielos de la provincia para aterrizar en las fiestas de los pueblos, donde eran aclamados por los vecinos. En Guadalajara, el propio Ayuntamiento los incorporó regularmente a las ferias, fabricando una nueva tradición.

Las celebraciones religiosas y las exhibiciones de los ingenieros evidencian la sustitución de las prácticas recreativas de la comunidad, cargadas de significados y caracterizadas por la activa participación de la multitud, por un ocio banal, pasivo, domesticado y estandarizado, que concluía al finalizar las ferias, a mediados de octubre. El entusiasmo popular empezaba entonces a atenuarse, dando comienzo un largo invierno, en el que la vida local entraba en una tediosa y adormecedora monotonía, como certificó el dramaturgo georgiano Vladímir Nemiróvich-Dánchenko, que visitó la ciudad en 1885:

¡Qué bella y, al mismo tiempo, qué triste es Guadalajara! Pasé dos días allí y me pareció que todo el tiempo estuve rodeado de un cementerio (...). Extendida sobre pequeñas colinas, con las siluetas de sus torres y campanarios atraía desde lejos; solo de cerca pude apreciar todo el horror de su abandono (...). Las casas están vacías, deshabitadas; las calles, cubiertas de hierba; en las plazas reina el silencio. Los palacios de la aristocracia castellana permanecen cerrados. Tras las rejas de las ventanas se ven los enmohecidos cristales (...). Los candados de las verjas están cubiertos de herrumbre. Uno de los atractivos de Guadalajara es su Concordia, un paseo umbroso que supone una gran rareza en las ciudades de la Vieja y la Nueva Castilla²⁹⁵.

El relato del viajero muestra un gran paralelismo con el que nos dejó Clarín en *Superchería*, donde el autor de *La Regenta* describió una ciudad “oscura, mojada, helada, sorda y muda”, en la que su protagonista, Serrano, “había vivido siglos en pocos días”²⁹⁶. El impresionismo dominante en ambas representaciones, y las similitudes entre ellas y las

²⁹⁴ *La España*, 25-5-1860.

²⁹⁵ NEMIROVICH-DANCHENKO, Vasily: “Un día en Sigüenza y dos en Guadalajara”, en *Crónicas de España: de mis recuerdos de viaje*. Moscú, 1888. Recogido en: VILLAR GARRIDO, Jesús y VILLAR GARRIDO, Ángel: *Viajeros por la historia: extranjeros en Castilla-La Mancha. Guadalajara*. Toledo, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 2005, p. 501.

²⁹⁶ CLARÍN: *Doña Berta. Cuervo. Superchería...* (op. cit.), p. 179.

descripciones de los escritores románticos son probablemente un indicio de su relación intertextual. Pero las transformaciones operadas en el espacio público de la ciudad durante los dos últimos tercios del siglo XIX sugieren que aquella ciudad medieval agraciada con la capitalidad había tomado el aspecto de una naturaleza muerta y su espacio público era el escenario de una tensión entre quienes pretendían conservar su uso, ligado a su economía moral, y quienes aspiraban a transformarlo en un espacio de tránsito y exhibición, vinculado al consumo y el afianzamiento de su poder²⁹⁷.

²⁹⁷ SENNETT, Richard: *El declive del hombre público*. Barcelona, Anagrama, 2011.

CAPÍTULO 2. LA LUCHA POR LA TIERRA: LA CONQUISTA DE LA CIUDAD Y DE LA PROVINCIA

Don Fermín contemplaba la ciudad. Era una presa que le disputaban, pero que acabaría de devorar él solo. ¡Qué! ¿También aquel mezquino imperio habían de arrancarle? No, era suyo. Lo había ganado en buena lid. ¿Para qué eran necios? También al Magistral se le subía la altura a la cabeza; también él veía a los vetustenses como escarabajos; sus viviendas viejas y negruzcas, aplastadas, las creían los vanidosos ciudadanos palacios y eran madrigueras, cuevas, montones de tierra, labor de topo... ¿Qué habían hecho los dueños de aquellos palacios viejos y arruinados de la Encimada que él tenía allí a sus pies? ¿Qué habían hecho? Heredar. ¿Y él? ¿Qué había hecho él? Conquistar.

Clarín. *La Regenta*²⁹⁸.

La herencia social de los rasgos adquiridos que el habitus asegura ofrece al grupo uno de los medios más eficaces para perpetuarse como tal, trascender los límites de la finitud biológica y así salvaguardar su manera distintiva de existir. Esta suerte de tendencia del grupo a perseverar en su ser no tiene, en sentido estricto, sujeto, aunque pueda encarnarse, en cada ocasión, en alguno de sus miembros. Opera en un nivel mucho más profundo que las “tradiciones familiares”.

Pierre Bourdieu. *Las estrategias de la reproducción social*²⁹⁹.

2.1. El Cabildo de Labradores

Miguel Contera vivía anclado a la costumbre. Su oficio como maestro de postas le permitió mejorar su vida y su posición social, pero no alteró significativamente su identidad como labrador, ni su conducta pausada, propia de los habitantes de una pequeña ciudad de provincias. Era proverbial la parsimonia con la que aquel servicial maestro de postas mudaba los caballos y el celo que ponía en atender a sus huéspedes. La mayoría de los usuarios del servicio, sin embargo, eran *citadinos*, portadores de un espíritu nervioso, y llegaban a su casa impacientes por emprender de nuevo la marcha³⁰⁰. Lo que

²⁹⁸ CLARÍN: *La Regenta*. Madrid, Librería de Fernando Fé, 1900, p. 18.

²⁹⁹ BOURDIEU, Pierre: “Porvenir de clase y causalidad de lo probable”, en *Las estrategias de la reproducción social*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2011, p. 115.

³⁰⁰ La oposición entre la “vida nerviosa” de la gran ciudad y la vida pausada de las ciudades pequeñas, en: SIMMEL, Georg: “Las grandes ciudades y la vida del espíritu”, *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*. Barcelona, Paidós, 2001.

ocurrió el 6 de julio de 1844³⁰¹ era un indicio de que la moderna percepción del tiempo, racionalista, utilitarista, individualista y capitalista, empezaba a impregnar todos los órdenes de la vida. El servicio de Correos no podía ser una excepción, y pronto empezaron a llover las quejas de los usuarios por los retrasos de la correspondencia, llevándose los calumniados maestros de postas la peor parte. En junio de 1845, sin ir más lejos, el ceremonioso Miguel Contera fue abofeteado por uno de los ministros que había pasado por su casa el año anterior, el titular de Marina, Comercio y Gobernación de Ultramar, por no tener dispuestos los seis caballos de refresco para continuar su viaje hacia Madrid³⁰².

Los Gobiernos moderados trataron de poner coto a los retrasos, que atribuían a la “especulación mezquina” practicada por los maestros de postas, mediante un reglamento que reemplazó el sistema de contratas vigente desde comienzos del siglo XVIII por otro que imponía a los maestros “la barrera de un contrato formal y sagrado”³⁰³, para responder a la “necesidad, hasta política, de tener asegurados estos medios constantes de comunicación”³⁰⁴. Pero la reforma no logró su propósito, porque la demora con que llegaba el correo a Madrid, Zaragoza o Barcelona no era producto de la parsimonia de los maestros, sino de las injerencias de los administradores de Correos y los jefes políticos, como Rafael de Navascués. En 1847, ante el aluvión de críticas de la opinión pública, el Ministerio de la Gobernación publicó una circular, instando a los jefes políticos a castigar con severidad las faltas de los dependientes del ramo de Postas, a los que responsabilizaba del “mucho retraso con que diariamente se reciben los correos”³⁰⁵. Los solícitos maestros, acostumbrados a soportar las invectivas de los viajeros, resistieron estoicamente³⁰⁶, pero no las tenían todas consigo, porque lo peor estaba por llegar.

Pronto, las sillas de postas se vieron asediadas por medios más pronto y capaces y menos elitistas. Al principio fueron las diligencias, que, desde la conclusión de la Guerra Civil vivieron su particular edad de oro³⁰⁷, y después llegaron el telégrafo³⁰⁸ y el

³⁰¹ Véase capítulo 1. *Eco del Comercio*, 11-7-1844.

³⁰² *El Espectador*, 25-6-1845.

³⁰³ *Gaceta de Madrid*, 22-7-1844.

³⁰⁴ QUINTO, Javier de: *Memoria razonada y estadística de la Administración General de Correos desde 14 de agosto de 1843 en que se encargó de su dirección D. Javier de Quinto hasta enero de 1847, presentada por el mismo al Excmo. Señor Ministro de la Gobernación del Reino*. Madrid, Imp. Nacional, 1847, p. 32.

³⁰⁵ *Gaceta de Madrid*, 23-10-1847.

³⁰⁶ En agosto de 1850, *La Patria* criticó la reforma del reglamento, que mantuvo la asignación de los maestros, próxima a los 30.000 reales, reduciendo de 16 a 11 las caballerías que se les obligaba a tener dispuestas para el relevo. Véase: *La Patria*, 2-8-1850 y 8-8-1850. En 1854, *El Clamor Público* se hizo eco de una denuncia de un periódico aragonés, que denunciaba los abusos de los maestros de Guadalajara y Zaragoza, por entretener los coches más tiempo del que estaba estipulado en el reglamento. *El Clamor Público*, 26-12-1854.

³⁰⁷ MADRAZO, Santos: *La edad de oro de las diligencias. Madrid y el tráfico de viajeros en España antes del ferrocarril*. Madrid, Nerea, 1991, pp. 29-64.

³⁰⁸ BAHAMONDE MAGRO, Ángel (dir.), MARTINEZ LORENTE, Gaspar y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: *Las comunicaciones en la construcción del Estado contemporáneo en España, 1700-1936. El Correo, el telégrafo y el teléfono*. Madrid, Ministerio de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente, 1993, p. 34.

ferrocarril³⁰⁹, que redujeron a la mínima expresión los tiempos y los costes de las comunicaciones³¹⁰. Contera asistió imperturbable a aquella revolución, y hasta firmó una suscripción para agradecer a la Reina y su Gobierno la elección de Guadalajara como sede de una estación de ferrocarril, tal vez convencido de que su oficio podría beneficiarse de la medida, que, sin duda, reforzó la posición estratégica de la ciudad³¹¹. Pero Contera probablemente desconocía que su oficio estaba viviendo las horas finales de una prolongada agonía, porque el servicio de Correos empezó a utilizar el ferrocarril, y buena parte de la información que se transmitía por correspondencia comenzó a ser difundida mediante el telégrafo. En 1862, por fin, Miguel Contera se deshizo de la casa de postas de Almadrones y vendió parte de su ganado, una docena de “caballerías mulares y caballares todas acostumbradas a tiros y algunas a labrar”, y una “burra muy bien cuadrada”³¹². No todo estaba perdido, porque a los Contera les quedaban las rentas de sus tierras, que permitieron al paterfamilias mantener su estatus en los últimos años de su paso por el mundo.

A su muerte, en 1864, el mayor de sus hijos varones, Casimiro, tomó las riendas de la casa y los negocios familiares. Permaneció soltero, como sus hermanos Antonio y Pascuala, mientras la otra hermana, Genara, se casó con Enrique Fluiters Fierro, nieto de uno de los vecinos de la familia en la plazuela de la Cotilla³¹³. El abintestato materno³¹⁴ y la sumisión de la familia a la autoridad de Casimiro, que impuso un estricto avunculado, contribuyeron a la conservación del patrimonio familiar, cuyo heredero universal, su sobrino Miguel, llegó a ser alcalde y jefe del romanonismo en la capital. Pero Casimiro no se conformó con gestionar la herencia paterna, lo que habría servido para que él y sus hermanos vivieran holgadamente, y se dedicó a la especulación de trigo, cebada y harina, logrando jugosos contratos con la factoría de provisiones del distrito militar de Castilla la Nueva para abastecer a los cuarteles de la ciudad³¹⁵. Pronto, sin embargo, comprendió que Guadalajara no era la ciudad de paso que había conocido su padre, sino un centro distribuidor de información, productos, capitales, servicios y personas, y formó con un vecino de la travesía una sociedad, dedicada al transporte de viajeros entre la capital y varios pueblos de la provincia.

El socio de Casimiro Contera, Antonio Sierra, había llegado a Guadalajara en 1858, procedente de un pueblo de la carretera de Aragón, Ariza. Su matrimonio con la hija del administrador de la empresa de diligencias, Manuela Durá, le abrió las puertas

³⁰⁹ GÓMEZ MENDOZA, Antonio: “Los transportes y el comercio interior en la España del siglo XIX”, en ANES, Gonzalo (ed.): *Historia económica de España: siglos XIX y XX*. Madrid, Galaxia Gutenberg, 1999, pp. 223-249; GÓMEZ MENDOZA, Antonio: *Ferrocarril, industria y mercado en la modernización de España*. Madrid, Espasa-Calpe, 1989, pp. 133-177.

³¹⁰ MEJÍA ASENSIO, Ángel: “Los primeros 75 años del ferrocarril en Guadalajara: su influencia en la industria y en el comercio”, *Wad-al-Hayara: revista de estudios de Guadalajara*, 1992, 19, pp. 193-210.

³¹¹ *Gaceta de Madrid*, 7-9-1853.

³¹² *BOPG*, 1-8-1862.

³¹³ *Flores y Abejas*, 27-1-1929.

³¹⁴ *BOPG*, 15-3-1875.

³¹⁵ *BOPG*, 3-10-1864, 24-12-1866 y 5-8-1870.

del negocio de los transportes. Establecido por su cuenta, se asoció con un ordinario y fundó una empresa de coches, *Moya y Sierra*, que realizaba el traslado de los viajeros desde la estación del ferrocarril a la Fonda de Santa Clara³¹⁶, la villa de Pastrana³¹⁷ y los célebres baños de La Isabela, en Sacedón³¹⁸. Disuelta la sociedad, Contera y Sierra crearon una empresa que tomó el nombre de los dos socios. Contera aportó a la sociedad el prestigio de su apellido, su larga experiencia en el sector y la protección de la red de relaciones que había tejido su padre, y evitó la decadencia de su familia, cuya posición se había visto amenazada por la revolución del vapor. Sierra, por su parte, vio convertida su modesta empresa en una de las más importantes de la ciudad y la provincia, logrando el reconocimiento social que le negaba su origen forastero. En pocos años, *Contera y Sierra* estableció un servicio permanente de coches a Cuenca, en el que empleaba 52 caballerías³¹⁹, rutas diarias desde la capital de la provincia a Pastrana, Sacedón, Alcocer y Almonacid de Zorita y hasta dos coches de Matillas a Trillo, en combinación con el ferrocarril, para trasladar a los huéspedes que acudían al balneario para disfrutar de sus salutíferas aguas³²⁰. Además, cualquier usuario podía contratar servicios especiales a casi todos los pueblos de la Alcarria y alojarse en la acreditada Fonda del Norte, que fue trasladada del viejo edificio de la plazuela de la Fábrica a otro más cómodo construido en un solar de la travesía³²¹, adquirido por Contera en una subasta de bienes nacionales³²². La empresa de coches proporcionó a sus propietarios una fortuna y la seguridad suficiente para emprender negocios de mayor altura.

Más que una sociedad capitalista, la compañía era una representación de la alianza entre dos paradigmáticos representantes de la elite que se fraguó al calor de la capitalidad. Casimiro Contera, descendiente de postillones y labradores modestos, pertenecía a la oligarquía formada en la ciudad como consecuencia de las oportunidades que ofrecía la presencia de la administración. La desaparición del servicio de postas le obligó a emprender una estrategia de reenclasmiento³²³, que le llevó a convertirse en uno de los mayores contribuyentes de la ciudad y de la provincia. En los noventa siguió recibiendo concesiones y contratos con la administración, como la limpieza municipal, de cuya gestión se encargó su hermano Antonio³²⁴. Al final de esa década, Casimiro intervino en negocios del sector financiero, aunque en muchos casos, vinculados a sus actividades

³¹⁶ AMGU-AS, 141596, 16-6-1864.

³¹⁷ BOPG, 8-11-1865.

³¹⁸ *La Correspondencia de España*, 11-6-1866.

³¹⁹ Contribución industrial de 1884.

³²⁰ Contribución industrial de 1891. BOPG, 21-9-1891. Sobre el balneario de Trillo y el turismo termal en la España del siglo XIX, véase: LARRÍNAGA, Carlos: "El turismo en la España del siglo XIX", *Historia Contemporánea*, 25 (2002), pp. 157-179; SÁNCHEZ FERRÉ, Josep: "Historia de los balnearios en España. Arquitectura. Patrimonio. Sociedad", en LÓPEZ GETA, Juan Antonio y PINUAGA ESPEJEL, J. L.: *Panorama actual de las aguas minerales y minero-medicinales en España*. Madrid, Instituto Geológico y Minero, 2000, pp. 213-230.

³²¹ DIGES ANTÓN, Juan: *Guía de Guadalajara...* (op. cit.), pp.

³²² GONZÁLEZ MARZO, Félix: *La Desamortización de Madoz...* (op. cit.), p. 208.

³²³ BOURDIEU, Pierre: "Enclasmiento, desclasmiento, reenclasmiento", en *Las estrategias de la reproducción social*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2011, pp. 135-182.

³²⁴ BOPG, 1-7-1891.

agrícolas. En 1899, fundó junto a varios exdiputados a Cortes y otros individuos de relumbré *La Protección de la Agricultura*, una compañía de seguros dirigida a los labradores de la ciudad³²⁵. La notoriedad que adquirió como empresario le permitió multiplicar la influencia recibida de su padre, ratificada al ser nombrado caballero de la Real y Distinguida Orden de Carlos III³²⁶ y prioste del Cabildo de Hacendados y Labradores, la todopoderosa asociación de propietarios agrícolas de la ciudad³²⁷. Y es que, a pesar de todo, Casimiro se sentía labrador, como su padre y su abuelo, y así lo expresaba en los empadronamientos. Declararse labrador, sin embargo, no representaba una mera forma de perpetuar la tradición familiar, sino un indicio del nuevo significado adquirido por aquel oficio inmemorial en la capital de una provincia agraria en la que la tierra había perdido parte de su valor cultural y emocional, en favor de su valor material, y su posesión se había convertido en un rasgo fundamental del habitus de la elite³²⁸.

Su conducta política también evolucionó desde presupuestos emocionales a fórmulas abstractas y aun desapasionadas, que reflejan la asimilación de un liberalismo utilitarista, dirigido a la conservación de su estatus más que a la expresión de los principios y valores en los que creía. En su juventud, Casimiro abrazó impetuosamente la causa del progreso, que le llevó a suscribir, al final del reinado isabelino, una protesta contra el Gobierno a cuenta de la represión practicada durante la Noche de San Daniel³²⁹. En 1888 volvió a estampar su firma para retratarse políticamente, esa vez en una propuesta de interventores presentada por Álvaro Figueroa, nieto de la vizcondesa de Irueste e hijo de los marqueses de Villamejor, sus vecinos de la plazuela de la Cotilla³³⁰. El candidato encarnaba la adaptación del viejo progresismo al nuevo ecosistema político y electoral de la Restauración, y Contera le prestó su apoyo. Fue su último contacto con la política formal, más allá de su participación como elector en todos los comicios que se celebraron hasta su muerte, ocurrida en mayo de 1900³³¹, casi tres meses después que la de su consocio³³². Para Contera, como para los de su clase, las elecciones parecían haberse convertido en un ritual, un instrumento al servicio de sus negocios, una vía para conservar su posición y obtener contratas con la Administración. Porque Casimiro Contera se sentía obligado a conservar el legado de sus padres, e incrementarlo, y por eso llevó una vida austera, trasunto de su utilitarismo.

Ello no le impidió desarrollar algunos gustos y prácticas burgueses, como la ópera, una afición que le permitió adquirir el capital simbólico³³³ del que adolecía su familia y

³²⁵ Flores y Abejas, 22-10-1899.

³²⁶ Gaceta de Madrid, 29-7-1883.

³²⁷ BOPG, 15-6-1888.

³²⁸ OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, GÓMEZ BRAVO, Gutmaro y CARMONA PASCUAL, Pablo: *La ciudad oculta...* (op. cit.).

³²⁹ La Soberanía Nacional, 29-4-1865.

³³⁰ AMGU-ED, 724, 1888.

³³¹ Flores y Abejas, 6-5-1900.

³³² Flores y Abejas, 25-2-1900.

³³³ BOURDIEU, Pierre: *La distinción: criterio y bases sociales del gusto*. Madrid, Taurus, 2012 [1979].

recorrer el mundo. En 1895, Contera acompañó en una gira por Italia a Andrés Antón³³⁴, un *bubillo*³³⁵ que había triunfado con *La Favorita* en *La Fenice*, llenaba los teatros de medio mundo cantando *Rigoletto*, *Aida* y *La Traviatta* y rivalizaba con el mismísimo Gayarre³³⁶. La música era una de las pocas distracciones de Casimiro, siempre ocupado en sus negocios, siempre pendiente del tiempo y de su reloj de bolsillo. Tal era el apego de Contera a aquel insignificante objeto que fue la pertenencia que primero echó en falta cuando supo que habían entrado a robar en su casa, una noche de marzo de 1898³³⁷. La afección de Contera por su reloj sugiere hasta qué punto había cambiado la forma de percibir y apreciar el tiempo de aquel antiguo postillón, que, en su juventud, recorría la travesía a lomos de su caballo con la misma cadencia que su padre mudaba los tiros, y en su madurez, se vio afectado por la vida nerviosa propia de la cultura moderna.

Casimiro Contera había heredado una posición prominente, casi como los habitantes de la Encimada de Vetusta, pero Antonio Sierra era un migrante rural hecho a sí mismo, que tuvo que conquistar su posición, como el magistral Fermín de Pas. A principios de los sesenta, Sierra aprovechó las bicocas que encontró en las subastas de bienes nacionales, en las que compró dos casas y 130 fanegas de tierra, situadas en Guadalajara capital y en el cercano pueblo de Tórtola, por más de 52.000 reales. Asegurada su posición y enriquecido gracias a la empresa de coches, se embarcó en los negocios más inverosímiles, seguramente movido más por el deseo de adquirir notoriedad que de engrosar su patrimonio. En 1868 pujó para arrendar el portazgo del Monasterio de Sopetrán, que obtuvo por 451 escudos³³⁸, y en 1869 adquirió acciones de *La Infalible*, una de las sociedades mineras que horadaron el subsuelo de la provincia, animadas por la fiebre argentífera desencadenada por el descubrimiento de las minas de Hiendelaencina en 1844³³⁹. Con el mismo espíritu que le llevó a arriesgar su capital para forjarse un nombre, Sierra emuló cuanto pudo a los miembros de su nueva clase en su comportamiento cotidiano, ya fuera empleando a un ama de cría para amamantar a la descendencia de su única hija, Rosario³⁴⁰, que pasando el verano retozando en las milagrosas aguas de las charcas de Mantiel³⁴¹.

³³⁴ Flores y Abejas, 24-11-1895.

³³⁵ Gentilicio con el que popularmente se conoce a los naturales del pueblo de Iriépal, próximo a la capital.

³³⁶ Andrés Antón (1853-1933) nació en una familia de labradores de Iriépal, estudió violín en el Real Conservatorio de Madrid y, pensionado por la Diputación Provincial de Guadalajara, estudió canto en Italia, donde triunfó en 1878. Sobre su trayectoria: *La Correspondencia Musical*, 9-4-1885; *La Hormiga de Oro*, 18-4-1885.

³³⁷ Flores y Abejas, 27-3-1898.

³³⁸ AHPGU-PTC, 3427/6.

³³⁹ La sociedad nació para explorar el subsuelo de Robledo, localidad del partido de Atienza situada a poca distancia de Hiendelaencina y La Bodera, donde también se explotaban yacimientos argentíferos. En 1874, Sierra aparecía en una lista de deudores de la sociedad, que fracasó en su propósito de encontrar plata. Véase *BOPG*, 13-3-1874.

³⁴⁰ *BOPG*, 2-9-1885.

³⁴¹ Las pozas de Mantiel eran tres o cuatro manantiales de agua sulfurosa muy apreciadas en la provincia, pues se les atribuían propiedades curativas sobre las afecciones cutáneas. A comienzos del siglo XX se prohibió el baño en la zona, y en la década de 1920, el Ayuntamiento de Mantiel construyó un balneario, que funcionó hasta la década de 1950, en que el embalse de Entrepeñas anegó el edificio. Sobre las aguas

A finales del ochocientos, con casi setenta años, a Antonio Sierra se le presentó la oportunidad de coronar su trayectoria de ascenso social con un puesto en el Ayuntamiento. En aquella ocasión, el riesgo fue mínimo, porque los liberales acordaron una candidatura de concentración con los republicanos que reproducía la gran coalición articulada el año anterior en torno al joven Álvaro Figueroa. Sierra se presentó por el cuarto distrito, donde no hubo lucha, lo que aseguraba su elección, aunque fue el candidato menos votado³⁴². Su aportación a la política municipal fue discreta, pero, al menos, le sirvió para fortalecer sus relaciones y obtener algunas prebendas, como la conducción de aguas para sus tierras, que no dudó en solicitar mientras era regidor, en 1891³⁴³ y 1892³⁴⁴. Su escaño lo impulsó a un destino más codiciado, el priostazgo del Cabildo de Hacendados, el mismo puesto que había desempeñado su socio algunos años antes y que volvió a desempeñar varios años después³⁴⁵.

El cargo que ambos ocuparon en el Cabildo refleja el agudo paralelismo entre los dos socios, que, a pesar de sus diferentes orígenes, debieron parte de su prosperidad a una misma fuente, la tierra. Ambos desarrollaron gustos burgueses, que les proporcionaron el capital simbólico necesario para afianzar su posición social y económica, constituyeron una sociedad capitalista dedicada al transporte de viajeros y turistas, se sirvieron de la política institucional para favorecer sus actividades empresariales y arriesgaron sus capitales en sectores dispares. Pero ninguna de sus actividades tuvo para ellos tanto valor como la propiedad agraria. No por azar, Miguel Contera se deshizo de sus casas de postas y se dedicó a labrar las tierras ganadas durante su vida, un camino en el que lo emuló el menor de sus hijos, Antonio, cuando murió su hermano y decidió traspasar la empresa de coches que había heredado de él. La propiedad de la tierra tuvo para todos ellos una importancia determinante en su reproducción social y económica, pues fue la salvación de los Contera tras la pérdida de la casa de postas, la base del enclasmiento de Sierra al llegar a la ciudad, la llave de la ciudadanía que ambos disfrutaron mientras estuvo en vigor el sufragio censitario y la base material y probablemente emocional de su identidad.

En las conductas de ambos se refleja la identidad de clase de la burguesía agraria hegemónica en las ciudades de Castilla. La trayectoria del Cabildo de Hacendados y Labradores, la organización que los agrupó, es sintomática de la cultura de clase de quienes detentaban la propiedad de la tierra de forma subsiguiente a su privatización. La organización remontaba sus orígenes, al menos, a 1559, momento en que los labradores de la ciudad redactaron las ordenanzas del “Cavildo (*sic*) de San Gregorio o Heredados”,

termes de Mantel, véanse: CONTRERAS, Bibiano: “Apuntes para una Memoria SOBRE HIDROGRAFÍA de LA PROVINCIA DE GUADALAJARA”, en ATIENZA, Román, CONTRERAS, Bibiano y PAREJA SERRADA, Antonio (pr.): *Memorial histórico arriacense* (vol. I). Guadalajara, Imp. Gutenberg, 1915, pp. 76-77; GARCÍA LOPEZ, Aurelio: *Los baños de Mantel: agua, higiene, salud y desarrollo industrial*. Guadalajara, Editores del Henares, 2000. Sobre la asistencia de Antonio Sierra a las charcas: *Flores y Abejas*, 4-9-1898.

³⁴² AMGUEC, 147800, 1889.

³⁴³ BOPG, 1-7-1891.

³⁴⁴ BOPG, 3-8-1892.

³⁴⁵ BOPG, 13-6-1894.

aprobadas por Real Provisión en 1595. Sus miembros se reunían en la parroquia de Santa María y celebraban anualmente una función y una procesión, tras la cual, era elegido el sacerdote y los diputados³⁴⁶. En el siglo XVIII, la asociación adquirió un renovado protagonismo, convirtiéndose en el brazo político de los labradores, grupo hegemónico del estado llano, y en un eficaz instrumento de presión ante el Concejo³⁴⁷. A finales del siglo XIX, el Cabildo de Heredados fue refundado y renombrado. La sustitución de la referencia hereditaria por una invocación a la propiedad revelaba un cambio en el valor adquirido por la posesión de la tierra, a la que ya no se accedía por derecho de herencia, sino por derecho de conquista.

Por el priostazgo pasaron, además de Contera y Sierra, el agente de negocios Fermín Sánchez³⁴⁸, el ingeniero militar retirado, banquero y arrendatario de la Compañía de Tabacos³⁴⁹, Clemente Alvira, que dimitió cinco días después de su nombramiento³⁵⁰ y, sobre todo, el médico y periodista Ángel Campos³⁵¹, que abrazó apasionadamente la causa del republicanismo y lo abandonó con idéntico ardor para pasarse a las filas romanistas, desde las que conquistó la alcaldía de la ciudad, en 1905. Un año antes, el Cabildo aprobó un nuevo reglamento, en cuyo prólogo, Campos plasmó la retórica agrarista, ruralista y antimoderna propia de su cultura de clase:

Hoy marchan las cosas por rumbos distintos. Ajenos y estraños (*sic*) a los rústicos cuidados y atenciones; prefiriendo las comodidades y molición de las grandes capitales, y repugnando de la tranquilidad y sencillez de las aldeas, sin más preocupaciones que malgastar alegremente las rentas o consumirlas en el culto a esa eterna prostituta que nunca será honrada y se llama política, hemos equivocado los linderos confundidos de la prosperidad y la ruina; entrando en los dominios de esta, hemos contribuido a la disminución de las cosechas y mezquindad de los rendimientos, uniéndose a estos desconciertos y errores de los agricultores esas calamidades y desventuras que en patología social, llevan el nombre de lujo y vanidad, criminalidad y pauperismo, guerras y motines, holganza y empleomanía, luchas entre el capital y el trabajo, caciquismo rural y urbano, huelgas y coacciones y otras perturbaciones de la fisiología colectiva, que son el pan nuestro de cada día, el síndrome de nuestra neurastenia que refleja su perniciosa influencia desde la colectividad al individuo, desde las entrañas del Estado, a los centros vitales de la Agricultura; que languidece, muere y se acaba, en estos tiempos de cultura, de libertad y progreso, según dicen algunos que se tienen por bien enterados, aunque otros opinen lo contrario³⁵².

³⁴⁶ MAYORAL MEDINA, Miguel: "Cosas de antaño", *Flores y Abejas*, 22-12-1895.

³⁴⁷ SALGADO OLMEDA, Félix: *Oligarquía urbana y gobierno...* (*op. cit.*), p. 97.

³⁴⁸ *BOPG*, 16-7-1886.

³⁴⁹ CALERO DELSO, Juan Pablo: "El ocaso de la burguesía republicana. Guadalajara (1891-1910)", *Wad-Al-Hayara*, 27 (2000), p. 54.

³⁵⁰ *Flores y Abejas*, 7-7-1901; *La Región*, 12-7-1901.

³⁵¹ *Flores y Abejas*, 5-7-1903.

³⁵² CAMPOS GARCÍA, Ángel: "Prólogo" a CABILDO DE HACENDADOS Y LABRADORES DE GUADALAJARA: *Cabildo de Hacendados y Labradores de Guadalajara Constitución y legislación (1575-1904)*. Guadalajara, Imp. La Región, 1904.

2.2. Comunitarismo rural e individualismo agrario

El valor adquirido por la tierra en la segunda mitad del siglo XIX refleja la mutación experimentada por la agricultura en el tránsito entre el Antiguo Régimen y la sociedad capitalista. La calificación de esa transformación como una “revolución agrícola” resulta algo equívoca, no ya porque el término revele un cómodo paralelismo con la Revolución industrial, sino porque las “metamorfosis rústicas” que tuvieron lugar en Europa a partir del siglo XVIII se gestaron, lenta y trabajosamente, durante los siglos precedentes. Marc Bloch, hace ya casi un siglo, caracterizó el fenómeno a partir de dos rasgos más o menos generales, la lucha contra las prácticas y obligaciones colectivas impulsada por los propios agricultores desde la Baja Edad Media y la difusión de técnicas de cultivo innovadoras, que tendían a reducir el barbecho e intensificar los rendimientos, aun a costa de abandonar las tierras menos rentables. Ambas dinámicas son indiciarias del primitivo desarrollo de un individualismo agrario, que, aunque no supuso la desaparición absoluta de la propiedad colectiva, creó el caldo de cultivo propicio para la privatización de muchas tierras comunales y abrió la puerta a fórmulas de tenencia individual de la tierra. Al propio tiempo, el fundador de *Annales*, advirtió la compleja naturaleza de un fenómeno de alcance global, o por lo menos, europeo, que adoptó un ritmo diferente en cada país y en cada región³⁵³.

La mutación fue muy profunda en Inglaterra y otros espacios del norte de Europa, donde los cercamientos y la rotación cuadrienal impulsaron una verdadera revolución verde³⁵⁴. Pero no se produjo de forma exclusiva en la Europa húmeda y superpoblada, ni pasó de largo por la Europa mediterránea. En España, y en Castilla, el mundo rural y los sistemas agropecuarios experimentaron también una transformación profunda, aunque su especialización cerealista, su creciente despoblamiento y el masivo empobrecimiento del campesinado propiciado por las desamortizaciones apuntaban a una regresión, que Nicolás Sánchez-Albornoz caracterizó bajo la forma de un “neoarcaísmo agrario”, resultante de un capitalismo que, “en lugar de inducir su industrialización y modernización, reforzó su agrarismo inveterado, tornándolo incluso más elemental”³⁵⁵. La interpretación de Sánchez-Albornoz tenía claros precedentes en la tesis defendida por autores como Jordi Nadal, que, al tratar de aplicar al caso español el modelo explicativo acuñado por Paul Bairoch acerca de la relación entre cambio agrario y Revolución Industrial³⁵⁶, atribuyó el “fracaso” de la industrialización española a la incapacidad del sector primario en general, y del sistema agrario castellano moldeado por las desamortizaciones en particular, de generar capitales que impulsaran el despegue

³⁵³ BLOCH, Marc: *La historia rural francesa: caracteres originales*. Barcelona, Crítica, 1978, pp. 463-464.

³⁵⁴ ALLEN, Robert C.: *Revolución en los campos: la reinterpretación de la revolución agraria inglesa*. Zaragoza, PUZ, 2004.

³⁵⁵ SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Nicolás: “Castilla. El neoarcaísmo agrario, 1830-1930”, en SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Nicolás (comp.): *La modernización económica de España, 1830-1930*. Madrid, Alianza, 1985, pp. 287-298.

³⁵⁶ BAIROCH, Paul: “Agriculture and Industrial Revolution, 1700-1914”, en *The Fontana Economic History of Europe (3): The Industrial Revolution*. Londres, Fontana Books, 1973, pp. 452-506;

fabril³⁵⁷. En efecto, el marco institucional creó condiciones poco favorables para el desarrollo agrícola –y el caso de la provincia de Guadalajara, como se verá, no fue una excepción–, pero las interpretaciones enraizadas en el marco teórico de la modernización y la confianza en el crecimiento ilimitado contribuyeron a crear la imagen de una Castilla refractaria al cambio, ruralizada y agrarizada, sin atender a los factores de naturaleza ecológica, demográfica, infraestructural e institucional que marcaron el particular rumbo de transformación de la economía castellana.

Aunque en las décadas posteriores no faltaron quienes abonaron esta tesis³⁵⁸, desde la historia económica y, sobre todo, desde la historia agraria, diversos autores cuestionaron ampliamente la imagen del atraso agrario castellano. Uno de los primeros críticos fue Gabriel Tortella, que trató de explicar el crecimiento de la economía española en el siglo XIX y el primer tercio del XX desde un enfoque transnacional. Para Tortella, el desorden fiscal y presupuestario y las limitaciones ecológicas –climáticas, orográficas y edafológicas– comunes a Italia, Portugal y España revelaban el funcionamiento de un “modelo latino de desarrollo”, capaz de explicar el diferente ritmo de crecimiento de esas tres economías con respecto a los casos británico, francés y alemán. Así, Tortella concluyó que “la falta de progreso de la agricultura española fue (...) uno de los principales obstáculos a la modernización económica del país”, pero también que “la geografía y la cultura se han reforzado mutuamente como obstáculos a la modernización desde el siglo XVII hasta el XX”³⁵⁹. La opinión de Tortella, a pesar de ser deudora del rígido modelo establecido por Bairoch, sentó las bases de una interpretación más equilibrada, atenta a las realidades locales y a los esfuerzos realizados por los agricultores para adaptarse a unas condiciones físicas poco favorables al incremento de la productividad agraria.

El paradigma ecológico adquirió relevancia a partir de la publicación de *El pozo de todos los males*, donde algunos de los historiadores que habían liderado la renovación de la historia agraria en los setenta y ochenta³⁶⁰, hicieron un balance algo más equilibrado de la trayectoria de la agricultura española decimonónica, que partía de una crítica a las

³⁵⁷ NADAL, Jordi: *El fracaso de la Revolución industrial en España, 1814-1913*. Barcelona, Ariel, 1975.

³⁵⁸ Sobre todos ellos destaca SIMPSON, James: *La agricultura española (1765-1965): la larga siesta*. Madrid, Alianza, 1997. También, aunque más matizadamente respecto a sus primeros trabajos: RINGROSE, David R.: *España, 1700-1900: el mito del fracaso*. Madrid, Alianza, 1996. Respecto al caso castellano-manchego, un ejemplo de la persistencia del modelo “nearcaísta”, en TRIGUERO CANO, Ángela: “La persistencia del subdesarrollo agrario”, en PARDO, Miguel R. (coord.): *Historia económica de Castilla-La Mancha*. Madrid, Celeste, 2000, pp. 83-115.

³⁵⁹ TORTELLA CASARES, Gabriel: *El desarrollo de la España contemporánea: historia económica de los siglos XIX y XX*. Madrid, Alianza, 1994, pp. 6-10.

³⁶⁰ Sobre la trayectoria de la moderna historia agraria en España, véase: SOTO FERNÁNDEZ, David y LANA BERASAIN, José Miguel: “La historia agraria contemporánea española en el claroscuro”, *Documentos de trabajo de la Sociedad Española de Historia Agraria*, n. 1.803 (septiembre de 2018). Disponible en: https://www.researchgate.net/publication/327631182_LA_HISTORIA_AGRARIA_CONTEMPORANEA_EN_CLAROSCURO.

tesis sostenidas por la que calificaron como “historiografía del atraso”³⁶¹, al considerar que su interpretación resultaba simplificadora o, al menos, insuficiente, ya que atendía más a los resultados de la reforma agraria liberal que a sus pretensiones, y a los cambios institucionales que a las estrategias que los labradores y los campesinos desplegaron para adaptarse a los cambios operados en el sistema agrario como consecuencia de la privatización de la propiedad señorial y comunal. Desde un enfoque más próximo al análisis social y cultural del mundo rural que al econométrico, estos historiadores concluyeron que el débil crecimiento de la productividad agraria durante el ochocientos se debió principalmente a “la combinación de un capitalismo muy desigual y fuertes restricciones ambientales”³⁶². Pese a ello, el campo español logró satisfacer la demanda en un mercado nacional crecientemente integrado, aunque marcado por una baja densidad de población.

Este modelo explicativo ha sido confirmado y desarrollado por diversos estudios regionales referidos al caso castellano, que han subrayado las excepcionales limitaciones ambientales de un territorio marcado por la elevada altitud media, el desfavorable régimen hídrico, la pobreza de los suelos y su deficiente capacidad de drenaje, así como las fuertes limitaciones institucionales, ya en la etapa precapitalista, como la tardía ocupación del territorio y la protección de los usos ganaderos del suelo en detrimento de la agricultura, ya como consecuencia de la reforma agraria liberal, cuyo resultado fue una intensa privatización de la tierra merced a los procesos desamortizadores y a una política proteccionista que favoreció la especialización cerealista, con la salvedad del viñedo en la Mancha³⁶³. La provincia de Guadalajara, situada fuera del dominio manchego, representa una particularidad dentro del modelo meridional al que la actual Castilla-La Mancha pertenece, aunque cumple la mayor parte de esos parámetros, excepción hecha la vid, que redujo su extensión drásticamente a lo largo del siglo XIX, fruto de la especialización cerealística de la mayor parte del territorio provincial y de la invasión de filoxera en la década de 1860.

³⁶¹ PUJOL, Josep: “La historiografía del atraso o el atraso de la historiografía”, en PUJOL, Josep (coord.): *El pozo...* (op. cit.), pp. 13-42.

³⁶² PUJOL, Josep (coord.): *El pozo de todos los males: sobre el atraso de la agricultura española contemporánea*. Barcelona, Crítica, 2001, p.

³⁶³ DEL VALLE CALZADO, Ángel Ramón: “Crecimiento agrario y desigualdad social, 1800-1930”, en DEL VALLE CALZADO, Ángel Ramón (coord.): *Historia agraria de Castilla-La Mancha, siglos XIX-XXI*. Ciudad Real, Almud, 2010; DOBADO, Rafael: “Una aproximación a la historia económica contemporánea de Castilla-La Mancha”, en PALACIO MORENA, Juan Ignacio: *Estructura económica de Castilla-La Mancha*. Ciudad Real, Almud, 2002, pp. 15-48; DOBADO, Rafael y LÓPEZ GARCÍA, Santiago: “Del vasto territorio y la escasez de hombres: la economía de castilla-La Mancha en el largo plazo”, en GERMÁN, Luis G., LLOPIS, Enrique, MALUQUER DE MOTES, Jordi y ZAPATA, Santiago: *Historia económica regional de España. Siglos XIX y XX*. Barcelona, Crítica, 2001, pp. 238-270; SÁNCHEZ, Isidro: “Rasgos que configuran en presente: estructura económica y social”, en SÁNCHEZ, Isidro: *Castilla-La Mancha contemporánea, 1800-1975*. Madrid, Celeste, 1998, pp. 41-66; GALLEGO, Domingo: “Pautas regionales del cambio técnico en el sector agrario español (1900-1930)”, *Cuadernos Aragoneses de Economía*, 3, 3 (1993), pp. 241-276.

Figura 2.1. Partidos judiciales (1834-1965) y comarcas de la provincia de Guadalajara



Fuente: Elaboración propia.

Sin embargo, en la provincia de Guadalajara se dio una compleja interacción de situaciones, producto de la disparidad ecológica y cultural de sus cuatro comarcas, emparentadas fundamentalmente por su climatología de rigurosos y prolongados inviernos y por la deficiente calidad agrícola de los suelos, mayoritariamente inceptisoles del grupo *xerochrept*, cuya escasa fertilidad obedece a su bajo contenido en materia orgánica, su acidez y su incapacidad para retener la humedad en verano³⁶⁴. En la Serranía, una franja de tierras comprendida entre las vertientes meridionales de las sierras de Somosierra, Ayllón y Pela y el curso del río Henares, la elevada altitud media, superior en muchos casos a los 2.000 metros, su clima, más húmedo que en el resto de la provincia, y la existencia de densas masas boscosas, incluso de especies caducifolias en el noroeste, favorecieron el desarrollo de una economía típica de zonas de media montaña, basada en la ganadería bovina y lanar, el aprovechamiento forestal y la agricultura de cereal. Desde

³⁶⁴ FERNÁNDEZ, Jesús (dir.): *Caracterización de las comarcas agrarias de España (tomo 21): provincia de Guadalajara*. Madrid, Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente, 2012, pp. 108-131.

su temprana repoblación –probablemente en el siglo XII–, los habitantes de la comarca se agruparon mayoritariamente en pequeños núcleos, que, salvo en las poblaciones en torno a las que se formaron Comunidades de Villa y Tierra, como Atienza, Tamajón, Cogolludo o Jadraque, y en la episcopal Sigüenza, rara vez superaron los 500 habitantes.

Desde la Baja Edad Media, las roturaciones, el carboneo y el pastoreo redujeron la extensión de los hayedos, los encinares y los robledales –como los descritos en el *Poema de Mio Cid*³⁶⁵–, pero los montes y las dehesas boyales siguieron siendo una importante fuente de recursos para los comarcanos. Los ganaderos presionaron a los Concejos para que les permitieran ejercer un uso privativo de la tierra, pero los Comunes resistieron, y aunque algunas tierras concejiles fueron enajenadas, la lucha por su control fue menos pugnaz que en otras zonas de la provincia³⁶⁶. Según se desprende de las Respuestas Generales del Catastro de Ensenada, las enajenaciones afectaron, sobre todo, a algunas tierras de labor, mientras los montes y dehesas continuaron siendo de uso comunal. Era el caso de Miedes, población cercana a Atienza que llegó a ser cabecera de su partido entre 1834 y 1835, donde “las dehesas llamadas de la Responda y Torrubia (...) sirven para pastos de ganados de la labor de vecinos”, mientras “las tierras de sembradura y prados de dallo se hallan arrendados a vecinos de esta villa”³⁶⁷. En otros pueblos de reducido vecindario, la propiedad comunal conservó mayor importancia. Los informantes del propio Robledo de Corpes, por ejemplo, señalaban que el pueblo, “por lo respectivo a Monte y Dehesa, no tiene experiencia (*sic*) de su producto anual respecto de refundirse su utilidad entre los mismos vecinos”³⁶⁸, mientras en Somolinos, sus bienes de propios –con la excepción de un censo al quitar– y el molino harinero que compartía con los concejos de Condemios de Arriba y de Abajo, seguían siendo aprovechados “privativamente [por] los vecinos del Común de ellos sin pagarle cosa alguna”³⁶⁹.

La relevancia de la propiedad comunal no era exclusiva de las zonas montañosas de la comarca. En el entorno de Sigüenza, donde la producción agropecuaria diversificada tradicional había sido reemplazada por un sistema agropecuario que complementaba la agricultura de cereal y la ganadería lanar, el aprovechamiento colectivo de los bienes de propios y el fuerte sentido comunitario que lo sustentaba seguían conservando parte de su vigencia. Mandayona, en el límite con la Alcarria, ejemplifica la combinación de ambas dinámicas. En el pueblo, donde las huertas y hasta los árboles frutales habían

³⁶⁵ En el Cantar III se relata la afrenta de Corpes, topónimo alusivo a una localidad del partido de Cogolludo. En los versos 2.697 y 2.698, se lee: “Entrados fon los yfantes al Robredo de Corpes, / Los montes fon altos, las ramas puian con las nues”. ANÓNIMO; MENÉNDEZ PIDAL, Ramón (ed.): *Poema de Mio Cid*. Valencia, Tipografía Moderna, 1961, p. 88.

³⁶⁶ LÓPEZ GÓMEZ, Antonio: “Los bosques de la serranía de Atienza en el siglo XVIII”, *Wad-al-Hayara*, 7 (1980), pp. 369-377.

³⁶⁷ PARES, AGS, CE, RG, Leg. 311. Provincia de Guadalajara: Miedes (1752), f. 533 r.

³⁶⁸ Portal de Archivos Españoles (PARES), Archivo General de Simancas (AGS), Catastro de Ensenada (CE), Respuestas Generales (RG), Leg. 313. Provincia de Guadalajara: Robledo de Corpes (1752), f. 240 r.

³⁶⁹ PARES, AGS, CE, RG, Leg. 313. Provincia de Guadalajara: Somolinos (1752), f. 790 r.

desaparecido casi por completo por la expansión cerealista³⁷⁰, los vecinos habían transformado la dehesa boyal en una zona de pasto para el ganado lanar, “por cuya razón no pagan cosa alguna”. Los montes de la localidad, por el contrario, seguían sujetos a prácticas consuetudinarias, como ocurría con un chaparral que se cortaba cada veinte años. El sentido comunitario del vecindario quedaba patente en la existencia de una “casa de consejo” que se destinaba a celebrar “las fiestas que ocurren y su cámara para tener los granos del pósito”³⁷¹.

El peso de la costumbre determinaba una estricta regulación de la propiedad comunal en casos como el de Anguita, lugar perteneciente al Ducado de Medinaceli. En la localidad, los pastos y dehesas de propios tenían regulado su uso e, incluso, acotado su contorno, ya para el pasto de los animales de labor o de renta, ya para la obtención de bellotas con las que se alimentaba el ganado de cerda, ya para la dalla de hierbas que se repartía entre todos los vecinos. La localidad contaba, además, con tierras pertenecientes a la comunidad de pastos del Ducado, con pinares y carrascales, entre otras especies, y con “tierra inculta por naturaleza cuyo pasto es común”, que representaba la mitad de sus 12.000 fanegas de superficie. La conservación de la propiedad comunal garantizaba una estructura social equilibrada, donde más de la mitad de los vecinos eran labradores propietarios (56 de 106), por solo dos jornaleros. La mayoría de ellos se ocupaba en la agricultura de cereal de secano y ganadería lanar (3.400 cabezas), aunque en ese caso, la economía se presentaba más diversificada, pues también se practicaba el regadío en tierras que producían hasta dos cosechas anuales (cáñamo y nabos), la ganadería vacuna (200 cabezas), caprina (400) y de otras especies y la producción textil de los batanes y telares de la localidad, que surtían a otros pueblos de la comarca³⁷².

En la Serranía, además, se desarrolló una activa minería salina, en varios pueblos del valle del río Salado, como Imón, La Olmeda de Jadraque o Riba de Santiuste³⁷³, y se articuló una red comercial nucleada en torno a localidades como Atienza, Jadraque, Cogolludo y, sobre todo, Sigüenza. La ciudad debía su importancia jerárquica a su condición episcopal, que le permitía extender su influencia sobre los pueblos de sus más de 400 parroquias, especialmente sobre la treintena de lugares de su jurisdicción señorial. En 1796, el obispo Juan Díaz de la Guerra renunció a tal jurisdicción en favor de la Corona³⁷⁴, pero Sigüenza siguió ejerciendo una destacada influencia cultural y política sobre un vasto hinterland, que se extendía a las comarcas limítrofes y los arciprestazgos

³⁷⁰ PONZ, Antonio: *Viage (sic) de España...* (*op. cit.*), tomo XIII, pp. 8 y 38.

³⁷¹ PARES, AGS, CE, RG, Leg. 311. Provincia de Guadalajara: Mandayona (1752), f. 533 r.

³⁷² En las Respuestas Generales del Catastro de Ensenada se indica que “la yerba que se dalla se reparte entre los vecinos y la dehesa de pasto solo sirve y está destinada para pasto privativo de los ganados de la labor de este pueblo”. PARES, AGS, CE, RG, Leg. 567. Provincia de Soria: Anguita (1752), f. 207 r. Sobre la producción textil: SERRANO COPETE, Javier: *Una historia de Anguita: el pueblo y su entorno*. Guadalajara, Aache, 2008.

³⁷³ MEDINA DEL CERRO, Leopoldo: “Las salinas de Guadalajara”, *Cuadernos de etnología de Guadalajara*, 34 (2002), pp. 221-236.

³⁷⁴ BLÁZQUEZ GARBAJOSA, Adrián: “Sigüenza: una ciudad de señorío episcopal en la Edad Moderna. Instituciones, demografía, economía”, *Studia Historica. Historia Moderna*, 5 (1987), pp. 199-218.

de su provincia eclesiástica, entre los que se encontraban las tierras de Cifuentes y Molina, en la actual provincia de Guadalajara, Medinaceli, Berlanga de Duero y Almazán, en Soria, Ayllón, en Segovia, y Ariza, en Zaragoza³⁷⁵. Merced a este hecho y a su ubicación estratégica, la ciudad siguió centralizando un activo comercio de cereales panificables, maderas y pescados secos. La manufactura textil, instalada a finales del siglo XVII, alcanzó un desarrollo notable a finales del XVIII, gracias al impulso del propio Díaz de la Guerra, que fundó una fábrica de paños, hilazas y bayetas en el Hospicio de su dependencia³⁷⁶. La ciudad, además, conservaba su función cultural y educativa, en tanto que sede de una Universidad que se mantuvo abierta hasta principios del siglo XIX³⁷⁷.

Figura 2.2. Mapa del Obispado de Sigüenza (c. 1781)



Fuente: Real Academia de la Historia.

³⁷⁵ DE TERÁN, Manuel: “Sigüenza. Estudio de Geografía urbana”, en *Ciudades españolas: estudios de Geografía urbana*. Madrid, Real Academia de la Historia, 2004, pp. 115-136.

³⁷⁶ MINGUELLA ARNEDO, Toribio: *Historia de la diócesis de Sigüenza y sus obispos* (Tomo III). Madrid, Tip. Revista de Archivos Bibliotecas y Museos; Sigüenza, Box, 1910-1913, pp. 191-193.

³⁷⁷ ALONSO MARAÑÓN, Pedro Manuel: “El modelo organizativo de la primera universidad de América: Salamanca, Sigüenza y Alcalá en Santo Domingo”, en RODRÍGUEZ SAN PEDRO, Luis Enrique: *Las universidades hispánicas. De la monarquía de los Austrias al centralismo liberal. Actas del V Congreso Internacional sobre Historia de las Universidades Hispánicas (Salamanca, 1998)* (vol. 1). Salamanca, Universidad de Salamanca, 2000, pp. 39-60.

La economía de base ganadera, forestal y agrícola de la zona alta de la Serranía se dio también en el Señorío de Molina, una extensa paramera delimitada por las sierras del Sistema Ibérico, al norte y el este, y por el valle del Tajo, al sur y el suroeste. Su clima, marcado por un prolongado período de ocho meses de heladas —más que en la Serranía—, y un corto verano con temperaturas medias que raramente superan los 30° C, impuso fuertes restricciones a la agricultura y al poblamiento, cuya baja densidad ha valido a la región y las colindantes el apelativo de la Siberia española³⁷⁸. En el Señorío molinés, sin embargo, existe una mayor variedad edafológica y biogeográfica, pues, además del *xerochrept* dominante en otras zonas, en el sur de la comarca se dan los suelos de los grupos *cryochrept*, en los que proliferan las masas boscosas de coníferas, y *ustochrept*, aptos para el pasto³⁷⁹. La comarca fue señorío jurisdiccional de los Lara, hasta que el matrimonio de María de Molina con Sancho IV supuso su incorporación efectiva a la Corona de Castilla³⁸⁰. Este hecho, a pesar de la relativa heterogeneidad ecológica, dotó al territorio de una marcada identidad política y cultural desde la Edad Media³⁸¹.

En el Señorío, los bienes comunales constituían una importante fuente de recursos para los vecinos, porque a los propios de los Ayuntamientos se sumaban los de la Comunidad de la Tierra de Molina, heredera de la Comunidad de Villa y Tierra que se formó en el confín oriental de la Extremadura castellana frontero con el Reino de Aragón³⁸². Esos bienes, principalmente montes y pastos, constituían hasta el 75 % de la superficie de localidades como Chequilla. A mediados del siglo XVIII, aunque en muchos pueblos se habían arrendado parte de los propios, seguían explotándose por los vecinos de toda la comarca los montes, las dehesas, los pastos y las aguas del Común de la Tierra, pues, como indicaban los vecinos de Rillo de Gallo en las Respuestas generales del Catastro, “participan los unos en los términos de los otros y los otros en los de los otros”³⁸³. En primavera, los pastos se cerraban a los ganaderos de otros pueblos “para que los ganados de la labor a la salida del invierno hallen en que convalecerse de la esterilidad y flaqueza que les causó aquel”³⁸⁴, y en verano, durante las Siete Semanas que van de San

³⁷⁸ DEL MOLINO, Sergio: *La España vacía...* (op. cit.).

³⁷⁹ FERNÁNDEZ, Jesús (dir.): *Caracterización de las comarcas...* (op. cit.), pp. 87-107.

³⁸⁰ SOLER PÉREZ, Francisco: *Los comunes de villa y tierra y especialmente el del Señorío de Molina de Aragón: otras instituciones de derecho consuetudinario y economía popular de la misma comarca*. Madrid, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, 1921, pp.

³⁸¹ La resistencia ante la implantación del modelo capitalista evidencia el funcionamiento de una marcada identidad comarcal. La identidad del Señorío se recoge explícitamente en el Estatuto de Autonomía de Castilla-La Mancha, que, en su articulado reconoce “el hecho de comunidades supramunicipales, tales como las de Villa y Tierra, el Señorío de Molina y análogas”. En 2012 surgió un movimiento ciudadano, “La Otra Guadalajara”, que reivindica una mejora de las infraestructuras y los servicios públicos en la comarca. Sobre la continuidad de la Comunidad de la Tierra de Molina y la identidad de la comarca, véase: SANZ MARTÍNEZ, Diego: *El patrimonio cultural y la identidad como factores de desarrollo de la sociedad rural. Prospección de recursos para un turismo cultural en el Señorío de Molina de Aragón (Guadalajara)* (Tesis doctoral). Madrid, Universidad Complutense, 2015, p. 59. Disponible en: <https://eprints.ucm.es/29403/1/T35939.pdf>.

³⁸² ABÁNADES, Claro: *El Real Señorío Molinés: compendio de su historia*. Madrid, Molina de Aragón, Malvar, Ayuntamiento de Molina de Aragón, 1966, p. 19.

³⁸³ Cit. en SANZ MARTÍNEZ, Diego: *El patrimonio...* (op. cit.), p. 263.

³⁸⁴ PARES, AGS, CE, RG. Provincia de Cuenca: Rillo (1753), f. 433 v.-434 r.

Juan a la Virgen de Agosto, los bienes del Común volvían a cerrarse, permitiéndose su arrendamiento.

Estas prácticas, que conjugaban el espíritu conservacionista de los habitantes de la comarca y su incipiente sentido de la propiedad privada de tipo individualista, no supuso la quiebra de su arraigada conciencia de la propiedad colectiva, como expresaban los vecinos de Villed de Mesa en las Respuestas Generales, al recordar que la dehesa boyal de sus propios había sido “ganada en contradictorio juicio con el Señor Marqués de esta Villa”, con el que, además, se repartían las aguas del río Mesa, varios montes y dehesas y el horno de poya³⁸⁵. Aunque el monte vio reducido su espacio por las roturaciones para el labrantío (cereal de secano, vid) y el adehesamiento, la explotación forestal alcanzó en el Señorío una relevancia mayor que en otras zonas de la provincia, hasta bien entrado el siglo XX, incluso a pesar de las medidas desamortizadoras, de las que quedaron excluidos muchos montes de la comarca. Así, en el área del Alto Tajo, al sur del Señorío, subsistió un oficio tradicional, el de los gancheros, que conducían maderadas de pino a lo largo del río y varios afluentes de su cabecera, como mostraron José Luis Sampedro en *El río que nos lleva* y Antonio del Real en la adaptación cinematográfica de la novela³⁸⁶.

Otro ejemplo del aprovechamiento que los habitantes de la comarca molinesa hicieron de sus recursos naturales es el de la minería, especialmente de hierro, como se refleja en la toponimia de Sierra Menera, donde se ubican la mayor parte de yacimientos férricos. A los criaderos de Setiles y Tordesilos, explotados desde la época celtibérica, se sumaron en la Baja Edad Media los de Checa, Molina, Orea, Pardos, Peralejos y El Pobo, y probablemente ya entonces, los de Herrería y Rueda. En el entorno de las minas se crearon ferrerías, en Checa, Chequilla, Megina y Peralejos, documentadas desde principios del siglo XVI, y en Corduente, desde principios del XVII. En las inmediaciones de esa localidad, la Corona estableció una fábrica de artillería para abastecer al ejército durante la guerra de 1640, que subsistió hasta finales de la centuria. Además de las ferrerías también funcionó una fábrica de vidrio en El Pajarejo, caserío próximo a Orea, hoy desaparecido³⁸⁷. En el siglo XIX, la actividad minera del Señorío decayó progresivamente, aunque en Setiles y la vecina localidad turolense de Ojos Negros, donde la producción se destinaban al consumo local, continuó la actividad extractiva, tras la constitución de una sociedad impulsada por los empresarios vizcaínos Ramón de la Sota y Eduardo Aznar para explotar el yacimiento de Sierra Menera, que se mantuvo hasta 1987³⁸⁸.

³⁸⁵ PARES, AGS, CE, RG. Provincia de Cuenca: Villed (1753), f. 157 v.

³⁸⁶ Las maderadas atravesaban varios pueblos de la cabecera del Tajo, el Guadiela o el Escabas, como Alcantud, Cañamares, Priego, Cañizares y Poyatos, en la provincia de Cuenca, y Peralejos de las Truchas, Poveda de la Sierra, Taravilla, Peñalén y Zaorejas, en Guadalajara. Es en ese municipio del antiguo partido de Cifuentes donde transcurre se inicia la acción de la novela, cuya trama evoluciona siguiendo el curso del río, hasta Aranjuez. Véase: SAMPEDRO, José Luis: *El río que nos lleva*. Madrid, Alfaguara, 1991.

³⁸⁷ SANZ MARTÍNEZ, Diego: *El patrimonio cultural...* (op. cit.), pp. 468-469; 327-328.

³⁸⁸ El empresario Ramón de la Sota, dirigente de la sociedad Euskalerría, fue un destacado dirigente del Partido Nacionalista Vasco. Sobre su actividad empresarial en Sierra Menera, véase: TORRES

El comunitarismo rural de la Serranía y el Señorío de Molina se desdibujaba en la Alcarria, una vasta llanura de páramos calizos, suelos pobres y ácidos de tipo *xerochrept* y condiciones climáticas algo más benévolas que las de aquellas, pues, aunque los veranos son más secos, los inviernos son menos rigurosos³⁸⁹. Hasta la reestructuración administrativa de 1965, el territorio alcarreño se repartía entre los partidos de Brihuega, Cifuentes, Pastrana, Sacedón y Guadalajara, donde las localidades de Horche, Lupiana, Iriépal, Taracena, Centenera, Tórtola, Yebes y la propia capital provincial forman parte del dominio ecológico y cultural alcarreño, y el resto de pueblos, al de la Campiña. La población, concentrada en núcleos de mayor entidad que en el norte y el este de la provincia³⁹⁰, se dedicó tradicionalmente a una agricultura diversificada de cereales, vid y olivo, con huertas y regadíos en las vegas de los ríos Tajuña (Brihuega, Valdesaz y Masegoso), Tajo (Trillo) y Cifuentes (Cifuentes, Gárgoles de Arriba y de Abajo) y una ganadería mayoritariamente orientada al abastecimiento de la industria lanera. La extensión destinada a la vid y el olivo, sin embargo, fue mayor que la dedicada al cereal en algunos puntos, como advirtió Antonio Ponz en su desplazamiento desde Hita hasta Baides, al constatar que “todo, o lo más de él, está cultivado de viñas y olivares”³⁹¹.

El sistema de repoblación concejil empleado tras la conquista cristiana sentó las bases del abrumador predominio de la pequeña propiedad, mientras los bienes de propios –fórmula mayoritaria en toda la provincia, y en especial en la Alcarria– constituyeron una importante fuente de recursos complementarios, que mantuvo su vigencia en algunos lugares hasta mediados del siglo XIX, a pesar de que las enajenaciones fueron frecuentes a lo largo de todo el Antiguo Régimen. El Común de las Trece Villas del partido de Pastrana, institución heredera del Común de Zorita³⁹², es uno de los ejemplos de pervivencia del uso comunal de la tierra en vísperas de la desamortización general, a pesar de que había sido sucesivamente señorío de realengo, y después, de los príncipes de Éboli y duques de Pastrana, la Orden de Calatrava y los duques del Infantado. Sus 10.193 fanegas de tierra, incluso las destinadas al cultivo de cereal, vid y olivo, seguían siendo “de libre y común aprovechamiento” para los vecinos de la cabecera del partido y otras doce poblaciones aledañas a mediados del siglo XVIII³⁹³. A mediados del XIX, el Común conservaba la misma extensión, y sus bienes formaban una “mancomunidad de pastos y derecho a roturar y poner en cultivo”, aunque solo una tercera parte se hallaba cultivada,

VILLANUEVA, Eugenio: *Ramón de la Sota (1857-1936): un empresario vasco*. Madrid, LID, 1998, pp. 137-143.

³⁸⁹ FERNÁNDEZ, Jesús (dir.): *Caracterización de las comarcas...* (*op. cit.*), pp. 23-61.

³⁹⁰ CAMACHO CABELLO, José: *La población de Castilla-La Mancha, siglos XIX y XX*. Toledo, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 1999, p. 18.

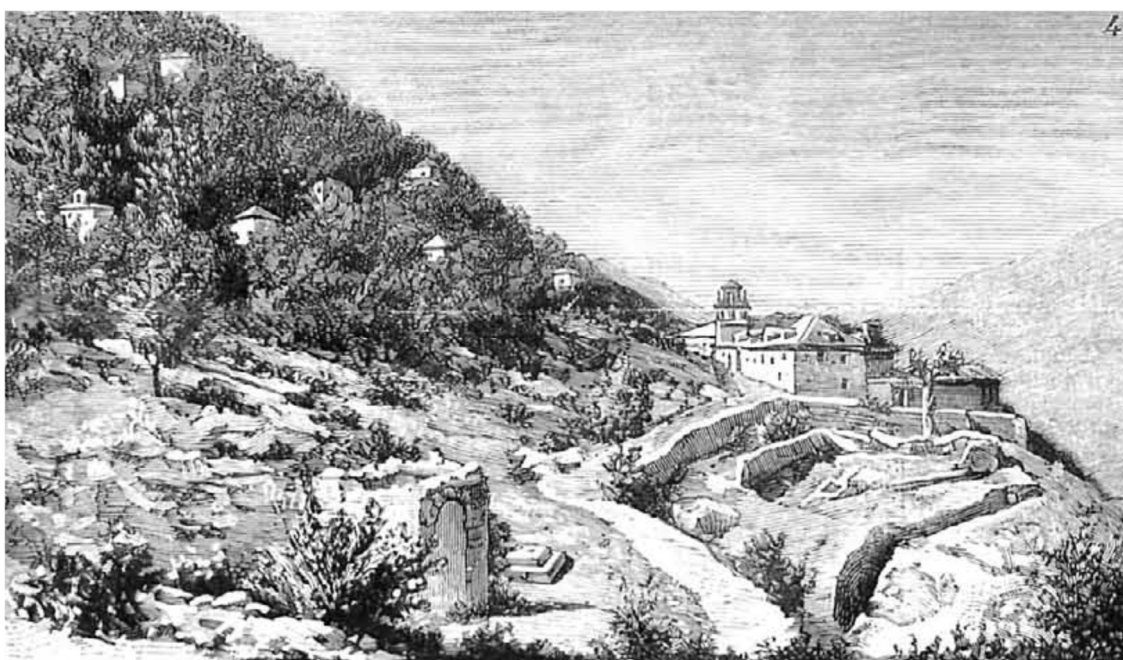
³⁹¹ PONZ, Antonio: *Viage de España...* (*op. cit.*), tomo XIII, p. 5.

³⁹² FERNÁNDEZ IZQUIERDO, Francisco: “El común de Zorita, Adegañas y Encomienda del Collado. Una tierra sin villa en el territorio alcarreño de la Orden de Calatrava”, en ARANDA, Francisco José (coord.): *El mundo rural en la España moderna: actas de la VII Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna*. Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2004, p. 1.024.

³⁹³ En el siglo XIX, además de Pastrana, formaban la comunidad los pueblos de Albalate, Alhóndiga, Almonacid, Escariche, Fuentelencina, Fuentenovilla, Hontoba, Illana, Moratilla, Peñalver, Valdeconcha, Yebra y Zorita. PARES, AGS, CE, RG. Provincia de Madrid: Común de las Once Villas (1752), f. 142 r.

mayoritariamente de trigo y vid³⁹⁴. Dentro de su término se enclavaba el Desierto de Bolarque, una vasta extensión ocupada por ermitaños carmelitanos, que aprovecharon su abrupta orografía para retirarse a finales del siglo XVI. El territorio, en el que se construyó el convento de la orden y una treintena de ermitas, fue cercado por orden regia en 1594, “lo cual no se podía hacer, por ser alguna parte del dicho sitio del común de nueve lugares comarcanos”, y aunque la Real Cédula que ordenaba el cercamiento señalaba que el desierto era “de poco provecho para ellos”³⁹⁵, el aprecio que los vecinos tenían por él debía de ser notable, como lo demuestra la habitual intervención de los vecinos del lugar para sofocar los incendios que sufría el paraje³⁹⁶.

Figura 2.3. Desierto de Bolarque, por Salcedo (1884)



Fuente: *La Ilustración Española y Americana* (29-2-1884).

En la mayor parte de la comarca se generalizaron las enajenaciones de los bienes comunales y de los señoríos eclesiásticos³⁹⁷ y nobiliarios, como ocurrió con una parte del vasto patrimonio de la casa ducal del Infantado, que, para aliviar sus dificultades financieras, suscribió alcabalas en varias de sus villas y lugares, como Jadraque, Hita, Pastrana, Argecilla, Albalate de Zorita, el Sexmo de Durón, Tórtola de Henares y la

³⁹⁴ MADOZ, Pascual: *Diccionario geográfico-estadístico-histórico...* (op. cit.), tomo VI, pp. 550-551.

³⁹⁵ DE JESÚS MARÍA, Diego: *Desierto de Bolarque, yermo de Carmelitas Descalzos y descripción de los demás desiertos de la reforma*. Madrid, Imprenta Real, 1651, p. 84.

³⁹⁶ A mediados del siglo XVII, el Padre refiere un incendio de tal intensidad que “acudía por horas infinidad de gente de los lugares vecinos al socorro”. *Ibid.*, p. 187.

³⁹⁷ GONZÁLEZ MARZO, Félix: *La Desamortización de Madoz...* (op. cit.), pp. 65-71.

propia Guadalajara³⁹⁸. Los Ayuntamientos, por su parte, arrendaban o cedían perpetuamente sus propios para allegar ingresos y favorecer los intereses de los mayores propietarios, que, no por azar, formaban las oligarquías concejiles³⁹⁹. En Fuentelencina, las *Relaciones topográficas* aseguraban que “todo lo labrado e plantado es hereditario e patricio, porque lo que había labrado e plantado en lo concegil (*sic*), S. M. (...) lo perpetuó en el año de setenta y cinco”⁴⁰⁰. La enajenación de los bienes de propios supuso la práctica desaparición de las tierras comunales en pueblos como Valdeavellano, para el que las Relaciones consignaban que “términos propios no los tiene esta Villa, ni comunes ni realengos, e que las rentas e aprovechamientos del Concejo de esta Villa son una rueda de molino harinero, y un lagar de tres piedras, y un horno de pan cocer y más de veinte fanegas de tierras”. Su población, en consecuencia, estaba mayoritariamente formada por “pobres labradores que viven de sus trabajos, e no hay gente de grangería (*sic*) ni oficiales, e que no viven de otra cosa sino de labrar sus haciendas y heredades”⁴⁰¹.

De ese modo, a lo largo de los siglos modernos se consumó una creciente privatización del dominio útil de la tierra señorial y comunal a través de censos, enfiteusis y alcabalas, de alcance muy superior al que se dio en la Serranía y el Señorío de Molina. El resultado de las enajenaciones de las tierras concejiles, si bien supuso una drástica reducción de la propiedad colectiva, consolidó el reparto efectivo de la tierra entre una numerosa masa de labradores propietarios, más o menos acomodados según las posibilidades que ofrecía la calidad de las tierras de cada localidad, que, en algunos pueblos llegaban a superar en número a los jornaleros. En el caso de las principales villas de la comarca, como Cifuentes, el relativo equilibrio entre los labradores propietarios y los jornaleros, 106 frente a 87, ocultaba una estructura social más compleja, con una gradación de matices patrimoniales y socioeconómicos mayor que la que aparentan las cifras⁴⁰². En cualquier caso, la abundancia de labradores, muchos de ellos seguramente colonos en tierras de otros más pudientes, denota la extensión del individualismo agrario en la comarca durante el Antiguo Régimen.

En algunos pueblos era patente el creciente individualismo agrario con la pervivencia de una marcada conciencia comunitaria en la coexistencia de la propiedad común e individual. En Argecilla, población próxima a Brihuega, ese modelo mixto de ocupación de la tierra pudo estar vinculado con la abundancia de recursos del pueblo, que

³⁹⁸ CARRASCO MARTÍNEZ, Adolfo: “Alcabalas y renta señorial en Castilla: los ingresos fiscales de la Casa del Infantado”, *Cuadernos de Historia Moderna*, 12 (1991), pp. 118-119.

³⁹⁹ GÓMEZ MENDOZA, Josefina: *Agricultura y expansión urbana...* (*op. cit.*), pp. 92-100.

⁴⁰⁰ GARCÍA LÓPEZ, Juan Catalina: “Relaciones Topográficas: relaciones de pueblos que pertenecen hoy a la provincia de Guadalajara, ordenadas por Felipe II (II)”, *Memorial histórico español. Colección de documentos, opúsculos y antigüedades que publica la Real Academia de la Historia* (tomo XLII). Madrid, Est. Tip. de la Viuda e Hijos de M. Tello, 1903, p. 49.

⁴⁰¹ GARCÍA LÓPEZ, Juan Catalina: “Relaciones Topográficas... (I)”, *Memorial histórico español...* (tomo XLI). Madrid, Est. Tip. de la Viuda e Hijos de M. Tello, 1903, p. 197.

⁴⁰² LAYNA SERRANO, Francisco: *Historia de la villa de Cifuentes*. Guadalajara, Aache, 1997 [1955], pp. 221-223.

refleja el funcionamiento de un sistema agroecológico sostenible⁴⁰³. La superficie agraria de la localidad se destinaba al policultivo de hortalizas, vid, olivo y trigo en los labrantíos de secano y la siembra de trigo y cáñamo de rotación anual en las tierras de regadío, que presumiblemente aprovechaban los copiosos manantiales que corren por las cuestas sobre las que se asienta el pueblo. Al propio tiempo, la localidad conservó una extensa superficie forestal de 2.150 fanegas de monte de distintas calidades y arbolado, y además, contaba con 8.278 fanegas de tierra yerma (un 63 % de la superficie agraria de la localidad), la mayoría destinada a pastos para ganado lanar y de labor, aunque también había algunas “tierras incultas por desidia o imposibilidad de sus dueños (...) [que] si se metiesen en labor y cultivasen como las demás producirían según la calidad que gozan”. De uso común seguían siendo la dehesa boyal y varios montes que servían “para las urgencias de los vecinos”, y una superficie adehesada que compartía en comunidad con las vecinas localidades de Almadrones y Castejón de Henares. La mayor parte de las tierras de cultivo pertenecían a la Casa del Infantado, aunque permanecían enajenados “todo propio y perteneciente a la Sra. Duquesa”. La combinación de ambos modelos de tenencia y explotación de la tierra, junto con el desarrollo de la artesanía textil, dio lugar a una composición social equilibrada, de la que es elocuente la distribución socioprofesional de sus 111 vecinos, entre los que había 45 pelaires, 10 tejedores de paños (6 de ellos maestros), 22 tratantes de paños y lana y otros trabajadores dedicados a oficios artesanales, 32 labradores propietarios, 5 pastores y solo 9 jornaleros⁴⁰⁴.

El reparto de la propiedad en la Alcarria llamó la atención de algunos observadores, como Eugenio Larruga, que, a finales del setecientos, aseguraba que los habitantes de la provincia de Guadalajara vivían

con menos necesidad que en otras de Castilla. Las haciendas están bien repartidas, especialmente en la Alcarria, en donde casi todos los habitantes tienen poca o mucha tierra de labor, y algunas cabezas de ganado lanar, vacuno o de cerda, con que suplen la falta de las cosechas, y benefician los terrenos (...). Mucha parte del país está arbolado, y regado es muy abundante, porque da algo de trigo, cebada, vino, aceyte (*sic*), legumbres, hortalizas, lino, cáñamo, frutas, miel y cera⁴⁰⁵.

Este modelo de explotación familiar destinada a la subsistencia dio pie a una participación efectiva de todos los miembros de la unidad familiar en las tareas del campo, que se distribuían, incluso, estacionalmente, pues mientras las mujeres trabajaban en el cultivo y el cuidado del ganado la mayor parte del año, “los hombres se quedan en sus casas aguardando el tiempo de la mayor fatiga de estos trabajos”⁴⁰⁶. Esa afirmación ocultaba la extendida movilidad estacional, relacionada con la mercadería de miel y otros productos, práctica que se remontaba, al menos, al siglo XVI, como se refleja en las

⁴⁰³ GONZÁLEZ DE MOLINA, Manuel: “Crecimiento agrario...” (art. cit.), p. 324.

⁴⁰⁴ PARES, AGS, CE, RG. Provincia de Guadalajara: Algecilla (1752), ff. 256 r.-281 v.

⁴⁰⁵ LARRUGA, Eugenio: *Memorias políticas y económicas...* (op. cit.), tomo XIV, p. 39.

⁴⁰⁶ PONZ, Antonio: *Viage (sic) de España...* (op. cit.), tomo I, p. 333.

Relaciones topográficas de pueblos como Moratilla de Henares⁴⁰⁷. A finales del siglo XIX todavía era frecuente ver vagando por las calles de Madrid al nuecero o el mielero alcarreño, que, “según las épocas y estaciones, unas veces labra la tierra, otras, carbonea en los montes de aquel distrito, y otras, convertido en arriero, se aleja hasta Madrid con cuatro cargas de carbón, dos costales de nueces y avellanas y algunas orzas de miel, que vende como puede, en junto o a la menuda”⁴⁰⁸. La conducta de estos trajineros temporeros aparece, pues, estrechamente relacionada con el ciclo estacional agrícola, que les permitía desplazarse a Madrid en primavera y otoño, para vender “el esquisito (*sic*) producto de sus abejas y el queso de sus ganados”⁴⁰⁹. La proverbial trashumancia de los alcarreños no se restringía a los desplazamientos entre las localidades comarcanas y la Corte, sino entre los propios pueblos, hasta bien entrado el siglo XX. Camilo José Cela, en su *Viaje a la Alcarria*, glosó la existencia de esos “errabundos mendigos que andan de un lado para otro, sin cansarse jamás, y que hoy comen sardinas ahumadas en Brihuega; ayer, a lo mejor, ayunaron en un robledal o se almorzaron con cecina o sopas de ajo en Villaviciosa o en Valdesaz, y que mañana, como los pájaros del cielo, confían en que Dios proveerá”⁴¹⁰.

Pese a ello, durante el Antiguo Régimen, la suficiencia de recursos favoreció la sujeción de los alcarreños a la tierra, y “pocos salen a remediar sus extremas necesidades, aun en los años peores”⁴¹¹. El equilibrio social, sin embargo, no era absoluto, y podía desestabilizarse como consecuencia de las frecuentes crisis de subsistencia. Las migraciones estacionales o de ciclo vital y los desplazamientos de larga distancia contribuían a restituir periódicamente el equilibrio. Las primeras tenían como destino preferente Madrid⁴¹² o las zonas próximas a la Corte, aunque también los pueblos próximos, y eran practicadas fundamentalmente por varones jóvenes⁴¹³. La movilidad de larga distancia era poco frecuente, y aunque se conocen algunos casos, como la inmigración de briocenses a América durante los siglos XVI y XVII, su relevancia cuantitativa es discutible⁴¹⁴.

A ese moderado sedentarismo –o moderado nomadismo– contribuyó la expansión manufacturera del siglo XVIII, merced al impulso ilustrado de la Corona, la iniciativa privada y el obispado de Sigüenza, al que pertenecían numerosos pueblos alcarreños. La

⁴⁰⁷ VELASCO SÁNCHEZ, Ángel Luis: *Población y sociedad...* (*op. cit.*).

⁴⁰⁸ CÁNOVAS DEL CASTILLO, Antonio (*et al.*): *Las mujeres españolas, portuguesas y americanas, tales como son en el hogar doméstico, en los campos, en las ciudades, en el templo, en los espectáculos, en el taller y en los salones*. Madrid, Imp. y Librería de Miguel Guijarro, 1873.

⁴⁰⁹ ESCUDERO DE LA PEÑA, José María: *Crónica de la provincia de Guadalajara*. Madrid, Rubio, Grilo y Vitturi, 1869, p. 52.

⁴¹⁰ CELA, Camilo José: *Viaje a la Alcarria*. Barcelona, Destino, 1967 [1948], p. 81.

⁴¹¹ PONZ, Antonio: *Viage (sic) de España...* (*op. cit.*), tomo I, p. 333.

⁴¹² LLOPIS AGELÁN, Enrique; SEBASTIÁN AMARILLA, José Antonio; y VELASCO SÁNCHEZ, Ángel Luis: “La debilidad demográfica...” (*art. cit.*), pp. 13-45.

⁴¹³ VELASCO SÁNCHEZ, Ángel Luis: *Población y sociedad en Guadalajara (siglos XVI-XVII)*. Toledo, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 2011.

⁴¹⁴ ALTMAN, Ida: *Transatlantic Ties in the Spanish Empire. Brihuega, Spain, and Puebla, Mexico, 1560-1620*. Stanford, Stanford University Press, 2000.

tradicional producción de bayetas, sargas, hilazas y paños en Cifuentes, Pastrana, Argecilla, Budia y Brihuega se vio revitalizada al establecer la Corona una Real Fábrica de Paños, hijuela de la instalada en Guadalajara, en el ecuador de la centuria⁴¹⁵. Antes de su ocaso, tras la Guerra de la Independencia, en la manufactura llegaron a trabajar unos 800 trabajadores, a los que se sumaban cerca de 4.000 hilanderos a domicilio, repartidos por toda Castilla⁴¹⁶. En Pastrana, la producción sedera, agremiada y escasamente tecnificada, subsistió tras la expulsión de los moriscos, coexistiendo con sendas manufacturas de pólvora y papel, debidas a la iniciativa del duque de Pastrana, a las que se sumaba la producción avícola a gran escala⁴¹⁷. Budia, localidad del Sexmo de Durón, conservó sus talleres de producción de cordobanes⁴¹⁸, mientras El Recuenco contó con varios hornos de vidrio y cristal que surtían a la Corte⁴¹⁹. En Gárgoles, el obispo que creó la fábrica de hilazas de Sigüenza, Juan Díaz de la Guerra, instaló un molino de papel⁴²⁰.

Análogos efectos tuvo para Guadalajara y su hinterland la instalación de la Real Fábrica de Paños. La ciudad, situada en el límite geográfico entre la Alcarria, a la que pertenecen algunos pueblos de su primigenio partido⁴²¹, y la Campiña del Henares, que se extiende hacia Alcalá de Henares, Torrejón de Ardoz y San Fernando, en la provincia de Madrid. Ambas comarcas comparten numerosos rasgos ecológicos, aunque la Campiña es la única zona donde abundan las llanuras por debajo de los 1.000 metros y los entisoles (grupos *xerorthent* o *xerofluvent*), suelos jóvenes, con mayor contenido orgánico, básicos o moderadamente ácidos y, por tanto, más aptos para el cultivo que los de otras zonas de la provincia⁴²². Durante el Antiguo Régimen, la estructura de la propiedad y el sistema de explotación de la tierra no fueron sustancialmente diferentes a los de los pueblos alcarreños. Sin embargo, el asalto a la propiedad comunal fue, como se vio, más intenso en la Campiña que en otros lugares de la actual provincia, especialmente en el Común de Guadalajara. Sus bienes, aunque considerablemente mermados y sucesivamente delimitados por las villas de su jurisdicción, siguieron siendo un complemento fundamental para los habitantes de los pueblos. En Iriépal, lugar del alfoz de Guadalajara perteneciente a la Alcarria, las *Relaciones Topográficas de Felipe II* consignaban “que el pueblo no está falto de tierras ni abundoso, porque tiene plantas de que se proveen los que las tienen, y los que no, se proveen de los montes de Guadalajara

⁴¹⁵ NIÑO RODRÍGUEZ, Antonio: *Organización social y actividades productivas en una villa del Antiguo Régimen: Brihuega*. Guadalajara, Caja Provincial de Ahorros, 1985.

⁴¹⁶ PAREJA SERRADA, Antonio: *Brihuega y su partido*. Guadalajara, Taller tipográfico de la Casa de Expósitos, 1916, pp. 255-265.

⁴¹⁷ GARCÍA LÓPEZ, Aurelio: “El gremio de fabricantes de seda de Pastrana en el siglo XVIII. Un ejemplo de industria agremiada rural”, *Cuadernos de etnología de Guadalajara*, 34 (2002), pp. 307-325.

⁴¹⁸ PAREJA SERRADA, Antonio: *Brihuega...* (op. cit.), p. 472.

⁴¹⁹ BELINCHÓN YAGÜE, Diana: “Vidrios castellanos de Cadalso de los Vidrios y de El Recuenco”, *Boletín de la Sociedad Española de Cerámica y Vidrio*, 40, 5 (2001), pp. 385-388.

⁴²⁰ MINGUELLA ARNEDO, Toribio: *Historia de la diócesis de Sigüenza...* (op. cit.), p. 193.

⁴²¹ Al partido de la capital pertenecían también algunos pueblos de la Alcarria, como como Iriépal, Taracena, Tórtola, Chiloeches, Horche, Yebes, Lupiana o Aldeanueva.

⁴²² FERNÁNDEZ, Jesús (dir.): *Caracterización de las comarcas...* (op. cit.), pp. 62-106.

(...), donde hay caza de liebres, perdices y zorras”⁴²³. En Horche, también en la Alcarria, se indicaba que, incluso tras emancipación de la jurisdicción de la ciudad, los montes estaban vedados, pero “quando se manda se da leña a los vecinos por su dinero, en moderados precios”⁴²⁴.

Las constantes disputas que la ciudad mantuvo con las villas y lugares de su entorno revelan la importancia que siguieron teniendo para los vecinos los recursos obtenidos del aprovechamiento o el arrendamiento de los bienes comunales. En Marchamalo, pueblo muy próximo a la ciudad, los bienes de propios consistían en una dehesa boyal y varios pedazos de tierra de secano que apenas alcanzaban las 100 fanegas, pero las rentas producidas por ellas, más la taberna, la fragua y la casa de la Tercia aliviaban a los vecinos de parte de sus cargas fiscales, pues “se aplican para en parte de sus Reales contribuciones de encabezamiento seis mil ciento ochenta y ocho Reales de Vellón, que se reparten de menos a los vecinos”⁴²⁵. En Yunquera, el Concejo tenía censados parte de sus propios al Monasterio de Sopena, situado a dos leguas⁴²⁶. Las enajenaciones practicadas en la Campiña, sin embargo, habían dado forma a una fuerte especulación y un reparto de la tierra mucho más desigual que en la Alcarria. En el pueblo vivía un número indeterminado de “labradores principales” y “unos cincuenta jornaleros”, de los cuales, nueve ejercían simultáneamente como labradores y panaderos. En Cabanillas, los colectivos más numerosos del vecindario eran los 25 labradores propietarios y los 40 mozos de servicio de labranza, un colectivo subalterno cuyo volumen era superior al que tenían los criados en los pueblos alcarreños⁴²⁷. Más equilibrada era la composición de la población de Usanos, donde vivían 48 labradores, 13 jornaleros y 18 criados de labor y estaban representados varios oficios⁴²⁸. En Humanes, en el límite con la Serranía, se contabilizaban 88 jornaleros y labradores, a los que se consideraba un grupo homogéneo⁴²⁹.

De forma paralela a ese proceso, la Campiña del Henares emprendió el camino de su especialización cerealista y, en menor medida, vinícola, atenuándose la secular tendencia a las roturaciones masivas, practicadas en la comarca para garantizar el abasto de una población creciente. Al amparo de la Ley de Montes de 1748, en Fontanar, se plantaron 500 sierpes de distintas especies, lo que revela una primitiva conciencia ecológica, aunque también especulativa, aspecto en el que la ciudad de Guadalajara se lleva la palma, al incrementar ostensiblemente los precios de la leña que se vendía a los

⁴²³ GARCÍA LÓPEZ, Juan Catalina: “Relaciones Topográficas: relaciones de pueblos que pertenecen hoy a la provincia de Guadalajara, ordenadas por Felipe II (II)”, *Memorial histórico español. Colección de documentos, opúsculos y antigüedades que publica la Real Academia de la Historia* (tomo XLII). Madrid, Est. Tip. de la Viuda e Hijos de M. Tello, 1903, p. 49.

⁴²⁴ GARCÍA LÓPEZ, Juan Catalina: “Relaciones Topográficas... (III)”, *Memorial histórico español...* (tomo XLIII). Madrid, Est. Tip. de la Viuda e Hijos de M. Tello, 1905, p. 439.

⁴²⁵ PARES, AGS, CE, RG. Provincia de Guadalajara: Marchamalo (1752), f. 45 r.

⁴²⁶ PARES, AGS, CE, RG. Provincia de Guadalajara: Yunquera (1752), f. 343 v.

⁴²⁷ PARES, AGS, CE, RG. Provincia de Guadalajara: Cabanillas (1752), f. 134 r.

⁴²⁸ PARES, AGS, CE, RG. Provincia de Guadalajara: Usanos (1752), f. 148 r.

⁴²⁹ PARES, AGS, CE, RG. Provincia de Guadalajara: Humanes (1752), f. 115 r.-115 v.

pueblos de su tierra. De forma complementaria, a mediados del siglo XVIII, adquirió una importancia creciente la trajinería, ya practicada por arrieros dedicados exclusivamente al transporte de mercancías, en un mercado comarcal crecientemente integrado, ya como complemento derivado de su propia actividad por los propios labradores, que se desplazaban para vender sus productos en Guadalajara, Alcalá o Madrid. De este modo, al ganado lanar dominante –generalmente en manos de señores eclesiásticos– se sumó una creciente cabaña de ganado mular, destinado a las labores agrícolas y la arriería, y un considerable número de ejemplares de ganado porcino en Cabanillas, Fontanar o Quer⁴³⁰.

La experiencia de la Campiña es ilustrativa del complejo engarce entre el comunitarismo rural del campesinado y el creciente individualismo agrario profesado por un sector de la sociedad rural, los labradores propietarios. El sentido comunitario de la población rural de la actual provincia de Guadalajara era patente en la vigencia de una economía de fuerte base comunal en las comarcas de la Serranía y el Señorío de Molina, que conservaba parte de su vigor en la Alcarria y la Campiña, a pesar de la intensa privatización del uso de la tierra de la que se beneficiaron los labradores y las oligarquías locales a lo largo de la Edad Moderna. En todo caso, al margen de la mayor o menor equidad que suponían ambos modelos, los campesinos, fueran propietarios o jornaleros, disfrutaban de recursos suficientes para su sustento, pues tenían garantizado su acceso a la tierra en ambos casos, ya que la población apenas creció entre finales del siglo XVI y finales del XVIII⁴³¹. La razón fundamental hay que buscarla en la elevada mortalidad, regulador demográfico por antonomasia durante el Antiguo Régimen, que era muy intensa en la España interior y en ocasiones irrumpía de forma catastrófica, particularmente en zonas como la actual provincia de Guadalajara⁴³².

La vida de los campesinos guadalajareños no era idílica, especialmente en las tierras del centro y el suroeste, donde había empezado a gestarse una pequeña elite de labradores que cada vez copaba más tierras, pero la abundancia de recursos naturales en un territorio de escasa densidad demográfica y la emigración de ciclo vital practicada por los jóvenes de las familias campesinas permitió mantener un moderado equilibrio agroecológico, que propició una mejora general de las condiciones de vida y un descenso de la mortalidad en los decenios centrales del siglo XIX⁴³³. A pesar de la dudosa fiabilidad de los datos obtenidos antes de que la Junta General de Estadística elaborara el primer Censo de población, en 1857, parece claro que la provincia de Guadalajara experimentó un crecimiento demográfico muy intenso entre 1836 y 1860, al pasar de 160.000 habitantes a 200.000⁴³⁴, invirtiendo la tendencia a la baja ocasionada por la incidencia la

⁴³⁰ *Ibid.*, pp. 77-173.

⁴³¹ LLOPIS AGELÁN, Enrique; SEBASTIÁN AMARILLA, José Antonio; y VELASCO SÁNCHEZ, Ángel Luis: “La debilidad demográfica...” (art. cit.), pp. 13-45.

⁴³² En su estudio sobre la mortalidad catastrófica, Vicente Pérez Moreda utilizó como referencia numerosos pueblos de la actual provincia de Guadalajara, como Cifuentes, Mantiel, Chiloeches PÉREZ MOREDA, Vicente: *Las crisis de mortalidad...* (op. cit.), pp. 243-451.

⁴³³ LLOPIS AGELÁN, Enrique; BERNARDOS SANZ, José Ubaldo; y VELASCO SÁNCHEZ, Ángel Luis: “¿Pasó de largo...?” (art. cit.), p. 73.

⁴³⁴ CAMACHO CABELLO, José: *La población de Castilla-La Mancha...* (op. cit.), p. 18.

Guerra de la Independencia, las crisis demográficas de 1804 y 1816 y el ocaso de las manufacturas de Guadalajara y Brihuega, y el consiguiente declive de los telares y tenerías subsidiarios de Sigüenza, Budia, Horche, Mondéjar, Alcocer, Cogolludo y Cifuentes⁴³⁵. El equilibrio, sin embargo, empezó a resquebrajarse, como consecuencia de la reforma agraria liberal, que pretendía sanear la Hacienda, financiar la Guerra, implantar el capitalismo en el campo y crear una clase de propietarios agrícolas afecta al nuevo régimen.

2.3. La quiebra del equilibrio agroecológico

El equilibrio agroecológico mantenido por las comunidades rurales durante el Antiguo Régimen se quebró definitivamente a mediados del siglo XIX. La Desamortización de los bienes del clero regular (1835-1836) y secular (1841), así como la Desamortización general (1855), que afectó principalmente a los bienes de los Ayuntamientos, supusieron la desaparición de las viejas formas de tenencia y uso de la tierra, como los propios y los comunales o los censos redimibles y enfitéuticos, que, de facto, garantizaban el acceso a la tierra a los campesinos locales y reducían sus cargas fiscales. En la provincia de Guadalajara, la reforma agraria movilizó una gran cantidad de tierras y otros bienes inmuebles. Como consecuencia de los decretos desamortizadores de Mendizábal y Espartero fueron expropiadas y vendidas 35.075 fincas con una extensión superficial de 28.239 hectáreas, cuyos remates alcanzaron un valor de 41 millones de reales, a los que se sumaron otras 171.608 hectáreas repartidas en 49.456 fincas en el contexto de la Desamortización general de Madoz, cuyo valor de compra ascendió a 111 millones⁴³⁶.

El proceso desamortizador iniciado en febrero de 1836 afectó a 58 conventos de toda la provincia, 13 de ellos en Guadalajara capital. En la ciudad, las comunidades que mayores extensiones aportaron al proceso fueron las clarisas y los carmelitas descalzos, con 86 y 71 hectáreas, respectivamente. En el partido de Guadalajara, las desamortizaciones de los bienes del clero regular y secular, decretadas por Mendizábal y Espartero supusieron la nacionalización de casi 6.000 hectáreas de tierra, repartidas en más de 4.333 fincas rústicas y 78,5 urbanas. La mayoría de ellas pertenecían a los conventos de la ciudad, donde nueve de las trece comunidades de religiosos fueron suprimidas. Los remates alcanzaron un valor cercano a los diez millones de reales, lo que suponía una cuarta parte de todos los bienes desamortizados en la provincia. El valor de las ventas llegó a superar ampliamente al que alcanzaron los bienes subastados en el partido de Sigüenza (siete millones), donde se encontraba la única sede mitrada de la provincia, y en el de Pastrana (ocho millones), donde la Colegiata de la villa y los carmelitas del Desierto de Bolarque fueron los principales afectados. El alcance del

⁴³⁵ GARCÍA LÓPEZ, Juan Catalina: *El libro...* (op. cit.), pp. 101-102.

⁴³⁶ DEL VALLE CALZADO, Ángel Ramón: "Crecimiento agrario..." (art. cit.), pp. 120-121.

proceso desamortizador, en la capital y en la provincia, fue comparable al que alcanzó en territorios como Valladolid, Albacete, Huesca, Teruel y Baleares, pues afectó a casi tres cuartas partes de los bienes del clero, alterando profundamente la estructura de la propiedad agraria e inmobiliaria⁴³⁷.

En Guadalajara capital, el proceso desamortizador iniciado en 1836 confirmó la decadencia de la ciudad conventual, originada en la Guerra de la Independencia y el Trienio. Como consecuencia de las enajenaciones, los bienes del clero en la ciudad se redujeron en una tercera parte entre mediados del siglo XVIII y la centuria siguiente, pasando de un 7,6 % del total en 1751 a un 4,9 en 1846⁴³⁸. El derribo de los conventos e iglesias suprimidos facilitó la alineación de varias plazas y calles y la construcción de nuevos edificios, pero la fiebre demoledora redujo a escombros buena parte del patrimonio monumental de la ciudad y alimentó un masivo proceso de apropiación del espacio por parte de la burguesía propietaria⁴³⁹. Así, sobre el solar del convento de San Antonio se levantó el mercado de abastos en 1883, y sobre el de la Concepción, el palacio que ocupó la Diputación Provincial ese mismo año. Todavía en 1912, el convento de Santa Clara, que había evitado la supresión al acoger a las monjas del suprimido convento de la Piedad, fue expropiado por el Ayuntamiento de mayoría romanonista, para facilitar a su jefe de filas la adquisición del solar. En él, el conde construyó un hotel, trasladando la portada y parte del claustro a una de las casas de su propiedad, situada en la localidad madrileña de Meco⁴⁴⁰. Varios de los edificios desamortizados fueron destinados a nuevos usos, como el convento de los Remedios, que sirvió de asiento al Hospital provincial, el de San Juan de Dios, que acogió la Escuela Normal de Maestros, el de San Francisco, que fue sede de la Maestranza y Talleres de Ingenieros del Ejército, o el de la Piedad, que fue emplazamiento del Instituto, la Diputación Provincial y la Cárcel del partido, hasta el traslado de estas dos últimas instituciones a otros espacios⁴⁴¹. Otros, como los conventos de San Antonio y la Merced, fueron demolidos por su nuevo propietario, el abogado Diego García Martínez, que aprovechó los materiales de derribo. El mismo destino tuvieron las parroquias de San Andrés, Santiago y San Gil, demolidas totalmente o en parte por sus dueños⁴⁴².

En la capital, las subastas comenzaron a celebrarse en mayo de 1836, antes, incluso, que en muchos pueblos de la zona, incluidos los de la provincia de Madrid, lo que revela la indiferencia de muchos compradores ante las admoniciones de la Iglesia – especialmente, de los radicados en otras provincias–, la incapacidad del clero para detener las enajenaciones⁴⁴³ y la complicidad del Ayuntamiento capitalino, que llevó a cabo algunas gestiones para acelerar la venta de los conventos desamortizados, con el fin de

⁴³⁷ LÓPEZ PUERTA, Luis: *La Desamortización eclesiástica...* (op. cit.), p. 87

⁴³⁸ GARCÍA BALLESTEROS, Aurora: *Geografía urbana...* (op. cit.).

⁴³⁹ LEFEBVRE, Henri: *El derecho a la ciudad...* (op. cit.).

⁴⁴⁰ GARCÍA DE PAZ, José Luis: *Patrimonio desaparecido...* (op. cit.), p. 120.

⁴⁴¹ LAYNA SERRANO, Francisco: *Historia de Guadalajara y sus Mendozas...* (op. cit.), tomo IV, pp.

⁴⁴² GARCÍA BALLESTEROS, Aurora: *Geografía urbana...* (op. cit.), pp.

⁴⁴³ GÓMEZ MENDOZA, Josefina: *Agricultura y expansión...* (op. cit.), p. 186.

sanear el viario y encontrar acomodo para las oficinas ministeriales y los establecimientos subalternos de los ingenieros militares⁴⁴⁴. El día 9 se sacaron a subasta algunas de las mejores tierras, dos majuelos con 5.690 vides y un olivar con 338 olivos, todos ellos procedentes del convento suprimido de los Carmelitas Descalzos, que fueron tasados 55.856 reales y una tierra de 24 fanegas tasada en 14.662 reales procedente de los Dominicos, a los que se sumó el Soto del Serranillo, una finca de 206 fanegas de tierra calva, huerta y alameda que había pertenecido a la Real Fábrica de Paños, por la que se pedían 155.960 reales⁴⁴⁵. Ese año se vendieron en el partido de la capital 11 fincas, con una superficie total de 103 hectáreas, cuyos remates alcanzaron un valor de 383.500 reales. En el partido de Brihuega se vendieron otras 70 hectáreas, repartidas en 57 fincas. En los restantes partidos de la provincia, las ventas comenzaron a partir del año siguiente, aunque en Sigüenza y Molina las primeras ventas se produjeron en 1839, y en Atienza, en 1840⁴⁴⁶.

Los mejores lotes fueron adquiridos por 79 compradores radicados en la capital provincial y otros 75 residentes en Madrid. Entre los primeros se encontraban algunos descendientes de la oligarquía concejil, que reforzaron su posición patrimonial, como el abogado y líder progresista Diego García Martínez, que adquirió bienes por valor de 1.137.710 reales, y su colega y correligionario José Domingo Udaeta, que gastó 257.195. El grueso de los compradores, sin embargo, eran funcionarios o comisionados de la Administración de Rentas y Arbitrios de Amortización, encargada de ejecutar el proceso desamortizador, o los notarios que participaron en las subastas, que compraron para sí y, sobre todo para ceder a terceros compradores para los que la adquisición de bienes procedentes de la Iglesia pudo generarles un conflicto moral o afectar a su imagen pública. Entre los primeros se encontraban Ambrosio Tomás Lillo, comisionado principal de Arbitrios, que compró bienes por 88.796 reales, o Agustín Cerrada, el vecino de los Contera y los Udaeta en la Cotilla, que pagó 52.179 reales. Junto a los compradores pertenecientes a la oligarquía local, la Desamortización propició la reproducción patrimonial de algunos profesionales liberales, como el farmacéutico Melitón Gil, autor de un conocido tratado sobre el cólera y su tratamiento, que destinó 151.355 reales a la adquisición de 53 fincas. No todas eran para él, pues Gil actuó como testaferro de otros compradores. Los casos de estos últimos ilustran el papel de las desamortizaciones en la adquisición de capital social, fundado en el estatus que le otorgó la posesión de propiedades agrarias y en las solidaridades que estableció comprando para otros. Su ascenso social se vio refrendado por su matrimonio con Francisca Sancho, hermana de uno de los jefes del progresismo provincial, Joaquín Sancho Garrido, y por su elección como concejal en varias legislaturas⁴⁴⁷.

⁴⁴⁴ GARCÍA BALLESTEROS, Aurora: *Geografía urbana...* (op. cit.), p. 257.

⁴⁴⁵ *BOPG*, 13-5-1836.

⁴⁴⁶ LÓPEZ PUERTA, Luis: *La Desamortización eclesiástica de Mendizábal...* (op. cit.), pp. 139-141.

⁴⁴⁷ La trayectoria de Gil ha sido reconstruida a partir de los datos de los empadronamientos y los expedientes de elecciones de 1858.

Los 869 compradores residentes en los pueblos de la provincia eran, en su mayoría, pequeños y medianos labradores que aspiraban a completar sus patrimonios. Los bienes adquiridos eran tierras de pequeña extensión, una media de 16 hectáreas por comprador, cuyos remates no superaban, por lo general, los 10.000 reales. Entre los más destacados se encontraba Manuel del Vado y Calvo, labrador de Marchamalo que, antes del proceso desamortizador había sido rentero de los bienes del clero, y a partir de 1836 –con apenas 26 años– vio reforzada su posición patrimonial, tras adquirir bienes por un valor de 197.213 reales. Vinculado al progresismo, Del Vado fue miembro de la Junta Clasificadora Militar en 1837 e, incluso, recibió una docena de votos en las elecciones de diputados de 1837 y 1839, pero, desplazado su partido durante la hegemonía de los moderados, tuvo que esperar a 1855 para volver a ocupar un cargo en la política provincial, el de visitador principal de ganadería y cañadas. La desamortización general, en la que compró tierras en varios pueblos de la Campiña por valor de 120.532 reales, le brindó una nueva oportunidad de incrementar su patrimonio y convertirse en uno de los mayores contribuyentes de la provincia –ocupaba el undécimo lugar en 1875– y en uno de los destacados dirigentes del progresismo en el Sexenio, en el que presidió la Junta Revolucionaria y fue diputado a Cortes y senador⁴⁴⁸.

Entre los compradores residentes en Madrid se encontraba Severiano Páez Jaramillo, que adquirió, entre otros bienes, 77 hectáreas en el Monte Alcarria procedentes de frailes y los monasterios de la orden Jerónima de Lupiana y de la Concepción de Guadalajara. Páez era descendiente de una familia radicada en el pueblo alcarreño de Yebes, y era procurador por Madrid⁴⁴⁹. En 1837, Páez Jaramillo presentó su candidatura al Senado por la provincia de Guadalajara, una práctica repetida por algunos compradores de fuera de la provincia, que evidencia el papel que tuvieron los procesos desamortizadores como vía para establecer vínculos con las circunscripciones en la que pretendían ser elegidos. Un caso similar fue el de Andrés Borrego, periodista próximo al moderantismo nacido en Málaga, que adquirió bienes por valor de 684.653 reales, que presentó su candidatura a diputado a Cortes en julio de 1839, aprovechando su condición de propietario de tierras en la provincia, adquirida merced a la Desamortización de Mendizábal.

Los casos de Páez Jaramillo, Borrego, García o Udaeta revelan que la Desamortización eclesiástica estuvo lejos de lograr su propósito de crear una clase de pequeños propietarios agrarios, beneficiando principalmente a grandes propietarios especuladores. Sí consiguió, empero, consolidar la dependencia de los campesinos a la mediana y la gran propiedad, que se ensanchó como consecuencia de las prácticas especulativas de los “primistas” y rematantes madrileños⁴⁵⁰. En cualquier caso, mientras los municipios contaron con el necesario complemento de los bienes de propios, el campo guadalajareño siguió dominado por la pequeña explotación, destinada a la subsistencia

⁴⁴⁸ BOPG, 8-12-1875.

⁴⁴⁹ *El Eco del Comercio*, 17-9-1834.

⁴⁵⁰ LÓPEZ PUERTA, Luis: *La Desamortización...* (op. cit.).

familiar. La situación cambió a partir de 1855, como consecuencia de la Desamortización general, decretada por el ministro de Hacienda, Pascual Madoz. En esa ocasión, se expropió una amplia extensión de montes, labrantíos, baldíos y fincas urbanas, que arrebataron al modesto campesinado de la provincia de Guadalajara algunas de sus principales fuentes de ingresos, como el carboneo o el pasto. Esa vez, las comarcas más afectadas fueron las septentrionales, sobre todo, Sigüenza y Atienza, además del partido de Guadalajara. Las cabeceras de los tres partidos encabezan la lista de municipios en los que los remates alcanzaron mayor valor. En Atienza, las ventas de bienes desamortizados supusieron 6,75 millones de reales, mientras en Sigüenza, el valor de las compras fue de 4,25 millones. En la inmediata localidad de Imón, las ventas llegaron a los 4,8 millones, aunque en este caso, la mayor parte del monto correspondió a las salinas de la localidad, uno de los establecimientos de este tipo de mayor producción del país, que era de titularidad estatal⁴⁵¹.

La capital provincial se vio privada de sus montes, “Alcarria” (15.882 fanegas) y “del Campo” (3.815 fanegas), así como de la dehesa boyal (1.430 fanegas), a los que se sumaban un fragmento de muralla y 23 casas, junto a otras fincas urbanas. También alcanzaron un alto valor las fincas forestales que la Casa Común del Señorío de Molina tenía distribuidos entre la cabecera del partido y otras localidades de su Comunidad de la Tierra. Brihuega, donde los remates alcanzaron un valor de 1,3 millones de reales, también hubo de desprenderse de 8.319 fanegas de monte, y en Almonacid de Zorita, municipio del partido de Pastrana, un propietario madrileño adquirió en 1877 el monte de “La Bujeda”, de 6.032 fanegas, por 852.400 reales⁴⁵². La propia cabecera del partido alcarreño fue una de las localidades más afectadas por el proceso, al perder 9.111 fanegas de sus bienes de propios. La extensión de los bienes expropiados fue similar en la localidad de Cantalojas, un pequeño pueblo de la Sierra Norte, perteneciente al partido de Atienza, en el que fueron subastadas 6.000 fanegas de baldíos, aunque se salvó el Hayedo de Tejera Negra, por quedar excluido el monte alto de las expropiaciones.

Aunque la Ley Madoz partía de una voluntad explícita de extender la propiedad de la tierra a los jornaleros, braceros, colonos y aparceros que la trabajaban, el proceso desamortizador incrementó la gran y mediana propiedades, lo que supuso un ensanchamiento de las clases de los grandes terratenientes y, sobre todo, los medianos labradores. En algunos pueblos, como Checa, unos pocos hacendados adquirieron la mayor parte de las propiedades, en su caso, Román Morencos y el molinés Santiago López Montenegro. Ambos son buenos exponentes de la oligarquía provincial surgida

⁴⁵¹ El ejemplo de las salinas de Imón es uno de los que mejor refleja la evolución especulativa del proceso desamortizador en la segunda mitad del siglo XIX. Excluidas de las ventas en un principio, y en el caso particular de Imón, exceptuada su venta por la ley de desestanco de la sal de junio de 1869, en mayo de 1871 fueron subastadas y adjudicadas a un comprador de Sigüenza. La quiebra del rematante dio pie a una segunda subasta, a principios de 1872, que asignó la propiedad a una sociedad de compradores aragoneses y catalanes. Similar suerte corrieron las salinas de La Olmeda, Armallá (Tierzo) y Saelices de la Sal. Véase: GONZÁLEZ MARZO, Félix: *La Desamortización ... (op. cit.)*, pp. 33-38.

⁴⁵² GONZÁLEZ MARZO, Félix: *La Desamortización... (op. cit.)*, p. 113.

con el despliegue del Estado liberal, que se consolidó gracias a la capitalización de la tierra. Tanto Morencos como López Montenegro encabezaban un colectivo formado por propietarios radicados en los pueblos o en la capital, que, a través de la asistencia a las pujas y de los contratos que establecieron con los agentes de negocios y los influyentes funcionarios de Hacienda que actuaron como sus intermediarios y testaferros, adquirieron visibilidad en la capital. La ventajosa posición social y económica lograda en sus pueblos merced a su condición de terratenientes –y, en muchos casos, caciques–, y sus relaciones en la capital les brindaron un hueco en la Diputación Provincial, institución de la que ambos fueron diputados y Morencos, presidente, de forma ininterrumpida, entre 1872 y 1884, y más brevemente, entre 1896 y 1897. La adquisición de bienes desamortizados parecía casi un rito iniciático por el que pasaron numerosos diputados provinciales, algunos ya asentados en la capital, como Diego García Martínez, otros, oriundos de los pueblos, como el briocense Justo Hernández Gómez, e incluso algunos procedentes de Madrid, como Blas Hernández Santamaría, que terminó estableciéndose en Guadalajara tras adquirir varias fincas en la provincia⁴⁵³.

Las subastas fueron un sustancioso negocio para los 208 compradores de fincas urbanas radicados en Madrid, cuyas adquisiciones alcanzaron un valor de 27 millones de reales, y para los 306 rematantes asentados en Guadalajara capital, cuyas compras alcanzaron los 14 millones. Al primer colectivo pertenecían varios aristócratas, como Manuel de Toledo, duque de Pastrana, que adquirió bienes por 1,6 millones de reales, y Carlos Drake del Castillo, conde de Vegamar, Félix Alcalá-Galiano, marqués de San Juan de Piedras Albas e Ignacio de Figueroa y Mendieta, marqués consorte de Villamejor, que recuperó posiciones en la provincia de su esposa, a la que terminó representando en las Cortes en 1864, 1865, 1867, 1872 y 1876. Si bien su interés por adquirir tierras respondía a un criterio eminentemente económico, la mayoría de la nueva nobleza terrateniente terminó vinculándose con la provincia, en la que el hijo de Vegamar llegó a encabezar el partido conservador, y fue candidato a concejal del Ayuntamiento de Guadalajara en las primeras décadas del siglo XX. El caso de Figueroa es aún más relevante, pues enajenado parte del patrimonio familiar, la Desamortización brindó a los Torres una oportunidad de volver a convertirse en grandes propietarios, lo que no solo benefició al marqués, sino a su hijo, Álvaro, el futuro conde de Romanones, que lo fue casi todo en la política provincial hasta su muerte, en 1950.

Entre los compradores de Guadalajara capital se encontraban algunos pequeños comerciantes y funcionarios para los que la inversión inmobiliaria y agrícola representaba una forma segura de acumulación de capital, adquisición de estatus y establecimiento de relaciones políticas. Manuel Domingo Maínez, un empleado de Hacienda Pública y exconcejal del Ayuntamiento de Guadalajara (1856), adquirió 4.723 fanegas, repartidas entre el Monte Alcarria de la capital, varios terrenos baldíos en Codes, un pueblo del Señorío molinés, y la redención de un censo en Marchamalo, municipio próximo a

⁴⁵³ GONZÁLEZ MARZO, Félix: *La Desamortización de Madoz...* (op. cit.).

Guadalajara, por un valor de 1.605.376 reales de vellón. Para Maínez, la adquisición de bienes desamortizados supuso un paso más en su estrategia de reproducción social y económica, pues le permitió abandonar su empleo y establecerse como comerciante. También era empleado de Hacienda (cajero de la Tesorería) Martín Lara cuando emprendió una fulgurante carrera como testaferro para Morencos y López Montenegro, que terminó con su huida, después de sustraer fondos de la dependencia ministerial. Muchos compradores de la capital iniciaron sus carreras como agentes de negocios a raíz de su participación en las subastas, donde adquirieron propiedades para sí o como testaferros. Fue el caso de Nicolás Cuesta Hernando, propietario de un comercio de abacería, que participó en 171 subastas y adquirió bienes en diferentes pueblos de la provincia por un valor de 1,5 millones de reales, la mayoría transferidos a otros compradores. El también vecino de Guadalajara Andrés Arroyo Criado actuó como intermediario por un valor de 900.000 reales. Los beneficios obtenidos le permitieron invertir en la industria, a la que se dedicó como fabricante de jabón, actividad que compaginó con su cargo de concejal en el Sexenio⁴⁵⁴.

Al lado de los grandes terratenientes y los especuladores, colectivos que habían protagonizado el proceso desamortizador anterior, los grandes beneficiarios fueron los pequeños propietarios y labradores locales, que, o bien reforzaron su posición social, económica y políticamente hegemónica, o bien se sirvieron de la nueva propiedad adquirida para lograr estatus y poder. Entre ellos destacan algunos propietarios que, al momento de adquirir sus bienes eran alcaldes o concejales y adquirieron bienes por un valor superior a los 50.000 reales, como Pedro Gallego, de Algora, Miguel Gallardo, de Gajanejos, o Ecequiel Gil Muñoz, teniente de alcalde de Pálmaces de Jadraque, que compró los prados de su localidad y cedió a sus convecinos la mitad de su predios. Otros, más modestos, pertenecían a la clase de los pequeños labradores, asimilables a los *yeomen* ingleses⁴⁵⁵. En total, 3.879 labradores adquirieron fincas por un valor de mercado de casi 40 millones de reales de vellón, de los que 1.939 compraron propiedades por una cuantía inferior a los 5.000 reales, y en la mitad de los casos (960), sus adquisiciones no superaron los 1.000 reales. Algunos de ellos, como Pedro Marchamalo, de Robledillo de Mohernando, Isidro Martín Aguado, de Uceda, Mariano Mingote, de Torrubia, Manuel Mondragón, de Algar de Mesa, o Crisanto Mondragón, de Retiendas, eran alcaldes en el momento de la compra, o lo fueron al poco de adquirir tierras de poca extensión y un precio aproximado de 3 a 4.000 reales de vellón. Este colectivo dio forma a una oligarquía agraria conservadora, sobre la que se asentó la estructura clientelar caciquil dominante en la España rural durante la época isabelina y la Restauración⁴⁵⁶.

⁴⁵⁴ *Ibid.*

⁴⁵⁵ THOMPSON, E. P.: *Costumbres en común...* (*op. cit.*).

⁴⁵⁶ VALLE CALZADO, Ángel Ramón: "El mundo rural ante la Desamortización general. Los modelos de la España interior (Ciudad Real, 1855-1910)", *Historia Contemporánea*, 52 (2015), pp. 105-137.

El hambre de tierras⁴⁵⁷ no fue privativa de los representantes de la elite, sino también de un segmento de las clases medias, e incluso de pequeños ahorradores de origen menestral que vieron en la propiedad privada de bienes inmuebles un ascensor social. Fue el caso de Andrés Mínguez, que, en 1854 declaraba ser jornalero y, gracias a la compra de bienes nacionales y otras tierras, logró considerable patrimonio. Andrés murió abintestato en 1867, lo mismo que su hijo, motivo por el cual, en el acto de aceptación de bienes, en 1871, el notario Felipe Lamparero hizo una pormenorizada descripción de su patrimonio, y el origen de este. Su patrimonio se componía de una casa y varias tierras en el pago del Churrico, cerca del pueblo de Iriépal, “a más del pequeño ajuar de casa que no merece mencionarse siquiera por su exiguo valor”. La casa, situada en la calle Mercado Nuevo, se componía de un portal, una cocina, una sala y dos alcobas. Andrés recibió por herencia de sus padres una cuarta parte de la casa. En 1839, él y su hermano Blas compraron a sus hermanas las dos cuartas partes que habían recibido por herencia, y en 1860, Andrés compró a su hermano su parte. Su riqueza rústica, por el contrario, no procedía de herencia alguna, sino por compra de bienes nacionales. La parcela más importante, una tierra con un olivo de tercera calidad de 31 áreas de superficie, fue cedida por Felipe Pérez, un rematante, en 1865, aunque, a la muerte de Andrés, todavía quedaban plazos por pagar. El resto de tierras fueron adquiridas por compra a Juan Lamas Gayoso, un vecino de la ciudad.

Para adquirir sus propiedades, Andrés contrajo varias deudas. El fallecido debía 4.187 reales a Policarpo García Cardiel, en concepto de “*pan y dinero para subvenir a necesidades apremiantes de su casa*”, que, con los intereses, ascendía a más de 6.000, más otros 1.000 reales a su yerno, Francisco Rodríguez, por las obras que había realizado en su casa, y varias contribuciones atrasadas. Al acto de aceptación de la herencia acudieron su esposa, Venancia Muñoz, de 66 años, y todos sus hijos, Justa, de 38 años, con su esposo, Gregorio Alcolea, panaderos, Pedro, de 30 años, jornalero, María, de 26, viuda, Rufo, de 37, capataz de la vía férrea de Madrid a Zaragoza, casado y vecino de Baidés, y Claudia, de 42, la esposa de Francisco, vecinos de Madrid. La aceptación de la herencia comportaba también la asunción de las deudas, y los hijos de Andrés renunciaron a la casa, que quedó en manos de Claudia y Francisco, a condición de afrontar los débitos del padre y permitir a la viuda el usufructo vitalicio de la vivienda. Venancia, heredera de su hijo, recibió las siete tierras, con el compromiso de pagar los plazos que se deben de la primera de ellas a la Hacienda, y se comprometió a pagar las cuotas de contribución y las reparaciones necesarias para el mantenimiento de la vivienda. En caso de que Claudia y Francisco desearan ocupar la vivienda, se comprometieron a mantener en ella a Venancia, y alimentarla hasta su muerte, librándola de las cargas y contribuciones de la vivienda⁴⁵⁸.

⁴⁵⁷ OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, GÓMEZ BRAVO, Gutmaro y CARMONA PASCUAL, Pablo: *La ciudad oculta...* (op. cit.).

⁴⁵⁸ AHPGU-PTC, 3434/1.

Figura 2.4. Patrimonio de Andrés Mínguez Bocero (1871)

Tipo	Descripción	Localización	Extensión (m²)	Valor (pts.)	Procedencia
Urbana	Casa de una planta y sotabanco	Calle Mercado Nuevo	101,00	2.027,00	Una cuarta parte por herencia de sus padres. Las otras tres por compra a sus hermanos (1839 y 1860)
	Corral anexo al anterior, con cuadras		147,00		
Rústica	Tierra con un olivo de 3ª	Cuesta de Lucema, junto al barranco de Churrico (en dirección a Iriépal)	3.105,00	190,00	Bienes nacionales; cesión (1865)
	Tierras de labor		1.035,00	12,00	Compra a Juan Lamas Gayoso (1865)
			6.986,00	52,00	
			1.227,00	52,00	
			2.580,00	22,00	
			2.329,00	15,00	
			1.227,00	12,00	
Total			18.737,00	2.382,00	

Fuente: Elaboración propia, a partir de AHPG-PTC, 3434/1.

Con todo, el caso de la familia Mínguez fue poco habitual, porque las subastas favorecieron a una burguesía especulativa radicada en la capital de la provincia y, sobre todo, en Madrid, y propiciaron la formación de una pequeña oligarquía de pequeños labradores que vieron incrementados sus patrimonios y su poder local, en unas comunidades en las que la autoridad tradicional del Antiguo Régimen se derrumbó casi por completo. Esos labradores, convertidos en una auténtica aristocracia agraria, conquistaron lentamente su renovada posición, merced a las ventas de bienes desamortizados y a un sistema electoral que favorecía la implantación de diversas fórmulas de patronazgo caciquil⁴⁵⁹. La ley desamortizadora de Madoz, teóricamente, protegió los derechos de los Ayuntamientos y los censatarios, exceptuando de las privatizaciones los bienes de propios que aquellos consideraran indispensables y privilegiando el acceso a la propiedad de quienes las habían trabajado antes de las enajenaciones. Pero muchos bienes de propios, inicialmente exceptuados, terminaron siendo desamortizados, privándose a los vecinos de una de sus fuentes de recursos tradicionales. En cuanto a los censatarios, la medida tuvo un efecto más teórico que real, puesto que la compra de las tierras comportaba una inversión de capital que, en un contexto dominado por la agricultura de subsistencia, los campesinos no tenían. Los colonos, jornaleros y arrendatarios difícilmente accedieron a la propiedad, lo que les hizo perder sus derechos sobre las tierras que habían trabajado hasta entonces y vieron alejarse

⁴⁵⁹ OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “La formación...”

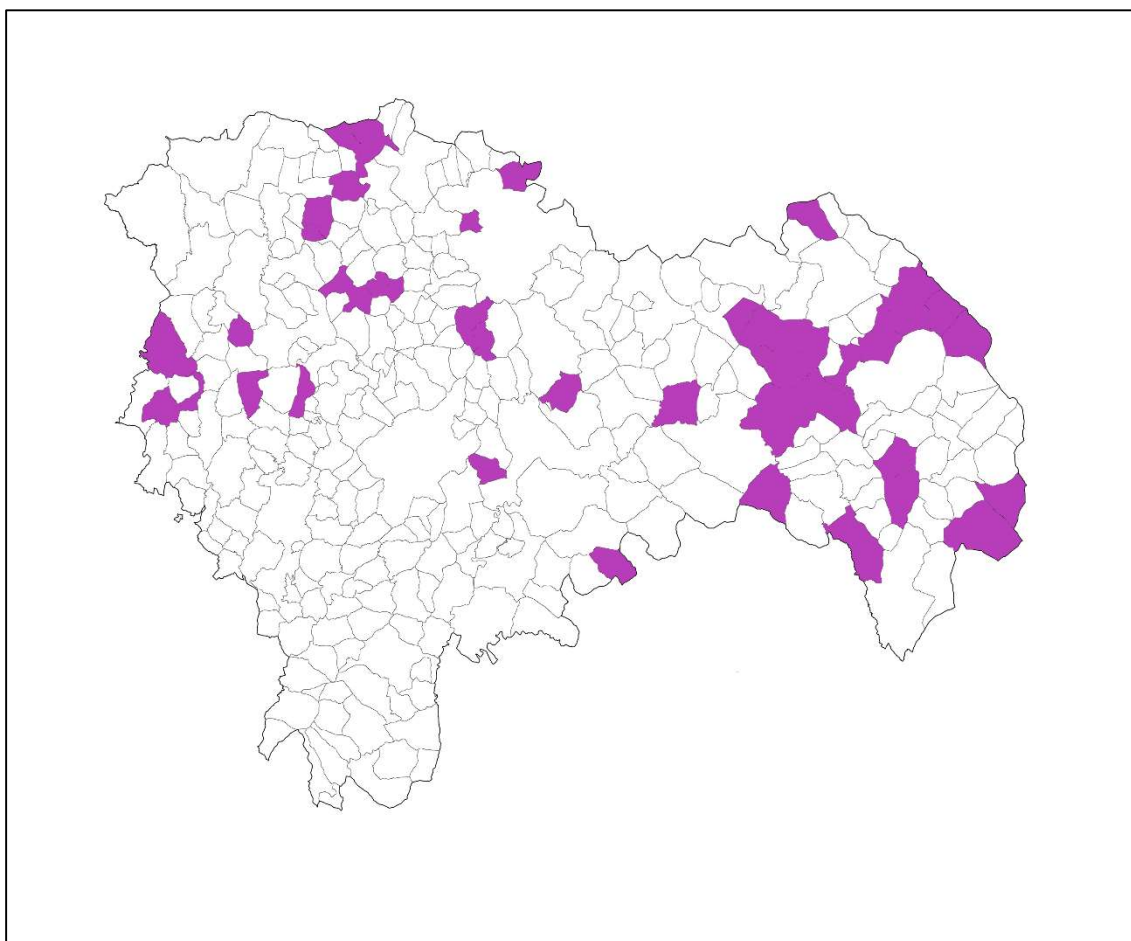
para siempre la expectativa de adquirir una heredad que les permitiera quedarse en sus pueblos.

2.4. La lucha por la tierra: resistencia comunal y conflictos de intereses

Los cambios promovidos por las desamortizaciones no lograron sus objetivos declarados, pero contribuyeron decisivamente a consolidar una serie de transformaciones que ya se habían emprendido en el Antiguo Régimen, cuya manifestación más visible fue el auge de una burguesía agraria formada por labradores que accedieron a la propiedad de la tierra o incrementaron sus patrimonios, desplazando o creando nuevas condiciones para colonos, arrendatarios y jornaleros que se vieron privados de su acceso a las tierras comunales o desposeídos de las tierras que trabajaron mediante censos a perpetuidad durante siglos. La reforma agraria liberal ahondó en la desigualdad entre los poseedores de la tierra y los que carecían de ella, pero un análisis de su complejo desarrollo no se resuelve únicamente mediante la fórmula de la regresión. Tampoco faltaron las transformaciones técnicas, aunque la mayoría ya se habían introducido en la centuria precedente, como lo había hecho el cambio de mentalidad de los campesinos, cada vez más individualistas e interesados en la propiedad de la tierra.

Los principales damnificados fueron los jornaleros, aparceros y colonos, que se beneficiaban de los recursos que obtenían en los montes y tierras de labor, y utilizaban molinos y hornos, libremente o mediante el pago de un canon. En muchos pueblos, los propios vecinos se asociaron para adquirir los bienes desamortizados. En toda la provincia se formaron 76 asociaciones comunales, especialmente en los pueblos del Señorío de Molina y las Serranías. En Mirabueno, partido de Sigüenza, 57 vecinos compraron en 1859 el monte de 600 fanegas desamortizado por 603.450 reales, uno de los remates más cuantiosos de cuantos se pagaron en la provincia durante el proceso desamortizador. En Miedes de Atienza, los 89 vecinos asociados pagaron 299.800 reales por la dehesa y el molino harinero. En este caso, los vecinos estaban encabezados por el presbítero Lorenzo Cerrada, que terminó convirtiéndose en su alcalde. En algunos casos, las asociaciones comunales trascendían los límites del municipio, como ocurrió en Adobes y Tordesilos, dos pueblos del Señorío de Molina donde los ganaderos adquirieron conjuntamente las 444 fanegas de baldíos del primero de ellos en 1861. El movimiento asociativo de solidaridad y resistencia desencadenado por el proceso desamortizador tuvo continuidad en las décadas siguientes, como prueba el caso de La Toba, donde los vecinos se asociaron en 1879 para adquirir la dehesa boyal.

Figura 2.5. Localización de los municipios con asociaciones vecinales de compradores de bienes desamortizados (1859-1882)



Fuente: Elaboración propia, a partir de González Marzo (2008).

En ocasiones, la resistencia comunal dio lugar a manifestaciones y ciclos de protestas. En La Yunta, en el partido de Molina, la venta de uno de sus predios comunales fue objeto de un motín en 1869. A principios de ese año, dos testaferros molineses se hicieron sucesivamente con la propiedad de uno de sus montes de propios, de una extensión de 1.000 fanegas. En abril, la comisión provincial de ventas adjudicó la propiedad a tres consocios del vecino pueblo de Bello, en la provincia de Teruel. El 17 de agosto, cuando el juez del partido de Molina, acompañado por el promotor fiscal, el escribano y varios alguaciles, acudió a La Yunta para otorgar la propiedad del terreno, los vecinos, encabezados por varias mujeres, se amotinaron, agrediendo al primero de ellos e insultando al resto⁴⁶⁰. En los días siguientes, alrededor de 50 personas fueron detenidas y trasladadas a la cárcel del partido. Lejos de cesar en su empeño de recuperar su monte, varios vecinos del pueblo se organizaron para reunir las fianzas. La finca no se vendió a los compradores de Bello, sino a una asociación formada por los vecinos de La

⁴⁶⁰ *La Discusión*, 24-8-1869.

Yunta por 47.000 reales, la misma cantidad satisfecha por el primer rematante⁴⁶¹. Aunque no disponemos de demasiada información sobre este tipo de prácticas, la resistencia de los vecinos de los pueblos contra la enajenación de los bienes que consideraban que pertenecían a la comunidad debió de ser fuerte hasta comienzos del siglo XX. En 1900, en el pueblo serrano de Villaverde del Ducado, los vecinos se amotinaron e incendiaron el pinar, enfrentándose a la Guardia Civil⁴⁶².

La activa resistencia comunal en el Señorío molinés y los partidos de Atienza y Sigüenza se explica, sobre todo, por el peso que la ganadería, el aprovechamiento forestal y el uso comunal tenían en esas comarcas. En el caso molinés, además, la oposición a la privatización y repartición de la tierra revela la fuerza que la costumbre y el arraigo que la economía comunal y el autogobierno local conservaban desde hacía siglos⁴⁶³. En la comarca, de hecho, la Comunidad de la Tierra de Molina siguió funcionando, de facto, durante todo el siglo XIX⁴⁶⁴. La pervivencia de esta institución evidencia la fuerte identidad regional del Señorío, que casi operaba como una provincia dentro de otra. Tales razones podrían explicar por qué los habitantes de la comarca permanecieron sujetos a la tierra, y el Señorío apenas registró pérdidas demográficas, salvo en la cabecera del partido. El peso de la economía comunal, en cualquier caso, fue mayor en las pequeñas comunidades rurales que en los municipios más poblados, donde la privatización había sido más intensa. Ejemplos de ambas dinámicas encontramos en los casos de Tortuera, que se había desligado el Común de Molina en 1688⁴⁶⁵, mientras en Checa, la privatización de los ejidos está documentada, al menos, desde mediados del siglo XVIII⁴⁶⁶. En cualquier caso, la conciencia comunal gozó de una prolongada vigencia, incluso entre muchos habitantes que emigraron del Señorío.

No por azar, uno de los defensores más combativos de la restitución de la propiedad comunal en nuestro país fue un socialista originario de la localidad de Alustante, Lucio Martínez Gil. Nacido en 1883 e hijo de una mujer viuda, vivió hasta los 10 años entre Alustante y Megina, donde residía su abuelo, hasta que la familia se trasladó, primero a Zaragoza y, finalmente, a Madrid⁴⁶⁷. En la capital fue presidente de la

⁴⁶¹ GONZÁLEZ MARZO, Félix: *La Desamortización de Madoz...* (op. cit.), pp. 79-80.

⁴⁶² Flores y Abejas, 22-7-1900.

⁴⁶³ SOLER PÉREZ, Francisco: *Los comunes de villa y tierra...* (op. cit.), pp. 89-92.

⁴⁶⁴ La resistencia ante la implantación del modelo capitalista evidencia el funcionamiento de una marcada identidad comarcal. La identidad del Señorío se recoge explícitamente en el Estatuto de Autonomía de Castilla-La Mancha, que, en su articulado reconoce “el hecho de comunidades supramunicipales, tales como las de Villa y Tierra, el Señorío de Molina y análogas”. En 2012 surgió un movimiento ciudadano, “La Otra Guadalajara”, que reivindica una mejora de las infraestructuras y los servicios públicos en la comarca. Sobre la continuidad de la Comunidad de la Tierra de Molina y la identidad de la comarca, véase: SANZ MARTÍNEZ, Diego: *El patrimonio cultural y la identidad como factores de desarrollo de la sociedad rural. Prospección de recursos para un turismo cultural en el Señorío de Molina de Aragón (Guadalajara)* (Tesis doctoral). Madrid, Universidad Complutense, 2015, p. 59. Disponible en: <https://eprints.ucm.es/29403/1/T35939.pdf>.

⁴⁶⁵ SOLER PÉREZ, Francisco: *Los comunes de villa y tierra...* (op. cit.), pp. 85-86.

⁴⁶⁶ SANZ MARTÍNEZ, Diego: *El patrimonio cultural...* (op. cit.), p. 488.

⁴⁶⁷ BORRELL MERLÍN, María Dolores: *Lucio Martínez Gil: representación política y liderazgo sindical*. Toledo, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 2002; SANZ MARTÍNEZ, Diego: *Alustante antes*

Juventud Socialista, fundador y primer secretario general de la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra, concejal y diputado⁴⁶⁸. Durante el debate sobre la Ley de Reforma Agraria, en 1932, Lucio Martínez Gil hizo una encendida defensa de la devolución a los pueblos de “los bienes que son suyos y que les fueron arrebatados en la época de la monarquía” y llegó a proponer la recuperación de los bienes desaparecidos por las roturaciones⁴⁶⁹.

En la Alcarria y la Campiña del Henares, donde la pequeña propiedad agraria destinada a la producción de cereal estaba muy extendida y las prácticas relacionadas con la privatización, apropiación, enajenación o parcelación de los bienes comunales ya venían practicándose desde antes –probablemente desde la Guerra de la Independencia⁴⁷⁰–, la consolidación o el aumento de la pequeña propiedad empujó a muchos campesinos asalariados a la emigración permanente. Algunos de los pueblos más afectados por el proceso desamortizador, como Algora (4.700 fanegas), Pajares (3.329 fanegas), Bujarrabal (3.103 fanegas), Argecilla (2.017 fanegas) o Budia (1.914 fanegas) perdieron entre un 20 % y un 40 % de su población entre 1857 y 1887. En estos municipios, el cambio de titularidad de los bienes comunales adoptó distinto signo: en Argecilla, donde la propiedad nobiliaria de los Mendoza tenía sólidas raíces, los propietarios de gran poder adquisitivo se repartieron los montes, las dehesas, los prados y los baldíos; en Budia, el proceso benefició a labradores modestos, que, en la mayor parte de los casos, empleaban poca mano de obra asalariada.

En la capital, la resistencia a las privatizaciones fue muy enconada, no solo entre los jornaleros y pequeños labradores, sino entre otros colectivos, y ello a pesar de que los bienes de propios y comunales se habían visto mermados por sucesivas enajenaciones durante el Antiguo Régimen. Las apropiaciones no fueron exclusivas en la capital, aunque en ella alcanzaron niveles superlativos. Afectaron a toda la comarca de la Campiña, hasta tal punto que Josefina Gómez Mendoza llegó a referirse a “un verdadero proceso desamortizador” desde el siglo XVI⁴⁷¹. El proceso fue una consecuencia de la necesidad de nuevas tierras agrícolas, debido a la creciente demanda de cereal panificable para el abasto de Guadalajara, Alcalá de Henares y, sobre todo, Madrid, que se surtía, en buena

de ayer: crónica fotográfica de casi un siglo de historia (1898-1978). Valencia, Asociación Cultural Hontanar, 2000.

⁴⁶⁸ Sobre su trayectoria en Madrid, véase: SABORIT, Andrés: *Apuntes históricos: Pablo Iglesias, el PSOE y la UGT*. Madrid, Fundación Pablo Iglesias, s. f., especialmente, pp. 802-805 y 1.942-1.949. Disponible en: https://www.fpabloiglesias.es/0_Resources/apuntes_historicos_pablo_iglesias_psoe_y_ugt.pdf.

⁴⁶⁹ CRUZ ARTACHO, Salvador; GONZÁLEZ DE MOLINA, Manuel; HERRERA GONZÁLEZ DE MOLINA, Antonio: “Los bienes comunales y el socialismo español, 1888-1936”, en PIQUERAS ARENAS, José Antonio (coord.): *Bienes comunales: propiedad, arraigo y apropiación*. Madrid, Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente, 2002, p. 276.

⁴⁷⁰ LLOPIS AGELÁN, Enrique: “Algunas consideraciones acerca de la producción agraria castellana en los veinticinco últimos años del Antiguo Régimen”, en GARCÍA SANZ, Ángel y GARRABOU, Ramón (eds.): *Historia agraria de la España contemporánea (I): Cambio social y nuevas formas de propiedad*. Barcelona, Crítica, 1985, pp. 136-141.

⁴⁷¹ GÓMEZ MENDOZA, Josefina: *Agricultura y expansión urbana... (op. cit.)*, p. 93.

medida, del grano y el pan procedentes de la Campiña y la Alcarria⁴⁷². El “primer asalto a la propiedad comunal”⁴⁷³ se desencadenó hacia 1530, cuando dieciocho pueblos del alfoz de Guadalajara solicitaron a la Corona la enajenación y licencia de roturo de las tierras del Común. El Consejo de Hacienda, argumentando que, con ello, se procedería a repartir la tierra “bien y justamente” entre los particulares, falló a favor de la mayoría de los pueblos, que, en dos fases sucesivas (1531 y 1559), se apropiaron de más de 12.000 fanegas de tierra⁴⁷⁴. El objetivo declarado por el Consejo estuvo lejos de lograrse, pues ni se creó una nueva propiedad comunal privativa de cada pueblo, ni el reparto entre los vecinos fue equitativo, ya que, mientras el 8 % de los compradores accedió al usufructo del 36 % de lo enajenado, dos terceras partes de los vecinos tuvieron que conformarse con el 24 % de las tierras. Insatisfecha la ciudad de Guadalajara, y sobre todo, los ganaderos que figuraban a la cabeza de la elite local, en 1561, el Concejo compró “todas las tierras arrompidas dentro de su mojonera”⁴⁷⁵.

A partir de 1580, se inició una nueva ofensiva, protagonizada por labradores ricos y miembros del estamento nobiliario y de la oligarquía local, cuyo resultado fue una fuerte especulación que lanzó a agricultores y ganaderos a una lucha sin cuartel por la tierra y desestabilizó el precario equilibrio entre ambos colectivos. Los arriacenses se vieron privados de casi 3.000 fanegas de sus propios, adquiridas a la Corona solo dos décadas antes. Nuevamente, la especulación perjudicó al Común, que vio subordinados sus viejos derechos a los intereses del mercado. En el caso de las tierras de sembradura de los propios, se generalizaron las pujas al comienzo de las campañas agrícolas, a las que concurrían los mayores propietarios, pero también algunos labradores medianos. El resultado de las enajenaciones fue una propiedad desigualmente repartida en la mayor parte de pueblos de la Campiña que, si bien no dio lugar al desarrollo de la gran propiedad ni el latifundismo, sí propició la formación de una oligarquía terrateniente absentista que detentaba la propiedad o el uso de la mayor parte y las mejores tierras. La lucha por el control de la tierra devino en frecuentes conflictos, que trataron de resolverse mediante una Concordia entre los ganaderos y los Ayuntamientos de Guadalajara y los pueblos colindantes, en 1741. A través de ella, se instauró un frágil equilibrio entre el Concejo de la capital, los de los pueblos, los agricultores, los ganaderos y los vecinos de la ciudad y las localidades del entorno, que siguieron dedicándose a la saca de leña.

⁴⁷² La Alcarria y la Campiña eran uno de los mercados de grano de los que se surtía la Corte en el Antiguo Régimen, aunque su importancia era complementaria respecto a Castilla la Vieja y la Mancha. DE CASTRO, Concepción: *El pan de Madrid. El abasto de las ciudades españolas del Antiguo Régimen*. Madrid, Alianza, 1987, p. 268.

⁴⁷³ GÓMEZ MENDOZA, Josefina: *Agricultura y expansión urbana...* (op. cit.), p. 93.

⁴⁷⁴ Conocemos bien el caso de Horche, cuya disputa con la ciudad se había iniciado a finales del siglo XV. En 1488, la aldea recibió un privilegio para que sus vecinos pudieran “labrar y plantar” en el término llamado de la Sierra, que se amplió en 1530 a 15 yuntas de tierra. Una Real Cédula de 1533 confirmaba la “asignación de las tierras antecedentes y el repartimiento hecho entre los vecinos”. Cuatro años después, la aldea recibió el título de villa, lo que equivalía a independizarse de su vieja jurisdicción. TALAMANCO, Juan: *Historia de la Ilustre y leal villa de Orche, Señora de sí misma, con todas las prerrogativas de Señorío, y vassallage* (sic). Madrid, Imprenta del Convento de Nuestra Señora de la Merced, 1748, p. 291.

⁴⁷⁵ Ibid., pp. 92-96.

El equilibrio terminó rompiéndose a mediados del siglo XIX. Mientras pudo, el Ayuntamiento patrocinó una entente entre los arrendatarios de los bienes de propios y los todopoderosos ganaderos, amparándose en la salvaguarda de los viejos usos y costumbres, al tiempo que hacía la vista gorda ante las cortas de leña llevadas a cabo por los vecinos. Pero el triunfo de la propiedad privada sobre el usufructo terminó provocando frecuentes conflictos en la década de 1840, que se resolvieron definitivamente a raíz de la desamortización civil. A comienzos de ese período se advertían indicios de una lucha por el control de la tierra. En 1841, los ganaderos solicitaron que el Ayuntamiento les permitiera conservar sus ganados en los montes de la ciudad, a lo que el consistorio accedió⁴⁷⁶. En febrero de 1845 era patente el conflicto entre los sacadores de leña y los propietarios y arrendatarios de algunos montes que habían pertenecido al clero. Entonces, Victoriano Muñoz Dorado, vecino de Horche que tenía arrendado el monte del Carmen a su comprador, Severiano Páez Jaramillo, solicitó que se le permitiera denunciar a los leñeros que extrajeran leñas del monte y otorgó al Ayuntamiento la autoridad para denunciarlos, cediéndole “la parte de multas que le corresponda como dueño de las referidas leñas”⁴⁷⁷. La intervención del Consistorio a favor de un particular sobre los intereses de los vecinos, aun en un monte de propiedad privada, anunciaba el inicio de una ofensiva contra los vecinos que cortaban leña en los montes de la ciudad.

En febrero de 1847, el guarda mayor de Montes puso en conocimiento del Concejo los “carboneos que se estaban verificando” y pidió que en la otoñada próxima se adoptara “una medida severa” contra esa práctica⁴⁷⁸. Al cabo de unos días, el guarda mayor volvió a intervenir, esta vez para solicitar que se permitiera el carboneo en los cuarteles de Navalpolo y Cabeza de Marta, “aun cuando no tienen los verdores de ordenanza”, a lo que el Ayuntamiento terminó accediendo⁴⁷⁹. En abril volvió a suscitarse un nuevo conflicto, en esta ocasión entre el Ayuntamiento y la Junta del Sesmo de Ganaderos, que, enterados de que el Consistorio proyectaba arrendar los pastos de los montes de propios “para atender con sus productos a las atenciones municipales” y de que, en consecuencia, planeaba actualizar la Concordia con los pueblos, protestaron contra la subasta y se comprometieron a intervenir en la redacción de una nueva concordia⁴⁸⁰. La comisión de Montes negó la capacidad de interlocución a los ganaderos, advirtiéndoles de que la negociación de la concordia correspondía únicamente a los municipios y ofreció a los ganaderos un contrato de arrendamiento, en lugar del derecho de libre uso del que venían disfrutando, por 24.000 reales⁴⁸¹. Pero la presión del representante de los ganaderos, Severiano Verda⁴⁸², terminó dando sus frutos, y el Ayuntamiento claudicó, reconociendo a los ganaderos el reconocimiento como interlocutores que reclamaban⁴⁸³ y suspendiendo

⁴⁷⁶ AMGU-AS, 141573, 12-5-1841.

⁴⁷⁷ AMGU-AS, 141577, 12-2-1845.

⁴⁷⁸ AMGU-AS, 141579, 6-2-1847.

⁴⁷⁹ AMGU-AS, 141579, 17-2-1847.

⁴⁸⁰ AMGU-AS, 141579, 1-5-1847.

⁴⁸¹ AMGU-AS, 141579, 8-5-1847.

⁴⁸² AMGU-AS, 141579, 19-5-1847, 28-6-1847.

⁴⁸³ AMGU-AS, 141579, 12-6-1847.

las rozas en tres cuarteles del Monte Alcarria, cuyo uso cedió a los ganaderos de la ciudad y los pueblos aledaños⁴⁸⁴. En septiembre de ese año se renovó la Concordia⁴⁸⁵. En ella, el Ayuntamiento se comprometió a conciliar los intereses de los ganaderos y los arrendatarios de los montes, comprometiéndose a autorizar el carboneo en un solo cuartel del Monte Alcarria cada año⁴⁸⁶.

A pesar de la Concordia, en los años siguientes arreciaron las tensiones entre los ganaderos y el Ayuntamiento, cuya principal fuente de recursos era el arrendamiento de los montes para el carboneo y la caza. En junio de 1852, la Junta del Sesmo solicitó que se señalaran los dos cuarteles destinados a pastos, se aclararan los abrevaderos y se suprimiera la caza en el Monte Alcarria, “por los perjuicios que irroga a la ganadería el acotamiento de dicha caza consumiendo los pastos”, a lo que el Concejo respondió que no estaba obligado⁴⁸⁷. La actitud del Consistorio evidenciaba la importancia económica que había adquirido el arrendamiento de los montes a particulares, a los que permitía utilizar el instrumental apetecido. En septiembre de 1852, el comisario de Montes de la provincia solicitó que no se llevara a cabo la roza del Monte de Iriépal y cuestionó el empleo de azadones en ese procedimiento, a lo que el consistorio respondió que “de ningún modo considera este Ayuntamiento perjudicial se ejecute la roza con boquilla, antes por el contrario, según aconseja la experiencia resulta ser más útil que con podón porque con aquella se cortan las plantas entre dos tierras brotando enseguida sin perder verdor alguno”⁴⁸⁸. Meses después, el alcalde solicitó al gobernador que prohibiera el aprovechamiento de las leñas bajas “caídas del podón” libremente por los vecinos de los pueblos de la mancomunidad⁴⁸⁹. De ese modo, la noticia de que el gobierno preparaba un decreto desamortizador que afectaba a los montes de propios motivó una protesta de la comisión de Montes, “opinando sería altamente perjudicialísimo la enagenación (*sic*) en cualquier forma de los Montes de Propios”⁴⁹⁰.

La hostilidad del Ayuntamiento de mayoría moderada hacia los intereses de los ganaderos se suavizó parcialmente tras las elecciones de diputados y concejales de 1853. Ese año, el progresista José María Medrano, vinculado por su matrimonio a la familia Del Vado, radicada en la Campiña del Henares y dedicada a la ganadería, obtuvo el acta de diputado por el distrito de la capital, y sus correligionarios ganaron la mayoría de escaños en el Ayuntamiento. Desde comienzos de 1854, el concejal de la mayoría, Joaquín Sancho Garrido, actuó favorablemente a las demandas de los ganaderos. Al poco tiempo de tomar posesión, Sancho denunció el estado de los montes de la ciudad como consecuencia de la inacción de los guardas y el carboneo que realizaban clandestinamente los habitantes de los pueblos vecinos y solicitó que se “acordaran las medidas convenientes a estirpar (*sic*)

⁴⁸⁴ AMGU-AS, 141579, 10-10-1847.

⁴⁸⁵ AMGU-AS, 141579, 22-9-1847.

⁴⁸⁶ AMGU-AS, 141586, 20-3-1854.

⁴⁸⁷ AMGU-AS, 141584, 19-6-1852.

⁴⁸⁸ AMGU-AS, 141584, 8-9-1852.

⁴⁸⁹ AMGU-AS, 141583, 18-1-1853.

⁴⁹⁰ AMGU-AS, 141583, 31-8-1853.

los males que se notan en los mismos”⁴⁹¹. Unos días después, varios leñadores protestaron por la vigilancia impuesta por el Ayuntamiento en los montes, “hasta el punto de no dejarles sacar las leñas inútiles, único recurso con que cuentan en la presente estación para atender al sustento de su indigente familia”⁴⁹².

El cambio de actitud del Concejo no pudo mantenerse por mucho tiempo, porque el Ayuntamiento necesitaba recursos para desplegar un ambicioso plan de reformas urbanísticas, que esperaba obtener mediante el arrendamiento de sus bienes de propios. El gobernador autorizó la corta por entresaco en cinco cuarteles del Monte Alcarria (Corrales Nuevos, Mingo Lozano, la Rueda, Nava del Peral y Cabeza de Alcohete)⁴⁹³, y la comisión municipal de Montes acogió favorablemente que se llevara a cabo el carboneo en los tres primeros, y aun en otro más, Valfrió, aunque lo descartó los dos últimos “porque se aumentarán los tallares del monte perjudicando los derechos de la mancomunidad de ganaderos y no daría los buenos resultados que la comisión se promete para el arrendamiento de la caza, otro de los recursos aplicados a las proyectadas obras”⁴⁹⁴. La mancomunidad de ganaderos protestó por conducto del concejal Sancho, solicitando su comparecencia en el salón de plenos⁴⁹⁵. El 20 de marzo, en sesión ordinaria, el representante de la Junta, el ganadero de Alovera Manuel del Vado, se presentó ante el pleno, expresando su disconformidad con la autorización del carboneo en los cuarteles tallares designados por el gobernador, pues ello suponía reducir los destinados al pasto, advirtiéndole que “no será posible sostener la ganadería del Sesmo, a que se agrega también el considerable daño que ocasiona en los mismos la caza”. El representante del Sesmo, que invocó la Concordia de 1847, sugirió, sin embargo, que se practicara la corta en el cuartel de la Rueda, designado ese año como cuartel tallar según la Concordia, y también en los puntos del monte donde la espesura de la vegetación lo requiriera. Así mismo, Del Vado propuso que se suprimieran los arrendamientos de cotos, y en su lugar, se concedieran licencias individuales de caza. El Ayuntamiento se comprometió a estudiar las propuestas de los ganaderos, pero no se pronunció⁴⁹⁶. En julio, los ganaderos volvieron a presionar al Ayuntamiento, esta vez para solicitar que se les permitiera el libre pasto y se les condonara la deuda de 24.000 reales que tenían contraída con el municipio, pero este aceptó únicamente flexibilizar el plazo del pago⁴⁹⁷.

La situación dio un giro tras la revolución de julio de 1854. Joaquín Sancho, principal valedor del Sesmo, fue nombrado alcalde de la ciudad, en sustitución del moderado Joaquín Corrido, circunstancia que allanó el camino a una concordia entre el consistorio y la Junta del Sesmo muy favorable a los intereses de esta. El acuerdo reconocía a los ganaderos el derecho de libre pasto en catorce de los diecisiete cuarteles

⁴⁹¹ AMGU-AS, 141586, 7-1-1854, 11-1-1854.

⁴⁹² AMGU-AS, 141586, 18-1-1854.

⁴⁹³ AMGU-AS, 141586, 1-3-1854.

⁴⁹⁴ AMGU-AS, 141586, 8-3-1854.

⁴⁹⁵ AMGU-AS, 141586, 15-3-1854.

⁴⁹⁶ AMGU-AS, 141586, 20-3-1854.

⁴⁹⁷ AMGU-AS, 141586, 28-7-1854.

del Monte Alcarria para la invernada de 1854 a 1855 y de once de ellos en el de 1855 a 1856. Así mismo, los ganaderos aceptaban la corta de leña en los cuarteles previstos por el Ayuntamiento, a trueque de que no se realizaran cortas en el invierno de 1855 a 1856⁴⁹⁸. La victoria de los ganaderos en la concordia no puso fin a la larga lucha por los montes⁴⁹⁹, más bien al contrario. Lejos de conformarse, su triunfo los animó a tratar de ampliar su dominio sobre el espacio forestal de la ciudad, solicitando nuevamente al Ayuntamiento la cancelación de los contratos de caza⁵⁰⁰. El Consistorio hizo caso omiso, pues los concejales eran algunos de los principales beneficiarios de las licencias. A la cabeza figuraba precisamente Joaquín Sancho Garrido, el exalcalde progresista, que fue denunciado por practicar la actividad cinegética en un lugar no permitido, en unión de otros concejales⁵⁰¹. Pero el gobernador impuso la supresión de los contratos de caza en los montes de propios⁵⁰². El Concejo, por su parte, procedió a la venta de algunos de sus montes, como el del Villar, en 1855⁵⁰³.

Los privilegios de pastos, las licencias de caza y los arrendamientos significaban una masiva apropiación del espacio forestal de la ciudad por la elite, que fue confirmada y amplificada por el proceso desamortizador que afectaba principalmente a los bienes de los Ayuntamientos, decretado por Madoz en febrero de 1855. Hasta entonces, los pequeños labradores y los jornaleros se habían beneficiado de un modelo de usufruto a perpetuidad, que, a pesar de las protestas de los guardas y los arrendatarios, ofrecía algunas posibilidades de obtener recursos complementarios de forma más o menos libre. Sin embargo, la transformación de la propiedad pública arrendada en propiedad privada impedía la viabilidad del sistema y provocó un agravio colectivo en defensa de la economía moral. Finalmente, fueron declarados en venta el Monte Alcarria y el de Iriépal, y poco a poco se consumó el definitivo asalto a la propiedad comunal. Pero en 1860, la ciudad todavía conservaba parte de su patrimonio forestal y agrícola, lo que, unido al origen forastero de los nuevos propietarios y arrendatarios, sugiere que muchos de los potenciales compradores de la ciudad eludieron participar en el asalto a la propiedad comunal. El Ayuntamiento persistió, no obstante, en su pretensión de obtener liquidez a toda costa, y el Monte del Campo, inicialmente declarado excluido, fue puesto en venta en 1864 y entregado al mejor postor, lo mismo que los anteriores, a pesar de la oposición de los ganaderos⁵⁰⁴.

Con el nuevo marco legal y político creado por la Desamortización civil, la definitiva quiebra del débil equilibrio que había funcionado hasta entonces era cuestión de tiempo. En 1856, en un contexto de agitación que recorrió todo el país y tuvo su centro

⁴⁹⁸ AMG-AS, 141586, 10-10-1854.

⁴⁹⁹ BASCUÑÁN AÑOVER, Óscar: La lucha por los montes. Conflicto y política en la Sierra de Cuenca durante la Restauración", *Historia Agraria*, 61 (2013), pp. 45-77.

⁵⁰⁰ AMG-AS, 141587, 1-1-1855.

⁵⁰¹ AMG-AS, 141588, 8-5-1856.

⁵⁰² AMG-AS, 141587, 7-2-1855.

⁵⁰³ AMG-AS, 141587, 1-1-1855, 22-12-1855.

⁵⁰⁴ AMG-AS, 141598, 1-1-1864. El Monte del Campo fue adquirido por Dámaso Godín, un comprador de Daganzo. GÓMEZ MENDOZA, Josefina: *Agricultura y expansión urbana...* (op. cit.), p. 202.

neurálgico en algunas ciudades de Castilla, Guadalajara y sus montes fueron el escenario de un conflicto abierto, desencadenado por la detención de una treintena de vecinos del Arrabal del Agua que fueron sorprendidos cortando leña en el cuartel de Valfrío, en el Monte Alcarria. Según el guarda de Montes, Ruperto Cartas, los “dañadores” habían talado trece cargas de leña, que suponían “mil cuarenta pies carbonales de encina”. Pese a las detenciones, el Ayuntamiento admitió explícitamente que eran “insuficientes los medios coercitivos al alcance de la Municipalidad para el control del bandalismo (*sic*) de los dañadores, que, en cuadrillas y con resistencia viva hacen ilusoria la fuerza de los Guardas de Montes”. Así, el pleno municipal acordó dirigirse al gobernador civil, “escitando (*sic*) el celo de su autoridad superior para que se sirva adoptar las providencias más enérgicas a extinguir (*sic*) radicalmente el mal que amenaza la completa destrucción de dichos Montes”⁵⁰⁵. Las detenciones provocaron el estallido de un motín ante la cárcel protagonizado por varios vecinos del arrabal, que pedían la excarcelación de los detenidos, aunque, según la prensa madrileña, la algarada no llegó a mayores⁵⁰⁶.

⁵⁰⁵ AMGU-AS, 141588, 26-1-1856.

⁵⁰⁶ *La Nación*, 1-3-1856.

Figura 2.6. Destino de los bienes de propios de la ciudad de Guadalajara (1860)

Bienes	Uso	Características	Propietario (1860)	Producto (rs.)
Monte del Alamín	Monte bajo	8.500 fanegas de 3ª		19.125,00
Dehesa de los Machos	Monte bajo	500 fanegas de 3ª	Víctor Garay	1.125,00
Monte del Campo	Monte bajo	1.000 fanegas de 3ª		2.250,00
Puntal de Molina	Vid	2.000 vides de 2ª y 3ª	A. March I. Soto	1.219,41
Navagaliana (Monte Alcarria)	Tierra	17 fanegas de 3ª	Lorenzo Sánchez	1.415,42
La Marañoso (Monte Alcarria)	Tierra	11 fanegas de 3ª	Arrendada a Celedonio Tomás de la Sen	915,86
Navarredonda (Monte Alcarria)	Tierra	25 fanegas de 2ª y 3ª	Arrendada a Tomás Martínez (Loranca)	2.587,06
Nava de Montenegro (Monte Alcarria)	Tierra	16 fanegas de 2ª y 3ª	Martín Rodríguez (El Pozo). Arrendada a Julián Coronado (El Pozo)	1.669,20
Navabarbero (Monte Alcarria)	Tierra	14 fanegas de 3ª	Lorenzo Sánchez (Chiloeches). Arrendada a Antonio Flores (Valdarachas)	1.165,64
Monte del Campo (1ª suerte)	Tierra	16 fanegas de 3ª		1.332,16
Monte del Campo (2ª suerte)	Tierra	24 fanegas de 3ª	Arrendada a Félix Recuero (Usanos). Cesa el arrendamiento	1.998,24
Monte del Campo (3ª suerte)	Tierra	12 fanegas de 3ª		999,12
Monte del Campo (4ª suerte)	Tierra	24 fanegas de 3ª		1.998,24
Barranco del Capón	Tierra	5 fanegas de 3ª	Arrendada a Celestino García (Cabanillas)	416,30
Cuesta de San Cristóbal	Tejar	1 fanega		83,26
Teatro	Teatro	Situado en la Calle Mayor		584,00
Total				38.884,41

Fuente: Elaboración propia, a partir del amillaramiento de 1863 (AHPGU-H, 156).

En los meses siguientes se vivieron momentos de tensión, provocados por el alza del precio de las subsistencias, cuyo momento álgido tuvo lugar el 15 de mayo, coincidiendo con la visita a la ciudad del presidente del Consejo de Ministros, el general Espartero. Ese mismo día, por la mañana, una multitud había protagonizado un tumulto para protestar por el precio del pan. Los ánimos de los manifestantes se caldearon cuando se difundió el rumor de que el alcalde progresista, José Martínez Brihuega, había advertido que “el que quiera trigo que vaya a mis graneros; pero lo ha de pagar a cinco duros fanega”. A la llegada del duque de la Victoria, por la tarde, la comitiva se trasladó a la Academia de Ingenieros y un grupo de personas lanzó mueras al alcalde, “ese judío, ese usurero, ese ladrón”⁵⁰⁷. La violencia verbal de la multitud contra Martínez Brihuega sugiere que la causa de su desafección hacia el primer edil, figura que representaba la autoridad tradicional en el Antiguo Régimen, podía ir más allá de la indignación producida por sus declaraciones, y no parece ocioso pensar que el desprecio de los vecinos podía estar relacionado con el hecho de que ese mismo año Martínez Brihuega fue uno de los redentores de censos de los bienes de propios de la ciudad, por un lote que alcanzó una considerable suma, 1.125 reales⁵⁰⁸.

El clima de tensión se prolongó durante los meses siguientes, coincidiendo con los disturbios que se extendieron en verano por toda Castilla⁵⁰⁹. Independientemente de la aparente falta de relación entre las motivaciones de las protestas desencadenadas por la privatización de los montes de propios y la crisis de subsistencias, la conflictividad que se vivió ese año es sintomática de la intensa politización de los habitantes de las clases populares, que se movilizaron para defender su economía moral recurriendo a un lenguaje propio de la comunidad. La complejidad de sus motivaciones, la naturaleza modular de sus protestas y la búsqueda de publicidad para sus acciones ponen en cuestión la imagen espasmódica y prepolítica que muchas veces se ha atribuido a la movilización plebeya y confirman que la ciudad era el escenario de una conflictividad latente, sobre la que se asentaban los fundamentos de una nueva política.

2.5. La nueva notabilidad: teoría y práctica de la clase ociosa

Las Desamortizaciones crearon un marco político y cultural favorable a la especulación. La compra de bienes nacionales fue una vía de acumulación capitalista por la que transitaron, y una fuente de capital simbólico de la que bebieron, los miembros de la elite local, formada por los representantes de la vieja oligarquía municipal, los labradores arrendatarios o pequeño-propietarios, los altos funcionarios implicados en la composición de los inventarios y la ejecución de las subastas y un heterogéneo grupo de profesionales liberales, artesanos y empleados públicos o privados previamente

⁵⁰⁷ *El Bolear*, 28-5-1856.

⁵⁰⁸ *BOPG*, 21-3-1856.

⁵⁰⁹ MORENO LÁZARO, Javier: *Los hermanos de Rebeca: motines y amotinados a mediados del siglo XIX en Castilla la Vieja y León*. Palencia, Región Editorial, 2009.

enriquecidos como consecuencia de la expansión experimentada por la ciudad al convertirse en capital. Todos ellos constituían una notabilidad sumamente heterogénea desde el punto de vista de su origen social y profesional, pero fuertemente cohesionada a través de su *habitus* de clase⁵¹⁰, en el que adquirieron un valor fundamental la adquisición de propiedades inmobiliarias y, sobre todo, agrarias, una identidad articulada en torno a los valores individualistas y utilitaristas burgueses, su sociabilidad compartida en espacios como el Casino o los Ateneos y la participación de casi todos ellos en la política institucional del municipio y la provincia –incluida la que desarrollaron en organizaciones como el Cabildo de Labradores– como vías para afirmar su estatus y lograr prebendas⁵¹¹.

Los procesos desamortizadores de 1836 y 1841 propiciaron la transformación de la vieja oligarquía concejil en burguesía propietaria. Los descendientes de los hidalgos y labradores enriquecidos que accedieron al gobierno de la ciudad en el siglo XVIII vieron refrendada su posición socioeconómica mediante el incremento de sus propiedades. A este grupo pertenecía Gregorio García Tabernero, padre de Diego García Martínez. Gregorio era hijo del maestro de obras del Concejo en el siglo XVIII, que llegó a ser síndico personero, diputado del Común y corregidor durante la ocupación napoleónica. En el Trienio, García Tabernero ocupó la alcaldía en dos ocasiones, lo que le proporcionó visibilidad como líder del progresismo a la muerte de Fernando VII. Su prominencia le llevó a intentar acceder al Estamento de Procuradores, para el que fue elegido en 1834, pero sus rentas resultaron insuficientes⁵¹². En 1836, se convirtió en uno de los principales rematantes de la provincia, al adquirir bienes por un valor de 258.321 reales, repartidos en 88 fincas⁵¹³. En su memoria como presidente de la Sociedad Económica de Amigos del País, en 1834, García Tabernero hizo profesión de su oficio como labrador y propietario, pues “dedicado toda mi vida al cultivo, y mejora de un pequeño patrimonio que heredé de mis mayores, movido de su ejemplo y de mi natural inclinación a la agricultura”⁵¹⁴.

Mayor fue la inversión realizada por su hijo Diego García Martínez, que, con menos de 30 años de edad al iniciarse las ventas –había nacido en 1813– compró 1.598 fincas con una extensión de 1.127,4 hectáreas, por valor de 1.137.710 reales, convirtiéndose en el segundo mayor rematante de la provincia⁵¹⁵. Entre 1855 y 1872 volvió a comprar bienes desamortizados, esa vez por un valor de 277.365 y una extensión de 1.258 fanegas, en fincas situadas en la Campiña y la Serranía, la mayoría de ellas en Sigüenza, lugar de procedencia de su esposa, Casilda Gamboa, que pertenecía a una de las familias más poderosas de la ciudad episcopal⁵¹⁶. Los bienes adquiridos fueron la base

⁵¹⁰ BOURDIEU, Pierre: *La distinción...* (*op. cit.*), p. 100.

⁵¹¹ OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “El proceso de formación de la nueva elite de poder local en la provincia de Madrid (1836-1874)”, en *Madrid en la sociedad del siglo XIX* (volumen 1). Madrid, Consejería de Cultura de la Comunidad de Madrid, Revista Alfoz, 1986, pp. 378-379.

⁵¹² CALERO DELSO, Juan Pablo: *Elite y clase...* (*op. cit.*), p. 86.

⁵¹³ LÓPEZ PUERTA, Luis: *La Desamortización eclesiástica...* (*op. cit.*), p. 193.

⁵¹⁴ *BOPG*, 2-7-1834.

⁵¹⁵ LÓPEZ PUERTA, Luis: *La Desamortización...* (*op. cit.*)

⁵¹⁶ GONZÁLEZ MARZO, Félix: *La desamortización...* (*op. cit.*), p. 244

de un abultado patrimonio agrario e inmobiliario, que proporcionaron a García unas rentas de más de 40.000 reales en 1863. García tuvo en su patrimonio agrícola la principal base de su poder, y dedicó una parte mínima de su capital a negocios de bajo riesgo, como la minería argentífera de Hiendelaencina, para la que fundó la sociedad minera Santa Casilda⁵¹⁷, o la compra de una modesta fábrica de teja y ladrillo⁵¹⁸. Al propio tiempo, fue uno de los fundadores del Casino y su primer presidente, lo que le permitió afirmar sus vínculos con la elite local. En octubre de 1875, la Diputación Provincial publicó la lista de mayores contribuyentes de la provincia por contribución territorial, para formar las listas de electores y elegibles en las elecciones de senadores, y García, que figuraba en el décimo lugar, reclamó a la Comisión que corrigiera la cuota que se indicaba por la que realmente satisfacía, 3.112 pesetas. Subsano el error, García fue reubicado en el quinto lugar, siendo superado solo por el duque de Osuna e Infantado, los condes de Vegamar y Goyeneche y el industrial briocense Justo Hernández Pareja⁵¹⁹.

Su fortuna y su capital social le proporcionaron una base segura para el ejercicio de la política institucional. García lideró el progresismo y el fusionismo, y fue alcalde de la ciudad (1841), diputado a Cortes por Almería, Sevilla, Guadalajara y Sigüenza (1843, 1846, 1854, 1863 y 1869), presidente de la Diputación Provincial (1868) y senador, por Guadalajara (1871, 1872 y 1881) y vitalicio (1886)⁵²⁰. En sus intervenciones en las Cortes, García se erigió en un ardiente defensor de la propiedad privada. En uno de los debates sobre la Ley de Desamortización proyectada por su correligionario Pascual Madoz, en abril de 1855, el diputado defendió una enmienda que trataba de suprimir los condominios, enfatizando en la prevalencia del derecho de propiedad sobre el de uso. En su intervención, García señaló que “hay muchos que son dueños del suelo y no del cielo (...), es decir, del arbolado. El arbolado puede pertenecer a un dueño y el suelo a otro, y estos sucede con frecuencia en las fincas pertenecientes a propios”⁵²¹. Su aprecio por la propiedad privada le llevó a polemizar agriamente con los ministros de Fomento y Gobernación en otro de los debates sobre la ley, a cuenta de su defensa de una enmienda en la que solicitaba que se concediera libertad a las instituciones de beneficencia e instrucción pública a destinar el producto de bienes desamortizados a la creación de bancos hipotecarios y la construcción de obras públicas⁵²². Del conservadurismo y paternalismo de García dan cuenta algunas de sus intervenciones en la Cámara, como una en la que solicitó al Gobierno que pagara la deuda que tenía contraída con el clero⁵²³ y otra en la que votó contra la concesión de pensiones a las familias de tres rebeldes progresistas fusilados en los valles de Hecho y Ansó, en 1844, siendo “consecuente con mis doctrinas”, pues consideraba que “dar una pensión al que puede trabajar, es como

⁵¹⁷ CALERO DELSO, Juan Pablo: *Elite y clase...* (op. cit.), p. 92.

⁵¹⁸ Lista cobratoria de la Contribución industrial y de comercio, 1883-1884.

⁵¹⁹ BOPG, 20-10-1875; 1-11-1875; 6-12-1875.

⁵²⁰ CALERO DELSO, Juan Pablo: *Elite y clase...* (op. cit.), p. 86.

⁵²¹ DSC, 24-4-1855.

⁵²² DSC, 26-4-1855.

⁵²³ DSC, 16-7-1855.

decirle que no trabaje”⁵²⁴. En junio de 1856, García volvió a mostrar su desprecio por la multitud, al solicitar al Gobierno que enviara tropas para reprimir los motines que se estaban produciendo en la provincia con “el pretexto (*sic*) de la subida del pan”⁵²⁵.

Figura 2.7. Riqueza rústica y urbana de Diego García Martínez en la ciudad de Guadalajara (1858)

Riqueza	Uso y ubicación	Características	Renta (reales)
Rústica	Una viña en la posesión de los Parrales	10.500 vides de 1ª y 10.900 de 2ª, más 10 fanegas de tierra de 2ª	21.388,38
	Doce Tierras en Huerta de San Antonio, Campillo bajo (tres), Campillo alto (tres), La Salinera, Benalague, Camino de Chiloeches, Durama y El Serranillo	Pequeña y media extensión, de hasta 8 fanegas en La Salinera y Campillo Alto	5.455,23
	Una dehesa en Valdeapa	1.140 fanegas de 3ª	9.013,20
	Un olivar en El Azúcar	13 olivos de 2ª y 3ª (arrendados a Cosme Uría)	68,69
	Diez tierras en Haza del Cuervo, Cuesta de Lucena, La Colmenilla (dos), Caminos de Iriépal y Taracena, Cuevas del Alamin, San Roque y Cuesta de Hita	Pequeña extensión, de hasta 3 fanegas, de 2ª y 3ª (arrendadas a Cosme Uría)	2.082,36
Urbana	Seis casas en las calles Mayor (tres), Herrera y Miranda y la posesión de Los Parrales	La más importante en la calle Herrera produce 2.104 reales	4.176,00
	Un corral en la Hondonada		136,00
Total			42.319,86

Fuente: Elaboración propia, a partir del amillaramiento de 1858 (AHPG-H, 154).

En la legislatura de 1863, García tuvo un papel más discreto, aunque volvió a hacer gala de su talante conservador en el debate de un proyecto de ley sobre la creación de un cuerpo de guardia rural, en el que defendió “la urgencia de la creación de un cuerpo que proteja los campos” para salvaguardar los intereses de la propiedad y la agricultura⁵²⁶. Diputado de nuevo en las Cortes Constituyentes de 1869, García trabajó conjuntamente con los otros dos diputados progresistas por la circunscripción, Manuel del Vado y Joaquín Sancho, al que calificó como “mi amigo y compañero”⁵²⁷, y suavizó el tono rígido

⁵²⁴ DSC, 21-6-1855.

⁵²⁵ *El Clamor Público*, 2-6-1856.

⁵²⁶ DSC, 23-5-1864.

⁵²⁷ DSC, 23-10-1869.

y ortodoxo de las anteriores legislaturas, lo mismo para elevar a la cámara una solicitud del Ayuntamiento de Guadalajara sobre la supresión de las quintas⁵²⁸ que para calificar de “impopular” la contribución de consumos, aunque admitiera su restitución por la grave situación financiera que atravesaban los ayuntamientos⁵²⁹ o para defender la “excepción del derecho adquirido cuando hay plantaciones” a la hora de calcular el canon que pagaban los agricultores por el disfrute de los canales de riego, rectificando así la postura mantenida en 1855 sobre la propiedad y el uso de la tierra⁵³⁰.

En la cúspide de la elite progresista también se situaba otro descendiente de la oligarquía municipal, José Domingo de Udaeta y Ferro, el esposo de Inés Romo y tutor de Ana de Torres, que vivieron en la Plazuela de la Cotilla. Udaeta, sin embargo, pertenecía a una familia de comerciantes alaveses establecidos en Madrid, donde varios de sus miembros se dedicaron al comercio⁵³¹, y en Guadalajara, donde, a finales del siglo XVIII se establecieron su padre, Antonio Pablo Udaeta e Ibarrola, y los hermanos de este, Juan Francisco y José Ramón. Los dos primeros emparentaron con dos destacadas familias de comerciantes, mientras que el tercero conservó su soltería, se dedicó al comercio y adquirió algunos bienes nacionales, que le permitieron incrementar el patrimonio acumulado mediante el producto de su actividad profesional y las herencias de su hermano y su cuñada⁵³². En 1854, según su testamentaria, José Ramón de Udaeta contaba con un patrimonio compuesto por dos casas, dos tierras, un olivar y una viña y más de 150.000 reales, a los que se sumaba “una tierra de dos o tres fanegas en el lugar de Zuaza, provincia de Álava, merindad de Ayala, que me legó mi padre en su última disposición”, reveladora de la modesta procedencia familiar del testador. La desproporción entre su exiguo patrimonio inmobiliario –la mayoría recibido por herencia de sus familiares– y el líquido que repartió entre sus sobrinos sugieren un modelo inversor basado en la especulación financiera y el préstamo, entre cuyos beneficiarios se encontraba un sobrino residente en Madrid, al que pedía un interés del 6 % anual.

El principal beneficiario de su testamento fue otro de sus sobrinos, Román Mendieta y Udaeta, llegado desde Álava para trabajar en el comercio de su tío. Mendieta reprodujo la conducta de su tío y mentor y permaneció soltero, convirtiéndose en uno de los más destacados comerciantes de la ciudad, en la que llegó a ser el vigesimosegundo mayor contribuyente en 1866. Concejal de la Unión Liberal en 1857 y 1864, su carrera política no alcanzó el vuelo de la de su primo José Domingo, sino que más bien se orientó a otorgarle visibilidad como uno de los notables que manejaban los hilos de la ciudad y

⁵²⁸ DSC, 18-3-1869.

⁵²⁹ DSC, 18-3-1870.

⁵³⁰ DSC, 4-2-1870.

⁵³¹ RUIZ DE AZÚA, Estíbaliz: *La Congregación de San Ignacio: el asociacionismo vasco en Madrid en el umbral del siglo XX*. Vitoria, Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco, 2018; SOLA CORBACHO, Juan Carlos: “El papel de la organización familiar en la dinámica del sector mercantil madrileño a finales del siglo XVIII”, *Historia Social*, 32 (1998), p. 6; MARTÍNEZ BORRALLA, Antonio: “Comerciantes vascos en los cinco Gremios Mayores de Madrid”, *Magallánica. Revista de Historia Moderna*, 4 (7) (2017), p. 158.

⁵³² LÓPEZ PUERTA, Luis: *La Desamortización de Mendizábal...* (op. cit.).

proporcionarle las relaciones necesarias para conservar una posición dominante. En 1869, Mendieta adquirió uno de los bienes de propios enajenados, la dehesa boyal de la ciudad, por la que pagó 400.000 reales, lo que le permitió escalar posiciones en la lista de mayores contribuyentes, en la que alcanzó el decimoquinto lugar en 1884. A Román Mendieta no le interesaban los pastos sino para arrendarlos⁵³³ y, tal vez, optó por su compra siguiendo la pauta propia del habitus de la burguesía local, pero, aunque orientó parte de su patrimonio a la compra de bienes inmuebles urbanos y rústicos, conservó su comercio de tejidos finos, una actividad por la que pagaba 300,19 pesetas, una de las cuotas más altas de la contribución industrial, que suponía una cuarta parte de las contribuciones que satisfacía. La trayectoria de Román Mendieta era, sin embargo, poco habitual en la ciudad, donde la mayoría de la elite prefirió las seguridades que ofrecía el mercado inmobiliario y agrícola.

Era el caso del propio José Domingo Udaeta, su primo. Este se dedicó al ejercicio de la abogacía para después invertir en el exiguo y rudimentario sector industrial de la ciudad, pero terminó abandonando su actividad empresarial para vivir de las rentas que le proporcionaba su patrimonio agrícola e inmobiliario. En 1853, José Domingo Udaeta era propietario de una fábrica de teja y ladrillo y un molino de aceite con dos vigas y se dedicaba a la administración de fincas, actividades por las que satisfacía 370 reales. Treinta años después, en 1884, solo figuraba en la lista de contribuyentes por su cuota de contribución territorial, que ascendía a 2.386,97 pesetas, la cuarta más alta de la ciudad. Udaeta había adquirido una parte sustancial de su patrimonio en las subastas de bienes nacionales. Durante la Desamortización de Mendizábal, el tutor de la marquesa de Villamejor adquirió 1.361 fincas, por un valor de 257.195 reales, distribuidas por toda la provincia⁵³⁴. Tras decretarse la Desamortización general, Udaeta volvió a comprar bienes nacionales, por un valor de 339.134 reales y una extensión de 5.566 fanegas, aunque, en aquella ocasión, el tono especulativo de 1836 dejó paso a una mayor selección de los lotes. Entre ellos se encontraban sendos montes en Villaseca de Henares y Cendejas de la Torre, dos municipios del partido de Sigüenza, dos molinos harineros en Yebes y Campillo de Ranas y varias tierras y baldíos⁵³⁵.

⁵³³ BOPG, 20-10-1873.

⁵³⁴ LÓPEZ PUERTA, Luis: *La Desamortización eclesiástica...* (op. cit.), p. 211.

⁵³⁵ GONZÁLEZ MARZO, Félix: *La Desamortización de Madoz...* (op. cit.).

Figura 2.8. Riqueza rústica y urbana de José Domingo Udaeta en la ciudad de Guadalajara (1858)

Riqueza	Uso y ubicación	Características	Renta (reales)
Rústica	Dos viñas en La Alcantarilla y El Tejar	400 vides y 2 fanegas de tierra de 2ª y 3ª	513,30
	Un olivar en La Poza	300 olivos de 3ª	1.295,40
	Veintitrés tierras en Malcabados, Cascarro, Cruz de Piedra, Amparo, Ventilla, Camino de Taracena, Hontanillas, Cotos, Tejar, Pedrosa, Alaminilla, San Bernardo, Romerosa, Matapuercos y Mojardín	Extensión de 1 a 4 fanegas, con olivar de 2ª y 3ª. La más importante (La Pedrosa), 3.000 vides y 120 olivos, más 2 fanegas de tierra	8.313,33
	Seis casas en las calles Mayor (tres), Bardales, Puerta Zaragoza y Salazaras y la Plazuela de San Esteban	La más importante producía 7.008 reales (Mayor), seguida de la de San Esteban (5.336); una en reedificación	16.968,00
Urbana	Una posada en la calle Carbonería		1.374,00
	Un solar en la calle Chorrillo		36,00
	Un corral en el Alamín		52,00
Total			28.552,03

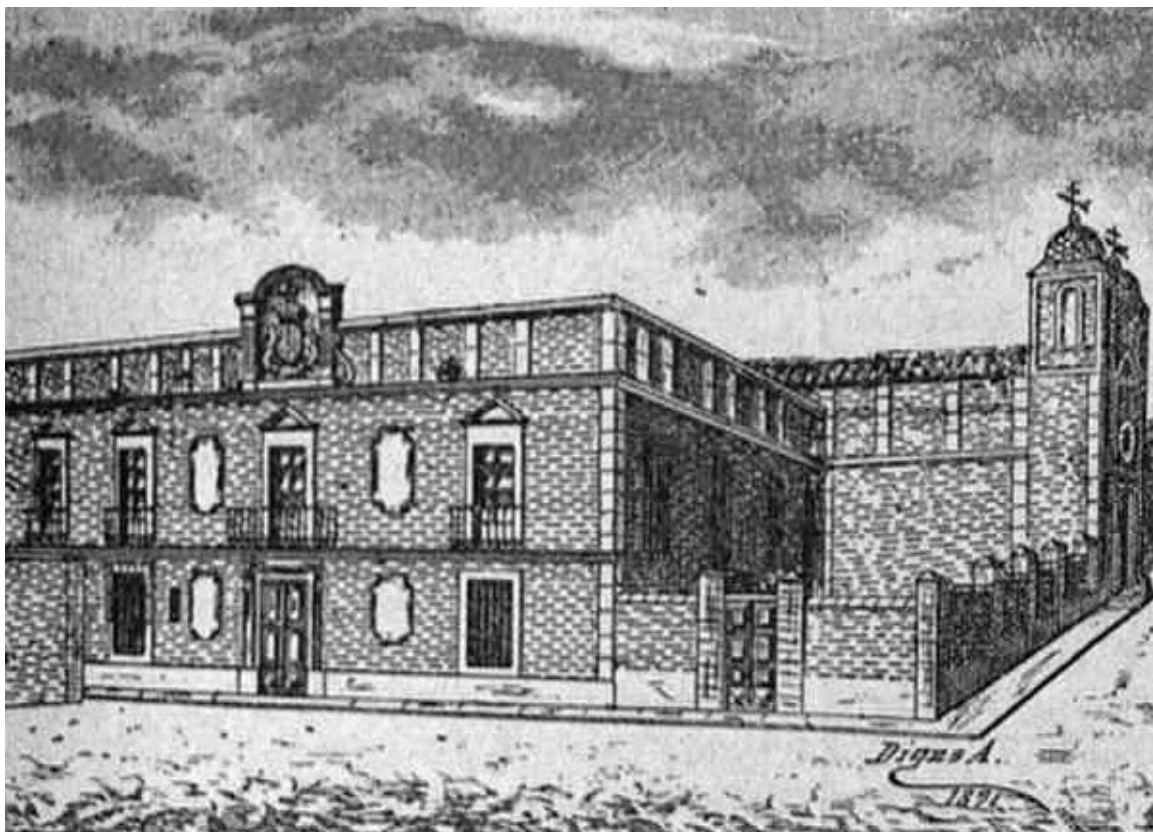
Fuente: Elaboración propia, a partir de AHPG-H, 154.

Las trayectorias de García y Udaeta evidencian el matiz aristocratizante de una parte de la elite guadalajareña, que emuló la conducta de la nobleza rentista. Pero la clase ociosa estaba bien representada en la ciudad por un puñado de familias pertenecientes a la nobleza de cuna. Ninguna de ellas vivía en la ciudad de forma permanente, reproduciendo el comportamiento absentista de la aristocracia del Antiguo Régimen, sino que había llegado a ella para pasar temporadas estivales. La más destacada en los años centrales de la centuria fue la familia de Bernarda López de Dicastillo, condesa de la Vega del Pozo, que, al enviudar, empezó a pasar largas temporadas en la casa-palacio familiar de la plazuela de Beladiez. Sus hijos mantuvieron su vínculo con la ciudad y emprendieron una intensa actividad política y filantrópica en las décadas de 1830 y 1840. Una de ellas, Micaela Desmaissières, vizcondesa de Jorbalán, se dedicó al ejercicio de la beneficencia desde su juventud. En Madrid, donde mantuvo una estrecha relación con Isabel II, fundó una congregación religiosa, las Adoratrices, dedicada a la reeducación de prostitutas y su inserción en el servicio doméstico. En 1934 fue canonizada como Santa María Micaela⁵³⁶.

⁵³⁶ DE LA FUENTE, Vicente: *La vizcondesa de Jorbalán, en el claustro la Madre Sacramento, fundadora del Instituto de Adoratrices del Santísimo*. Madrid, Imp. Vda. e Hija de Gómez Fuentenebro, 1884, p. 12.

Su hermano, Diego, era el diputado moderado elegido en la candidatura del conde de Fabraquer, en 1844. Heredero del título nobiliario de su madre y emparentado con una familia ennoblecida durante el reinado isabelino, Desmaissières fue uno de los compradores del Monte Alcarria, lo que contribuyó a incrementar su arraigo en la ciudad. A su muerte, en 1855, su esposa y la única hija que sobrevivió al matrimonio, María Diega, mantuvieron el vínculo con Guadalajara, donde dedicaron una parte de su patrimonio a la financiación de actividades filantrópicas, que se intensificó a la muerte de la matriarca, ocurrida en la ciudad en 1882. La condesa de la Vega del Pozo, duquesa de Sevillano y marquesa de las Fuentes de Alguazas y de Fuentes de Duero, permaneció soltera y dedicó su fortuna a proyectar su megalomanía a través de las construcciones que encargó al arquitecto Ricardo Velázquez Bosco, tales como un nuevo palacio familiar, una colonia agrícola en el Monte Alcarria y un complejo formado por una casa-asilo y un fastuoso panteón neobizantino, que le sirvió de enterramiento en 1916.

Figura 2.9. Palacio de los condes de la Vega del Pozo



Fuente: *Revista popular* (15-8-1891).

La preferencia de la elite por la inversión inmobiliaria frente a otras actividades más productivas dio forma a un tipo de burguesía propietaria y rentista, dedicada a la

gestión de un patrimonio esencialmente inmobiliario y dinerario, poco proclive a la inversión en actividades productivas y tendente a la conservación del patrimonio mediante la práctica del celibato definitivo. Entre los representantes de los rentistas se encontraba un primo por línea materna de José Domingo Udaeta, José María Romillo Ferro. Romillo se había dedicado al comercio en su juventud, pero, según reconocía en su testamento, se había retirado a los 36 años, en 1839, para dedicarse a la especulación y el préstamo. A su muerte, en 1854, el patrimonio de Romillo ascendía a casi 200.000 reales, repartido entre cuatro casas valoradas en 90.564 reales, varias fincas rústicas tasadas en 28.367 reales, más 19.235 reales en metálico y 55.010 reales en préstamos. Romillo, que estaba soltero, legó su patrimonio a su hermano Juan Francisco, casado y “retirado”, sus hermanas, Petra y María, también solteras, a las que mejoró transfiriéndoles la casa familiar, su criada, Leonarda Agustín y el hermano de esta, Nicasio, a los que legó tres onzas de oro.

La emisión de empréstitos fue una de las principales fuentes de ingresos de la burguesía propietaria, que aprovechó la fiebre especulativa propia de la cultura capitalista para engrosar su hacienda u obtener liquidez mediante el cobro de los intereses. El endeudamiento era una práctica habitual entre los miembros de la élite, como Juan de Dios Bartolomé, que, a su muerte, en 1852, adeudaba más de 14.000 reales a varios acreedores. Su viuda, Estéfana Boitebeg, tuvo que hacerse cargo de las deudas, a las que se sumaron las generadas por la partición de la herencia con los albaceas nombrados por su esposo, Manuel Sáenz de Tejada y Luciano Fernández de Ullibarri, que amenazaron con denunciarla si no satisfacía la deuda. Estéfana ofreció a sus acreedores cuatro tierras de su propiedad, y aun tuvo que implorarles que “en beneficio de los menores [sus hijos] con quienes no están unidos por vínculos de parentesco, aunque de afinidad, la sacaren del conflicto en que se encontraba, comprando por sí las precitadas cuatro fincas”⁵³⁷. Poco a poco, el préstamo entre particulares dio paso a una práctica profesionalizada, como revela el elevado número de contratos suscritos ante notario en la década de 1850. Entre los habituales acreedores se encontraban algunos comerciantes, como Manuel Pablo Sáenz o José Molero. Entre sus deudores eran habituales los labradores, como Tomasa Centenera, que, en marzo y mayo de 1854 suscribió dos préstamos con Molero, el primero, de 1.166 reales, por la “necesidad de cierta cantidad metálica para subvenir a las atenciones de su labranza” y el otro, de 1.000, para responder a “los gastos de la presente recolección de cebada”⁵³⁸.

⁵³⁷ AHPGU-PTC, 3006/5295.

⁵³⁸ AHPGU-PTC, 3006/5295.

Figura 2.10. Inventario de bienes de José María Romillo Ferro (1854)

Tipos de bienes y descripción	Valor (reales)
Fincas urbanas en Guadalajara	90.564,00
Tasadas por Gregorio Martín, profesor de albañilería	
Casa en la plazuela de San Ginés, nº 7, de 4.541 pies cuadrados	31.640,00
Casa con bodega en la plazuela del Carmen, nº 8, de 2.760 pies cuadrados	25.244,00
Casa en la calle del Chorrillo, nº 2, de 2.962 pies cuadrados, con corral (gravada con censo redimible de 1.100 rs.)	5.120,00
4/6 partes de casa en la calle Mayor, nº 86, de 2.011 pies cuadrados toda la casa	28.560,00
Fincas rústicas	28.367,00
Tasadas por Antonio Rojo y Marcelino Prado, labradores de esta ciudad	
En el término de Guadalajara	19.987,00
Majuelo tallar en el pago de La Pedrosa, de 11 fs. y ½ de sembradura con 4.158 cepas y 424 olivos nuevos	10.023,00
Olivar tallar en el pago de la Dehesa con 312 olivos huecos y tallones	2.592,00
Olivar en el pago del Mardal o Ataúd con 79 olivos huecos y tallones	972,00
Olivar en el pago de Zurraque de dos fs. y ½ largas de sembradura con 175 olivos huecos y tallones	2.928,00
2/3 de otro olivar en el mismo pago de Zurraque, que linda con el arroyo de la Fuente, de 4 fs. 11 celemines de tierra con 250 olivos huecos y tallones	3.472,00
En el término de Taracena	8.380,00
Tierra de caber 4 fs. en el barranco de la Muela	1.100,00
Tierra junto a la ermita de la Soledad, de caber 3 fs.	1.000,00
Tierra en la vega, junto al arroyo, de caber 1 f.	600,00
Tierra en la ribera, bajando al prado, de caber 1 f.	350,00
Tierra en Santa Ana en dirección a Tórtola de caber 3 fs. con 27 olivos	842,00
Tierra en las Rinconadas (junto al valle de Torija), de caber 5 y ½ fs.	1.230,00
Tierra en la Olmeda, a orilla del arroyo que baja de Valdenoches, de caber 2 fs.	1.100,00
Tierra en el valle junto al puente que hay pasado el pueblo de 1 f. con 15 olivos	316,00
Tierra en el Corralejo, camino de Tórtola, de 1 f.	200,00
Dos tierras, que están unidas y hacen 3 fs. 9 celemines, en Carramolino, junto a las heras (<i>sic</i>) de los Titos	1.132,00
Tierra en las heras (<i>sic</i>) del Olmo, de 1 f. larga	260,00
Tierra en San Antón, término de Iriépal de 1 f.	250,00
Productos e instrumental agrícola	6.580,00
111 fanegas 3 celemines de trigo existentes en el pueblo de Cabanillas bajo la dirección de Manuel Pablo Sáenz, a 36 rs.	4.005,00
58 y ½ @ de aceite de la última cosecha, existentes en esta ciudad, a 40 rs.	2.340,00
20 cuévanos viejos para la conducción de uvas a 4 rs.	80,00
8 lenzones para coger olivas de distintos usos	155,00
Créditos	55.010,10
Por varios créditos que deben diferentes sujetos, cuya negociación estaba pendiente por D. José M ^a Romillo, en unión de D. Manuel Pablo Sáenz	55.010,10
Metálico	19.235,12
9.592 rs. 12 mrs. que existen en poder de D. Manuel Pablo Sáenz por liquidación de otra cuenta particular	9.592,12
9.643 rs. en oro y plata que se encontraron en la papelera del difunto	9.643,00
Total	199.756,22

Fuente: Elaboración propia, a partir de AHPG-PTC, 3006/5295.

El préstamo con usura contribuyó al enriquecimiento de no pocos prestamistas, agiotistas y logreros, como el propio Molero o Antonio Boixareu Claverol. Este último había llegado a Guadalajara en 1881, procedente de la localidad ilerdense de Pobla de Segur. En la calle de Bardales abrió una tienda de comestibles en la que, asociado con un contratista madrileño de la Calle de la Cebada, se dedicó a la sustitución de quintos para Ultramar “por la insignificante cantidad de 3.000 reales”⁵³⁹. En 1887, Boixareu anunciaba su agencia como la “única autorizada en esta provincia” para llevar a cabo la sustitución⁵⁴⁰, un servicio por el que solicitaba 1.250 pesetas pagaderas en plazos⁵⁴¹, y advertía a sus potenciales clientes de que no se dejaran seducir por las “pomposas y fabulosas ventajas que algunas Empresas ofrecen, en bien suyo sí, pero con perjuicio del que con ellos contrate”⁵⁴². En 1888, Boixareu constituyó una asociación de padres de familia para la redención de los quintos con otros capitalistas de la provincia y de la zona de Tarancón, en Cuenca⁵⁴³. A partir de 1890, la agencia de Boixareu, trasladada a una calle próxima a la Calle Mayor, contó con corresponsales en los principales pueblos de la provincia. La empresa proporcionó a Boixareu visibilidad en la ciudad y le permitió crear una red clientelar que facilitó su dedicación al préstamo con interés del 9 %⁵⁴⁴ y su elección como concejal del partido conservador, en 1895⁵⁴⁵. No tardó Boixareu en caer en la órbita del conde de Romanones, y en las elecciones de 1901 presentó su candidatura a concejal del partido liberal por el primer distrito, aunque no fue elegido⁵⁴⁶.

⁵³⁹ *BOPG*, 16-2-1883.

⁵⁴⁰ *BOPG*, 18-2-1887.

⁵⁴¹ *BOPG*, 30-5-1887.

⁵⁴² *BOPG*, 18-3-1887.

⁵⁴³ *BOPG*, 19-11-1888.

⁵⁴⁴ *AHPGU-PTC*, 4371/316.

⁵⁴⁵ *AMGU-EC*, 147803, 1895.

⁵⁴⁶ *La Región*, 29-10-1901.

Figura 2.11. Contribuyentes con más de 1.000 pesetas de contribución (1884)

Contribuyentes	Contribución anual (pesetas)			Perfil y actividades
	Territorial	Industrial	Total	
Virginia de la Cerda y Gand Rouchefoucauld	6.077,40	0,00	6.077,40	Marquesa de Eguaras, propietaria agrícola
Nieves Sevillano y Sevillano	5.861,53	0,00	5.861,53	Duquesa de Sevillano, propietaria, filántropa
Compañía Peninsular	4.603,90	0,00	4.603,90	Sociedad limitada, propietaria de El Cañal
José Domingo Udaeta y Ferro	2.386,97	0,00	2.386,97	Abogado, exalcalde y exjefe político progresista
Antonio Sierra Milla	468,02	1.842,96	2.310,98	Empresario de diligencias, fondista y propietario agrícola
Benito Vallejo Tapia	974,14	1.225,18	2.199,32	Empresario harinero, propietario y exconcejal
Casimiro Contera Caballero	605,74	1.460,42	2.066,16	Empresario de diligencias, fondista y propietario agrícola
Isidro Sáenz García	1.748,64	78,17	1.826,81	Comisionado del Banco España y exconcejal
Cándido Gil Vargas	179,18	1.644,55	1.823,73	Fábricas de jabón y aceite y concejal
Luis Quintana Casas	1.361,81	0,00	1.361,81	Propietario y teniente coronel retirado
Manuel González Hierro	1.116,59	135,13	1.251,72	Médico cirujano y exalcalde republicano federal
Hijos de Astorga	0,00	1.250,80	1.250,80	Comercio al por mayor
Ezequiel de la Vega	428,72	744,97	1.173,69	Comercio, comisionado del Banco Agrícola y alcalde
José Díaz Sánchez	1.119,95	0,00	1.119,95	Propietario. Alcalde a partir de 1885
Román Mendieta y Udaeta	809,32	300,19	1.109,51	Comercio de tejidos finos, exconcejal
Diego García Martínez	1.073,82	18,76	1.092,58	Propietario, fábrica de teja y ladrillo, exalcalde, exdiputado y senador
Ramona Blanco de Jaramillo	1.048,34	0,00	1.048,34	Propietaria, viuda y heredera de Fernando Páez Jaramillo
Diega Desmaissières y Sevillano	1.004,48	0,00	1.004,48	Condesa de la Vega del Pozo, propietaria, filántropa
Total	30.868,55	8.701,13	39.569,68	

Fuente: Listas cobratorias de la contribución territorial e industrial y de comercio.

La burguesía especulativa, enriquecida como consecuencia de la privatización de la propiedad agrícola e inmobiliaria y del despliegue del mercado capitalista acentuó su hegemonía en la Restauración. La lista de mayores contribuyentes de 1884 refleja la desproporción entre los propietarios, los rentistas y los labradores enriquecidos, por un lado, y los industriales y comerciantes, por otro. Casi el 80 % de las cuotas de contribución satisfechas por los contribuyentes que tributaban por encima de las 1.000 pesetas correspondían a la riqueza rústica y urbana. Solo tres de los dieciocho mayores contribuyentes que figuraban en la lista se dedicaban a alguna actividad industrial, Diego García por su fábrica de teja y ladrillo, Cándido Gil Vargas por sus almazaras y su fábrica de jabón y Benito Vallejo Tapia por la producción de harina. Si en el primer caso, la cuota invita a pensar que la fábrica de García era, en realidad, un modesto tejár, en los otros dos queda patente lo alejada que estaba Guadalajara de la industrialización, dado el carácter tradicional de la producción fabril y su dependencia de la actividad agrícola. El resto de empresarios se dedicaba fundamentalmente al comercio o, como en el caso de Casimiro Contera y Antonio Sierra, a la explotación de la fonda y la empresa de diligencias. Dos de los mayores contribuyentes se dedicaban a actividades financieras como comisionados de bancos, aunque uno de ellos, Isidro Sáenz, lo era del Banco de España y el otro, Ezequiel de la Vega, del Banco Agrícola, lo que evidencia nuevamente la dependencia de la economía local respecto de la administración pública y la agricultura.

La dependencia de la economía local respecto de la agricultura y la administración pública se atenuó, sin embargo, en los decenios siguientes. A principios del XX, coincidiendo con el ensanchamiento del sector de servicios privados, era evidente que la burguesía propietaria y agraria había perdido peso. Algunos industriales, como Lucas de Velasco, propietario de una fábrica de chocolate, Pedro Sánchez Padrino, dedicado a la producción de jabón y la venta de aceite, y el banquero Félix Alvira Pascual, eran propietarios de un abultado patrimonio inmobiliario y agrícola, pero la base de sus negocios ya no era la tierra, sino un complemento o un vestigio del pasado familiar. Varios de los nuevos industriales de la ciudad respondían al modelo del burgués hecho a sí mismo. Algunos de ellos llegaron desde pueblos de la provincia, e hicieron fortuna en la ciudad, donde adquirieron notoriedad y participaron en la política, aunque en muchos casos, esta no tenía un sentido instrumental, sino que era la expresión de una nueva conciencia.

2.6. Grandes expectativas

La masiva privatización de la tierra en la capital y en la provincia generó un optimismo generalizado entre la elite guadalajareña acerca de las posibilidades de enriquecimiento que se abrían merced a su capitalización. Muchos de los nuevos propietarios de tierras y algunos intelectuales apostaron por la modernización agrícola, que esperaban que sirviera de base para el desarrollo industrial, inspirados en su confianza en el progreso y en la seguridad del crecimiento ilimitado propios del primer liberalismo.

Uno de los pioneros defensores de la modernización económica fue Gregorio García Tabernero. En su memoria de 1834 ante la Sociedad Económica de Amigos del País de Guadalajara, defendió enérgicamente la necesidad de una reforma agraria. Convencido de que “la riqueza pública carece de los beneficios que un propietario particular y diligente haría en ellos”⁵⁴⁷, García proponía acabar con un “orden fijo y fatal que nunca mejora”, debido a los antiguos usos comunales, las servidumbres y las cargas propias de un régimen de tenencia de la tierra que favorecía la explotación del campesinado, mayoritariamente compuesto por “meros colonos de una a dos yuntas que sin una tierra propia ni otro capital que el valor de ellas (no siempre suyo todo, pues suelen deber uno o más plazos de su precio) no tienen otro recurso que la esperanza de su futura cosecha”⁵⁴⁸. La privatización y cercamiento de las tierras vinculadas o amortizadas, el uso de mejoras técnicas y la reducción de la extrema fragmentación de la propiedad habrían de poner fin a la “jeneralidad (*sic*) de la decadencia de la agricultura en todo el país”⁵⁴⁹. Con ello, García creía haber encontrado el camino hacia un crecimiento armónico de todos los sectores de actividad económica y de la sociedad en su conjunto, pues la “confluencia de la sangre del cuerpo político en un solo miembro deja sin vida a los demás”⁵⁵⁰.

La implantación del capitalismo agrario puso fin a los viejos usos y, como se ha visto, favoreció la concentración de la propiedad, pero no acabó con los abusos, las cargas o la usura, ni propició la tan ansiada revolución técnica en el campo. Al conservadurismo de la nueva clase de propietarios –la familia García incluida–, se sumaban las fuertes limitaciones ecológicas derivadas de la aridez ambiental y el déficit hídrico de los suelos, como observó el propio García Tabernero, al constatar que “el gran daño que hicieron a los olivos las heladas del invierno de 1830, las sequías que vivieron después y los muchos insectos que les ocasionaron, han disminuido tanto sus productos que el labrador no reporta el coste de su cultivo”⁵⁵¹. Varias décadas después, Juan Dantín Cereceda, certificó las restricciones agroecológicas que ofrecía la provincia de Guadalajara, a su juicio, una de las más áridas de toda España. Dantín, catedrático del Instituto provincial y uno de los más reconocidos geógrafos de su tiempo, dedicó uno de los capítulos de su estudio sobre el cultivo de secano al caso de la provincia, señalando que, si en un terreno pedregoso como el de la Campiña, el cultivo de secano era especialmente poco apropiado, en los valles de erosión y los páramos de la Alcarria y la Serranía, los rendimientos no podían ser sino pobres, debido a la aridez y los fuertes contrastes estacionales. Para solventar las restricciones ambientales, Dantín consideraba necesario que los agricultores “alteren sus costumbres y régimen agrario”, cultivando plantas forrajeras de secano, y se mostraba partidario del barbecho en las zonas de menos de 400 milímetros de precipitación anual,

⁵⁴⁷ BOPG, 30-7-1834.

⁵⁴⁸ BOPG, 2-7-1834.

⁵⁴⁹ BOPG, 4-7-1834.

⁵⁵⁰ BOPG, 18-7-1834.

⁵⁵¹ BOPGU, 4-7-1834, “Memoria presentada a la Sociedad económica de Amigos del País de Guadalajara por su director, D. Gregorio García en su sesión extraordinaria del día 14 de mayo de 1834 (continuación)”, p. 4.

pues facilita la retención de agua, la rotación de cultivos en las más húmedas y el abono natural en ambas. Dantín citaba algunos ejemplos de secano de alto rendimiento, como el de un agricultor de Miralcampo, en Azuqueca, que, había obtenido 17,5 hectolitros de grano por hectárea mediante el uso de superfosfato y manganeso, o su propia experiencia en el cultivo de zulla, que producía 50.000 kilogramos por hectárea de tierra⁵⁵².

Tampoco contribuyó a la expansión agraria la deficiente implantación del regadío en la zona más propicia para ello, la Campiña, donde se proyectó una de las más ambiciosas obras de ingeniería de la época, el Canal del Henares. La paternidad de la infraestructura se atribuye al conde de Aranda, que, en 1771, presentó un proyecto con el que pretendía extender el regadío desde el Henares y el Jarama a las campiñas de Alcalá, Madrid y San Fernando, con el fin de garantizar el abasto madrileño. El proyecto fue retomado a mediados del siglo siguiente por José Pinilla y José del Acebo, beneficiarios en 1859 de la primitiva concesión para la construcción de un canal que pretendía derivar el caudal del río Henares desde un punto situado a dos kilómetros aguas arriba de su confluencia con el arroyo Majamar, hasta el arroyo Torote, un trazado de 42 kilómetros que se extendía por los términos de Yunquera, Fontanar, Marchamalo, Cabanillas, Alovera y Azuqueca, en Guadalajara, y por los de Meco, Camarma y Alcalá, en Madrid. El proyecto contemplaba la adquisición libre del agua por los regantes, a cambio de 344 reales por hectárea, y su realización en seis años, pero, en 1863 se cedió la concesión a la Sociedad Ibérica de Riegos, que amplió la extensión del canal en su origen hasta Humanes, Alarilla y Mohernando y proyectaba penetrar en el caserío de El Cañal y Villanueva de la Torre.

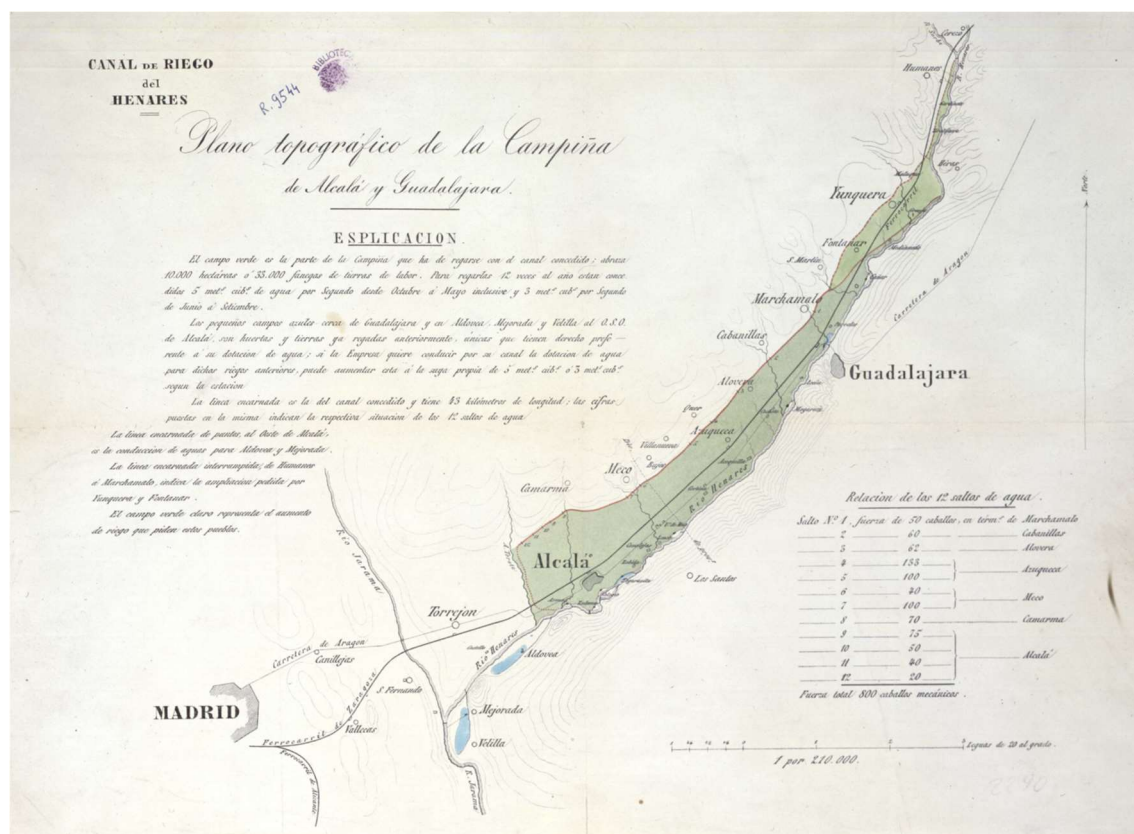
En junio de 1867 se inauguró el primer tramo del canal, los primeros 17 kilómetros, que no llegaba a entrar en la provincia de Madrid. La obra mereció la admiración del ingeniero británico Colin Scott-Moncrieff, responsable años después del despliegue del regadío moderno en el valle del Nilo, no solo por ser el único de su especie que, en España, había sido realizado de acuerdo con “razonables principios de ingeniería”⁵⁵³, sino por el celo puesto por el Gobierno en el respeto a los derechos de los regantes preexistentes y en el intento de evitar los desequilibrios ecológicos en una zona sometida a una fuerte sequía. Así, la primitiva concesión estableció severas restricciones de caudal (3 m³/s en los meses de estiaje y 5 m³/s de octubre a junio), para garantizar el abasto de dos pequeñas acequias que regaban algunos terrenos en Mejorada del Campo y Velilla de San Antonio y favorecer una regular afluencia de caudal durante todo el año. A pesar de la sequía del verano de 1868, la obra de irrigación benefició al cultivo de 2.000 fanegas de cereal y produjo una “asombrosa transformación” de la Campiña

⁵⁵² DANTÍN CERECEDA, Juan: *Dry-Farming Ibérico: cultivo de las Tierras de Secano en las comarcas áridas de España*. Guadalajara, Imp. Gutenberg, 1916, p. 132.

⁵⁵³ SCOTT-MONCRIEFF, Colin Campbell: *Irrigation in Southern Europe: Being the Report of a Tour of Inspection of the Irrigation Works of France, Spain, and Italy, Undertaken in 1867-68 for the Government of India*. Londres, Spon, 1868, p. 117.

guadalajareña, al aplicarse a una extensión similar de barbechos de particulares y de la propia Compañía, en la que se sembraron maíz, judías, patatas, alfalfa y cáñamo⁵⁵⁴.

Figura 2.12. Plano topográfico de la Campiña de Alcalá y Guadalajara



Fuente: Biblioteca Nacional de España.

A pesar de las halagüeñas perspectivas y de las facilidades otorgadas en años sucesivos por el Gobierno –que transformó la concesión inicial de 99 años en una perpetua–, la Sociedad concesionaria quebró tras haber construido 39 kilómetros de los 50 proyectados, al no poder resarcirse del sobrecoste de la obra –siete millones de reales más de los doce presupuestados– mediante los cánones pagados por los regantes en un territorio dominado por la pequeña propiedad, ni estar en condiciones de asumir nuevas obras para compensar las adversas condiciones ecológicas derivadas de los fuertes estiajes del río. La concesión pasó sucesivamente al Banco de Londres y a la Compañía del Canal del Henares –constituida por acreedores de la anterior sociedad–, pero la proliferación de regadíos en el curso alto del Henares y la gestión de la Compañía provocaron frecuentes conflictos, que esta resolvió mediante el corte de compuertas. En

⁵⁵⁴ BONA, Francisco Javier: *Anuario administrativo y estadístico de la provincia de Madrid para el año de 1868*. Madrid, Oficina Tipográfica del Hospicio, 1869, p. 468.

1927, los usuarios, constituidos en Comunidad de Regantes, asumieron la propiedad acogiéndose a la Ley de Auxilios de 1911, percibiendo un crédito del 50 % por parte del Estado⁵⁵⁵.

Las vicisitudes que experimentó la construcción del canal no impidió que la Campiña de Guadalajara diversificara su producción, tradicionalmente destinada al cereal, mediante una modesta expansión de la vid y el cultivo hortícola. En Fontanar, Carlos Drake del Castillo, conde de Vegamar, alardeaba en 1867 de “haber montado una gran labor” en su finca, adquirida durante el proceso desamortizador⁵⁵⁶, en un pleito mantenido con el alcalde de la localidad, a cuenta del uso que éste hacía de su derecho de abrevadero. Según afirmaba Vegamar, en las labores de su viñedo tenía empleados cerca de 80 trabajadores, en un pueblo que entonces contaba con unos 115 hombres, “ya en ellas, ya en otros trabajos”, a lo que el primer edil de la localidad respondía que, si bien el aristócrata se ufanaba de contar con “todos los adelantos y maravillas del *high farming*”, en realidad se trataba de “una cuestión insignificante”⁵⁵⁷. Al margen de si en sus tierras Vegamar introdujo innovaciones técnicas o no, la solución del conflicto entre el conde de Vegamar y el alcalde de Fontanar, en el que el gobernador falló a favor del primer edil, revela hasta qué punto la elite provincial estaba comprometida con los intereses de los ganaderos. En la ciudad de Guadalajara se desencadenó en 1865 un pleito similar entre Dámaso Godín, propietario de uno de los antiguos montes de propios de la ciudad, y la Asociación de Ganaderos, que, invocando provisiones y sentencias de los Reyes Católicos, ganaron el contencioso⁵⁵⁸.

La campiña del Henares, con su moderada expansión del regadío y el policultivo, fue la región agrícola más dinámica de la provincia, en medio de un panorama general marcado por el predominio absoluto del cereal, que tendió a expandirse incluso en zonas de elevada altitud del Señorío de Molina, como Checa⁵⁵⁹. En su crónica de la Exposición Provincial de 1876, el catedrático de Agricultura Antonio Botija Fajardo, reconocía la buena calidad de las producciones hortícolas de los pueblos ribereños y señalaba que, en algunos lugares de la provincia, como la capital o la comarca de Pastrana, algunos cosecheros habían introducido mejoras en la producción de vino y aceite, respectivamente, aunque certificaba que las novedades se debían únicamente a “propietarios acomodados (...) y que si (...) no se hacen mejoras y adelantos, no es siempre debido a la ignorancia o rutina de que se acusa más de lo que debiera a los agricultores”, incapaces de reinvertir sus exiguos capitales y ahogados por la usura. En todo caso, Botija –que llegó a ser diputado por el distrito de Sigüenza-Atienza en 1886–

⁵⁵⁵ GÓMEZ MENDOZA, Josefina: *Agricultura y expansión urbana...* (op. cit.), pp. 221-226.

⁵⁵⁶ GONZÁLEZ MARZO, Félix: *La Desamortización de Madoz...* (op. cit.), p. 218.

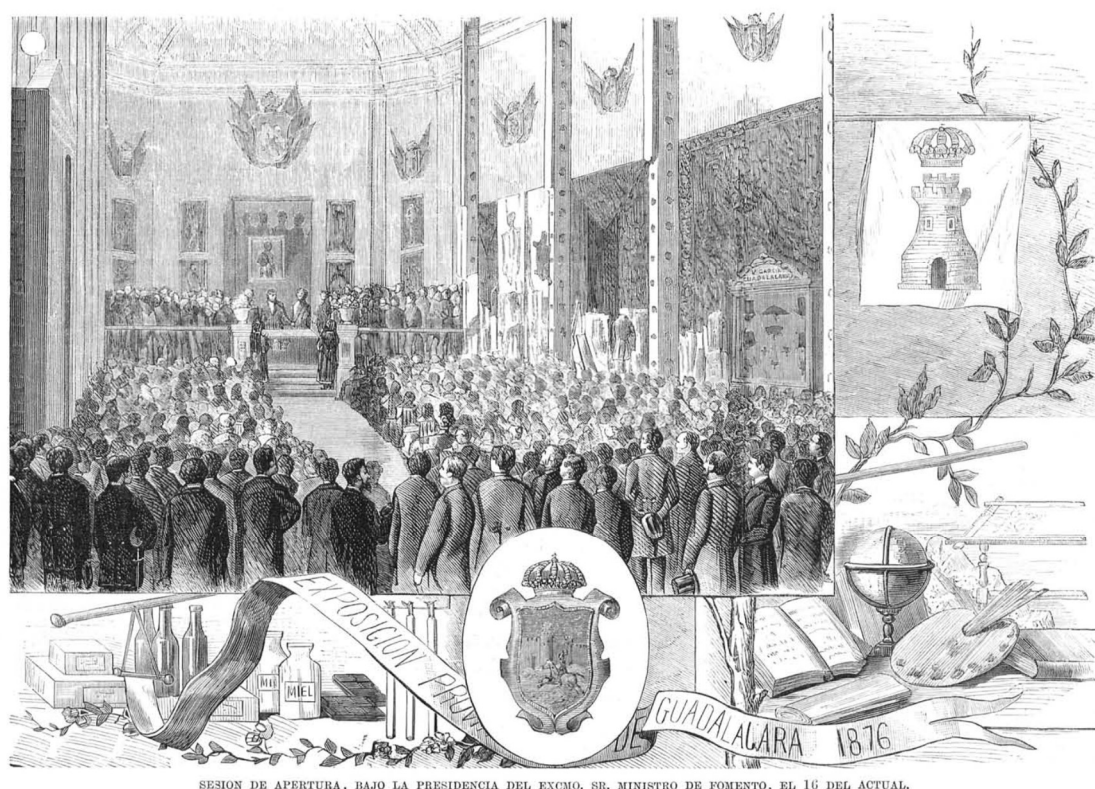
⁵⁵⁷ GÓMEZ MENDOZA, Josefina: *Agricultura y expansión urbana...* (op. cit.), pp. 214-215. La autora recoge las valoraciones de los interesados en el pleito, que se conservan en el Archivo del Ministerio de Agricultura, sobre servidumbres, pastos y vías pecuarias.

⁵⁵⁸ GÓMEZ MENDOZA, Josefina: *Agricultura y expansión urbana...* (op. cit.), p. 220.

⁵⁵⁹ CASTEL, Carlos: *Descripción física, geognóstica, agrícola y forestal de la provincia de Guadalajara*. Madrid, Imp. y Fundición de Manuel Tello, 1881, p. 223.

echaba en falta la utilización de abonos –“ni naturales ni artificiales creemos haber visto ninguno”– y señalaba que el sector primario provincial mostraba serias deficiencias en el capítulo del aprovechamiento de los bosques, que “han desaparecido por la voluntad del hombre y (...) por la voracidad de nuestras administraciones”, y en el capítulo ganadero, habida cuenta de la completa desaparición de “la abundante, en otros tiempos, raza merina”⁵⁶⁰.

Figura 2.13. Inauguración de la Exposición Provincial de Guadalajara (1876)



Fuente: *La Ilustración Española y Americana* (30-10-1876).

Las transformaciones experimentadas por la agricultura en la Campiña, aunque modestas, coincidieron con el crecimiento demográfico de muchos pueblos de la comarca, frenando la sangría demográfica subsiguiente a la reforma agraria liberal. El crecimiento poblacional fue muy intenso en algunos de los municipios atravesados por el canal, como Alarilla, Mohernando, Humanes y Yunquera. Los dos últimos conjugaban ese hecho con la circunstancia de albergar estaciones de la línea de ferrocarril MZA, aunque la dinámica alcista ya se había iniciado a mediados del siglo XIX en casos como

⁵⁶⁰ *Crónica de la Exposición Provincial de Guadalajara*, 22-3-1877. El artículo, “Apuntes sobre la Exposición de Guadalajara” fue publicado originalmente en la *Gaceta Agrícola del Ministerio de Fomento*.

el de Yunquera, que pasó de 652 habitantes a 917 entre 1842 y 1857. En todo caso, la definitiva expansión urbana no se produjo hasta bien avanzado el siglo XX, como consecuencia del proceso de metropolización de Madrid. En otros casos, como el de Marchamalo, municipio muy próximo a Guadalajara, el crecimiento fue más moderado, debido a la atracción ejercida por la ciudad sobre los habitantes del pueblo, que constituían uno de los contingentes de población más numerosos en la capital provincial. El estancamiento de Azuqueca, por su parte, pudo estar relacionado con la atracción de Madrid, con cuya provincia limita el municipio.

Figura 2.14. Crecimiento demográfico en los pueblos del canal del Henares, en la provincia de Guadalajara (1857-1900)

Pueblos	1857	1877	1900	Δ 1857-1877	Δ 1877-1900
Alarilla	437	433	570	-0,9	31,6
Cabanillas del Campo	530	502	591	-5,3	17,7
Fontanar	283	265	299	-6,4	12,8
Yunquera de Henares	917	1.035	1.151	12,9	11,2
Mohernando	194	233	257	20,1	10,3
Humanes	914	1.065	1.171	16,5	10,0
Marchamalo	1.082	1.108	1.199	2,4	8,2
Alovera	470	363	388	-22,8	6,9
Azuqueca de Henares	481	455	476	-5,4	4,6
Total	5.308	5.459	6.102	2,8	11,8

Fuente: Elaboración propia, a partir de los censos de 1857, 1877 y 1900.

En la Serranía la situación fue diferente. Inicialmente, Sigüenza compensó el declive manufacturero con su designación como subdelegación civil de distrito y cabecera de un extenso partido judicial. En la ciudad mitrada confluían desde el Antiguo Régimen las rutas comerciales procedentes de las vecinas comarcas de Atienza y Medinaceli, en Soria, y a través de ellas, de otras regiones más alejadas. La construcción del ferrocarril dio lugar a una inmediata expansión de la ciudad, en los terrenos aledaños a la estación, construida en 1859, pero el establecimiento de paradas de la línea MZA en Jadraque y Medinaceli (1862) o Torralba (1892) supuso una fragmentación del comercio comarcal, ya que redujo la dependencia de estos mercados locales respecto de Sigüenza. A pesar de ello, hasta 1915, la localidad mantuvo un activo mercado de madera, productos textiles, pescado seco y escabeche, abarcas de cuero, aperos de labranza, especias, vino y aceite⁵⁶¹. Simultáneamente, el mercado de cereales se ensanchó, dedicándose al abasto de Madrid,

⁵⁶¹ DE TERÁN, Manuel: "Sigüenza..." (art. cit.), pp. 115-136; MARTÍNEZ GÓMEZ-GORDO, Juan Antonio: "El Ferrocarril en Sigüenza (Siglo XIX)", *Anales de Estudios Seguntinos*, VI, 17 (2001), pp. 7-24.

Guadalajara⁵⁶², Zaragoza, e incluso, Cataluña⁵⁶³. El ferrocarril, además, propició la llegada de visitantes a la ciudad, convirtiendo a Sigüenza en uno de los destinos vacacionales preferidos de la burguesía madrileña desde el final de la centuria, que continuó durante el siglo XX⁵⁶⁴.

En los partidos de Atienza y Cogolludo, donde la economía comunal había tenido mayor importancia que en otros puntos de la provincia, la población se estancó en las cabeceras de los dos partidos. A mediados de la centuria, el principal centro de gravedad de la zona era Hiendelaencina, un municipio del partido de Atienza en el que el agrimensor navarro Pedro Esteban Górriz descubrió un yacimiento de plata hacia 1840. En 1844, Górriz y sus socios, entre los que se encontraba el administrador del duque de Osuna e Infantado, Antonio Orfila Rotger, iniciaron la excavación de las minas Santa Cecilia, Suerte y Fortuna, que terminaron convirtiéndose en uno de los yacimientos argentíferos más importantes del país⁵⁶⁵. Explotada desde 1845 por una sociedad británica, *La Bella Raquel*, el mineral obtenido en Hiendelaencina constituía en 1850 la octava partida de la balanza comercial española, un 3 % del valor total de las exportaciones. La sobreexplotación del yacimiento, en el que se emplearon novedosas pero agresivas técnicas de extracción, como la amalgamación, provocó un ostensible descenso de la producción a partir de 1860, y la liquidación de la sociedad capitalista, en 1868, supuso el fin de la actividad minera⁵⁶⁶.

Hiendelaencina, que había pasado en poco tiempo de ser un pequeño pueblo ganadero de un centenar largo de habitantes a una población de cuatro mil almas, inició un progresivo declive, que arrastró por la misma pendiente de la emigración a los habitantes de muchos pueblos de la comarca⁵⁶⁷. La crisis de la minería argentífera terminó por desangrar la comarca, muy afectada por los cambios subsiguientes al derrumbe de la economía comunal. A la cabeza de los municipios que más población perdieron entre 1857 y 1877 en toda la provincia se sitúan los situados en el entorno de Hiendelaencina,

⁵⁶² GÓMEZ MENDOZA, Antonio: *Ferrocarril, industria y mercado* (op. cit.).

⁵⁶³ PONCE VIVET, Santi: “Ferrocarril, agricultura i mercat. Els efectes del transport ferroviari a l’economia d’Osona (1875-1924)”, *Estudis d’Història Agrària*, 9 (1992), p. 150.

⁵⁶⁴ Contamos con algunos relatos sobre la actividad turística seguntina. Entre los veraneantes que pasaron por la ciudad en el primer tercio del siglo XX figuraban el conde de Romanones, Julián Besteiro y Luis de Zulueta Escolano. Véase: ZULUETA, Carmen: *La España que pudo ser: memorias de una institucionista republicana*. Murcia, Editum, 2000, pp. 79-84. Recientemente, el escritor seguntino José Esteban ha reconstruido en su libro de memorias el ambiente de la ciudad en la época estival, donde los forasteros eran conocidos como la “colonia veraniega”. Entre los personajes que pasan por el relato de Esteban figura César González Ruano, que escribía en la Alameda seguntina. Véase: ESTEBAN GONZALO, José: *Ahora que recuerdo*. Madrid, Reino de Cordalia, 2019.

⁵⁶⁵ Sobre el descubrimiento de las minas, véase: CONTRERAS, Bibiano: *El país de la plata: apuntes históricos del descubrimiento de la mina “Santa Cecilia” sita en Hiendelaencina*. Guadalajara, La Región, 1904. Un relato alternativo en *La Ilustración Española y Americana*, 30-11-1878. Según el semanario ilustrado, el descubrimiento fue obra de un calderero italiano de Rivello, que relató a Górriz el hallazgo durante la estancia de ambos en prisión en Valladolid. Contreras negó esta hipótesis.

⁵⁶⁶ CALERO DELSO, Juan Pablo e HIGUERA, Sergio: *Historia de la provincia...* (op. cit.), pp. 82-86.

⁵⁶⁷ Sobre los orígenes de la minería de Hiendelaencina, véase CONTRERAS, Bibiano: *El país de la plata: apuntes históricos del descubrimiento de la mina Santa Cecilia sita en Hiendelaencina*. Guadalajara, La Región, 1904.

en la Sierra del Alto Rey. La localidad minera perdió un 76 % de su población entre ambas fechas, y los vecinos municipios de Gascueña de Bornova, Villares de Jadraque, Semillas y Congostrina entre un 60 y un 33 % de sus efectivos demográficos. Uno de los pioneros que llegaron a Hiendelaencina en 1844 para explorar su subsuelo, Bibiano Contreras, certificaba la “decadencia” y la “muerte” de aquella “ciudad rica y populosa (...) convertida en escombros (...). Cuando transcurra un siglo, los viajeros pisarán esas ruinas”⁵⁶⁸.

Figura 2.15. Evolución demográfica de los municipios de la provincia de Guadalajara con mayor crecimiento negativo (1842-1900)

Pueblos	Partidos	1857	1860	1877	1887	1900	Δ 1857-1900 (%)
Hiendelaencina	Atienza	4.068	3.198	1.843	953	1.551	-61,9
Gascueña de Bornova	Atienza	890	829	529	362	377	-57,6
Semillas	Atienza	265	256	235	167	133	-49,8
Peñalba de la Sierra	Cogolludo	394	308	256	209	219	-44,4
Villaviciosa	Brihuega	217	242	178	165	121	-44,2
Majaelrayo	Cogolludo	537	453	407	370	316	-41,2
Argecilla	Brihuega	943	896	819	700	567	-39,9
Villanueva de Argecilla	Brihuega	127	125	112	96	78	-38,6
Puerta, La	Cifuentes	345	265	280	226	212	-38,6
Alique	Sacedón	203	184	179	169	129	-36,5
Valdesotos	Cogolludo	225	211	176	190	145	-35,6
Condemios de Arriba	Atienza	397	377	444	352	258	-35,0
Yebes	Guadalajara	337	331	297	223	220	-34,7
Tierzo	Molina	393	378	260	272	258	-34,4
Monasterio	Cogolludo	255	224	214	218	169	-33,7
Balconete	Brihuega	600	561	461	427	399	-33,5
Hontanares	Brihuega	228	261	182	164	152	-33,3
Congostrina	Atienza	581	412	448	389	388	-33,2
Pajares	Brihuega	327	303	251	218	223	-31,8
Almadrones	Sigüenza	415	381	383	341	286	-31,1
Casasana	Sacedón	458	447	351	312	320	-30,1

Fuente: Elaboración propia a partir de INE (1857, 1860, 1877, 1887, 1900).

La Alcarria y el Señorío de Molina también experimentaron un acusado estancamiento demográfico. Brihuega y Molina, sedes de las otras dos subdelegaciones de distrito de la provincia, llegaron a perder hasta una cuarta y una décima parte de su población entre 1860 y 1900, y las cabeceras de los restantes partidos alcarreños,

⁵⁶⁸ CONTRERAS, Bibiano: *El país de la plata...* (op. cit.), p. 6.

Pastrana, Cifuentes y Sacedón vieron cómo las expectativas suscitadas por su condición administrativa se frustraban por su desplazamiento de las principales vías de comunicación de la provincia. En el caso de Brihuega, ubicada en el centro geográfico de la Alcarria, la industria textil resistió efímeramente a la crisis ocasionada por el cierre de su Real Fábrica de Paños. Las instalaciones de la vieja manufactura fueron adquiridas por varios industriales de la localidad, y aunque las bayetas briocenses fueron muy apreciadas en el mercado madrileño⁵⁶⁹, ninguno de los establecimientos textiles pudo competir con el pujante sector algodonero catalán, que terminó desplazando a la industria lanera, reticente a la mecanización⁵⁷⁰. La sangría demográfica se atenuó levemente hasta los años setenta, gracias al dinamismo de las factorías de chocolate establecidas por la familia Ballesteros, que emplearon una de las primeras ruedas de hierro del país⁵⁷¹. Fue en una de ellas donde surgió uno de los primeros núcleos anarquistas de la provincia, encabezado por Antonio Arbeig, impulsor de la Sociedad Obrera de la localidad, afiliada a la Federación Regional Española de la AIT hasta su disolución⁵⁷².

En cuanto a Molina, el retroceso demográfico fue más lento. La ciudad –título otorgado en 1812 para reconocer la resistencia de sus habitantes en la Guerra de la Independencia por las Cortes, a las que consiguió enviar dos diputados–, experimentó un retroceso demográfico subsiguiente a su pérdida de importancia comercial, sobre todo como consecuencia de la construcción del ferrocarril, que benefició a Guadalajara y Sigüenza y contribuyó a acentuar el aislamiento del Señorío, que, sin embargo, siguió siendo el partido más poblado de la provincia. A pesar de todo, la localidad se erigió en el centro de una pujante industria maderera, explotada por la Unión Resinera Española, cuyo presidente, Calixto Rodríguez, fue, a la sazón, diputado republicano por el distrito en sucesivas legislaturas. La crisis demográfica se detuvo a comienzos del siglo XX, al convertirse Molina en destino de la emigración de su comarca, gracias al ensanchamiento de sus funciones educativa y comercial⁵⁷³. Otras localidades del partido, como Maranchón –centro de un activo mercado de mulas⁵⁷⁴–, Checa –municipio de cierta relevancia agrícola y ganadera– o Luzón, incrementaron sensiblemente sus efectivos demográficos.

⁵⁶⁹ En *Fortunata y Jacinta*, Benito Pérez Galdós refiere la procedencia de las bayetas que expendía el primer Baldomero Santa Cruz antes de 1848, hasta que “la casa empezó a trabajar en géneros *de fuera*, y la reforma arancelaria de 1849 lanzó a D. Baldomero II a mayores empresas”. PÉREZ GALDÓS, Benito: *Fortunata y Jacinta: dos historias de casadas*. Madrid, Imp. La Guirnalda, 1887, p. 24.

⁵⁷⁰ CALERO DELSO, Juan Pablo e HIGUERA BARCO, Sergio: *Historia de la provincia...* (*op. cit.*), pp. 86-87.

⁵⁷¹ PAREJA SERRADA, Antonio: *Brihuega...* (*op. cit.*), pp. 274-278.

⁵⁷² ESTEBAN BARAHONA, Luis Enrique: *La I Internacional en Castilla-La Mancha*. Madrid, Celeste, 1998; CALERO DELSO, Juan Pablo: “La AIT en Guadalajara (1870-1888)”, *Actas del V Encuentro de Historiadores del Valle del Henares*. Guadalajara, Institución Provincial Marqués de Santillana, Diputación Provincial, 1996.

⁵⁷³ ABÁNADES, Claro: *El Señorío molinés. Compendio de su historia*. Madrid, Malvar, 1966.

⁵⁷⁴ GISMER VELASCO, Tomás: “Tratantes, arrieros y muleteros de Guadalajara”, en VV.AA.: *Los tratantes de mulas. Chalanes de Campanario. XI Encuentro de Estudios Comarcales de Vegas Altas, La Serena y La Siberia*. Campanario, Federación de Asociaciones Culturales de La Siberia, La Serena y las Vegas Altas, 2019, pp. 8-26.

Figura 2.16. Evolución demográfica de cabeceras de partidos judiciales y municipios de más de 2.000 habitantes de la provincia de Guadalajara (1842-1900)

Municipio	1842	1860		1877		1887		1900	
	Habs.	Habs.	Δ anual (%)	Habs.	Δ anual (%)	Habs.	Δ anual (%)	Habs.	Δ anual (%)
Guadalajara	5.147	7.902	3,15	8.581	0,51	11.243	3,10	11.144	-0,07
Sigüenza	4.717	4.868	0,19	4.567	-0,36	4.930	0,79	4.969	0,06
Brihuega	4.304	4.415	0,15	4.140	-0,37	3.685	-1,10	3.404	-0,59
Molina	3.453	3.349	-0,18	3.084	-0,47	3.000	-0,27	2.981	-0,05
Mondéjar	2.224	2.383	0,42	2.411	0,07	2.189	-0,92	2.075	-0,40
Pastrana	2.193	2.339	0,39	2.484	0,36	2.541	0,23	2.528	-0,04
Atienza	1.983	2.000	0,05	2.096	0,28	1.925	-0,82	2.095	0,68
Cifuentes	1.465	1.621	0,63	1.648	0,10	1.662	0,08	1.602	-0,28
Jadraque	1.426	2.384	3,95	1.730	-1,61	1.582	-0,86	1.545	-0,18
Sacedón	1.275	1.889	2,83	1.903	0,04	2.095	1,01	2.091	-0,01
Cogolludo	994	1.357	2,15	1.247	-0,48	1.270	0,18	1.258	-0,07
Hiendelaencina	133	3.198	135,56	1.843	-2,49	953	-4,83	1.562	4,92

Fuente: Elaboración propia, a partir de INE (1842, 1860, 1877, 1887, 1900).

Con todo, a lo largo de la segunda mitad del ochocientos, la provincia de Guadalajara logró mantener estable su población, en torno a los 200.000 habitantes. Este hecho, en un contexto de reducción de la mortalidad y crecimiento demográfico general no ofrecía una perspectiva halagüeña, porque el excedente demográfico fue expulsado y absorbido por las ciudades. Los pueblos de la provincia –especialmente los medianos– quedaron así condenados a una larga agonía, iniciándose una dinámica demográfica que subsiste hoy marcada por la concentración de la población en Guadalajara y la Campiña, fuertemente atraídas por el centro de gravedad demográfica que es Madrid y el despoblamiento de la Alcarria, la Serranía y el Señorío de Molina.

Figura 2.17. Población de la provincia de Guadalajara y tamaño de los municipios (1860-1877)

Tamaño de los municipios	1860		1877			1900		
	Habs.	%	Habs.	%	Δ anual %	Habs.	%	Δ anual %
2.000 o más	32.838	16,0	27.363	13,6	-3,2	28.922	14,4	0,7
De 1.000 a 1.999	21.739	10,6	29.575	14,7	4,6	28.420	14,2	-0,5
De 500 a 999	66.639	32,6	58.838	29,2	-4,6	54.493	27,2	-1,9
Menos de 500	83.410	40,8	85.512	42,5	1,2	88.351	44,1	1,2
Total	204.626	100,0	201.288	100,0	-2,0	200.186	100,0	-0,5

Fuente: Elaboración propia a partir de los Censos de 1860, 1877 y 1900.

La capital provincial se benefició del éxodo protagonizado por los pueblos de su dependencia. Los manejos de sus gobernantes para atraer capitales y verse favorecida por la construcción de la red de comunicaciones habían dado sus frutos. En 1869, los 1.845 migrantes rurales de la provincia suponían el 26 % de la población total de la ciudad. En 1884, los habitantes de la capital nacidos en los pueblos de la provincia eran 2.893, un 32 % de la población total de la ciudad⁵⁷⁵. Pero las modestas posibilidades de reproducción social y económica que ofrecía un mercado de trabajo dependiente de la construcción, el trabajo estacional en las labores agrícolas y el servicio doméstico empujaron a muchos habitantes de los pueblos a preferir otros destinos más halagüeños. Una buena parte de los migrantes del Señorío de Molina optó por Zaragoza⁵⁷⁶; en el partido de Sacedón, un contingente de población eligió desplazarse a Cuenca⁵⁷⁷; e, incluso, algunos habitantes de las provincias serranas prefirieron marcharse a Soria⁵⁷⁸. Pero la mayoría se desplazó a Madrid, donde los habitantes nacidos en la provincia de Guadalajara llegaron a ser casi veinte millares a mediados de la década de 1880, una cifra solo superada por la de los migrantes asturianos y toledanos, que equivalía al 10 % de la población de la provincia⁵⁷⁹. A Guadalajara le quedó reservada entonces una nueva función, amortiguar los riesgos de la empresa migratoria hacia la capital, lo que acentuó su secular dependencia respecto de Madrid. Algo había ganado, pero también para ella se habían visto frustradas las grandes expectativas de mediados del ochocientos.

⁵⁷⁵ Datos calculados a partir de las Hojas declaratorias del Padrón de 1869 y 1884.

⁵⁷⁶ En 1935, los naturales de la provincia de Guadalajara representaban un 2 % de los habitantes forasteros. SILVESTRE RODRÍGUEZ, Javier: "Inmigraciones interiores e industrialización: el caso de la ciudad de Zaragoza durante el primer tercio del siglo XX", *Revista de Demografía Histórica*, XXI, 2 (2003), p. 91.

⁵⁷⁷ En Cuenca capital, los nacidos en la provincia de Guadalajara suponían el tercer grupo de población migrante, un 3,6 %, tras los propios conguenses y los madrileños. TROITIÑO VINUESA, Miguel Ángel: *Cuenca: evolución y crisis...* (op. cit.).

⁵⁷⁸ los guadalajareños y los segovianos representaban conjuntamente el 21 % de su población migrante. SILVESTRE RODRÍGUEZ, Javier: "Viajes de corta distancia: una visión espacial de las migraciones interiores en España, 1877-1930", *Revista de Historia Económica*, XIX, 2 (2001), p. 273.

⁵⁷⁹ En 1886, según el padrón, vivían en Madrid 18.358 guadalajareños. Vid. FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: "La población madrileña entre 1876 y 1931: el cambio de modelo demográfico", en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: *La sociedad madrileña durante la Restauración (III Coloquios de Historia Madrileña)*, tomo 1. Madrid, Comunidad de Madrid, Revista Alfoz, 1989, p. 50.

CAPÍTULO 3. EN LA FRONTERA: INMIGRACIÓN, FAMILIA Y ARTICULACIÓN SOCIAL

No, la pureza no es del campo, la pureza es de celda, de claustro y de ciudad; la pureza se desarrolla entre gentes que se unen en mazorcas de viviendas para mejor aislarse; la ciudad es monasterio, convento de solitarios; aquí la tierra, sobre que casi se acuestan, las une y los animales son otras tantas serpientes del paraíso... ¡A la ciudad, a la ciudad!

Miguel de Unamuno. *La tía Tula*⁵⁸⁰.

La frontera, según la defino y la vivo, es el lugar en el que, sin descanso, los mundos se tocan. Es un lugar de constante oscilación: de un espacio a otro, de una sensibilidad a otra, de una visión del mundo a otra. Es el lugar donde se mezclan las lenguas no de manera estrepitosa, sino impregnándose naturalmente, para producir, en la página en blanco, la representación de un universo heterogéneo e híbrido.

Leonora Miano. *Vivir en la frontera*⁵⁸¹.

3.1. Un hogar abierto

Desde 1841, la casa de postas tuvo regularmente de tres a cuatro criados. La mayoría de ellos procedía de pueblos de la Alcarria o de la Campiña, aunque abundaban los nacidos en Taracena, Torija, Trijueque y Gajanejos, las localidades que jalonaban la carrera de Aragón y Cataluña y, sobre todo, los de Almadrones, donde Casimiro regentó la parada a finales de los cincuenta. Casi todos ellos pasaban una temporada en la casa y luego regresaban a sus pueblos, empujados por la costumbre o por la fuerza de atracción que sobre ellos ejercía la tierra, que les pertenecía por herencia y por derecho. Algunos permanecieron varios años al servicio de los Contera, como Bonifacia Escudero, que llegó desde Aldeanueva en 1842 y se marchó a mediados de 1844, y otros, incluso, regresaron después de marcharse, como Pedro Manzano, que sirvió en la casa entre 1842 y 1845 y volvió en 1847. El desplazamiento de estos jóvenes hasta la ciudad estaba estrechamente relacionado con su propio ciclo vital⁵⁸² y con el ciclo agrario⁵⁸³, pues unas veces respondía

⁵⁸⁰ UNAMUNO, Miguel: *La tía Tula*. Madrid, Renacimiento, 1921

⁵⁸¹ MIANO, Leonora: *Vivir en la frontera*. Madrid, Catarata, 2016, p. 47.

⁵⁸² LASLETT, Peter: *El mundo que hemos perdido...* (op. cit.).

⁵⁸³ REHER, David S.: *Familia, población y sociedad en la provincia de Cuenca, 1700-1970*. Madrid, Siglo XXI, CIS, 1988, p. 138.

a su propia necesidad de reunir el dinero necesario para casarse y habitar casa propia, y otras, a la urgencia de sus familias, que, lo mismo los animaban a marchar unos meses a la capital para aliviar las estrecheces del hogar⁵⁸⁴, que reclamaban su presencia durante la siega, la sementera, la vendimia o la cosecha, que eran las épocas de mayor carga de trabajo en el campo.

Uno de aquellos sirvientes de ciclo vital era Tomás Bermejo, que llegó a la casa de postas desde Torija en 1845 y se marchó en 1847. Tomás se había desplazado a la capital como muchos jóvenes de su pueblo, entre los que se encontraba su propia hermana, Silvestra, que llegó en 1846. En Guadalajara conoció a Felipa Encabo, con la que se casó y se instaló en Torija, donde el matrimonio disponía de las tierras de una capellanía para su sustento y el de sus dos hijos, Juliana y Francisco, nacidos en el pueblo. La familia no vivió con holgura, pero, gracias al producto de las tierras que cultivaban, subsistió sin demasiados apuros. A finales de los cincuenta, sin embargo, un nuevo embarazo de Felipa sacudió el frágil equilibrio del hogar. Con casi cuarenta años, el matrimonio decidió emprender de nuevo el camino hacia la capital. Seguramente, Tomás y Felipa tenían intención de regresar algún día, cuando sus hijos abandonaran la casa o la situación fuera más propicia, pero, en 1863, los bienes de la capellanía fueron adquiridos por un labrador rico del pueblo, que les cortó el camino de vuelta. En la ciudad, donde contaban con la ayuda que les podía proporcionar la familia de Felipa, Tomás trabajó en lo que salía, ya como jornalero en el campo, ya como peón de albañil, un oficio por el que llegó a ganar siete reales diarios. Ello no colmó sus expectativas, pero, al menos, la familia pudo habitar casa propia. Después de todo, las cosas podían ser peor, porque Silvestra, la hermana de Tomás, se pasó la vida trabajando como criada en casa ajena⁵⁸⁵.

Poco a poco, la emigración rural aumentó su intensidad y frecuencia, y los habitantes de los pueblos que arribaban a la capital empezaron a prolongar sus estancias en ella. A la ciudad no solo llegaban jóvenes, sino familias enteras, que, si no tenían la intención de quedarse definitivamente, terminaron haciéndolo, seguramente al constatar que, si en Guadalajara no tenían mucho que ganar, en sus pueblos tampoco les quedaba mucho que perder⁵⁸⁶. Muchos se vieron expulsados de sus tierras como consecuencia de la rapiña de los especuladores que se apropiaron de sus heredades y de los bienes de propiedad colectiva, mientras que otros se sintieron atraídos hacia la capital por las expectativas creadas por la construcción de obras públicas, por las numerosas obras particulares emprendidas por la burguesía de aquella capital que se estaba rehaciendo o por la posibilidad de trabajar en el servicio. Ambos factores debilitaron los vínculos de

⁵⁸⁴ SARTI, Raffaella: “Criados rurales: el caso de Italia desde una perspectiva comparada (siglos XVI al XX)”, *Mundo Agrario*, 18, 39 (2017). Disponible en: <https://doi.org/10.24215/15155994e065>.

⁵⁸⁵ La información sobre Tomás Bermejo está tomada de los empadronamientos de 1869 y 1884 y de su declaración como pobre para litigar en un pleito, inserto en el *BOPG*, 8-6-1864. El dato sobre su salario como peón de albañil procede de una relación de albañiles empleados en las obras de la Inclusa, en 1886. *BOPG*, 8-3-1886.

⁵⁸⁶ GARCÍA ABAD, Rocío: *Historias de emigración: factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao*. Bilbao, Universidad del País Vasco, 2007.

los migrantes rurales con sus pueblos y, ni la costumbre, ni la sagrada unión que mantenían con la tierra fueron suficientes para retenerlos⁵⁸⁷. Y es que, poco a poco, y casi por inercia, la ciudad había empezado a ejercer sobre los habitantes de la provincia una fuerza de atracción parecida a la que había empujado a los migrantes de ciclo vital a regresar a sus pueblos durante siglos.

Uno de aquellos jóvenes fue Celedonio Camarma, otro de los trabajadores de la casa de postas. Celedonio llegó a la ciudad procedente de Tórtola en 1853 y en 1858 entró a trabajar para los Contera, donde permaneció dos años. De allí salió para casarse con Dominga, una joven de su pueblo que había llegado a la ciudad para trabajar como criada. Para Dominga, que trabajó en casa del conocido farmacéutico Manuel Fernández, en la plazuela de Santo Domingo⁵⁸⁸, como para Silvestra Bermejo, que lo hizo en casa de un comerciante que terminó sirviendo como conserje de edificaciones militares, el servicio doméstico no solo era una vía de escape de la pobreza, sino el primer paso hacia el matrimonio, el destino que la sociedad patriarcal y burguesa tenía reservado a las mujeres. Pero las sirvientas terminaban regresando a sus pueblos o trasladándose al de sus maridos, como le sucedió a Felipa Encabo, la esposa de Tomás Bermejo. Celedonio y Dominga, por el contrario, prefirieron vivir en la capital, antes que regresar al pueblo en el que ambos habían nacido, evidenciando que la tierra había perdido parte de su atractivo. En Guadalajara nacieron los dos hijos del matrimonio, y con ellos habitaron varias casas, en el casco y en las rondas. Finalmente, la familia se instaló en el Arrabal del Agua, donde Celedonio y Dominga abrieron su propia pollería⁵⁸⁹. La posición conquistada por el matrimonio era modesta, pero en un barrio como aquel, regentar un comercio colmó sus aspiraciones de reproducción social, que, seguramente, en su pueblo, habrían quedado frustradas.

El panorama que encontraron aquellos jóvenes de los pueblos en la capital de la provincia no era precisamente idílico. En la ciudad, la muerte y la miseria les acecharon de cerca. El aire limpio que respiraban en el campo se tornó viciado e incapaz de ventilar las cochiqueras que habrían de servirles como vivienda, muchas veces compartidas con desconocidos, con los que, sin embargo, no siempre mediaba la intimidad que mantenían con sus vecinos del pueblo. La ciudad era un “convento de solitarios”, como lo calificó Unamuno, pues, aunque en aquel pueblo grande, casi todo el mundo se conocía, los intereses individuales primaban muchas veces sobre el espíritu de la comunidad. Tampoco ofrecía Guadalajara demasiadas alternativas a la miseria que dejaban atrás, porque, más allá del servicio doméstico, la construcción y el trabajo agrícola, la posibilidad de desempeñar un oficio o lograr un empleo estable en el Ayuntamiento o la Diputación era un coto privado para unos pocos afortunados o una solución temporal para

⁵⁸⁷ BELTRÁN, Francisco Javier: “Common Lands and Economic Development in Spain”, *Revista de Historia Económica-Journal of Iberian and Latin American Economic History*, 34, 1 (2016), pp. 111-133.

⁵⁸⁸ El hijo del matrimonio, Francisco Fernández Iparraguirre, llegó a ser farmacéutico y un destacado lingüista, dedicado a la difusión del volapuk, lengua universal, y animador de la vida intelectual de la ciudad en los años ochenta.

⁵⁸⁹ *Almanaque-guía de Guadalajara*, I (1902), p. 116.

aliviar fugazmente la falta de trabajo. Otro tanto sucedía con los socorros para pobres que distribuían los gobiernos municipal y provincial, que apenas servían para entretener el estómago hambriento de los desheredados y calmar la excitación de aquellos potenciales revoltosos.

Pero, a pesar de todo ello, los habitantes de los pueblos se desangraron por el camino de la tierra prometida, porque la ciudad representaba la expectativa de una vida mejor. En la ciudad era posible liberarse de la tiranía que ejercía la posesión de la tierra, que, en sus pueblos era una condición necesaria para la subsistencia, pero en la ciudad era un símbolo de poder y de estatus, cuya ausencia podía compensarse con un jornal, un oficio y el recurso a la beneficencia. Además, emigrar a la capital de la provincia significaba mantener de algún modo el cordón umbilical que les unía a sus pueblos, porque aquella ciudad era en realidad un pueblo grande, donde vivían muchos paisanos que podían proporcionarles colocación sin tener que continuar el viaje hasta la Corte, que a muchos les daba vértigo. La presencia de parientes y vecinos reconfortaba a muchos de aquellos jóvenes que abandonaban sus pueblos con la esperanza de volver, reducía la sensación de soledad que producía la inmensidad de la gran ciudad y les recordaba que, en el fondo, no habían cortado del todo el vínculo con su origen.

Para otros, Guadalajara fue estación de paso, y no de destino, porque Madrid estaba muy cerca, y prometía consumir los deseos de quienes aspiraban a más altos destinos que trabajar como albañiles o regentar una pollería. Fue el caso de uno de los sirvientes de los Contera en la casa de postas, Lázaro de la Cruz, que llegó a Guadalajara desde Torija en 1869, con 16 años, y se trasladó a Madrid en 1871, donde se alistó en el regimiento de Infantería del Rey. A Lázaro se le perdió la pista cuando se embarcó rumbo a Ultramar⁵⁹⁰, pero muchos de sus paisanos se asentaron en la Corte, y otros, incluso, volvieron después de hacer fortuna. Para todos ellos, su estancia en Guadalajara sirvió para tomar contacto con un mundo desconocido. Y es que la ciudad era un territorio fronterizo entre los pueblos y la gran ciudad, donde se hibridaban los dispares modos de conducta de los campesinos y los urbanitas y donde se producían los intercambios de quienes se desplazaban recorriendo el país.

El trasiego de aquellos jóvenes que pasaban por la casa de los Contera se atenuó poco a poco, porque las estancias de los sirvientes empezaron a prolongarse y porque la familia dejó de alojar en ella a los postillones y los criados varones, dejando espacio únicamente para una sirvienta. El hogar abierto que había sido la casa de postas empezó a delimitar sus contornos a partir de la década de 1870, cuando la casa familiar se disoció del lugar de trabajo. Uno de los trabajadores que ejemplifican ambos fenómenos fue Jesús Palafox, que llegó a Guadalajara a principios de los noventa y trabajó para los Contera durante dos décadas. Jesús había sido uno de esos jóvenes que tuvo que abandonar el hogar para aliviar las necesidades de su familia, y conocía el trauma de la emigración

⁵⁹⁰ BOPG, 20-9-1875.

desde niño. En 1877, cuando tenía diez años, su padre, un pastor que guardaba su ganado en Mirabueno, lo entregó de criado a unos vendedores ambulantes. Con ellos recorrió los mercados de varios pueblos de la provincia. Desde Guadalajara, la expedición hizo de un tirón el camino hasta Madrid, a pie, porque la tendera enfermó y solo tenían una caballería. Jesús siempre recordó amargamente aquel viaje, en el que no probó más que medio pez que le dio su amo en Alcalá y las gachas que le ofrecieron unos arrieros en la posada de Canillejas. Un día, camino de Sigüenza, Jesús se escabulló de sus amos y regresó a la casa familiar. Durante varios años recorrió la comarca, y trabajó como pastor, machacando piedra en la carretera o como jornalero en el campo, donde ganaba dos duros al mes. En 1891, a los 24 años, decidió marcharse definitivamente a la capital, acompañado de sus padres, pues el jornal que percibía trabajando en el campo “le parecía poco”. Al principio, trabajó en las tierras de labor que circundaban la ciudad, escardando de sol a sol, por una peseta diaria, pero terminó colocándose en la empresa de coches, donde se encargó de conducir las mulas del servicio de la estación, recorrió la provincia y trató al conde de Romanones, al que solía trasladar en sus viajes a los pueblos. En la casa de postas empezó cobrando seis reales y llegó a ganar seis y medio, con los que “se consideró satisfecho”, pues le permitieron ahorrar lo suficiente para comprar un carro y, al cabo de casi dos décadas, establecerse por su cuenta⁵⁹¹.

El nuevo modelo de relaciones entre los Contera y los trabajadores de la empresa contrastaba fuertemente con la fraternal relación que Casimiro, Antonio y Pascuala mantuvieron con su fiel sirvienta, Francisca Sanz, una mujer viuda que entró a servir en la casa a mediados de los setenta y permaneció en ella más de veinte años. Francisca era natural de un pueblo del Señorío de Molina, Olmeda de Cobeta, pero procedía de Torija, donde había nacido su hijo, Anastasio, con el que se instaló en el corralón de la Plazuela de la Cotilla. Francisca se consagró a sus amos con abnegación, sin reclamarles ni un real, y estos trataron de corresponderla colocando a su hijo como auxiliar de la oficina de Miguel Fluiters, el sobrino y heredero de sus patrones y legando a la sirvienta parte de sus bienes. Tal fue la dedicación de su sufrida ama de gobierno, que Casimiro legó a su criada, 1.000 pesetas “por los buenos servicios que le viene prestando”, otras 1.000 en concepto de “liquidación de cuentas entre ambos por razón de salarios (...) y quiere se las paguen cuando las reclame”, y 250 más a Anastasio para que atendiera los gastos de lutos de su madre cuando le llegara su hora⁵⁹².

La generosidad de Casimiro con su criada revelaba un agudo paternalismo y un deseo de complacer a quien le había atendido en sus últimos años, que denota la prevalencia de un modelo de relaciones familiares propio del Antiguo Régimen. Pero, al incluirla en su herencia y reconocer públicamente sus servicios, Casimiro puso en valor la intimidad casi fraternal entre él y su criada. Francisca ya no era como uno de aquellos sirvientes que entraban y salían de aquel hogar abierto, sino un miembro de su familia,

⁵⁹¹ En 1967, Jesús Palafox cumplió 100 años, convirtiéndose en uno de los habitantes más longevos de la ciudad. Su trayectoria fue reconstruida por él mismo en una entrevista en *Nueva Alcarria*, 21-1-1967.

⁵⁹² AHPGU-PTC, 4371/58.

como Anastasio. Entre amos y sirvientes no mediaban lazos de sangre, ni existía una relación simétrica, sino una relación marcada por el afecto creado por la convivencia, que, en todo caso, revela el reforzamiento del hogar como espacio privado. La externalización de los trabajadores de la empresa de coches y el repliegue de aquel hogar abierto que había sido la casa de postas en un espacio privado reflejaba la disolución del papel articulador y jerárquico que había tenido la familia durante el Antiguo Régimen. La conducta de los sirvientes que pasaron por la casa de postas desde mediados del ochocientos abunda en esta idea. Su llegada a la ciudad debilitó sus vínculos con su tierra, con su familia extensa y con sus pueblos, pero, al propio tiempo, estrechó las relaciones que mantenían dentro del hogar, cuya individualización reflejaba el papel articulador que había mantenido secularmente, para reforzar su papel protector y afectivo.

3.2. Hospital, inclusa y asilo: la ciudad de la muerte

Durante el Antiguo Régimen, la mortalidad fue el factor que más decisivamente determinó el comportamiento de las poblaciones en todos los órdenes. La muerte actuaba como un mecanismo de selección natural para una población que disponía de unos recursos limitados y condicionaba el ciclo vital de los individuos, pues los empujaba a tener una prole numerosa que asegurara su reemplazo generacional y su cuidado en la vejez, o los impulsaba a emigrar para huir de su persistente amenaza. La combinación de una mortalidad y una natalidad elevadas explica la acusada estabilidad de las poblaciones hasta finales del siglo XVIII. Entonces, la mortalidad empezó a reducirse de forma más o menos general, como consecuencia del fin de las grandes epidemias de peste y las guerras que habían asolado el continente europeo en la centuria precedente y de una paulatina mejora de las condiciones de vida⁵⁹³. Ello no supuso el fin del temor ante su contingencia, pero sí provocó un cambio de actitud ante la idea del final de la vida, en la que se mezclaban la incertidumbre con una cierta fascinación mórbida, no exenta de una ostensible exaltación dramática⁵⁹⁴.

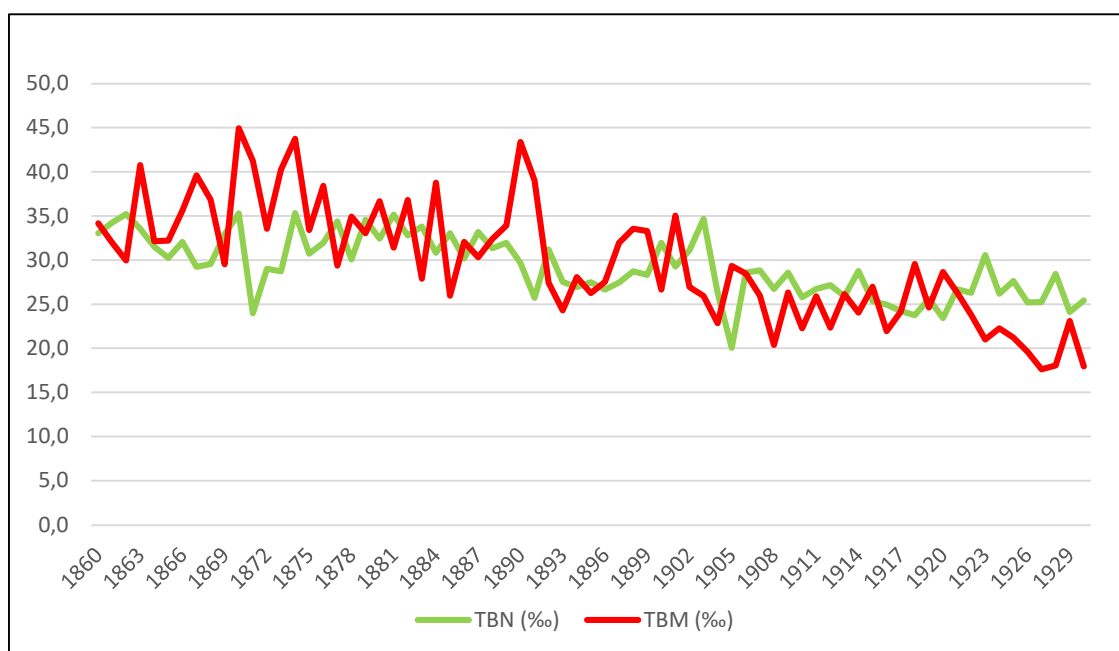
La creciente complacencia ante la idea de la muerte y la espectacularidad macabra que rodeaba al duelo no respondían a un mero ejercicio de recreación romántica. La muerte siguió siendo una amenaza real. A la todavía elevada mortalidad ordinaria, debida a la subalimentación y las deficientes condiciones higiénico-sanitarias de las poblaciones se sumaron los episodios de mortalidad catastrófica producidos por las epidemias de cólera y otras enfermedades, que, en las ciudades —especialmente las más populosas—, alcanzaban por lo general niveles superlativos, como consecuencia de los problemas derivados de la pobreza y el hacinamiento de su población y de la contaminación ambiental. Por ello, para que se consumara la transición demográfica era necesario que

⁵⁹³ PÉREZ MOREDA, Vicente: *Las crisis de mortalidad en la España interior: siglos XVI-XIX*. Madrid, Siglo XXI, 1980.

⁵⁹⁴ ARIÈS, Philippe: *Historia de la muerte en Occidente*. Barcelona, Acantilado, 2011 [1975], p. 68.

antes se logaran la transición epidemiológica y la transición sanitaria, fenómenos que dependían del desarrollo de un sistema sanitario orientado a la conquista de la salud colectiva de forma permanente, para así conseguir no solo la reducción de la mortalidad catastrófica, sino también la ordinaria⁵⁹⁵.

Figura 3.1. Evolución de las tasas brutas de natalidad y mortalidad (1860-1930)



Fuente: Elaboración propia a partir de García Ballesteros (1978)⁵⁹⁶.

El higienismo ilustrado y el sistema benéfico-asistencial liberal se mostraron incapaces de contribuir a tal empeño, habida cuenta de su clara dependencia de las necesidades sanitarias coyunturales y de su inclinación a destinar sus esfuerzos a controlar la conducta social, más que a mejorar la salud de la población en su conjunto. En España, el lento despliegue de un sistema sanitario moderno dilató la transición demográfica hasta los primeros decenios del siglo XX, y Guadalajara no fue una excepción. En la ciudad, como en otras de tamaño y características similares, la modernización demográfica se dilató aún más que en las grandes ciudades, debido principalmente al estado y características de sus infraestructuras asistenciales y sanitarias. La ciudad, en tanto que capital provincial, veía frecuentemente desbordada su capacidad para atender a los enfermos, al tener que atender no solo a los habitantes de la ciudad, sino a los procedentes de los pueblos de su dependencia, ya que en ella se centralizaron las funciones asistenciales de toda la provincia, en la Inclusa, el Hospital civil y militar y el Asilo de

⁵⁹⁵ PÉREZ MOREDA, Vicente, REHER, David S. y SANZ GIMENO, Alberto: *La conquista de la salud. Mortalidad y modernización en la España contemporánea*. Madrid, Marcial Pons, 2015, p. 28.

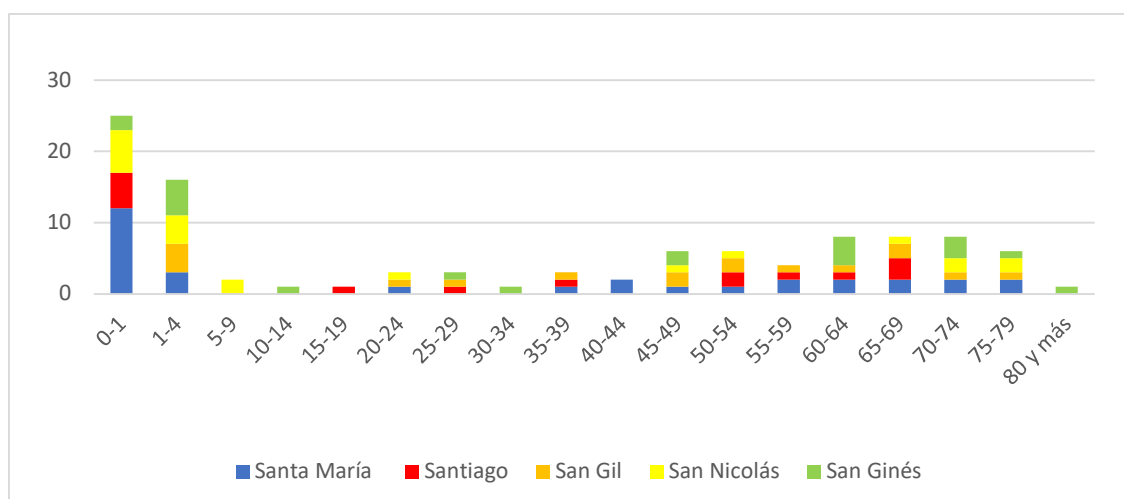
⁵⁹⁶ GARCÍA BALLESTEROS, Aurora: *Geografía urbana...* (op. cit.), pp. 204 y 291.

pobres e incurables, cuya capacidad y medios eran a todas luces insuficientes⁵⁹⁷. La tibia respuesta de las autoridades locales y provinciales ante la enfermedad y la muerte, reflejo de la débil conciencia higiénico-sanitaria de la elite local, más preocupada por la profilaxis social que por el desarrollo de un eficiente sistema de salud pública, impidió la modernización de tal infraestructura, y privó a la ciudad de un sistema de distribución de aguas y evacuación de residuos eficiente, que contribuyó a multiplicar los efectos de la enfermedad y la muerte. A todo ello se sumaba el deficiente estado de su caserío, en una ciudad que se resistió tenazmente a alterar la trama medieval, salvo a través de una reforma interior que únicamente cambió las condiciones de habitabilidad de la elite, expulsando a las clases populares a las zonas más degradadas.

Si las altas tasas de mortalidad que mantuvo la ciudad a lo largo del ochocientos –rara vez por debajo del 30‰– eran un reflejo de la insuficiencia de las respuestas contra la enfermedad y la muerte prematura, se deduce fácilmente que su distribución no fue homogénea. En la parroquia de Santa María, a la que estaban adscritos los arrabales del Alamín y Budierca y la Inclusa, la situación era crítica. En 1841, la mitad de los muertos menores de un año y un tercio de los difuntos de todas las edades eran feligreses de la parroquia. A partir de los primeros doce meses de vida, el mayor número de defunciones en la infancia correspondía a San Ginés, parroquia a cuya jurisdicción pertenecían los arrabales del Agua, el Amparo y San Roque. En San Gil, situada junto a la plaza Mayor, no murió ningún menor de un año. Después de la infancia, los grupos más afectados por la mortalidad eran los de mayor edad, produciéndose un drástico descenso a partir de los ochenta años, momento en el que se detenía de forma casi absoluta el ciclo vital de los arriacenses. En 1844, solo 25 habitantes de la ciudad habían alcanzado la condición de octogenarios, y una vecina, Antonia León, superaba el umbral de los 90 años.

⁵⁹⁷ REHER, David S.: “Urbanization and demographic behaviour in Spain”, en VAN DER WOUDE, Ad, HAYAMI, Hakura y DE VRIES, Jan (eds.): *Urbanization in history: a process of dynamic interactions*. Oxford, Clarendon Press, 1990, pp. 282-299.

Figura 3.2. Mortalidad por parroquias y grupos de edad (1841)



Fuente: Elaboración propia, a partir de AMGURC, 145059.

En 1849 se constituyeron juntas parroquiales de beneficencia, en medio de grandes dificultades y del temor a una invasión de cólera, que aquel año hizo estragos en ciudades como Londres, extendiéndose el pánico por todo el continente⁵⁹⁸. En esa coyuntura, el presidente de la Junta de Santa María, Cayetano de la Brena, solicitó al Ayuntamiento el derribo de tapias en el arrabal de Budierca y la calle Corralillos, pues “siendo los puntos más poblados por la feligresía, media la circunstancia de hallarse habitadas las casas, casi en su totalidad, por personas que desgraciadamente carecen de elementos aun de los más precisos para su subsistencia, y condenados, digámoslo así, a sufrir los efectos de su miseria”. Asimismo, De la Brena pedía que se ampliara la junta – cuyo depositario era Joaquín Bonilla– “para el indicado caso de invadir el cólera sería indispensable aumentar los individuos de esta junta en concepto de suplentes, porque abundando los pobres en esta parroquia, no podrían los actuales socorrer debidamente a los enfermos, si la epidemia tomase algún incremento”. Manuel de la Brena, depositario de fondos de la junta de San Gil, a la que se hallaba adscrita la plaza Mayor, indicaba que “en todas partes [la junta] ha encontrado bastante aseo y limpieza y regularmente ventiladas las habitaciones”. Había, sin embargo, algunos focos de inmundicia en las zonas de servidumbre de paso de aguas residuales y en una huerta de la calle de Caldereros, por lo que se solicitaba la apertura de sumideros.

La formación de las juntas fue aprovechada por sus miembros para denunciar la acumulación de combustibles y leña en algunas huertas y corrales del centro de la ciudad. La junta de Santiago denunció la falta de alcantarillas en algunas viviendas, como la

⁵⁹⁸ EVANS, Richard J.: *Death in Hamburg: Society and Politics in the Cholera Years 1830-1910*. Londres, Penguin, 2005 [1987], pp. 293-395. La prensa anunciaba diariamente sobre la epidemia en otros países. En mayo, *El Clamor Público* se felicitaba por la decisión preventiva de reservar el convento de San Francisco ante la posibilidad de una invasión: *El Clamor Público*, 5-5-1849.

posada de San Andrés, en la calle de Santa Clara. El presidente de la junta de San Ginés, Joaquín de Elosúa, solicitó el concurso del Ayuntamiento para prohibir a los residentes en la Casa de Beneficencia que encendieran lumbres, demandó la construcción de una cocina para el uso de los acogidos en dicha casa y llamó la atención sobre la presencia de animales en las casas de algunos vecinos del arrabal de San Roque. La junta de San Nicolás, a la que pertenecían las zonas más acomodadas de la ciudad se limitaba a manifestar que la casa de Ignacia Sánchez ofrecía problemas de salubridad, “por falta de ventilación y por encontrarse bastante húmeda”. El Ayuntamiento ordenó a los celadores de policía y salubridad la limpieza de los vertederos de la ciudad, situados en la calle del Carmen, la plaza de la Antigua, la calle de los Corralillos y el arrabal de Budierca, y anunció que los contraventores de la norma serían castigados “sin la menor consideración”⁵⁹⁹.

La amenaza del cólera se cernió sobre la ciudad en 1855. Ese verano, la epidemia segó la vida de 215 personas, casi un 4 % de los 5.648 habitantes con que contaba la ciudad, según el padrón confeccionado a finales de 1854, y un 40 % de los invadidos, según consta. Las parroquias más afectadas fueron Santa María y San Gil, lo que evidenciaba que la ciudad en su conjunto era incapaz de hacer frente a una crisis sanitaria de esa envergadura, ya por la falta de medios hospitalarios, ya por las condiciones de un callejero y un caserío insalubre, tanto en el corazón del casco como en los arrabales más degradados. Melitón Gil, un farmacéutico y concejal progresista, dedicó un trabajo la pandemia en 1865, basándose en su experiencia en la ciudad diez años antes, en el que reconocía que el cólera afectaba a las poblaciones “siempre con desigualdad, según que sus calles son más o menos estrechas y faltas de ventilación”. El boticario, sin embargo, demostró la desorientación de las autoridades sanitarias, al mostrarse “íntimamente convencido de que el agente principal que tan funestos resultados produce, no es otra cosa que una gran corriente de *fluido eléctrico*, que caminando al través de la atmósfera a impulso del viento y a una pequeña elevación, encontrando a su paso algunas poblaciones que le sirven de obstáculo, interceptando, digámoslo así, el curso de su marcha, las invade necesariamente”⁶⁰⁰.

⁵⁹⁹ AMGU, Beneficencia, 403874.

⁶⁰⁰ GIL, Melitón: *Causas, efectos, preservativos y curación del cólera-morbo asiático: con un apéndice para el mejoramiento de las clases pobres*. Madrid, Imp. F. Martínez García, 1865, pp. 10-11.

Figura 3.3. Distribución de la mortalidad causada por la epidemia de cólera (1855)

Afectación	Parroquias	Hombres	Mujeres	Niños	Total
Enfermos	Todas	138	179	214	531
Muertos	Santa María la Mayor	7	12	30	49
	Santiago	3	17	9	29
	San Gil	8	15	20	43
	San Nicolás	8	10	8	26
	San Ginés	8	7	20	35
	Hospital	19	11	3	33
	Total	53	72	90	215

Fuente: Elaboración propia, a partir de AMGURC, 145059.

Para Gil, la solución pasaba por la profilaxis social, y recomendaba la reclusión de “la clase mendicante, que puesta en contacto con el resto de la población, presenta comúnmente un aspecto repugnante, y lleva en pos de sí la miseria, causa de que en ella se ceban las enfermedades reinantes, y se hagan después extensivas aun a las personas mejor acomodadas”. En apoyo de su argumento, Gil indicaba que los numerosos mendigos “que diariamente pululan por las calles de esta capital” estaban “acostumbrados al género de vida que la indolencia y holgazanería les han enseñado, reducen sus necesidades hasta el extremo de creerlas satisfechas con solo tener un pedazo de pan para su diario alimento y un trozo de estera donde poder descansar durante toda la noche”⁶⁰¹. Sin embargo, los datos relativos a la mortalidad ordinaria en la parroquia de San Nicolás, recogidos por el párroco en 1854, evidenciaban que no solo los mendigos, sino un amplio espectro de la población, podía ser pasto de la guadaña. En el caso de la mortalidad infantil, la muerte se cebaba especialmente con los grupos de población más vulnerables, pero también se detenía en las casas de los ilustres patricios. La mortalidad era especialmente alta en las calles situadas a espaldas de la Calle y la Plaza Mayor, ya en las callejuelas aledañas, ya en las rondas, y particularmente en la Calle de San Lázaro, donde tuvo lugar el mayor número de muertes.

⁶⁰¹ *Ibid.*, pp. 23-24.

Figura 3.4. Mortalidad de los menores de dos años en la parroquia de San Nicolás, con sus causas, domicilios y extracción social (enero a agosto de 1854)

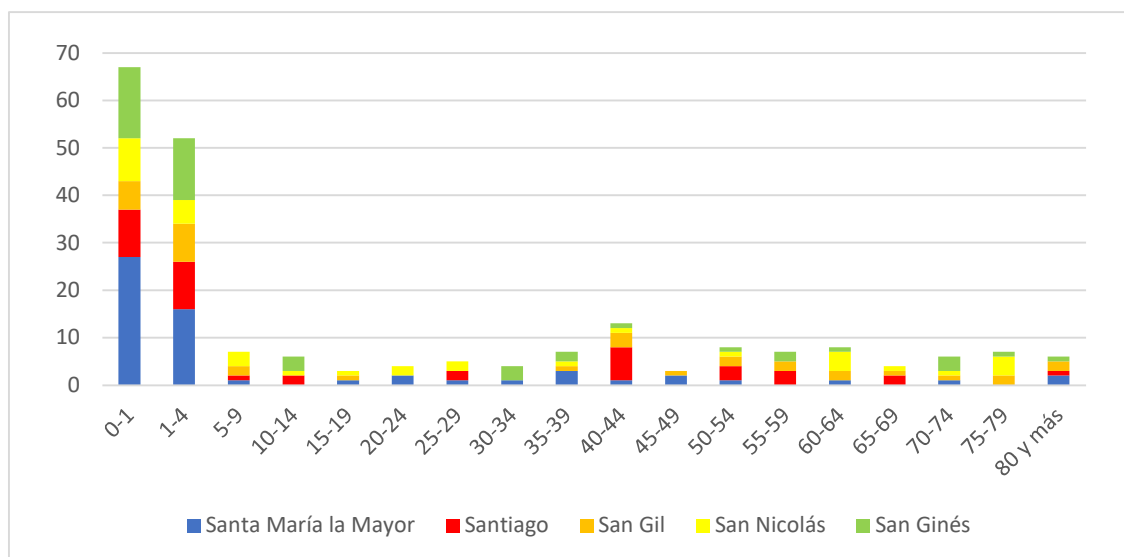
Difunto	Edad	Cabeza de familia	Causa	Domicilio	Fecha
Basilisa Julia Tomasa Gómez Pérez	5 días	Sastre y tendero	Alferecía	Mayor	14-1
Paula Sánchez León	9 meses	Albañil	Catarro sofocativo	San Lázaro	29-3
Miguel María Carmen Palacios de Soto	8 meses	Celador de caminos	Pulmonía	Mayor	24-4
Mariano López-Palacios Godín	18 meses	Escribano	Pulmonía	Herrera	29-4
Antonio Mónico Moraleda Viñuelas	13 días	Escribano	Alferecía	San Bartolomé	13-5
Eduardo Ayustante Peniza	3 meses	Desconocida	Calentura catarral	Desconocido	29-5
Isidro Rubio Mesa	22 días	Desconocida	Accidente epiléptico	Desconocido	06-6
Luis San Martín Catalán	6 días	Zapatero	Accidente epiléptico	San Ginés	12-6
Raimunda Niceta Matilde Aguado	3 meses	Desconocida	Alferecía	Desconocido	19-6
Ascensión Mónica Herreros Dombriz	15 meses	Albañil	Irritación intestinal	San Lázaro, 8	26-7
Valentina Soledad Rodrigo Tabernero	16 meses	Comerciante	Alferecía	Mayor	09-8
Valentina Dombriz	20 meses	Figonero	Tos pulmonar	Panaderos	15-8
Juana García Fernández	7 meses	Jornalero	Dentición	San Lázaro	28-8

Fuente: Elaboración propia, a partir de AMGUC-RC, 145059.

A pesar de que la de 1855 fue la última gran epidemia que vivió la ciudad, la mortalidad se mantuvo más o menos estable durante las décadas siguientes. En 1861, la infancia seguía siendo el colectivo más vulnerable ante la muerte y los arrabales de la parroquia de Santa María, los más castigados por la parca, especialmente en los primeros meses de vida, aunque en San Ginés e, incluso, en dos de las parroquias más céntricas, San Nicolás y Santiago, la mortalidad infantil había aumentado significativamente. Nuevamente, San Gil era la parroquia con un balance más positivo, aunque el número de muertes entre los grupos de edad intermedios había aumentado en esta parroquia y en Santiago, particularmente entre los habitantes de 40 a 44 años. En el caso de Santiago, el aumento de la mortalidad en los grupos intermedios podría deberse a los estragos causados por el cólera de 1855 en el Hospital, perteneciente a la circunscripción de la parroquia. En San Gil, donde la incidencia de la mortalidad producida por la epidemia

colérica entre los adultos fue mucho menor, las muertes ocurridas en los grupos centrales de edad parecen relacionadas con las deficientes condiciones higiénicas que ofrecía el laberíntico callejero del abigarrado casco medieval.

Figura 3.5. Mortalidad por parroquias y grupos de edad (1861)



Fuente: Elaboración propia, a partir de AMGURC, 145059.

Más allá de la formación de juntas de beneficencia y las reformas puntuales, el Ayuntamiento se limitó a consignar estadísticamente las enfermedades y sus causas. Entre 1863 y 1866, el Consistorio elaboró recuentos, en los que reflejó su desorientación e incapacidad, siquiera, para conocer las causas de las muertes, como se refleja en el abrumador volumen de muertes por “enfermedades comunes” o en la utilización de expresiones diagnósticas tan poco elocuentes como “muerte natural repentina” o “muerte senil”, aunque el raquíto volumen de óbitos comprendidos en esta última categoría sugiere que alcanzar la vejez era un privilegio reservado a unos pocos. Estas imprecisiones, más propias de la cultura médica popular que de una medicina científica actualizada, son sintomáticas de la distancia que aún debía recorrer la ciudad para lograr su transición sanitaria⁶⁰². Los recuentos, por lo demás, revelaban los prejuicios de las autoridades locales respecto a la conducta social y profesional de sus administrados, al recoger en su estadística de muertes por categorías socioprofesionales una casilla destinada a consignar los muertos “de vida dudosa”, en la que, por cierto, no se recogía ni una sola muerte entre 1863 y 1866.

⁶⁰² SANZ GIMENO, Alberto; RAMIRO FARIÑAS, Diego; BERNABEU-MESTRE, Josep; y ROBLES GONZÁLEZ Elena: “El análisis histórico de la mortalidad por causas: problemas y soluciones”, *Revista de Demografía Histórica*, 21, 1 (2003), p. 169.

Junto a ella, aparecían otras categorías que comprendían a los trabajadores del campo, los ocupados en las fábricas, los talleres y los oficios, los dedicados al comercio y “toda ocupación mercantil”, los profesionales relacionados con ocupaciones facultativas, los propietarios y rentistas y los menores sin profesión determinada. En el caso de las mujeres, las categorías quedaban reducidas a las menores, las propietarias, las de “vida dudosa”, las “dedicadas a las ocupaciones domésticas” y un genérico “trabajadoras de todas clases”, en el que aparecía consignada una sola defunción en todo el período, en 1864. Más allá del hecho de que las categorías con mayor número de muertes correspondían abrumadoramente a los menores y los trabajadores del campo, seguidos de lejos por los de las fábricas y talleres, la disparidad de los resultados no permite llegar a ninguna conclusión relevante, salvo porque confirma la debilidad del sector secundario en la ciudad y las difusas fronteras que separaban a los trabajadores ocupados temporalmente en la agricultura y el resto de sectores de actividad.

Figura 3.6. Estadística de muertes y sus causas (1863-1866)

Causas de la muerte	1863	1864	1865	1866
Enfermedades comunes	271	225	204	243
Enfermedades epidémicas y contagiosas	33	6	36	20
De muerte natural repentina	18	22	15	23
De muerte violenta, heridos, asfixias, caídas	5	3	4	2
De muerte senil	0	3	2	2
Total	327	259	261	290

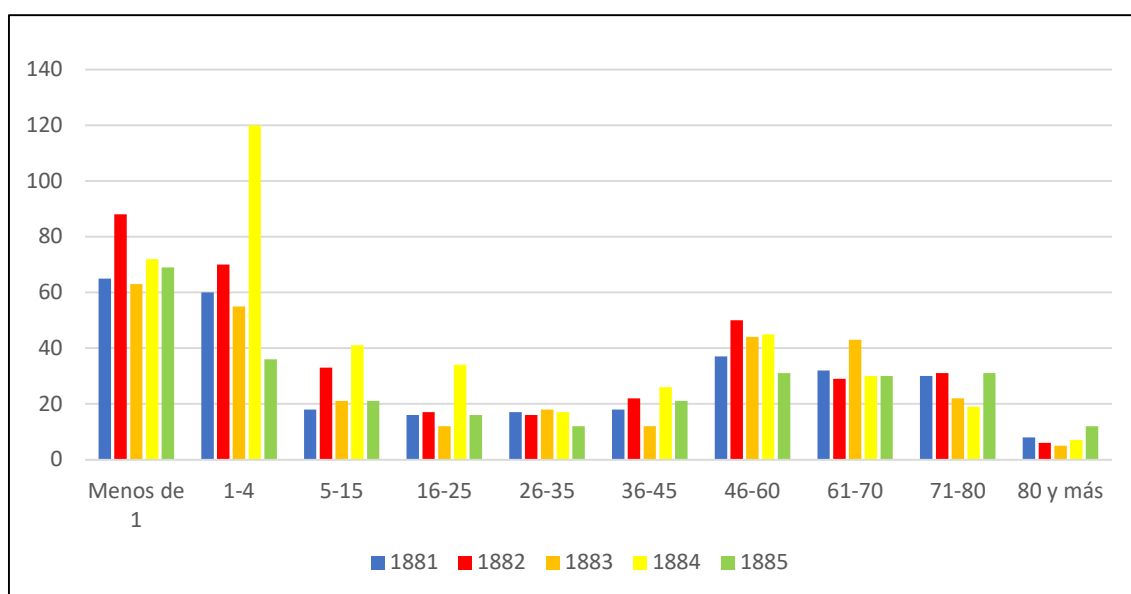
Fuente: Elaboración propia, a partir de AMGU-RC, 145059.

En los decenios finales de la centuria, la situación seguía siendo dramática. El alto número de fallecidos en los grupos de edad infantil y en el de los comprendidos entre los 45 y los 60 años evidencia que Guadalajara estaba lejos de consumir su transición demográfica. La nula incidencia del cólera en la ciudad⁶⁰³, a diferencia de lo que ocurrió en otras localidades de la provincia, como Jadraque o Molina, y la comparación con otras poblaciones llevaron a López Cortijo a felicitarse por el buen estado de salud de los arriacenses durante el quinquenio que va de 1881 a 1885. Pero las desorbitadas cifras de fallecidos en 1884, especialmente entre la población infantil, y la principal causa de muerte, las enfermedades del aparato respiratorio evidenciaban que la ciudad no había resuelto los problemas relacionados con la higiene viaria y doméstica. Ni el médico municipal, Benigno Obispo, ni el arquitecto provincial, Antonio Adeva ni algunos vecinos particulares se cansaron de denunciar las deficientes condiciones que se observaban en algunos puntos. En 1883, el primero de ellos puso en conocimiento del

⁶⁰³ FERNÁNDEZ SANZ, Juan José: “El cólera de 1885 en la provincia de Guadalajara”, *Wad-al-Hayara*, 23 (1996), pp. 183-198.

consistorio el mal estado del estanque del Paseo de la Concordia, pues desprende “a la caída de la tarde miasmas palúdicos”. Ese mismo año, el arquitecto provincial realizó una visita a una casa de la ciudad, en la que advirtió las deficientes condiciones derivadas de la falta de espacios apropiados para la estabulación del ganado. En la casa, la planta baja estaba destinada a albergar cuatro vacas. En el pavimento de la vivienda se mezclaban todos los líquidos que circulaban por la casa, entre ellos las bajadas de las aguas pluviales y la procedente de los retretes. A mayor abundamiento, el edificio carecía de un sistema de ventilación de humos o de los olores producidos por la fermentación de los estiércoles⁶⁰⁴.

Figura 3.7. Mortalidad por grupos de edad (1881-1885)



Fuente: Elaboración propia, a partir de López Cortijo (1892).

A pesar de su optimismo, López Cortijo no negaba que la ciudad presentaba deficiencias de salubridad muy notables. Según su análisis hidrométrico, los viajes que abastecían de agua eran, en general, deficientes. Solo se salvaba el manantial de Santa Ana, por su menor contenido de sales y de materia orgánica. Del viaje de Torija manaba una “regular agua potable”, pero el sistema de conducción presentaba notorias deficiencias y las aguas del Sotillo y Santa Catalina, “si no son insalubres, son (sobre todo la última) casi impropias para los usos domésticos”⁶⁰⁵. Tampoco obliteraba López Cortijo la disparidad que, en el capítulo de la salubridad, separaba al casco de los arrabales, cada vez más acusadas a partir de la década de los setenta como consecuencia del

⁶⁰⁴ AMGÚ, 1333.

⁶⁰⁵ LÓPEZ CORTIJO, José: *Topografía médica de Guadalajara*. Guadalajara, Imprenta y Encuadernación Provincial, 1893, pp. 42-43.

funcionamiento de los mecanismos segregadores propios de los fenómenos de apropiación y producción burguesa del espacio residencial⁶⁰⁶. En su topografía médica, López Cortijo advirtió que la población próxima a los barrancos “se encuentra bastante apiñada y las casas son húmedas, mal ventiladas e incapaces para contener el número de personas que en ellas habitan”⁶⁰⁷. La insalubridad no era privativa de los arrabales, pues también en la calle Mayor

se ven casas antiguas y de mala construcción, sitios en que es estrecha hasta tal punto que apenas puede dar paso a un coche, y esto siempre con exposición del transeúnte, y si el aspecto de las casas es malo al exterior (*sic*), todavía es de peores condiciones el interior, tanto por su capacidad como por su construcción, que no obedece a la más ligera condición higiénica⁶⁰⁸.

Con todo, la situación más dramática se vivía en los establecimientos asistenciales con que contaba la ciudad. El hospital, establecido en el convento que fue de los Remedios era, a juicio de López Cortijo, “deficiente y no reúne las condiciones que toda buena higiene reclama para establecimientos de esta índole”, ya por su situación, ya por las deficiencias del edificio⁶⁰⁹. El edificio contaba con numerosas dependencias carentes de las condiciones higiénicas más elementales. En una de las salas del piso bajo, llamada de San Francisco, “la luz que esta sala recibe es muy escasa, y no hay medio alguno de renovación del aire, a más de ser muy húmeda, y por estas razones sólo en casos excepcionales se ocupa, más que por enfermos por imposibilitados, de los que siempre hay en el establecimiento”⁶¹⁰. La situación de la enfermería no era mejor. La sala de Santa Teresa, donde estaba ubicada, “debió tener excelentes condiciones para coro, pero las tiene muy malas para enfermería, pues hubo necesidad de trasladar los enfermos de cirugía (*sic*) (...) porque las enfermedades quirúrgicas tomaban muy mal aspecto y algunos enfermos fueron víctimas de esta influencia”⁶¹¹.

Las condiciones de la Inclusa eran aún peores. La institución ocupaba el edificio del viejo y desconchado palacio de los Páez de Sotomayor, entre la parroquia de Santa María y el arrabal del Alamín, junto al barranco, por lo que la humedad, la falta de luz y de ventilación eran proverbiales. Así, “se comprenderá cuán valetudinaria será la salud de los desgraciados acogidos en el establecimiento, predominando en ellos los temperamentos linfáticos y presentándose todas las formas del escrofulismo y algunos casos de tuberculosis”⁶¹². La alimentación de los asilados consistía en “un severo régimen” de dos ranchos diarios. El contraste no podía ser mayor con los Colegios de Huérfanos de Guerra, instalados en el Palacio del Infantado en 1879 para acoger a los

⁶⁰⁶ LEFEBVRE, Henri: *El derecho a la ciudad* (*op. cit.*).

⁶⁰⁷ LÓPEZ CORTIJO, José: *Topografía médica...* (*op. cit.*), p. 44.

⁶⁰⁸ *Ibid.*, pp. 43-44.

⁶⁰⁹ *Ibid.*, p. 45.

⁶¹⁰ *Ibid.*, p. 45.

⁶¹¹ LÓPEZ CORTIJO, José: *Topografía médica de Guadalajara*. Guadalajara, Imprenta y Encuadernación Provincial, 1893, pp.

⁶¹² *Ibid.*, p. 56.

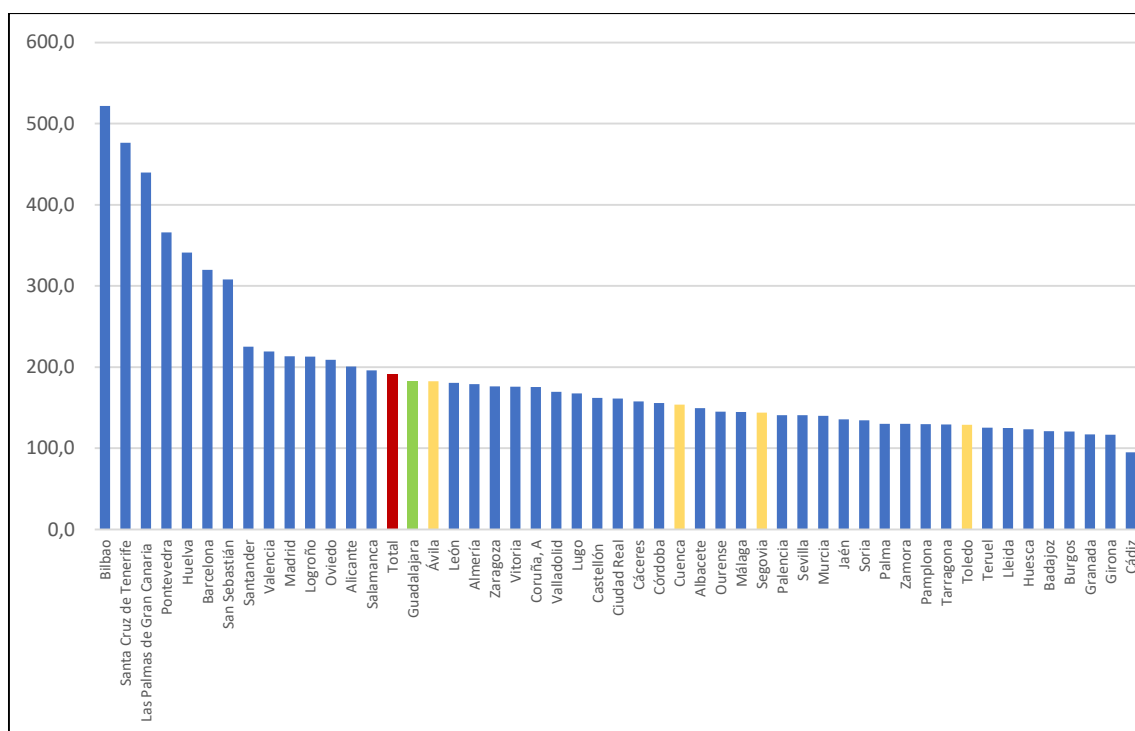
huérfanos de militares. Sus 200 alumnos disponían de dormitorios bien ventilados e iluminados, con 40 metros cúbicos de capacidad para cada alumno y “condiciones higiénicas excepcionales”⁶¹³. Si los acogidos en la Inclusa eran utilizados como mano de obra gratuita, destinados al servicio doméstico, al aprendizaje de algunos oficios o a la Imprenta Provincial, los huérfanos de militares recibían instrucción académica y disfrutaban de la posibilidad de pasear por los jardines del palacio.

3.3. Ciudad soñada, estación de paso y destino fortuito

La atrofia vegetativa provocada por el azote de la muerte fue compensada, en parte, por el aporte migratorio, el único factor de crecimiento demográfico posible en el Antiguo Régimen y durante buena parte de la transición demográfica. La movilidad hacia la capital propició un fuerte crecimiento de la ciudad, que, a pesar de su reducido tamaño, duplicó su población entre los años cuarenta y el cambio de siglo. Su crecimiento demográfico acumulado entre 1857 y 1910, un 183 %, ligeramente inferior a la tasa del conjunto de capitales españolas, fue el más alto de todas las capitales de provincia del hinterland en torno a Madrid y el sexto más elevado de las ciudades de menos de 30.000 habitantes. Guadalajara, sin embargo, no debía su crecimiento a su propio dinamismo, sino al capricho de la geografía, pues fue su proximidad a la Corte el factor que más decisivamente contribuyó a su expansión. La ciudad, estación de paso de los migrantes que abandonaban los pueblos de su provincia, Soria y Zaragoza en dirección a Madrid, se especializó en la asimilación de la población migrante en la cuenca demográfica de la capital. Su condición de colectora de los movimientos migratorios hacia Madrid propició que, en un sentido inverso, la ciudad se beneficiara de la movilidad de retorno practicada por la población rural expulsada del mercado de trabajo madrileño y de la movilidad interurbana desde Madrid a Zaragoza y Barcelona.

⁶¹³ *Ibid.*, p. 60.

Figura 3.8. Tasas de crecimiento acumulado de las capitales de provincia españolas (1857-1910)



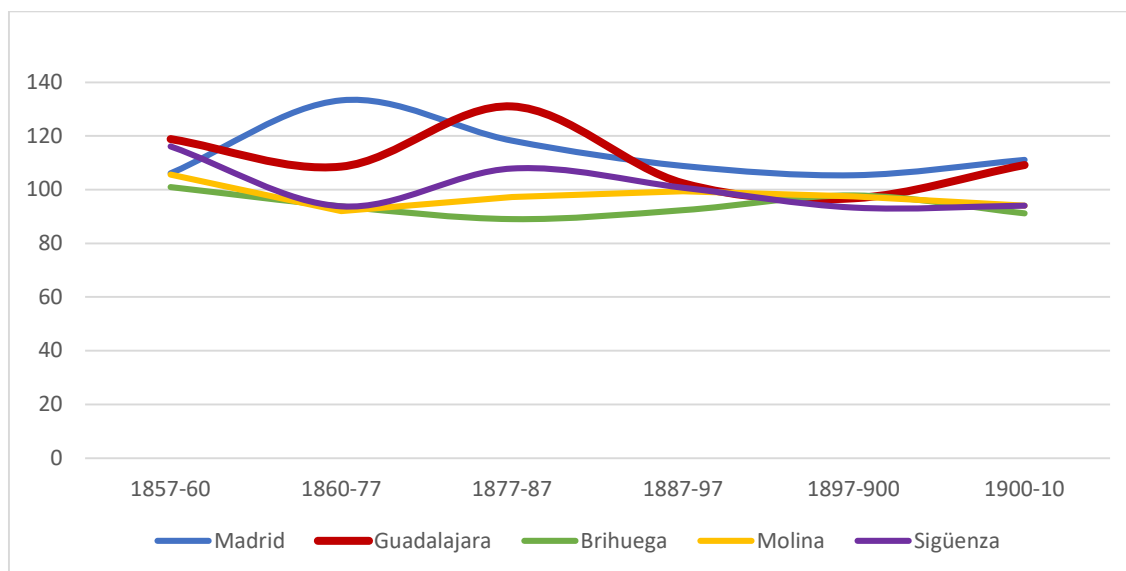
Fuente: Elaboración propia, a partir de los Censos de población (INE).

El ritmo de crecimiento de la ciudad no fue homogéneo, lo que evidencia su dependencia tanto de su capacidad para atraer nuevos habitantes como de los factores de expulsión en el origen de los migrantes. La población aumentó más intensamente en los años cincuenta y en los ochenta, creció moderadamente en los sesenta y primeros setenta, se estancó en torno a los 11.000 habitantes en los años finales del siglo XIX y volvió a crecer de forma sostenida a partir de 1900, llegando a las 16.000 almas en 1930. Este comportamiento revela la subsidiariedad del mercado de trabajo arriacense respecto del madrileño, que, a medida que se atenuaba la megalomanía del Estado liberal isabelino, liberaba a una parte de los trabajadores de las grandes obras públicas, como el Canal de Isabel II. Guadalajara, como otras localidades de la provincia, se benefició de los movimientos de retorno que la contracción del mercado de trabajo madrileño generaba, lo que refleja la ambivalencia que la proximidad de Madrid tuvo para la provincia de Guadalajara y para su capital.

Por otra parte, en el crecimiento de Guadalajara fue patente la incidencia que los cambios en la titularidad de la tierra y la crisis fabril y minera de algunos puntos de la provincia, como Brihuega, Hiendelaencina o Budia, tuvieron sobre el crecimiento de la capital, que consolidó su posición hegemónica en el conjunto de la provincia, relegando a los núcleos semiurbanos a una posición cada vez menos relevante, como se refleja en sus índices de primacía urbana en la provincia, que pasaron de un 38,5 % en 1860, a un

50,6 % en 1900⁶¹⁴. El crecimiento de Guadalajara y el estancamiento de otras localidades rurales o semiurbanas de la provincia es sintomática del inicio de un proceso de redistribución de la población guadalajareña que reprodujo, a una escala inferior, el modelo de la red urbana nacional. La migración desde las zonas rurales hacia Madrid y Guadalajara se debió fundamentalmente a dos tipos de dinámicas: una, de expulsión, relacionada con los efectos que, en algunas comarcas, provocaron la ruina de la minería y los cambios en la estructura de la propiedad y el trabajo agrarios; la otra tiene que ver con la capacidad de atracción ejercida por las ciudades, Madrid y Guadalajara, y está en función de lo que cada una de ellas podía ofrecer a los migrantes rurales.

Figura 3.9. Tasas de crecimiento demográfico intercensal en Guadalajara, comparado con el de Madrid y algunas localidades de la provincia (1860-1910)



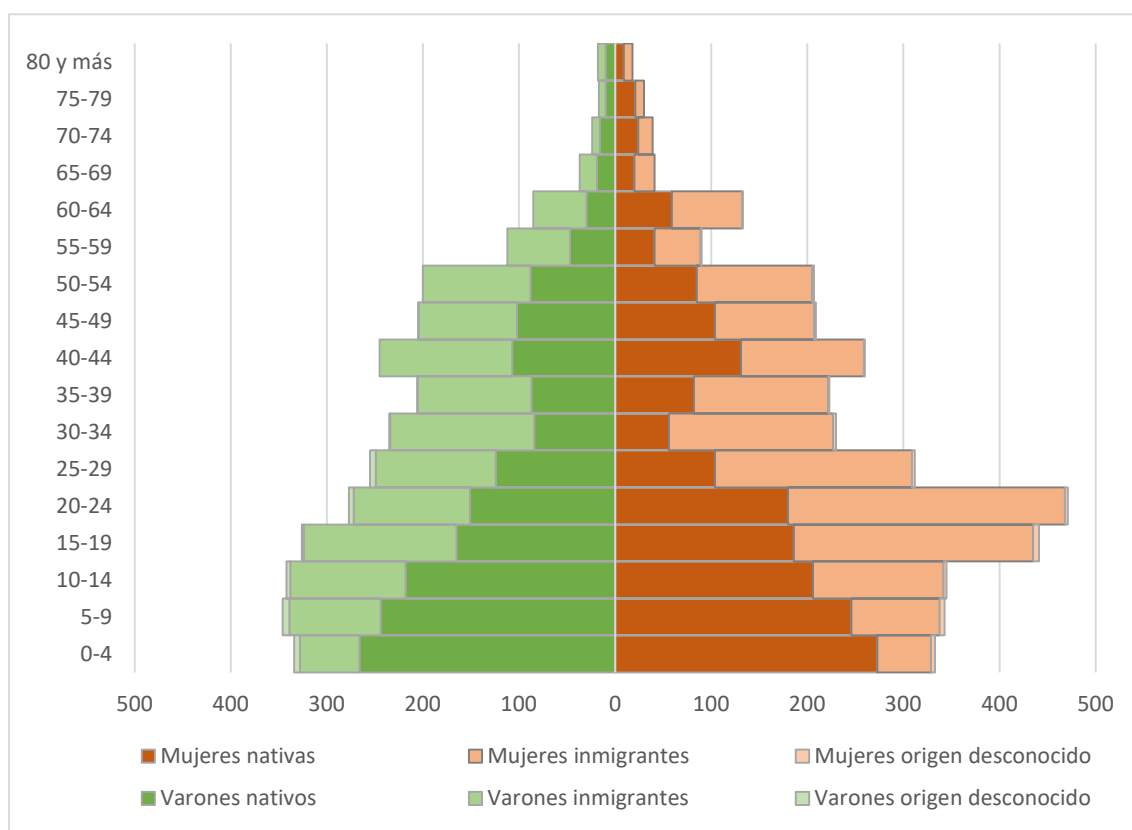
Fuente: Elaboración propia, a partir de los censos de población (INE).

A pesar de la inestabilidad y subsidiariedad de su mercado de trabajo, y de la dependencia que su crecimiento mostró respecto a las dinámicas locales de Madrid y los pueblos de su provincia, a lo largo de toda la segunda mitad del siglo XIX, la afluencia de migrantes rurales de la provincia y urbanos de Madrid se mantuvo constante. La gran

⁶¹⁴ El índice de primacía urbana (Ip) se ha calculado a partir de los datos del INE. Es el porcentaje de población que acumula la principal ciudad de un sistema urbano respecto de las cuatro principales ciudades del mismo. El empleo de la provincia como base resulta algo artificial, pero es útil para valorar la importancia urbana de la ciudad respecto a aquella. El incremento de Guadalajara representa el más alto de todas las capitales del hinterland madrileño en sus respectivas provincias. Sobre la distribución de la población en los sistemas urbanos, véase: SMITH, C. A.: "Types of city-size distributions: a comparative analysis", en VAN DER WOUDE, Ad, HAYAMI, Hakura y DE VRIES, Jan (eds.): *Urbanization in history: A Process of Dynamic Interactions*. Clarendon Press, 1990. pp. 20-42.

ciudad y los pueblos fueron, de hecho, las principales fuentes del crecimiento de la capital provincial, que albergó a una proporción de inmigrantes cercana al 50 % de su población. En 1869, la tasa de inmigración era del 48 %, un porcentaje que ascendió al 57 % en 1884, y se estabilizó en torno a ese porcentaje durante los siguientes veinte años.

Figura 3.10. Pirámide de población nativa e inmigrante (1869)



Fuente: Elaboración propia, a partir de los padrones de 1869, 1884 y 1904.

Hasta la década de 1860, el análisis de la inmigración está muy condicionado por la fuente. Los padrones de vecindario de las décadas de 1840 y 1850 solo recogen el origen de algunos habitantes, que, precisamente por el tipo de recuento, no eran vecinos. Así, en la casilla “dependientes de otros pueblos” se consignaba el lugar de residencia de algunos sirvientes y realquilados, que, en este último caso, eran muy poco numerosos en los padrones empleados, correspondientes a 1844 y 1854. En el caso de los sirvientes, las fuentes nos permiten realizar un análisis cualitativo y nominativo, como en el caso de los sirvientes de la casa de postas. Para 1844, los principales orígenes de los 222 migrantes consignados correspondían a pueblos de la provincia de Guadalajara. El grupo más numeroso era el de los originarios de Hita, seguidos de los de Centenera, Alarilla y Castejón de Henares. En el caso de Hita, un centro comarcal de unos 1.000 habitantes, la mayoría de los migrantes eran criadas relacionadas con el servicio doméstico de ciclo

vital y, en menor medida, criados agrícolas. Entre las sirvientas se encontraba Eustaquia Butrón, de 25 años, que había llegado a la ciudad dos años antes, y terminó casándose con un migrante de Chiloeches y quedándose a vivir en la ciudad. Su caso ejemplifica el papel que cumplía la ciudad como mercado matrimonial. Hita también proveía a la capital de dependientes del comercio o mancebos, como ocurría en el caso de José Núñez, que prestaba sus servicios en la farmacia de Manuel Fernández, en la Calle Mayor. En los casos de Alarilla, Centenera y Castejón, los migrantes eran principalmente criados de ciclo vital, de ambos sexos en el caso de Centenera, o mayoritariamente femenino en los otros dos.

A mediados de los cincuenta, Hita y Centenera continuaban siendo dos de los principales orígenes de los migrantes rurales, pero a ellos se sumaban otros dos pueblos de su entorno inmediato, Marchamalo, en la Campiña, y Chiloeches, en la Alcarria. En todos los casos, el grupo socioprofesional más numeroso era el de las criadas, que no solo fueron el principal aporte poblacional de los pueblos guadalajareños al mercado de trabajo de la capital provincial, sino también al madrileño⁶¹⁵. La principal novedad era la presencia de dependientes del comercio y trabajadores de algunos oficios procedentes de provincias alejadas, como Asturias, Álava o La Rioja. Ambos casos reflejan la captación de mano de obra desde el destino, un procedimiento muy habitual en el sector comercial. Dos de los asturianos estaban empleados en uno de los primeros cafés de sociedad abiertos en la ciudad, propiedad de Lucas Ruiz, un antiguo barbero que cerró su taller para arrendar el teatro de la ciudad y terminó abriendo un café y una fonda. Gregorio Mendoza, trabajaba como sirviente doméstico para el administrador del duque de Osuna e Infantado, Antonio Orfila. Manuel Soto, por su parte, estaba empleado como sirviente en una posada, propiedad de un pariente suyo. Los alaveses y los riojanos representaban un tipo de inmigración vinculada a la familia extensa de varios comerciantes de la zona que se habían establecido en la ciudad, los Udaeta-Mendieta. En el comercio de Román Mendieta trabajaban dos dependientes de Oquendo y Aguilar del Río Alhama, Pedro Solano y Tomás de Arandia. Por el testamento de su tío, José Ramón Udaeta, sabemos que Tomás era primo de Román. Pedro, por su parte, procedía del pueblo en el que vivía una rama de los Udaeta.

Otra de las provincias que proveía a Guadalajara de trabajadores del comercio era Soria, entre cuyos naturales había varios empleados en las confiterías de la ciudad. La cualificación y relativa especialización de estos colectivos migratorios no parecen estar relacionados con la capacidad de atracción ejercida por Guadalajara sobre otras provincias aledañas, pues, como se ha visto, Guadalajara apenas ejercía influencia sobre

⁶¹⁵ PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El Ensanche Norte...* (op. cit.); VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche Sur...* (op. cit.); CARBALLO BARRAL, Borja: *El Ensanche Este...* (op. cit.); DE MIGUEL SALANOVA, Santiago: *Madrid, sinfonía de una metrópoli...* (op. cit.); DÍAZ SIMÓN, Luis: *Los barrios bajos...* (op. cit.).

los pueblos de su entorno inmediato, lo que la convertía en centro de una red urbana de escala comarcal, pero poco más.

A pesar de ello, en la ciudad estuvieron bien representados dos grupos de migrantes laborales y estacionales de larga distancia característicos del Antiguo Régimen⁶¹⁶, los caldereros napolitanos y los panaderos del sur de Francia. Su presencia no obedecía a la capacidad de atracción de la propia Guadalajara, sino a la tradición migratoria de los lugares de origen de estos grupos. La emigración de caldereros napolitanos en España, muchos de ellos –si no todos– procedentes de la localidad de Rivello, está documentada desde el Antiguo Régimen y persistió en las décadas siguientes. Se trataba de varones que se desplazaban sin sus familias, en cuadrillas formadas generalmente por un maestro y varios oficiales de mediana edad, más algún aprendiz que mantenía relación familiar con el maestro o alguno de los oficiales. Estos migrantes se dedicaban a la producción y venta semiambulante de calderos y practicaban una migración estacional. En Guadalajara, los caldereros se establecían por temporadas en el área cercana a las eras, y estuvieron presentes durante toda la segunda mitad del siglo XIX. A comienzos del siglo XX, algunos de ellos se instalaron definitivamente en la ciudad, tras pasar por Brihuega, donde se establecieron los miembros de las familias Crochi y Domarco a finales de los cincuenta⁶¹⁷.

Los panaderos franceses, por su parte, también practicaron la emigración estacional desde el siglo XVIII⁶¹⁸ y llegaron a ser uno de los colectivos más numerosos entre los panaderos madrileños durante la segunda mitad del siglo XIX⁶¹⁹. En Guadalajara, la migración temporal y laboral dio paso a otra definitiva, que condujo a la ciudad a varios maestros del oficio, Antonio Revel, Antonio Maury y Agustín Pigot, a principios de los ochenta. Los Revel, los Maury y los Pigot procedentes del departamento de Cantal, en la región de Auvernia, practicaron una acusada endogamia matrimonial y corporativa, pero terminaron echando raíces en la ciudad, donde seguían regentando tres tahonas a principios del siglo XX. Su comportamiento revelaba un comportamiento muy común entre los habitantes de larga o media distancia, consistente en la práctica de la endogamia matrimonial y la activa participación en la vida pública. Ambas estrategias parecían orientadas a un objetivo: favorecer la conservación y el incremento del patrimonio.

⁶¹⁶ SASSEN, Saskia: *Inmigrantes y ciudadanos De las migraciones masivas a la Europa fortaleza*. Madrid, Siglo XXI, 2013.

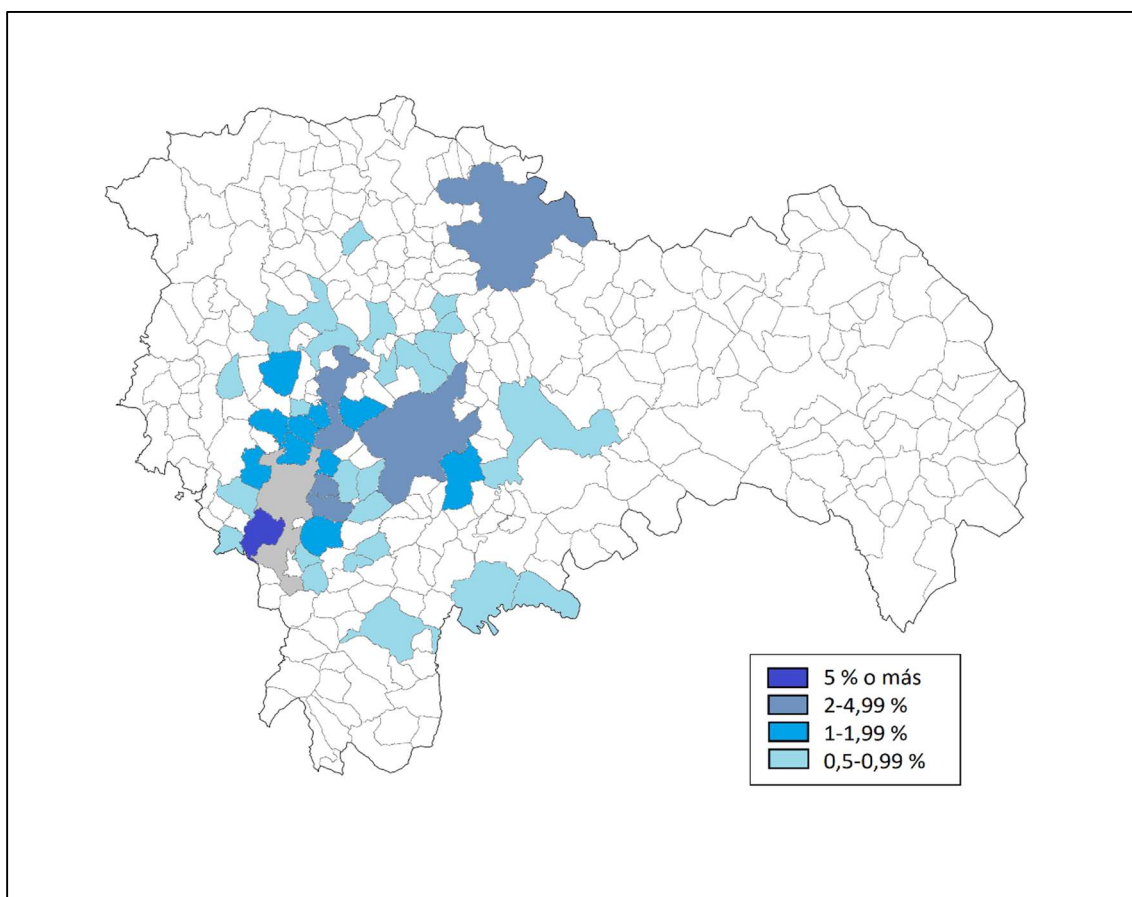
⁶¹⁷ Sobre los caldereros de Rivello: VILA PASTOR, Bartolomé: “Orfebres napolitanos en la España del siglo XIX. Una familia de plateros en Tarazona de la Mancha”, *Al-Basit*, 62 (2017), pp. 5-17; CASSINO, Carmine: “Un caso lucano di emigrazione di mestiere: i ramai della valle del Noce, tra passato e presente”, en LICATA, Delfina (ed.): *Rapporto Italiani nel Mondo 2015*. Roma, Todi, Fondazione Migrantes, Tau, 2015, pp. 367-374.

⁶¹⁸ CORONAS TEJADA, Luis: “Aspectos socioeconómicos de la inmigración francesa en JAÉN (1750-1834)”, en VILLAR, M. B. y PEZZI, P. (dirs.): *Los extranjeros en la España moderna. Actas del I Coloquio Internacional (Málaga, 28-30 de noviembre de 2002)*. Madrid, Ministerio de Ciencia y Tecnología, 2003, pp. 279-287.

⁶¹⁹ VICENTE, Fernando: *Los barrios negros... (op. cit.)*.

Fue a partir de los sesenta cuando la capital provincial empezó a extender su radio de influencia hasta otras áreas de la provincia. A finales de esa década, la capacidad de atracción de la provincia se limitaba a las localidades alcarreñas de su propio partido y del de Brihuega. Los colectivos más numerosos correspondían a los migrantes de municipios aledaños, como Chiloeches, que, con 108 migrantes encabezaba la lista, seguido de Taracena, con 59, Centenera, con 50, Lupiana, con 43, Torija, con 38, o Iriépal, con 31, todos ellos en la Alcarria, y Marchamalo, con 36, en la Campiña, o de las cabeceras de partidos como Brihuega, de donde procedían 66 personas, Sigüenza, que aportaba 58, y Atienza, donde habían nacido 36. Además, continuaban siendo numerosos los 56 naturales de Hita, y se incorporaban con fuerza los nativos de otros municipios como Trijueque o Budia. La emigración desde estas localidades parece emparentada con los factores de expulsión que operaban a nivel local, como podrían ser, en el caso de Budia, el impacto de las desamortizaciones o la crisis de las tenerías⁶²⁰.

Figura 3.11. Municipios de origen de los inmigrantes de la provincia de Guadalajara (1869)



Fuente: Elaboración propia, a partir del padrón de 1869.

⁶²⁰ GARCÍA LÓPEZ, Juan Catalina: *El libro de la provincia...* (op. cit.).

La mayor parte de los migrantes originarios de los pueblos de la provincia seguían practicando mayoritariamente la emigración individual, relacionada generalmente con el servicio doméstico, aunque también había algunos estudiantes, que se desplazaban hasta la capital desde los pueblos para cursar sus estudios en el Instituto General y Técnico y la Escuela Normal de Maestros. En muchos casos, los estudiantes se alojaban en alguna casa de huéspedes o realquilaban una habitación. El tipo de inserción familiar de los migrantes de la provincia contrastaba con el practicado por los procedentes de otros lugares, que, en su mayoría, lo hacían en el seno de la familia. Tal disparidad refleja el diferente perfil de los migrantes provinciales y nacionales. Si los primeros se desplazaban a la ciudad como consecuencia de la conjugación de factores de expulsión y atracción por parte de la propia ciudad, los segundos lo hacían forzosamente, pues muchos de ellos eran empleados públicos que arribaban a Guadalajara para ocupar sus destinos en las oficinas gubernamentales.

Figura 3.12. Formas de inserción familiar de los migrantes de la provincia de Guadalajara y otros orígenes (1869)

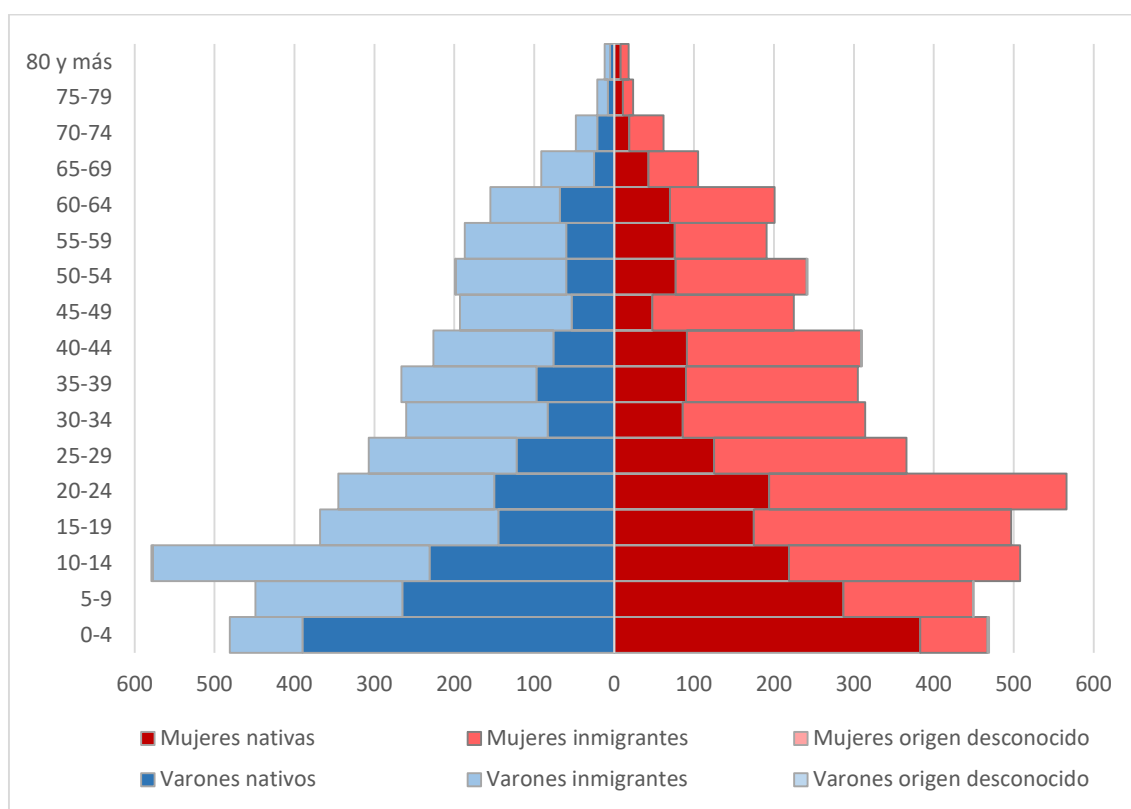
Posición en el hogar	Guadalajara provincia		Resto de inmigrantes	
	Inmigrantes	%	Inmigrantes	%
Cabeza de familia	56	12,53	114	24,78
Cónyuges	47	10,51	72	15,65
Hijos	84	18,79	115	25,00
Familiares	15	3,36	47	10,22
<i>Lógica familiar</i>	202	45,19	348	75,65
Servicio	170	38,03	42	9,13
Laboral	15	3,36	27	5,87
Realquilados	22	4,92	32	6,96
Colectivo	38	8,50	11	2,39
<i>Lógica no familiar</i>	245	54,81	112	24,35
<i>Total</i>	447	100,00	460	100,00

Fuente: Elaboración propia, a partir del padrón de 1869.

El comportamiento de los migrantes de Chiloeches ilustra el inicio de la transición del modelo basado en el predominio de la emigración individual de ciclo vital al de emigración colectiva en el seno de la familia. El grueso de los habitantes nacidos en la localidad había llegado principalmente en dos oleadas, a mediados de los cincuenta y en la segunda mitad de los sesenta. Los protagonistas de la primera oleada eran, en su mayoría jornaleros, que habían llegado solos a la ciudad y habían formado matrimonios mixtos con jóvenes de otros pueblos. Sus hijos habían nacido en Guadalajara e incluso vivían en zonas próximas de la parte baja de la ciudad, alrededor de la Plazuela de la

Fábrica, lo que sugiere que su desplazamiento se había servido de una red migratoria. En el caso de los migrantes llegados después de 1866, se trataba de familias completas cuyos miembros habían nacido en Chiloeches y estaban encabezadas por jornaleros que se instalaron en zonas próximas a la Carrera, en los arrabales del Agua o el Amparo. En uno de los casos, la emigración se había producido en el marco de la familia extensa. Dos de los hogares formados por nacidos en Chiloeches estaban encabezados por los hermanos Manuel y Martín Sánchez Gallego, de 57 y 55 años, casados con dos hermanas, Rufina y María Merino Inglés, de 53 y 43 que habían llegado en 1866 con sus respectivos hijos – en el caso de Manuel y María, con los hijos habidos en sus anteriores matrimonios– y se habían instalado en dos casas del número 97 de la Calle de Jáudenes.

Figura 3.13. Pirámide de población nativa e inmigrante (1884)



Fuente: Elaboración propia, a partir del padrón de 1884.

La coexistencia de los dos modelos migratorios, individual y en familia, se reflejaba en el perfil de una pirámide con aristas muy vivas en los años en los que se producía la inserción laboral, que tenía lugar entre los 10 y los 20 años en el caso de los varones, y a partir de los 14 en el de las mujeres. Muchos de ellos llegaban a la ciudad individualmente, pero otros lo hacían acompañados por su familia, y en otros casos, la llegada a la ciudad se producía de forma escalonada. Un buen ejemplo lo encontramos en

la familia Roa Plaza, procedente de Yebes. La cadena migratoria había sido iniciada por las hijas, Ignacia y Carmen, que arribaron a la ciudad en 1882, con dieciséis y trece años. Dos años después se produjo la reagrupación familiar, al llegar a la ciudad el resto de los miembros de la familia, los padres, Juan Francisco e Hilaria, y tres hermanos menores. El papel de los ingresos de Ignacia y Carmen como sirvientas era fundamental, ya que, además de ellas, solo contribuía al presupuesto el jornal que cobraba el padre, mientras los hijos varones no trabajaban. Sin embargo, los hermanos Roa Plaza terminaron encontrando acomodo en el mercado laboral de la ciudad. Enrique, el mayor, aprendió el oficio de carretero, que desempeñaba en 1904, y el menor, Francisco, entró a trabajar como aprendiz de zapatero en un taller de la ciudad. En otros casos, la llegada se producía en el seno de la familia, como ocurrió en el de los Pastor Lozano, también procedentes de Yebes. La familia al completo llegó a la ciudad en 1882. Dos de las hijas del matrimonio, Raimunda y Camila, de 11 y 12 años, trabajaron como sirvientas, mientras el padre, Aniceto, lo hacía como pastor y la madre, Engracia, como costurera. Los ejemplos anteriores revelan el papel de la ciudad en la inserción laboral de los migrantes rurales de las comarcas guadalajareñas, en las que el peso de los jóvenes que trabajaban como jornaleros y sirvientas fue reduciendo su peso, frente a una inmigración más rica en su composición.

Sin embargo, la tendencia a la subalternidad de los migrantes de la provincia seguía siendo mayor que la que presentaban otros contingentes de población más selectos, incluidos los del partido limítrofe de Alcalá de Henares, en Madrid. El perfil subalterno de los oriundos de la Serranía, el Señorío de Molina y la Baja Alcarria no era demasiado diferente del de los migrantes de los partidos de la capital y Brihuega, pues dominaban los sirvientes de ambos sexos. Los migrantes del área de Alcalá mostraban una composición más rica, parecida a la de los procedentes de Madrid, entre la que había comerciantes, como Josefa Rodríguez, o trabajadores cualificados, como el cafetero Laureano Saldaña y la maestra Eugenia Trenco. Parecida composición presentaban los migrantes procedentes de otras capitales de provincia y sus entornos comarcanos, de donde procedían los empleados públicos y los militares destinados a la ciudad.

Figura 3.14. Principales partidos de origen de los inmigrantes (1869)

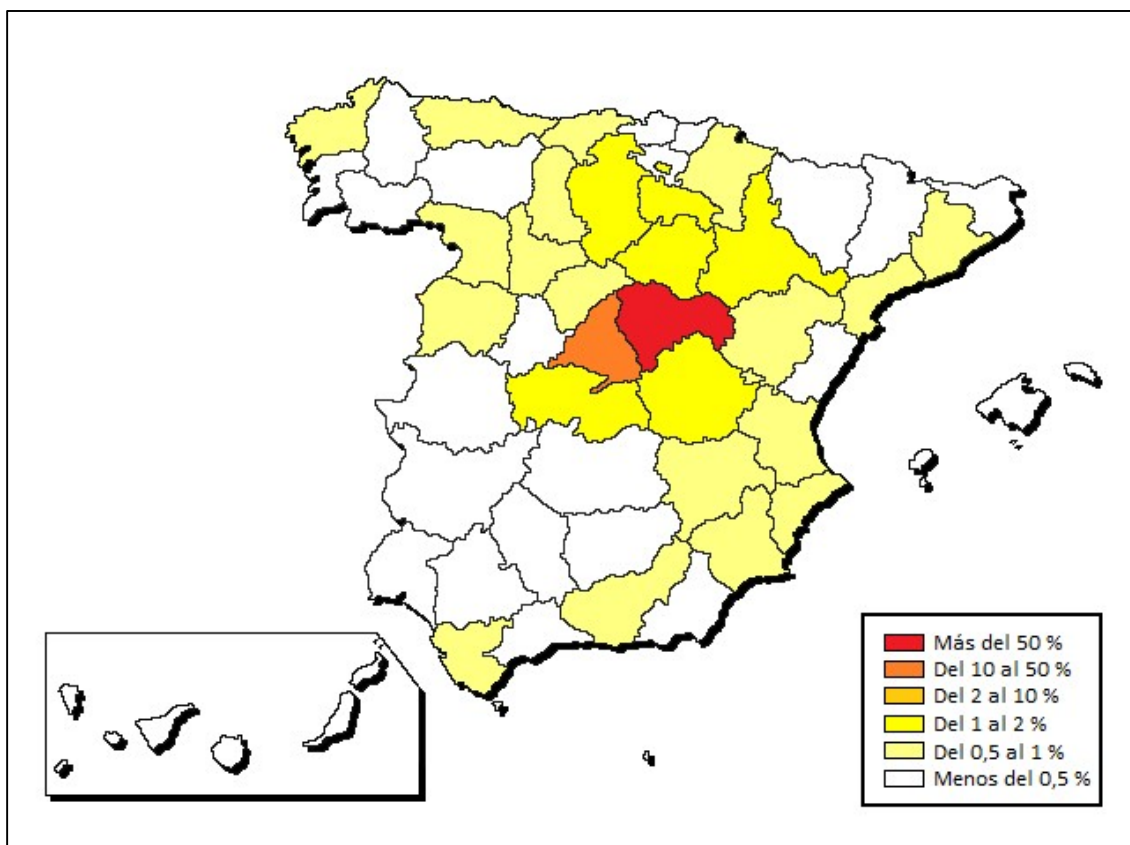
Partido	Provincia / Territorio	Habitantes	% inmigrantes
Guadalajara	Guadalajara	594	17,88
Brihuega	Guadalajara	545	16,41
Madrid	Madrid	296	8,91
Sigüenza	Guadalajara	191	5,75
Pastrana	Guadalajara	127	3,82
Cogolludo	Guadalajara	116	3,49
Alcalá de Henares	Madrid	111	3,34
Atienza	Guadalajara	100	3,01
Sacedón	Guadalajara	59	1,78
Cifuentes	Guadalajara	56	1,69
Molina	Guadalajara	37	1,11
Soria	Soria	26	0,78
Valencia	Valencia	24	0,72
Barcelona	Barcelona	22	0,66
Burgos	Burgos	22	0,66
Tarancón	Cuenca	20	0,60
Zaragoza	Zaragoza	20	0,60
Granada	Granada	19	0,57
Pamplona	Pamplona	19	0,57
Calatayud	Zaragoza	17	0,51
Getafe	Getafe	17	0,51

Fuente: Elaboración propia, a partir de las hojas de empadronamiento de 1869.

Por provincias, el colectivo más numeroso era el de los nacidos en Madrid, seguido de los originarios de las provincias limítrofes, que, salvo en los casos de Teruel y Segovia, superaban el 1 %, un porcentaje similar al de los migrantes toledanos, burgaleses y riojanos. La proximidad geográfica explica la presencia de sorianos, zaragozanos y conquenses, mientras que los inmigrantes de Toledo parecen más bien relacionados con la inmigración desde Madrid. Los riojanos, por su parte, continuaban vinculados al comercio, lo mismo que algunos de los burgaleses, entre los que eran numerosos los procedentes del Valle de Mena. Del municipio procedían algunos destacados miembros de la elite local, los contratistas Julián y Manuel Gil de la Huerta, que eran hermanos, y el chocolatero Eugenio de Velasco Mena, que recurrió a dependientes de la provincia de Burgos para atender su establecimiento. Julián Gil de la Huerta fue alcalde de Guadalajara en la Restauración, lo mismo que otro burgalés, Antonio Arsuaga Taranco, durante el Sexenio. Sus casos ilustran el papel de la inmigración en la transformación de la elite durante el último tercio del siglo XIX. En cualquier caso, Madrid era la provincia que más efectivos aportaba al grupo hegemónico. De ella llegaban ingenieros, arquitectos, catedráticos, oficiales del Ejército y un sinfín de

empleados públicos y particulares, a los que se sumaba una amplia representación del mundo de los oficios manuales, que, expulsados del mercado de trabajo madrileño, llegaron a Guadalajara para evitar su proletarización.

Figura 3.15. Provincias de origen de los inmigrantes (1869)

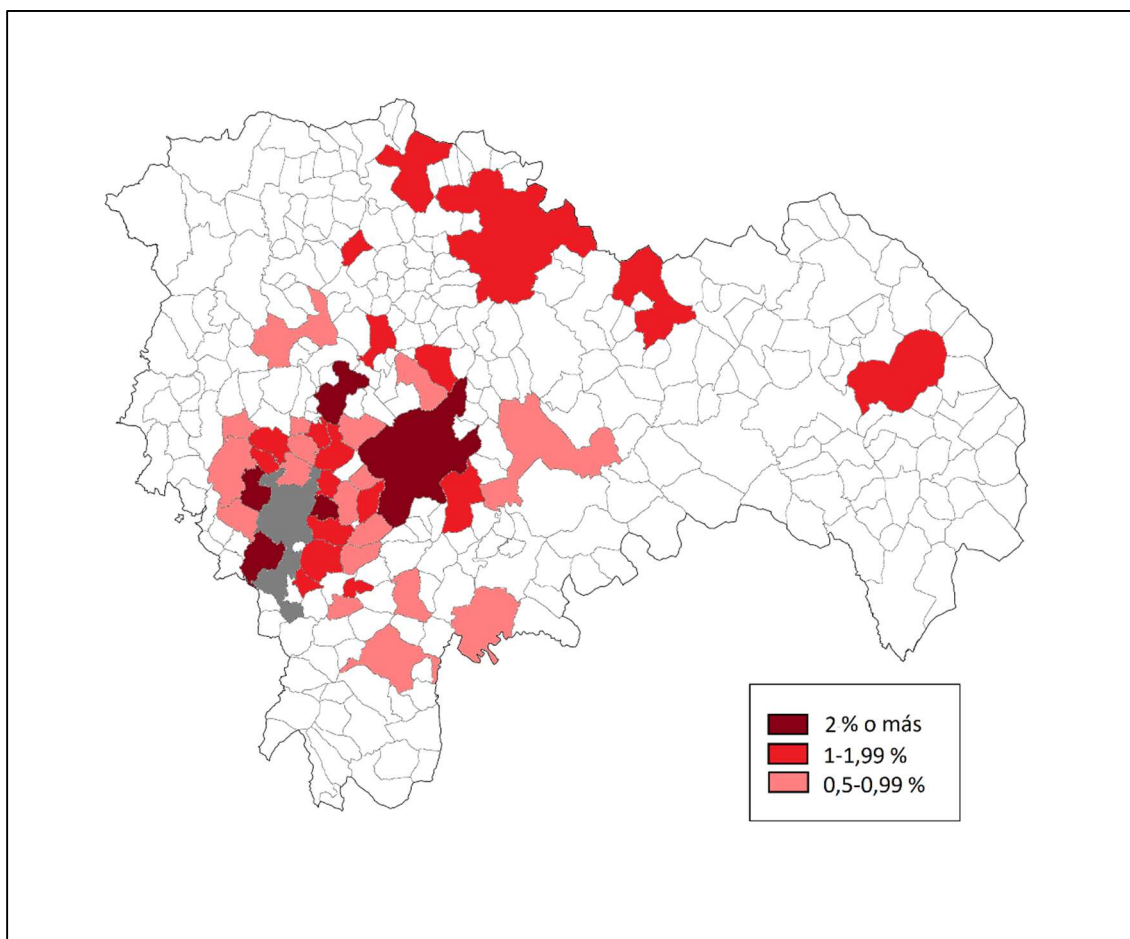


Fuente: Elaboración propia, a partir de las hojas de empadronamiento de 1869.

Poco a poco, la ciudad amplió su influencia sobre los pueblos de toda la provincia. A la cabeza de las localidades con mayor aportación migratoria se situaban, a principios de los ochenta Brihuega y Marchamalo, desplazando a Chiloeches a la tercera posición. Brihuega, que había competido con Guadalajara por ostentar la capitalidad en 1822, se convirtió así en un centro comarcal subalterno de la capital. Marchamalo, por su parte, era su principal proveedor de capital humano en la Campiña del Henares, donde también aumentaron los contingentes de migrantes de Fontanar y Yunquera. Desde la Serranía y el Señorío de Molina se intensificaron los flujos migratorios, que alcanzaron una considerable entidad en la propia Molina y en municipios como Hiendelaencina, desangrada por la crisis de sus minas de plata, y Anguita, centro comarcano venido a menos como consecuencia de su marginalidad en la red de comunicaciones y esquilmado por la Desamortización de Madoz. Otros contingentes migratorios se redujeron

ostensiblemente, como los procedentes de la Alcarria Baja, y particularmente de Alcocer, municipio que empezó a enviar migrantes hacia Madrid con inusitada intensidad⁶²¹.

Figura 3.16. Municipios de origen de los inmigrantes de la provincia de Guadalajara (1884)



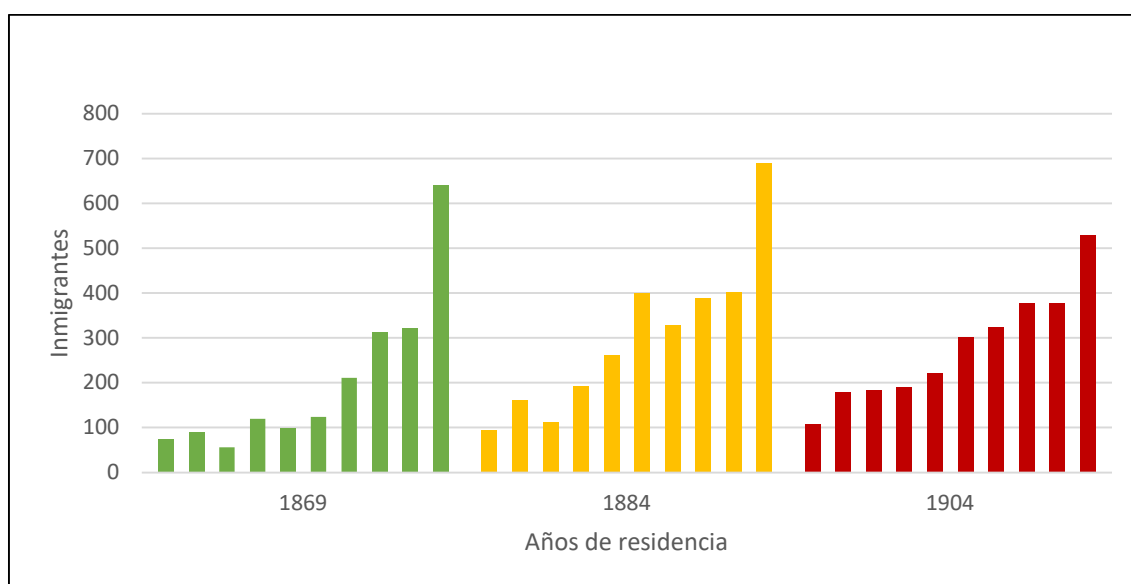
Fuente: Elaboración propia, a partir del padrón de 1884.

La mayor capacidad de atracción ejercida por Guadalajara también se tradujo en el crecimiento de una inmigración más especializada desde los pueblos. Desde la comarca de Anguita llegó a mediados de los sesenta Félix Alvira, el banquero de cuya trayectoria se dio cuenta en el capítulo anterior, siguiendo los pasos de su paisano Pedro Ruiz Lueta, un agente de negocios establecido en la Cuesta de San Miguel, que, al igual que aquel, llegó al Ayuntamiento de la mano del republicanismo. De Marchamalo llegaron

⁶²¹ SAN ANDRÉS CORRAL, Javier, VICENTE ALBARRÁN, Fernando y DE MIGUEL SALANOVA, Santiago: “Metropolitización y reconfiguración de la red urbana del interior: un análisis bidireccional de la relación entre Madrid y su entorno urbano (1880-1935)”, *XII Congreso de la ADEH. Porto, 4-7 de septiembre de 2019*.

numerosos jornaleros y sirvientas, pero también un colectivo de trabajadores relacionados con los oficios tradicionales, que aportaron mano de obra cualificada al mercado de trabajo de la capital. Otro tanto sucedió con los migrantes de Brihuega, desde donde llegaron la profesora María Retuerta y su esposo, el empleado de Hacienda Manuel Frías, en 1878, el agente de negocios Sebastián Bedoya ese mismo año y los sastres Antonio Esteban y Juan José y Ricardo Gómez, acompañados de sus hijos, también sastres.

Figura 3.17. Años de residencia de los inmigrantes desde la confección del padrón (1869, 1884, 1904)



Fuente: Elaboración propia, a partir de los padrones de 1869, 1884 y 1904.

También aumentaron los flujos de habitantes procedentes de las comarcas rurales de otras provincias, como Almazán o Medinaceli, en Soria, o de Chinchón, en Madrid. También se incrementó la emigración desde provincias y territorios alejados, como La Coruña, Cuba y Filipinas, aunque en estos casos, no fue la ciudad, la que atrajo a los nuevos moradores por su dinamismo, sino por la presencia de la Academia y los Colegios de Huérfanos. El asentamiento de estos establecimientos en la ciudad no solo supuso la llegada de sus moradores –234 acogidos en 1884–, sino de parte de sus familias, que llegaban desde otros puntos del país.

Figura 3.18. Principales partidos y territorios de origen de los inmigrantes (1884)

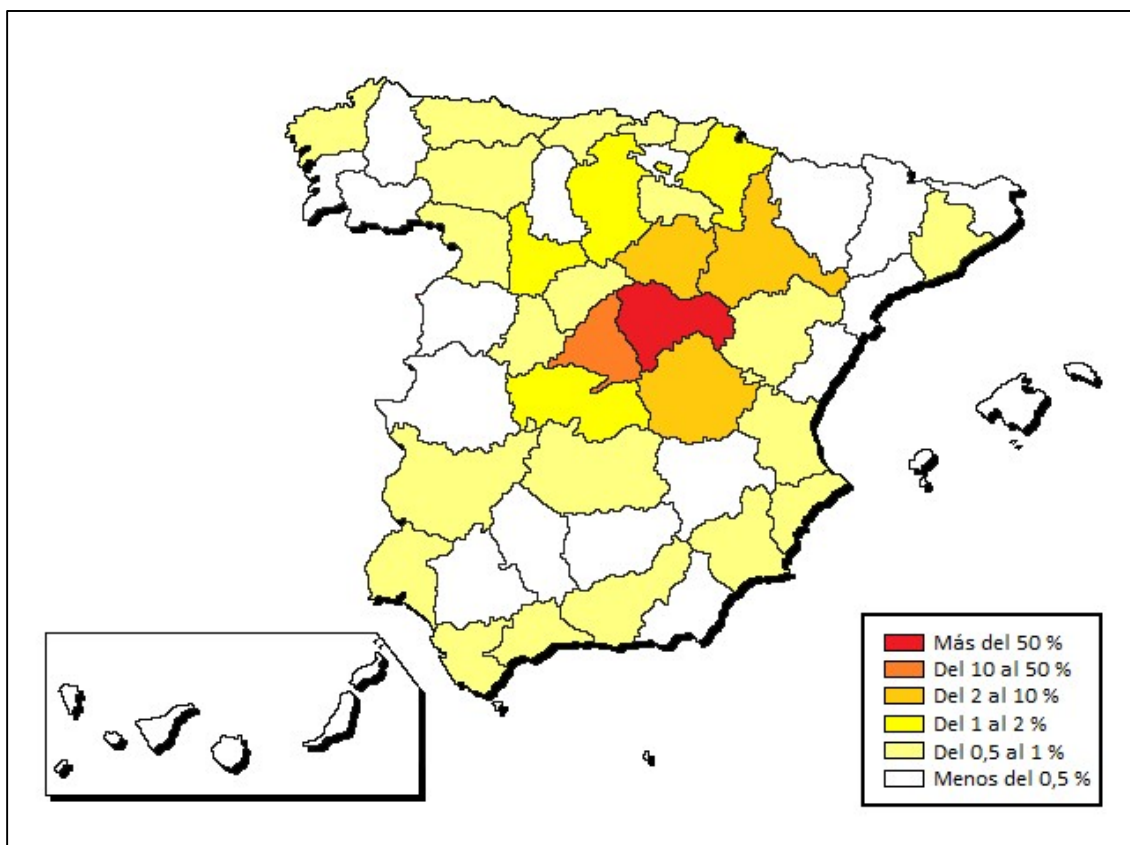
Partido / territorio	Provincia / territorio	Habitantes	% inmigrantes
Brihuega	Guadalajara	821	15,77
Guadalajara	Guadalajara	803	15,42
Madrid	Madrid	379	7,28
Sigüenza	Guadalajara	339	6,51
Pastrana	Guadalajara	230	4,42
Atienza	Guadalajara	216	4,15
Cogolludo	Guadalajara	175	3,36
Molina	Guadalajara	118	2,27
Alcalá de Henares	Madrid	111	2,13
Cifuentes	Guadalajara	96	1,84
Sacedón	Guadalajara	82	1,57
Cuenca	Cuenca	42	0,81
Cuba	Cuba	35	0,67
Pamplona	Pamplona	33	0,63
Soria	Soria	33	0,63
Medinaceli	Soria	32	0,61
Chinchón	Madrid	30	0,58
Almazán	Soria	29	0,56
Barcelona	Barcelona	29	0,56
Zaragoza	Zaragoza	29	0,56
Burgos	Burgos	27	0,52
Valladolid	Valladolid	26	0,50

Fuente: Elaboración propia, a partir de las hojas de empadronamiento de 1884.

Madrid fue, con mucho, el lugar de origen que proveyó a Guadalajara de una población cuantitativa y cualitativamente más relevante. Más allá de los más de 300 madrileños que vivían en Guadalajara, la ciudad acogió, al menos, a otros dos centenares de personas que habían pasado por la Corte, como se refleja en el lugar de nacimiento de sus hijos. Su presencia en Guadalajara refleja el dinamismo que los movimientos migratorios habían alcanzado en el último tramo del siglo XIX, y particularmente en el hinterland madrileño. Entre los migrantes retornados desde Madrid se encontraban varios impresores madrileños ligados a la Asociación del Arte de Imprimir, que fueron captados por la Imprenta Provincial y terminaron fundando uno de los primeros núcleos socialistas del país. Su líder era Julián Fernández Alonso, al que acompañó, entre otros, Enrique Burgos Boldova. Fernández Alonso y Burgos fueron dos de los animadores de la adormecida vida socialista de la capital provincial, en la que había nacido otro de los fundadores del Partido Socialista en 1879, Victoriano Calderón, que marchó a Madrid tras una efímera militancia en el embrionario republicanismo arriacense del final del reinado isabelino. La llegada de los fundadores del Partido Socialista refleja la naturaleza

de la aportación de la emigración madrileña, que no solo contribuyó a dinamizar el mercado de trabajo de Guadalajara, sino también a la difusión de nuevos comportamientos sociales y políticos.

Figura 3.19. Provincias de origen de los inmigrantes (1884)



Fuente: Elaboración propia, a partir de las hojas de empadronamiento de 1884.

Algunos de los migrantes procedentes de Madrid eran guadalajareños retornados, como Cecilio Hernández Oñoro, un empleado público que trabajó como escribiente en Guadalajara y, a su regreso de Madrid, fue uno de los escasos militantes del partido conservador de la capital, o Julián Poyatos Calvo, uno de los líderes del todavía más minoritario partido carlista. Poyatos emigró desde Escamilla a Madrid a finales de los setenta, donde se distinguió por su militancia en los círculos afectos al pretendiente. En la ciudad se casó con una vallisoletana y allí nacieron sus dos hijos mayores, Emilia y Carlos, a principios de los ochenta. En 1884, la familia se trasladó a Guadalajara, donde Julián regentó un taller de encuadernación y concurrió a las elecciones en 1895. En 1898 cerró el taller y se trasladó nuevamente a Madrid.

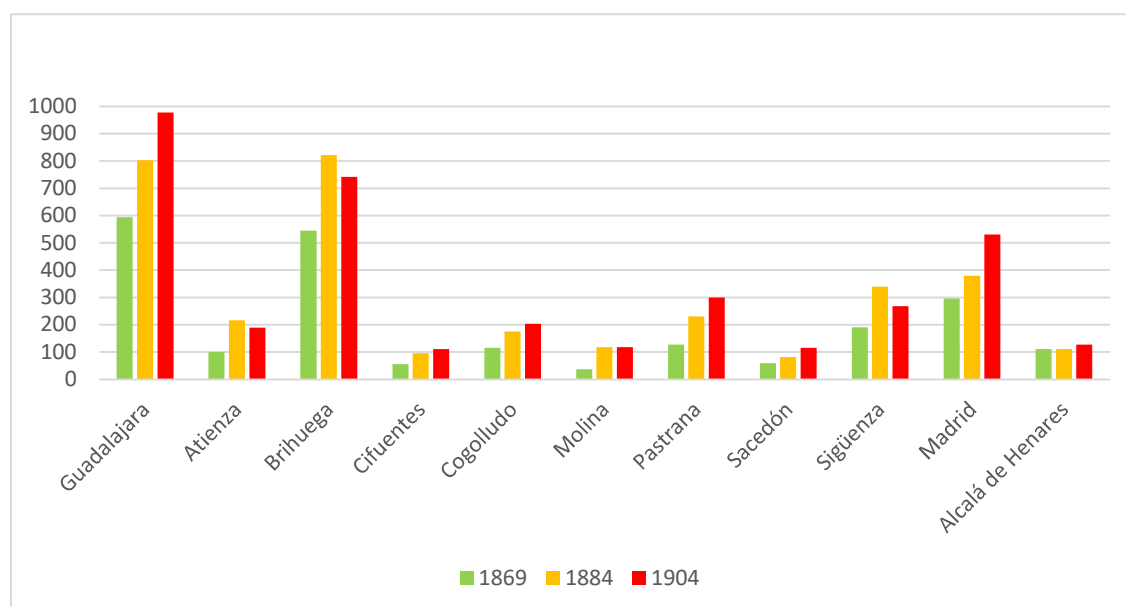
Figura 3.20. Flujos de población procedente de Madrid (1869-1884)

Origen del cabeza de familia	1869		1884	
	Hogares	%	Hogares	%
Nacidos en Madrid	21	26,25	19	17,43
Nacidos en otras provincias	38	47,50	56	51,38
Retornados absolutos (Guadalajara capital)	15	18,75	14	12,84
Retornados relativos (Guadalajara provincia)	7	8,75	20	18,35
Total	80	100,00	109	100,00

Fuente: Elaboración propia a partir de las hojas de empadronamiento de 1869 y 1884.

La naturaleza subalterna del mercado de trabajo arriacense quedó patente en el nuevo siglo. En 1904, la tasa de inmigración reciente no llegaba al 9 %, frente al 13,7 % de 1869 y el 12 % de 1884. El ciclo de crecimiento iniciado en la década de 1860 había empezado a detenerse. En esa coyuntura, los municipios de Chiloeches, Marchamalo, Brihuega y Centenera seguían siendo los principales donantes de población a la capital, pero los inmigrantes de otros, como Anguita, Budia, Hita o Fontanar, se habían reducido drásticamente. Otros contingentes de población nuevos, como los procedentes de Tendilla o Jadraque, incrementaron su flujo hacia la capital, ocupando el lugar dejado por los migrantes de los pueblos que se desplazaban a la ciudad en oleadas, y la abandonaban por la misma vía.

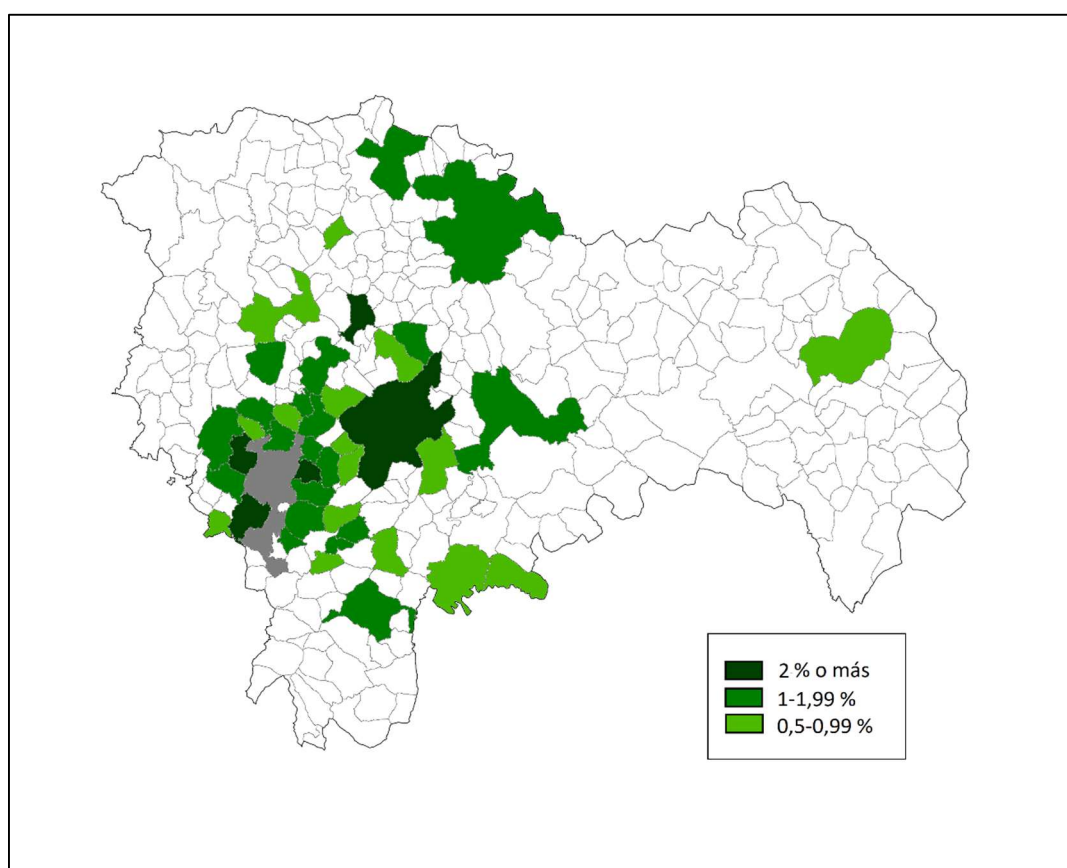
Figura 3.21. Evolución de la población procedente de los partidos con más inmigrantes (1869-1904)



Fuente: Elaboración propia, a partir de las hojas de empadronamiento de 1869, 1884 y 1904.

Entre los municipios que incrementaron su flujo hacia la capital se encontraba Jadraque. La localidad era un centro semiurbano de cierta importancia comarcal, equidistante de Guadalajara y Sigüenza. La estación de ferrocarril restó relevancia a la ciudad mitrada en los sesenta, pero su población terminó abocada a la emigración a la capital. Los migrantes de Jadraque, empero, eran, en su mayoría, jornaleros y sirvientas, mientras Madrid acogía en la misma fecha a 65 habitantes de la localidad entre los que se contaban algunos trabajadores cualificados, como el agente de negocios Pedro Aparicio, el sastre Víctor Nadal, el dorador Miguel Cuadrado, los comerciantes Juliana Serrano y Faustino Hernández y una buena porción de empleados⁶²². El contraste entre el perfil socioprofesional de los migrantes de Jadraque en Guadalajara y sus paisanos en Madrid evidencia la subalternidad y creciente dependencia que había adquirido Guadalajara como mercado de trabajo auxiliar de la capital.

Figura 3.22. Municipios de origen de los migrantes de la provincia de Guadalajara (1904)



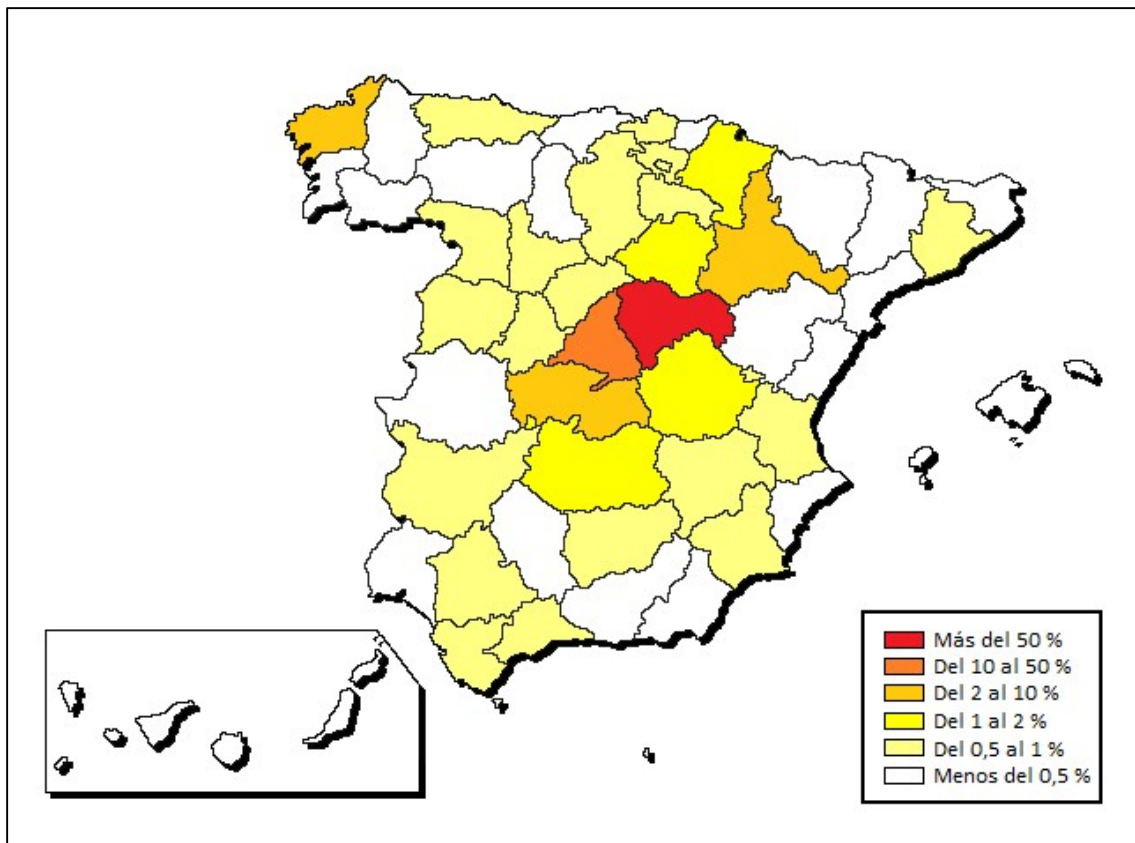
Fuente: Elaboración propia, a partir del padrón de 1904.

⁶²² Los datos proceden de las bases de datos confeccionadas por Santiago de Miguel Salanova, Fernando Vicente Albarrán, Rubén Pallol Trigueros, Borja Carballo Barral y Luis Díaz Simón con los datos del padrón de habitantes de Madrid de 1905. A los autores agradezco su autorización para recoger los datos.

Madrid seguía siendo, con mucho, la provincia que más migrantes aportaba a Guadalajara. La dependencia de la pequeña capital provincial respecto de la Corte era patente, así mismo, en los lugares de procedencia de la inmigración interprovincial, cuyos principales manantiales eran, además de Madrid y la provincia de Guadalajara, las de Toledo, Zaragoza y La Coruña, y en menor medida, Soria, Cuenca y, como novedad, Ciudad Real y Navarra. Los coruñeses eran mayoritariamente militares y estudiantes de los Colegios de Huérfanos, mientras que, entre los navarros, destacaban las monjas de varios conventos de la ciudad. Los nacidos en Zaragoza aparecen emparentados con la emigración escalonada hacia Madrid, principal cuenca migratoria de la Península, y con los movimientos de expulsión desde la Corte. Entre ellos, eran numerosos los procedentes de Brea, en el partido de Calatayud, y en varios pueblos del partido de Ateca, especialmente en su cabecera y en la localidad de Ariza. Hasta finales de los setenta, Antonio Sierra, el socio de Casimiro Contera y copropietario de la empresa de diligencias, era uno de los pocos migrantes de la comarca. En 1877 llegó desde Ateca Manuel Taberné Guillén, un sillero que no parecía conectado a ninguna cadena migratoria. Taberné llegó con su esposa, Tomasa Millán, los dos hijos de esta, nacidos de un matrimonio anterior, y los tres hijos de la pareja, Isidro, Andrés y Tomás. Tomás se estableció en la Calle Mayor Baja y, a finales de los ochenta, era uno de los principales de muebles más importantes de la ciudad, como prueba la venta de varias sillas a la Diputación, en 1889⁶²³.

⁶²³ BOPG, 17-9-1889.

Figura 3.23. Provincias de origen de los inmigrantes (1904)



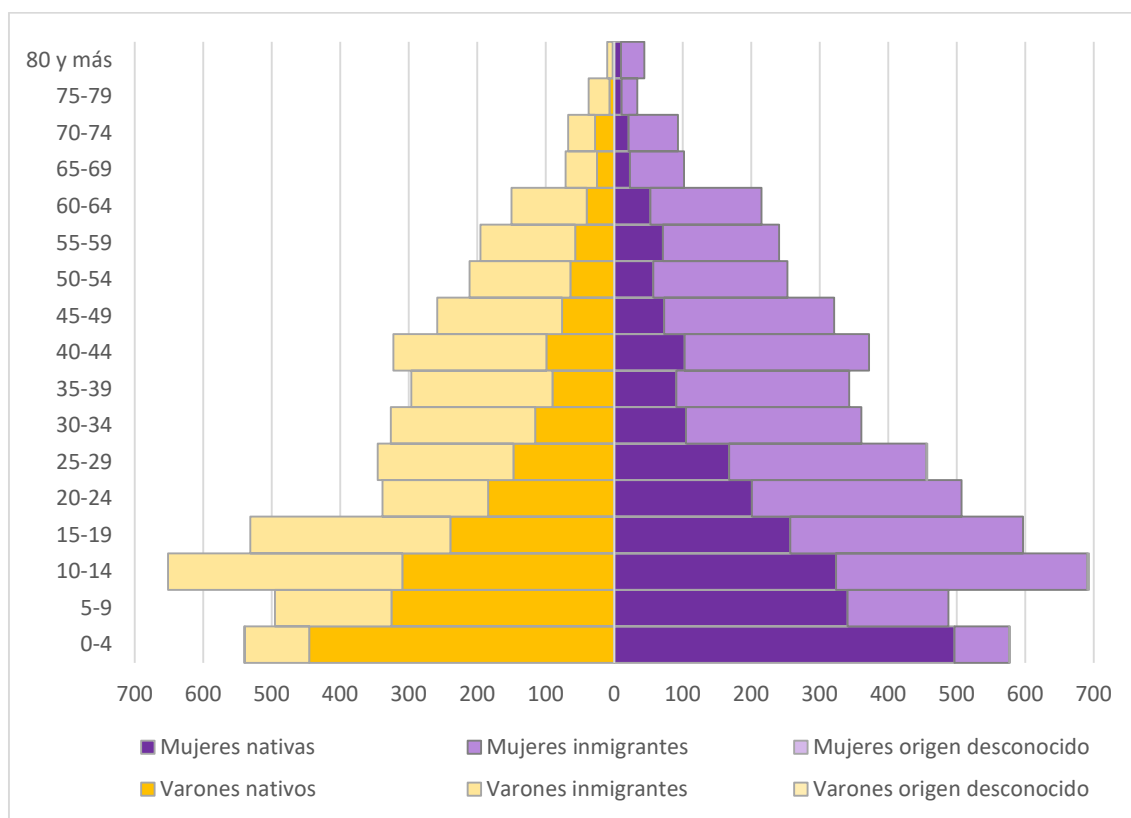
Fuente: Elaboración propia, a partir de las hojas de empadronamiento de 1904.

De Brea eran originarias seis familias, algunas emparentadas entre sí, que llegaron a la ciudad a partir de los años ochenta y se dedicaron principalmente a la zapatería. Su llegada se produjo de forma individual, y poco a poco se incorporaron los restantes miembros de la cadena migratoria. El primero en llegar, Segundo Marqueta, había llegado a Guadalajara en 1882, con apenas 11 años, y en unos pocos años se le unieron su hermano, Maximino, de solo 7 años de edad, y otros dos vecinos de la localidad, Miguel Gil Ruiz y Pascual Barcelona Cebolla. Los hermanos Marqueta se casaron con dos jóvenes de Guadalajara, pero Gil y Barcelona emparentaron al casarse aquel con una hermana de este. En 1900, dos nuevas familias de Brea llegaron a la ciudad, encabezadas por Manuel, hermano de los Marqueta, y por Benigno, cuñado de Gil. De todos ellos, fue Manuel el que más prosperó, llegando a establecer una tienda de curtidos en la Calle Mayor Alta. Paradójicamente, era el único que se autorrepresentaba como jornalero, mientras algunos de sus paisanos conservaban el orgullo de su viejo oficio como zapateros.

También era numerosa la inmigración procedente de la provincia de Toledo, con la que Guadalajara no mantenía una especial relación económica, salvo la de su dependencia diocesana. Ciertamente, algunos de los más destacados presbíteros que

vivían en la ciudad eran oriundos de Toledo y de otros territorios de su provincia eclesiástica, pero la presencia de los toledanos que vivía en Guadalajara, procedentes en su mayoría de los partidos de la capital Orgaz e Illescas, estaba relacionada, en buena medida, con el funcionamiento de cadenas migratorias. Era el caso de tres familias llegadas desde Almonacid de Toledo, que se instalaron en los arrabales del Agua y Budierca, muy próximos entre sí. Una de ellas estaba encabezada por Claudio Sánchez Mora, que llegó a la ciudad con su esposa y sus dos hijos en 1899, y las otras dos, por dos hermanos, Felipe y Valentín Rodríguez Sánchez, que lo hicieron en 1900. Prudencia, la hija de uno de ellos, trabajaba como sirvienta en una de las casas de la Cotilla, propiedad de la familia Cordavias. Su experiencia confirma la consolidación de la crisis del predominio del servicio de ciclo vital y su reemplazo por un modelo migratorio articulado por la familia, no solo nuclear, sino extensa.

Figura 3.24. Pirámide de población nativa e inmigrante (1904)



Fuente: Elaboración propia, a partir del padrón.

Los casos de los migrantes toledanos confirmaban el ensanchamiento de la inmigración en el conjunto de la familia, cuya presencia en la ciudad alteraba el perfil de la pirámide demográfica. Si en 1884, la diferente composición generacional de los y las jóvenes reflejaba el peso que todavía conservaba la inmigración individual, en 1904 esos

contingentes de población tendieron a equilibrarse, evidenciando que los migrantes rurales que llegaban a la ciudad tenían la intención de quedarse en ella. Algunos, como los miembros de las familias Roa Plaza y Pastor Lozano, mostraban lo que la ciudad podía ofrecer a los habitantes de los pueblos: un jornal o, en el mejor de los casos, el aprendizaje de un oficio. Pero la inmigración en familia denotaba un cambio en el sentido que esta institución había adquirido, al reforzar su papel protector, en detrimento de su viejo valor articulador y jerarquizador.

3.4. Entre la protección y la reproducción social: el nacimiento de un nuevo modelo de relaciones familiares

El comportamiento migratorio de los sirvientes que pasaron por la casa de postas en los años centrales del siglo XIX es indicativo del modelo de relaciones familiares dominante en el Antiguo Régimen. Hasta mediados del ochocientos, la familia corresidente constituía un grupo fuertemente jerarquizado y dominado por su naturaleza productiva, en el que el papel de los antepasados en la promoción de los individuos era determinante⁶²⁴. El peso de la costumbre y los sistemas de herencia determinaban una mayor tendencia al neolocalismo o la troncalidad, hegemónico el primero en la mayor parte de Europa occidental y generalmente restringido el segundo a los lugares donde predominaba la herencia indivisible, como Cataluña, el País Vasco y Navarra en el caso español. Los sistemas de transmisión hereditaria podían verse afectados por la posición patrimonial y el oficio, y el tamaño y la composición de la familia, por la muerte prematura, pero, generalmente, el grado de dependencia de los individuos respecto de la casa paterna solía ser muy fuerte, lo que, en ocasiones daba pie a la formación de hogares con innumerables miembros, pertenecientes a varias generaciones y núcleos familiares, o lo que era más habitual, a redes de parentesco basadas en la asociación o el patronazgo, que garantizaban la protección de los miembros más vulnerables de la familia y favorecían su sumisión a la autoridad patriarcal⁶²⁵.

El hogar nuclear no solo desdibujaba sus contornos para acoger a miembros de la familia extensa o fomentar la residencia de los hijos casados en el hogar paterno, sino que estaba abierto a la agregación de individuos que no necesariamente mantenían un vínculo de consanguinidad con el grupo familiar, sino una relación de base corporativa o mercantil, como ocurría con la familia de Miguel Contera. El servicio de los criados o aprendices era la forma más extendida de agregación familiar. En la mayor parte de Europa estaba muy extendido el servicio de ciclo vital, practicado por jóvenes de corta edad empleados en casa de un labrador o artesano. El paterfamilias acogía a sus sirvientes y aprendices y se obligaba –muchas veces mediante un contrato– a proporcionarles

⁶²⁴ CHACÓN, Francisco: “Familias, sociedad y sistema social. Siglos XVI y XIX”, en CHACÓN, Francisco y BESTARD, Joan: *Familias. Historia de la sociedad española (del final de la Edad Media a nuestros días)*. Madrid, Cátedra, 2011, p. 330.

⁶²⁵ REHER, David S.: *La familia en España: pasado y presente*. Madrid, Alianza, 1996.

alimento y vestido, a cambio de su trabajo⁶²⁶. Pero el servicio de ciclo vital no fue el único modelo vigente, pues, en virtud de las peculiaridades culturales y económicas regionales o locales, propició la aparición de fórmulas como el empleo de los migrantes estacionales, o el servicio profesionalizado que retenía hasta la vejez a los sirvientes en los hogares de sus amos, como ocurría en el caso de Francisca Sanz⁶²⁷. Los sirvientes de ciclo vital, por ejemplo, eran prácticamente inexistentes en regiones como Galicia⁶²⁸ o la Sierra de Alcaraz, y en muchos casos, bajo su apariencia se ocultaba un servicio condicionado por los desplazamientos estacionales⁶²⁹. La permanencia de los sirvientes, por otra parte, no obedecía siempre a factores culturales, sino a la imposibilidad de casarse o la decisión individual de no hacerlo. El caso de la familia Contera refleja cómo, a mediados del ochocientos, los tres modelos podían darse con la misma frecuencia, e incluso, alternarse en un mismo hogar a lo largo de su ciclo vital, debido a las necesidades de cada momento.

El hogar abierto a la agregación de sirvientes o miembros de la familia extensa tendió a ser reemplazado por el hogar neolocal, formado tras el matrimonio y aumentado con la llegada de los hijos. Los sirvientes que convivían con la familia tendieron a reducirse, como consecuencia de la externalización y feminización del servicio doméstico⁶³⁰. El creciente peso de la lógica nuclear en la organización del hogar era sintomático de la crisis de la comunidad, el taller familiar y el vínculo afectivo con la tierra y, al propio tiempo, del creciente valor adquirido por la afectividad en las sociedades modernas⁶³¹. Así, la lógica económica de la familia campesina o artesana dio paso a un modelo de relaciones intrafamiliares de naturaleza reproductiva y afectiva, antes que productiva. Pero, al propio tiempo, el dominio neolocal reflejaba el triunfo socioeconómico de la burguesía, que encontró en la familia nuclear el modelo más propicio para lograr el desenvolvimiento de la propiedad privada y su anhelo de estabilidad social, y para ello, procedió a la exaltación del matrimonio canónico, la domesticidad femenina y la sumisión de los hijos a la autoridad del paterfamilias⁶³².

⁶²⁶ LASLETT, Peter: *El mundo que hemos perdido...* (op. cit.).

⁶²⁷ GARCÍA GONZÁLEZ, Francisco: “Las estructuras familiares y su relación con los recursos humanos y económicos”, en CHACÓN, Francisco y BESTARD, Joan: *Familias...* (op. cit.), pp. 236-246.

⁶²⁸ DUBERT, Isidro: “Familia, inmigración y espacio urbano en la historia de Galicia: Santiago de Compostela, siglos XVIII-XX”, FORTEA PÉREZ, José Ignacio (coord.): *Imágenes de la diversidad: el mundo urbano en la Corona de Castilla (siglos XVI-XVIII)*. Santander, Universidad de Cantabria, 1997, pp. 201-243.

⁶²⁹ SARTI, Raffaella: “Criados rurales...” (art. cit.).

⁶³⁰ SARASÚA, Carmen: *Criados, nodrizas y amos: el servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*. Madrid, Siglo XXI, 1998.

⁶³¹ SENNETT, Richard: *El declive...* (op. cit.).

⁶³² MUÑOZ LÓPEZ, Pilar: *Sangre, amor e interés: la familia en la España de la Restauración*. Madrid, Marcial Pons, 2001.

Figura 3.25. Tasa de agregación no familiar (1844-1904)

Formas de inserción	1844		1854		1869		1884		1904	
	N	%	N	%	N	%	N	%	N	%
Servicio doméstico	310	6,14	336	5,95	538	7,69	576	6,33	385	3,65
Dependientes, aprendices y criados agrícolas	89	1,76	46	0,81	85	1,21	76	0,84	53	0,50
Realquilados	132	2,61	161	2,85	131	1,87	182	2,00	142	1,34
Total	531	10,52	543	9,61	754	10,77	834	9,17	580	5,49

Fuente: Elaboración propia a partir de las hojas de empadronamiento.

En la Guadalajara de la segunda mitad del ochocientos, el predominio de la familia nuclear fue absoluto, como ocurrió en otras ciudades de características similares⁶³³. La creciente reducción del grupo coresidente a los cónyuges y sus hijos reflejaba la profunda crisis de la organización familiar del trabajo, tanto en el taller como en el campo, la transformación del hogar en un entorno más protector y el papel performativo de la domesticidad burguesa sobre las prácticas nupciales y las relaciones entre mujeres y hombres. Ello se tradujo, en primer lugar, en el desprestigio del trabajo femenino e infantil. La exaltación de la domesticidad burguesa perseguía el retraimiento laboral de las esposas –o, más bien, la aspiración a ello–, relegadas a la condición de “ángeles del hogar” por una construcción ideológica que tendía a delimitar tajantemente la esfera doméstica, concebida como un ámbito de confinamiento social de las mujeres, y la esfera pública, considerada el espacio natural de la sociabilidad masculina⁶³⁴. En virtud del desprestigio del trabajo femenino, que favoreció su invisibilidad y su proletarización, en las hojas de empadronamiento era habitual el uso de fórmulas ocupacionales como “sus labores”, “su sexo”, “sus quehaceres”, “su esposa”, “el propio” o “gobierno de la casa” para las mujeres casadas, y aun para las viudas y las hijas. Algo parecido sucedía con el trabajo de los hijos, que, como veremos, se incorporaban tempranamente al mercado de trabajo en el caso de las familias jornaleras.

⁶³³ MENDIOLA, Fernando: *Inmigración, familia y empleo: estrategias familiares en los inicios de la industrialización, Pamplona (1840-1930)*. Bilbao, Universidad del País Vasco, 1996; ARBAIZA VILALLONGA, Mercedes: *Familia, trabajo y reproducción social: una perspectiva microhistórica de la sociedad vizcaína a finales del Antiguo Régimen*. Bilbao, Universidad del País Vasco, 1996.

⁶³⁴ ARESTI, Nerea: “Los argumentos de la exclusión. Mujeres y liberalismo en la España contemporánea”, *Historia constitucional*, 13 (2012); ZOZAYA, María: *Identidades en juego: formas de representación social del poder de la élite en un espacio de sociabilidad masculino, 1836-1936*. Madrid, Siglo XXI, 2016.

Figura 3.26. Clasificación de los hogares en Guadalajara (1844-1904)⁶³⁵

Tipos de familia	1844		1854		1869		1884		1904	
	N	%	N	%	N	%	N	%	N	%
Solitarios	114	8,79	130	9,08	133	7,91	141	6,86	83	3,34
Familiares sin núcleo	31	2,39	22	1,54	52	3,09	56	2,72	53	2,13
<i>Total sin núcleo</i>	<i>145</i>	<i>11,18</i>	<i>152</i>	<i>10,62</i>	<i>185</i>	<i>11,00</i>	<i>197</i>	<i>9,58</i>	<i>136</i>	<i>5,48</i>
Nucleares	541	41,71	658	45,98	724	43,04	938	45,62	1.149	46,27
Pareja	207	15,96	211	14,74	258	15,34	306	14,88	328	13,21
Monoparentales	165	12,72	167	11,67	200	11,89	225	10,94	562	22,63
<i>Total nucleares</i>	<i>913</i>	<i>70,39</i>	<i>1.036</i>	<i>72,40</i>	<i>1.182</i>	<i>70,27</i>	<i>1.469</i>	<i>71,45</i>	<i>2.039</i>	<i>82,12</i>
Troncales	7	0,54	5	0,35	5	0,30	8	0,39	6	0,24
Múltiples	23	1,77	12	0,84	21	1,25	25	1,22	20	0,81
Extensas	116	8,94	129	9,01	191	11,36	247	12,01	185	7,45
<i>Total complejas</i>	<i>146</i>	<i>11,26</i>	<i>146</i>	<i>10,20</i>	<i>217</i>	<i>12,90</i>	<i>280</i>	<i>13,62</i>	<i>211</i>	<i>8,50</i>
Realquilados	33	2,54	27	1,89	10	0,59	37	1,80	21	0,85
Pseudoextensas	39	3,01	55	3,84	71	4,22	57	2,77	60	2,42
Múltiples realquilados	10	0,77	5	0,35	7	0,42	5	0,24	1	0,04
<i>Total realquiler</i>	<i>82</i>	<i>6,32</i>	<i>87</i>	<i>6,08</i>	<i>88</i>	<i>5,23</i>	<i>99</i>	<i>4,82</i>	<i>82</i>	<i>3,30</i>
Colectivos	11	0,85	10	0,70	10	0,59	11	0,54	15	0,60
Total familias	1.297	100,00	1.431	100,00	1.682	100,00	2.056	100,00	2.483	100,00

Fuente: Elaboración propia a partir de las hojas de empadronamiento.

Habitualmente, se ha apuntado a la herencia igualitaria, dominante en Castilla, como la razón principal de la hegemonía nuclear. Pero la herencia igualitaria tenía en ocasiones un sentido un tanto laxo, pues aparecía más condicionada por factores como el afecto, la afinidad, el género, o los cuidados y atenciones dispensados por los hijos a sus padres. En febrero de 1869, al otorgar testamento, Justina Villacañas Garrido, declaró herederos universales a los tres hijos que la sobrevivían y a los nietos de sus tres hijos difuntos, pero estableció algunas mejoras para dos de sus hijos, que revelaban una clara distinción entre sus hijos varones y sus hijas, y entre los que habían vivido con ella y los que se habían emancipado del hogar. A su hijo Nicanor Guijarro, legó la planta baja y principal de la casa de su propiedad, en la calle Barrionuevo Alta, 19, “en atención a los buenos servicios que la tiene prestados desde que está en su compañía y al mucho cariño que la profesa”. Su hija Inocencia también resultó muy beneficiada en el testamento, pues recibió la propiedad íntegra de otra casa, situada en la calle Budierca, además de la mitad de las ropas de su uso, siendo la otra mitad para su nuera Salomé Díaz. La legación de las ropas era una de las más habituales expresiones de afectividad por parte del difunto. En

⁶³⁵ La clasificación se ha tomado de PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931* (tesis doctoral). Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2009.

el caso de Inocencia, además, no había retórica sentimental, lo que sugiere que las declaraciones sentimentales podían ser, en otros casos, una forma de compensar un peor trato. A su hija Anselma y a la hija de esta, Carmen Benito, por el contrario, les legó únicamente una imagen de la virgen del Carmen y otra de la pasión de Cristo, ambas colocadas en sendas urnas. Otro tanto sucedía con su nieta, Antonia Guijarro Díaz, a la que dejó una virgen de la Concepción, en lienzo con marco dorado. Justina pedía que se sacaran a colación los 2.000 reales que destinó para redimir a su hijo Feliciano del servicio militar, y otros 500 que prestó a su hijo Antonio “para sus necesidades”⁶³⁶.

El imperio de la familia nuclear se apoyó en el fortalecimiento del matrimonio y, consiguientemente, en el desprestigio del celibato definitivo femenino para una sociedad que despreciaba lo mismo la infertilidad que el trabajo de las mujeres. Así, aunque la mayoría de las mujeres de la ciudad tendían a acceder al matrimonio generalmente antes de los 25 años, muchas debían retrasar su boda al no disponer de posibilidades de acumular la dote. Era el caso de Antonia Díaz, una mujer de 33 años, natural de Brihuega, y “de estado honesto”, que esperó para reunir los 5.000 reales que se comprometió a aportar a la sociedad conyugal para casarse con José Pérez. Según reconocía en su carta de dote, Antonia había reunido una parte de sus bienes por herencia de su tía, Teresa de las Heras, y otra, durante “los muchos años que ha estado sirviendo”. El matrimonio, finalmente, no se celebró, y Antonia Díaz acabó convirtiéndose en una de esas mujeres célibes a las que la moral hegemónica repudiaba por no contribuir a la reproducción⁶³⁷.

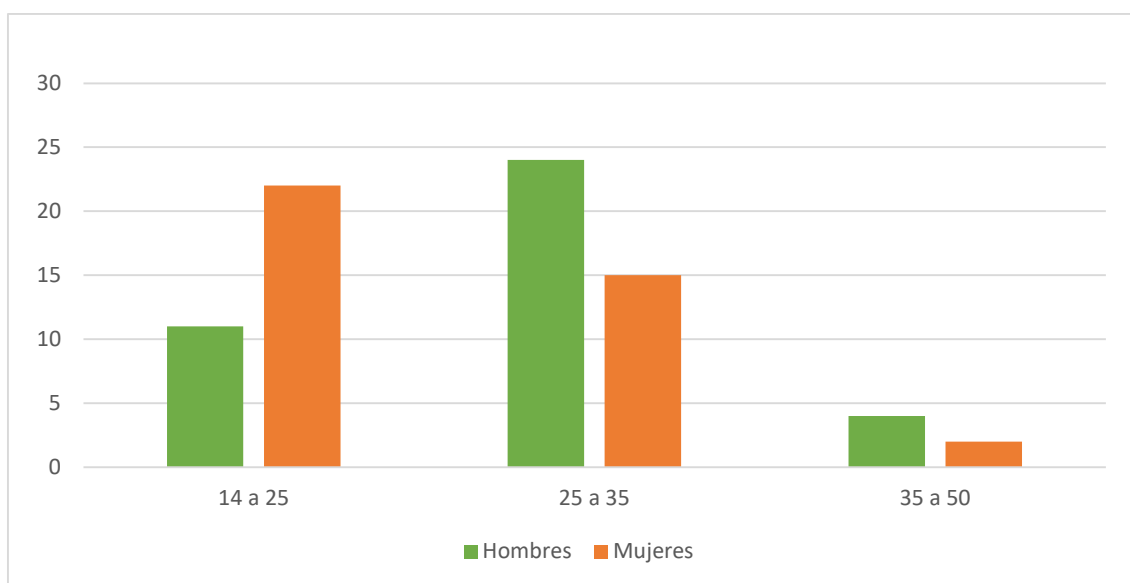
En el caso de Antonia Díaz, el contrato matrimonial evidenciaba la manifiesta desigualdad entre los cónyuges, especialmente en el caso de una mujer que superaba la treintena. Pero muchas veces, la procedencia de los novios determinaba la aportación de cada uno, y la firma del contrato matrimonial era el momento oportuno para exhibir la fuerza de cada uno. En el contrato matrimonial firmado en 1854 por Benito García e Isabel Mayor, la aportación de ambos cónyuges era parecida. Benito contribuía con 5.524 reales, en metálico y en forma de enseres, que había obtenido “por sí respecto a que de muy corta edad quedó sin padre, el que no dejó bienes de ninguna clase”. Isabel, por su parte, entregó “por dote y caudal para atender a las necesidades del mencionado su matrimonio” 2.350 reales, en forma de enseres y ropas, que procedían de “lo dado a la Isabel por sus padres a cuenta de sus legítimas”, más las dádivas recibidas de su futuro esposo durante el noviazgo, un vestido, varios pañuelos y una mantilla, que importaban en total 542 reales⁶³⁸.

⁶³⁶ AHPGU-PTC, 3461/10.

⁶³⁷ AHPGU-PTC, 2837/4979.

⁶³⁸ AHPGU-PTC, 2934/5157.

Figura 3.27. Edad de los novios en los matrimonios celebrados en 1870



Fuente: Elaboración propia, a partir de AMG.

La hegemonía de los hogares nucleares no fue únicamente cuantitativa. Su expansión evidenciaba el fortalecimiento de su carácter protector y afectivo, aunque ello no permita establecer una clara cesura entre la desafección que tradicionalmente se ha atribuido a la familia del Antiguo Régimen, donde la delimitación de las dimensiones reproductiva y productiva de la familia era prácticamente inexistente, y la propensión amorosa que muchas veces se ha asignado a la familia moderna⁶³⁹. Sin embargo, la reducción de la mortalidad infantil y el consiguiente descenso del número de hijos favorecieron una mayor valoración de la infancia y una afectividad explícita del amor familiar, que se extendía a los cónyuges. La expresión de la afectividad en público adquirió, en consecuencia, un creciente prestigio⁶⁴⁰. La exaltación sentimental del afecto adquirió un papel cada vez más relevante en los protocolos notariales, donde tendió a ocupar el espacio que en el Antiguo Régimen se destinaba a las fórmulas piadosas, materializando el triunfo de Eros sobre Tánatos⁶⁴¹.

Así, en 1855, el propietario Camilo Díez de Prado y Falcón hacía pública profesión de sus sentimientos por su esposa, Josefa Páez Jaramillo, a la que legó “la tercera parte de todos mis bienes, que es lo más de que ahora puedo disponer a su favor, por tener Padre, demostrándola así, aunque en poco, el verdadero amor y acendrado cariño que la profeso, y mi profundo agradecimiento al extraordinario esmero y cuidado

⁶³⁹ CARRASCO, Cristina, BORDERÍAS, Cristina y TORNOS, Teresa (eds.): *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas*. Madrid, Catarata, 2019, pp. 15-16; BORRÁS LLOP, José María: “Fotografía/Monumento, Historia de la infancia y retratos post mortem”, *Hispania*,

⁶⁴⁰ SENNETT, Richard: *El declive del hombre público...* (op. cit.).

⁶⁴¹ ARIÈS, Philippe: *Historia de la muerte...* (op. cit.), p.

con que siempre ha aliviado mis males y disgustos y prolongado mis días, en cuanto la ha sido posible, con una resignación y paciencia digna de su acrisolada virtud, y de su alma, noble y generosa, que ruego a Dios reciba con la mía en la mansión de los justos”. Camilo también se acordaba de sus “queridas sobrinas y pupilas”, Elisa y Julia Díez de Prado, internas en el convento de Carmelitas de Arriba, cuyo cuidado encomendaba a su esposa, “esperando de la ternura de su cariño, y de la delicadeza de sus sentimientos, que las protegerá constantemente en su triste orfandad, velando siempre por su salud y educación y procurando siempre hacerlas dichosas y felices (...), conforme me lo encargaron sus difuntos padres (...) a quienes tanto idolatraba”⁶⁴².

El caso anterior refleja el tono meritocrático y utilitario del afecto, que, a mediados del ochocientos tendía a justificarse mediante el reconocimiento de los servicios prestados al difunto o el comportamiento moral. Contamos con un buen ejemplo en el testamento del abogado de los Tribunales Nacionales y concejal progresista Joaquín Sancho Garrido, en el que, al nombrar a su esposa, Tomasa Cañas, tutora de sus tres hijos, destacaba, “la ejemplar conducta, de mi mencionada esposa, aplicación, gobierno y maternal amor que profesa a nuestros enunciados tres hijos y a que por consiguiente cuidará con el mayor celo de educarlos esmeradamente, sino de la conservación y aumento de sus bienes”⁶⁴³. A comienzos del siglo XX, la retórica amorosa dominaba los testamentos, no solo hacia los cónyuges e hijos, sino a otros familiares. El propio Casimiro Contera hacía expresión pública de su afecto hacia su hermano, Antonio, “con quien vive desde sus más tiernos años”⁶⁴⁴. Por su parte, el coronel de Infantería retirado Manuel Trinchán Martín, y su esposa, María de los Dolores García de Quintana y Bolaños, hacían mutua profesión de su afecto en sus testamentos. El cónyuge declaraba heredera a “su muy amada esposa (...) en gracia de los años de felicidad y sosiego que juntos han tenido”, y ella correspondía a “su muy amado esposo” con todos sus bienes, “para que los goce con salud y sosiego en cariñoso recuerdo de los años de felicidad que juntos han pasado”. Este tipo de cláusulas había ganado terreno en los testamentos respecto a las antiguas cláusulas piadosas, reflejando una transformación profunda del sentido del matrimonio como unidad reproductiva en una unidad productiva y afectiva. Así, se tendió a reemplazar la referencia a los servicios, cuidados y atenciones por el reconocimiento del amor⁶⁴⁵.

La exaltación del amor conyugal de inspiración romántica y fundamentos patriarcales se tradujo en un creciente desprestigio de las relaciones de pareja no matrimoniales. El recurso al matrimonio canónico fue absoluto, incluso después de la aprobación de la ley del matrimonio civil, en 1870, aunque no se dispone de información más que para ese año, en el que no se celebró ninguno. La proporción de niños ilegítimos bautizados en las parroquias de la ciudad, sin embargo, era considerable, pues oscilaba entre el 9,64 % de 1864 y el 14,8 de 1870, una cifra similar a la de 1841. La mayoría

⁶⁴² AHPGU-PTC, 2837/4979.

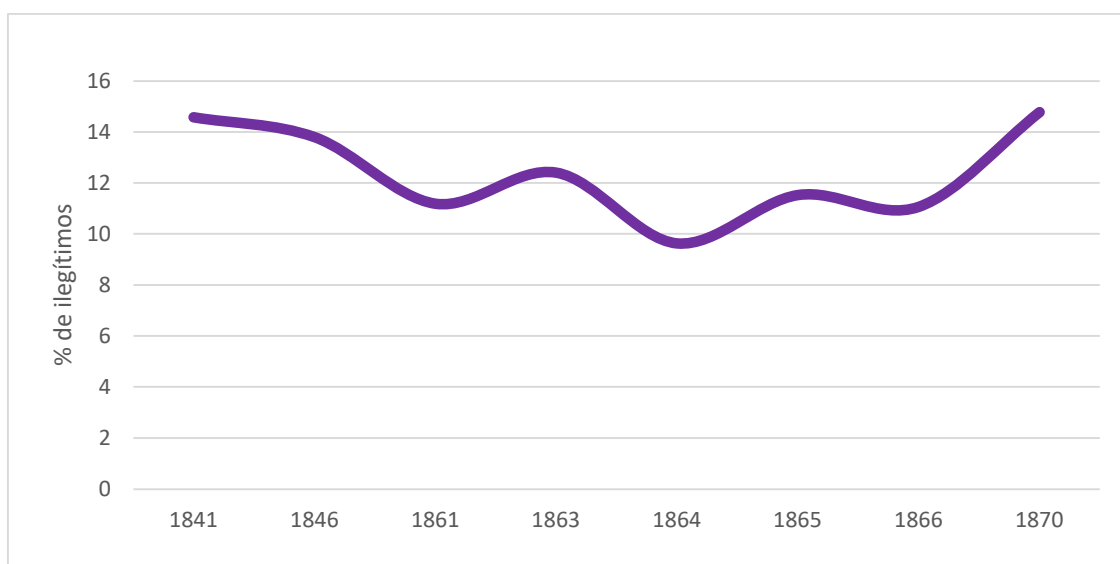
⁶⁴³ AHPGU-PTC, 2904/5108.

⁶⁴⁴ AHPGU-PTC, 4371/58.

⁶⁴⁵ AHPGU-PTC, 4371/293-294.

correspondían a la parroquia de Santa María, donde se ubicaba la Inclusa, por lo que muchos de aquellos niños habrían nacido en los pueblos, mientras en otras parroquias, el número de hijos nacidos fuera del matrimonio era testimonial. En cualquier caso, el cálculo del número de ilegítimos está condicionado por el hecho de que muchos de los niños que se abandonaban podían ser legítimos, cuyos padres evitaban informar sobre su filiación. Se trata de dilucidar, en este caso, si estaba más estigmatizada la ilegitimidad o el abandono. Las fuentes dificultan esta tarea, porque, el desprestigio de ambas realidades fue en aumento, a medida que la hegemonía burguesa tendía a consolidarse, especialmente durante la Restauración. En toda la serie de padrones empleada, la ilegitimidad se reconocía explícitamente en un caso, el de los “hijos naturales de Doña Bárbara Vigil”, y es fácilmente deducible en los casos en los que aparecían madres solteras viviendo con sus hijos.

Figura 3.28. Porcentaje de niñas y niños ilegítimos sobre el total de bautizados en las parroquias de Guadalajara (1841-1870)⁶⁴⁶



Fuente: Elaboración propia a partir de AMG.

Las separaciones conyugales también eran objeto de ocultación, salvo en contadas ocasiones. En el padrón de 1869, por ejemplo, Rita Hernández Sanz, una mujer casada que vivía sola, aclaraba que no estaba “ni biuda (*sic*) ni casada, sí abandonada de su marido”. Rita estaba casada con Gregorio José Sausa Puerta, secretario del Ayuntamiento de Guadalajara. Ambos procedían de familias bien posicionadas social y económicamente, como se desprende del testamento que formaron en 1855, en el que

⁶⁴⁶ Las parroquias eran Santa María, Santiago, San Gil, San Nicolás y San Ginés. A partir de 1864 se incluyen aparte las parroquias castrense de la Academia de Ingenieros y del segundo regimiento de Ingenieros, donde solo se registró un niño ilegítimo en toda la serie.

declaraban heredero a su hijo, Manuel, que, en 1869, no figuraba en el padrón, seguramente porque habría fallecido. Tras la separación, Rita siguió residiendo en la casa familiar, y Gregorio se trasladó a casa de su padre y sus hermanos. En una pequeña ciudad como Guadalajara, y tratándose del primer funcionario del consistorio, la separación de los cónyuges debía de ser conocida por el público, lo que explica la naturalidad con que ambos reconocían su situación en su hoja de empadronamiento.

Mayor invisibilidad presentaban las uniones informales, muchas veces ocultas bajo fórmulas como el pupilaje. En su testamento de 1855, Bartolomé Soriano, indicaba en su testamento que “hace nueve años que la referida mi mujer Blasa de las Heras, me abandonó marchándose de mi casa y compañía”, e “igualmente declaro en descargo de mi conciencia que hace seis años y medio estoy a pupilo con Balbina Adán, viuda de esta vecindad, a condición de que me ha de mantener, asistir y cuidar, como lo está haciendo, dándole yo casa de balde para habitar, y tres reales diarios”, lo que inducía a pensar que entre ambos existía una relación de pareja. En el padrón de 1854, Balbina y Bartolomé se habían empadronado juntos, en la casa de su propiedad, en la calle Budierca, figurando ella como cabeza de familia⁶⁴⁷. En 1844, Balbina, mondonguera de oficio, había residido sola, mientras todavía vivía su esposo, del que probablemente se había separado, en una casa del Arrabal del Agua.

Tampoco gozaban de demasiado prestigio los matrimonios en segundas nupcias. De los 39 celebrados en la ciudad en 1870, solo 8 de los cónyuges eran viudos en el momento de la boda y, de ellos, solo uno formalizó las relaciones entre un soltero y una viuda. Este tipo de matrimonios encarnaban a la perfección las contradicciones resultantes de la invención de la tradición por parte de la burguesía. Los matrimonios de viudas fueron siempre objeto de befa por parte de la comunidad, que solía saludar este tipo de uniones con cencerradas. Sin embargo, la domesticidad burguesa dejaba poco margen a las mujeres viudas para su reproducción social y económica, que hacía del matrimonio uno de los pocos recursos con que contaban al enviudar. Las propias autoridades fomentaban el rechazo social hacia las viudas que volvían a casarse, como se refleja en las indicaciones que algunos funcionarios hacían en los padrones de vecindario, como era frecuente en 1844. Todavía a comienzos del siglo XX se orquestaban cencerradas en la ciudad. En noviembre de 1903, el arrabal de Budierca fue escenario de “conatos de cencerrada” contra una pareja del pueblo de El Pozo, que, huyendo de su pueblo se refugió en la ciudad, creyendo que en ella la moral familiar se había relajado⁶⁴⁸.

El deseo no fue el único factor que sacudió la heteronomía pretendida por la burguesía respecto a la familia nuclear. La vulnerabilidad a la que estaba sometida la mayor parte de la población dio lugar a diferentes formas de agregación familiar que condicionaron su aparente universalidad. Entre ellas se encontraban el realquiler, la incorporación de miembros de la familia extensa con una voluntad más o menos explícita

⁶⁴⁷ AHPGU-PTC, 2837/4979.

⁶⁴⁸ Flores y Abejas, 8-11-1903.

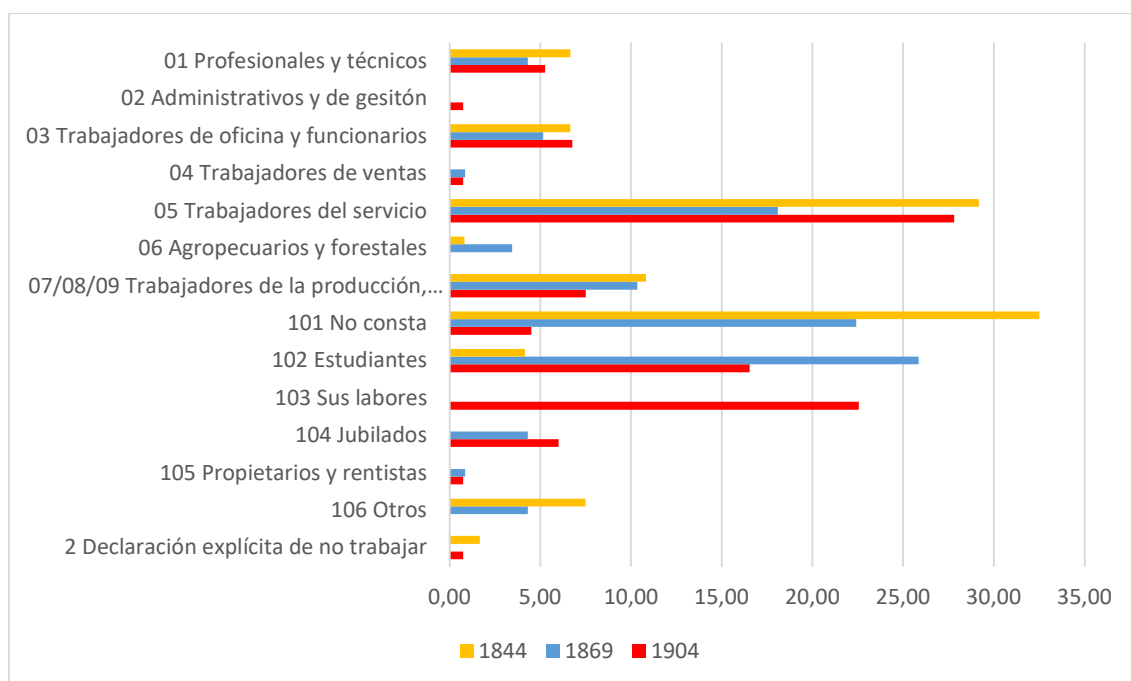
de aportar su fuerza de trabajo o la acogida de niños abandonados o expósitos a través de la Inclusa. Todas esas prácticas dieron lugar a un amplio abanico de situaciones familiares, agrupados en forma de familias múltiples por la agregación de varios núcleos, familias extendidas u hogares compartidos por varios moradores entre los que no mediaba más que la necesidad de compartir los gastos de alquileres que no podían pagar.

El realquiler fue una práctica minoritaria, a diferencia de lo que ocurría en las grandes ciudades, donde la falta de espacio y el elevado precio de los alquileres lo convirtieron en una práctica habitual⁶⁴⁹. En Guadalajara, compartir vivienda fue una solución temporal para los inmigrantes recién llegados o para los migrantes que se desplazaban a la ciudad forzosamente, principalmente empleados y militares, o las madres de los ingenieros, conocidas como “militaras”, que pasaban una temporada en la ciudad para estar cerca de sus hijos. La fórmula más frecuente de agregación doméstica no familiar fue el alojamiento en casas de huéspedes y fondas. Las casas de huéspedes representaban una fuente de ingresos muy habitual para mujeres viudas o solteras, o trabajadores de escasos ingresos. Entre las primeras se encontraban María Vallejo y Benita Ricarte, que en 1904 regentaban una casa de huéspedes en la calle González Hierro. En ella se alojaban varios alumnos de ingenieros, entre ellos, Francisco Buero García, padre de Antonio Buero Vallejo⁶⁵⁰. Otra casa de huéspedes era la de Rafael Palancar, que trabajaba en la administración de contribuciones de la provincia y atendía, junto a su esposa, María Tejedor, una casa de huéspedes en un piso principal de la Cuesta de Calderón. En ella se alojaban diez militares, llegados desde distintos rincones del país, por cuyas edades parecían más bien oficiales que ingenieros.

⁶⁴⁹ PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El Ensanche Norte...* (op. cit.); VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche Sur...* (op. cit.); CARBALLO BARRAL, Borja: *El Ensanche Este...* (op. cit.); DE MIGUEL SALANOVA, Santiago: *Madrid, sinfonía de una metrópoli...* (op. cit.); DÍAZ SIMÓN, Luis: *Los barrios bajos...* (op. cit.).

⁶⁵⁰ de Buero Vallejo nació en Guadalajara en 1916. Sobre su infancia en la ciudad y su primera obra pictórica, IGLESIAS FEIJOO, Luis: *Buero antes de Buero*. Toledo, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 2006.

Figura 3.29. Clasificación socioprofesional de los realquilados (HISCO Major Groups, 1844-1904)



Fuente: Elaboración propia a partir de las hojas de empadronamiento.

Mayor permeabilidad mostró la familia nuclear a la incorporación de los parientes más vulnerables. Con ello, la familia extensa trató de compensar las insuficiencias del Estado asistencial liberal en su lucha contra la pobreza. En la mayor parte de los casos, los acogidos eran hermanos solteros de los cónyuges, cuya presencia en el hogar evidenciaba el desprestigio del celibato, o las madres viudas de cualquiera de los esposos, que podían colaborar en el cuidado de sus nietos. Los hermanos solteros de los cónyuges representaban un colectivo cada vez más numeroso, como prueba el crecimiento del celibato definitivo, que, en el caso de las mujeres, pasó del 10,5 % en 1844 al 11,9 % en 1869 y el 13,3 % de 1904. En menor medida, en muchos hogares aparecían los sobrinos, muchas veces procedentes de los pueblos de origen de la familia, que llegaban a la ciudad para incorporarse al mercado de trabajo y encontraban en casa de sus tíos un alojamiento que les permitía reducir los costes de alquiler y contar con ayuda y protección. El peso estadístico de la familia extensa fue, sin embargo, mucho menor que su difusión, más allá del hogar. En muchos casos, las solidaridades entre padres e hijos, tíos y sobrinos, iban más allá de las pautas residenciales, como ocurría en la casa del señor Ignacio, en *La Busca*⁶⁵¹.

⁶⁵¹ BAROJA, Pío: *La Busca*.

Figura 3.30. Relación de los familiares agregados a familias nucleares (1869)

Relación con la familia nuclear	Parentesco	Mujeres		Hombres		Total	
		N	%	N	%	N	%
Ascendientes del cabeza de familia	Abuelos	1	0,39	0	0,00	1	0,39
	Padres	17	6,59	8	3,10	25	9,69
	Hermanos	38	14,73	35	13,57	73	28,29
	Sobrinos	16	6,20	18	6,98	34	13,18
	<i>Total cabeza</i>	<i>72</i>	<i>27,91</i>	<i>61</i>	<i>23,64</i>	<i>133</i>	<i>51,55</i>
Ascendientes de la esposa	Suegros	10	3,88	9	3,49	19	7,36
	Cuñados	16	6,20	12	4,65	28	10,85
	Sobrinos	4	1,55	0	0,00	4	1,55
	Tíos	1	0,39	0	0,00	1	0,39
	<i>Total esposa</i>	<i>31</i>	<i>12,02</i>	<i>21</i>	<i>8,14</i>	<i>52</i>	<i>20,16</i>
Parentesco dudoso	Madre o suegra	22	8,53	0	0,00	22	8,53
	Otros parientes	7	2,71	4	1,55	11	4,26
Descendientes	Nueras / Yernos	6	2,33	7	2,71	13	5,04
	Nieta	15	5,81	12	4,65	27	10,47
Totales		150	58,14	108	41,86	258	100,00

Fuente: Elaboración propia, a partir del padrón de 1869.

La protección de los parientes dio lugar a redes de solidaridad que, en ocasiones, se formalizaban contractualmente ante notario. En 1854, al enviudar, Juan España se comprometió a pagar a su suegra, Josefa Villalobos, dos reales y medio diarios para su sustento, atendiendo a “las interesadas manifestaciones que la enunciada su difunta mujer le tenía echadas para que si moría antes que él no abandonase a la Josefa Villalobos, su madre, por su avanzada edad y achaques, y que la socorriese y amparase como siempre en cuanto pudiera” y “en prueba del mucho afecto que la profesa, contribuirle con dos reales y medio diarios (...) en dinero metálico y no en papel moneda (...), que saldrá de su compañía por mensualidades anticipadas, a fin de que pueda atender a las necesidades suyas más precisas y perentorias”⁶⁵².

En su testamento de 1900, el banquero Félix Alvira solicitaba a sus herederos que se encargaran del destino de su sobrina política, Paula del Amo, a la que acogió tras quedar huérfana. Alvira señalaba que “mientras no tome estado permanezca al lado de su tía Filomena tan atendida y cuidada como lo ha estado siempre, y fallecida la esposa del testador, si aquella continuase soltera, encarga a su hijo y único heredero la lleve a su compañía, si ella lo aceptare, guardándola iguales atenciones que sus tíos la han guardado”. Así mismo, en uso de la libre disposición de un tercio de la herencia, dejaba a Paula su cama, los enseres de su habitación y ropas, una póliza de seguros de 5.000

⁶⁵² AHPGU-PTC, 2837/4979.

pesetas, en el *Banco Vitalicio de Cataluña*, y un seguro de vida de 10.000 pesetas en *La Equitativa*. Las voluntades de Alvira no obedecían tanto a una falta de confianza en sus herederos, sino más bien a una forma de expresar formalmente el compromiso entre familiares, pues Alvira decidió no nombrar albacea, “por considerarlo innecesario, en cuanto madre e hijo han de entenderse y hacer las partijas en la mayor armonía mediante el recíproco cariño que se profesan”.⁶⁵³

Los acogidos no siempre eran familiares, sino también criados, como le ocurrió a Manuela Rojo, criada y heredera de su patrona, Josefa Bux Guijosa. Josefa, viuda de Lorenzo Álvarez de Ron, formó testamento nuncupativo en marzo de 1871, y “en gratitud a los dilatados e importantes servicios de su antigua criada Manuela Rojo Valdehita, la deja en propiedad y sin ninguna condición la mitad de la casa (...) para que sea dueña de todo el edificio puesto que la otra mitad se la dejó su marido D. Lorenzo Álvarez de Ron, con la facultad de venderla si se encontraba en necesidad”. Además, Josefa dejaba a su criada una cama y mandaba a sus herederos, su sobrina y los hijos de esta, que “respeten sin abrir los baúles que conocidamente sean de dicha sirvienta, a menos que, lo que no es de esperar de su probada fidelidad, hubiese razonables motivos para sospechar la ocultación de algunos objetos propios de la testadora”⁶⁵⁴. El paternalismo de la elite sobre sus sirvientes evidenciaba el sentido de la pertenencia que sentían que tenían sobre ellos, como se refleja en el testamento de Gabriel Molina, en 1900. Molina legó a su ama de gobierno, Sebastiana Barrios, una modesta cantidad en dinero, 125 pesetas, un lote de enseres de su casa compuesto por seis sillas de Vitoria, una cómoda, la cama de su uso con tres colchones, sus ropas y “una habitación mientras viva en la casa de su morada, plazuela de la Antigua, número 10”⁶⁵⁵.

En los decenios finales del ochocientos estas fórmulas fueron perdiendo importancia, lo que evidenciaba la difusión de un modelo de relaciones familiares que tenía como eje la familia nuclear neolocal. La conducta de los migrantes que se desplazaban a la ciudad en el seno de la familia es sintomática de la individualización del núcleo doméstico respecto de los parientes de la familia extensa, y aunque la afectividad entre padres e hijos no constituía una novedad, sí lo fue la importancia que adquirió a la hora de articular los hogares. El hogar se había convertido en el dominio de la vida privada y la familia, fuera de él, había perdido su valor productivo. En consecuencia, el papel articulador de la familia extensa y la autoridad del paterfamilias habían empezado a erosionarse.

⁶⁵³ AHPGU-PTC, 4371/293-294.

⁶⁵⁴ AHPGU-PTC, 3434/40.

⁶⁵⁵ AHPGU-PTC, 4372/436.

CAPÍTULO 4. LA CIUDAD DISCONTINUA. LA PRODUCCIÓN DEL ESPACIO URBANO Y SU DIFERENCIACIÓN SOCIAL

Plassans está dividido en tres barrios completamente distintos; el barrio viejo, adonde sólo limosnas y consuelos tiene usted que llevar; el barrio de San Marcos, habitado por la nobleza del país, lugar de aburrimiento y de rencor del que nunca desconfiará usted bastante; y la ciudad nueva, el barrio que hoy se está aún construyendo alrededor de la subprefectura, el único posible, el único decente.

Émile Zola. *La conquista de Plassans*⁶⁵⁶.

El jardín es una alfombra donde el mundo entero viene a cumplir su perfección simbólica, y la alfombra es una suerte de jardín móvil a través del espacio. El jardín es la más pequeña parcela del mundo y luego es la totalidad del mundo. El jardín es, desde el fondo de la Antigüedad, una suerte de heterotopía feliz y universalizante.

Michel Foucault. *Espacios otros*⁶⁵⁷.

4.1. La travesía de Guadalajara

Hasta 1844, las diligencias que recorrían la Carretera Real de Aragón tuvieron una de sus paradas en la plazuela de la Fábrica de Guadalajara. A continuación, los carruajes cruzaban el arco que unía el palacio ducal con la iglesia de Santiago, y atravesaban el casco urbano por la calle Mayor, donde el ancho de la vía casi no permitía el paso de los coches en algunos puntos. Dadas las dificultades que encontraban las diligencias, la empresa decidió trasladar la ruta a la calle de las Carmelitas de Abajo, que formaba parte de travesía de la carretera, donde se ubicaba la Casa de Postas, compartiendo su itinerario con las sillas de correos. Pronto quedó patente que las incomodidades ocasionadas por los socavones y la estrechez de aquel sinuoso pasadizo hacían necesario reformar la travesía, como reconocía el ingeniero jefe de Caminos de la provincia en 1852. En un informe remitido al Ayuntamiento, el funcionario advertía de que “la situación lastimosa en que se encontraba todo el referido trozo” hacía imposible “su tránsito sin gran riesgo

⁶⁵⁶ ZOLA, Émile: *La conquista de Plassans*. Madrid, Alianza, 2009.

⁶⁵⁷ FOUCAULT, Michel: “Espacios diferentes”, *Estética, ética y hermenéutica Obras esenciales* (vol. III). Barcelona, Paidós, 1999, pp. 431-442. El texto fue originalmente una conferencia radiofónica pronunciada en 1967, y publicado posteriormente como «Des espaces autres», *Dits et écrits (IV)*. París, Gallimard, 1994, pp. 752-762.

de vuelcos o roturas de carruajes” y, por ello, consideraba urgente “no solo la pronta reparación de la mencionada travesía sino además su alineación y ensanche por requerirlo así el continuo movimiento de toda clase de transportes como una de las principales carreteras del Reyno (*sic*)”⁶⁵⁸.

La reforma de la travesía, lejos de recibir el aplauso general de la población, se topó con una fuerte resistencia de los vecinos, que, amparados por la Diputación Provincial y el Ayuntamiento, se opusieron a las expropiaciones que requería el ensanche de la calle. El primer proyecto de reforma fue presentado por la Jefatura Provincial del ramo en abril de 1852. Los propietarios de las casas anejas elevaron formalmente sus protestas, que, en muchos casos, iban acompañadas de propuestas de trazados alternativos. Ante el aluvión de quejas, en octubre de 1853, la jefatura encargó un informe técnico para conocer la idoneidad de las posibles rutas por otros puntos de la ciudad, paralizando el proyecto hasta finales de 1856. Entonces, la Dirección General de Obras Públicas desestimó las alternativas y ordenó el ensanche y alineación del viejo trazado, por la calle Carmelitas de Abajo, pronto renombrada Barrionuevo Baja. Algunos vecinos volvieron a protestar, negándose incluso a acudir al Gobierno Civil para conocer el valor de las tasaciones⁶⁵⁹. Su resistencia y su desinterés por las compensaciones económicas prometidas respondía a un elemental espíritu de supervivencia, pero también eran sintomáticos del celo con el que defendían su economía moral y un espacio que consideraban propio, especialmente en las zonas aledañas a las plazuelas de la Cotilla y Santa María, donde se concentraban los propietarios más combativos. Entre ellos se encontraban algunos de los vecinos de los Contera, como Juliana Ávila y Eustaquio Bonilla, y el abogado y regidor de la minoría moderada en el Ayuntamiento, Eugenio Méndez⁶⁶⁰, que ya había dado una cumplida muestra de su rebeldía al negarse a aceptar el cargo de procurador síndico que la mayoría progresista le había asignado en el concejo, obligando a la Diputación Provincial a intervenir para resolver el litigio⁶⁶¹.

Las obras se paralizaron a partir de entonces, a lo que coadyuvó el desinterés de los sucesivos jefes de Fomento, que dedicaron todos sus esfuerzos a acondicionar la vía del ferrocarril de Madrid a Zaragoza, cuya estación distaba varios kilómetros de la población. En 1866, la jefatura provincial retomó el proyecto de la travesía, que fue aprobado definitivamente el 25 de noviembre de 1867, sin el acuerdo de los propietarios de las casas aledañas a las plazuelas de la Cotilla y Santa María. Dos meses después, empezaron a ejecutarse los derribos, comenzando por los dos extremos del trazado. El primer tramo correspondía a la parte comprendida entre el puente sobre el río y la calle de los Corralillos, que discurría por el arrabal de las Cacharrerías y las primeras manzanas de la calle Barrionuevo Baja, a continuación de la plazuela de la Fábrica. El arrabal de

⁶⁵⁸ AMGU-AS, 141585, 12-1-1853.

⁶⁵⁹ DIGES ANTÓN, Juan: “La carretera de Madrid a Zaragoza...” (II), *Revista del Ateneo Caracense y Centro Volapükista Español*, noviembre de 1888, XI, pp. 87-91.

⁶⁶⁰ BOPG, 23-1-1857.

⁶⁶¹ AMGU-AS, 141587, 3-2-1855.

Zaragoza, que formaba el extremo septentrional de la travesía, quedó devastado en su mayor parte, incluida la puerta del mismo nombre, “por ser un obstáculo” y no merecer “conservación, ni por su objeto, ni por sus recuerdos históricos, ni por su mérito artístico”⁶⁶². Únicamente subsistió en sus inmediaciones un lagar, propiedad de Severiano Verda, pues, aunque afeaba y obstaculizaba el trazado de la travesía, no podía permitirse la ciudad prescindir de uno de los pocos establecimientos industriales con que contaba.

Figura 4.1. Iglesias de San Miguel y Santa María, por Valentín Carderera (c. 1837)



Fuente: Museo Lázaro Galdiano⁶⁶³.

Al estrechar el cerco sobre los vecinos insumisos, el Gobierno Civil esperaba que los propietarios de la parte central de la travesía terminaran aceptando las expropiaciones, pero los interesados persistieron en su actitud durante una década más. Finalmente, en abril de 1877, el Ayuntamiento logró convencer a los propietarios de las viviendas que aún no se habían derribado. Entre ellos, se encontraban los hijos de Miguel Contera, Juliana Ávila y Eustaquio Bonilla, y el nieto de Agustín Fierro, Enrique Fluiters, que ya había emparentado con los Contera por la vía matrimonial. Esa vez, los vecinos no opusieron resistencia a la expropiación, ni formularon reclamaciones, pero mostraron su desconfianza hacia el tasador propuesto por el Consistorio y exigieron como perito

⁶⁶² DIGES ANTÓN, Juan: “La carretera de Madrid a Zaragoza...” (III), *Revista del Ateneo Caracense y Centro Volapükista Español*, noviembre de 1888, XI, p. 100.

⁶⁶³ MUSEO LÁZARO GALDIANO, Fondo Carderera, núm. Inventario 09146. Disponible en: <http://catalogo.museolazarogaldiano.es>.

alternativo a Vicente García Ron, arquitecto favorito de la elite local, y principal artífice de la fiebre constructiva que se había apoderado de la ciudad, pues seguramente esperaban obtener de él indemnizaciones más suculentas⁶⁶⁴. Esa vez, los vecinos no actuaban ya en defensa de su economía moral, sino de su sagrado e inviolable derecho a la propiedad privada. Y es que la mayor parte de los viejos miembros de aquella comunidad centenaria habían muerto, y sus descendientes ya no se sentían vinculados a aquel lugar, que para sus antepasados había tenido una significación simbólica y afectiva, y había sido un factor decisivo en la conformación de su identidad. Los propietarios prefirieron “el dinero fresquito de la expropiación”, y en apenas tres años, las casas que obstaculizaban el nuevo trazado de la travesía fueron derribadas, con la excepción de la de Eugenio Méndez, cuyo expediente de expropiación fue el último que se instruyó⁶⁶⁵.

En los solares de las casas derribadas volvieron a levantarse otras, pero aquel espacio ya no era el mismo, y no solo porque cambió su fisonomía, sino porque la reconstrucción terminó de alterar el vínculo que los propietarios mantenían con el lugar. La mayoría de ellos aprovechó la ocasión para transformar sus moradas familiares en casas de vecindad, destinadas a alquilar para los cadetes de la Academia y otros forasteros que llegaban a Guadalajara, para trabajar en los distintos ramos de la Administración pública o en el incipiente sector de servicios privados que se había desarrollado al calor de la capitalidad provincial. Otros optaron por vender sus casas, trasladándose a otros puntos del casco, porque aquel espacio híbrido cruzado por la travesía se estaba convirtiendo en una especie de glacis defensivo entre los dolientes arrabales y la orgullosa ciudad centenaria. La nueva carretera no solo cambió el aspecto del barrio que habían conocido Miguel Contera y Juliana Ávila, destruyendo algunos de sus puntos emblemáticos, como la iglesia mudéjar de San Miguel, con su atrio de resonancias mozárabes, sino que, con ella, se fue para siempre el escenario primigenio de sus relaciones, la calle, que cada vez se veía más vacía, convirtiéndose en un lugar de paso⁶⁶⁶. Durante más de un cuarto de siglo, sus integrantes habían defendido su economía moral, plantando cara al Ministerio de Fomento, hasta que decidieron especular con sus propiedades. El fenómeno revela hasta qué punto se había extendido la lógica basada en la rentabilidad y se había devaluado el sentido del lugar, asociado a la casa familiar, el arrabal y la experiencia o el oficio compartidos.

El ensanche de la travesía fue el preludio de una masiva transformación física de la ciudad, que respondió a la lógica de la apropiación y producción burguesas del espacio público⁶⁶⁷. Guadalajara, como cualquier ciudad decimonónica, fue objeto de una nueva espacialidad, auspiciada por la elite local y por las autoridades emergentes del Estado liberal, que conquistaron lentamente el espacio urbano y lo ordenaron de acuerdo con sus

⁶⁶⁴ BALDELLOU, Miguel Ángel: *Tradición y cambio en la arquitectura de Guadalajara (1850-1936)*. Guadalajara, Colegio Oficial de Arquitectos, 1989.

⁶⁶⁵ DIGES ANTÓN, Juan: “La carretera de Madrid a Zaragoza...” (III) (art. cit.), p. 101.

⁶⁶⁶ SENNET, Richard: *El declive...* (op. cit.).

⁶⁶⁷ BEASCOECHEA GANGOITI, José María: “Apropiación territorial en el origen de la urbanización burguesa del Abra de Bilbao, 1850-1905”, *Historia Social*, 58 (2007), p. 101.

intereses⁶⁶⁸. Como la mayor parte de las pequeñas ciudades, Guadalajara no contó con los instrumentos de planificación empleados por los gobiernos de las grandes ciudades, como ocurrió en el Londres de Nash⁶⁶⁹, el París de Haussmann⁶⁷⁰, la Viena de Von Löhr⁶⁷¹, el Madrid de Castro⁶⁷² o la Barcelona de Cerdá⁶⁷³. Pero el hecho de que Guadalajara no contara con un plan de ensanche, solución racionalizadora y segregadora por antonomasia en las grandes y algunas medianas ciudades españolas⁶⁷⁴, no significó que su espacio no sufriera una profunda transformación, pues, como en cualquier otra ciudad de la época, los problemas de alojamiento, movilidad y abastecimiento derivados de la afluencia de nuevos habitantes exigían una intervención eficiente en el abigarrado plano medieval.

La intervención urbanística del Ayuntamiento se limitó al diseño de planes de alineaciones parciales, que, bajo la retórica del ornato público y el utilitarismo racionalizador de resabios ilustrados, dio rienda suelta al ansia especuladora de la emergente clase media. La falta de una planificación decidida favoreció la apropiación del espacio público por parte de los propietarios del suelo, que aprovecharon la ejecución de las alineaciones para ocupar el suelo de callejuelas, fragmentos de vías públicas, solares abandonados y terrenos yermos para incrementar sus parcelas. Así, la habitual desregulación de la construcción privada propició una creciente segregación social del espacio residencial, que acentuó la clásica oposición entre casco y arrabales, convertidos, respectivamente, en los espacios por antonomasia de la opulencia y la miseria. Una de las consecuencias de todo ello fue la reducción de parte de la ciudad monumental a escombros, víctima de la inmisericorde intervención de la piqueta demoledora⁶⁷⁵. Las desamortizaciones y la desidia del titular de la propiedad eclesiástica, el Arzobispado de Toledo, contribuyeron a crear el caldo de cultivo en el que germinó la destrucción del modesto pero armónico patrimonio mudéjar arriacense, un estilo que colisionaba con el espíritu historicista y neogótico dominante en las décadas centrales del siglo. Así, desaparecieron tres de las cinco parroquias de la ciudad, a las que pronto se unió una cuarta, San Gil, conservándose únicamente la iglesia de Santa María, que era la de mayor importancia y capacidad. Mejor suerte corrieron los conventos desamortizados, ocupados tras la exclaustación por las oficinas del Gobierno y por nuevas comunidades religiosas.

⁶⁶⁸ LEFEBVRE, Henri: *El derecho...* (op. cit.), pp. 23-26.

⁶⁶⁹ SENNETT, Richard: "Individualismo urbano. El Londres de E. M. Forster", en *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid, Alianza, 2018, pp. 338-377.

⁶⁷⁰ HARVEY, David: *París, capital de la modernidad*. Madrid, Akal, 2008.

⁶⁷¹ SCHORSKE, Carl: *La Viena fin de siglo: política y cultura*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2012, pp. 49-130.

⁶⁷² PALLOL TRIGUEROS, Rubén, VICENTE ALBARRÁN, Fernando y CARBALLO BARRAL, Borja: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*. Madrid, Editorial Complutense, 2008.

⁶⁷³ TATJER, Mercè: "La vivienda popular en el Ensanche de Barcelona", *Scripta Nova*, VII, 146 (2003). Disponible en: [http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-146\(021\).htm](http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-146(021).htm).

⁶⁷⁴ OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: "Tradición y modernidad..." (art. cit.), p. 83.

⁶⁷⁵ En su estudio sobre la destrucción del patrimonio monumental en las ciudades, Fernando Chueca Goitia asignó a Guadalajara uno de los mayores índices de devastación de su legado material. CHUECA GOITIA, Fernando: *La destrucción del legado urbanístico español*. Madrid, Espasa-Calpe, 1977. Sobre el patrimonio desaparecido de la ciudad: GARCÍA DE PAZ, José Luis: *Patrimonio desaparecido de Guadalajara*. Guadalajara, AACHE, 2011.

La desregulación urbanística que acompañó a la producción del espacio residencial se acompañó de una decidida intervención de los poderes públicos en el espacio público, orientada al despliegue de una “ciudad moral”⁶⁷⁶. La reforma y embellecimiento de las plazas en las que se ubicaban el Ayuntamiento, la Diputación Provincial, el Gobierno Civil y la Academia de Ingenieros, la alineación y ensanche del callejero y la reforma de los sistemas de distribución y evacuación de aguas y alumbrado reflejan el triunfo del racionalismo utilitarista, pero también el desarrollo de una “política de la visualidad” destinada a exaltar el poder de la nueva elite dirigente⁶⁷⁷, ordenar la conducta de los sujetos y facilitar la vigilancia y el control sobre ellos⁶⁷⁸. Las reformas urbanísticas sirvieron para orientar el movimiento de los habitantes en el espacio público, domesticar sus conductas recreativas y relacionales y delimitar los espacios residenciales de acuerdo con los principios del higienismo y la profilaxis social burgueses, ya que, en ocasiones, actuaron como fronteras invisibles en un espacio crecientemente segregado. La construcción del Parque de la Concordia, en 1854, constituye uno de los referentes de ese proceso, ya que supuso un eficiente instrumento de ordenación del ocio y la sociabilidad populares⁶⁷⁹, en tanto que espacio heterotópico, aunque alejado del valor feliz y universalizante atribuido por Foucault a los jardines. Su recinto, además, fue una de esas fronteras mentales que sirvieron para delimitar el casco de algunos de los arrabales más conflictivos de la ciudad.

Con todo, la producción del espacio no fue fruto únicamente de la intervención especuladora de la elite, pues en ella también participaron los sectores populares, aunque no de forma homogénea. Entre los habitantes de los arrabales surgieron modestos promotores inmobiliarios, que emularon el comportamiento especulativo de la elite y hasta construyeron nuevos barrios en la periferia de la vieja ciudad. Al propio tiempo, en esos mismos arrabales empezó a gestarse un incipiente movimiento de lucha por el derecho a la ciudad, que aspiraba a derribar las nuevas fronteras sociales construidas sobre los escombros de la vieja y ruinoso cerca medieval. El resultado de todo ello fue un espacio público frecuentemente conflictivo, tensionado desde distintos frentes, que pone de manifiesto el desarrollo de una compleja conciencia de lo urbano y evidencia la existencia de diversas formas de pensar y percibir la ciudad.

4.2. La capital se hace visible: heterotopías y espacios sacralizados

La capitalidad acentuó el carácter urbano de Guadalajara, pero la ciudad conservó durante décadas su morfología medieval. El viario era un laberinto irregular de calles angostas, empinadas y mal empedradas, y el caserío presentaba un aspecto ruinoso y

⁶⁷⁶ JOYCE, Patrick: *The rule of freedom...* (op. cit.).

⁶⁷⁷ SCHORSKE, Carl: “La Ringstrasse...” (art. cit.).

⁶⁷⁸ SENNETT, Richard: *Carne y piedra...* (op. cit.).

⁶⁷⁹ CAPEL, Horacio: *La morfología de las ciudades (I): Sociedad, cultura y paisaje urbano*. Barcelona, Ediciones del Serbal, 2005, p. 295.

fantasmagórico, que parecían impropios de una capital de provincia. Guadalajara había satisfecho su ambición capitalina, pero tenía que hacerse ciudad, pues de ello dependía, en parte, su capacidad para extender su hegemonía sobre la provincia. Ello pasaba por renovar su faz, mediante la alteración de su laberíntico plano y la renovación de sus espacios emblemáticos, para ofrecer un aspecto más moderno y presentable. En 1836, el regidor Casimiro López Chávarri, elevó una reclamación al Gobierno político, al que instaba a reformar el callejero, “no pudiendo ni debiendo permitirse por más tiempo continúe el empedrado de las calles de esta ciudad, particularmente la principal, en el estado deplorable en que se hallan, con notable fealdad del aspecto público”⁶⁸⁰. La devastación provocada por la Guerra de la Independencia, la supresión de cinco de las diez parroquias por el arzobispado de Toledo en 1831, el desinterés del Ayuntamiento por la conservación de la arquitectura monumental y la Desamortización eclesiástica parecían dejar el camino expedito a las autoridades locales y provinciales y a los nuevos propietarios del suelo para desplegar una nueva espacialidad a su antojo, que, sin embargo se vio condicionada por la ubicación de las oficinas gubernamentales en los conventos desamortizados, por las limitaciones que ofrecían la muralla fiscal –derruida en su práctica totalidad, pero reemplazada por los fielatos–, y por la propia orografía, ya que el casco se elevaba sobre una loma constreñida por dos barrancos laterales.

La ciudad había quedado muy afectada por la contienda⁶⁸¹, debido al saqueo llevado a cabo por las tropas francesas y a la encarnizada lucha entre el general Hugo y El Empecinado⁶⁸², lo que había reducido considerablemente su patrimonio monumental. El resto fue mayoritariamente ocupado por las dependencias gubernamentales, lo que evitó la desaparición de gran parte de los edificios palaciales y conventuales, mientras que otros quedaron reducidos a escombros por los nuevos propietarios, con el beneplácito del Arzobispado de Toledo y el silencio del Ayuntamiento. Las nuevas sedes de la Administración estatal, por su parte, se convirtieron en los espacios emblemáticos de la nueva Guadalajara y articularon el espacio público de acuerdo con una lógica propagandística, alterando los itinerarios y espacios de sociabilidad consuetudinarios. La resignificación y organización del espacio urbano respondió así a las necesidades de legitimación del Estado emergente más que a la demanda de sus habitantes. Así, la Diputación Provincial, el Instituto y la cárcel compartieron el convento renacentista de la Piedad, la delegación de Hacienda ocupó el convento barroco del Carmen, la Escuela Normal se estableció en el convento de San Juan de Dios, y el Hospital Civil se trasladó

⁶⁸⁰ AMGU, 1485.

⁶⁸¹ Francisco Layna Serrano señalaba que “destruyeron por completo cincuenta casas, desvalijaron y en parte quemaron otras ciento quince (...), hicieron lo mismo con las posadas (...) y en los conventos causaron muchos destrozos al utilizarlos para cuarteles y las iglesias como cuadras (...); por último, en la idea de que los duques del Infantado eran enterrados con ricas joyas, profanaron el panteón, situado en la cripta bajo el ábside de la iglesia de San Francisco”. LAYNA SERRANO, Francisco: *Historia de Guadalajara...* (op. cit.), IV, p. 268.

⁶⁸² Joseph Léopold Sigisbert Hugo (1773-1828), padre de los escritores Víctor, Eugène y Abel Hugo, fue gobernador de la provincia. Plasmó sus vivencias en un libro de memorias que contiene abundantes referencias a la ciudad, especialmente en el capítulo X. Véase: HUGO, Joseph Léopold Sigisbert: *Memorias del General Hugo*. Sevilla, Renacimiento, 2007, pp. 200-213.

desde éste a la iglesia renacentista de los Remedios, mientras el militar se asentó andando el tiempo en el antiguo convento de Santo Domingo⁶⁸³.

Algunos de los viejos edificios fueron aprovechados o transformados por los militares. Los ingenieros ocuparon el palacio de Montesclaros y el semiderruido alcázar, antiguas sedes de las Reales Fábricas, y construyeron el contiguo Cuartel de San Carlos, que consolidó la especialización castrense de la plazuela de la Fábrica. En sus inmediaciones, los ingenieros recibieron una de las torres albarranas de la ciudad, el torreón del Cristo de la Feria,

baluarte que aún se conserva contiguo a la puerta de San Antonio de esta ciudad y toca al ángulo saliente del cuartel de dicho cuerpo, con el objeto principal de conservar este edificio como un monumento histórico y glorioso para los españoles, proporcionando al mismo tiempo a la Academia de Ingenieros un establecimiento de corrección y disciplina⁶⁸⁴.

Otro tanto sucedió con el convento de San Francisco, que había sido fortificado en la Primera Guerra Carlista y fue reutilizado, a partir de 1847, como emplazamiento de los talleres del arma, construyéndose en sus inmediaciones un poblado para los profesores de la Academia y el personal castrense o auxiliar del Ejército. Finalmente, en 1878, el arruinado duque de Osuna e Infantado arregló la cesión de su palacio al recién creado Colegio de Huérfanos del Ministerio de la Guerra por 375.000 pesetas, a las que contribuyó el Ayuntamiento con 250.000, sin reservarse derechos de propiedad⁶⁸⁵. Muchos de estos edificios se salvaron de su demolición, pero dieron a la ciudad un marcado aire de ciudadela, que el propio Ayuntamiento llegó a considerar invasiva, solicitando en 1847 la demolición del Fuerte de San Francisco, que pretextó “por ser perjudicial su conservación”⁶⁸⁶. Peor suerte corrió el patrimonio mudéjar, pues cinco de sus edificios más representativos, las iglesias de San Andrés, San Esteban, San Miguel, Santiago y San Gil fueron pasto de la piqueta demoledora para ensanchar plazas y calles o para alimentar el ansia especuladora de los nuevos propietarios⁶⁸⁷. La ciudad conventual, que durante siglos había armonizado su aire mudéjar con el clasicismo

⁶⁸³ LAYNA SERRANO, Francisco: *Historia de Guadalajara...*, IV (op. cit.).

⁶⁸⁴ AMGU-AS, 141579, 28-8-1847.

⁶⁸⁵ LAYNA SERRANO, Francisco: *Historia de Guadalajara...*, IV (op. cit.). El palacio ha sido objeto de frecuentes disputas entre el Ayuntamiento y los Arteaga, familia que ostenta el ducado del Infantado. En 1960, el titular del ducado cedió el palacio al Ministerio de Educación para instalar en él el Archivo Histórico Provincial, al que luego se sumaron la Biblioteca Pública del Estado y el Museo Provincial. A cambio, el Ministerio asumió la restauración del edificio, devastado en la Guerra Civil por el bombardeo de la aviación alemana, y reconoció a la familia el derecho de uso de un espacio para uso particular. El penúltimo duque reclamó ese espacio para construirse una vivienda de lujo, iniciándose un litigio que terminó en los tribunales con una sentencia favorable a la familia en 2009, aunque con la condición de que dicho uso fuera ocasional. En 2017, el Ministerio de Cultura, dirigido por Íñigo Méndez de Vigo, dio el visto bueno a las obras, aunque el Ayuntamiento no concedió la licencia. En junio de 2019, el ministro José Guirao firmó con la duquesa, Almudena de Arteaga, un acuerdo por el que ésta renunciaba a la construcción de la vivienda, a cambio de 853.000 euros. *El País*, 25-6-2019.

⁶⁸⁶ AMGU-AS, 141579, 28-8-1847.

⁶⁸⁷ GARCÍA DE PAZ, José Luis: *Patrimonio desaparecido...* (op. cit.).

renacentista y barroco, inició así su transición hacia una ciudad de tono castrense y burocrático, caracterizada por su pobreza monumental y su falta de armonía espacial⁶⁸⁸. Los solares dejados por el proceso desamortizador, por su parte, no propiciaron la ampliación del suelo edificable, lo que habría permitido descargar el abigarrado viario urbano. La huerta del convento del Carmen, por ejemplo, no empezó a urbanizarse hasta comienzos del siglo XX⁶⁸⁹, y una parte, incluso, se ha mantenido yerma hasta comienzos del XXI. Y es que las 1.139 casas con que contaba la ciudad en la década de 1840, según Madoz, fueron durante los treinta años siguientes suficientes para albergar a su reducida población.

Figura 4.2. Iglesias de San Esteban (izquierda) y San Andrés (derecha) antes de su demolición, por Valentín Carderera (c. 1837)



Fuentes: *La Crónica* y Museo Lázaro Galdiano⁶⁹⁰.

Pronto, sin embargo, el Ayuntamiento emprendió las primeras intervenciones de reforma, dirigidas a embellecer algunas de las diecinueve plazas de la ciudad, así como los entornos de los edificios públicos. El realce de estos enclaves simbólicos respondía a una política de visualidad⁶⁹¹ y a un modelo de producción del espacio encaminado a resignificar los espacios de sociabilidad, al gusto burgués y mesocrático, que reflejaba la apropiación de los espacios públicos por las nuevas autoridades provincial y estatal y las viejas autoridades locales⁶⁹². El marcado sesgo propagandístico de esa nueva espacialidad

⁶⁸⁸ BALDELLOU, Miguel Ángel: *Tradición y cambio...* (op. cit.).

⁶⁸⁹ GARCÍA BALLESTEROS, Aurora: *Geografía urbana...* (op. cit.).

⁶⁹⁰ Para la imagen de la iglesia de San Esteban en *La Crónica*, 9-9-2016: <https://www.lacronica.net/la-iglesia-de-san-esteban-aflora-en-el-derribo-de-la-69521.htm#gallery-2>. El interior de San Andrés, en MUSEO LÁZARO GALDIANO, Fondo Carderera, núm. Inventario 09565. Disponible en: <http://catalogo.museolazarogaldiano.es>.

⁶⁹¹ JOYCE, Patrick: *The rule of freedom...* (op. cit.), p. 148. Joyce se apoya en SCHORSKE, Carl E.: *La Viena de fin de siglo...* (op. cit.).

⁶⁹² Los conceptos de apropiación y producción del espacio, en LEFEBVRE, Henri: *La producción...* (op. cit.); y *El derecho...* (op. cit.). Véanse también: BEASCOECHEA GANGOITI, José María: “Apropiación territorial en el origen de la urbanización... (art. cit.)”, pp. 97-122; FERNÁNDEZ GALLEGU, Alba:

venía dado por la presión de los jefes políticos, los gobernadores civiles y los ingenieros jefes de Fomento sobre el Ayuntamiento, para que emprendiera reformas de ornato y embellecimiento, más que de viabilidad o saneamiento, y para que conminara a los vecinos a que las sufragaran, lo que refleja la falta de planificación que marcó la reforma urbanística de la ciudad hasta por lo menos 1854.

Así, en 1839, el jefe político, Pedro Gómez de la Serna, advirtió la necesidad de reformar la travesía del camino de la Corte a Zaragoza, argumentando que, si en los pueblos el mal estado de sus entradas y salidas desmerecía su aspecto, “con mayor razón debe causar extrañeza (*sic*) que las de una capital, donde hay otros recursos y donde residen las autoridades superiores de la Provincia, estén en el estado que corresponde”⁶⁹³. En noviembre de 1841, el jefe político solicitó al Ayuntamiento que mantuviera la carretera real “en el mejor estado posible para su regreso a la Corte por él de S. A. el Regente del Reyno (*sic*)”⁶⁹⁴. Casi dos décadas después, en 1859, con ocasión de la inauguración de la estación del ferrocarril, el gobernador Pedro Celestino Argüelles recordó al Ayuntamiento “la necesidad cada vez más imperiosa de que se promueva por todos los medios lícitos (...) un gran desarrollo en todos los ramos del fomento material, para que la Capital de la provincia adquiera la importancia que urgentemente reclama su propia significación, su proximidad a la corte y el estado actual de su cultura”, y ningún medio más eficaz que “mejorar su aspecto con la realización pronta e inmediata de las obras indispensables de ornato y comodidad pública”. El gobernador añadía que “ofendería la ilustración de ese Il[us]t[r]e. Ayuntamiento si descendiese a indicaciones especiales (...), pero no puedo excusarme de significar como de absoluta necesidad” el revoque de fachadas de la calle Mayor y aledaños, que a su juicio debían correr a cargo de sus dueños, así como la “construcción de las dos fuentes proyectadas en el nuevo paseo, la recomposición del empedrado de las calles y las cañerías y conductos públicos por cuenta de los fondos municipales”⁶⁹⁵.

El embellecimiento de las plazas tenía algunos precedentes inmediatos en la reforma de la plazuela de Santo Domingo, situada en el confín meridional del casco, en 1822. En 1830, a instancias del intendente corregidor, se reformó la plazuela conocida como “El Jardinito”, en el centro de la ciudad. En 1835, el jefe político, Martín de Pineda creó un nuevo paseo, frente al palacio que ocupaba en la plazuela de Beladiez, y en 1839, a instancias de la Diputación Provincial, se reformó la plazuela de la Fábrica, donde se plantaron seis hileras de árboles “con objeto de procurar medios de ganar la subsistencia a los muchos que por efecto de la guerra civil, emigraron de sus pueblos y se refugiaron en aquel punto”⁶⁹⁶. La plazuela de la Fábrica quedó así convertida en el espacio más

“«Donde habita el olvido». La apropiación de la colina de los chopos en el nuevo Madrid científico”, en OVIEDO SILVA, Daniel y PÉREZ-OLIVARES GARCÍA, Alejandro (coords.): *Madrid, una ciudad en guerra (1936-1948)*. Madrid, Catarata, 2015, pp. 215-262.

⁶⁹³ AMGU, 1485.

⁶⁹⁴ AMGU-AS, 141573, 17-1-1841.

⁶⁹⁵ AMGU-PO, 761.

⁶⁹⁶ MADOZ, Pascual: *Diccionario...* (*op. cit.*), p. 631.

representativo del poder militar de la ciudad, un uso reforzado con la instalación del Cuartel de San Carlos, en 1860. Las sucesivas intervenciones realizadas en ella se inscriben en el mismo espíritu de ornato, pues era el lugar por el que accedían a la ciudad los viajeros que llegaban desde Madrid, por carretera o por ferrocarril. Así, el viajero, “apenas penetra en ella, sorprendido ha de hallarse y juicio aventajado ha de formar de esta población, aunque luego sufra la consiguiente decepción (...). Este primer golpe de vista hace creer que se está en una población de más importancia”⁶⁹⁷. Entretanto, la plazuela de Beladiez –llamada por Madoz paseo del Jefe político–, quedaba identificada con el poder civil provincial, ubicándose en ella en 1883 el palacio de la Diputación. La plazuela del Jardinillo, por su parte, adquirió un uso lúdico, al reutilizarse la suprimida iglesia de San Nicolás como teatro municipal, en 1842⁶⁹⁸.

La ubicación de paseos en los nuevos espacios de poder de la ciudad respondía a la apropiación de su espacio interior por la elite. Este proceso se generalizó en las ciudades contemporáneas como fundamento de la ciudad moral, ya que con la elección de nuevos espacios de sociabilidad pública y esparcimiento se trataba de civilizar y dirigir el ocio de las clases populares, que generalmente utilizaba escenarios periféricos, situados extramuros de las ciudades y en contacto con la naturaleza. En Guadalajara, los paseos más populares eran el camino de las Cruces, “el único que hoy sirve de recreo al público como propio de estación”⁶⁹⁹, y el de la Alaminilla, “lo más antiguo que se conoce en clase de paseos”⁷⁰⁰. Ambos se ubicaban en áreas alejadas de la ciudad, próximas a zonas boscosas y de monte. La presencia humana en estos espacios revela el carácter de la cultura ecológica plebeya, que consideraba el espacio natural de la ciudad, y sus montes, como su patrimonio, pues eran una importante fuente de recursos, en tanto que el núcleo fundamental de sus bienes de propios. Al embellecer las plazas, los poderes públicos no solo estaban creando nuevos enclaves simbólicos, sino que pretendían conducir a los habitantes hacia el interior de la ciudad, pues ello facilitaba el control sobre sus prácticas recreativas y sociables⁷⁰¹.

⁶⁹⁷ LÓPEZ CORTIJO, José: *Topografía médica de Guadalajara*. Guadalajara, Imprenta y Encuadernación Provincial, 1893, p. 43.

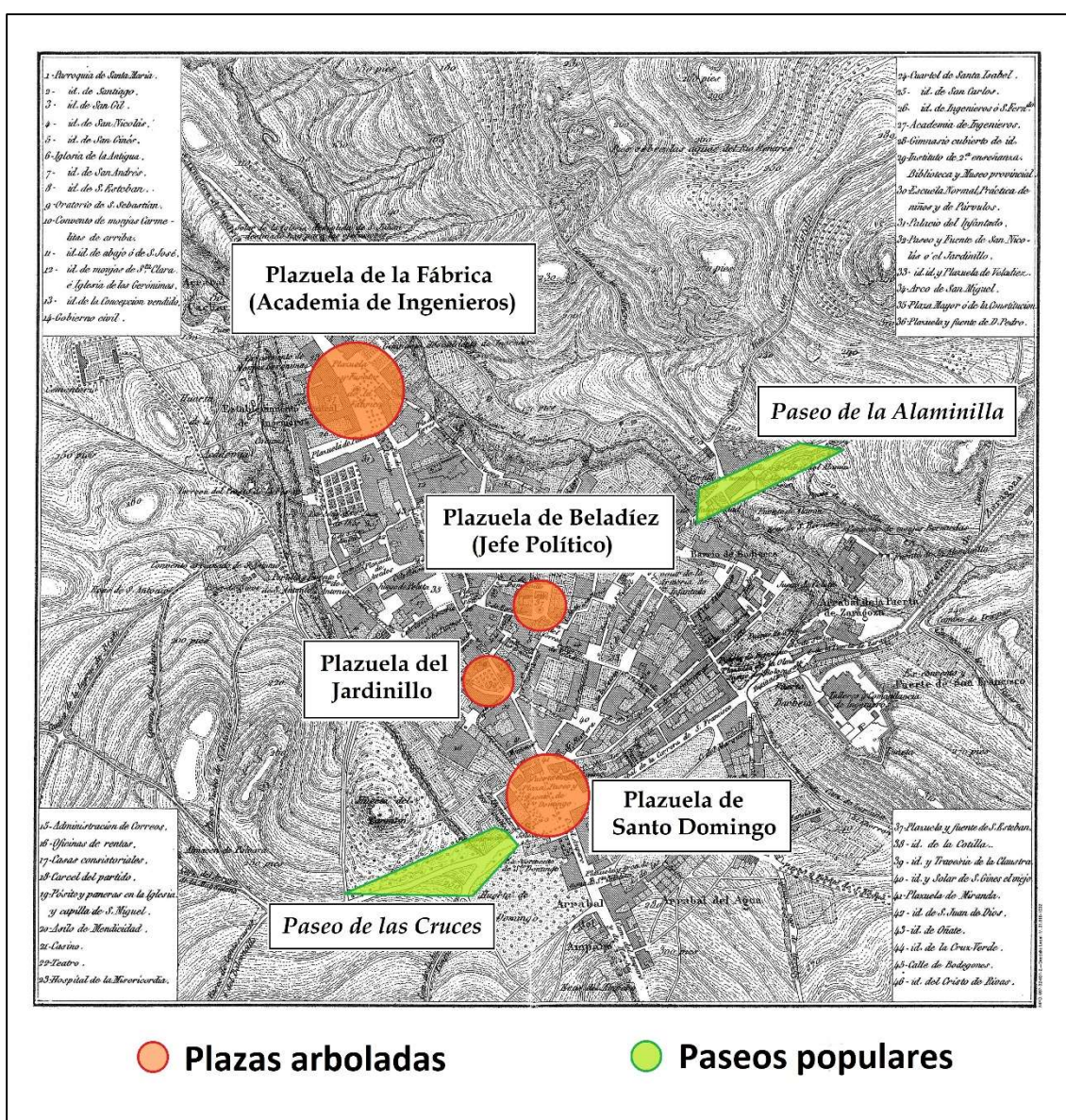
⁶⁹⁸ BALDELLOU, Miguel Ángel: *Tradición y cambio...* (op. cit.), p.

⁶⁹⁹ AMGU-AS, 141579, 17-11-1847.

⁷⁰⁰ DIGES ANTÓN, Juan: *Guía...* (op. cit.), pp. 146-147.

⁷⁰¹ Sobre el análisis del espacio urbano desde un enfoque basado en la noción de ecología política véase: PÉREZ-OLIVARES GARCÍA, Alejandro: *La victoria bajo control: ocupación, orden público y orden social del Madrid franquista (1936-1948)*. Madrid, Tesis doctoral de la Universidad Complutense, 2017. Así mismo, véase WIRTH, Louis: “El urbanismo como modo de vida”, en BASSOLS, Mario, et al. (comps.): *Antología de sociología urbana*. México DF, UNAM, 1988, p. 173 (publicado originalmente en: *American Journal of Sociology*, 1938, 44).

Figura 4.3. La política de la visualidad: enclaves emblemáticos (c. 1850)



Fuente: Elaboración propia a partir de Coello (1860).

La reforma de las plazas se acompañó de intervenciones puntuales en el empedrado de las calles, que, según advertía un observador local, respondían más a un afán ornamental que funcional:

La fundación de Guadalajara no hay duda que es antiquísima, pero no tenemos dato seguro alguno para fijarle (*sic*), aunque algunos historiadores quieren suponer que data 640 años antes de la venida de Cristo al Mundo. No podemos creerlo así; pero si fuese cierto; y volviese Cristo al mundo, no desconocería ciertamente esta población por sus edificios y calles. Seguro que aquellos no se han reedificado desde su fundación, y que estas no se han empedrado hasta el mes de Mayo de 1841, y si no nos engañamos parece

que esto ha debido ser muy provisionalmente y sin duda para que la carrera del Corpus estuviese (*sic*) en este día un poco más transitable que de ordinario⁷⁰².

La apuesta por el interior frente a los arrabales acentuó la tensión entre la ciudad cerrada medieval y la ciudad abierta a la que aspiraban los habitantes de los espacios periféricos, y provocó una lucha por el espacio público entre los habitantes del casco y los “de afuera”. Los principales escenarios de estas tensiones fueron las puertas y portillos de la vieja muralla, sobre las que presionaban cada vez con más fuerza los vecinos de los arrabales. El 21 de junio de 1841, a las once de la noche, se produjo un motín en la Puerta del Mercado, que separaba el arrabal del Amparo y la plazuela de Santo Domingo. Los vecinos del arrabal pedían que se abrieran las puertas y los carabineros, “oyendo bastante bulla de la parte de afuera”, se negaron a abrir, produciéndose un tumulto protagonizado por una parte del pueblo que, según reconocía el propio jefe de los carabineros, Ramón Marsall, “con tanta razón se quejaba”⁷⁰³. La presión de los vecinos de los arrabales logró su propósito inicialmente, y en septiembre de ese mismo año, el Ayuntamiento acordó derribar los torreones y puertas de Bejanque, el Mercado y el Cristo de la Feria. La medida no se llevó a cabo finalmente, pero anunciaba el principio del fin de la ciudad medieval, materializada en su muralla. La cerca, de hecho, experimentaba un desmoronamiento progresivo, como se puede constatar por el croquis atribuido al ingeniero militar Manuel Varela Limia, en 1846. El Ayuntamiento demolió la puerta del Mercado en 1845⁷⁰⁴, y la de Madrid en 1854, por “amenazante y poco decorosa”⁷⁰⁵. Solo se salvaron algunos lienzos próximos a las puertas y portillos⁷⁰⁶ y las torres albarranas del Cristo de la Feria, cedido a la Academia de Ingenieros como prisión, del Alamín, que siguió actuando como evidencia física de la frontera que separaba ese arrabal de la ciudad, y de Bejanque, demolido en 1884⁷⁰⁷.

⁷⁰² *El Lucero Alcarreño*, 18-6-1841.

⁷⁰³ *El Lucero Alcarreño*, 6-7-1841.

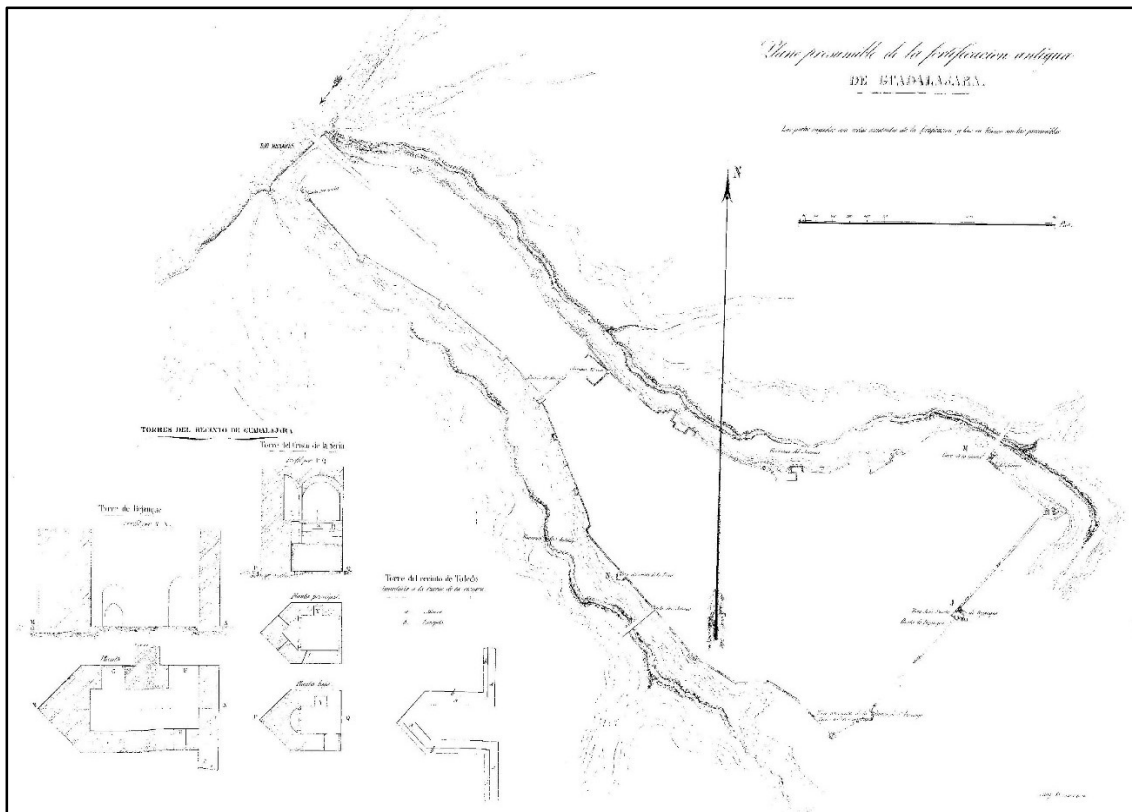
⁷⁰⁴ SOLANO, Javier: *Guadalajara, memoria...* (*op. cit.*), p. 63.

⁷⁰⁵ AMGU-AS, 141586, 19-4-1854.

⁷⁰⁶ ANÓNIMO (Manuel Varela Limia): *Resumen histórico del Arma de Ingenieros*. Madrid, Imprenta Nacional, 1846, p. 199.

⁷⁰⁷ La puerta quedó oculta en una edificación particular que sustituyó al torreón, y fue recuperada por el Ayuntamiento en 1989. SOLANO, Javier: *Guadalajara...* (*op. cit.*), pp. 63-64.

Figura 4.4. La muralla de Guadalajara en 1846



Fuente: Varela Limia (1846).

Sin embargo, la frontera entre la ciudad y sus arrabales pervivía en la mente de algunos habitantes y de la administración de Hacienda, que presionó para conservarla, y aun reedificarla, con el fin de perfeccionar la recaudación de los derechos de puertas, vigentes intermitentemente hasta el Sexenio. El Ayuntamiento se prestó a ello, solo un año después de ordenar la demolición de la puerta del Mercado, al acordar “cerrar sus abenidas (*sic*) exteriores (*sic*)”, estableciendo un nuevo fielato en sus inmediaciones para “proteger la recaudación y hacer conciliable este deber con la comodidad de los vecinos”⁷⁰⁸. En 1847, el intendente de rentas solicitó la restitución de las antiguas puertas y la reedificación de la cerca, pues “son perjudiciales los registros o fielatos de recaudación de derechos de puertas donde hoy se hallan a los intereses de la Hacienda nacional”⁷⁰⁹, y en 1857, la administración de contribuciones anunció la reparación, reforzamiento y fortificación de la muralla en los arrabales del Alamín y el Agua, las Cruces, los barrancos de San Antonio y la Zorra, y los portillos de la calle de los Corralillos, la plazuela de la Antigua y el arco de Santa Ana, fronteros todos ellos con los arrabales populares de la ciudad⁷¹⁰. La obra no se llevó a cabo, pero la simple propuesta

⁷⁰⁸ AMGU-AS, 141579, 27-1-1847.

⁷⁰⁹ AMGU-AS, 141579, 27-1-1847.

⁷¹⁰ BOPG, 11-11-1857.

de restituir la cerca medieval refleja las contradicciones del liberalismo isabelino. Contradicciones particularmente significativas en el campo de los progresistas, que acogieron “con satisfacción”⁷¹¹ la supresión de los derechos de puertas y consumos en diciembre de 1854, y solicitaron su restitución, apoyándose en la “justa demanda” del Ayuntamiento de Lérida en el mismo sentido, en julio de 1855⁷¹². Las tensiones entre la ciudad central y los arrabales arreciaron en ese contexto, siendo frecuentes las solicitudes de los vecinos de los barrios periféricos para que se levantara el toque de queda, fijado a las nueve de la noche⁷¹³.

La contradictoria actitud del Ayuntamiento reflejaba la resistencia de la vieja ciudad y la falta de un planeamiento urbanístico, más allá de las reformas puntuales. Pero no tardaron en aflorar los problemas derivados del crecimiento de la ciudad, y en particular los relacionados con su deficiente abastecimiento de agua, que dependía del manantial de Santa Ana⁷¹⁴. Desde mediados de la década de 1840 se multiplicaron las solicitudes de los vecinos del casco en demanda de obras de canalización de agua para sus casas, que se sumaban a las ya realizadas por los ingenieros en julio de 1841. En agosto de ese mismo año, Lorenzo Álvarez de Ron y Manuel Pablo Sáenz, solicitaron que se les permitiera tomar agua para sus casas de la cañería de la calle Mayor⁷¹⁵. Álvarez de Ron, que era arquitecto, y Sáenz, comerciante, solicitaban agua para su consumo doméstico, lo que refleja el alcance de la difusión de nuevas pautas de higiene personal, propias de la cultura burguesa⁷¹⁶. El volumen de solicitudes llevó al concejal José Domingo de Udaeta, en 1848, a proponer la formación de un proyecto de administración de aguas⁷¹⁷, que cristalizó en la reforma del sistema de alcantarillado. El abasto hídrico, sin embargo, no quedaba resuelto con la medida, y en 1852, el Consistorio solicitó al Cabildo eclesiástico la cesión de la fuente del suprimido colegio de Carmelitas Descalzos, emprendiendo una lucha que se prolongó durante años⁷¹⁸.

Los problemas de salubridad pública estaban a la orden del día, y ello preocupaba a un sector de la vecindad, que reclamaba una mayor limpieza viaria. En junio de 1841, un periódico local señalaba que

no estaría de más en nuestro concepto que al tiempo que se hace bien el empedrado de las calles se hiciesen también unas aceras, a lo cual podría obligarse a los dueños de las casas, pues es muy justo que todos contribuyan al ornato y embellecimiento de esta capital. También nos parece del caso exigir (*sic*) de estos propietarios que laven un poco la cara a las fachadas de las casas pues el que entre la población juzgará muy mal de ella por el aspecto tan triste y sucio que aquellas presentan. Con estas reformitas, el aumento de

⁷¹¹ AMGU-AS, 141586, 31-12-1854.

⁷¹² AMGU-AS, 141587, 7-7-1855.

⁷¹³ Un ejemplo, en AMGU-AS, 141580, 31-5-1848.

⁷¹⁴ LÓPEZ CORTIJO, José: *Topografía médica...* (*op. cit.*), p. 38.

⁷¹⁵ AMGU-AS, 141573, 11-8-1841.

⁷¹⁶ CRUZ VALENCIANO, Jesús: *El surgimiento de la cultura burguesa...* (*op. cit.*), p. 345.

⁷¹⁷ AMGU-AS, 141580, 15-5-1848.

⁷¹⁸ AMGU-AS, 141584, 18-11-1852.

algunos faroles y la extinción de los albañales que salen a la calle y que producen un olor fétido e incómodo a la par que insalubre, Guadalajara ganaría mucho y el Ayuntamiento se adquiriría el agradecimiento y estimación de sus conciudadanos. Acaso nos dirán que bien se receta sobre bolsillo ageno (*sic*); pero además de que nos parece que el del Ilustre Ayuntamiento no está tan exhausto como otras veces, vemos que las cosas se hacen cuando se quieren hacer, y que la voluntad es lo primero, y prueba de ello es la reedificación o construcción del teatro que se va a emprender y el paseo con su correspondiente fuente que se ha formado ya enfrente del cuartel de Zapadores⁷¹⁹.

Pero el Ayuntamiento se limitó a emprender medidas puntuales, que evidenciaban su escasa sensibilidad ante los problemas de salubridad que afectaban a la ciudad. Tampoco la elite local se mostró demasiado propicia a resolverlo, como se refleja en la creación del servicio de recogida de basuras, creado en 1845. En enero de ese año, el jefe político apercibió al Ayuntamiento de la necesidad de crear un servicio de limpieza⁷²⁰. El Consistorio se limitó a convocar a los labradores y hortelanos “para ver si quieren encargarse de hacer aquel servicio, quedándose con el aprovechamiento de las basuras”⁷²¹. Ningún labrador se presentó voluntariamente, y la subasta celebrada al efecto quedó desierta.

A estos problemas se sumaban los derivados de la tensión entre los nuevos usos que el Ayuntamiento pretendía dar al espacio público y la resistencia de los habitantes de la ciudad en defensa de su economía moral. El caso de los vendedores ambulantes es muy significativo al respecto. En 1841, la corporación municipal decidió trasladar el comercio de cereales a la plazuela de San Ginés, “con el fin de no involucrar la venta de los diferentes artículos que se presentan en los mercados de esta capital, ínterin se plantea la Plaza proyectada al efecto”, y en mayo, fueron expulsados los hortelanos. Estos protestaron, con el fin de que se les dejara vender sus productos en los “puestos que hoy ocupan”, y en junio, finalmente, la comisión acordó asignar 19 puestos fijos en la plaza mediante una subasta, en la que se produjeron “ciertos desórdenes”, que obligaron a suspender el acto⁷²². La incapacidad del Ayuntamiento para controlar el comercio ambulante y callejero era patente a finales de la década de 1840. En 1847, el comisario de protección y seguridad pública de la ciudad solicitó crear la figura de un fiel contraste, “dirigido a manifestar los abusos que se cometen por el mal peso y medida de los artículos puestos al comercio”⁷²³.

La ineficacia de la regulación era particularmente significativa en el control de la venta de mercancías como la carne, cuyos vendedores sorteaban frecuentemente la vigilancia de los inspectores y contrastes. En 1853 se denegó la petición de los tratantes en tocino para que se les relevara del reconocimiento de sus productos por el inspector de

⁷¹⁹ *El Lucero Alcarreño*, 18-6-1841.

⁷²⁰ AMGU-AS, 141577, 5-1-1845.

⁷²¹ AMGU-AS, 141577, 15-2-1845.

⁷²² AMGU-AS, 141573, 22-5-1841, 30-6-1841, 9-7-1841.

⁷²³ AMGU-AS, 141579, 13-1-1847.

carnes, y la solicitud del portero del matadero para que se le “permita continuar exigiendo seis mrs. de cada puesto de tocino ya sea en parajes públicos de la población o dentro de sus casas a los espendedores (*sic*) según es costumbre”, permitiéndole cobrar esa cantidad “a los puestos en la plaza o sitios públicos (...) [pero] prohibiéndole hacerlo de los que venden en sus casas el Tocino por cuanto a estos tampoco se les exige ni puede pedírseles por razón de tabla”⁷²⁴. En abril de 1854, el inspector de carnes solicitaba que “se estienda (*sic*) la visita a las demás que no se degüellan en el matadero público de ciudad y pescados frescos”⁷²⁵. Estos casos reflejan el fracaso del Ayuntamiento en su afán por regular el mercado y, al mismo tiempo, apropiarse del centro neurálgico de la ciudad, de acuerdo con una lógica espacial racional y moderna, aunque invocara con frecuencia el derecho de la costumbre y la economía moral de compradores y vendedores.

Las medidas adoptadas durante la Década moderada resultaron parciales, y a todas luces insuficientes, para resolver los problemas de movilidad, abastecimiento de agua y evacuación, propiciar un efectivo control sobre el espacio público, reducir las tensiones entre el casco y los arrabales, e incluso dar a la ciudad un tono más presentable. En julio de 1847, el jefe político, Pedro Alcántara García de Zúñiga, reclamó ante el Ayuntamiento “la necesidad imperiosa de llevar a efecto ciertas determinadas mejoras que reclama esta población, entre otras la construcción de aceras en la calle Mayor y blanqueo general de fachadas de las casas”⁷²⁶. El consistorio diseñó entonces un *Proyecto General de mejoras de policía urbana, aseo y salubridad*, que se debatió y aprobó el 4 de febrero de 1854. El proyecto trataba de responder a los retos que la ciudad tenía planteados, mediante la adopción de un modelo de reforma interior, pergeñada por la Real Orden circular del Ministerio de la Gobernación de 25 de julio de 1846, sobre levantamiento de planos geométricos, y de la circular de 20 de febrero de 1848, que obligaba a su confección a los Ayuntamientos de capitales de provincia y localidades de “crecido vecindario”⁷²⁷. El nuevo marco legislativo asimiló las reformas de alineación y vialidad urbana con el desarrollo de las obras públicas generales⁷²⁸, e impulsó la transformación de las viejas ciudades y sus abigarrados callejeros medievales, de acuerdo con el horizonte racionalista e higienista del urbanismo decimonónico⁷²⁹.

El contenido literal del proyecto no se conserva, pero sí su espíritu, y algunas de sus medidas más destacadas, recogidas en el debate que tuvo lugar en el pleno del Ayuntamiento. Entre ellas se encontraban la construcción de una nueva canalización de

⁷²⁴ AMGU-AS, 141585, 22-10-1853.

⁷²⁵ AMGU-AS, 141586, 8-4-1854.

⁷²⁶ AMGU-AS, 141579, 7-7-1847.

⁷²⁷ *Gaceta de Madrid*, 22-2-1848.

⁷²⁸ GÓMEZ MENDOZA, Josefina: “La ciudad: teoría y prácticas en la construcción de la ciudad burguesa”, en SILVA, Manuel (coord.): *Técnica e ingeniería en España (6): El Ochocientos: de los lenguajes al patrimonio*. Zaragoza, Real Academia de Ingeniería, Institución Fernando el Católico, Pressas Universitarias de Zaragoza, 2011, pp. 746.

⁷²⁹ FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: “Los marcos de vida (1): el crecimiento de las ciudades”, en JOVER ZAMORA, José María (dir.): *Historia de España... (op. cit.)*, XXXIII, 1997, pp. 547-550.

aguas, previa solicitud del caudal de los Carmelitas al Estado, su nuevo propietario, y al propio tiempo, la ampliación de la red de alcantarillado. También se trataba de racionalizar el tráfico mediante el cierre con guardacantones de algunos espacios, como la plazuela de Beladiez, para protegerla del “tránsito de carruajes por aquel punto en épocas determinadas”. Por otro lado, se planteó concentrar el comercio ambulante mediante la construcción de una plaza de mercado diario en el solar y corral de Clavijo, en la plazuela de San Esteban, situada en el casco, pero a relativa distancia de la plaza Mayor. Así mismo, el plan preveía el cambio de denominación de algunas calles, que conservaban los nombres de los antiguos arrabales medievales o de las parroquias y conventos que habían estado enclavados en ellos. Finalmente, se planteaba la construcción “urgentísima” de un gran paseo en las Eras grandes, situadas en el límite entre la ciudad vieja y los arrabales extramuros del Amparo y el Agua, llamado paseo la Concordia, “en testimonio de la que felizmente reina en esta Muy Noble y Muy Leal ciudad”⁷³⁰. Para la ejecución de las obras se estableció un presupuesto de 400.000 reales, lo que obligaba a la corporación a vender algunos bienes de propios. La urgencia del proyecto quedó patente en la sesión del 4 de febrero:

La índole especial de las obras proyectadas en dicho paseo, como igualmente la falta de tiempo no permite se instruya expediente para su ejecución por medio de subasta, siendo además muy atendible la necesidad apremiante de dar ocupación a muchos jornaleros, que en la actualidad carecen de los medios precisos para su alimento y el de sus familias, tanto más sensible teniendo presente la carestía del pan y otros artículos de subsistencias que hoy se experimenta en esta ciudad, objeto principal en que se ha fijado esta corporación para promover las obras públicas que estén a su alcance, fundada en tan poderosas razones, acuerda se solicite la superior autorización del Sr. Gobernador Civil de esta provincia⁷³¹.

La construcción del parque se topó con algunas resistencias. Varios días después de la aprobación del proyecto, el Obispado de Alcalá de Henares mostraba su disconformidad por la ocupación de los terrenos de su propiedad en las eras⁷³², lo mismo que algunos otros propietarios de la ciudad, que “solicitan se repongan aquellas al ser y estado que antes tenían con resarcimiento de daños y perjuicios”⁷³³. En realidad, las eras ya habían perdido su uso original en 1848, cuando el Ayuntamiento prohibió en ellas las labores de trilla⁷³⁴, con la voluntad de modificar su uso agrícola. La ubicación del parque y el nombre elegido para ello sugieren que su construcción respondía seguramente al intento de dotar a los arrabales periféricos de un espacio de esparcimiento a la manera burguesa, estrategia habitual en las ciudades decimonónicas destinada a ejercer un control más exhaustivo sobre el ocio popular, pues como observó Ildefonso Cerdá,

⁷³⁰ AMGU-AS, 141586, 4-2-1854.

⁷³¹ AMGU-AS, 141586, 4-2-1854.

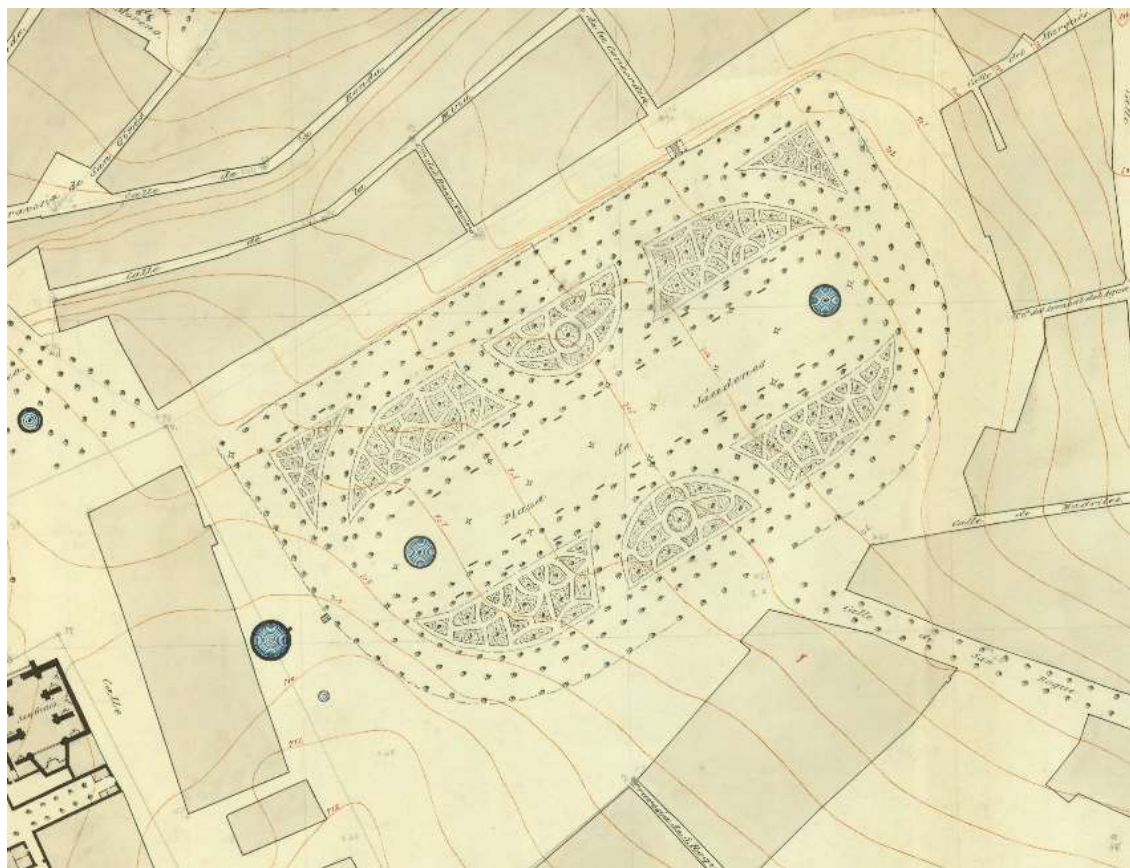
⁷³² AMGU-AS, 141586, 15-3-1854.

⁷³³ AMGU-AS, 141586, 15-3-1854.

⁷³⁴ SOLANO, Javier: *Guadalajara...* (op. cit.), p. 66.

Los ricos se van a sus cármenes, torres o casas de campo donde tienen todo el espacio de jardines o campos que necesitan para su recreo, pero los pobres y aun la clase media que sienten la misma necesidad de expansión y que carecen de este recurso, salen también al campo y se deja entender que desde el momento que se separan de los caminos, de las barrancadas o demás sitios del dominio público, han de esparramarse (*sic*) por los campos cometiendo una invasión de propiedad⁷³⁵.

Figura 4.5. Plano del parque de la Concordia (1880)



Fuente: Plano de Ibáñez de Íbero (IGN, 1880).

En el siglo XIX, los jardines cambiaron su uso como espacio de exhibición del estatus entre la nobleza, para convertirse en un “paraíso abierto para todos”⁷³⁶. El jardín decimonónico se configuró entonces de acuerdo con una triple finalidad, funcional, higienista y segregadora. Los parques, esa suerte de heterotopía feliz, a juicio de

⁷³⁵ CERDÁ, Ildefonso: *Teoría de la viabilidad urbana. Reforma de la de Madrid. Estudios hechos por el ingeniero Ildefonso Cerdá, autorizada por R. O. de 6 de febrero de 1860*. Madrid, 1891. Cit. en GÓMEZ MENDOZA, Josefina: *El gobierno de la naturaleza en la ciudad. Ornato y ambientalismo en el Madrid decimonónico*. Madrid, Real Academia de la Historia, 2003, p. 96.

⁷³⁶ CAPEL, Horacio: *La morfología...* (*op. cit.*), p. 295.

Foucault⁷³⁷, representaban, sin embargo, una forma de *rational recreation* y diversión regulada para evitar las distorsiones, identificadas con la ebriedad y las reyertas, un instrumento de control social, y una forma de política de la visualidad del poder de la capital, una aspiración que quedaba satisfecha por la misma extensión del parque. Por aquellos mismos años se estaba remodelando en París el Bois de Boulogne, el Bois de Vincennes, los Campos Elíseos y el Parc Monceau, en el marco del plan Haussmann, y en Madrid se había ajardinado la plaza de Oriente. El ingeniero militar Ángel Rodríguez de Arriquiría se inspiró en este último para diseñar el parque de la Concordia⁷³⁸, siguiendo un modelo ecléctico, que combinaba el clásico racionalismo francés y el modelo irregular británico, cada vez más difundido en la España isabelina⁷³⁹. La construcción del parque en una zona periférica de la ciudad, en el antiguo emplazamiento de las eras, que era uno de los lugares de esparcimiento de la población, sugiere que el Ayuntamiento trataba de nuevo de disciplinar el ocio de los arrabales y desplazarlo desde sus escenarios periféricos hacia el interior de la ciudad.

El cambio de uso de las eras, el intento de apartar a la población de los montes y la construcción de un gran parque dentro de la ciudad reflejan el despliegue de una nueva ecología urbana, tendente a modificar los usos tradicionales del medioambiente de la ciudad y del tipo de relaciones sociales que se daban en él, que prefiguró la privatización de los montes de propios, consumada en los procesos desamortizadores. Los montes del Municipio, como se vio, eran una constante fuente de problemas para el consistorio, derivados del choque entre la economía moral plebeya y la propiedad privada capitalista, pues en ellos se producían frecuentes enfrentamientos entre los cazadores recreativos, los leñadores mayoristas que arrendaban algunos cuarteles, los ganaderos que aspiraban al mantenimiento de las servidumbres de paso mesteñas y la población jornalera, para la que el monte seguía siendo una importante fuente de recursos, como la leña, los frutos y la caza. La construcción de la Concordia contribuyó a aliviar ese problema de la agenda del Ayuntamiento, pues su construcción se financió mediante la venta de algunos de sus montes, y al propio tiempo paliaba parcialmente la falta de trabajo. El parque, de hecho, tomaba el nombre con el que se designaba en la ciudad el acuerdo formado en 1741 y renovado en 1847 entre los ganaderos, que aspiraban a mantener sus servidumbres de paso, y los arrendatarios dedicados al carboneo. Con la construcción la Concordia, culminaba el proceso de resignificación del espacio público urbano, que había comenzado, precisamente, con el arbolado de las plazas.

Con la llegada de los progresistas al poder también parecieron quedar resueltos los problemas relacionados con el abastecimiento de agua. En abril de 1854, el Estado concedió al Ayuntamiento el disfrute de las aguas del viejo colegio de Carmelitas, por intercesión del diputado por Brihuega, Luis María Pastor, pues era “de urgente necesidad el abastecer de agua potable a esta población, cuya notable escasez amenaza a un conflicto

⁷³⁷ FOUCAULT, Michel: “Espacios diferentes” (art. cit.), p. .

⁷³⁸ SOLANO, Javier: *Guadalajara...* (op. cit.), pp. 295-338.

⁷³⁹ CAPEL, Horacio: *La morfología...* (op. cit.), p. 295.

en la estación actual”⁷⁴⁰. El manantial sirvió para aumentar el abasto de los vecinos de los arrabales, aunque no totalmente, pues según se refleja en las peticiones de los vecinos, continuaban presentando graves problemas de abastecimiento y salubridad⁷⁴¹. Las resistencias de la vieja ciudad fueron cediendo, porque el descontento de los arrabales iba en aumento, y en 1862, el Ayuntamiento tuvo que reformar las conducciones existentes y extender la canalización a diversos puntos de la ciudad, incluidos los arrabales del Amparo y el Agua.

Figura 4.6. Proyecto de traída de aguas (1862)



Fuente: AMGU, 403969.

Con el nuevo sistema de abastecimiento de agua, más las reformas emprendidas en las dos décadas anteriores, se habían satisfecho, en parte, las demandas de quienes aspiraban a ver reflejado en el espacio urbano la dignidad capitalina de la ciudad. El Ayuntamiento y los demás actores implicados (contratistas, arquitectos, ingenieros) habían adecuado las condiciones físicas de la ciudad a las necesidades planteadas por la burguesía, de acuerdo con un criterio moralizante, propagandístico, higienista y segregador. Sin embargo, los reformadores no abordaron los problemas que arrastraban algunas zonas de la ciudad, y especialmente los arrabales, donde eran evidentes las

⁷⁴⁰ AMGU-AS, 141586, 29-4-1854.

⁷⁴¹ AMGU-AS, 141588, 16-2-1856.

deficientes condiciones de salubridad y el acceso a la vivienda por parte de las clases populares. Tras el triunfo de la Gloriosa, los sucesivos Ayuntamientos del Sexenio trataron de paliar estos problemas. Una de las primeras medidas adoptadas por el Consistorio, en noviembre de 1868, fue la creación de una sección de bomberos⁷⁴², a la que siguieron la reparación de la alcantarilla que comunicaba la calle San Bartolomé, una calle secundaria del casco, con la general de la calle Mayor⁷⁴³. En las reformas emprendidas, se notaba un marcado interés del concejo por “dar ocupación a la clase jornalera, ínterin se la procura por sí misma con las labores (*sic*) del campo”⁷⁴⁴.

Así, el Ayuntamiento emprendió una profunda reforma de los caminos exteriores de la ciudad y reivindicó el inmediato cumplimiento de las órdenes que suprimían los conventos del Carmen y San Bernardo y su cesión al Ayuntamiento⁷⁴⁵. Tampoco le tembló la mano a la corporación cuando ordenó el derribo de la iglesia de San Esteban, para ensanchar la plaza contigua⁷⁴⁶, una medida que justificó por las necesidades de la circulación. Esta medida privó a la ciudad de uno de sus edificios más emblemáticos, aunque en este caso, se trataba de una plaza situada a espaldas de los espacios del poder político que usaban frecuentemente los vecinos. Las medidas de reforma señalaban un evidente cambio de actitud por parte del nuevo Ayuntamiento, que ya no invocaba las necesidades de ornato, sino la pura racionalidad, reflejo de su liberalismo utilitarista, pero también de su mayor sensibilidad hacia las necesidades de los anhelos populares. Y es que cada vez eran más las solicitudes de los vecinos de las rondas y los arrabales a cuenta de los problemas de salubridad y falta de equipamientos. En 1873, varios vecinos de la calle Jádenes, se dirigieron al Ayuntamiento, “quejándose del mal efecto que les produce los muladares y vertederos establecidos contiguos a dicho punto, así como el estado intransitable en que se encuentra la espresada (*sic*) calle por los muchos baches y grandes lodazales que contiene solicitando por consecuencia se provea a su pronto remedio”⁷⁴⁷.

Los ayuntamientos del Sexenio se emplearon a fondo en la fiscalización de la labor de los empleados municipales encargados del funcionamiento de los servicios. Así, en enero de 1873 se creó el cargo de director facultativo de arbolado de los paseos y caminos públicos, que recayó en Francisco Pérez Azcárraga, perito agrónomo⁷⁴⁸. En marzo de ese año, el concejal Pedro Díaz Cuesta denunció al contratista del servicio de alumbrado, Manuel Cañizares, por insubordinación, ya que no encendió los faroles el día 9, a pesar de que el cielo estaba cubierto y de que Cuesta se lo requirió, mientras el contratista, “con el mayor descaro se negó a efectuarlo”⁷⁴⁹. La voluntad del Consistorio, sin embargo, hubo de toparse con sus dificultades financieras y con la inestabilidad

⁷⁴² AMGU-AS, 141600, 3-11-1868.

⁷⁴³ AMGU-AS, 141600, 28-11-1868.

⁷⁴⁴ AMGU-AS, 141601, 6-1-1869.

⁷⁴⁵ AMGU-AS, 141601, 9-1-1869.

⁷⁴⁶ SOLANO, Javier: *Guadalajara...* (*op. cit.*), p. 83.

⁷⁴⁷ AMGU-AS, 141605, 18-1-1873.

⁷⁴⁸ AMGU-AS, 141605, 4-1-1873.

⁷⁴⁹ AMGU-AS, 141605, 15-3-1873.

institucional de aquellos años. Pronto se desencadenaron nuevas necesidades, pues la ciudad vio desbordada su capacidad de acogida como consecuencia de la creciente afluencia de inmigrantes.

4.3. El desbordamiento de la ciudad medieval: apropiación espacial y racionalización urbanística en la Restauración

En noviembre de 1877, el Ayuntamiento recibió una comunicación del comandante de la Academia de Ingenieros, en la que informaba de “la escasez de casas que se siente en esta Ciudad para hospedaje de Alumnos de la Academia de Ingenieros y para varias familias de estos que desean vivir en esta población”. El responsable del establecimiento castrense advirtió al Concejo de que, si no tomaba cartas en el asunto, la Academia podía abandonar su emplazamiento, algo que “desearía evitar a toda costa por la predilección que tiene a esta Ciudad”. El Ayuntamiento respondió que “hace ya tiempo se escitó (*sic*) a los dueños de casas inhabitables y solares yermos a que edifiquen estos y habiten aquellas para aumentar el número de viviendas en esta Ciudad, en cuya escitación (*sic*) insistirá nuevamente el Ayuntamiento”. La corporación acordó reunirse con “todos los dueños de casas y terrenos que se presten a edificar mayor número de viviendas, con objeto de manifestarles la necesidad de que coadyuven al logro de tan interesante asunto”⁷⁵⁰. La falta de viviendas observada por el jefe de los ingenieros reflejaba un problema de mayor calado, pues no afectaba solamente a los alumnos del centro educativo, sino a una población que en poco tiempo había pasado de poco más de 5.000 habitantes a casi 9.000.

El urbanismo del ornato y las alineaciones ni tan siquiera se había planteado este problema antes de 1877, y tampoco entonces lo hizo. Su única respuesta consistió en “excitar” a los propietarios del suelo para que edificaran en sus solares y ampliaran las plantas de sus viviendas, lo que alimentó un modelo de crecimiento basado en la especulación, que terminó densificando aún más el casco, y agravando el problema de la movilidad. Tampoco era una solución novedosa, pues las ordenanzas de edificación de 1875 iban en la misma línea, al decretar en su artículo 524 que

En cuanto a los solares yermos, se excitará a los dueños o representantes por bando del Sr. Alcalde a que edifiquen, citándolos para que acudan dentro del término de cuatro meses y exhibir sus títulos y en el de un año edifiquen la nueva obra y edificio respectivo. Si los dueños no cumplen lo mandado en el término mencionado o si fueran desconocidos, se tasarán los solares por el Arquitecto municipal y por el que nombren las partes, y se venderán en pública subasta⁷⁵¹.

⁷⁵⁰ AMGÚ-AS, 141609, 9-11-1877.

⁷⁵¹ AYUNTAMIENTO DE GUADALAJARA: *Ordenanzas municipales para la ciudad de Guadalajara y su término*. Guadalajara, Establecimiento Tipográfico Provincial, 1881, pp. 83-85.

La inhibición del Ayuntamiento ante el problema de la vivienda contrastaba con su obsesión ornamental. En 1884, volvió a plantearse la reforma de las plazuelas de la Fábrica, Beladiez y Moreno, frente a la Academia, el Gobierno Civil y la Diputación, que el arquitecto municipal, Mariano Medarde, defendía “en razón al mejor efecto que, en primer lugar, ha de producir al que por primera vez llegue a esta población”⁷⁵², y en 1885 se publicó un plan de alineaciones⁷⁵³, que no solo no resolvía el problema del alojamiento, sino que terminó agravando las condiciones de habitabilidad, al densificar todavía más el casco. Al socaire de la desregulación, los propietarios del suelo protagonizaron una masiva apropiación del espacio público a costa de sus callejuelas, que muchos de ellos incorporaron a sus propiedades argumentando los benéficos efectos que, para la comodidad, la salubridad y el ornato produciría su desaparición. El cierre de callejuelas había sido una preocupación permanente para el Ayuntamiento desde el siglo XVII, y especialmente, en el XVIII, de acuerdo con un criterio de salubridad pública y policía urbana, como ocurrió con la callejuela de la Concepción, en 1724, cuando fue cerrada “por evitar la indecencia y sus muchos pecados”⁷⁵⁴. En el siglo XIX se cerraron muchas otras, por motivos de seguridad y ornato, como la de la Soledad, próxima al paseo de las Cruces, en 1867, o la de la plazuela de la Claustro, en 1880. Pero muchas de ellas habían sido abiertas por los vecinos, para facilitar el tránsito, como ocurrió en 1836 con la callejuela del Toro, que unía las calles de San Sebastián y Barrionuevo Alta⁷⁵⁵. El cerramiento de callejuelas representaba, por tanto, un giro en la percepción que los vecinos tenían de la ciudad, pues reflejaba el reemplazo de una concepción del suelo marcada por su valor de uso por otra que daba mayor peso a su valor de cambio⁷⁵⁶, como evidencian algunas de las argumentaciones empleadas para solicitar la privatización de las calles. Así, en 1868, Pedro Regalado Núñez indicaba

Que habiendo adquirido en propiedad un corral situado en la calle del Museo, que linda con una pequeña parte de la antigua callejuela llamada de Pamplona, condenada al público hace muchos años por su estrechez y malas condiciones higiénicas, careciendo en toda su extensión (*sic*) hasta de la tapia de cerramiento con los corrales contiguos, circunstancias que la hacen hallarse convertida en un foco de infección, sin más servicio público del paso de aguas, suplica a V. E. I. que (...) atendida la poca importancia de la expresada callejuela, se digne conceder al recurrente la cesión del pequeño trozo que le linda, en la forma que anteriormente se haya verificado en iguales condiciones, con la obligación además de (...) respetar en todo tiempo la servidumbre del paso espedito (*sic*) de aguas⁷⁵⁷.

⁷⁵² AMGU, Alineaciones, 144755.

⁷⁵³ SOLANO, Javier: *Guadalajara...* (*op. cit.*), p. 92.

⁷⁵⁴ PRADILLO ESTEBAN, Pedro J.: “Una nueva fisonomía urbana de Guadalajara. Sus callejuelas cerradas”, en VV. AA.: *Actas del II Encuentro de Historiadores del Valle del Henares*. Alcalá de Henares, Ayuntamiento, 1990, p. 723.

⁷⁵⁵ *Ibid.*, p. 725.

⁷⁵⁶ LEFEBVRE, Henri: *El derecho a la ciudad...* (*op. cit.*), p. 24.

⁷⁵⁷ AMGU, Alineaciones, 410465.

En otros casos, predominaban los argumentos morales. En 1874, Julián Gil y José Sáez solicitaron el cierre de la callejuela de la Estación, próxima a sus huertas, porque según aseguraban, era un lugar de encuentro de rateros⁷⁵⁸. Uno de los propietarios más beneficiados por este proceso fue José Moya, que en 1875 se apropió de una parte del callejón de Hurones, provocando las protestas de los vecinos aledaños. El conflicto se alargó hasta que, en 1879, los propietarios colindantes llegaron a un acuerdo de venta a Moya de 22 metros cuadrados de terreno. Simultáneamente, Moya había solicitado al Ayuntamiento que se le permitiera apropiarse de una callejuela que salía de la calle Mayor Baja. Los mismos vecinos protestaron, hasta que en 1906 se repartió entre todos ellos⁷⁵⁹. Las ordenanzas municipales de 1875 naturalizaron este proceso, al establecer que “el cerramiento de calles no da ningún derecho sobre las mismas a las fincas o posesiones que las limitan; por lo tanto, ninguna finca tendrá otros derechos que los que tenía antes de proceder al cerramiento”. En el artículo 470, sin embargo, se indicaba que “los terrenos comprendidos en dichas calles cerradas podrá el Ayuntamiento cederlos o enajenarlos, teniendo en cuenta las servidumbres de que gozan”. Al propio tiempo, se abría la puerta a su división, otorgando a cada vecino “la superficie de terreno que a cada propietario corresponde”, en función de la altura de la fachada o tapia de su posesión⁷⁶⁰.

La desregulación llegó al extremo de obliterar el establecimiento de precios públicos para la tasación de los solares, como reconocía el maestro facultativo de obras del Ayuntamiento, Cayetano Hermógenes Palacios, al vecino Quintín Raposo, que los solicitaba, en un proyecto de obras presentado al consistorio:

Careciendo el Municipio del plan general de alineaciones y de todo documento oficial (...), no es posible facilitar la certificación que en esta solicitud se pide. Por no haberse efectuado la división por zonas o cuarteles para la debida y correspondiente apreciación de los terrenos, solares y calles que la población comprende, queda la estimación de los mismos a la consideración de los peritos, quienes con arreglo a la situación, posición, extensión (*sic*) y otras causas que influyen en su valoración, como son ensanche, edificación contigua o de establecimiento público, estiman y tasan lo que a petición de parte o judicialmente se les pide o manda⁷⁶¹.

Con esa actitud, el Ayuntamiento señalaba a los propietarios el camino de la especulación y el crecimiento desenfrenado, aunque, al reconocer que faltaba un plan de ordenación, admitía implícitamente una actitud inhibicionista que pronto tuvo que abandonar a regañadientes. A mediados de la década de 1880, los regidores dictaron pautas edificatorias, emprendieron la alineación de varias calles del interior de la población y se decidieron a elaborar “proyectos de ensanche” parciales en algunos puntos de las afueras de la ciudad. En las ordenanzas municipales quedó regulada la altura

⁷⁵⁸ PRADILLO ESTEBAN, Pedro J.: “Una nueva fisonomía...” (art. cit.), p. 726.

⁷⁵⁹ *Ibid.*, p. 725.

⁷⁶⁰ AYUNTAMIENTO DE GUADALAJARA: *Ordenanzas municipales para la ciudad de Guadalajara y su término*. Guadalajara, Establecimiento Tipográfico Provincial, 1881, pp. 83-85.

⁷⁶¹ AMGU-PO, 769.

máxima de los edificios, que sería de 14,50 metros para las casas de las calles de primer orden (al menos 8 metros de ancho), 11,30 metros de altura para las de segundo orden (de 4 a 8 metros de ancho) y hasta 8 metros en las de tercer orden (hasta 4 metros de ancho). Por otra parte, se urbanizaron algunos barrios situados en las afueras de la población. El primero de ellos fue el del paseo de las Cruces, aquella zona de esparcimiento popular que el Municipio había intentado domesticar, mediante su arbolado y la construcción de una plaza de toros, en 1862. La zona estaba ocupada por tejares y algunas huertas, que pronto fueron reemplazadas por las viviendas unifamiliares de algunos representantes de la elite local, que encontró en su suelo el espacio propicio para alejarse de un casco cada vez más atestado⁷⁶².

También se aprobó la urbanización de otros terrenos junto a las carreteras de Madrid, Zaragoza y Cuenca, a continuación de los arrabales de Cacharrerías, Zaragoza y el Amparo, en los que no tardaron en construirse barrios de casas baratas sin equipamientos para los habitantes más desfavorecidos de la ciudad. Nacía así un modelo de suburbanización en el que los espacios indeseables crecían a distancia de la población, en contraste con Leonia, Trude, Procopia, Cecilia o Penteseilea, las ciudades continuas de Ítalo Calvino que tienden a expandirse fagocitando su entorno. Los nuevos espacios suburbanos, principalmente el barrio de Gil de la Huerta, junto al ventorro de Tetuán, en la carretera de Zaragoza, y el barrio de Elvira, en la estación, se convirtieron así en espacios paradigmáticos de la miseria y la heterodoxia, ciudades escondidas que vivían a espaldas de la ciudad, y que ni siquiera se integraron en los viejos arrabales.

Paralelamente, el Ayuntamiento trató de responder a la creciente presión de algunos sectores de la opinión pública para la reforma de los equipamientos urbanos, que habían quedado obsoletos como consecuencia del crecimiento demográfico experimentado por la ciudad. En 1880 comenzaron nuevas obras para la traída de aguas desde el manantial Fuentes de Torija⁷⁶³. La calidad del agua procedente del nuevo hontanar dejaba mucho que desear, pues aunque de él manaba una “regular” agua potable, no alcanzaba la salubridad del viejo venero de Santa Ana, que había abastecido a la ciudad durante siglos⁷⁶⁴, ni tampoco el del Haza del Carmen. La nueva red de distribución de agua, a pesar de sus deficiencias, se convirtió pronto en el símbolo de la ciudad moderna, junto con la extensión de la luz eléctrica⁷⁶⁵. En 1884, el Ayuntamiento se planteó cambiar el alumbrado de petróleo con que contaba la ciudad por uno eléctrico. La electricidad, tecnología punta de la segunda industrialización, representaba el salto definitivo de la ciudad hacia la modernidad, por lo que el Ayuntamiento acogió favorablemente una propuesta realizada por Osmond Lonergan, representante de la *Anglo-Spanish Brush*

⁷⁶² BOPG, 20-6-1885.

⁷⁶³ AMGU-AS, 141612, 20-2-1880.

⁷⁶⁴ LÓPEZ CORTIJO, José: *Topografía médica...* (op. cit.), p. 41.

⁷⁶⁵ MATÉS-BARCO, Juan Manuel y NOVO LÓPEZ, Pedro A.: “Gestionar la ciudad moderna: la provisión de agua en Bilbao y Madrid” y FERNÁNDEZ-PARADAS, Mercedes y RODRÍGUEZ MARTÍN, Nuria: “El servicio de alumbrado público en Madrid, 1900-1935”, en OTERO CARVAJAL, Luis Enrique y PALLOL TRIGUEROS, Rubén (eds.): *La sociedad urbana...* (op. cit.), pp. 189-228 y 229-247.

Electric Light and Power Company. El Ayuntamiento de Guadalajara solicitó información al de Bilbao, que en esos años estaba iniciando la paulatina instalación de su alumbrado eléctrico⁷⁶⁶, y éste disuadió a su homólogo, que rechazó la propuesta de Lonergan por considerarla demasiado costosa.

En 1887, el industrial Felipe de Mora y Oro presentó al Ayuntamiento una nueva propuesta, que el Consistorio rechazó sistemáticamente, y en 1890, dos particulares, Antonio Esteban y Antonio Pellés, este último conserje de Telégrafos, solicitaron autorización para instalar electricidad de uso particular. El Ayuntamiento autorizó su instalación, y ese mismo año convocó una subasta para la instalación pública de electricidad por 25 años, a la que no concurrieron licitadores. Tras sucesivas ofertas, rechazadas por el Consistorio, en 1896 se constituyó la sociedad Eléctrica de Guadalajara, participada por el conde de Romanones y con sede en Madrid, que firmó el contrato por 50 años⁷⁶⁷. En febrero de 1897, finalmente, se inauguró la nueva red de alumbrado pública, y la compañía comenzó a extenderla a las casas de sus 300 abonados, mayoritariamente residentes en los alrededores de la calle Mayor. El tendido eléctrico fue extendiéndose poco a poco a los barrios del casco y a algunos paseos, como San Roque y las Cruces, pero no a las áreas suburbanas de la ciudad, que quedaron privadas de luz durante la noche.

Los cambios operados en los inicios de la Restauración coincidieron con un diseño más preciso de la ciudad moral, en su dimensión urbanística. En 1877, el Ayuntamiento inició la construcción de aceras, que debían ser sufragadas por los propietarios de las casas contiguas, según las Ordenanzas de 1875. La elección de unas pocas calles para su construcción señalaba la ordenación de los itinerarios urbanos, todos ellos situados en las principales calles del casco, excluyendo ostensiblemente las calles de los arrabales. Fruto de este mismo espíritu moralizante, civilizador, segregador e higienista, en la década de 1880 se proyectaron o construyeron una serie de edificios emblemáticos que tuvieron un significativo papel en la política de la visualidad del poder político, económico y religioso: el palacio de la Diputación, un nuevo Ayuntamiento y, sobre todo, la prisión provincial, el mercado y plaza de abastos aneja y la iglesia de Santo Tomás. El palacio provincial se ubicó en la plaza de Moreno, dando la espalda al palacio del Gobierno Civil. Para la Diputación Provincial, los arquitectos madrileños José Marañón y José de Aspiunza, diseñaron un edificio academicista, que desentonaba en el panorama arquitectónico de la ciudad. El mismo camino siguieron los diferentes arquitectos que se sucedieron al servicio del Ayuntamiento para reformar las Casas Consistoriales, aunque el edificio no llegó a realizarse hasta después de 1905, tras un litigio entre los concejales

⁷⁶⁶ SERRANO ABAD, Susana: “El Bilbao del progreso: gestión municipal y servicios públicos (1876-1920)”, *Historia Contemporánea*, 2015, 52, pp. 139-177.

⁷⁶⁷ MEJÍA ASENSIO, Ángel: “Instalación de la luz eléctrica en Guadalajara”, *Wad-Al-Hayara*, 1990, 17, pp. 95-126.

republicanos del Ayuntamiento y la minoría liberal, que se saldó con la suspensión de aquéllos por un Gobierno en el que figuraba Romanones⁷⁶⁸.

Sí se emprendió, empero, una reforma de la plaza Mayor, consistente en la instalación de arbolado y la promesa de instalar en ella una gran escultura del cardenal Mendoza, que como se vio en el primer capítulo, se había convertido en uno de los referentes histórico del conservadurismo arriacense⁷⁶⁹. La decisión de arbolar la plaza revelaba una vez más la pretensión de la elite liberal y burguesa de apropiarse de uno de los principales espacios de reunión de la ciudad, la plaza Mayor, escenario principal de la protesta y lugar de sociabilidad heterotópico, que había servido incluso como sede del mercado. Pero la monumentalización y embellecimiento de las sedes de los gobiernos provincial y local no solo era una exhibición del poder adquirido por ambas instituciones durante las décadas anteriores, sino que, en el caso del Ayuntamiento, reflejaba implícitamente un intento de realzar el poder de las administraciones estatal y provincial, frente al viejo poder concejil, pues pronto se optó por soluciones estéticas que nada tenían que ver con la tradición arquitectónica local. Mucho más armónicos con la tradición mudéjar hegemónica en la ciudad resultaron los nuevos edificios construidos para albergar la prisión del partido –que, en realidad, funcionó como cárcel provincial–, el mercado de abastos y la iglesia de Santo Tomás. La prisión utilizó un plano cruciforme, a modo de panóptico, la más acabada forma del Estado vigilante⁷⁷⁰. La ubicación elegida para su construcción respondía a una intencionalidad simbólica, porque se situó en el arrabal del Amparo, muy próximo al del Agua. Ambos eran los escenarios habituales de la protesta, y el segundo de ellos, de un motín protagonizado por sus vecinos contra la cárcel del partido en los años cincuenta, lo que refleja la subalternidad de los arrabales en la ordenación del espacio urbano y el intento de borrar de ellos su memoria rebelde⁷⁷¹.

El mercado y plaza de abastos y la iglesia de Santo Tomás, por su parte, se situaban en las inmediaciones de la plazuela de la Antigua, en pleno casco. El mercado, construido de nueva planta, representaba el triunfo definitivo del Ayuntamiento sobre los vendedores ambulantes, cuyas actividades quedaban delimitadas y ordenadas en un espacio cerrado, que uno de los vecinos del arrabal, el periodista Luis Cordavias, calificó de “inexpugnable fortaleza, edificada (...) para prisión de vendedores y mercaderes”⁷⁷². La causa “más principal” para la construcción del mercado era, según argumentaba en la memoria del proyecto su autor, el arquitecto municipal Mariano Medarde, “que las cantidades invertidas en el mercado son reproductivas, constituyendo uno de los recursos con que cuentan los municipios para el levantamiento de sus cargas, pues a la intemperie, las

⁷⁶⁸ El asunto saltó a la prensa nacional, que dedicó una amplia cobertura a la maniobra del gobernador civil, nombrado solo unos días antes de la suspensión de nueve de los once concejales republicanos del consistorio y un liberal. Véanse: *El Imparcial*, 30-7-1902, p. 2; *Las Dominicales*, 8-8-1902.

⁷⁶⁹ *Revista del Ateneo Caracense y Centro Volapükista español*, I, 1-1-1890.

⁷⁷⁰ FOUCAULT, Michel: *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Madrid, Siglo XXI, 2009.

⁷⁷¹ CARDESÍN DÍAZ, José María: “De «Ferrol Urban History» a la «Historia Urbana de Galicia»: explorando la relación entre memoria, imagen y espacio urbano a través de la Web”, *Historia contemporánea*, 39 (2009), pp. 403-432.

⁷⁷² *Flores y Abejas*, 1-1-1900.

cuotas de ésta se aumentan en razón de las comodidades y disminución de molestias del vendedor”⁷⁷³. La iglesia de Santo Tomé, mudéjar del siglo XIV, fue remodelada por el propio Medarde. En ella se localizaba la imagen de la Virgen de la Antigua, que, por esos años fue designada patrona de la ciudad. Los tres edificios utilizaban el estilo neomudéjar, que en su versión original era el de la mayor parte de edificios medievales de la ciudad. La reelaboración del estilo, que pronto se convirtió en la seña de identidad de la arquitectura arriacense, era la expresión de una política de la visualidad mucho más sutil y evocadora que la que habían empleado los primeros planificadores del espacio urbano en la década de 1840, y un indicio de una identidad local nueva, asentada en la invención de la tradición de la que antes había renegado.

4.4. La producción del espacio residencial: especulación y domesticidad

Las reformas urbanísticas prefiguraron un modelo de ciudad monumentalizada más preocupada por la visualidad y el ornato que por la funcionalidad y habitabilidad del espacio urbano. Ello fue posible mientras la vieja ciudad medieval fue capaz de acoger en su vaciado caserío a un volumen de población que crecía a un ritmo moderado. Pero, a partir de 1870 se hicieron patentes los problemas de hacinamiento, derivados tanto de la intensificación de los intercambios de población entre los pueblos de la provincia y la capital, como de la afluencia de población militar y de sus familias, que, en muchos casos, acompañaban a los cadetes de la Academia o a los huérfanos de militares de los colegios del Ministerio de la Guerra. En el contexto anterior a esa coyuntura, el Ayuntamiento había optado por la reforma interior, muy limitada al aumento de la altura de los edificios y la tímida rectificación de los solares del casco. La espacialidad sustentada en las alineaciones parciales únicamente sirvió para reconfigurar los espacios públicos emblemáticos, al tiempo que, so pretexto de racionalizar el vetusto callejero y eliminar los focos de inmundicia, los propietarios del suelo protagonizaron un proceso de apropiación del espacio público, al anexionar a sus casas numerosas callejuelas. La producción del espacio, en consecuencia, se limitó a la ampliación de la altura de los edificios, lo que densificó aún más el casco e impidió el anhelado desahogo del viario, que salvo por la realización de reformas parciales, continuó siendo un enmarañado laberinto de calles angostas, intransitables y mal ventiladas⁷⁷⁴.

El crecimiento demográfico experimentado por la ciudad desde finales de los años sesenta, sin embargo, exigía la edificación fuera del centro urbano. Se desató entonces una fiebre constructiva que amplió el perímetro de la ciudad, prefiguró una nueva

⁷⁷³ BALDELLOU, Miguel Ángel: *Tradición y cambio...* (op. cit.), p. 250.

⁷⁷⁴ Sobre las limitaciones de las reformas interiores en el siglo XIX y su desarrollo en el primer tercio del XX, véase: BEASCOECHEA GANGOITI, José María, DE MIGUEL SALANOVA, Santiago y DANTAS, George A. F. “Reforma urbana y opinión pública, Madrid y Bilbao, 1900-1936”, en OTERO CARVAJAL, Luis Enrique y PALLOL TRIGUEROS, Rubén (eds.), *La ciudad moderna: sociedad y cultura en España, 1900-1936*. Madrid, Catarata, 2018, pp. 205-226.

diferenciación espacial, y convirtió el sector inmobiliario en uno de los principales motores del mercado de trabajo, una de las más rentables vías de acumulación capitalista para los propietarios del suelo y una importante fuente de reproducción social y patrimonial para arquitectos, maestros de obras, promotores y albañiles-promotores⁷⁷⁵. Las primeras transformaciones operadas en el paisaje residencial de la ciudad se limitaron a la adaptación del perímetro de las viviendas al trazado viario diseñado por las alineaciones, las reedificaciones de los edificios ruinosos y la alteración del aspecto exterior de las viviendas del casco. La comedida intervención urbanística, en los cincuenta y los sesenta, evidencia las limitaciones identitarias y económicas de una medianía modesta, muy alejada de la opulenta burguesía industrial y financiera de las grandes ciudades⁷⁷⁶. Un buen ejemplo es la reforma proyectada por el confitero Silverio Suárez en 1862 para la reedificación de su casa y comercio de la plazuela de San Gil. El maestro de obras responsable del proyecto, Cayetano Hermógenes Palacios, diseñó una vivienda de tres plantas con una sencilla fachada, dando todo el protagonismo al local de la confitería, mediante la colocación de unas sencillas columnas de orden toscano y unas cristalerías. A pesar de su altura, la casa es un ejemplo de vivienda unifamiliar, pues aunque el proyecto de alzado no se acompañaba de un plano con la distribución interior, fue ocupada en su totalidad por la numerosa familia de Suárez, formada por él, su esposa, sus siete hijos, un dependiente y dos sirvientas⁷⁷⁷. La moderada alteración del caserío existente se explica por varias causas. La primera es que la inmigración no era todavía suficientemente intensa como para forzar a los propietarios a ampliar el parque inmobiliario. Tampoco la élite local necesitaba renovar sus viviendas, en muchos casos reconstruidas tras la Guerra de la Independencia o construidas de nueva obra sobre los solares de las casas y conventos adquiridos tras la Desamortización. La emergente burguesía comercial, por su parte, carecía todavía de suficiente lustre como para levantar las imponentes mansiones que en otras ciudades erigieron los elementos más conspicuos de la gran burguesía, como Madrid⁷⁷⁸ o Bilbao⁷⁷⁹.

Las escasas intervenciones en el ámbito de las viviendas burguesas del casco contrastan con la densificación y alteración de la fisonomía residencial de las rondas, en las que empezaron a prefigurarse las características de la ola especulativa de finales de los años setenta y principios de los ochenta. Las nuevas viviendas de las rondas

⁷⁷⁵ El proceso ha sido estudiado en las grandes ciudades, como Madrid o Barcelona. Para el caso de Madrid, véanse: BAHAMONDE MAGRO, Ángel y TORO MÉRIDA, Julián: *Burguesía, especulación y cuestión social...* (op. cit.); PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El Ensanche Norte...* (op. cit.); VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche Sur...* (op. cit.); CARBALLO BARRAL, Borja: *El Ensanche Este...* (op. cit.); DE MIGUEL SALANOVA, Santiago: *Madrid, sinfonía...* (op. cit.); DÍAZ SIMÓN, Luis: *Los barrios bajos...* (op. cit.); DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*. Madrid, Siglo XXI, 1987. En cuanto a Barcelona: TATJER MIR, Mercedes: *Burgueses, inquilinos y rentistas. Mercado inmobiliario, propiedad y morfología en el centro histórico de Barcelona: la Barceloneta, 1753-1982*. Madrid, CSIC, 1988.

⁷⁷⁶ BASURTO, Nieves y PACHO, María Jesús: “Ascenso social y espacio doméstico en Bilbao. La arquitectura como escenografía del poder”, *Historia Contemporánea*, 2010, 39, pp. 481-512.

⁷⁷⁷ AMGU-HE, 141601, 1869.

⁷⁷⁸ DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales...* (op. cit.).

⁷⁷⁹ BASURTO, Nieves y PACHO, María Jesús: “Ascenso social y espacio doméstico...” (art. cit.).

incrementaron su altura y multiplicaron su espacio interior, mediante la división de las viviendas de las plantas superiores y la proliferación de buhardillas y sotabancos. En la plazuela de la Antigua, el albañil Quintín Raposo solicitó licencia para construir una casa de vecindad en un solar de su propiedad, en 1864. El arquitecto, Tomás Sánchez, diseñó una casa de dos plantas que permitía vislumbrar la segregación vertical que caracterizaba a los edificios de vecindad. Por su parte, Julián Pajares solicitó permiso en 1870 para edificar una vivienda en un antiguo pajar, situado en la *plaza* de Jáudenes. El Ayuntamiento ordenó al promotor detener las obras por construir un sotabanco que no figuraba en la solicitud de licencia. Pajares argumentó

Que al edificar dicha casa creyó que sin faltar al plano presentado al Ayuntamiento podía levantar en la segunda crujida (*sic*) un sotabanco para dar luces y ventilación a sus cámaras, como han hecho no ha mucho tiempo en la plaza Mayor D. Isidro Sáez, en la plazuela de la Antigua (...) D. Quintín Raposo, en la calle Mayor la casa donde está la botica de D. José Pascual, en la calle Madrid, la de D. Santos Calleja (...) y otras varias que sería prolijo enumerar.

Julián Pajares y Quintín Raposo eran dos trabajadores de origen modesto que recurrieron ocasionalmente a la construcción para complementar los ingresos que obtenían a través de otras actividades principales. Pajares, nacido en 1816, era un escribiente del arrabal del Amparo dedicado desde la década de los sesenta a la especulación de granos y carbón. El mercado inmobiliario representaba un ingreso seguro, que compensaba la incertidumbre de sus negocios, y un signo de estatus, como sugiere su forma de autorrepresentarse como *propietario*, a pesar de que la contribución que satisfacía superaba por poco las 100 pesetas en 1884⁷⁸⁰. Raposo, vecino del arrabal del Amparo, como Pajares, era uno de los numerosos carpinteros que compensaron la crisis de su oficio mediante el negocio de la construcción. La promoción inmobiliaria fue ocasional, seguramente resultado de alguna oportunidad de negocio, como otras que surgieron a lo largo de su vida, un negocio poco arriesgado, que si no sirvió para que dejara su taller de carpintero, fue el primer paso de su reproducción social⁷⁸¹. El carpintero del Amparo abrió con el tiempo una fábrica de teja y ladrillo y, a partir de 1880, se dedicó a la ejecución de obras públicas gracias a las contratas que obtuvo de la Diputación Provincial, a la que proveía frecuentemente de materiales de construcción. También realizó obras de alcantarillado para el Ayuntamiento de la capital⁷⁸², en el que llegó a ser concejal federal en 1873, y uno de sus principales dirigentes locales⁷⁸³.

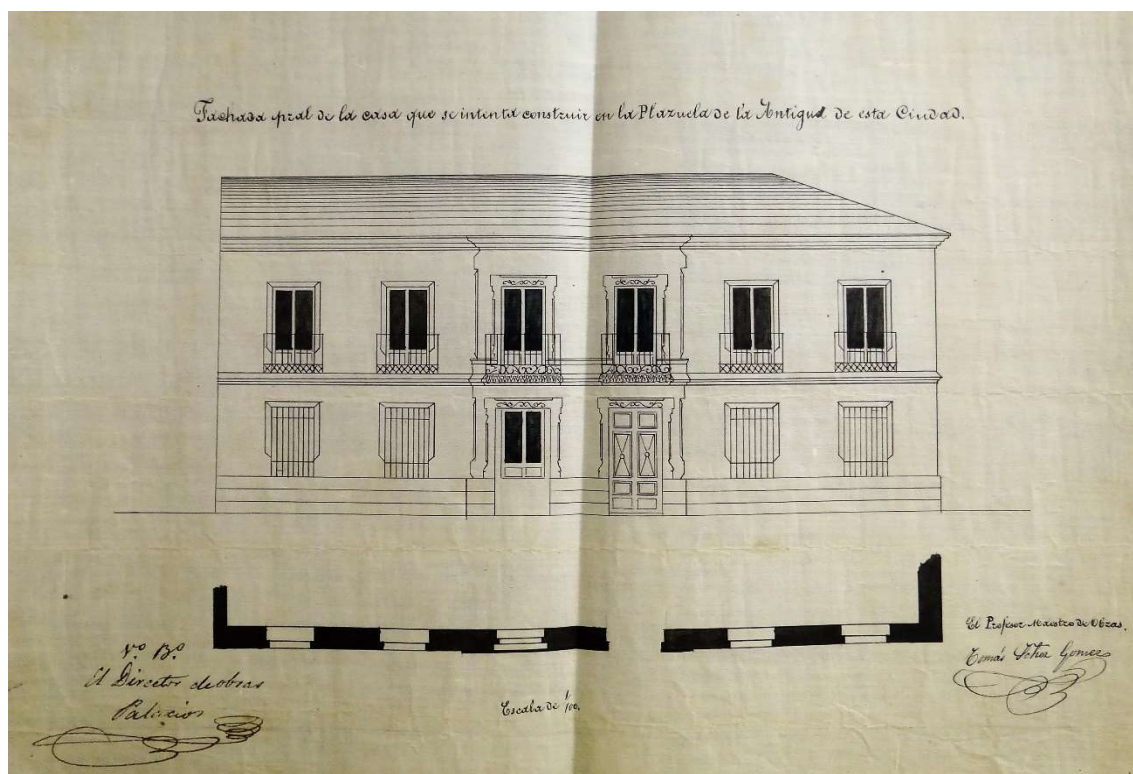
⁷⁸⁰ La trayectoria de Julián Pajares ha sido reconstruida a través de la matrícula de comerciantes de 1864 (*BOPG*, 4-1-1864) y de la lista cobratoria de la contribución industrial de 1883-1884, AMGU-CI, 135814, 1884.

⁷⁸¹ En 1891 volvió a presentar una solicitud de obras para construir una casa en la calle Mayor Baja. El expediente, sin embargo, no ha sido localizado en el Archivo Municipal. *BOPG*, 8-7-1891.

⁷⁸² Raposo fue adjudicatario de las obras de reparación de los puentes de Zaorejas y Valtablado del Río, sobre el Tajo, y Valderrebollo, sobre el Tajuña, por 17.000 pesetas en 1880, *BOPG*, 11-2-1880. Posteriormente se encargó de las reparaciones de los puentes de Archilla, Muriel y Humanes. *BOPG*, 18-8-1880, 29-11-1880 y 21-2-1881. Sobre la contrata del alcantarillado, *BOPG*, 18-10-1882.

⁷⁸³ AMGU-EC, 147786, 1873. Obituário en *Flores y Abejas*, 31-10-1897.

Figura 4.7. Casa de vecindad proyectada por Quintín Raposo en la plazuela de la Antigua (1864)



Fuente: AMG-PO, 910057.

El crecimiento de la ciudad, como muestran los casos de Raposo y Pajares, contribuyó a la redistribución de la propiedad mucho más que los procesos desamortizadores, que únicamente habían logrado la concentración de la tierra y el suelo en nuevas manos, o consolidado a sus viejos detentadores, al transformar los bienes vinculados en propiedad privada⁷⁸⁴. Entonces, los pequeños compradores se habían visto disuadidos de comprar bienes nacionales por la condena eclesiástica, especialmente en una ciudad pequeña, pues ello suponía un estigma difícil de eliminar. El proceso especulativo que se abrió como consecuencia del aumento de la demanda de alojamientos en la ciudad, sin embargo, propició una extensión de la propiedad a individuos de extracción social modesta, lo que contribuyó a la estabilización del régimen liberal. Quintín Raposo era un buen ejemplo. Pese a sus ideales federalistas, era uno de esos republicanos de los que “ajustaban siempre su conducta a las exigencias de la patria” y se mantuvo toda su vida fiel a la disciplina de Manuel González Hierro, líder histórico del federalismo arriacense, de perfil templado⁷⁸⁵.

⁷⁸⁴ GARCÍA BALLESTEROS, Aurora: *Geografía urbana...* (o. cit.).

⁷⁸⁵ Flores y Abejas, 31-10-1897.

La Restauración acentuó los contornos de ese régimen de pequeños propietarios que vinculaba su estabilidad a la posesión de riqueza inmobiliaria, por pequeña que fuera. En Guadalajara, la vuelta de la monarquía coincidió con un intenso crecimiento demográfico, que hacía ostensible la falta de viviendas para alojar a los nuevos habitantes. En ese contexto, el mercado inmobiliario se afianzó como principal fuente de riqueza, pues si hubo otras más rentables, ninguna tuvo tanta extensión. Según la lista cobratoria de la contribución territorial de 1884, alrededor del 25 % de las familias que vivían en la ciudad tenía alguna propiedad inmueble, y aunque la fuente no permite establecer cuáles de esas ellas correspondían a tierras agrícolas (riqueza rústica) y cuáles a la *riqueza urbana*, debemos suponer que en un espacio con una propiedad agrícola muy concentrada, la mayor parte de ellas debían de corresponder a solares o terrenos edificados. En la lista figuraban 951 individuos, de los que solamente once superaban las 1.000 pesetas de cuota, y otros veintisiete se situaban entre esa cifra y el umbral de las 500. Entre los primeros figuraban tres aristócratas, la duquesa de Sevillano, su hija, la condesa de la Vega del Pozo, y la marquesa de Eguaras, que concentraba la mayor fortuna de la ciudad, constituida únicamente por su riqueza urbana y rústica, y junto a ellas, dos de los líderes históricos del progresismo, José Domingo Udaeta y Diego García Martínez, y el insigne caudillo del republicanismo federal, Manuel González Hierro⁷⁸⁶.

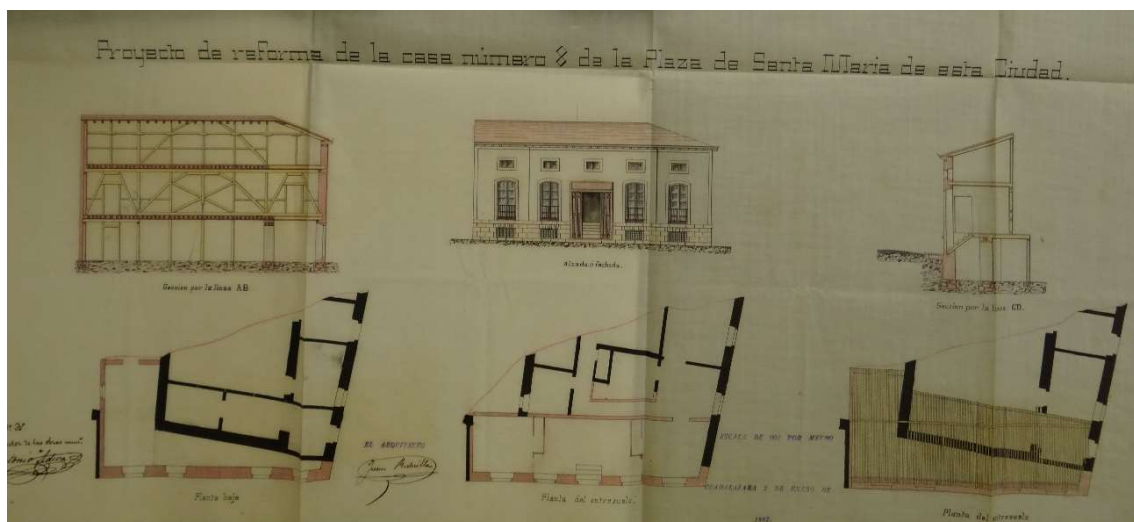
El deseo de los propietarios de aumentar su rentabilidad mediante la ampliación de sus viviendas comportó una apropiación del espacio sin precedentes, que en las zonas aledañas a la travesía de la carretera de Aragón alcanzó niveles superlativos. Los combativos propietarios de las plazuelas de Santa María y la Cotilla, por ejemplo, rebajaron su resistencia a ver mermadas sus propiedades ante la posibilidad de transformar sus viviendas familiares en casas de vecindad. Las memorias de los proyectos son muy elocuentes a propósito de la gestación de la nueva mentalidad de los propietarios-rentistas y de la apropiación del espacio. En enero de 1882, Luis Martínez Mir, por sí y en representación de su esposa, Felisa Cerrada, hija del procurador de la plazuela de la Cotilla, Agustín Cerrada, proyectó la reforma de una casa de la plazuela de Santa María en la que se refleja particularmente el cambio de opinión de los propietarios de la zona, pues como afirmaba en la memoria el arquitecto, Juan Medecilla,

Con el propósito de cooperar a que se lleven a cabo las reformas realizadas en la travesía de la carretera (...), el propietario (...) encomendó el estudio de un proyecto para agregar a la citada casa la parcela que le linda por la carretera, procedente de las expropiaciones verificadas por el Estado para su ensanche. La reforma que desea realizar el propietario no necesita recomendarse, toda vez que contribuirá a que desaparezcan de un modo definitivo los pocos sitios que quedan sin construir en la citada travesía, siendo al mismo tiempo no solo conveniente a su ornato, sino también beneficiosa a sus intereses. Consiste en la construcción de una crujía de cuatro metros de luz tomando al efecto de la citada casa la superficie necesaria para que resulte con un ancho uniforme en toda la línea de fachada a la carretera. No habiendo podido adquirir el propietario tres habitaciones que

⁷⁸⁶ AMGUCI, 135814, 1884.

en planta baja pertenecen a distinto dueño, tiene que disponerse la construcción (...) utilizando el derecho que le asiste para cargar dos pisos sobre los muros (...) que determinan el contorno de las precitadas habitaciones⁷⁸⁷.

Figura 4.8. Proyecto de casa de Felisa Cerrada y Luis Martínez Mir en la plazuela de Santa María (1882)



Fuente: AMGU-PO, 910275.

La transformación de corrales y viejas callejuelas en viviendas de nueva planta densificó aún más el casco. La comedida intervención del Ayuntamiento para respetar la sacrosanta propiedad privada de los propietarios del suelo no pudo impedir que subsistieran en el centro de la ciudad calles estrechas y angostas, como la del Museo. Uno de los propietarios de la vía, Antonio Giménez solicitó en 1879 autorización para ampliar la casa que acababa de adquirir en la calle Museo, en el casco, mediante el “aprovechamiento de una parte de la construcción actual (...) y otra parte de construcción nueva en lo que es hoy día corral” para formar dos cuartos de vecindad en cada una de las tres plantas del edificio. En su memoria, el arquitecto Teodoro Sánchez, argumentaba que no había dado mayor altura al piso principal “por aprovechar una gran parte de esta construcción y suelos de la misma”. El arquitecto preveía reservar un fragmento del corral para ensanche de la vía pública, de modo que ésta alcanzara los cinco metros preceptivos⁷⁸⁸.

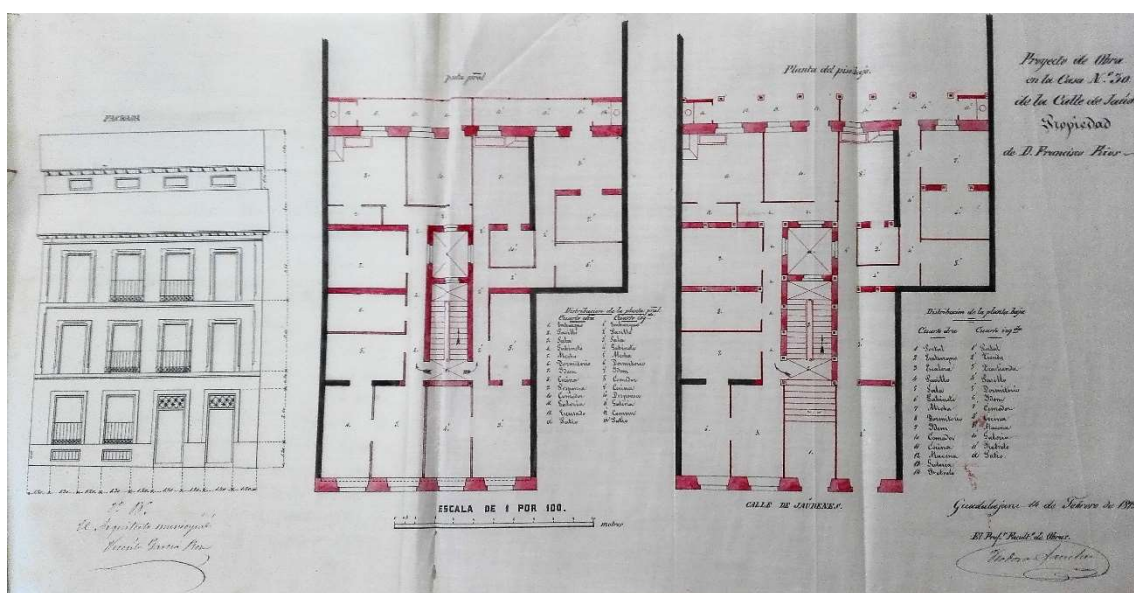
En las casas de vecindad, los propietarios levantaron nuevas plantas, y crearon de la nada habitaciones carentes de dudosas condiciones de habitabilidad, en buhardillas, sotabancos y sótanos. En la ronda que separaba el parque de la Concordia del resto de la

⁷⁸⁷ AMGU-PO, 769.

⁷⁸⁸ AMGU-PO, 910209, 1879.

ciudad, la plaza de Jáudenes, Francisco Ríos proyectó una casa de vecindad de tres plantas con dos cuartos cada una. En las plantas principal y segunda diseñó una galería corrida y volada al corral, con los retretes de ambos cuartos en sus extremos. Se preveía, asimismo, elevar otros tres metros sobre el piso segundo “guardando espacio para huecos a fin de aprovechar este terreno para la distribución de dos cuartos sotabancos terceros, quedando un faldón anterior y posterior a este piso para la vertiente de sus aguas”⁷⁸⁹. Su distribución interna revelaba una cierta ambivalencia, pues si era la propia de una vivienda pequeño-burguesa, patente en la proyección de un retrete para cada cuarto, y en la diversificación de los espacios comunes, al establecerse una diferenciación entre una sala, un gabinete y un comedor, por su ubicación y tamaño, parecía dirigida al segmento más modesto de las clases medias, que evidencia la difusión de la cultura doméstica burguesa y su sentido de la privacidad y la propiedad entre ellas.

Figura 4.9. Casa de vecindad proyectada por Francisco Ríos en la calle Jáudenes (1880)



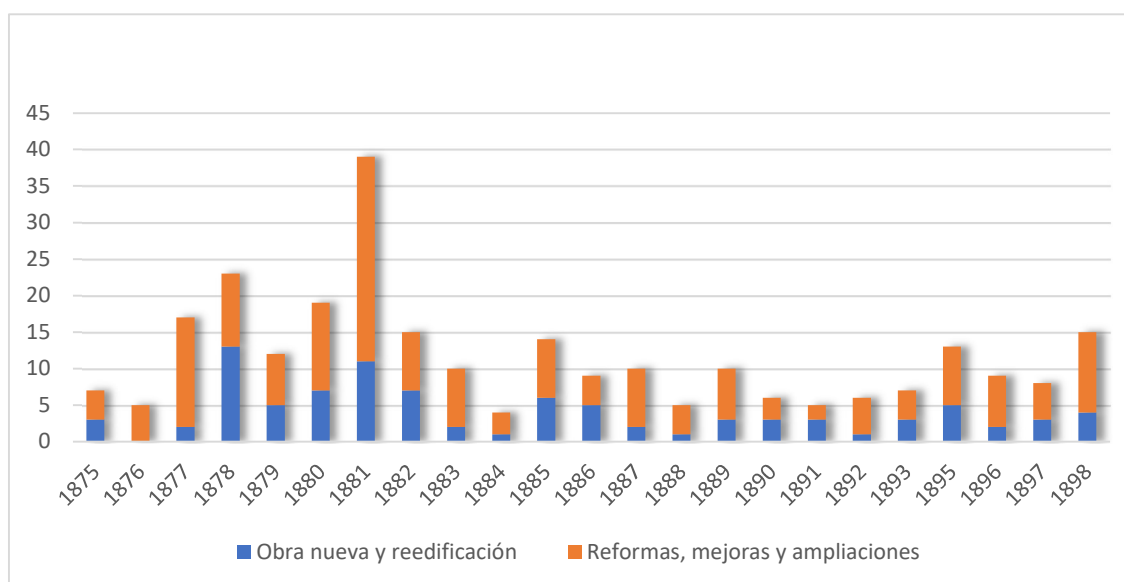
Fuente: AMGU-PO, 910211, 1880.

A partir de 1877, la construcción de viviendas experimentó una fase ascendente, con un máximo relativo en 1878 y uno absoluto en 1881, en que además, la proporción entre construcciones de obra nueva y reformas se desequilibró en favor de las primeras. El mayor número de proyectos correspondió a las rondas, principalmente la plaza de Jáudenes y las calles ocupadas por la travesía, Barrionuevo Baja y Alta, donde sus caseríos de viviendas de una planta, solares, pajares y cocheras fue sustituido por casas de vecindad de varias plantas, destinadas a habitación de una población heterogénea, que

⁷⁸⁹ AMGU-PO, 910211, 1880.

protagonizó una segregación vertical del espacio, destinándose los bajos a actividades comerciales, los principales para los sectores más acomodados, los segundos para las clases medias y los trabajadores asalariados, y los sotabancos para los miembros más desfavorecidos de las clases populares.

Figura 4.10. Licencias de obra aprobadas por el Ayuntamiento (1875-1898)



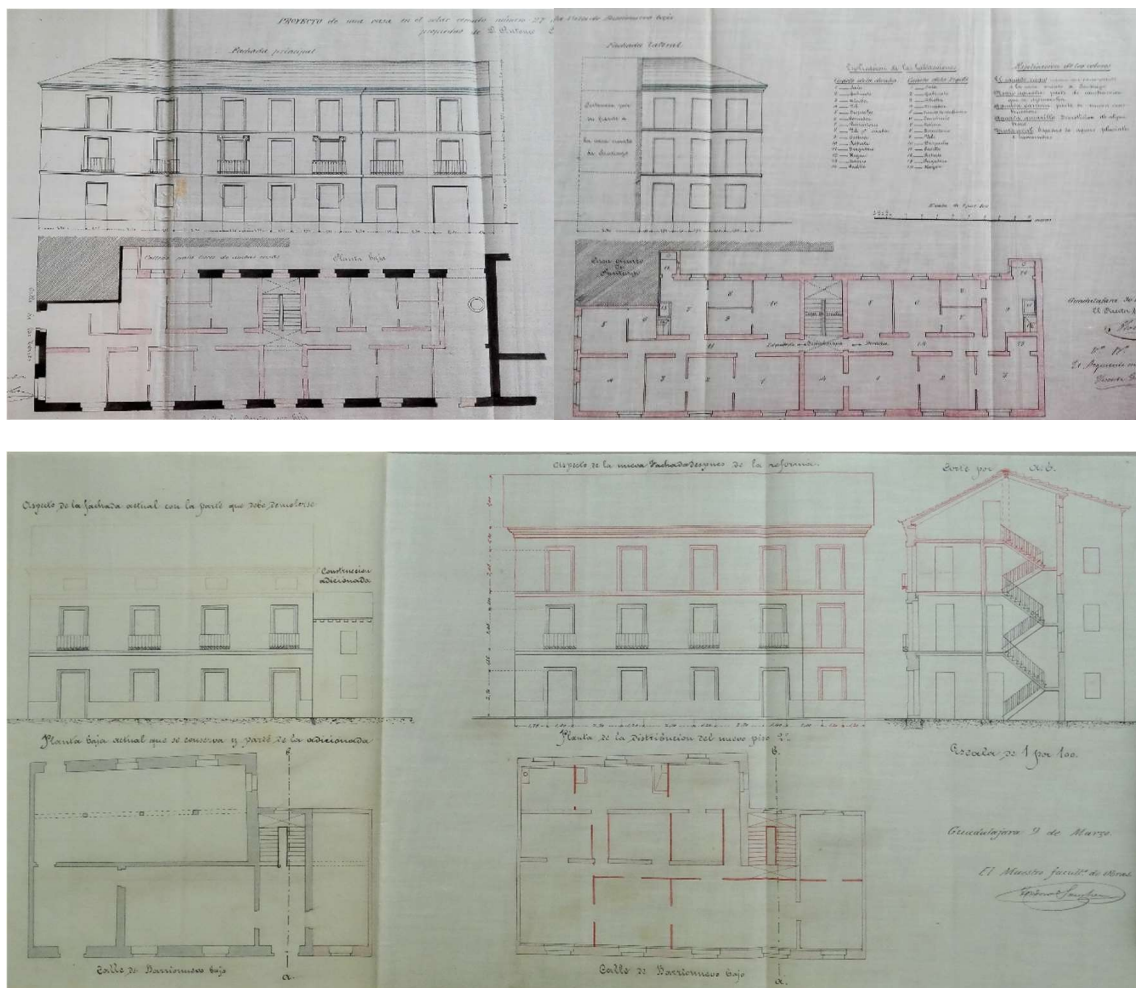
Fuente: Elaboración propia a partir de Baldellou (1989).

En 1879, Antonio Sierra, el socio de Casimiro Contera, proyectó transformar su casa de una planta de la calle Barrionuevo Baja en un edificio de tres pisos. El arquitecto responsable, Teodoro Sánchez, prefirió el modelo de segregación vertical al individualizar cada planta, no tanto en su distribución interior, que era similar en los tres niveles, sino en su superficie, mayor en los dos superiores que en el bajo, y en su ornamentación exterior, que recurría a unos sencillos marcos de aire clásico y balcones para las ventanas del principal, pero no para las del bajo ni el segundo. El proyecto dividía las tres plantas del edificio en seis cuartos, que tenían la distribución y dimensiones propias de una vivienda pequeño-burguesa, patente en su extensión superficial de 140 metros cuadrados, su elevado número de alcobas y dormitorios, y sus estancias destinadas a despacho, cuarto de confianza y dormitorios para el servicio. En la memoria, el arquitecto señalaba que “cree precisamente su dueño que en las actuales circunstancias hay falta de casas de vecindad que correspondan a las condiciones necesarias para ser habitadas (...) resultando independencia en sus diferentes habitaciones y gran estabilidad y economía a la vez, utilizando maderas de pequeña escuadra”. El proyecto representa la opción de Sierra por la inversión inmobiliaria, pese a ser dueño de un boyante negocio de diligencias. El propietario se reservó para sí y su familia el cuarto

principal izquierda, que era el de mayor extensión y complejidad interior, destinando el resto de cuartos al alquiler⁷⁹⁰.

Antonio Sierra complementó bien los ingresos que le proporcionaban sus actividades empresariales con el establecimiento de una fonda con hospedaje, según figuraba en la contribución industrial de 1891, y con las rentas de los alquileres que percibía, convirtiéndose en un paradigmático ejemplo de rentista. En 1898, Sierra adquirió la vivienda contigua a la suya, que en 1898 proyectó ampliar, reproduciendo el modelo de segregación vertical que ya había empleado en su propia vivienda, al transformar la planta de sotabancos de la casa original en una segunda planta.

Figura 4.11. Casas de vecindad para uso propio y de alquiler proyectadas por Antonio Sierra en la calle Barrionuevo Baja (1878 y 1898)



Fuente: AMGU-PO, 911065.

⁷⁹⁰ AMGU-HE, 402628, 1884.

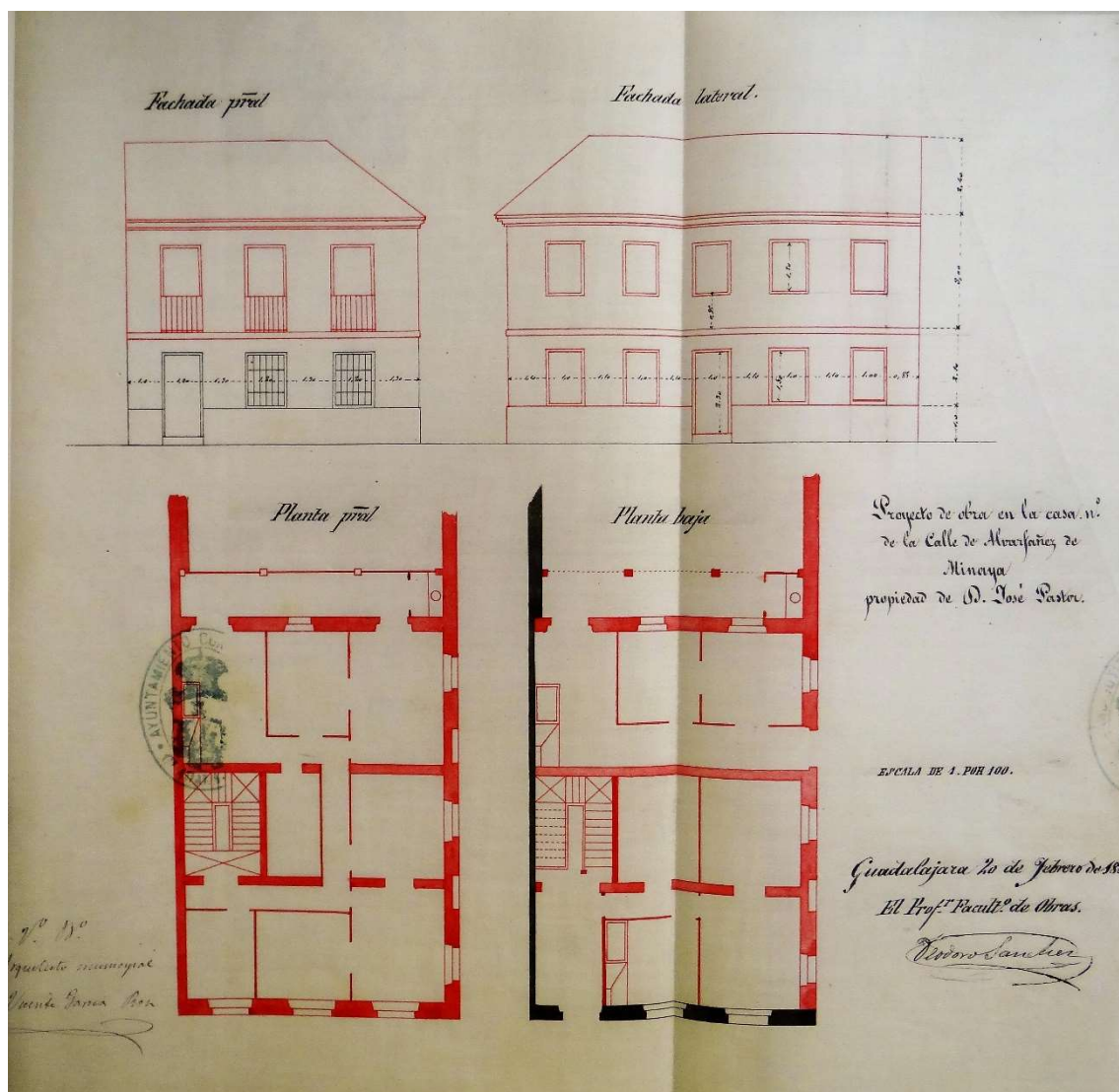
La búsqueda de la rentabilidad y la consiguiente diferenciación social del espacio condenaron a las clases populares a unas cada vez peores condiciones de habitabilidad, que fueron incluso advertidas por algunos elementos de la burguesía liberal, como el doctor José López Cortijo, en 1892. El médico, que llegó a ser alcalde de Guadalajara en las filas del romanonismo, publicó una de esas topografías médicas que proliferaron en aquellos años por toda Europa, donde reconocía que en algunos puntos de la ciudad y, sobre todo, en las zonas próximas a los barrancos, la población “se encuentra bastante apiñada y las casas son húmedas, mal ventiladas e incapaces para contener el número de personas que en ellas habitan (*sic*)”⁷⁹¹. Hasta principios del siglo XX no se produjo en la ciudad un debate acerca de la mejora de las condiciones de vida de las clases populares, pero la observación de López Cortijo y las argumentaciones de promotores y arquitectos en los proyectos de obra presentados al Ayuntamiento en esos años demuestran que se había empezado a gestar una conciencia de tono paternalista y filantrópico que consideraba necesario dignificar las condiciones de vida popular. A medio camino entre el pánico moral y el ideal benéfico-asistencial, esta conciencia devino en la construcción de nuevos barrios segregados para la población en las áreas periféricas y los arrabales, que al propio tiempo trataban de evitar los conflictos que podían derivarse del malestar de sus habitantes y satisfacían el ideal segregador de la burguesía propietaria. De una forma más o menos explícita, y más o menos consciente, los proyectos contribuyeron al diseño de la ciudad moral y alteraron la fisonomía de la ciudad, creando un espacio crecientemente segregado.

En la calle Alvar Fáñez de Minaya, situada en el extremo occidental de la ciudad, José Pastor presentó en 1880 un proyecto para transformar una casa baja de un cuarto en otra “de vecindad para gente jornalera (...) atendiendo hoy día a la escasez de vivienda que experimenta esta clase”, compuesta de dos cuartos en la planta baja y uno en la principal⁷⁹². Tal distribución se correspondía con una diferenciación vertical del espacio interior de los inmuebles, en los que los principales adquirieron por lo general una mayor amplitud y complejidad que los bajos, destinados las más veces a usos comerciales, y los segundos, y éstos, mayor amplitud que los terceros, buhardillas, sotabancos y sótanos. Este modelo prefiguraba una segregación espacial vertical ampliamente difundida, especialmente en las pequeñas ciudades, donde la segregación horizontal careció de su principal instrumento, el ensanche. En la casa de la calle Alvar Fáñez, esta distribución propiciaba la coexistencia de familias de diferente condición social en un mismo inmueble, en este caso situado en una zona próxima a una de las rondas de la ciudad. El barrio y sus alrededores formaron pronto en uno de los enclaves con mayor personalidad del casco, y uno de los espacios más heterogéneos y dinámicos de la ciudad.

⁷⁹¹ LÓPEZ CORTIJO, José: *Topografía médica de Guadalajara*. Guadalajara, Imprenta y Encuadernación Provincial, 1893, p. 44.

⁷⁹² AMGU-PO, 910224, 1880.

Figura 4.12. Casa de vecindad proyectada por José Pastor en la Calle Alvar Fáñez (1879)



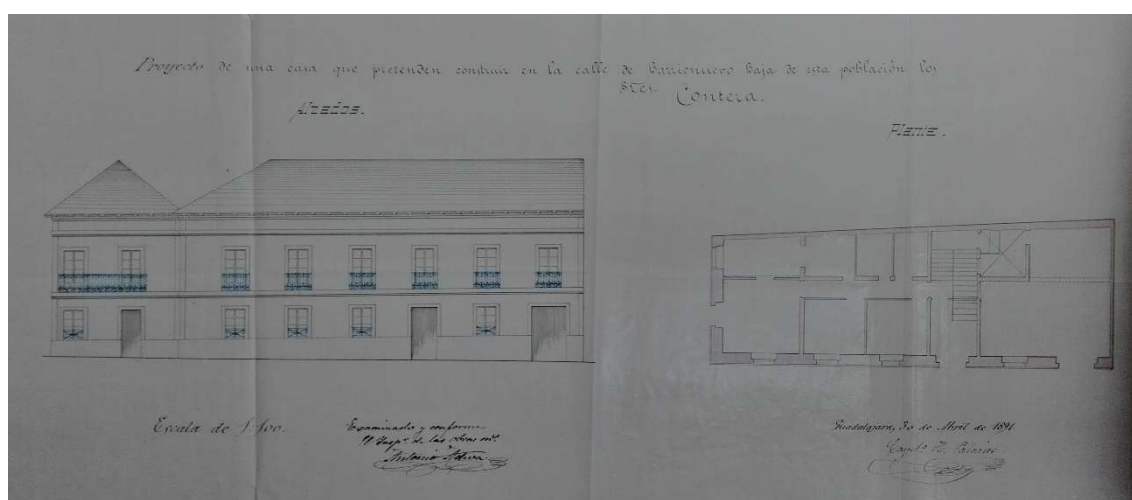
Fuente: AMGU-PO, 910224.

Algunos miembros de la burguesía emergente optaron por las viviendas unifamiliares, que en una sociedad que exaltaba la propiedad privada y el mérito se convirtieron en un símbolo. Tal fue el caso de Ventura Sanz Cáceres, un próspero agente de negocios que en 1880 proyectó reformar su residencia de la plaza de Jáudenes, donde vivía y tenía establecida su oficina. La reforma evidenciaba la reproducción social y patrimonial de aquel empleado público que, apenas cinco años antes había obtenido el título de agente de negocios, lo que le permitió abandonar su destino ministerial y establecerse por su cuenta⁷⁹³. En lugar de abandonar su casa de siempre y trasladarse al centro de la ciudad, Ventura prefirió ampliar su vivienda-oficina, mediante la

⁷⁹³ El Decano, 23-9-2005.

construcción de una segunda planta destinada a gabinete, sala y dormitorios, al tiempo que “se aumenta la luz, la ventilación, y con ellas cuanto exigen las mejores reglas de higiene, proporcionando además comodidad y recreo por la bella perspectiva que se observará”⁷⁹⁴. La distribución interior reflejaba su utilitarismo, como la simplicidad de las formas interiores. El mejor ejemplo de casa unifamiliar y utilitarismo desnudo de ornamentos fue la reforma que proyectaron los hermanos Casimiro y Antonio Contera en la vieja casa de postas, en 1891. Al exterior, la decoración se reducía a los canecillos, los balcones y la sencilla moldura de yeso de los vanos. En cuanto al interior, algo quedaba de la vieja casa de postas, pues se diseñaban dos extensas salas a modo de zaguán, dependencias poco habituales en las viviendas de la ciudad, y que probablemente reproducían la distribución interior de la vieja casa de los Caballero, el linaje materno de postillones. En contraposición, las habitaciones resultaban extraordinariamente sencillas, aunque en el plano no se indicaba el uso a que iban destinadas⁷⁹⁵.

Figura 4.13. Reedificación de la antigua casa de postas por los hermanos Casimiro y Antonio Contera (1898)



Fuente: AMGU-PO, 771.

Las viviendas de la elite adquirieron, sin embargo, una distribución interior crecientemente compleja y utilizaron un lenguaje formal cada vez más esmerado, que constatan el triunfo de la ideología del ornato y el ascenso social de la burguesía arriacense, aunque no fue hasta las primeras décadas del siglo XX cuando en la calle Mayor y sus aledañas proliferaron los modelos próximos al eclecticismo y el modernismo⁷⁹⁶. En 1880, Leandro Delgado presentó un proyecto de fachada para una

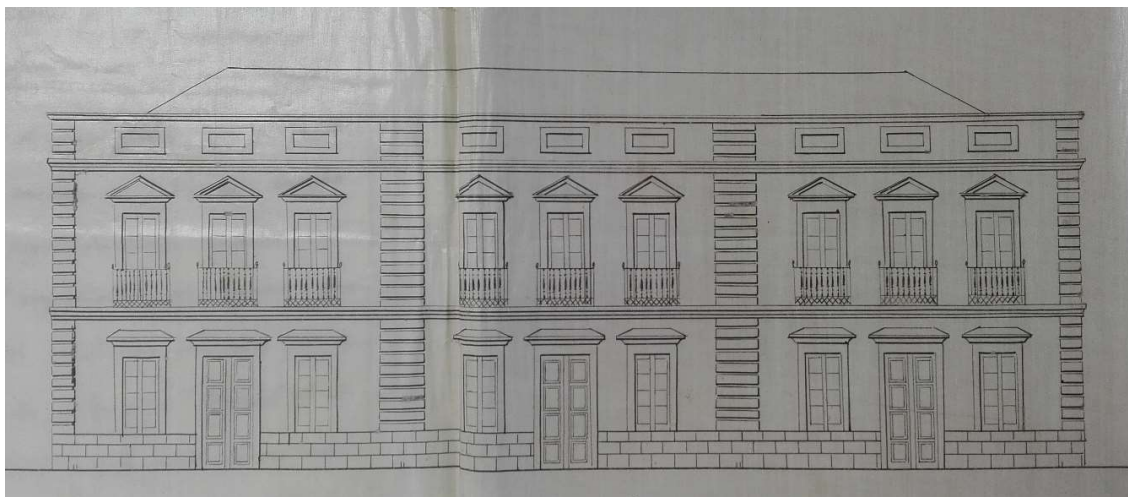
⁷⁹⁴ AMGU-PO, 910233, 1880.

⁷⁹⁵ AMGU-PO, 910450, 1891.

⁷⁹⁶ BALDELLOU, Miguel Ángel: *Tradición y cambio... (op. cit.)*.

vivienda en la plazuela de Beladiez, “acomodado al lucimiento que corresponde a la casa y al punto donde se va a construir, toda vez que a su frente ha de tener el Palacio que se está construyendo para la Diputación Provincial”⁷⁹⁷. El arquitecto, Cayetano Hermógenes Palacios adoptaba, en consecuencia, un tono clasicista, en el que se advertía un afán por emular el estilo del palacio de la Diputación. En 1892, Luis Suárez, hijo del confitero Silverio Suárez, proyectó una vivienda de tres plantas para vivienda en la calle Mayor Baja, en la que el arquitecto Tomás Sánchez se mostraba ya menos contenido que en otros edificios anteriores y optaba por la individualización de la planta principal sobre las otras dos. Vicente Sáenz de Tejada, por su parte, concibió en 1886 una casa de la plazuela de Santo Domingo con cuatro alcobas, una sala, un comedor, un gabinete, un despacho, cocina y escusado.

Figura 4.14. Proyecto de obra de una casa de vecindad para Leandro Delgado en la plazuela de Beladiez (1880)



Fuente: AMGU-PO, 910235.

En las zonas periféricas de la ciudad, como los arrabales del Amparo y San Roque y el camino de las Cruces, por su parte, se desarrolló un crecimiento informal, que amplió el perímetro de la ciudad y sentó las bases para su posterior expansión suburbana a comienzos del siglo XX. En la década de 1880 surgieron barrios de nueva construcción en las inmediaciones de la estación, donde se formó el llamado barrio de Elvira, la carretera de Zaragoza, que albergó el barrio de Julián Gil de la Huerta, el paseo de las Cruces, y los terrenos comprendidos entre los arrabales del Amparo y San Roque, cercanos a la carretera de Cuenca, donde el albañil Isidro Corral creó un barrio *ex novo*⁷⁹⁸. El barrio de Gil de la Huerta tomó el nombre de su promotor, un contratista llegado desde

⁷⁹⁷ AMGU-PO, 910235, 1880.

⁷⁹⁸ GARCÍA BALLESTEROS, Aurora: *Geografía urbana...* (op. cit.).

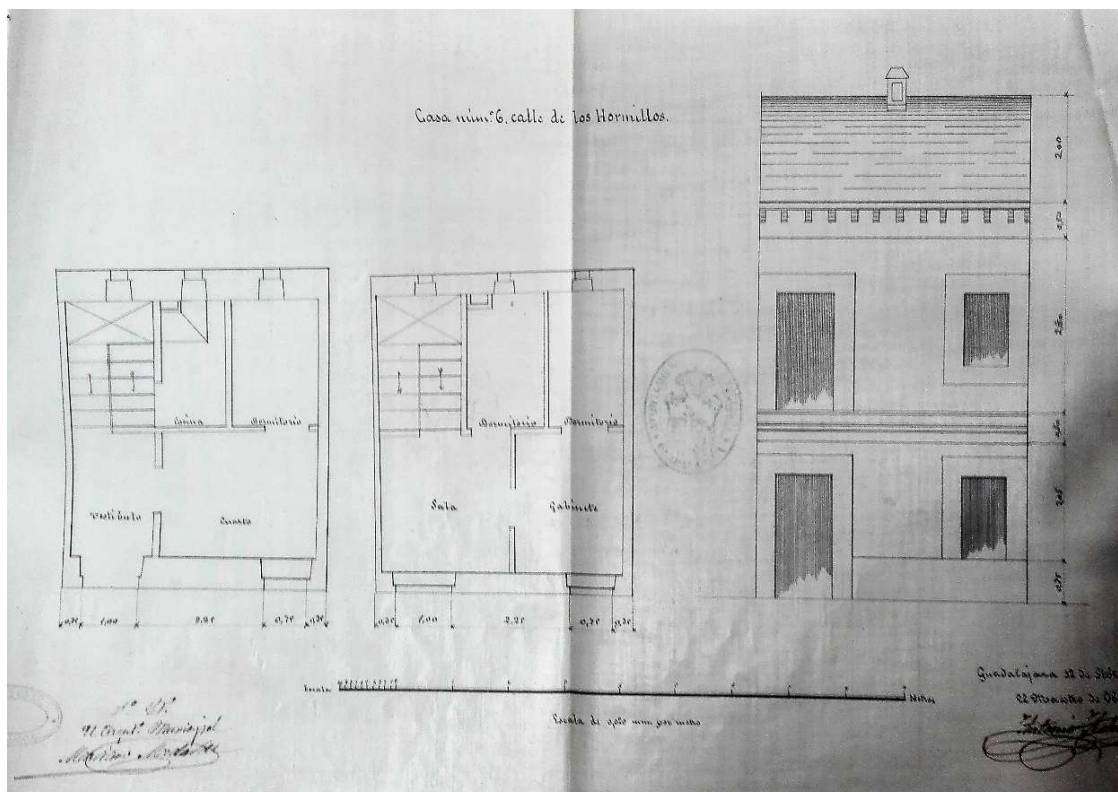
el Valle de Mena, en Burgos, que hizo fortuna en la ciudad, de la que llegó a ser alcalde. Aunque no se ha localizado el proyecto de obras, Gil de la Huerta construyó un barrio de veinte viviendas unifamiliares de una sola planta, que pronto fue ocupado por gente con escasos recursos. Gil de la Huerta era un miembro de la burguesía, y la construcción de su barrio en las afueras de la ciudad, alejado de la población, encarnaba la ideología profiláctica y segregadora de la burguesía⁷⁹⁹. Isidro Corral, por su parte, es un ejemplo de albañil-promotor, que encontró en la construcción de casas baratas en las áreas periféricas de la ciudad una vía de ascenso social y patrimonial, y al propio tiempo, contribuyó a dignificar las condiciones de vida de las clases populares, al dotar a sus viviendas de comodidades que hasta entonces habían estado reservadas a la elite. Su concepción de la vivienda obrera distaba mucho del ideal utópico de los primeros decenios del siglo XX, que se desarrolló al calor de la ley de casas baratas (1911), y desde luego, del cooperativismo socialista de los años siguientes. La iniciativa de Corral reflejaba el ideal filantrópico y el paternalismo propios de los debates que, en los primeros años de la Restauración, adoptó la cuestión del alojamiento popular, de la mano de activistas como Concepción Arenal y la Constructora Benéfica⁸⁰⁰. El de Isidro Corral es un ejemplo del triunfo de la domesticidad burguesa en las clases populares, que en muchos casos privilegiaron el acceso a la propiedad sobre la ocupación de viviendas de alquiler dignas. En 1882, Corral ya había proyectado una vivienda unifamiliar en cuya memoria señalaba que “a pesar de la poca importancia de la edificación que se proyecta, es susceptible de poderse habitar por una familia poco acomodada o de la clase jornalera, siendo sus condiciones higiénicas a propósito para este objeto”⁸⁰¹.

⁷⁹⁹ DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: “La vivienda obrera en España en el siglo XX”, *Studia Histórica*, 2001-2002, 19-20, pp. 207-228; ARIAS GONZÁLEZ, Luis: “«Se alquilan cuartos interiores económicos»». El problema de la vivienda obrera en la España de entresiglos”, en *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, 2001-2002, 19-20, p. 82; VALENZUELA RUBIO, Manuel: “Ciudad y acción municipal: la política de vivienda del Ayuntamiento de Madrid (1868-1978)”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 1978, XV, pp. 327-361; SAMBRICIO, Carlos: “Los orígenes de la vivienda obrera en España”, *Arquitectura*, 1981, pp. 65-71; PÉREZ GONZÁLEZ, Ramón: *Las ciudadelas de Santa Cruz de Tenerife*. Aula de Cultura de Tenerife, 1982; GONZÁLEZ CORDÓN, Antonio: *Vivienda y ciudad en Sevilla, 1849-1929*. Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla, 1985; BARREIRO, Paloma: *Casas baratas. La vivienda social en Madrid (1900-1939)*. Madrid, Colegio Oficial de Arquitectos, 1991.

⁸⁰⁰ ARIAS GONZÁLEZ, Luis: *Socialismo y vivienda obrera en España (1926-1939). La cooperativa socialista de casas baratas Pablo Iglesias*. Salamanca, Universidad de Salamanca, 2003.

⁸⁰¹ AMGU-PO, 765.

Figura 4.15. Casa para jornaleros proyectada por Isidro Corral (1882)

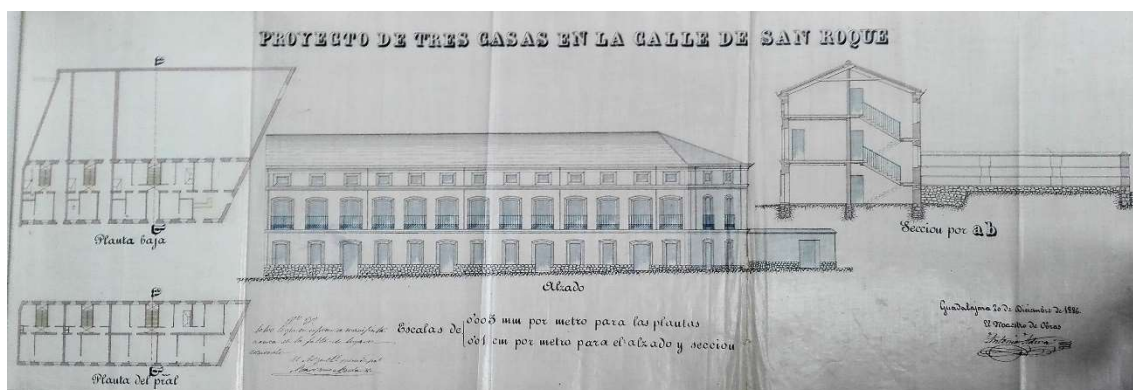


Fuente: AMG, 765.

En 1886, Corral construyó tres casas de vecinos en una zona sin previa urbanización, ubicada entre los arrabales de San Roque y el Amparo. El promotor solicitó al Ayuntamiento la alineación de los terrenos donde pretendía urbanizar, y la comisión de obras accedió a practicarla, fijando un precio por el suelo de 2,50 pesetas el metro cuadrado. Las tres casas adosadas compartían una fachada mucho más compleja que la proyectada por el propio Corral en 1882, lo mismo que el espacio interior de los ocho cuartos de que se componían las viviendas, que mostraban una mayor diversidad tipológica y una mayor diversificación del espacio. El maestro de obras responsable del proyecto, Antonio Adeva, proyectó una vivienda con tienda en uno de los bajos, y otras dos con gabinete y despacho en el principal. Las otras dos viviendas se componían de dos plantas unifamiliares con cuatro dormitorios, sala y cocina. En la memoria del proyecto había desaparecido la retórica paternalista. La tipología de las viviendas respondía a la combinación del ideal utópico del promotor, al ofrecer a las clases populares un modelo de organización del hogar hasta entonces reservado a la burguesía, con patios independientes para dos de las viviendas de la planta baja, y una mayor asimilación del individualismo, la propiedad privada y la rentabilidad burguesas por parte del promotor, que firmaba como Ysidro Corral. En su informe facultativo, el arquitecto municipal

echaba en falta la proyección de escusados, y “como quiera que el artículo 196 de las ordenanzas municipales de esta Ciudad dispone que las aguas sucias deben tener una salida constante a los depósitos, alcantarillas o sumideros”, el Ayuntamiento exigió al solicitante la modificación de los planos⁸⁰².

Figura 4.16. Casas de vecindad proyectadas por Isidro Corral en las afueras del arrabal de San Roque (1886)



Fuente: AMGÜ-PO, 910358, 1886.

Isidro Corral es un ejemplo de albañil promotor que hizo fortuna en el negocio de la construcción, gracias a las oportunidades que ofrecía un mercado inmobiliario en expansión escasamente planificado, sentando en la ciudad un precedente al que siguieron otras iniciativas similares, pero de amplia difusión en otras ciudades de mayores dimensiones⁸⁰³. Uno de ellos fue Julián Aragonés Tejero, que en enero de 1900 proyectó construir una casa de vecindad en un terreno aldeaño escasamente urbanizado, el paseo de San Roque. Su proyecto reflejaba un cambio de percepción respecto a las viviendas obreras, tanto en su espíritu como en su desarrollo, pues proyectaba “construir, de nueva planta, una casa-habitaciones económicas, sanas y capaces, cuyos cuartos se destinan a la clase jornalera, pero con la independencia mejor y más adecuada para las familias, sin servicios comunes. Se divide la casa en tres pisos y un ático habitable (...). Cada piso se divide en tres crujías y cuatro cuartos de arriendo”⁸⁰⁴.

⁸⁰² AMGU-PO, 910358, 1886.

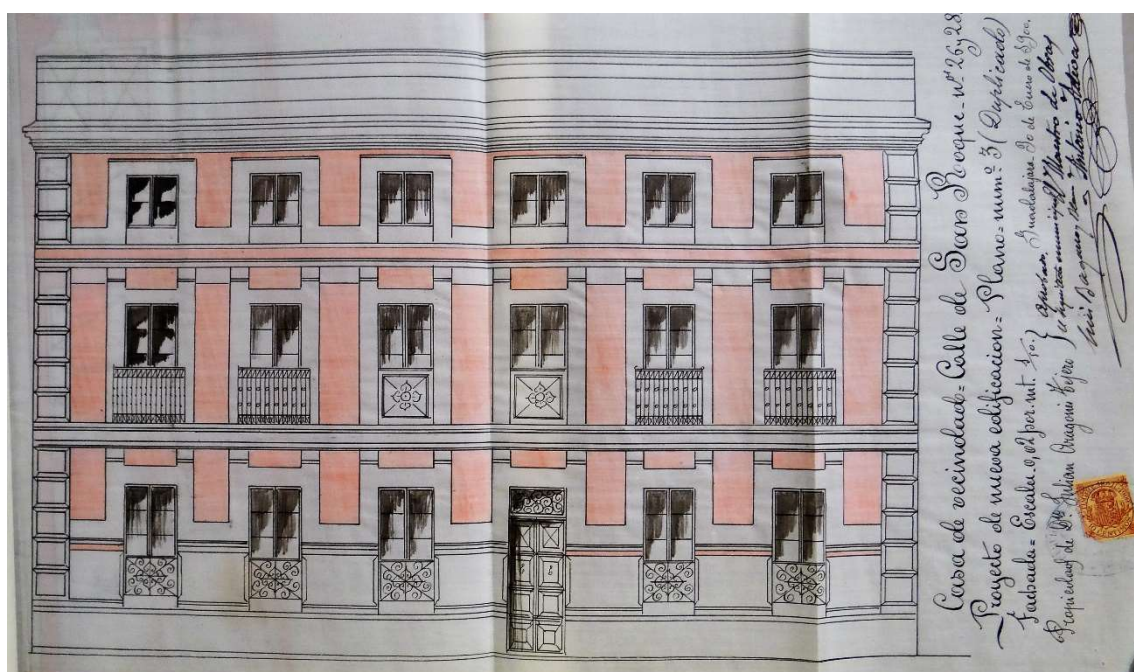
⁸⁰³ VORMS, Charlotte: “La urbanización marginal del extrarradio de Madrid: una respuesta espontánea al problema de la vivienda. El caso de La Prosperidad (1860-1930)”, *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, 2003, VII, 146 [[www.ub.es/geocrit/sn/sn-146\(013\).htm](http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-146(013).htm)]

⁸⁰⁴ AMGU-PO, 769.

The floor plan depicts a large, symmetrical residence with a central corridor and a large patio area. The layout is as follows:

- Top Section:** Features two large rooms labeled "Sala Comedor" (Living and Dining Room) on the left and right. Between them is a central area labeled "Cocina" (Kitchen) and "Vertibul." (Vertical). To the far left and right are "Dormitorio" (Bedroom) rooms.
- Middle Section:** Contains two "Cuarto interior, prof. izquierda" (Inner room, left profile) and "Cuarto interior, prof. derecha" (Inner room, right profile) on the left and right respectively. A central "Patio" is flanked by "Cocinas" (Kitchens) and "Dormitorios" (Bedrooms).
- Bottom Section:** Includes "Sala" (Living Room) and "Comedor" (Dining Room) on the left and right. A central staircase labeled "Escalera" leads to a lower level. To the left of the staircase is a "Cuarto, prof. exterior, derecha" (Outer room, right profile) and to the right is a "Cuarto, prof. exterior, izquierda" (Outer room, left profile).
- Central Features:** A large "Patio" is located in the center, with a "Escalera" (Staircase) leading down to a lower level. A "Verja" (Gate) is also indicated near the patio.
- Entrances:** The main entrance is at the bottom center, labeled "Calle de San Roque".
- Other Labels:** "Verja" (Gate) is labeled near the top center. "Escalera" (Staircase) is labeled near the bottom center.

The plan is drawn on a grid with red walls and includes a central staircase and a large patio area.



247

Las iniciativas de Julián Aragonés e Isidro Corral ponen de manifiesto el surgimiento de un urbanismo participativo, que en ambos casos refleja el papel de la construcción y la promoción inmobiliarias como vías de reproducción social y económica de algunos elementos de las clases populares⁸⁰⁵. El paseo de San Roque se consolidó como una de las zonas de expansión de la ciudad, que, como se ve, no respondió a la iniciativa del gobierno local, sino de los propios vecinos del arrabal, entre los que se encontraba Aragonés. La trayectoria de este último, un albañil que se enriqueció gracias a la inversión inmobiliaria a finales del ochocientos es sintomática del peso específico adquirido por sector de la construcción en la economía de la ciudad. Pronto, Guadalajara había logrado un nuevo reclamo para la población de su entorno y una manera de revitalizar su mercado de trabajo, aunque fuera sobre bases precarias, pues ni la construcción proporcionó a la ciudad un fundamento sólido para su desarrollo económico, ni todos los albañiles resultaron ser tan acomodaticios y complacientes como Julián Aragonés e Isidro Corral.

4.5. Topografías de la opulencia y la miseria: la diferenciación social del espacio urbano

Hasta la década de 1870, la ordenación del espacio urbano estuvo determinada por el valor de uso del suelo⁸⁰⁶. La concentración de los representantes de los oficios en determinadas zonas de la ciudad, como los confiteros de la plazuela de San Gil, los carpinteros de la Cotilla, Santa María y Budierca, y los zapateros de la calle Mayor Baja reflejan la prevalencia de una espacialidad de base corporativa, centralizada en la plaza Mayor, donde se ubicaba la autoridad municipal, se celebraba el mercado y se reunían frecuentemente los vecinos⁸⁰⁷. La toponimia de algunos espacios, como las calles de Caldereros, Panaderos y Figones o el arrabal de Cacharrerías revelaban el peso que el oficio había tenido en la ordenación del espacio urbano durante el Antiguo Régimen, aunque en varias de ellas, la presencia de los representantes de aquellos oficios era testimonial, y solo en Cacharrerías resistían dos alfareros y dos cacharrereros como vestigios de la ciudad medieval. En toda la ciudad, los vecindarios presentaban una composición sumamente heterogénea. Las parroquias, como Santa María, ejercían un papel de articulación y mediación decisivo y, aunque entre los arrabales de la periferia y los barrios del interior eran patentes las diferencias económicas, profesionales e identitarias, sus vecinos se agrupaban con frecuencia para participar en las fiestas o en los oficios religiosos. En la propia plazuela de la Cotilla todavía era posible a finales de los sesenta ver congregados en un mismo espacio al secretario de la Junta Provincial de

⁸⁰⁵ VORMS, Charlotte: “La urbanización marginal...” (art. cit.).

⁸⁰⁶ LEFEBVRE, Henri: *El derecho...* (op. cit.).

⁸⁰⁷ LAYNA SERRANO, Francisco: *Historia de Guadalajara...* (op. cit.).

Primera Enseñanza y al zapatero, al coadjutor y al cesterero, al empresario de diligencias y a la demandadera de monjas.

La vieja comunidad había iniciado su disolución, pero todavía no operaban en la organización del espacio urbano los mecanismos de segregación propios de las ciudades burguesas, ni se había empezado a formar ese “mosaico de mundos sociales, donde la transición de uno a otro es abrupta” que era la ciudad moderna⁸⁰⁸. La disparidad que se observaba en espacios como la Cotilla era aún mayor en otras zonas fronterizas, como la plazuela de Santo Domingo, situada entre el casco y el arrabal del Amparo. En 1844, sus hogares estaban encabezados por once jornaleros, uno de ellos encargado de la Casa de Beneficencia, un arriero, un carretero, un carpintero, el cura de la iglesia de San Ginés, dos empleados, un esquilador, dos hortelanos, un labrador, un posadero, un propietario, dos recoveros y dos zapateros. Un cuarto de siglo después, en 1869, el vecindario conservaba su heterogeneidad. Sus hogares estaban formados por las familias de siete jornaleros, tres carpinteros, un cantero, un albañil, tres pobres de solemnidad y un impedido, una posadera, una costurera, un revendedor de fósforos, un conductor del correo, un capataz de Obras Públicas, un albéitar, dos empleados, dos catedráticos, un propietario, el santero de la ermita de la Soledad y el párroco de San Ginés.

Todos ellos compartían aquel espacio, aunque entre el empleado de Obras Públicas, Antonio Aysa, y uno de los jornaleros, Lorenzo López Gómez, mediaba un abismo. Los 800 escudos que Aysa percibía como ayudante del director de Caminos Vecinales de la provincia le permitían tener empleadas a tres sirvientas en su casa, ubicada en el piso principal del número 2 de la plazuela, donde vivían él, su esposa y sus cuatro hijos. López, por su parte, vivía en una casa baja junto a la ermita, en una hondonada que separaba el casco del paseo de las Cruces. El hogar estaba formado por otros seis miembros, su esposa, María Díaz, los dos hijos habidos de su primer matrimonio, Julián y Josefa, y los tres del segundo, de 9, 4 y 3 años. La familia había recorrido un largo periplo desde la provincia de Cuenca, de donde eran oriundos los cónyuges, hasta la de Guadalajara, en varios de cuyos pueblos habían nacido sus hijos menores. La familia acababa de instalarse en la ciudad, procedente de Brihuega, y no tuvo más remedio que instalarse en el confín del casco y emplear a los dos hijos mayores como jornalero y sirvienta, para completar el jornal del cabeza de familia.

A finales de los sesenta, la heterogénea composición de los vecindarios empezó a atenuarse en los confines del casco y había desaparecido casi por completo en los arrabales, donde la uniformidad jornalera e inmigrante dominaba los vecindarios. En 1869, el 61 % de los hogares del Alamín (26 de un total de 42) tenían como principal fuente de ingresos el jornal del cabeza de familia, un porcentaje que se reducía al 50 % de las familias del Arrabal del Agua, al 44 % de las de Budierca y al 38 % de los hogares de San Roque. Las rondas que circundaban el casco, como las calles de la Carrera y

⁸⁰⁸ WIRTH, Louis: “El urbanismo...” (art. cit.), p. 173.

Carmelitas de Abajo –renombradas Jáudenes y Barrionuevo Alta y Baja– y algunos arrabales, como los del Amparo y Cacharrerías, se especializaron en la función residencial, convirtiéndose en los espacios preferidos por los empleados y los militares a su llegada a la ciudad. En el Amparo, el porcentaje de jornaleros descendía al 23 %, y en Cacharrerías, al 20 %. El arrabal, inmediato a la plazuela de la Fábrica, donde se ubicaba la Academia, proliferó una buena porción de casas de huéspedes, que alteraron el paisaje humano de aquel barrio, en el que solo subsistía un alfarero. Una de las familias pioneras en el negocio del alojamiento fue la formada por Mateo Rus Modrego, un antiguo guarda de puertas y consumos⁸⁰⁹, su esposa, Juana Notario Aner, sus tres hijos y dos sirvientas, que en 1869 tenían pensionados a tres alumnos de la Academia y un estudiante.

Figura 4.18. Proporción de hogares encabezados por jornaleros en cada zona de la ciudad (1869-1884)

	1869			1884		
	Hogares	Hogares jornaleros	% hogares jornaleros	Hogares	Hogares jornaleros	% hogares jornaleros
Casco	667	70	10,49	844	125	14,81
Rondas	491	146	29,74	570	181	31,75
Arrabales	369	146	39,57	522	242	46,36
Extramuros	77	5	6,49	120	21	17,50
Total	1.604	367	22,88	2.056	569	27,68

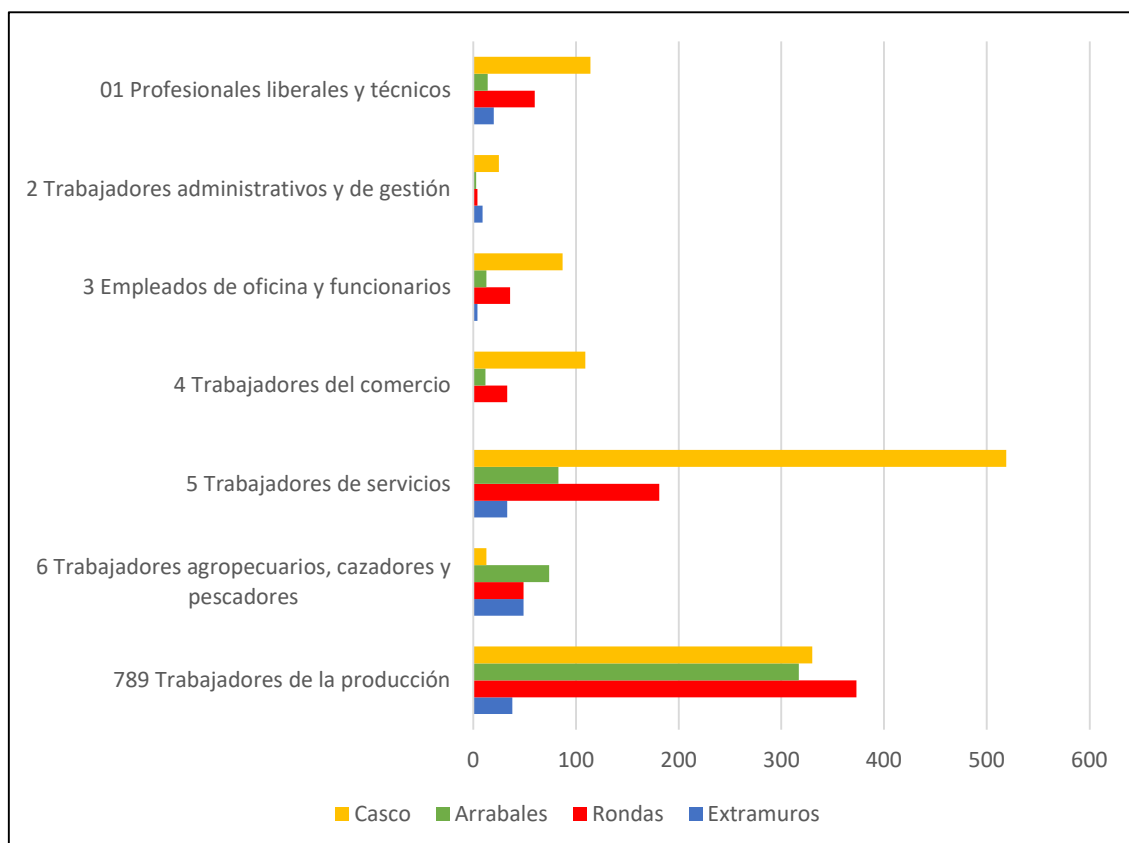
Fuente: Elaboración propia a partir de los empadronamientos de 1869 y 1884.

El vecindario del arrabal del Amparo, por su parte, vio poco a poco renovado su caserío y alterada su tradicional composición popular, al acoger a varios empleados que llegaban a la ciudad con sus familias o en solitario, como el ingeniero jefe de Minas, Andrés Pérez Moreno, que vivía solo con dos sirvientes. La presencia de esos habitantes, sin embargo, no supuso una pérdida de identidad, sino que probablemente acentuó el sentido comunitario del viejo arrabal, como quedaba de manifiesto en las pedreas protagonizadas por los jóvenes del barrio al paso de la procesión de la Antigua y en la persistencia de una forma de organización del hogar ajeno a la domesticidad burguesa. Y es que en 1869 eran numerosas las mujeres que consignaban en el padrón su ocupación, como la recovera Tomasa Torralba, la mondonguera Inés Adán, la pastora Simona Corral y la labradora Dominga San Andrés, cabeza de una familia a la que pertenecían su yerno viudo y sus cinco nietos. La visibilidad del trabajo femenino confirma la insuficiencia del modelo de ganadores de pan y amas de casa, especialmente en las zonas alejadas de los centros del poder social y político, donde el modelo de organización del hogar difundido

⁸⁰⁹ AMGU-AS, 141586, 31-10-1854.

por la burguesía hegemónica perdía fuerza⁸¹⁰. Con todo, en los ochenta se consolidó la composición mesocrática del barrio, dominado por una masa de empleados de 1.000 pesetas de sueldo, taberneros y trabajadores cualificados que, poco a poco, desdibujaron la identidad de aquel viejo arrabal extramuros.

Figura 4.19. Composición socioprofesional por zonas (HISCO Major Group, 1869)



Fuente: Elaboración propia a partir del padrón de 1869 (AMGU-HE, 402576, 402577, 1884).

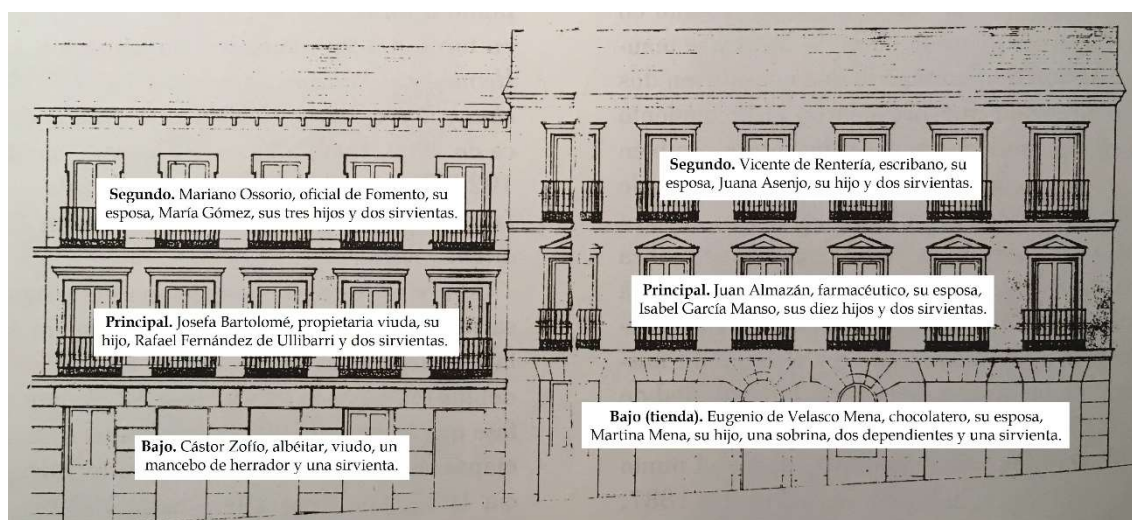
La composición socioprofesional de los habitantes de los arrabales del Amparo y Cacharrerías era similar a la de las rondas. En ellas, la proporción de hogares jornaleros en 1869 era especialmente alta en el barrio de la Antigua (con Alvar Fáñez y San Antonio), el 31 %, un porcentaje que descendía al 29 % en las calles Barrionuevo Alta y Baja y al 25 % en la Carrera. Hasta el último tercio del siglo XIX, las rondas fueron espacios fronterizos. Su identidad se diluía en la del casco y los arrabales, pero a partir de entonces, se especializaron en la acogida de migrantes rurales y de los habitantes

⁸¹⁰ DE PEDRO ÁLVAREZ, Cristina y SÁNCHEZ LAFORET, José María: “Allí donde habita el desorden. Relaciones de género en el marco de las corralas madrileñas (1853-1930)”, en *Expanding architecture from a gender-based perspective. III International Conference on Gender and Architecture*. Florencia, Scoula di Architettura, 2017 (pendiente de publicación).

procedentes de otras zonas de la ciudad, desplazados desde el casco, donde el precio de los alquileres era cada vez más alto, o llegados desde los arrabales, donde las posibilidades de prosperar eran escasas. Los casos de Ventura Sanz Cáceres, el agente de negocios que reformó en 1880 su casa de la calle Jáudenes y de Antonio Sierra, el consocio de Casimiro Contera, en la calle Barrionuevo Baja, son representativos de una clase media que eligió residir en las zonas de contacto entre centro y periferia, donde ocuparon una posición prominente. Fuera de allí, en sus pueblos o en los arrabales, difícilmente habrían logrado su reproducción social y económica, y en una gran ciudad o en el casco de Guadalajara, habrían quedado subsumidos en el océano mesocrático.

En el casco, la heterogeneidad del vecindario se atenuaba a medida que se renovaba el caserío. En el número 22, sobre el solar de la demolida iglesia de San Andrés, varios propietarios decidieron encargar al arquitecto provincial, Francisco Castellano, dos casas de vecindad adosadas, de parecida fábrica e inspiración clásica, cuyo vecindario aportó al tramo inicial de la vía un tono burgués, que se consolidó en las décadas siguientes. En 1869, los bajos estaban ocupados por la familia de Eugenio de Velasco Mena, un chocolatero procedente del burgalés Valle de Mena con dos dependientes y una criada, y por Cástor Zofío, un albéitar viudo procedente de la Calle Mayor Alta, que vivía con un mancebo y una sirvienta. A uno de los principales fue a parar la numerosa familia del farmacéutico Juan Almazán, que también se había trasladado desde la parte alta de la Calle Mayor con su esposa, sus diez hijos y dos sirvientas. En el otro principal residía Juana Bartolomé, propietaria, con su hijo, Rafael Ullibarri y sus dos criados. Los segundos estaban ocupados por las familias del escribano Vicente de Rentería, que se había trasladado allí desde la cercana calle de Bardales, y del oficial de Fomento, Mariano Ossorio, ambos con dos criadas.

Figura 4.20. Vecindario del inmueble de la Calle Mayor Baja, 22 (1869)



Fuente: Elaboración propia, a partir de Baldellou (1989) y del padrón de 1869.

El caso del número 22 de la Calle Mayor Baja es sintomático del surgimiento de nueva espacialidad, marcada por el valor económico del suelo⁸¹¹, que se afianzó en la Restauración. La apropiación del espacio urbano a costa de las callejuelas y los nuevos edificios construidos por la elite a lo largo de la Calle Mayor evidenciaba una masiva ocupación del casco por la burguesía, que, si no dio lugar a una ciudad segregada, como la propiciada por los ensanches de las grandes ciudades, sí dio pie a una creciente diferenciación social del espacio de la ciudad. En Guadalajara, como en otras urbes de sus dimensiones, tamaño demográfico y características, la opción por la reforma interior, la densificación del casco y el peso específico del valor de uso del suelo explican la menor fragmentación del espacio urbano⁸¹². El modelo de diferenciación residencial del espacio no alcanzó la intensidad y el carácter fragmentador de las grandes ciudades, donde los ingenieros y los arquitectos diseñaron con tiralíneas nuevas ciudades para la burguesía, o para las clases medias y populares, ni tampoco el de las ciudades industriales, donde se edificaron populosas barriadas para que los obreros de las fábricas redujeran el tiempo de su desplazamiento al trabajo y no se mezclaran con los ilustres patricios. Pero en la ciudad eran cada vez más notorias las disparidades entre el casco, donde residía preferentemente la burguesía, los arrabales, ocupados mayoritariamente por jornaleros, las rondas, espacios fronterizos copados por las clases medias y los migrantes integrados en la ciudad y las áreas suburbanas y rururbanas de las afueras, cuya población trabajaba en la estación del ferrocarril, los molinos harineros, las posadas y paradores de la carretera real de Madrid a Aragón y Cataluña o las huertas y casas de labor que abastecían a los habitantes de la ciudad.

Los precios de los alquileres evidencian el abismo que separaba a una ciudad como Guadalajara de una gran capital, como Madrid. En aquella se pagaban en 1887 10,99 pesetas por término medio, un precio muy alejado del que alcanzó la vivienda en la Corte, que iba desde las 15,02 del Ensanche Sur⁸¹³ a las 87,16 del Casco⁸¹⁴, pasando por las 30,42 pesetas del Ensanche Norte⁸¹⁵ y las 79,34 del Ensanche Este⁸¹⁶. Sin embargo, eran ostensibles las diferencias entre los arrabales, donde los alquileres superaban por poco las 5 pesetas, y el Casco, emplazamiento de la burguesía local, donde se acercaban a las 16, un valor muy próximo al de los barrios negros del sur de Madrid. En las rondas, el precio del alquiler alcanzaba un valor intermedio, reflejo del peso que tenía la proximidad al centro, pero en las afueras, era ligeramente superior, lo que evidencia el creciente valor del suelo adquirido en la periferia de la ciudad, ya por el crecimiento del Paseo de las Cruces, ya por el desarrollo agrícola en la zona inmediata a la Campiña del Henares, en dirección a Marchamalo, ya por la presencia de algunas quintas y casas de campo de la elite. En el primer caso se encontraba el secretario de la Audiencia Provincial, Antonio

⁸¹¹ LEFEBVRE, Henri: *El derecho...* (op. cit.).

⁸¹² TROITIÑO VINUESA, Miguel Ángel: *Cuenca: evolución y crisis...* (op. cit.); REHER, David S.: *Town and country...* (op. cit.).

⁸¹³ VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche Sur...* (op. cit.).

⁸¹⁴ DE MIGUEL SALANOVA, Santiago: *Madrid, sinfonía...* (op. cit.).

⁸¹⁵ PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El Ensanche Norte...* (op. cit.).

⁸¹⁶ CARBALLO BARRAL, Borja: *El Ensanche Este...* (op. cit.).

Fernández García, que pagaba 270 pesetas por su casa en las Cruces. Nacido en Alcalá de Henares, pero casado con Emilia Correa, hija de un militar retirado residente en Guadalajara, Antonio y su familia llegaron a la ciudad en 1883, procedentes de Cuenca, donde había nacido la hija menor del matrimonio. Al llegar a la ciudad, los Fernández Correa se instalaron en casa de los padres de Emilia, residentes en la calle de Jáudenes, junto al parque de la Concordia. Poco después, la familia se trasladó a una zona más tranquila, alejada del centro, pero próxima al lugar de trabajo del paterfamilias, en una zona, que, además, empezaba a convertirse en un barrio residencial de aire burgués.

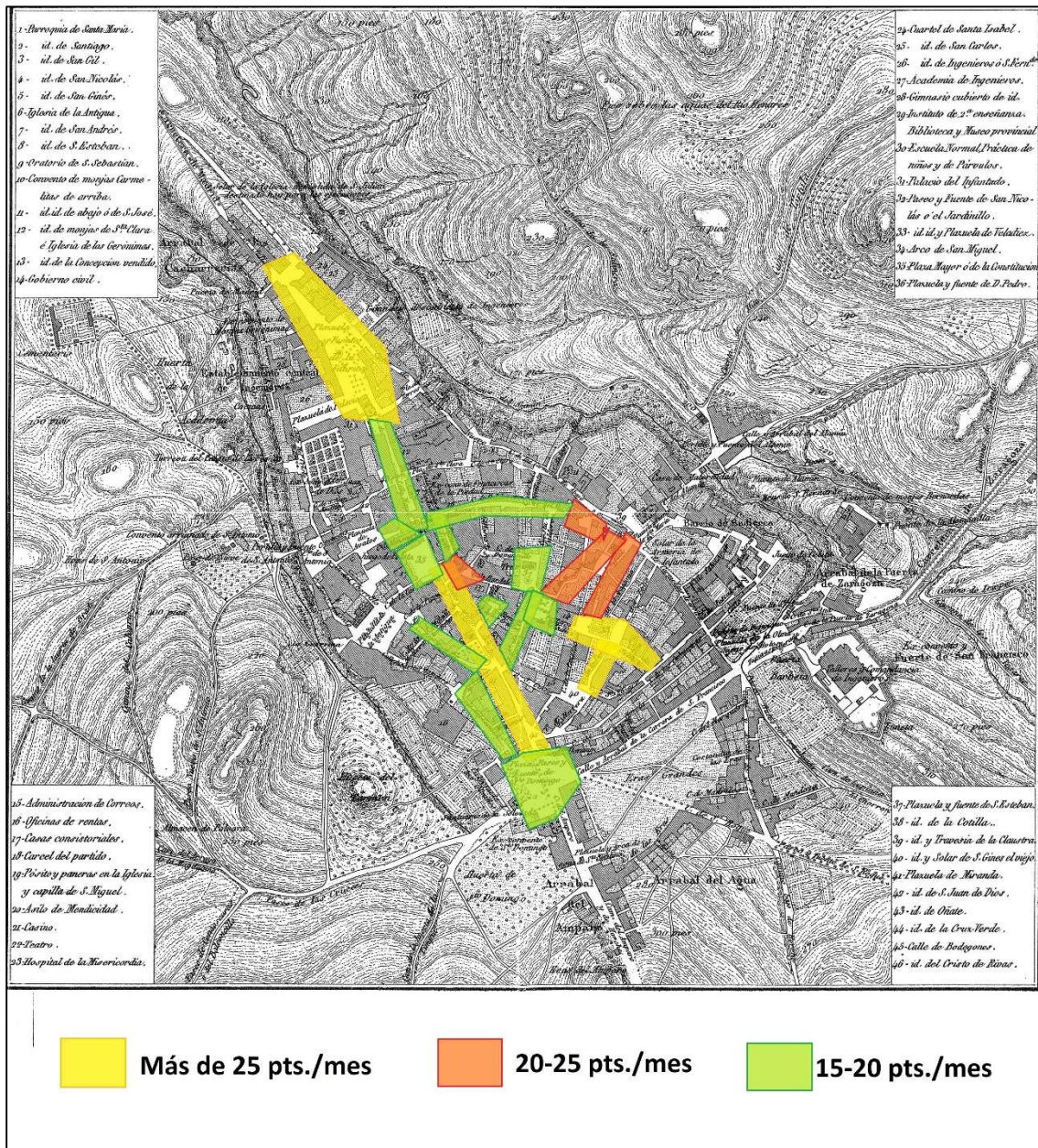
Figura 4.21. Precios medios de los alquileres por zonas (1887)

Zona	Pesetas	Habitantes
Arrabales	5,35	2.204
Casco	15,93	3.964
Afuera	9,46	542
Rondas	8,47	2.389
<i>Guadalajara</i>	<i>10,99</i>	<i>9.099</i>

Fuente: Elaboración propia a partir del padrón de cédulas personales (AMGU, 134485).

Los alquileres más elevados correspondían al espacio comprendido entre las plazuelas de la Fábrica, la Cotilla y Santo Domingo, en cuyo interior se situaban la Plaza Mayor. En la Calle Mayor Alta se llegaba a pagar una media de 28,61 pesetas, y en las calles aledañas, como la Calle de San Sebastián, en las inmediaciones del palacio de los condes de la Vega del Pozo y la Diputación Provincial 30,42, lo que la convertía en la vía más cotizada de la ciudad. Otra de las zonas más caras era la Plazuela de la Fábrica, que en los ochenta consolidó su papel residencial, ligado a la Academia de Ingenieros y los Colegios de Huérfanos del Ministerio de la Guerra. En la zona era frecuente la presencia de familias encabezadas por “militares”, madres de alumnos de la Academia o acogidos en los Colegios de Huérfanos, que se asentaban a la ciudad para acompañar a sus hijos. Entre ellas se encontraba Matea Lozano Hernando, una mujer casada procedente de Zaragoza, que se había instalado en una casa unifamiliar de la Calle de Madrid sin su marido, acompañada de sus hijos, Pilar, de 17 años, y Juan, alumno de Ingenieros, de 18.

Figura 4.22. Localización de las calles con alquileres medios superiores a 15 pesetas al mes (1887)



Fuente: Elaboración propia a partir de AMGU, 134485.

De forma paralela al creciente aburguesamiento del casco, la Calle Mayor, Alta y Baja, y la Plaza del Ayuntamiento que las dividía cedieron su protagonismo residencial, al acentuar sus usos comercial, político y festivo. Las calles y plazuelas adyacentes se consolidaron como zonas residenciales preferidas por la elite propietaria. En las plazuelas de Beladiez, Moreno y el Jardinillo, donde se ubicaban el Gobierno Civil, la Diputación Provincial y el Teatro, se asentaron algunos de los más eximios representantes de la burguesía arriacense. En la plazuela de Moreno, donde se levantó el palacio de la

Diputación Provincial en 1883⁸¹⁷, muy cerca del Gobierno Civil, se concentraba en 1884 lo más granado de la elite. En el número 4 vivía el senador fusionista Diego García Martínez con su esposa, Casilda Gamboa. El matrimonio habitaba una casona independiente, y tenía dos criadas a su servicio. En 1869, cuando sus hijos vivían todavía en la casa familiar y García era diputado, llegaron a tener cuatro sirvientas, pero los hijos se habían independizado y los García Gamboa vivían de las rentas del patrimonio que el prócer –pronto nombrado miembro vitalicio de la Cámara Alta– había acumulado, por derecho de herencia y de conquista. Entre sus vecinos destacaba la familia del abogado y propietario Pedro López-Palacios, y su esposa, Victoria Romillo, también propietaria, junto a sus cuatro hijos y una sirvienta. En la plaza también residían el secretario de la Administración provincial de Contribuciones, Manuel Mexía Sáez de Pedroso, que también tenía empleada a una criada.

Muy cerca de allí, en la contigua calle de la Exposición tenía su casa el líder del partido conservador, Fernando Güici, que había sido alcalde de la ciudad al inicio de la Restauración y se disponía a tomar de nuevo el bastón de mando. Güici, como García, tenía empleadas a dos criadas de servicio, cuya presencia era muy superior en las casas del casco, donde casi un tercio disponía de servicio doméstico, que brillaba por su ausencia en las rondas, los arrabales y las zonas periféricas. La presencia de sirvientas respondía a un afán de exhibición de estatus por parte de algunos representantes de la elite local, como Manuel María Valles, líder del carlismo arriacense durante el Sexenio y dirigente conservador en la Restauración⁸¹⁸, que, en 1904, indicaba en su hoja de empadronamiento que “no hay criadas hoy” en su casa de la Calle Mayor. Entre los habitantes con mayor número de empleadas domésticas se encontraban el ingeniero Juan Antonio Reyes Rich, el comerciante Ignacio de Bartolomé Boitebeg y el farmacéutico y erudito Francisco Fernández Iparraguirre, con cuatro criadas cada uno. Este último, impulsor del volapuk en España y alma del Ateneo de la ciudad, tenía a su cargo, además, a un practicante, en su casa de la plazuela de Santo Domingo.

Figura 4.23. Hogares con servicio doméstico por zonas (1884)

	Número de sirvientas					Total de hogares	% con servicio
	0	1	2	3	4		
Casco	566	200	68	7	3	844	32,94
Rondas	483	59	20	6	2	570	15,26
Arrabales	498	19	4	1	0	522	4,60
Extramuros	117	3	0	0	0	120	2,50

Fuente: Elaboración propia, a partir del padrón de 1884.

⁸¹⁷ BALLESTEROS SAN JOSÉ, Plácido (*et al.*): *Guía histórica de la Diputación Provincial de Guadalajara (1813-2001)*. Guadalajara, Diputación Provincial, 2001.

⁸¹⁸ CALERO DELSO, Juan Pablo: *Elite y clase...* (*op. cit.*).

La exhibición de criados y, sobre todo, criadas, no era la única forma de exhibición de poder utilizada por la elite. El interior de las viviendas de los patricios locales era un museo de enseres inservibles, que poblaban las habitaciones y salas de forma acumulativa⁸¹⁹. Las estancias de la casa Isidro Monteliú, un notario viudo que vivía acompañado de la sobrina de su esposa, estaban dominadas por el horror vacui. En ellas se agolpaba una buena colección de mesas, sillas, sofás, consolas, muebles y ropas, cuyo valor ascendía a unos 200.000 escudos. Sobre todos los elementos del hogar destacaban varios cuadros que reflejan particularmente la identidad pública que Monteliú exhibía ante sus visitas, muy habituales debido a su profesión. Destacaban cuatro retratos de “Napoleón II (*sic*)” en el recibidor, y cinco retratos suyos, de cuerpo entero o de busto, junto a un cuadro de San Juan en la sala de la planta superior, y otro de la Virgen de la Concepción en la sala de la planta baja de la vivienda. Las habitaciones para recibir a las visitas, cargadas de muebles, enseres y adornos, contrastaban con la simplicidad de las alcobas y la cocina, donde, sin embargo, destacaba la presencia de tres cubiertos de plata, que, en muchos casos se empleaban para agradecer a las amistades los servicios prestados o para mostrar el afecto durante la vida⁸²⁰.

⁸¹⁹ CRUZ VALENCIANO, Jesús: *El surgimiento...* (*op. cit.*)

⁸²⁰ Tal fue el caso de José Ramón Udaeta a su muerte. En su testamento, repartido entre sus numerosos sobrinos, dejó cubiertos de plata a sus albaceas y al cura párroco de su feligresía. AHPGU-PTC, 2934/5157.

Figura 4.24. Inventario de bienes de la testamentaría del notario Isidro Monteliú (1868)

Estancia	Mobiliario	Valor (Esc.)
Despacho	Dos mesas de nogal y una de pino, una escribanía “con campanilla, tinteros y salvadera de latón”, un sofá “muy usado”, una poltrona de nogal antigua, dos estantes para los protocolos, un “bastón viejo” y un “paraguas usado”.	17.400
Comedor	Una mesa de pino redonda con brasero de cobre “bastante usado”, un sofá “ordinario de pino con colchoncillo de paja y tres almohadas de percal encarnado”, seis sillas de haya, un estante de pino “bastante deteriorado” y un quinqué “bastante usado y antiguo”.	7.200
Sala de arriba	Un sofá y doce sillas de nogal “con colchoneta de Damasco, bastante usado”, dos espejos, cuatro “colgaduras, dos de muselina blanca y otras dos de damasco encarnado”, una consola, dos floreros “con fanales de cristal”, un cuadro de San Juan y cinco retratos del finado, dos de cuerpo entero y tres pequeños con marco dorado	31.200
Cuarto recibimiento	Seis sillas “de Victoria (<i>sic</i>)”, un armario de caoba con vidrieras, una estera y dos cuadros con estampas de “Napoleón II (<i>sic</i>)”.	4.700
Sala de abajo	Dos sillones y una banqueta de nogal “en mal estado”, una cómoda de pino “en mediano uso”, un cuadro de la Virgen de la Concepción, una cómoda, seis sillas de haya, brasero de latón con caja de nogal y un “reló (<i>sic</i>) de bolsillo, con su relojera”.	19.200
Alcoba de la derecha	Una cama de nogal con dos cabeceras de nogal “bastante usadas”, dos colchones de terliz y lana y un jergón de paja, un sillón “muy viejo” y dos orinales bastos.	22.500
Alcoba de la izquierda	Un baúl y dos camas de tijera.	12.800
Ropas de cama	Una docena de sábanas, “ocho de Coruña con puntillas”, almohadas, dos mantas de Palencia, seis colchas y dos pares de visillos.	17.400
Más ropas	Una capa de paño, color de paja, pantalones, chalecos y gabán de paño, camisas de hilo, dos pares de calzoncillos de hijo y dos de inglesina “en buen uso”, medias de hilo, dos pares de botas y sombrero de copa “usado” y pañuelos de color para bolsillo.	49.000
Cocina	Una mesa de pino con cajón, una cantarera, una tinaja para agua, doce platos de loza y otros doce de Talavera, cuatro cazuelas de Alcorcón, seis vasos de vidrio y seis copas de cristal, seis cucharas de boj, un almirez de mano, un cazo de azofrar, dos palanganeros, dos jofainas, tres cubiertos pequeños de plata, dos cargas de leña y más enseres	30.000

Fuente: Elaboración propia a partir de AHPG-PTC, 3494.

Con todo, la población del casco distaba mucho de ser homogénea. La segregación de clases sociales era fundamentalmente vertical⁸²¹. En los edificios de varias plantas, el principal quedaba reservado casi siempre al propietario de la finca, o al inquilino que pagaba un alquiler más elevado, mientras que los vecinos más modestos ocupaban las plantas superiores. Las buhardillas y los sotabancos solían estar ocupados por las familias jornaleras que vivían en el casco, casi siempre recién llegadas, hasta que se desplazaban hacia los arrabales y las rondas, después de un tiempo de residencia en el centro de la ciudad. Los bajos eran ocupados habitualmente por las familias dedicadas al comercio, aunque, en muchos casos, los precios del suelo del centro eran privativos, lo que aceleró la separación entre los lugares de residencia y trabajo. La segregación vertical del espacio era canónica en el número 60 de la calle Mayor Alta. En sus cinco plantas (bajo, principal, segundo, tercero y sotabanco) se distribuía un mosaico de familias entre las que mediaba una gran disparidad social y económica.

En los principales vivían dos familias encabezadas por dos altos funcionarios de la administración provincial, Marcelino Villanueva, jefe de Fomento de la provincia, y José Bocio, el administrador de Contribuciones y Rentas Provinciales. Sus salarios, de 4.000 pesetas en el caso de Villanueva, les permitían afrontar con holgura los 200 reales de alquiler mensual, sin gran merma de su presupuesto familiar. La otra cara de la moneda eran los sotabancos, donde vivían Tiburcio López con su extensa prole, y Juana Campuzano, una anciana viuda de escasos recursos. En el tercero se instaló una joven pareja de recién casados cuyo principal ingreso era el jornal del cabeza de familia, Santiago Cubero. Por los cuartos superiores de la casa, estos inquilinos pagaban entre 10 y 12 reales al mes, mucho menos que los Villanueva o los Bocio, pero un mundo para sus exiguos salarios como jornaleros, que generalmente no pasaban de 6 reales cuando los percibían.

⁸²¹ Este fue el principal mecanismo de segregación en las ciudades que no tuvieron ensanche, o en los cascos de las que lo tuvieron. Para el caso de Madrid, véanse: DE MIGUEL SALANOVA, Santiago: *Madrid, sinfonía...* (op. cit.); DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales...* (op. cit.).

Figura 4.25. Segregación vertical del espacio residencial: vecindario de la Calle Mayor Alta, 60 (1884)

Planta	Habitantes	Alquiler (Pts./mes)
Sotabanco	Juana Campuzano Roldán (69), viuda, sin oficio declarado. Nacida en Quintana Redonda (Soria), residía en la ciudad desde 1844.	3,00
	Tiburcio López (41), jornalero, su esposa Paula García (38), “sus labores”, ambos de Valdenoches, y sus cinco hijos, nacidos en Sigüenza, Valdenoches y El Casar de Talamanca, de entre 15 y 5 años, todos ellos jornaleros. Llegaron a la ciudad en 1882.	3,00
Tercera	Santiago Cubero Nicolás (29), jornalero de Valdeavellano, y su esposa, Faustina Lozana (19), sin oficio declarado	2,50
Segunda	Teodoro Arellano González (58), capitán retirado de Ocaña, y su hijastra, Filomena Cano (36), de Lodosa (Navarra). Una sirvienta, Cruz Mariscal (16), de Almoguera. Llegados en marzo de 1884.	21,00
	Dámaso Sanz Delgado (73), barbero retirado viudo y su hija, Casilda Sanz Almazán (40), sin oficio declarado.	21,00
Principal	José Bocio Bonchón (62), de Orense y empleado en la Administración de Contribuciones, su esposa Amparo Juez Sarmiento (60), de Tobarra (Albacete), el hijo de ambos, José (25), médico, y una sirvienta, Gregoria Sanz (16), de Torrelaguna. Llegados en 1882.	50,00
	Marcelino Villanueva García (54), jefe de Fomento de la provincia, nacido en San Clemente (Cuenca), y su esposa, Catalina Deprit (54), de Madrid, con sus hijos, ambos estudiantes (18 y 13).	50,00
Baja	Ángel Gómez (36), ebanista llegado desde Madrid en 1880, su esposa, Cesárea Roldán (24), ambos solteros, llegados desde Madrid en 1880, su hija, Dolores (2) y el aprendiz Joaquín Llanos (28), también madrileño.	No indica

Fuente: Elaboración propia a partir del padrón de 1884 (AMGU-HE, 402628, 402629, 1884).

A espaldas de las calles principales subsistían algunos enclaves degradados. Muy cerca de la calle Mayor se localizaban dos de los puntos más deprimidos de la población, en dos corralones de las plazuelas de Dávalos y Don Pedro. En ambos casos se trataba de viejas casonas cuyos propietarios habían convertido en casas de vecindad, dividiendo el espacio interior en múltiples cuartos. Sus vecindarios estaban casi por completo formados por familias de jornaleros, en muchos casos encabezados por parejas informales, o por mujeres viudas o separadas que vivían con sus hijos. En tres de los principales residían tres de esas familias que alteraban la supuesta homogeneidad de la familia nuclear. Una de ellas estaba encabezada por Rufina Sanz, una mujer casada de 64 años procedente del pueblo alcarreño de Heras, que vivía con su hija, de 32. Entre sus vecinos se encontraba la familia recién formada por el jornalero Francisco Román, de 53 años, su pareja,

Concepción Medel, de 35, y el hijo de ambos, Miguel, de 3. Mariano Pérez Butrón, jornalero de 39 años, residía en otro de los cuartos del principal con María Redondo Letón, de 64 años, que debemos suponer su pareja, ya que no parece probable que fuera la sirvienta de un jornalero.

El corralón, conocido como la “Casa Grande de Dávalos”, pertenecía al marqués de Tejada. En 1883, el Ayuntamiento, por medio de su maestro de obras, Antonio Adeva, y del médico de la beneficencia municipal, Benigno Obispo, abrió una investigación, debido a las denuncias que aseguraban que en él “habitan bastantes personas, así como también se conservan pescados salados y frutas, sirviendo también para contener leñas y algunas clases de ganados”. Adeva no advirtió problemas estructurales, y el médico aseguró que “a pesar de contener setenta personas, todos sus moradores reúnen las condiciones higiénicas necesarias, tanto por su ventilación como por su capacidad, si bien todas están en completo deterioro”. Sin embargo, indicó que era conveniente vigilar el edificio, “puesto que es vecindario que se presta poco a la limpieza tanto interior como exterior (sic)”. En una comunicación posterior, a requerimiento nuevamente del Ayuntamiento, señalaba que no había depósito de frutas y sí “unos cuantos barriles de escabeche en un salón de mucha capacidad y ventilación”, cinco caballerías mayores en cuadras, y entre 30 y 50 cerdos para matanza, apartados de las viviendas que “no es el sitio más a propósito”⁸²².

⁸²² AMGU, 458393.

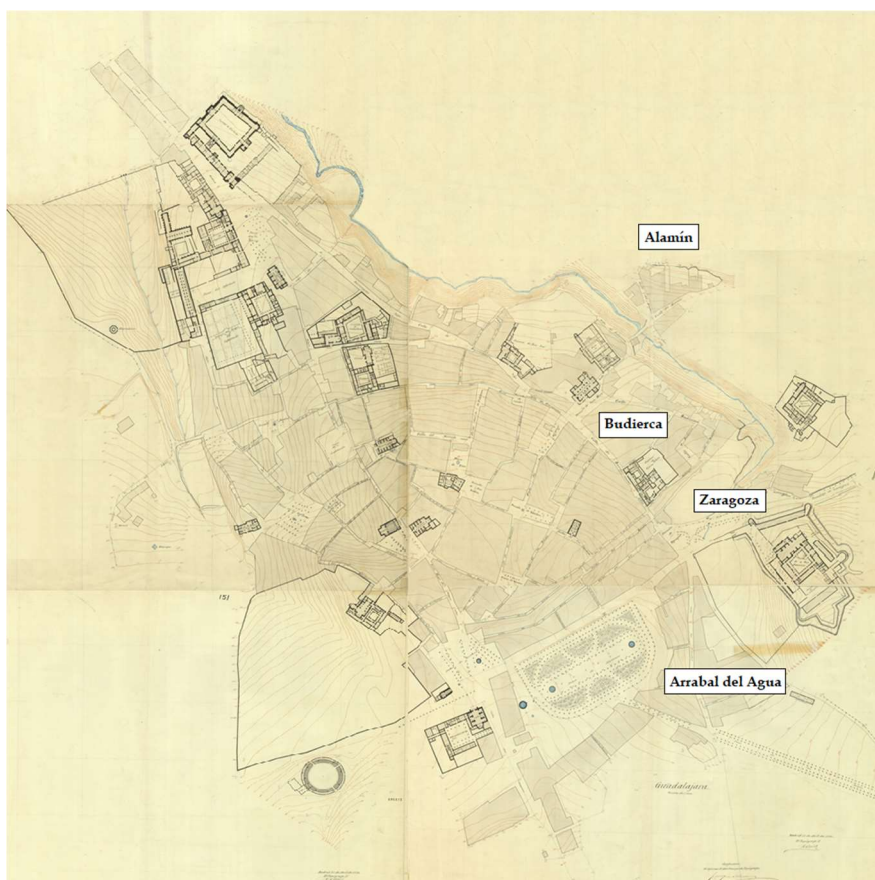
Figura 4.26. Vecindario de un enclave degradado en el casco: el corralón de Dávalos (1884)

Planta	Vecindario
Bajo	Tomás Andrés Agudo, jornalero de 57 años, y Juana Lozano, "su sexo", de la misma edad. Ambos, nacidos en Valdenoches, llegados en 1854
	Olalla Buendía Cuenca (54), viuda y "sus labores", con su hija, Jacinta Gómez Buendía (16), "sus labores", ambas nacidas en la ciudad.
	Rufino Ampuero (50), pobre, su esposa Juana Aspa (60), de Sigüenza y "sus labores" y su hija, Inés (19), sirvienta.
	Bernabé Mínguez de la Cruz (39), tabernero, su esposa, Feliciano Hervás (41), no indica oficio, sus hijos de 14, 5, 4 y 1 años, y la madre de Bernabé, Dolores (88).
Principal	Jovita y Saturnina Rodilla Fernández, hermanas, sin oficio conocido, de 19 y 14 años, con su abuela, Saturnina Senén, de 78.
	Mariano Andrada Fernández (29), de Usanos, jornalero, su esposa, Juliana Daza (26), sin oficio declarado, y la hija natural o hermana de ésta, Andrea (13), ambas de Guadalajara.
	Muy parecida y emparentada con la anterior. El cabeza de familia, el jornalero de Usanos Marcelo Andrada García, era pariente de su vecino, y su esposa, Mercedes Daza (23), pariente de su vecina, tal vez su hermana. Con ellos vivía la niña Francisca Daza, hermana o hija natural de la esposa.
	Rufina Sanz Casado, 52 años, de Heras de Ayuso, "sus labores", casada separada, y su hija, Eustaquia Henche Sanz, de 22, nacida en Fuentes de la Alcarria y sirvienta.
	Aniceto Garcilópez (40), de Valfermoso de las Monjas y jornalero, y su esposa, Antonia del Campo (46), de Castilmimbre y "sus labores", los hijos de Antonia, Dionisio y Miguel López del Campo, de 23 y 16 años y jornaleros, y la hija del matrimonio, Irene, de 6 años.
	Andrés Hernández (58), jornalero, su esposa Baldomera Hebreo (53) y "sus labores", y sus tres hijos, Norberto (23), Ángel (16) y Paula (12), los tres jornaleros. Todos los miembros nacidos en Guadalajara capital.
	Francisco Román (53), jornalero, Concepción Medel (32), "sus labores" (ambos solteros) y su hijo Miguel (3).
Segundo	Mariano Pérez Butrón (39), soltero, jornalero y de Alcocer, y María Redondo Letón (64), viuda, "sus labores" y de Marchamalo.
Corredor	Francisca Lorente Ventura (49), de Sigüenza, tendera y viuda.
Interior	Agustín Martínez (63), viudo, pensionista, nacido en Acrijos (Soria).
No indica	Tomás Ortigado (38), cerrajero de Cañizar, Micaela Escarpa Martínez (32), que no indica oficio, y sus cinco hijos de 14, 8, 6, 4 y 2 años.
	Marcelino Magán Redondo (52), de Alcolea del Pinar y jornalero, Margarita Alonso (46), de Villamayor de Santiago, "su sexo", y su hijo, Jorge (7), nacido en Guadalajara.

Fuente: Elaboración propia a partir del padrón de 1884 (AMGU-HE, 402628, 402629, 1884).

Al lado de estos enclaves, los arrabales del Alamín, el Agua, Budierca y San Roque, junto con los nuevos barrios de Gil de la Huerta, Elvira e Isidro Corral, se consolidaron como enclaves paradigmáticos de la topografía de la miseria. En el caso de las localizaciones periféricas, la pobreza adquiría una difusión espacialmente homogénea, en contraste con la heterogeneidad espacial del casco. Nuevamente, en 1884, el Alamín volvía a ser el arrabal con mayor número de familias jornaleras, cuyo porcentaje era incluso mayor que en 1869, un 70 %, y el resto eran mujeres viudas que no indicaban profesión, algunas lavanderas y varios trabajadores agropecuarios. En Budierca también habían aumentado los hogares encabezados por jornaleros, en este caso hasta un 61 %. Entre los cabezas de familia jornaleros había cuatro mujeres que declaraban esta ocupación, un comportamiento muy diferente al de otras mujeres del resto de zonas de la ciudad, donde era creciente el subregistro del trabajo femenino. En el Arrabal del Agua, sin embargo, las familias jornaleras se habían reducido del 50 al 47 %, apareciendo en su lugar varios dependientes de consumos, algunos trabajadores cualificados (herrero, sastre) y varios peones, que, si bien pertenecían a las clases populares, indicaban una identidad diferente que la de los jornaleros, basada en la relación laboral y no en el oficio.

Figura 4.27. Situación de los arrabales del Alamín, Budierca, Zaragoza y el Agua (1880)



Fuente: AMGU.

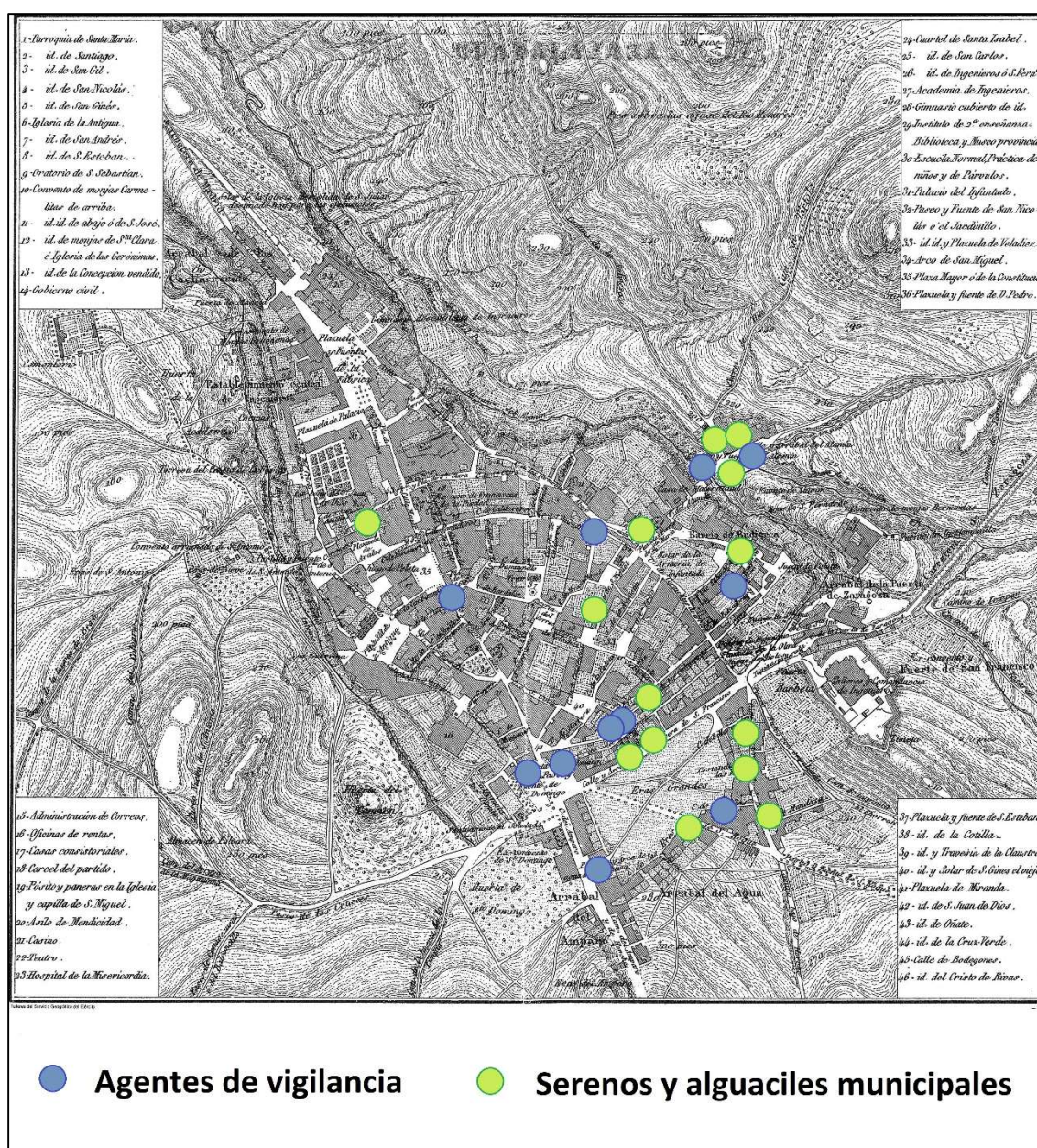
Figura 4.28. Calles con los alquileres medios más bajos (1887)

Localización	Tipo de localización	Zona	Alquiler medio (Pts./mes)
Barrio Gil de la Huerta	Barrio	Afuera	2,88
Afuera del tercer distrito	Disperso	Afuera	3,54
Alamín	Arrabal	Arrabales	3,54
Pescadores	Calle	Arrabales	3,66
Arrabal del Agua (travesía)	Travesía	Arrabales	4,00
Budierca	Arrabal	Arrabales	4,01
Matadero	Calle	Rondas	4,50
Mendoza	Calle	Arrabales	4,55
Salazaras	Calle	Arrabales	4,67
Mina	Calle	Rondas	4,75
Buenvecino	Calle	Rondas	4,86
Marqués	Calle	Arrabales	5,17
Madriles	Calle	Arrabales	5,50
Arrabal del Agua	Arrabal	Arrabales	5,57
Don Pedro	Plazuela	Casco	5,91
Antigua	Plazuela	Rondas	6,04
Zaragoza	Arrabal	Arrabales	6,04
Alvar Fañez de Minaya	Calle	Rondas	6,14
San Roque	Arrabal	Arrabales	6,21
Corralillos	Calle	Rondas	6,22

Fuente: Elaboración propia a partir del Padrón de cédulas personales (AMG, 134485).

Los tres arrabales, pese a su creciente especificidad, tenían como principal nota común la presencia de un creciente número de trabajadores del orden público, entre serenos y agentes de vigilancia que la que habían tenido treinta o cuarenta años atrás. El destino de los serenos a los arrabales era uno de los principales mecanismos de la ciudad moral. Ya en 1847, el Ayuntamiento decidió cubrir una plaza para un sereno “de los de afuera”, que había quedado vacante por el fallecimiento de un sereno de Budierca, que al igual que los otros dos arrabales degradados, el del Agua y el del Alamín, tuvieron habitualmente un sereno entre sus vecinos. En 1884, en el Alamín vivían el guardia municipal Laureano López Sanz, los serenos Leandro Camarillo, Juan González Calvo y Casto Yela, y el agente tercero de orden público Celestino Muñoz Andrés. En Budierca, había dos, un sereno y un agente de orden público, y en el Arrabal del Agua, tres serenos. Su presencia guarda relación con el sistema de vigilancia diseñado por la ciudad moral, que fiaba su eficacia a la presencia de los cuerpos policiales y de control en el espacio público.

Figura 4.29. Distribución de los agentes de vigilancia y los serenos por la ciudad



Fuente: Elaboración propia a partir del padrón de 1884 (AMGU-HE, 402628, 402629, 1884).

Este comportamiento, por su parte, refleja una segregación simbólica del espacio urbano, patente en la criminalización de los vecinos de los tres arrabales, que en la prensa aparecían frecuentemente caricaturizados como contraejemplo de la urbanidad. En uno de los periódicos locales de mayor influencia, de tono satírico, *Flores y Abejas*, los vecinos del Alamín, y sobre todo, las vecinas, aparecían frecuentemente parodiadas como mujeres violentas, animalizadas e incultas. En 1896, el periódico describió jocosamente una pelea entre varias mujeres, del siguiente tenor:

¡Santo Cristo, qué palabras!
 Y el público como siempre,
 echando leña a la llama
 y bendiciendo el destino
 que ocasión la presentaba
 de presenciar un festejo
 poco frecuente en la Alcarria
 puesto que aquí –dicho sea
 en honor de mis paisanas–
 tan solo promueven ciscos
 frecuentemente: la Marcas,
 la tía Gila, la Bigotes,
 la Pelos y otras simpáticas
 vecinas del Alamín,
 de Budierca, de la Claustra,
 o del Amparo y contornos⁸²³.

En tono menos jocoso, pero irónico, la misma edición de *Flores y Abejas* identificaba a los habitantes de los arrabales con la vida disoluta y la transgresión de la moral hegemónica, que asociaba a la vida nocturna, pues según aseguraba, “ya no cantan los serenos más que por los barrios bajos (...) por que (*sic*) los vecinos del Arrabal, Budierca y San Roque y demás barrios extremos carecen en su mayoría de relojes”⁸²⁴. Las afueras eran percibidas como el contrapunto de la ciudad central, e identificadas con la marginalidad y la exclusión social, como se desprende de un artículo de opinión publicado en el mencionado periódico por el funcionario Marcelino Villanueva y Deprit, que señalaba que “los sueldos que disfrutamos la mayoría de los empleados no nos permitirán veranear, a no ser hiciésemos lo que los gitanos, acampar en las afueras”. Estas imágenes estereotipadas ponen de manifiesto la existencia de una segregación simbólica, más que física, que se reflejaba en las representaciones de los arrabales como espacios antiurbanos, rurales, desordenados e incivilizados.

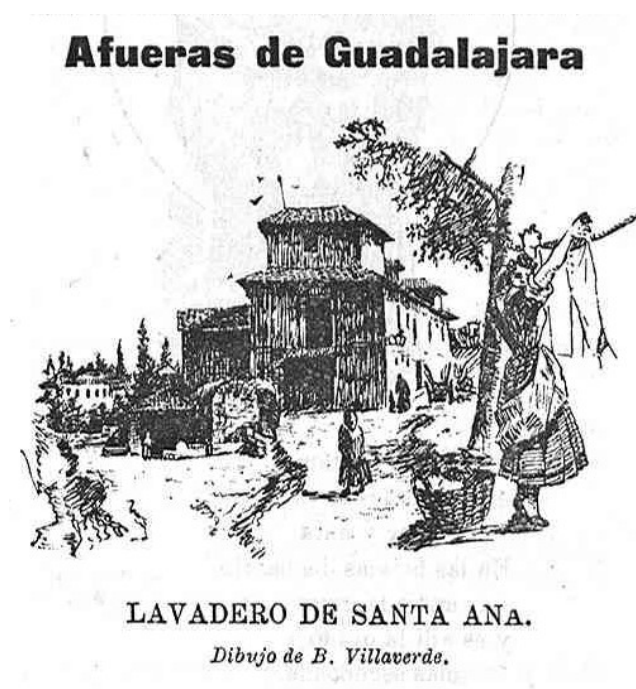
El desprecio se tornaba en indiferencia hacia los nuevos barrios formados en las inmediaciones de las carreteras y la estación del ferrocarril, ocupados pronto por habitantes de escasos recursos, que difícilmente podían pagar los precios de los alquileres del casco y las rondas. En el barrio de Gil de la Huerta vivían doce familias, la mayoría de ellas jornaleras y recién llegadas a la ciudad desde pueblos de la Alcarria, como Romancos, Hontanares, Argecilla, Valdesaz, Ledanca –todos ellos, en el partido de Brihuega– o Yebes, y aun desde otras provincias, como Pozuel del Campo, en Teruel, y Abia de la Obispalía, en Cuenca. El barrio era, además, un espacio transgresor, como demuestran la presencia de parejas informales en la zona o el reconocimiento del trabajo femenino, comportamientos poco habituales en otras zonas de la ciudad. La prensa burguesa, en consecuencia, aprovechaba cualquier suceso para criminalizar a los

⁸²³ *Flores y Abejas*, 15-11-1896.

⁸²⁴ *Flores y Abejas*, 15-11-1896.

habitantes de la zona. En 1898, por ejemplo, la muerte de una mujer como consecuencia de las heridas ocasionadas por un muchacho que cazaba pájaros en “aquellos sitios”, sirvió a *Flores y Abejas* para lamentar el “abandono y la pésima educación que reciben algunas criaturas” y la necesidad de su regeneración⁸²⁵.

Figura 4.30. Las representaciones de las afueras



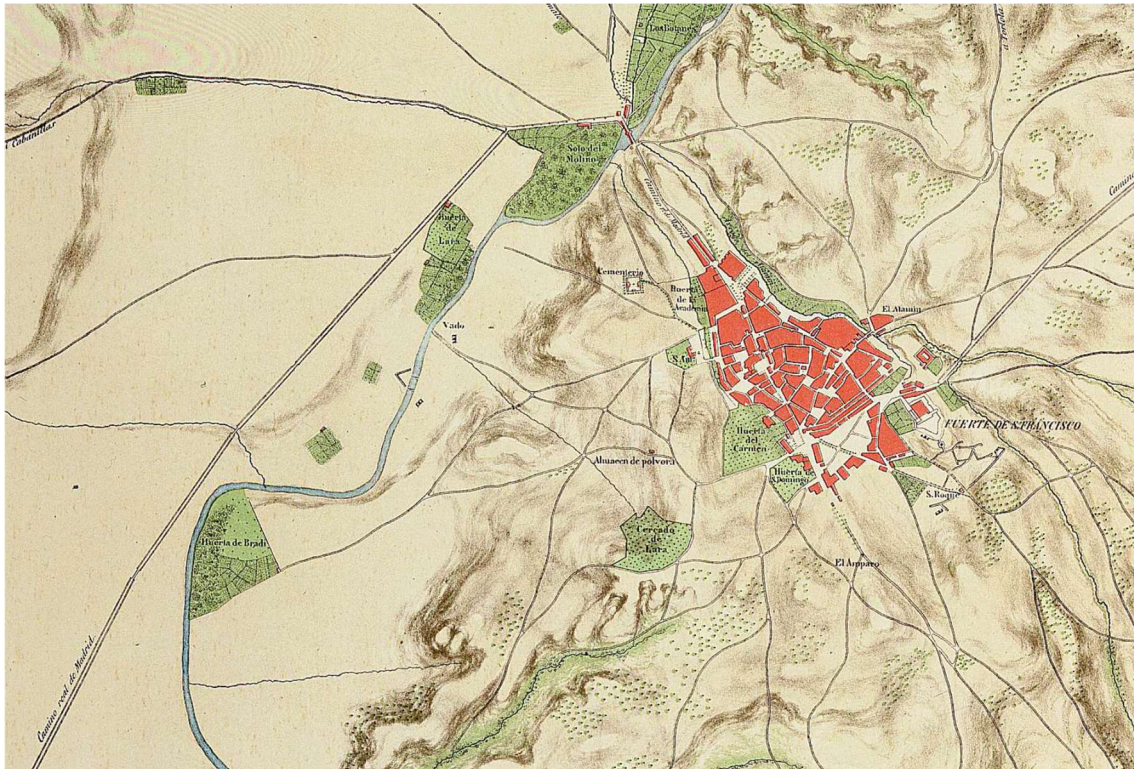
Fuente: *Flores y Abejas* (11-6-1899).

En los barrios de Elvira y la Estación del ferrocarril, la población estaba mayoritariamente relacionada con la infraestructura ferroviaria. Situados en la margen derecha del río Henares, y a mayor distancia del centro que los terrenos adyacentes a la carretera de Zaragoza, ambos barrios funcionaron como un apéndice de la ciudad, en los que el predominio de migrantes recién llegados era absoluto. A medida que la población aumentó en volumen y estabilidad, como consecuencia del desarrollo de la industria harinera, se hizo patente el surgimiento de una comunidad reconstruida, con una identidad diferenciada y su propia fiesta, que se celebraba cada mes de julio por Santiago⁸²⁶. Los dos barrios formaban parte de las zonas del primer distrito que en los empadronamientos se consideraban extramuros, una denominación que reflejaba la pervivencia de la barrera cultural que separaba al casco y los arrabales de aquellos terrenos que se habían adosado a la ciudad, a pesar de la desaparición de la muralla.

⁸²⁵ *Flores y Abejas*, 18-12-1898.

⁸²⁶ *La Región*, 31-7-1906.

Figura 4.31. Entorno rururbano de la ciudad de Guadalajara, según los ingenieros militares (1849)



Fuente: Biblioteca Nacional de España.

En ellos, donde vivían 380 habitantes en 1884, el rastro de Guadalajara se perdía a lo largo de las carreteras de Madrid, Marchamalo, Fontanar y Cabanillas, en cuyas inmediaciones se situaba una ingente porción de caseríos, huertas, posesiones, paradores, quintas, tejares y pozos de nieve diseminados, cuya población se dedicaba a las labores agropecuarias. Los caseríos más importantes eran los de El Cañal y Berjafel, próximos a los municipios de Marchamalo y Usanos, y el del Monte de Fresno, próximo a Fontanar, que, con sus 69 habitantes, era el más populoso. El Cañal, propiedad del marqués de Castrillo dedicada al cultivo de regadío, era sinónimo del ruralismo y la barbarie que la orgullosa ciudad creía haber dejado atrás al convertirse en capital. Así, la prensa comparaba las prácticas lúdicas de “los golfos de esta capital” que se solazaban en la Concordia con los “juegos bárbaros propios del Cañal”, calificando a unos y otros de chusma⁸²⁷. Los habitantes de esas zonas eran, en su mayoría, migrantes de los pueblos circunvecinos, como Fontanar, Usanos o Marchamalo.

⁸²⁷ *Flores y Abejas*, 17-7-1898.

La nueva topografía de la opulencia y la miseria se pareció más una pintura impresionista que al mosaico descrito por Wirth, ya que, si bien la reforma interior careció del efecto transformador de los ensanches burgueses, era posible advertir sobre el plano de la ciudad manchas de intensidad variable y tonalidades diferentes, aunque sin transiciones abruptas como las que operaron en las grandes ciudades burguesas, donde los ensanches prefiguraron una mayor delimitación de espacios sociales con contornos bien definidos. En Guadalajara, como en las ciudades de dimensiones parecidas, los contornos de las zonas ricas y pobres quedaron difuminados por tenues y difuminadas fronteras, donde se formaron áreas residenciales de composición dispar y heterogénea. El casco, por su parte, afianzó su papel como espacio residencial burgués, aunque el deterioro del caserío motivó la aparición de enclaves de miseria que el Ayuntamiento pretendió extirpar desde presupuestos higienistas, forzando a los propietarios a reformar las casas de vecindad y corralones, en los que desplegaron una especulación sin precedentes.

CAPÍTULO 5. LA MALDICIÓN DE ARACNE: MERCADO DE TRABAJO E IDENTIDADES EN UNA CIUDAD DE SIRVIENTAS Y JORNALEROS

Con hombres así no había miedo a ser robado, y la confianza entre amos y obreros era completa. El tejedor entraba de aprendiz en un taller, y sólo lo abandonaba para irse al cementerio. Todos los trabajadores de la casa me vieron nacer. Eran como de la familia.... ¡Oh, qué tiempos aquéllos...!

Vicente Blasco Ibáñez. *Arroz y tartana*⁸²⁸.

No lo soportó la infeliz y con un lazo, ardida, se ligó / su garganta: a la que así colgaba, Palas compadecida la alivió / y así: “Vive pues, pero cuelga, aun así, malvada” dijo, / “y esta ley misma de tu castigo, para que no estés libre de inquietud en el futuro, / declarada para tu descendencia y tus tardíos nietos sea”.

Ovidio. *Metamorfosis*⁸²⁹.

5.1. Las últimas hilanderas

Tras el cierre de las Reales Fábricas, en 1822, Guadalajara quedó sumida en una profunda crisis económica e identitaria. La ciudad fabril retornó de súbito a su estado original de ciudad agraria e industrial⁸³⁰, un carácter que nunca había perdido del todo. Pero el ocaso de las manufacturas no supuso la desaparición de la producción textil, que subsistió gracias a la actividad de algunos pequeños talleres, dedicados a la fabricación de sargas, bayetas y paños. En 1853, tres décadas después del cierre del complejo fabril, aún permanecían abiertos cinco telares de lanzaderas y otro para tejer sayal, en los que trabajaban media docena larga de tejedores y sargueteros y otros tantos hilanderos, que, en su mayoría, eran mujeres. Todas ellas eran viudas, y residían en la Calle de Mendoza, uno de los enclaves del degradado Arrabal del Agua, o en la cercana Plazuela de la Olma, junto a la Puerta de Bejanque. Muchas de aquellas mujeres heredaron el oficio de sus madres y, probablemente, algunas llegaron a trabajar en las Reales Fábricas, en sus propios domicilios o en las escuelas de hilazas que proveían a la manufactura, trabajando

⁸²⁸ BLASCO IBÁÑEZ, Vicente: *Arroz y tartana*. Valencia, Prometeo, 1919.

⁸²⁹ OVIDIO: *Metamorfosis* (Libro VI). Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002.

⁸³⁰ BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “Madrid: de capital imperial a región metropolitana: cinco siglos de terciarización”, en *Papeles de Economía Española*, 18 (1999), 18, pp. 18-30.

a destajo por salarios mucho más exigüos que los de sus compañeros⁸³¹. A pesar de su modesta condición, las hilanderas constituían una aristocracia profesional, en un tiempo en que las mujeres estaban irremediablemente abocadas al matrimonio, el servicio doméstico o los trabajos subalternos en el campo, en el comercio o en los talleres artesanales, donde debían someterse a la rígida autoridad del paterfamilias.

El trabajo de las hilanderas y los tejedores era el último vestigio de la rancia tradición textil de la vieja ciudad castellana, conocida por sus paños desde tiempo inmemorial⁸³². Algunos industriales se propusieron perpetuar aquel acervo, a cuya conservación la ciudad parecía condenada eternamente, como la Aracne del mito, e incluso hubo quienes trataron de extenderla al hilado de otras fibras, como la seda. Para ello, en 1845, Carlos Mata plantó 30.000 moreras en la huerta del desamortizado convento del Carmen, pensando en la “fácil y segura salida en el mercado de Madrid para los usos más comunes de la vida”⁸³³. Pero ni su iniciativa tuvo demasiado recorrido, ni los paños, las bayetas y las sargas que tejían las hilanderas arriacenses pudieron competir con la producción foránea. Los telares languidecieron y terminaron cerrando, y la tradición textil se diluyó, a la misma velocidad vertiginosa con que se enriquecieron Román Mendieta, Isidro Sáenz, Blas Gaona y Manuel y Santiago Sáenz de Tejada, propietarios de los almacenes de paños y géneros de lencería establecidos en la ciudad.

Los dueños de algunos telares, como Narciso de Nicolás o Francisco Muñoz, se dedicaron a la mercadería de lanas, pero las hilanderas fueron desplazadas hacia los márgenes de la sociedad, porque solo les quedaba su habilidad y el conocimiento de su oficio, dos cualidades que habían quedado subordinadas al frío interés en la moderna sociedad capitalista⁸³⁴. Algunas de ellas, como Lucía Martínez y Celedonia Parreño, ya eran conscientes de la debacle que se avecinaba en 1844, cuando, en el empadronamiento, se declararon “hilanderas pobres”. Mauricia Calleja, la decana de las hilanderas arriacenses, y su hija, Isabel Fariñas evitaron la ruina durante un tiempo, gracias a un nuevo matrimonio de Isabel con Nicanor Vicente, un vecino del arrabal que trabajaba algunas tierras como colono⁸³⁵ y se dedicaba a la venta de carnes⁸³⁶. Pero Isabel perdió la vista y, a la muerte de su madre y su esposo se vio irremediablemente empujada a pedir limosna y recurrir a la caridad pública, como casi todas sus compañeras, que, en su mayoría, habían engrosado las filas del ejército de pobres de solemnidad que subsistía gracias a la generosidad de las Juntas de Beneficencia. Como consecuencia del cierre de los talleres, las hilanderas no solo perdieron su empleo, sino también la base de su identidad. La conciencia que tenían de su lugar en el mundo, ligada a su oficio, fue reemplazada por una nueva percepción, que emanaba de su mísera condición económica

⁸³¹ LÓPEZ BARAHONA, Victoria: “El trabajo de las mujeres en la Real Fábrica de Guadalajara durante el siglo XVIII”, *Historia Social*, 96 (2020), pp. 97-112.

⁸³² LAYNA SERRANO, Francisco: *Historia de Guadalajara...* (op. cit.), tomo IV.

⁸³³ *El Buen Deseo*, 3-6-1846.

⁸³⁴ SENNET, Richard: *El artesano*. Barcelona, Anagrama, 2009, pp. 31-53.

⁸³⁵ *BOPG*, 3-6-1863.

⁸³⁶ *BOPG*, 4-1-1864.

y de las posibilidades que declararse pobres ofrecía, al poner a su alcance los recursos que podía proporcionarles la beneficencia.

El caso de las hilanderas es sintomático de dos de los males que afectaron a las mujeres trabajadoras en los inicios de la modernidad. Como trabajadoras cualificadas, asistieron a la devaluación del trabajo manual preconizada por la burguesía ociosa, que, recelosa del *Homo faber* orgulloso de su oficio, se empeñó en disociar la mano de la cabeza⁸³⁷. Como mujeres, las hilanderas soportaron en carne propia las agudas contradicciones del capitalismo que, si en su fase embrionaria se sirvió de mano de obra femenina, más barata y aparentemente más sumisa, terminó prescindiendo de ella y relegándola al hogar⁸³⁸, al constatar la incapacidad de compaginar las jornadas de trabajo con el cuidado de los hijos⁸³⁹. En ellas, la descualificación suponía una pérdida de identidad que no se compensó, como en el caso de los hombres, con su reemplazo por nuevas identidades profesionales y de clase.

La maldición que se cernió sobre las hilanderas no tardó en extenderse a otros oficios tradicionales, presentes en la ciudad desde mucho tiempo antes de que se instalaran las manufacturas. Muchos de ellos lograron resistir ante el vendaval que sopló sobre la ciudad en el setecientos, cuando algunos maestros de diferentes oficios probaron el succulento bocado que ofrecía el sector textil en expansión y se dedicaron a proveer a la manufactura⁸⁴⁰. Pero, en el ochocientos, la resistencia de los artesanos fue doblegada, porque el capitalismo triunfante y la clase ociosa⁸⁴¹ restaron valor al trabajo manual y cambiaron las reglas del mercado y la cultura profesional del Antiguo Régimen, conduciendo al mundo artesanal tardogremial a su corrosión, que se prolongó durante una larga agonía⁸⁴². Al igual que sucedió con las hilanderas, muchos de los trabajadores de los oficios tradicionales se vieron empobrecidos, transformados en jornaleros o en pobres de solemnidad. Otros, como los propietarios de los telares, se transformaron en mercaderes de productos que ellos ya no fabricaban. Pero, en ambos casos, la mayoría de los trabajadores de los oficios tradicionales perdieron su vieja conciencia profesional, y adoptaron una nueva identidad, basada en su fuente de ingresos.

Ambos procesos, reveladores del valor ontológico, y a la vez discursivo, de la clase⁸⁴³, tuvieron efectos destructivos para los trabajadores de la ciudad, que, a pesar del de su reciente pasado protoindustrial, no se industrializó. La economía local no se benefició del capital humano que se había formado para proveer a las Fábricas mediante el sistema de trabajo a domicilio, ni tampoco de su infraestructura empresarial, controlada

⁸³⁷ SENNETT, Richard: *El artesano* (op. cit.).

⁸³⁸ WIKANDER, Ulla: *De criada a empleada...* (op. cit.), pp. 34-39.

⁸³⁹ CARRASCO, Cristina; BORDERÍAS, Cristina y TORNOS, Teresa: "Introducción. El trabajo de cuidados: antecedentes históricos y debates actuales", en CARRASCO, Cristina; BORDERÍAS, Cristina y TORNOS, Teresa: *El trabajo de cuidados: historia, teoría y políticas*. Madrid, Catarata, 2019.

⁸⁴⁰ GARCÍA BALLESTEROS, Aurora: *Geografía urbana...* (op. cit.).

⁸⁴¹ WEBLEN, Thorstein: *Teoría de la clase ociosa...* (op. cit.).

⁸⁴² PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El Ensanche Norte...* (op. cit.).

⁸⁴³ JONES, Gareth Stedman: *Lenguajes de clase...* (op. cit.), p. 18.

por la Corona. Dos décadas después del cierre de las instalaciones manufactureras, Guadalajara carecía de establecimientos industriales modernos, como observó el fabricante de jabón Gabino García Plaza en una comunicación sobre el estado de la industria en la ciudad dirigida a la Junta Consultiva de Aranceles, al constatar que, “aun quando (*sic*) hay algunos particulares que trabajan en sus casas sarguetas, estos lo hacen en muy pequeño de manera que esta clase de industria es insignificante y no puede por tanto dársele el nombre de fábricas”. García Plaza añadía en su informe que “haze (*sic*) poco tiempo que se estableció en esta ciudad Víctor Oñate quien se halla dedicado a espender (*sic*) cerbeza (*sic*), por eso que según he llegado a entender creo que hasta el día sea corto el consumo por cuya razón no puede fijarse hoy la cantidad que vende”. Tampoco era muy halagüeño para el futuro industrial de la ciudad el procedimiento que él mismo utilizaba en su establecimiento jabonero, creado en 1832, pues “emplea diariamente tres operarios en elaborar una caldera que tiene y le cuestan como seis mil quinientos reales anuales siendo muy corta la venta de otro género en razón de haver (*sic*) varias establecidas en otros puntos muy cercanos a esta capital”⁸⁴⁴. La factoría utilizaba una caldera de 200 arrobas de capacidad, por la que García Plaza y sus hermanos satisfacían la cuota de contribución industrial más alta de la ciudad. A mediados de los cincuenta, la situación apenas se había alterado, salvo en el caso de la producción jabonera. La fábrica de los hermanos García Plaza fue adquirida por José Senties, que amplió su producción a 713 arrobas. Los jabones producidos por Senties adquirieron cierto valor en el mercado, aunque la producción terminó cesando.

Junto a los establecimientos dedicados a la producción de jabón y cerveza, el pobre panorama industrial de la ciudad se completaba con unos pocos molinos y almazaras, dedicados a elaborar harina y aceite mediante procedimientos muy rudimentarios. En el caso de la harina, la producción estaba mayoritariamente en manos de Benito Vallejo y su familia, cuyo molino aprovechaba la fuerza motriz del río Henares para moler los cereales de su cosecha. Pero ni la producción cerealista ni la de harina llegaron a alcanzar el volumen de las provincias harineras del Canal de Castilla⁸⁴⁵, lo que impidió la especialización de la producción local en la transformación de la principal materia prima que se obtenía en su suelo. Vallejo no solo no introdujo innovaciones en su molino, sino que redujo las cinco muelas de piedra que utilizaba a mediados del ochocientos a tres a finales de la centuria⁸⁴⁶. El aceite, por su parte, presentaba una mayor dispersión empresarial. En 1844, en la ciudad había cuatro lagares de una piedra cada uno, propiedad de Gregorio García, Victoriano García, Severiano Verda y Cayetano de la Brena, a los que pronto se sumaron algunos labradores, como los Contera, que decidieron producir su propio aceite para ampliar su margen de beneficio.

⁸⁴⁴ AMGÚ, 403631.

⁸⁴⁵ NADAL, Jordi: “La industria fabril española en 1900. Una aproximación”, en NADAL, J., CARRERAS, A. y SUDRIÁ, C. (comps.): *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*. Barcelona, Ariel, 1987, pp. 26-27; MORENO LÁZARO, Javier: *Los empresarios harineros castellanos (1765-1913)*. Madrid, Fundación Empresa Pública, 1999.

⁸⁴⁶ AMGÚ, 436739 y AMGÚ, 135814.

Figura 5.1. Clasificación del sector secundario en Guadalajara, Castilla la Nueva y el conjunto de España (1853-1903)

Tipos de actividades	1853-1856			1900-1903		
	Guadalajara (1853)	Castilla la Nueva (1856)	España (1856)	Guadalajara (1903)	Castilla la Nueva (1900)	España (1900)
Granos molidos	19,60	25,45	26,95	19,60	17,04	13,20
Aceites	9,31	14,10	14,73	9,31	5,20	4,96
Otros molidos	0,00	0,33	1,11	0,00	0,00	0,00
Destilados	1,40	6,65	6,47	1,40	19,94	14,79
Conservas	0,00	0,48	2,34	0,00	1,52	3,18
Compuestos	0,00	12,18	4,18	0,00	9,62	4,20
Textil	11,05	8,45	23,65	11,05	2,56	26,67
Metalúrgica	0,00	4,42	3,24	0,00	7,71	8,11
Química y jabón	33,26	6,70	3,50	33,26	8,25	5,57
Papel y artes gráficas	7,23	5,43	2,33	7,23	11,23	5,03
Cerámica, vidrio y cal	14,42	9,67	5,34	14,42	4,71	4,00
Madera y corcho	0,00	2,37	1,23	0,00	1,86	3,25
Cuero y calzado	0,00	2,37	3,82	0,00	2,36	2,93
Diversas	3,73	1,40	1,10	3,73	7,97	4,10
Totales	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00

Fuente: Elaboración propia, a partir de AMG y Nadal (1987)⁸⁴⁷.

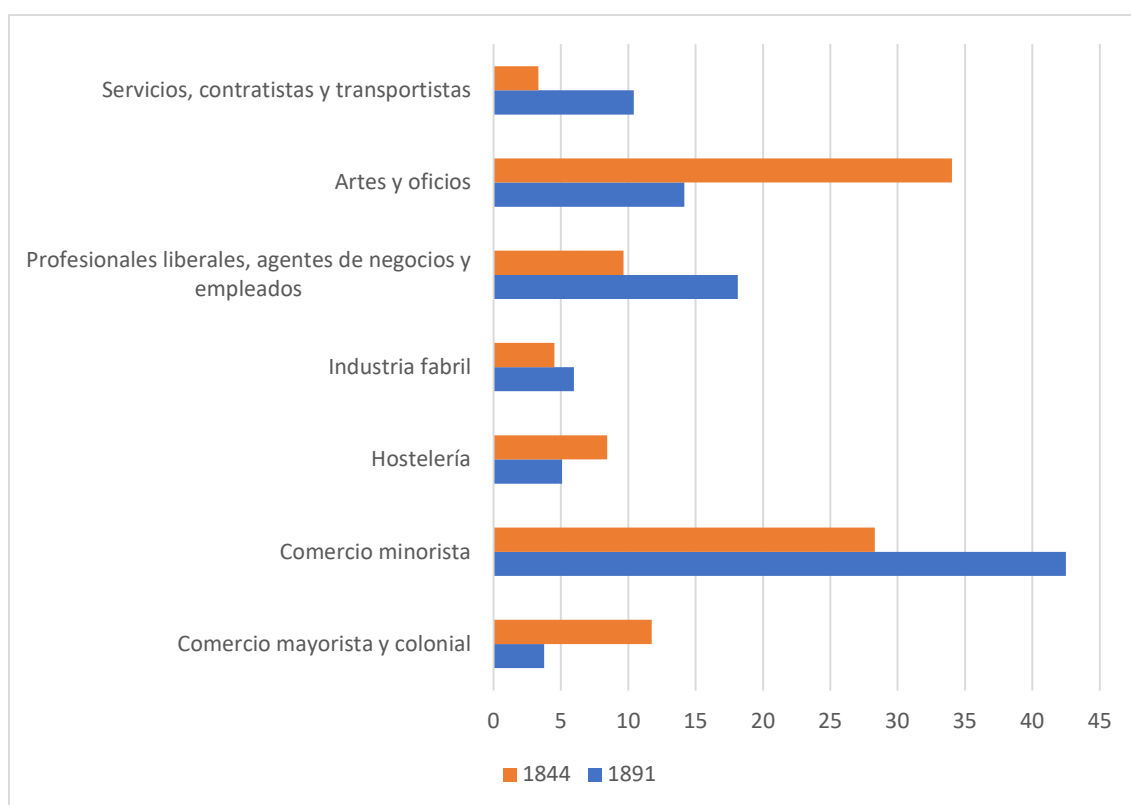
La debilidad de la producción industrial no se vio compensada por un sector agrario especializado. La producción agropecuaria se orientó principalmente a satisfacer la demanda de los establecimientos militares, los Colegios de Huérfanos, el Hospital o la Inclusa. La débil demanda local no indujo a los labradores a impulsar una modernización agrícola, muy condicionada, por otra parte, por la calidad de los suelos y las condiciones ambientales. En 1858, el regadío ocupaba un escaso 0,4 % de las tierras cultivadas, el olivar y las viñas no superaban el 5 % y solo el cereal panificable de secano y los eriales y dehesas para pastos alcanzaban una extensión considerable, cercana al 30 % del suelo agrícola en el primer caso y al 20 % en el segundo. Tras la Desamortización de Madoz, algunas de las tierras incultas fueron destinadas a cultivos de huerta, que alteraron el paisaje del valle del Henares a su paso por la ciudad, pero no parece que transformara significativamente el modelo productivo y de comercialización. El sector agropecuario arriacense, en manos de pequeños propietarios residentes mayoritariamente en la ciudad, parecía destinado al consumo local, preferentemente el de los establecimientos asistenciales relacionados con la administración militar⁸⁴⁸.

⁸⁴⁷ NADAL, J.: "La industria fabril..." (art. cit.).

⁸⁴⁸ GARCÍA BALLESTEROS, Aurora: *Geografía urbana...* (op. cit.), pp. 250-255.

Así las cosas, cada vez era más evidente que la economía de la ciudad estaba subordinada a la economía de la capital⁸⁴⁹, y que su tejido empresarial, dominado por una multitud de pequeños talleres familiares en franco retroceso, apenas podía ofrecer trabajos precarios, descualificados y mal pagados a los trabajadores que afluían a la ciudad desde las zonas rurales y a los que se quedaban sin sus trabajos como consecuencia de la crisis del artesanado local o del cese de las actividades que más empleo generaban en el campo, tales como la siega, la vendimia, la cosecha, la siembra o la escarda. Las autoridades municipal y provincial, deseosas de prevenir la agitación de los trabajadores en paro y de evitar una nueva sangría demográfica, como la que provocó el cierre de las Reales Fábricas a comienzos del siglo XIX, trataron de dinamizar el mercado laboral mediante la realización de obras públicas de escasa entidad, tales como el saneamiento de montes, carreteras, empedrados, caminos o parques. Todos los esfuerzos merecían la pena, con tal de evitar que una nueva maldición, la de la emigración, se cerniera sobre la ciudad.

Figura 5.2. Estructura empresarial, según la contribución industrial y de comercio (1844-1891)



Fuente: Elaboración propia, a partir de AMGU-CI, 135814 y AHPG-H, 15865 (1891).

⁸⁴⁹ OTERO CARVAJAL, Luis Enrique y BAHAMONDE MAGRO, Ángel: “Madrid, de territorio fronterizo a región metropolitana”, en FUSI, Juan Pablo (dir.): *España. Autonomías*. Madrid, Espasa Calpe, 1989.

Pero, a finales de los sesenta, la creciente falta de espacio y el afán de enriquecimiento de la elite local cambiaron el panorama, porque los propietarios del suelo impulsaron la construcción de nuevas viviendas para alojarlos y reformaron sus residencias para exhibir el poder socioeconómico que habían conquistado merced a su apropiación de la ciudad y la tierra. La expansión del sector inmobiliario consolidó una oferta de empleo cuatripartita, basada en la complementariedad entre la construcción, las labores estacionales del campo, las obras públicas para paliar el paro obrero y los trabajos temporeros en la administración, relacionados con las campañas de recaudación de impuestos o la formación de padrones y censos, generalmente encomendados a empleados cesantes vinculados al patronazgo de los caciques locales.

Un buen ejemplo del funcionamiento del mercado de trabajo lo encontramos en un episodio ocurrido en febrero de 1890, cuando dos centenares de trabajadores sin ocupación se congregaron en la Plaza Mayor para solicitar empleo:

Una comisión de cuatro de estos se personó en el despacho de S. E. exponiéndole la triste situación en que se encontraban y el deseo de que se les proporcionase ocupación a fin de poder dar pan a sus familias (...). Por la falta de obras públicas y particulares, el Ayuntamiento acordó por unanimidad (...) que (...) se destinen veinticuatro trabajadores al Camino de las Cruces (...); otros dos jornaleros al vivero (...); cuatro más al puente del Osario (...); otros seis a la calle del Alamín (...); cuatro al paseo de San Nicolás (...); cuatro a la calle travesía de San Ginés y dos cuadrillas de albañiles al puente de San Antonio (...). Que el precio que se abone por jornal diario de cada oficial de albañil sea el de tres pesetas, el de cada ayudante una peseta setenta y cinco céntimos y una peseta cincuenta céntimos el de cada peón (...)⁸⁵⁰.

La mayoría de los trabajadores congregados ante el Ayuntamiento tuvieron que conformarse con una retórica paternalista y moralizante y con la inscripción en las listas de pobres. Probablemente entre ellos había muchos trabajadores cualificados a los que la crisis de los oficios manuales tradicionales había empujado a la proletarización, y cuya supervivencia dependía forzosamente de las posibilidades que ofrecían la construcción, la agricultura, el sistema asistencial o la emigración. Pero el episodio recrea cómo funcionaba el mercado en la ciudad, cuáles fueron los recursos empleados por los trabajadores para forzar su empleabilidad, y cómo se comportaron los poderes locales ante el desafío que los jornaleros en paro representaban. La capacidad del Consistorio para dinamizar el mercado de trabajo local era limitada, pero suficiente para lograr la paz social. Con el despliegue de ese modelo, la capital reforzó su capacidad de control social sobre la población subalterna y estrechó el endeble vínculo que mantenía con los pueblos, cuya supervivencia dependía cada vez más de las oportunidades que ofrecía el mercado de trabajo capitalino.

⁸⁵⁰ AMGU-AS, 141622, 8-2-1890.

5.2. La crisis de los oficios tradicionales

Hasta mediados del ochocientos, la posesión de un taller y el conocimiento de un oficio proporcionaron una posición prominente a un buen puñado de maestros de los principales oficios, que, en una ciudad como Guadalajara, era equiparable con la que disfrutaban los pequeños y medianos propietarios de tierras y los detentadores de los oficios concejiles. En 1844, la lista cobratoria de la contribución industrial consignaba la existencia de veinticinco maestros carpinteros, veinte albañiles, quince zapateros, once sastres, once herreros, de los cuales, nueve eran cerrajeros y otros dos, albéitares, diez mondongueras, diez barberos, siete tahoneros, cinco confiteros y pasteleros, tres albarderos, jalmeros y cabestreros, tres boteros, dos colchoneros, dos buñoleros, un cestero, un esterero, una modista, un jaulero, un pintor, un relojero, un sillero y un impresor, a los que se sumaban los representantes de otros oficios no recogidos en la lista de contribuyentes, como los vidrieros, los guarnicioneros, los cedaceros, los cereros y los tejedores e hilanderos. Todos ellos encabezaban un nutrido ejército de trabajadores cualificados, formado por alrededor de 300 artesanos menestrales, entre oficiales y aprendices, que suponían más de un 25 % de la población activa ocupada masculina.

Muchos de ellos se hallaban sólidamente asentados en algunos barrios y arrabales de la ciudad, como los confiteros de la Plazuela de San Gil, los carpinteros de la Plazuela de la Cotilla, los panaderos de la Calle de Barrionuevo, los sastres de la Calle de San Lázaro y los alfareros del arrabal de San Julián, popularmente conocido como Cacharrerías, por el oficio de muchos de sus moradores. Algunos de ellos empleaban en sus talleres y en sus casas a un respetable número de aprendices y sirvientes y disponían de caballerías para sus desplazamientos. El zapatero Manuel Verdugo, establecido en la Calle Mayor, tenía empleados a dos aprendices y dos sirvientas domésticas y era propietario de cinco caballerías, y su vecino, el guarnicionero Miguel Sacó, tenía a su cargo a dos aprendices y una sirvienta. Sacó incrementó notablemente su patrimonio gracias a la compra de bienes nacionales, en la que empeñó más de 60.000 reales, y cambió su taller por un almacén de hierro y obras de ferretería, lo que le permitió alcanzar en 1858 un puesto de regidor en el Ayuntamiento, al que regresó en el Sexenio⁸⁵¹. A su muerte, Sacó dejó un considerable patrimonio, compuesto por varias casas y algunas tierras en Guadalajara y Sigüenza, por cuya herencia pleitearon sus tres hijas⁸⁵².

No fue el único representante de los oficios tradicionales que prosperó gracias a otras actividades. Lucas Ruiz, maestro del gremio de barberos, se adaptó al nuevo contexto económico, aprovechando las oportunidades que ofrecía la expansión del mercado del ocio. En 1842 decidió completar sus ingresos como conserje del teatro e interventor de la empresa arrendataria⁸⁵³. Con el tiempo, Ruiz colgó el ajustador y la cuchilla y estableció uno de los más distinguidos cafés de la ciudad, con el que trató de

⁸⁵¹ La trayectoria de Miguel Sacó, a partir de los empadronamientos de 1844, 1854 y 1869, las listas cobratorias de la contribución industrial y los expedientes de elecciones de 1858 y 1873.

⁸⁵² *BOPG*, 28-5-1877.

⁸⁵³ *AMGU-AS*, 141577, 29-3-1845.

responder a las demandas de la clase ociosa y proporcionarles un espacio apropiado para afirmar su identidad patriarcal y burguesa⁸⁵⁴. A pesar de haber conquistado el campo todavía yermo del ocio de buen tono⁸⁵⁵, en los sesenta, Ruiz reorientó de nuevo su actividad, prefiriendo las seguridades de una de esas fondas destartaladas que salpicaban el paisaje urbano de Castilla a las incertidumbres del mercado del café, ora asediado por cafetines interclasistas, ora desbordado por un espacio aún más distinguido, el casino, fundado por los mayores contribuyentes para evitar mezclarse con los honrados hijos del trabajo. Con su oficio, Lucas Ruiz habría tenido que conformarse con la respetabilidad que le proporcionaba su oficio, como hicieron muchos de sus compañeros, que se mantuvieron gracias a la demanda de una sociedad cada vez más sensible a las nuevas pautas de higiene, aseo y cuidado personal de la cultura burguesa. Pero, al reorientar su actividad hacia la moderna sociabilidad burguesa, primero, y al negocio de la fonda, después, Lucas Ruiz se sirvió de la tradición que las barberías acumulaban como espacios de reunión y encuentro para ingresar en el selecto grupo de los industriales que encabezaban la elite económica de la ciudad.

Los artesanos conservaron su vieja organización corporativa, jerarquizada bajo la autoridad del maestro, que generalmente era el paterfamilias, y articulada mediante los gremios, de cuya existencia hay constancia en la ciudad desde 1379. A finales del siglo XV, los gremios contaron con sus propias ordenanzas, redactadas a instancias del Concejo para controlar los precios y la calidad de sus productos⁸⁵⁶. En aras de la desregulación y la implantación del libre mercado preconizado por los liberales, las Cortes de Cádiz iniciaron el desmantelamiento de la organización gremial, que, sin embargo, subsistió hasta bien entrado el siglo XX, aunque profundamente desvirtuada por las reformas tributarias de 1845⁸⁵⁷ y 1856⁸⁵⁸, que les encomendaron la facultad de elaborar los repartimientos de la Contribución Industrial y de Comercio. Los gremios, convertidos en uno de los principales instrumentos de recaudación de los Ayuntamientos⁸⁵⁹, se convirtieron así en una herramienta de presión al servicio de comerciantes y otros colectivos profesionales ajenos a los oficios manuales, lo que desvirtuó su sentido corporativo y su capacidad para intervenir en el proceso productivo.

La organización gremial dio pie a una fuerte solidaridad entre los maestros de cada oficio, que, en ocasiones, se reflejaba en actitudes de resistencia, como sugiere su reticencia a asistir a las convocatorias del Ayuntamiento para designar a los síndicos y

⁸⁵⁴ VEBLEN, Thorstein: *Teoría de la clase ociosa*. Madrid, Alianza, 2014 [1899].

⁸⁵⁵ En la prensa hay algunas noticias de las actividades del café. En 1864, el nuevo propietario del establecimiento, Manuel Caballero, puso a la venta el piano. Ese mismo año, se publicó un anuncio en el que un hidráulico francés se ofrecía a implantar sistemas de regadío en la ciudad. *BOPG*, 8-8-1864 y 28-10-1864.

⁸⁵⁶ LAYNA SERRANO, Francisco: *Historia de Guadalajara...* (*op. cit.*), tomo IV, pp. 37-40.

⁸⁵⁷ *Gaceta de Madrid*, 21-2-1845, 22-2-1845 y 28-2-1845.

⁸⁵⁸ *Gaceta de Madrid*, 5-1-1856.

⁸⁵⁹ CARRERAS, Albert y TAFUNELL, Xavier: *Historia económica de la España contemporánea*. Barcelona, Crítica, 2004; NADAL, Jordi: "La industria fabril española en 1900. Una aproximación", en NADAL, Jordi, CARRERAS, Albert y SUDRIÁ, Carles (comps.): *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*. Barcelona, Ariel, 1987

clasificadores encargados del reparto de cuotas de la contribución industrial. En diciembre de 1853, no compareció ninguno de los carpinteros, los sastres, los boteros, los hojalateros, los carreteros y los jalmeros, lo que sugiere que la decisión pudo haber sido adoptada colectivamente. Su conducta contrastaba con la de los miembros de los gremios relacionados con las actividades comerciales, surgidos ex profeso para efectuar el reparto de la contribución industrial, que, ajenos a los vínculos corporativos gremiales, mostraban un comportamiento más individualista que el de los viejos artesanos. Así, en 1856, los almacenistas de paños denunciaron a varios de sus compañeros, que no comparecieron, y el propietario de una tienda de corbatas y camisas, Antonio Vicenti, se negó a aceptar el reparto acordado por él mismo y sus compañeros el año anterior, al considerar que la cuota que satisfacía uno de ellos, Ramón Verdugo, no reflejaba los beneficios obtenidos ese año⁸⁶⁰.

Figura 5.3. Estructura socioprofesional de la población en 1844 (HISCO Major Groups)

Cód.	HISCO Major Groups	Mujeres	%	Hombres	%
01	Profesionales liberales y técnicos	10	3,22	77	6,19
2	Trabajadores administrativos y de gestión	8	2,57	16	1,29
3	Empleados de oficina y funcionarios	3	0,96	84	6,76
4	Trabajadores del comercio	13	4,18	94	7,56
5	Trabajadores de servicios	256	82,32	183	14,72
6	Trabajadores agropecuarios, forestales, cazadores y pescadores	9	2,89	180	14,48
789	Trabajadores de la producción	12	3,86	609	48,99
		311	100,00	1.243	100,00

Fuente: Elaboración propia, a partir del padrón de 1844 (AMGU-P, 143536).

El nuevo marco legal, unido a la construcción del mercado nacional, contribuyó a la crisis progresiva de los oficios manuales, desprestigiados como consecuencia del afán de muchos de sus representantes de emular el comportamiento de la clase ociosa y afectados por la mercantilización del trabajo, que transformó al *Homo faber* en mero *Animal laborans*⁸⁶¹. Las hilanderas, cultivadoras de un oficio fuertemente feminizado y carentes de gremio propio, fueron las trabajadoras que primero sintieron la corrosión del oficio⁸⁶², que empobreció a la mayoría de trabajadores artesanales y los desplazó a una posición profesional, social y económica marginal⁸⁶³. Entre los más afectados estaban los

⁸⁶⁰ AHPGU-H, 456.

⁸⁶¹ SENNETT, Richard: *El artesano (op. cit.)*, p.

⁸⁶² PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El Ensanche Norte... (op. cit.)*.

⁸⁶³ KOCKA, Jürgen: *Historia social y conciencia histórica*. Madrid, Marcial Pons, 2002; BAHAMONDE MAGRO, Ángel: "El mercado de trabajo madrileño, 1850-1874", *Estudios de Historia Social*, 1980, 15, pp. 143-175.

zapateros, pues, aunque se mantuvo el mismo número de maestros entre 1844 y 1884, el de trabajadores empleados en sus talleres no hizo más que decaer a lo largo de la segunda mitad del ochocientos. En 1844, trabajaban en la ciudad 83 zapateros, que se redujeron a 63 en 1854, aumentaron a 74 en 1869 y volvieron a disminuir a 52 en 1884. A comienzos del siglo XX, seguían trabajando en la ciudad 51 zapateros, pero el número de maestros se había reducido a nueve.

Figura 5.4. Profesiones más comunes de los varones en 1844 (HISCO Unit Group)

Cód.	HISCO Unit Group	Declaración padrón	N	%
99920	Jornaleros	Jornalero	296	23,60
80110	Zapateros en general	Zapatero	83	6,62
30000	Oficinistas y asimilados	Empleado	68	5,42
61110	Explotadores agrícolas, en general	Labrador	53	4,23
62105	Obreros agrícolas, en general	Jornalero ⁸⁶⁴	51	4,07
54010	Sirvientes domésticos, en general	Sirviente	47	3,75
58300	Militares (especialidad desconocida)	Militar	46	3,67
45130	Vendedores de comercio al por menor	Recovero	40	3,19
62120	Sirvientes agrícolas	Sirviente	32	2,55
41025	Comerciantes propietarios (venta al por mayor y al por menor)	Comerciante	26	2,07
95410	Carpinteros, en general	Carpintero	25	1,99
95120	Albañiles (construcción)	Albañil	22	1,75
14120	Sacerdotes	Cura	20	1,59
79100	Sastres	Sastre	17	1,36
98600	Conductor de animal o vehículo de tracción animal (especialidad desconocida)	Arriero	17	1,36
45125	Vendedor de comercio al por mayor o al por menor	Dependiente	15	1,20
57030	Peluquero-barbero	Barbero	13	1,04

Fuente: Elaboración propia, a partir de AMGU-P, 135436.

Una buena parte de los zapateros de la ciudad tuvo que adaptarse a las necesidades del mercado, convirtiéndose en zapateros remendones o de portal, siguiendo el mismo camino que el señor Ignacio, el zapatero de *La Busca*, que había pasado “de crear a destruir”, de componer botas nuevas a desmontar las viejas para aprovechar las piezas⁸⁶⁵. Otros, ni siquiera tuvieron la oportunidad, como Gregorio Brihuega, que, al cerrar su taller, engrosó las filas de los pobres de solemnidad. Pero la mayoría terminó empobreciéndose a costa de conservar el oficio. La familia Baños ejemplifica la proletarianización de los zapateros. En 1844, Felipe Baños Nicolás, maestro del oficio nacido

⁸⁶⁴ La clasificación de los individuos que se declaraban únicamente jornaleros en el padrón se ha realizado a partir de los lugares de trabajo. Todos los jornaleros clasificados en este grupo vivían en explotaciones agropecuarias de las afueras de la ciudad.

⁸⁶⁵ BAROJA, Pío: *La Busca*. Madrid, Caro-Raggio, 1972.

en 1818, ejercía su oficio en su casa-taller de la Plazuela de Santo Domingo, donde trabajaba un oficial y pariente de 61 años, Nemesio Nicolás. En los cincuenta, Felipe había cerrado su taller, y se había desplazado a la Calle del Chorrillo, en las afueras de la ciudad, con su esposa y sus cuatro hijos pequeños. Felipe siguió ejerciendo el oficio, que aprendieron y ejercieron sus vástagos, Ruperto, Antero y Pedro. Ruperto llegó a abrir su propio taller, que conservaba en los ochenta. Pero, como su padre, terminó cerrando y, ya en la cincuentena, trabajó como jornalero y dependiente del Casino, siguiendo los pasos de su hermano Antero, también camarero⁸⁶⁶.

Manuel Verdugo es otro ejemplo de la degradación del oficio. En los cincuenta tuvo que prescindir de uno de los dos aprendices y de una de las dos sirvientas que empleaba en 1844 y recurrir a otras fuentes de ingresos. En 1854 se había trasladado con su familia desde la Calle Mayor a una casa más modesta de la Calle del Cristo de la Feria, donde alojaba a un alumno de la Academia de Ingenieros y a su madre. Manuel se resistió a abandonar su oficio, pero sus hijos optaron por emprender otros caminos. Uno de ellos, Ramón, llegó a ser maestro del oficio, pero terminó cerrando su taller, dedicándose a la venta de quincalla y camisas y corbatas, mientras su hermano Gregorio, que, en 1844 trabajaba con su padre, estableció una tienda de lencería. En 1855, Ramón participó con un capital de 7.500 reales en la formación de una sociedad de seguros de vida, *La Tutelar*, junto a “varios ilustres vecinos e hijos” de la ciudad “que descuellan ya por su posición social, ya por las crecidas sumas que han traído a la Compañía”⁸⁶⁷. Sus negocios le aseguraron una posición desahogada, al contrario que su hermano, que terminó echando el cierre y trabajando como dependiente de consumos⁸⁶⁸. Pese al abandono de su oficio, los Verdugo debieron de mantener las viejas solidaridades con sus antiguos colegas, como sugiere el hecho de que el hijo de Ramón, Juan Verdugo Sánchez, aprendiera el oficio y trabajara como zapatero en algún taller de la ciudad en la década de los ochenta.

En los decenios finales del ochocientos, muchos zapateros trataron de reconducir su oficio hacia la venta, como León Leal Solano, hijo de un arriero que aprendió el oficio y se estableció por su cuenta como zapatero, actividad por la que satisfacía cuota de contribución industrial en 1884. En 1891, León se había convertido en “especulador en calzado”, al transformar su taller en una tienda de zapatos hechos, que conservó hasta mediados de la década siguiente. Sin embargo, León Leal terminó cerrando su establecimiento a comienzos del siglo XX, tal vez por los constreñimientos de un mercado dominado por tres comerciantes de calzado con mayor capacidad de oferta, como Manuel Marqueta, o tal vez por las seguridades que ofrecía un empleo en la administración. Al

⁸⁶⁶ La trayectoria de los Baños, a partir de los padrones de 1844, 1854, 1869, 1884 y 1904, las listas de contribución industrial de 1844, 1853 y 1884 y *Flores y Abejas*, 21-10-1917, que dio la noticia de su muerte.

⁸⁶⁷ La trayectoria de Ramón Verdugo, en padrones de habitantes de 1854, 1869 y 1884, y *BOPG*, 2-5-1855.

⁸⁶⁸ Sobre Gregorio Verdugo, padrones de habitantes de 1854 y 1869, listas de contribución industrial y *BOPG*, 9-3-1874.

principio, León trabajó como ordenanza de la administración de Pósitos y, más tarde, como celador de Teléfonos, hasta que se jubiló⁸⁶⁹.

El caso de León Leal ejemplifica las alternativas que ofrecía el mercado local de la capital provincial a algunos de los trabajadores de los viejos oficios, en el marco de la expansión de la administración pública y el mercado capitalista. En otros casos, como el de los carpinteros, los albañiles y los sastres, la administración no era una alternativa, sino un cliente. Los sastres fueron uno de los colectivos más beneficiados de la presencia de la administración en la ciudad. Algunos de ellos, como Simón Medel, se encargaron de proveer a la Diputación Provincial de los uniformes de sus empleados⁸⁷⁰. Otros se adaptaron a la demanda de los empleados y, sobre todo, los militares, especializándose, en este último caso, en la confección de uniformes. Uno de los sastres de la ciudad, Severiano Sardina, encontró en la confección de uniformes para los alumnos de la Academia de Ingenieros una inagotable fuente de recursos, que le llevó a anunciarse como sastre “de militar y paisano”. Su sastrería evidencia, por otra parte, un modelo de gestión y provisión de personal crecientemente alejado del característico en los talleres artesanales tradicionales. Sardina, nacido en Jadraque en 1847, llegó a la ciudad en 1866, y en 1875 abrió su sastrería. Casado y sin hijos, al principio, se sirvió frecuentemente de alguno de los acogidos de la Inclusa, “para tenerle en su compañía y enseñarle el oficio de sastre”⁸⁷¹. Con el tiempo, Sardina recurrió a la prensa para la selección de los trabajadores de la sastrería. El sastre ya no pretendía formar a sus aprendices, sino que aspiraba a encontrar sastres “de buenas condiciones”, ya formados⁸⁷².

Figura 5.5. Anuncios de la sastrería de militar y paisano de Severiano Sardina

SARDINA, sastre	
MAYOR BAJA, 27	
<i>Uniformes completos para los candidatos:</i>	
Guerrera	pesetas 70
Dos pares de pantalones.....	55
Una polaca.....	30
Pelliza	85/ 375
Impermeable	65
Ros y teresiana	25
Espada.....	45
<i>Primera postura</i>	
Guerrera	pesetas 70
Pantalón	30
Polaca	30/ 205
Ros y teresiana	25
Espada.....	50
<i>Primeros y segundos Tenientes</i>	
Guerreras.....	pesetas 85
Levitas	90
<i>Géneros superiores y reglamentarios</i>	
Trajes de verano á la medida desde 35 pesetas.	

SASTRERIA	
de Militar y Paisano	
DE	
SEVERIANO SARDINA	
Mayor baja, 22.—Guadalajara	
Esta casa, fundada hace 33 años, ofrece á sus numerosos favorecedores para la presente temporada:	
	Pesetas
Trajes de lana, superior, á la medida, de	27 á 30
Pantalones de franjas.....	22 50
Idem id. de estambre.....	25
Idem id. de idem de primera.....	30
Guerreras.....	65
Pellizas	80
Levitas	90
Todo de superiores géneros y confección esmerada.	
Mayor baja, 22, principal	

Fuente: Flores y Abejas, 20-6-1902; 27-5-1906.

⁸⁶⁹ Padrones de 1854, 1869, 1884 y 1904. Contribución industrial de 1884 y 1891. Flores y Abejas, 28-11-1909; 1-5-1915 y 22-3-1931.

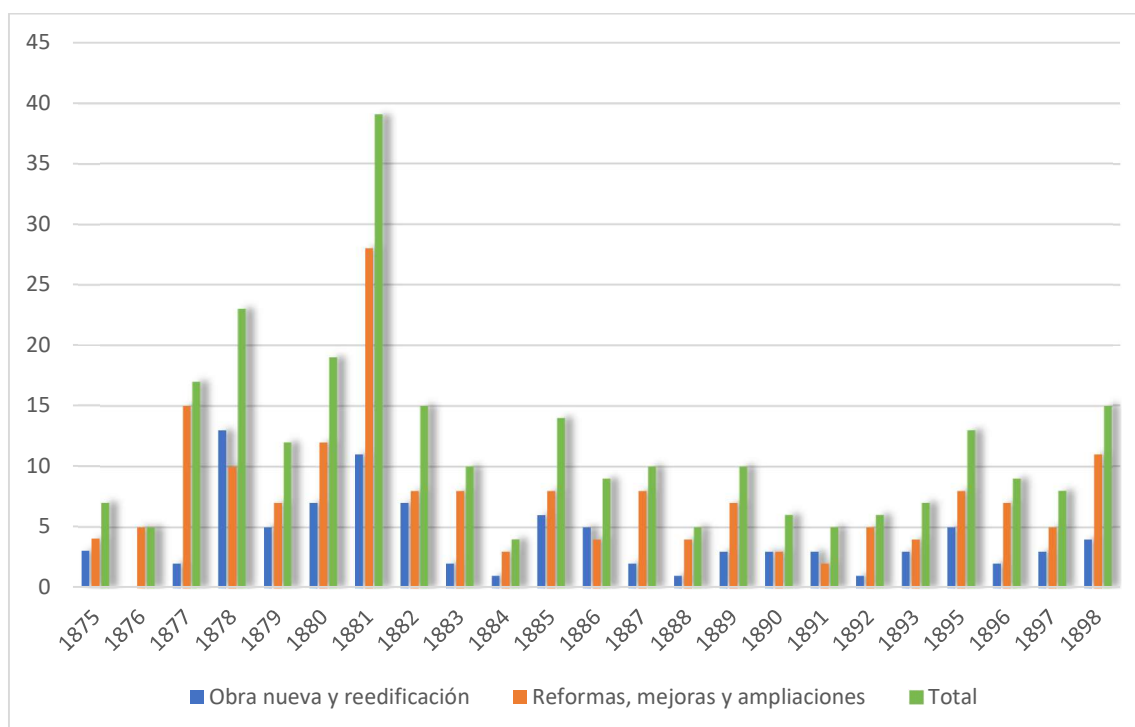
⁸⁷⁰ BOPG, 16-9-1885.

⁸⁷¹ BOPG, 12-2-1886.

⁸⁷² Flores y Abejas, 30-10-1898.

Otros trabajadores artesanales, como los albañiles y los carpinteros, resistieron gracias a la expansión del mercado inmobiliario, aunque ambos colectivos se vieron sometidos a una fuerte precarización, de la que solo unos pocos salieron airosos, como los albañiles-promotores Julián Aragonés e Isidro Corral, cuyos casos fueron analizados en el capítulo 4. Los carpinteros evitaron la profunda crisis de otros oficios gracias a la construcción. En 1844, había en la ciudad 25 carpinteros, todos ellos maestros, y en 1853-1854, 22 trabajadores del oficio, de los que quince eran maestros. La escasez de oficiales y aprendices evidencia la quiebra del modelo de organización laboral del Antiguo Régimen, basada en el taller familiar. En las décadas siguientes, el número de carpinteros se incrementó: en 1869 había 73 carpinteros en la ciudad, y en 1884, 64, de los cuales, solo doce eran maestros. En 1904, el número de carpinteros se redujo drásticamente hasta los 31, once de ellos maestros. Para entonces, el trabajo de los carpinteros había quedado subordinado al de los albañiles, que contaban con ellos ocasionalmente para sus trabajos de construcción. Tomás Camarillo Hierro, hijo de un carpintero que llegó a ser un conocido fotógrafo, relató en su libro de memorias la precariedad que soportaba su padre, al señalar que “el capital con que la familia contaba era solo representado por el jornal del padre que, como oficial de carpintero, cobraba cuando trabajaba”⁸⁷³.

Figura 5.6. Evolución de la construcción inmobiliaria (1875-1898)



Fuente: Elaboración propia, a partir de Baldellou (1989).

⁸⁷³ CAMARILLO HIERRO, Tomás: *Memorias de mi vida*. Guadalajara, Diputación Provincial-Casa de Guadalajara de Madrid, 2000, pp. 22-28.

Los vaivenes sufridos por el mercado de la construcción inmobiliaria obligaron a muchos albañiles a trabajar en sectores ocupacionales diversos durante las épocas de cese de la actividad, como se vio en el caso de Tomás Bermejo. Pero las reformas urbanísticas emprendidas en la ciudad a partir de los sesenta, contribuyeron a estabilizar al colectivo. La veintena de trabajadores del oficio en 1844 se convirtió en más de medio centenar en 1869, seguramente muchos más, pues, con toda probabilidad, algunos se declaraban jornaleros, como el propio Tomás Bermejo. Algunos de ellos mostraban en la declaración de su oficio en el empadronamiento la descualificación y precariedad a la que se hallaban sometidos, como Anselmo Plaza Mínguez, que se autorrepresentaba como “albañil y lo que salga”. En los ochenta, en un momento de desaceleración de la construcción, el número de albañiles descendió a 28, algunos de los cuales se declaraban “jornalero albañil”.

Los albañiles dieron forma a un modelo de organización del trabajo que resignificó las solidaridades del Antiguo Régimen. Los trabajadores de la construcción eran contratados en cuadrillas, que, en muchos casos, no estaban encabezadas por maestros, sino por oficiales. En las obras del palacio de la Diputación Provincial, en 1885, trabajaron varias cuadrillas de albañiles encabezadas por el oficial Ignacio Aragonés, que percibía un jornal de 3,50 pesetas. Le acompañaban como peones Polonio Eugenio y Bonifacio García, que cobraban 1,75 pesetas⁸⁷⁴. Un año después, Aragonés volvió a ser contratado para realizar obras en la Inclusa. Bonifacio García ya no figuraba entre los miembros de su cuadrilla, pero Polonio, sí. Les acompañaban alternativamente Rafael García y Tomás Bermejo (peones) y Bernardino Olmeda (oficial de cantero). Aragonés percibía 3,50 pesetas, Tomás Bermejo y Polonio Eugenio, 1,75, Rafael García, 1,62, y Olmeda, 4. La obra se prolongó desde noviembre a febrero, un período en el que los albañiles empeñaron entre 14,5 y 16,5 jornadas al mes⁸⁷⁵. Aragonés terminó convirtiéndose en el “maestro albañil” de referencia de la Inclusa, lo que le proporcionó una estabilidad laboral que no abundaba entre sus colegas, y algunas otras ventajas, como la posibilidad de que sus hijos recibieran instrucción en el establecimiento⁸⁷⁶. Poco a poco, se incorporaron a la cuadrilla otros peones, como Donato Sorli y León Sanz, el oficial de carpintero Enrique Casado, cuyo jornal ascendía a 3,25 pesetas y el “ayudante” del oficio Eusebio Pérez, que percibía 1,25 pesetas por peonada. Los salarios de estos últimos evidencian el grado de precarización que los carpinteros soportaron, patente en sus salarios, inferiores a los de los albañiles, y su subordinación a estos, de los que dependía su contratación⁸⁷⁷. La nueva jerarquía profesional y las solidaridades generadas en su seno se trasladaron a la Unión General de Trabajadores, impulsada en la ciudad por la familia Aragonés, que dirigió la única sociedad de un oficio relevante en la ciudad, tras

⁸⁷⁴ BOPG, 22-5-1885.

⁸⁷⁵ BOPG, 8-3-1886.

⁸⁷⁶ BOPG, 20-7-1887.

⁸⁷⁷ BOPG, 7-11-1888.

el ocaso de la Asociación del Arte de Imprimir que habían impulsado los trabajadores de la Imprenta Provincial vinculados al primitivo núcleo socialista madrileño.

La Imprenta, dependiente de la Inclusa, no solo fue el lugar en el que se fraguó la primera experiencia sindical moderna de la ciudad, sino uno de los mejores ejemplos de las transformaciones operadas en el mercado de trabajo de la ciudad y en la conciencia socioprofesional de los trabajadores como consecuencia del despliegue de la nueva cultura laboral y empresarial capitalistas. La imprenta, uno de los pocos centros de trabajo de la ciudad que contaba con una gestión especializada, se nutría principalmente de los niños acogidos en la Inclusa, que representaban una mano de obra gratuita y sumisa. A principios de los ochenta, el regente, Tadeo Calomarde, y uno de los impresores, Alfonso Martín Manzano, decidieron contar con mano de obra mejor formada, sin prescindir de los acogidos en la Inclusa, que también proveía de sirvientas a algunas casas de la ciudad. Martín Manzano, que había trabajado en Madrid, decidió reclutar a un grupo de tipógrafos vinculados a Pablo Iglesias Posse y a la Asociación General del Arte de Imprimir, como Julián Fernández Alonso y Enrique Burgos, que, debido a su alta cualificación, a sus salarios, y a su militancia en la Asociación del Arte de Imprimir fundada por ellos en la ciudad, conformaron la aristocracia obrera de la ciudad.

Figura 5.7. Salarios anuales de los trabajadores cualificados mejor pagados (1887)

Trabajador	Edad	Profesión	Sueldo	Lugar de trabajo
Ildefonso Martín Manzano	34	Tipógrafo	1.725,00	Imprenta Provincial
Ligorio Ruiz Moreno	23	Impresor	1.000,00	Imprenta Provincial
Juan José Gómez	38	Sastre	930,00	Casa de Expósitos
Simón Aranzueque Expósito	46	Zapatero	815,00	Beneficencia Provincial
Damián Cubero Viejo	45	Tejero	730,00	Tejar de Saldaña
Mariano Guillén Bergés	24	Pintor	730,00	Casa del Señor Pacios
Tomás Seijas Mejía	41	Carpintero	730,00	Vía Férrea
Vicente de Vicente Centenera	29	Tejero	730,00	Tejar de Saldaña
Federico Corral Sanz	29	Tejero	547,50	Tejar de Muñoz
Fermín Bermejo Sanz	36	Herrero	450,00	Monte de Fresno
Casimiro Largo Herrera	50	Hojalatero	365,00	Ayuntamiento
Jacinto Pérez Arauz	61	Cerero	180,00	No indica

Fuente: Elaboración propia, a partir de AMGU, 134485.

La conducta profesional y asociativa de los impresores madrileños es un buen ejemplo de la hibridación entre la vieja cultura del oficio y las nuevas identidades de clase surgidas en la sociedad capitalista. En Guadalajara, Martín Manzano, Fernández Alonso y Burgos, impulsaron la formación de una de las primeras agrupaciones del Partido Socialista del país, que solo contaba con representación en Madrid y Barcelona. La actividad de los impresores socialistas en la ciudad, más bien discreta, reflejaba el funcionamiento de las viejas solidaridades forjadas en torno al oficio compartido, propias

del Antiguo Régimen. Pero la muerte de Fernández Alonso, en 1887, contribuyó al debilitamiento y la dispersión del grupo. Burgos estableció su propia imprenta, y Martín Manzano se dedicó al periodismo, lo que a medio plazo supuso la inactividad de la sociedad y su desaparición, en 1900⁸⁷⁸.

En los restantes oficios, el mercado favoreció el desarrollo de prácticas monopolísticas, como sucedió con algunos carreteros y panaderos de la ciudad. Fue el caso del carretero Nicasio del Campo o de los panaderos José y Manuel Diges Antón, que se convirtieron en pujantes industriales, gracias a la creciente demanda de carros para el transporte, en el primer caso, y del consumo de pan, en el segundo. Del Campo, hijo de un carretero de Chiloeches, llegó a ser concejal del Ayuntamiento con los conservadores desde 1895, mientras los hermanos Diges lo fueron por el partido republicano federal. Manuel se dedicó por entero a la actividad municipal, mientras José se encargó de la gestión de los negocios de la familia, principalmente del molino harinero ubicado en la estación. A principios del siglo XX, los Diges establecieron una fábrica de luz eléctrica. Sus casos, sin embargo, eran excepcionales, porque los representantes de los oficios menos habituales subsistieron como un vestigio de un pasado próximo, que evocaba el carácter gremial y agrario que la ciudad había tenido durante siglos, pero terminaron desapareciendo. Fue el caso de los herradores, los jalmeros, los cabestreros y los albarderos, cuyos oficios terminaron extinguiéndose con la muerte de sus últimos representantes.

5.3. Universo jornalero con empleados al fondo

Desde mediados del ochocientos, el mercado de trabajo masculino estuvo marcado por el predominio de una gran masa de trabajadores descualificados y precarizados, los jornaleros. En su mayoría, se trataba de migrantes de los pueblos, que se adaptaban a la oferta de trabajo de la capital, pues su principal objetivo era obtener un jornal para ganar su supervivencia diaria. La clasificación de estos trabajadores de acuerdo con su inserción en los distintos sectores de actividad resulta equívoca, pues, en la mayor parte de los casos, se ocupaban en sectores diversos, o como señalaban muchos de ellos en sus declaraciones en el padrón, “en lo que salga”. Pero, a pesar de su aparente neutralidad semántica, el término que estos trabajadores utilizaban como forma de autorrepresentación es muy indicativo de su identidad socioprofesional y de la realidad de unos trabajadores descualificados, altamente precarizados y sometidos a las necesidades de la oferta de trabajo, que lo mismo los llevaba a trabajar en las labores

⁸⁷⁸ Sobre el primitivo núcleo socialista de Guadalajara, véanse: MORATO, Juan José: *Pablo Iglesias*. Barcelona, Ariel, 2009; MORATO, Juan José: *La cuna de un gigante: historia de la Asociación General del Arte de Imprimir*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1984; CALERO DELSO, Juan Pablo: “Los amigos de Pablo Iglesias en Guadalajara”, en MORAL SANDOVAL, Enrique y CASTILLO, Santiago (coord.): *Construyendo la modernidad: obra y pensamiento de Pablo Iglesias*. Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 2002, pp. 303-318.

agrícolas que en la construcción o, con un poco de suerte, en los empleos temporeros ofertados por la administración pública.

El creciente volumen de trabajadores que se declaraban jornaleros a lo largo de la segunda mitad del ochocientos ilustra la creciente descualificación y flexibilización que afectó al artesanado guadalajareño en su etapa tardogremial. En 1844, los jornaleros representaban menos de la mitad de los trabajadores de la producción, un 23 % del total de trabajadores varones adultos ocupados. Apenas diez años después, en 1854, el porcentaje de trabajadores de la producción que no expresaban cualificación eran casi el 60 %. Ese porcentaje se redujo en más de cinco puntos en 1869. En ese momento, los jornaleros eran 533, de un total de 985 varones ocupados. En este caso, sin embargo, el volumen de jornaleros puede aparecer sobrerrepresentado, ya que no se dispone de fuentes alternativas que permitan delimitar mejor el lugar de trabajo o el tipo de empleo. En 1884, para la que contamos con la información del padrón de cédulas personales, los jornaleros representaban un tercio del total de trabajadores varones ocupados, dos terceras partes del conjunto de trabajadores de la producción.

Figura 5.8. Estructura socioprofesional de la población masculina en 1854, 1869 y 1884 (HISCO Major Groups)

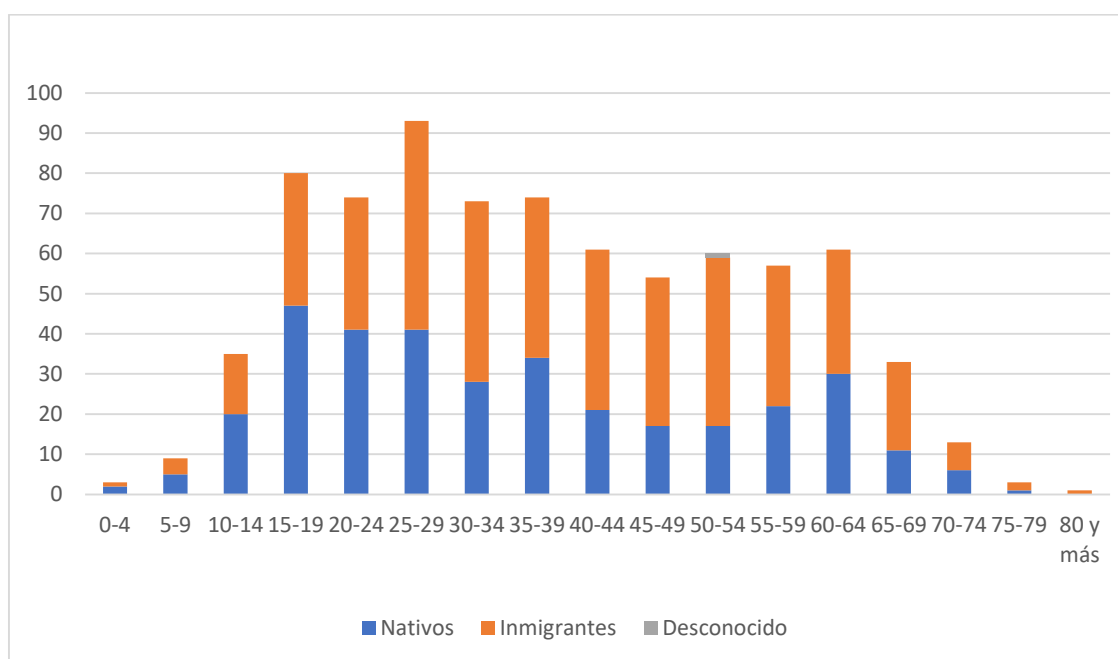
Cód.	HISCO Major groups	1854		1869		1884	
		N	%	N	%	N	%
01	Profesionales liberales y técnicos	96	7,10	122	6,56	167	7,29
2	Trabajadores administrativos y de gestión	38	2,81	22	1,18	22	0,96
3	Empleados de oficina y funcionarios	110	8,13	144	7,75	236	10,31
4	Trabajadores del comercio	91	6,73	117	6,29	138	6,03
5	Trabajadores de servicios	192	14,19	300	16,14	440	19,21
6	Trabajadores agropecuarios, forestales, cazadores y pescadores	107	7,91	169	9,09	146	6,38
789	Trabajadores de la producción	719	53,14	985	52,99	1.141	49,83
		1.353	100,00	1.859	100,00	2.290	100,00

Fuente: Elaboración propia, a partir de los padrones de 1854, 1869 y 1884.

Los jornaleros eran, en su mayoría, adultos nacidos fuera de la ciudad, principalmente procedentes del partido de Guadalajara (un 31 % del total de jornaleros inmigrantes) y Brihuega (un 27 %), mientras que los nacidos en los restantes partidos de la provincia representaban un volumen inferior, en todos los casos, al 6 % de los del partido de Sigüenza. Entre los nacidos fuera de la provincia, el volumen de jornaleros era escaso, pues apenas llegaba al 5 % entre los nacidos en la provincia de Madrid. Por grupos de edad, los colectivos más numerosos eran los de jóvenes entre los 15 y los 30 años, seguidos de los mayores de 30 y menores de 40. A partir de ese momento, el volumen de

jornaleros descendía, pero no el de migrantes jornaleros, lo que revela que muchos de jornaleros nacidos en la ciudad terminaban integrándose en sectores en los que se requería cualificación, merced al funcionamiento de redes de selección de capital humano a las que los migrantes parecían permanecer, si no ajenos, peor integrados. Entre los recién llegados, el colectivo más numeroso era el de los jóvenes de entre 25 y 29 años, seguido del de los comprendidos entre 30 y 34 años.

Figura 5.9. Composición de los jornaleros por grupos de edad y procedencia (1884)



Fuente: Elaboración propia, a partir del empadronamiento de 1884.

Los casos de Tomás Bermejo y Jesús Palafox, los trabajadores de la casa de postas y la empresa de diligencias, son ilustrativos de la realidad laboral de los jornaleros, de su descualificación y su creciente proletarización. El primero trabajaba en la construcción o en el campo, como él mismo declaró ante el juzgado que promovía su expediente para ser declarado pobre. En 1891, con 74 años, seguía empleado como albañil, en una de las obras de reforma de la Diputación Provincial. Jesús Palafox, por su parte, se ocupó indistintamente en los sectores laborales mayoritarios en el campo, en su pueblo, y al llegar a la capital trabajó como ordinario y hasta llegó a crear su propia empresa de transporte. Pese a ello, uno y otro se autorrepresentaban como jornaleros, una identidad que reflejaba fielmente la realidad laboral de una masa de trabajadores descualificados, precarios y ajenos a la propiedad de los medios de producción, que se veían obligados a trabajar indistintamente en el campo, la construcción o los empleos generados por las administraciones para paliar el paro obrero. A finales de la centuria, sin embargo, muchos trabajadores que se presentaban como jornaleros reflejaban su identidad de clase, basada

en su origen social y en la nueva cultura laboral moldeada por el capitalismo, en la que el prestigio del oficio había sido reemplazado por la conciencia de su subalternidad y su precariedad.

Algunos de los trabajadores que se declaraban jornaleros eran trabajadores agropecuarios de las huertas y explotaciones del entorno rururbano de la ciudad. En ellas, la jerarquía laboral se reducía a una organización bipartita entre los guardas de las explotaciones y los jornaleros, marcada en la mayoría de los casos por la experiencia laboral previa, como sugiere la mayor edad de aquellos. Los salarios más elevados correspondían al Monte Alcarria, donde el guarda de una de las explotaciones, Manuel Perea, de 61 años, percibía 912 pesetas anuales, equivalentes a un jornal de 2,50 pesetas. En la mayoría de los casos, los trabajadores se declaraban jornaleros, y percibían salarios de una peseta diaria, aunque teniendo en cuenta que vivían en el lugar donde trabajaban, esta denominación expresaba probablemente su identidad socioprofesional, más que su trabajo por peonadas. El trabajo agrícola también sufrió una fuerte devaluación, como se refleja en los salarios que percibían los jornaleros y aun los guardas, inferiores a los que obtenían los trabajadores de la construcción. Ello, unido a la expulsión de muchos de los colonos que trabajaban las tierras de propiedad vinculada antes de las desamortizaciones, condujo a muchos a dedicarse a la arriería, de forma complementaria o, como en el caso de Antonio Sierra, de forma permanente.

En muchos casos, los trabajadores que se declaraban jornaleros eran, en realidad, empleados de baja cualificación y exiguo salario, entre los que destacaban particularmente algunos trabajadores subalternos del Ayuntamiento o temporeros empleados por la Diputación Provincial. Uno de ellos era Hilario Corrales Montero, que, a pesar de declararse jornalero, trabajaba como jardinero municipal, actividad por la que percibía 841,25 pesetas de sueldo anual, según el padrón de cédulas personales. En otros casos se trataba de trabajadores a sueldo de las instituciones de beneficencia, como Manuel Ortego, que trabajaba en el Colegio de Huérfanos de Guerra por 800 pesetas anuales. La identidad jornalera era muy fuerte entre los dependientes del resguardo de consumos, un colectivo asalariado por la empresa arrendataria y que, por tanto, no estaba formado por empleados públicos. Estos trabajadores estaban sometidos a una fuerte inestabilidad, derivada de los avatares sufridos por el odiado impuesto que se dedicaban a cobrar, pero su empleo era muy codiciado por los trabajadores subalternos, ya que garantizaba la ansiada estabilidad a la que aspiraban muchos trabajadores a jornal.

Figura 5.10. Salarios de los trabajadores agropecuarios (1887)

Profesión	Lugar de trabajo	Salario anual	Trabajadores
Guarda	Monte Alcarria	638,75	9
Jornalero	Monte de Fresno	400,00	7
Guarda	Monte Alcarria	730,00	4
Guarda particular	Monte de Fresno	500,00	4
Jornalero	Berjafel	365,00	4
Jornalero	El Cañal	639,00	2
Jornalero	Posesión La Celadilla	547,50	2
Jornalero	Los Parrales	365,00	2
Guarda	Monte Alcarria	912,25	1
Labrador	El Cañal	750,00	1
Guarda particular	Berjafel	638,75	1
Guarda particular	El Cañal	638,00	1
Labrador	El Cañal	638,00	1
Guarda	Fuente La Niña	547,50	1
Guarda	Coto El Sotillo	547,00	1
Guarda particular	La Aceña	365,00	1
Molinero	El Cañal	250,00	1
Jornalero	Huerta Lara	638,75	1
Jornalero	Huerta Molino Puente	630,00	1
Jornalero	Posesión Barra	547,50	1
Jornalero	Huerta Santa Águeda	547,50	1
Jornalero	Berjafel	500,00	1
Jornalero	Monte de Fresno	456,25	1
Jornalero	Berjafel	450,00	1
Jornalero	Monte de Fresno	430,00	1
Jornalero	Berjafel	400,00	1
Jornalero	Soto El Serranillo	365,00	1
Jornalero	La Camerana	365,00	1
Jornalero	Huerta Concepción	365,00	1

Fuente: Elaboración propia, a partir del padrón de cédulas personales (1887).

Entre los empleados temporeros que se declaraban jornaleros se encontraba Cecilio Hernández Oñoro. Nacido en Guadalajara, en 1854, Cecilio era hijo Mariano Hernández Torrijos, jornalero, y nieto de José Hernández, un jardinero del barrio de Budierca. En 1869, con apenas 15 años, Cecilio empezó a trabajar como escribiente en el pueblo de Mondéjar. Posteriormente, se desplazó a Madrid, donde nació su hijo mayor, Pascual, de su matrimonio con Eustasia Camarillo, natural de Azuqueca de Henares, a la que probablemente conoció en Guadalajara o en Madrid. El matrimonio tuvo un hijo en 1877, mientras residía en la capital, pero, poco después, se desplazó a Guadalajara, donde Cecilio trabajó en la Administración de Contribuciones de la Delegación de Hacienda de

forma interina, seguramente nombrado para agradecerle su colaboración con los conservadores, a los que sirvió como interventor electoral. En la administración, Cecilio llegó a percibir un sueldo de 1.000 pesetas. A pesar de ello, declaraba en el padrón ser jornalero, tanto en 1884, recién retornado a la ciudad, como en 1904, momento en el que hay constancia de que trabajaba como empleado público⁸⁷⁹. Su experiencia sugiere que, en las construcciones identitarias, y aun en las conductas de algunos elementos de las clases medias, pesaba más la tradición familiar que el *habitus*.

Después de los jornaleros, el colectivo de trabajadores varones más numeroso era el de los trabajadores de los servicios, un grupo en el que cabían tanto los militares, mayoritarios, como los trabajadores de la hostelería y el servicio doméstico. La heterogeneidad del grupo, sin embargo, es muy ilustrativa del peso que tenía el elemento militar en la ciudad, al que se debía la proliferación de las casas de huéspedes y el abultado número de sirvientes domésticos. Los militares presentaban una marcada heterogeneidad interna, fruto de la fuerte jerarquización del colectivo. Eran mayoritarios los alféreces y tenientes de la Academia de Ingenieros, por encima, incluso, de los militares de tropa, guardias civiles y de otros profesionales relacionados con la seguridad, como policías. La oficialidad del Ejército, mayoritariamente relacionada con la presencia de la academia, se integró progresivamente en la elite local, aunque siempre mantuvo su característico corporativismo y practicó una sociabilidad segregada, que contaba con su propio casino, *La Peña*.

La relación de los cadetes con la población local no estuvo exenta de conflictos. Muchos de ellos se convirtieron en codiciadas piezas del mercado matrimonial local, de modo que, como observó Arturo Barea en los años veinte,

Las muchachas de la ciudad se convertían en novias de los cadetes y se casaban con los hijos de los labradores. El resultado era que por la noche los estudiantes y los campesinos venían a dar serenatas a las muchachas y acababan a golpes. A veces un cadete, cuando ya había llegado a capitán, regresaba a Guadalajara y se casaba con su antigua novia. Esto mantenía vivas las esperanzas de todas las muchachas⁸⁸⁰.

El autor de *La forja de un rebelde*, que trabajó como empleado en *La Hispano*, describió la ciudad como “una ciudad mísera, sometida a la férula (...) del cacique más grande de España (...), conde de Romanones. Su población eran algunos propietarios, algunos taberneros y unos cuantos comerciantes modestos, porque Madrid está muy próximo”⁸⁸¹. La imagen recurrente de Guadalajara como una ciudad de fondas destartaladas tenía su base en el abultado número de taberneros, posaderos, fondistas, cafeteros, propietarios de casas de comidas y, sobre todo, vendedores de vino y licores, que, en establecimientos míseros, expendían los productos que probablemente destilaban en sus propias casas. Junto a los propietarios de tabernas, posadas y fondas —35 en 1869,

⁸⁷⁹ BOPG, 7-10-1891.

⁸⁸⁰ BAREA, Arturo: *La forja...* (op. cit.), p. 168.

⁸⁸¹ *Ibid.*

50 en 1884, y 35 de nuevo en 1904—, la contribución industrial de 1903 consignaba la existencia de 68 establecimientos de venta de vino al por menor, mayoritariamente ubicados en la Calle Mayor Baja, en las rondas y en los arrabales. En la mayoría de los casos, la venta de vino constituía una fuente de ingresos complementaria para algunos pequeños comerciantes, como Aniceto Almendros, que vendía vino en su casa de la Calle Mayor Baja y regentaba un puesto de frutas en el mercado, o como Antonio Blasco Mendieta, que expendía el producto en su taller de botero.

Los varones que trabajaban en el servicio doméstico se redujeron a lo largo de la segunda mitad de la centuria, como consecuencia de la fuerte feminización del colectivo⁸⁸². Entre los escasos sirvientes de los que hay constancia explícita de que se dedicaban al trabajo doméstico se encontraba Toribio Galán, un joven nacido en la ciudad que servía en casa del rico comerciante y concejal Isidro Sáenz García en 1869, en cuya hoja de empadronamiento figuraba como “doméstico”. Los sirvientes domésticos varones eran generalmente denominados criados, frente a sus compañeras, habitualmente consignadas como sirvientas. Esta disparidad revela la prevalencia de una conducta paternalista por parte de los patrones, en el caso de los sirvientes masculinos, que no se daba tanto en el de las sirvientas, cuyo trabajo gozaba de menor prestigio.

Mayor heterogeneidad que en el caso de los trabajadores de los servicios domésticos, de seguridad y hostelería presentaban los empleados, cuyo ensanchamiento ilustra la creciente terciarización de la economía local. La adscripción de este colectivo al sector público era mayoritaria, ya que, en una ciudad con tan endeble tejido empresarial, la administración era la única capaz de diversificar las tareas de gestión de servicios como el cobro de impuestos, la construcción de obras públicas, la formación de planos, los recuentos de población y, ya a partir del siglo XX, la educación o la sanidad. La denominación profesional del colectivo era el equivalente mesocrático al jornalero de las clases populares. Muchos de ellos, desde los más humildes meritorios hasta algunos gobernadores civiles, tendían a representarse llanamente como empleados, lo que dificulta su clasificación y, al propio tiempo, evidencia el surgimiento de una identidad socioprofesional ligada a la función pública, coherente con el desarrollo de un Estado crecientemente burocratizado y con las aspiraciones burguesas de la mayoría de los trabajadores de las oficinas ministeriales. El empleo de otras fuentes, empero, permite delimitar un poco mejor cuáles eran las funciones que realizaban.

⁸⁸² SARASÚA, Carmen: *Criados, nodrizas y amos: el servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*. Madrid, Siglo XXI, 1998.

Figura 5.11. Clasificación de los empleados en 1869 y 1884 (trabajadores comprendidos en la categoría HISCO Major Group 3)

Cód.	HISCO Minor Group	1869		1884	
		N	%	N	%
30000	Oficinistas y asimilados (especialidad desconocida)	78	54,17	62	26,27
31090	Agentes del Gobierno no clasificados en otros grupos	38	26,39	56	23,73
32100	Escribiente	7	4,86	16	6,78
39960	Empleado de ferrocarriles	5	3,47	3	1,27
31020	Recaudador de impuestos	4	2,78	66	27,97
38040	Telegrafista	4	2,78	5	2,12
37030	Cartero	3	2,08	7	2,97
31000	Oficiales ejecutivos del Estado (especialización desconocida)	2	1,39	0	0,00
33110	Contador, en general	1	0,69	9	3,81
33160	Cajero	1	0,69	1	0,42
33940	Empleado de bancos y establecimientos financieros	1	0,69	2	0,85
32110	Taquimecanógrafo, en general	0	0,00	1	0,42
37040	Mensajero	0	0,00	1	0,42
33170	Empleado de ventanilla en Correos	0	0,00	6	2,54
39920	Empleado de estadística	0	0,00	1	0,42
		144	100,00	236	100,00

Fuente: Elaboración propia, a partir de los padrones de 1869 y 1884.

La mayor parte de los empleados se dedicaban a tareas relacionadas con la gestión económica de los presupuestos provinciales, ya en la voluminosa administración de Hacienda, ya en otras secciones. Les seguían en importancia cuantitativa los trabajadores del sector de las telecomunicaciones, Correos y Telégrafos. Los escribientes constituían una de las categorías más modestas de la administración. En muchos casos, se trataba de meritorios sin sueldo, que terminaban escalando posiciones, hasta alcanzar alguna oficialía. En cualquier caso, sus salarios resultaban modestos, comparados con los de otros funcionarios. Los mejor pagados eran los jueces y fiscales de la Audiencia Provincial, cuyos salarios superaban las 7.000 pesetas anuales, seguidos de los ingenieros. En la lista de los funcionarios mejor pagados escaseaban los catedráticos del Instituto y no aparecían los maestros de la Escuela Normal.

Figura 5.12. Empleados y profesionales liberales con más de 3.500 pesetas de sueldo anual (1887)

Nombre	Edad	Profesión	Salario	Lugar de Trabajo
José Fernández de la Hoz Rey	40	Presidente de la Audiencia	8.500,00	Audiencia Provincial
Federico Amoraga Salas	49	Fiscal de la Audiencia	8.500,00	Audiencia Provincial
Ignacio García Martín	42	Magistrado	7.000,00	Audiencia Provincial
Juan Toledo Vicente	40	Magistrado	7.000,00	Audiencia Provincial
Calixto Andrade Guerra	56	Ingeniero de Minas	6.000,00	Delegación de Minas
Eduardo Losen Ramón	52	Empleado	6.000,00	Delegación de Hacienda
Benito Ángel Ramón	46	Ingeniero de Montes	6.000,00	Distrito Forestal
José De Soto Lozano	47	Juez de Primera Instancia	5.500,00	Juzgado de Primera Instancia
Pedro Escobar Muñoz	37	Audiencia	5.500,00	Audiencia Provincial
Ricardo París	46	Director de Telégrafos	5.000,00	Telégrafos
José Caveró Olivares	63	Empleado	5.000,00	Banco de España
José Julio De la Fuente Cordón	65	Catedrático	4.750,00	Instituto
Miguel Ruiz Torrent	66	Empleado	4.375,00	Diputación Provincial
Martín Blanco García	67	Ayudante de Obras Públicas	4.000,00	Delegación de Obras Públicas
Ricardo Aguilera Paz	39	Ingeniero Civil	4.000,00	Delegación de Obras Públicas
Luis Aguado Alberdi	65	Empleado	4.000,00	Delegación de Hacienda (Tesorería)
Benito Cervigón Serín	37	Abogado	4.000,00	Delegación de Hacienda
Livinio Stuyck Martínez	53	Empleado	4.000,00	Delegación de Hacienda
Marcelino Villanueva García	55	Empleado	4.000,00	Delegación de Fomento
Cayetano Hermógenes Palacios	69	Empleado	4.000,00	Ferrocarriles
José Álvarez Reyero	57	Empleado	4.000,00	Administración de Propiedades
Luis González García	61	Empleado	3.500,00	Telégrafos
Julio Muñoz	46	Empleado	3.500,00	Delegación de Hacienda
Manuel Mexía Sáenz del Pedroso	56	Empleado	3.500,00	Delegación de Hacienda
Ricardo Algarra Del Castillo	38	Ingeniero Agrónomo	3.500,00	Diputación Provincial
Mariano Medarde De la Fuente	42	Arquitecto	3.500,00	Ayuntamiento

Fuente: Elaboración propia, a partir del padrón de cédulas personales.

Muchos de los empleados públicos pasaban por la ciudad sin integrarse en la vida local, lo que refleja el papel subsidiario que jugaba un puesto como funcionario en Guadalajara. Para muchos de ellos, las oficinas gubernamentales eran una escala hacia más altos destinos, pero poco más. Otros, sin embargo, saltaban de unas dependencias a otras buscando medrar en la carrera pública, lo que podía propiciar un rápido ascenso hacia puestos de mayor responsabilidad, o provocar el cese fulminante al cambiar el gobierno, convirtiendo al prometedor aspirante en un cesante, categoría con entidad propia en la sociedad española de la época, como ilustra el ejemplo de Cecilio Hernández Oñoro. En una ciudad como Guadalajara, cabeza del feudo electoral del conde de Romanones, la empleomanía y la cesantía fueron objeto de frecuentes sátiras en la prensa local. En 1898, un colaborador anónimo de *Flores y Abejas* que firmaba como *Ele* – probablemente Luis Cordavias– se lamentaba de las ventajas de los empleados públicos,

Los únicos que gozan y disfrutan de esta época del año son los empleados públicos. ¡Qué gusto les da después de estar todo el año trabajando como *negros*, gozar de dos meses de vacaciones! (...) Colocan en los pupitres (...) pasquines llenos de amenazas y también llenos de faltas de ortografía, proclamando la sublevación y la horchata de chufas, la primera como único medio salvador, en contra de las enérgicas medidas que toman los jefes, para contrarrestar la disipación y la vagancia que por este tiempo se apodera de los subalternos y la segunda para cortar el sudor. Pero llega el día 15 y ¡oh!, placer, les dan las vacaciones (...). Ya se pueden dedicar por completo a la familia; ya el gobierno no les roba el tiempo que deben al cuidado de las faenas domésticas; ya pueden con toda tranquilidad y sosiego presidir los baños que toman en su mujer, hijos y criada⁸⁸³.

Su compañero en el periódico, el redactor Marcelino Villanueva y Deprit, al sentirse aludido, se defendió de las acusaciones de empleomanía, señalando que “bien se conoce, querido amigo, que no perteneces a la desheredada clase de funcionarios públicos, ni has estudiado las mil y mil vicisitudes que por el capricho de la política o la falta de influencia, nos hace estar constantemente como al reo en capilla, temiendo que llegue la hora fatal, y seamos *decapitados* o cesantes, que para el caso es lo mismo”⁸⁸⁴.

Villanueva y Deprit conocía los sinsabores de la cesantía, pero no era ajeno a la influencia política, pues era hijo de Marcelino Villanueva García, uno de los más destacados acólitos del conde de Romanones en la ciudad. Las relaciones de Villanueva García con el partido liberal, forjadas en los primeros años de la Restauración, le garantizaron una fulgurante carrera en la administración pública de la provincia. Nacido en la localidad conquense de San Clemente en 1830, Villanueva llegó a Guadalajara en 1858. En 1863 trabajaba como escribiente en la sección de Fomento⁸⁸⁵, pero hasta 1880 no llegó a ocupar la oficialía primera del departamento⁸⁸⁶. Entre ambas fechas, Villanueva había colaborado estrechamente con sus superiores, que lo designaron para algunos

⁸⁸³ *Flores y Abejas*, 10-7-1898.

⁸⁸⁴ *Flores y Abejas*, 17-7-1898.

⁸⁸⁵ *BOPG*, 21-8-1863.

⁸⁸⁶ *BOPG*, 27-9-1880.

puestos de responsabilidad. En 1876 fue miembro de la comisión receptora de la Exposición Provincial, organizada a instancias del gobernador civil, Antonio Alcalá-Galiano⁸⁸⁷ y en 1877 fue presidente de una de las mesas encargadas del escrutinio de las elecciones de concejales, una tarea a la que se volvió a prestar en sucesivas convocatorias electorales⁸⁸⁸. En pocos años, Villanueva se convirtió en Jefe provincial de Fomento, desde donde fue aupado a la secretaría del Gobierno Civil a principios de los noventa. Ello le permitió coronar su *cursus honorum* con su designación como gobernador interino en varias ocasiones a partir de 1893, durante las ausencias del gobernador titular, coincidiendo con la llegada al poder del partido liberal⁸⁸⁹. En 1888, al presentarse a las elecciones el joven Álvaro Figueroa, Villanueva colaboró con él, servicio que fue premiado con una creciente influencia en el partido liberal. En 1895, el funcionario fue uno de los miembros de la comisión que se reunió en el Palacio de Villamejor para acordar la candidatura de coalición liberal-republicana pergeñada por el conde⁸⁹⁰. También su hijo ingresó en la función pública como escribiente⁸⁹¹ y escaló posiciones con mayor agilidad que su padre. En 1892, con 26 años, era oficial de quinta clase de la Intervención de Hacienda⁸⁹², y en 1900, jefe de negociado⁸⁹³. En su caso, el *habitus* de los empleados se conjugó con la tradición familiar, que parecía conservar su valor productivo tras la disolución de la comunidad.

La presencia de empleados y militares en la ciudad garantizaba el funcionamiento de un mercado de productos domésticos que el comercio minorista dominante era capaz de satisfacer. La modestia del comercio local se explica por la composición del funcionariado destinado a la ciudad, formado por empleados de puestos intermedios, y por la proximidad de Madrid, que contaba con una oferta de productos suntuarios más especializada⁸⁹⁴. Los establecimientos comerciales de mayor importancia eran los dedicados a la venta de telas, remedo de los telares que habían dominado el paisaje artesanal de la ciudad durante el Antiguo Régimen. Sus propietarios disfrutaban de una posición desahogada, como en el caso de Román Mendieta o Isidro Sáenz, que llegaron a ser concejales. En la mayoría de comercios textiles, propiedad de familias nacidas fuera de la ciudad, como en el caso de Mendieta, operó un modelo de selección de capital humano desde el origen, que se extendía a los casos de las familias Justel, procedentes de Donado, en Zamora, o Ruiz, de La Rioja, acentuando con ello la subalternidad de los trabajadores de Guadalajara y su provincia y su escasa representación en el comercio como dependientes.

⁸⁸⁷ *Crónica de la Exposición provincial de Guadalajara*, 10-9-1876.

⁸⁸⁸ AMGU-EC, 147788, 1877.

⁸⁸⁹ *BOPG*, 7-4-1893.

⁸⁹⁰ *Flores y Abejas*, 26-5-1895.

⁸⁹¹ *Gaceta de Madrid*, 27-4-1893.

⁸⁹² *Gaceta de Madrid*, 21-12-1892.

⁸⁹³ *Gaceta de Madrid*, 5-4-1900.

⁸⁹⁴ DE MIGUEL SALANOVA, Santiago: *Madrid: sinfonía...* (*op. cit.*); NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX: tiendas, comerciantes y dependientes de comercio*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985.

El comercio local presentaba una gran diversidad. Al lado de los selectos comercios textiles figuraban las pequeñas tiendas de alimentación y los puestos de quincalleros, prenderos, fresqueros o cafeteros y, sobre todo, verduleras, que vendían en el mercado o se dedicaban al comercio ambulante. Entre los primeros se encontraba Antonio Luengo Dosaguas, un madrileño que llegó a Guadalajara desde Madrid en los sesenta y trabajó como dependiente del Casino. Luengo terminó estableciéndose por su cuenta en el arrabal de Cacharrerías, donde abrió un comercio de alimentación. En el casco, Luengo no habría pasado de ser un comerciante modesto, pero, en el arrabal adquirió una posición prominente, que, con el tiempo, contribuyó a su reproducción social y económica. A finales del siglo XIX, Luengo era ya uno de los líderes del partido republicano federal, y a comienzos del XX fue uno de los impulsores de la Unión Nacional, el partido atrapalotodo auspiciado por Joaquín Costa y Basilio Paraíso a instancias de las Cámaras de Comercio.

5.4. El trabajo invisibilizado de las mujeres

El de las hilanderas es uno de los escasos oficios realizados por mujeres que han dejado una huella documental en las fuentes padronales. Al margen del colectivo, la ocupación de las mujeres fue objeto de un acusado subregistro, que refleja el desprestigio del trabajo remunerado realizado por mujeres casadas, condenadas a la domesticidad por una sociedad burguesa que reforzó los mecanismos de dominación masculina. Ese condicionamiento operó tanto en el nivel de la inserción laboral de las mujeres como en la construcción de su identidad, pues, si por un lado propició su ocupación en trabajos subalternos, relacionados con el espacio privado –aunque no fuera el propio– y con su papel de esposas y madres, por otro, favoreció su débil conciencia profesional, rara vez consignada en el caso de las mujeres casadas. Así, el servicio doméstico y los oficios de costurera, lavandera, planchadora o peinadora fueron copados por las mujeres de las clases populares, mientras que, para las mujeres de las clases medias, los destinos preferentes fueron el magisterio y la enfermería. Los condicionantes de género también afectaron a la visibilidad de las propias hilanderas, como sugiere el hecho de que todas las mujeres que reconocían esa ocupación en 1844 eran viudas, muchas de ellas con hijos a su cargo, una circunstancia que subordinó el funcionamiento de la ideología patriarcal al interés del Ayuntamiento por conocer las principales fuentes de ingresos con que contaban las familias de la ciudad.

Guadalajara contó con notables panegiristas de la domesticidad y la abnegación femeninas, a cuya cabeza se encontraban los presbíteros que tenían su destino en la ciudad, y que, en ausencia de una dignidad eclesiástica superior, cumplían la función reservada en las ciudades episcopales a los obispos y arzobispos. Entre los que ejercieron el sacerdocio en Guadalajara durante el siglo XIX destacó principalmente Francisco María Martínez Marín, párroco de Santiago, arcipreste de la ciudad y profesor de Religión y Moral en el Instituto de Segunda Enseñanza, que llevó a cabo una intensa labor

publicística. Entre sus obras destacaba un devocionario que debió de tener una considerable circulación⁸⁹⁵. Se trataba de un grueso volumen, *Jardín de María*, donde el sacerdote oponía dos modelos de religiosidad: “la virtud y fortaleza de los Santos Mártires, para pelear legítimamente por nuestra Santa Fe Católica, y dar por ella nuestra sangre y nuestra vida” frente a “la castidad y pureza de las Santas Vírgenes, que enseñándonos a despreciar los placeres del mundo y de la carne, nos haga dignos de ver a Dios nuestro Señor”⁸⁹⁶.

Martínez Marín se prodigó esporádicamente en la prensa, participando en una empresa de vida efímera, ligada al catolicismo social, *La Educación Popular*, una revista quincenal dedicada a la difusión de la moral católica. En su primer número, en enero de 1896, el clérigo saludaba a la nueva publicación, pues “dada la condición de los tiempos que corremos”, estaba seguro de que serviría para “educar, enseñar e instruir a las gentes” para “llevarles al conocimiento de la verdad y a la práctica del bien y apartarlas del error y de la corrupción que traen trastornado el mundo”. En un tono apocalíptico, el religioso consideraba muy oportuna la publicación, por cuanto “se siente la urgentísima necesidad de instruir a las gentes, extraviadas en gran parte en los tenebrosos antros de multitud de preocupaciones y errores de toda especie”. Frente a los agoreros que consideraban que ya existían demasiadas publicaciones de su naturaleza, Martínez Marín consideraba que “una publicación tan modesta en ciudad tan pequeña” podía contribuir bien a la educación moral y a difundir “la verdadera cultura de los pueblos”, frente a la publicística que fomentaba “la corrupción de las costumbres”⁸⁹⁷.

La elaboración doctrinal de la domesticidad femenina, empero, no fue privativa de los eclesiásticos. Hubo entre los representantes del liberalismo burgués, y aun republicano, destacados apóstoles del androcentrismo patriarcal. Uno de ellos fue Antonio Pareja Serrada, cronista provincial y colaborador de periódicos madrileños como *La Soberanía Nacional*. En 1880, el erudito publicó un ensayo de amplia difusión⁸⁹⁸, en el que, si bien arremetía contra la “esposa resignada” y la “esposa mártir”, y rechazaba su tradicional sumisión a sus maridos que, “aislando a la mujer de toda instrucción, monopolizando todos sus derechos, tiende (...) a convertirla en autómatas y pone enérgico coto a las manifestaciones de su espíritu”⁸⁹⁹, aseguraba que la misión de las mujeres era

⁸⁹⁵ Publicada una primera versión en Cuenca, en 1876, catorce años después, el presbítero dio a la imprenta una edición aumentada. Si la primera edición se publicó principalmente en la prensa integrista, como *El Siglo Futuro*, de la segunda se hicieron eco otros periódicos, como *La Correspondencia de España* (26-11-1893).

⁸⁹⁶ MARTÍNEZ MARÍN, Francisco María: *Jardín de María, que contiene las más variadas y fragantes flores que el amor de la Inmaculada Virgen ha producido en el corazón de sus hijos*. Guadalajara, La Aurora, 1890, p. 202.

⁸⁹⁷ *La Educación popular*, 1-1-1896.

⁸⁹⁸ El libro fue reseñado en *El Demócrata*, 29-12-1880. Todavía en 1921, el religioso agustino Graciano Martínez citaba el libro como ejemplo de libros “pomposamente feministas (...) que parece haber sido escrito casi de hinojos ante la mujer”. MARTÍNEZ, Graciano: *El libro de la mujer española: hacia un feminismo cuasi dogmático*. Madrid, Imp. Asilo de Huérfanos, 1921, p. 265.

⁸⁹⁹ PAREJA SERRADA, Antonio: *Influencia de la mujer en la regeneración social. Estudio crítico*. Guadalajara, La Aurora, 1880, p. 175.

“endulzar los días del hombre” y “servir de freno a las pasiones del sexo fuerte”⁹⁰⁰. Pareja Serrada admitía que “la coquetería, el amor propio, la pasión por el lujo, la avaricia, la mentira, la infidelidad (...) son obra de su educación exclusivamente”⁹⁰¹, y reconocía a las mujeres una superioridad psíquica, que, a su juicio, debía servir para asumir un papel preponderante en la regeneración de las costumbres. La base de su educación había de ser la instrucción moral, que debía corresponder a la madre, “porque conociendo ésta sus inclinaciones y capacidad, puede dirigirla más hábilmente que el más experimentado moralista; es, por tanto, preciso que esa madre que la produjo, esa planta de que brotó, se encargue de abrir el virginal capullo del alma de su hija, para no manchar sus pétalos, ni viciar su encantador perfume”. Junto a la educación moral, Pareja Serrada defendía la instrucción “racional” de las mujeres –“menos bordados y más ciencia”⁹⁰²–, aunque limitada su formación literaria a las necesidades de su condición de esposa, pues

ese diamante de la humanidad brilla con mejor luz engastado en el hogar que exornado con el lujo y la ostentación del sitio público. No anhelamos la mujer filósofa, discutiendo en el areópago problemas sociales de más o menos trascendencia, porque la filosofía de la mujer consiste en agradar, y amando, ser amada: en la plaza pública excitará la admiración de sus conciudadanos, pero no conquistará el amor de un esposo, ni podrá saturarse de las caricias de un hijo (...). Debe instruirse (...) a la mujer con elementos de Geografía, Física, Geometría e Historia Natural, ciencias que tienen inmensa aplicación en los actos de la vida y en las necesidades domésticas⁹⁰³.

La defensa de la domesticidad femenina tomaba cuerpo en una advertencia: “desmoralizad a la madre y habréis corrompido a la familia entera”⁹⁰⁴. Para Pareja Serrada, el matrimonio y la maternidad eran el destino de toda mujer, y la separación matrimonial y el trabajo femenino, indeseables. La preparación de las mujeres para la vida conyugal comenzaba en la infancia, pues la hija debía ser, desde la adolescencia, “sierva de la casa” y atenta cuidadora de sus padres⁹⁰⁵. La notoriedad del trabajo fue grande en la ciudad y en la provincia, y en 1908, su autor cuestionaba el “*modernismo*, que sin darse cuenta de ello, lleva a la sociedad moderna teorías y costumbres de épocas que pasaron para no volver, limitando la instrucción y educación de la mujer a leer su devocionario y a servir de instrumento de placer”⁹⁰⁶. Con su obra, Pareja Serrada contribuyó a reforzar el androcentrismo desde nuevas bases, liberales y burguesas, pero deudoras de la ideología patriarcal rediviva.

Los trabajos realizados por mujeres permanecían generalmente ocultos bajo expresiones como “sus labores” o “su casa”, que reflejaban la invisibilidad, la precarización, el desprestigio y la descualificación que afectaron al trabajo femenino y la

⁹⁰⁰ *Ibid.*, p. 11.

⁹⁰¹ *Ibid.*, p. 183.

⁹⁰² *Ibid.*, p. 208.

⁹⁰³ *Ibid.*, p. 198.

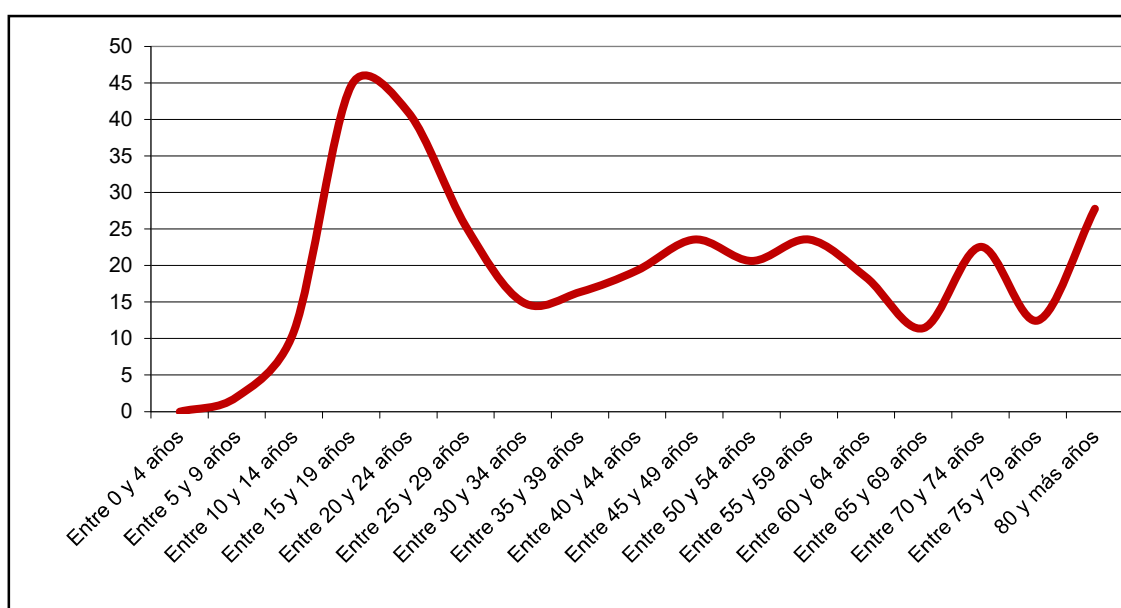
⁹⁰⁴ *Ibid.*, pp. 191-192.

⁹⁰⁵ *Ibid.*, p. 112.

⁹⁰⁶ Flores y Abejas, 30-8-1908.

escasa relevancia que tuvo su oficio en la formación de su identidad social, subordinada a su papel doméstico⁹⁰⁷. Sin embargo, a pesar de la débil huella documental del trabajo femenino de las mujeres, especialmente de las casadas, contamos con numerosas evidencias que señalan que realizaban trabajos tanto dentro como fuera del hogar, en un caso y en otro, subsumidos dentro de su autorrepresentación como mujeres dedicadas a “sus labores”, y que cuestionan la validez del viejo modelo explicativo de ganadores de pan y amas de casa⁹⁰⁸. Y es que la frontera entre los espacios público y privado era, a menudo, permeable, especialmente en las familias que conservaron parte del papel productivo característico del Antiguo Régimen, como las dedicadas a la producción artesanal, al comercio o a las labores agropecuarias. Hombres, mujeres y niños siguieron contribuyendo con su trabajo a las necesidades de la familia, ya trabajando en la casa-taller o en la tierra, ya aportando ingresos adicionales obtenidos con su trabajo fuera de casa, como lo habían hecho durante el Antiguo Régimen.

Figura 5.13. Distribución generacional de las tasas de ocupación laboral femenina en 1884



Fuente: Elaboración propia a partir del padrón de 1884.

El triunfo del capitalismo, sin embargo, supuso una creciente especialización de las mujeres en los trabajos de cuidados. Las razones son diversas. Por un lado, la moderna

⁹⁰⁷ DUBY, Georges y PERROT, Michelle (dir.): *Historia de las mujeres: 4. El siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2006, pág. 613.

⁹⁰⁸ BORDERÍAS MONDEJAR, Cristina y MUÑOZ ABELEDO, Luisa: “¿Quién llevaba el pan a casa en la España de 1924? Trabajo y economías familiares de jornaleros y pescadores en Cataluña y Galicia”, *Revista de Historia Industrial*, 74 (2018), pp. 77-106.

cultura del trabajo hacia cada vez más patente la dificultad de compatibilizar las largas jornadas laborales fuera de casa con el trabajo doméstico, lo que condujo la progresiva expulsión de las mujeres casadas del mercado laboral, lo que terminó convirtiéndose en un signo de estatus para sus maridos⁹⁰⁹. Por otro, las formulaciones teóricas que asignaron a las mujeres un papel preferentemente doméstico tendían a desprestigiar el trabajo realizado por mujeres, subrayando su supuesta proclividad a las tareas relacionadas con el cuidado de los hijos y los ancianos⁹¹⁰. Como consecuencia de ello, el desprestigio del trabajo manual, que afectaba a los hombres, se multiplicó en el caso de las mujeres, que padecieron con mayor crudeza la descualificación, la proletarización y la precarización que soportaron los artesanos.

Las tasas de ocupación y su distribución por grupos de edad reflejan la fuerte subordinación de la inserción laboral femenina al ciclo vital de las familias. En 1854, el porcentaje de mujeres cuya ocupación constaba en el padrón era un exiguo 14 %. Este hecho se explica por el funcionamiento de la lógica patriarcal, pero sobre todo, por la naturaleza de la fuente, un padrón de vecindario, en el que se tendía a consignar únicamente la profesión del cabeza de familia. En las hojas de empadronamiento de 1869, que recogían las declaraciones profesionales que hacía el cabeza de familia – generalmente hombres– el porcentaje de mujeres para las que se recogía la ocupación era del 28,6 %, un porcentaje que descendía al 25 % en 1884 y al 18 % en 1904. Este drástico descenso de las cifras es sintomática de la incidencia que tuvo para el reconocimiento del trabajo femenino la ofensiva patriarcal lanzada por la burguesía durante la Restauración⁹¹¹. Los momentos del ciclo vital familiar en que se registraba menor tasa de ocupación eran los posteriores al matrimonio, momento en que, generalmente se producía un repliegue de las mujeres del mercado de trabajo, coincidiendo con su aplicación a los trabajos de cuidados o la realización esporádica de trabajos informales y precarios. Cuando los hijos crecían o quedaban viudas, muchas mujeres volvían a reincorporarse al mercado de trabajo, lo que evidenciaba la fuerte dependencia del trabajo femenino respecto del ciclo vital. Tomás Camarillo relató en su libro de memorias la experiencia de su madre:

Esta felicidad podía subsistir en tanto no se cruzara un mal viento que diera al traste con ella, y sopló un día con tanta fuerza, que se llevó la vida del cabeza de familia. Con esta desgracia se hizo tremenda realidad la vulgar frase de que se fueron con él «las llaves de la despensa». Situación: una viuda con tres hijos de cortísima edad y sin recursos para mantenerles. Disposición: los chicos repartidos entre familiares, y la madre a servir en casa extraña. Consecuencia: a los pocos meses los chicuelos resultaban gravosos donde estaban alojados obligando a la madre a dejar la colocación que tenía y a formar hogar nuevamente con sus hijuelos. ¿Qué proyectos le guiaban para solucionar esta crisis? ¡Trabajar! ¡Trabajar! Y así lo empezó e hizo en el oficio de planchadora (...). La situación económica en la casa se iba haciendo cada día más difícil (...). En estas circunstancias

⁹⁰⁹ CARRASCO, Cristina; BORDERÍAS, Cristina y TORNOS, Teresa: “Introducción...” (art. cit.).

⁹¹⁰ MUÑOZ LÓPEZ, Pilar: *Sangre, amor e interés...* (op. cit.).

⁹¹¹ *Ibid.*

apareció un medio de solucionar la crisis (...). Honrado, desde luego, pero con un nuevo sacrificio en la madre: casarse en segundas nupcias (...). En la nueva casa se logró lo que principalmente se deseaba: comer caliente todos los días, sin excesos ni extraordinarios, pues los ingresos con que se contaba, eran las utilidades que procedían de la venta de tabaco en un modesto estanco de la capital, situado en la calle de Bardales⁹¹².

El trabajo realizado por mujeres más visible fue el del servicio doméstico. La razón fundamental es que la posesión de sirvientas fue un signo de estatus para quienes rellenaban las hojas de empadronamiento, los patrones, lo que evitó el subregistro que pudo condicionar la consignación de la ocupación femenina en el caso de los esposos de las mujeres trabajadoras de las clases populares. Al propio tiempo, el servicio doméstico no acusó de un modo tan evidente el desprestigio que afectó a otros trabajos realizados por mujeres, ya que, en buena medida, la inserción laboral de las sirvientas estaba relacionada con las tareas asignadas por la moral hegemónica y orientado, en muchos casos, a la obtención de la dote matrimonial. Además, se trataba de un trabajo que se realizaba en el espacio doméstico, aunque fuera el ajeno. En Guadalajara, el servicio doméstico ocupaba a más de cuatro quintas partes de las mujeres ocupadas en 1844, un porcentaje que se redujo en dos puntos en los diez años siguientes, y descendió a dos tercios en 1869, la misma proporción que en 1884. Las cifras, sin embargo, son engañosas, porque el número de criadas aumentó, pero el registro de la ocupación femenina, también.

Figura 5.14. Estructura socioprofesional de la población femenina en 1854, 1869 y 1884 (HISCO Major Groups)

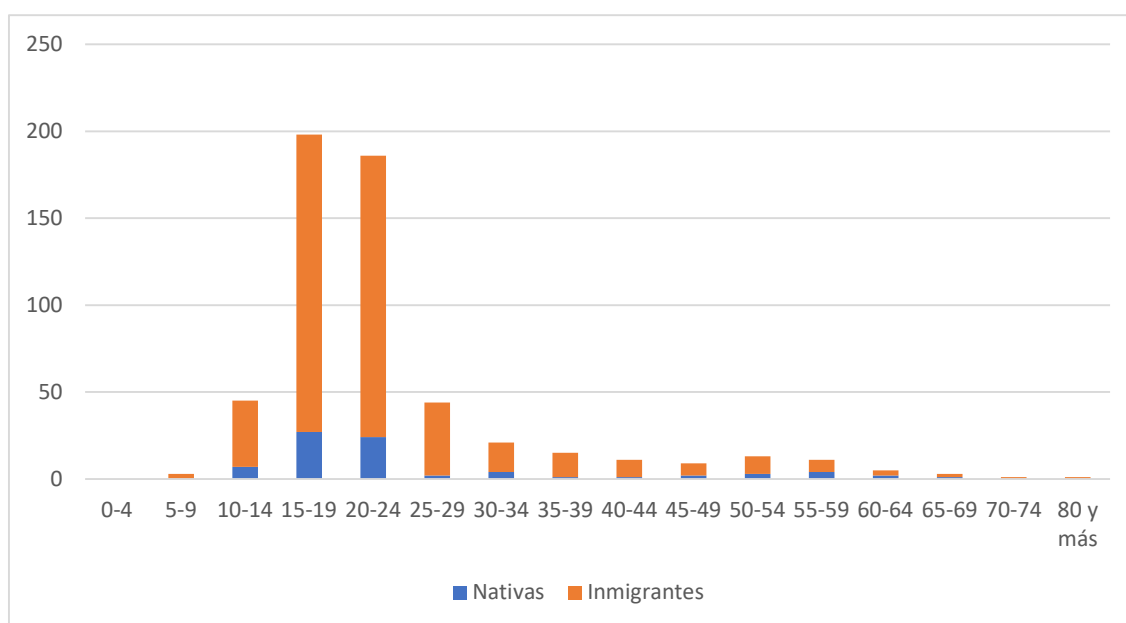
Cód.	HISCO Unit Groups	1854		1869		1884	
		N	%	N	%	N	%
01	Profesionales liberales y técnicas	4	1,37	89	10,70	170	18,09
2	Trabajadoras administrativas y de gestión	22	7,53	19	2,28	9	0,96
3	Empleadas de oficina y funcionarias	4	1,37	4	0,48	1	0,11
4	Trabajadoras del comercio	11	3,77	44	5,29	29	3,09
5	Trabajadoras de servicios	235	80,48	551	66,23	637	67,77
6	Trabajadoras agropecuarias, forestales, cazadoras y pescadoras	4	1,37	23	2,76	13	1,38
789	Trabajadoras de la producción	12	4,11	102	12,26	81	8,62
		292	100,00	832	100,00	940	100,00

Fuente: Elaboración propia a partir de los padrones de 1854, 1869 y 1884.

⁹¹² CAMARILLO HIERRO, Tomás: *Memorias...* (op. cit.), pp. 22-28.

La mayor parte de las mujeres ocupadas en el servicio doméstico eran jóvenes de los pueblos, cuya presencia en la ciudad estaba relacionada con el servicio de ciclo vital, por lo que, en muchos casos, se incorporaban al mercado de trabajo antes de los 14 años y seguían ocupadas después de los 25. Su llegada a la ciudad se apoyaba generalmente en el funcionamiento de redes migratorias que operaban desde el origen, aunque también había mujeres que llegaban con sus familias a la ciudad y se empleaban en el servicio doméstico, como ocurría en los casos de las hermanas Pastor Lozano y Roa Plaza, analizados en el capítulo 3.

Figura 5.15. Distribución de las trabajadoras del servicio doméstico por grupos de edad y procedencia en 1884



Fuente: Elaboración propia, a partir del padrón de 1884.

Sin embargo, las familias de las clases populares, y aun algunas de clase media, no podían permitirse prescindir de los ingresos aportados por las mujeres, lo que condujo a muchas de ellas a trabajar fuera del hogar. Los casos de las familias Roa y Pastor son, una vez más, ilustrativos de la fundamental aportación económica de las mujeres a la familia, en un caso, y del trabajo de las mujeres casadas, en otro. Si en el caso de la familia Roa, las dos hijas mayores eran las únicas que trabajaban, junto al padre, en el de los Pastor, la madre aparecía ocupada como costurera, a pesar de que tenía hijos pequeños. Es posible que Engracia trabajara a domicilio, lo que le permitiría atender a sus hijos, pero no se puede descartar que Eleuteria, su hija de 8 años, se encargara de Marta y de María, de 5 y 2. Sus casos, por otra parte, reflejan la creciente externalización

experimentada por el servicio doméstico a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX⁹¹³. La mayoría de las mujeres que trabajaban como asistentas externas eran, generalmente casadas o viudas. Era el caso de Juana Aragonés, una de las principales activistas en diversos motines y protestas que tuvieron lugar en Guadalajara desde finales del siglo XIX, que era conocida popularmente como *La Chaleca*.

El trabajo subalterno de las mujeres no se agotaba con el servicio doméstico. En relación con él se encontraban tareas como el planchado y el lavado de ropa, que constituían un mercado laboral marcado por la informalidad y la precariedad. Las lavanderas profesionalizadas se situaban en torno a la veintena, tanto en 1869 como en 1884. Algunas de ellas trabajaban formalmente para los establecimientos asistenciales, como las de la Inclusa, que, hasta 1878 percibieron 7,50 pesetas mensuales, y a partir de esa fecha, 10⁹¹⁴. Otras lo hacían para las casas particulares, empleando para ello, los escasos lavaderos con que contaba la ciudad, en San Roque y el Alamin. Pero los lavaderos no eran únicamente lugares de trabajo y encuentro de las lavanderas profesionales, sino de las mujeres de las clases populares, que lavaban en ellos las ropas de sus familias, lo que los convertía en uno de los espacios de sociabilidad femenina por antonomasia⁹¹⁵.

Entre los trabajos realizados fuera del hogar por las mujeres casadas se encontraba el de las amas de cría, un servicio que permitió a muchas mujeres aprovechar la lactancia de sus hijos para conseguir ingresos adicionales. Las amas de cría trabajaban habitualmente para la Inclusa de la ciudad, pero también para la de Madrid, que se servía del trabajo de mujeres de Guadalajara y otras provincias aledañas. Las frecuentes noticias aparecidas en la prensa y los boletines oficiales reflejan la amplitud de un mercado de trabajo regional, que en una ciudad con funciones asistenciales también tenía un peso

⁹¹³ SARASÚA, Carmen: *Criados, nodrizas y amos...* (op. cit.).

⁹¹⁴ BOPG, 15-11-1878.

⁹¹⁵ El caso de las lavanderas es uno de los que más bibliografía ha generado en la historia del trabajo de las mujeres en los últimos años. Véanse: BUSSY GENEVOIS, Danielle: "Por una historia de la sociabilidad femenina: algunas reflexiones", *Hispania*, 63, 214 (2003), pp. 605-620. CALERO, Carmen Gloria: "Las lavanderas: oficio, espacio y conflicto en La Laguna del siglo XIX", en MORALES PADRÓN, Francisco (ed.): *XV Coloquio de historia canario-americana*. Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria, 2004, pp. 681-689; MENDIOLA GONZALO, Fernando: "Renovarse y morir: costureras y lavanderas, dos estrategias familiares diferentes en los inicios de la industrialización (Pamplona, 1840-1930)", en CAPISTEGUI, Javier: *Mito y realidad en la historia de Navarra. Actas del IV Congreso de Historia de Navarra, Pamplona, septiembre de 1998 (2 vols.)*. Sociedad de Estudios Vascos, 1998, pp. 317-331; CALERO, Carmen Gloria: "Las lavanderas: oficio, espacio y conflicto en La Laguna del siglo XIX", en MORALES PADRÓN, Francisco (ed.): *XV Coloquio de historia canario-americana*. Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria, 2004, pp. 681-689; MENDIOLA GONZALO, Fernando: "Renovarse y morir: costureras y lavanderas, dos estrategias familiares diferentes en los inicios de la industrialización (Pamplona, 1840-1930)", en CAPISTEGUI, Javier: *Mito y realidad en la historia de Navarra. Actas del IV Congreso de Historia de Navarra, Pamplona, septiembre de 1998 (2 vols.)*. Sociedad de Estudios Vascos, 1998, pp. 317-331; QUESADA MORALES, Daniel Jesús: "El trabajo de las mujeres en la Granada de los siglos XIX y XX: lavaderos públicos y lavanderas de los ríos Darro y Genil", *GeoGraphos*, 2018, 9 (110), pp. 233-265; SARASÚA, Carmen: "El oficio más molesto, más duro: el trabajo de las lavanderas en la España de los siglos XVIII al XX", *Historia social*, 45 (2003), pp. 53-78; TATJER, Mercè: "El trabajo de la mujer en Barcelona en la primera mitad del siglo XX: lavanderas y planchadoras", *Scripta Nova*, 2002, 119. <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn119-23.htm>

destacado y trascendía los límites de las clases populares, como en el caso de Dolores García Márquez, esposa del empleado Manuel de Lázaro Gayán, que, en 1868 solicitaba la adopción de un niño expósito, Guillermo de la Asunción, al que daba la lactancia, comprometiéndose desde entonces a dejar de “percibir la cantidad que se les satisfacía por ello”⁹¹⁶. En ocasiones, las mujeres casadas, viudas o célibes de edad madura se hacían cargo de porterías o acogían huéspedes, convirtiéndose en sirvientas en sus propias casas, pues las pensiones que contaban con servicio doméstico adicional brillaban por su ausencia⁹¹⁷. Solo una minoría entre las mujeres que regentaban casas de huéspedes en 1884 reconocían tal condición, y en todos los casos, eran mujeres viudas o solteras. Entre las mujeres casadas se recurría a fórmulas como “sus labores” o “ama de llaves”, reflejando su subordinación doméstica.

Figura 5.16. Principales oficios de las mujeres clasificadas por estado civil en 1869 (HISCO Unit Groups)

Cód.	HISCO Unit Group	Casadas	Solteras	Viudas	Total	%
54010	Sirvientas domésticas, en general	11	451	31	493	59,33
14140	Ayudantes de culto (órdenes religiosas)	0	81	0	81	9,75
99920	Jornaleras	40	11	2	53	6,38
79520	Cosedor a mano de prendas de vestir	4	21	3	28	3,37
56010	Lavanderas, en general	4	8	9	21	2,53
45130	Vendedoras de comercio al por menor	6	3	10	19	2,29
61110	Explotadoras agrícolas en general (granjeras)	11	5	3	19	2,29
22430	Gobernantas, amas de gobierno	3	10	4	17	2,05
41025	Comerciantes Propietarias (venta al por mayor y al por menor)	6	1	5	12	1,44
51040	Gerentes propietarias de casas de huéspedes	5	3	3	11	1,32
54045	Nodrizas	4	4	3	11	1,32

Fuente: Elaboración propia, a partir del padrón de 1869.

Los trabajos como costurera, sastra o modista fueron algunos de los más habitualmente realizados por las mujeres de la ciudad. Pero, en cada uno de los tres oficios, la cualificación estaba condicionada por el estado civil y la edad. Así, aunque, en todos los casos, las trabajadoras de la costura eran mayoritariamente solteras, las casadas

⁹¹⁶ AHPGU-PTC, 3371.

⁹¹⁷ PÉREZ-FUENTES, P.: *Vivir y morir en las minas. Estrategias familiares y relaciones de género en la primera industrialización vizcaína*. Bilbao, UPV-EHU, 1993.

eran más numerosas entre las costureras que entre las sastras y las modistas. En uno y otro caso, predominaban las jóvenes que se encontraban en una fase inicial de su vida laboral, seguidas de las mujeres que habían permanecido célibes después de los 30 años. Las mujeres solteras que se dedicaban a la costura, ya como sastras o modistas, ya como costureras, desempeñaban un papel esencial en la transmisión del oficio dentro de su familia extensa. En 1884, era posible advertir un vínculo entre las costureras y sastras de la ciudad, como el que mantenían Casta Montero Torrijos y su sobrina, Isabel Calvo Montero, que no eran corresidentes, o entre las primas segundas Hermenegilda Pérez y Consuelo Calvo Pérez.

En el ámbito de las clases medias, también era patente la subordinación al modelo de género patriarcal. Los trabajos realizados por las mujeres que no tenían la acuciante necesidad de incorporarse al mercado de trabajo eran preferentemente los relacionados con la enseñanza y la sanidad. Las maestras constituían el colectivo más numeroso, aunque apenas alteraban la hegemonía que las religiosas seguían manteniendo en el colectivo de trabajadores técnicos y profesionales liberales. La mayoría de ellas eran solteras, como Francisca Cordavias Corrales, que, a sus 49 años, encabezaba un hogar en el que vivían sus dos hermanos varones, Emilio, que trabajaba como tipógrafo en la Imprenta Provincial, y Julio, que lo hacía como cartero, un pariente de corta edad, seguramente acogido temporalmente, y una sirvienta. El hecho de que la jefatura familiar recayera en Francisca evidencia, en este caso, la prevalencia de criterios como la edad o la clase sobre el género, aunque no era lo habitual, pues solo en los hogares a los que se agregaban parientes retornados eran las mujeres las que ejercían la jefatura familiar.

**Figura 5.17. Principales oficios de las mujeres clasificadas por estado civil en 1884
(HISCO Unit Groups)**

Cód.	HISCO Unit Group	Casadas	Solteras	Viudas	Total	%
54010	Sirvientas domésticas, en general	13	513	34	560	60,02
14140	Ayudantes de culto (órdenes religiosas)	0	150	0	150	16,08
99920	Jornaleras	37	8	11	56	6,00
56010	Lavanderas, en general	4	6	16	26	2,79
41025	Comerciantes Propietarias (venta al por mayor y al por menor)	5	0	9	14	1,50
13320	Maestras de enseñanza primaria	4	9	0	13	1,39
79520	Cosedoras a mano de prendas de vestir	2	9	2	13	1,39
51050	Gerentes propietarias de café, bar y similares (tabernas)	6	0	6	12	1,29
54045	Nodrizas	2	8	0	10	1,07

Fuente: Elaboración propia, a partir del padrón de 1884.

Las maestras de las Escuelas normal o municipal eran las trabajadoras mejor pagadas de la ciudad, aunque sus salarios eran muy inferiores a los de los maestros de edades similares. Después de las maestras, los trabajos de cuidados especializados y remunerados eran los que tenían mayor relevancia y reconocimiento. Sin embargo, en muchos casos, estas trabajadoras eran seleccionadas en el origen, o llegaban a la ciudad acompañando a sus patrones, altos funcionarios, como Sidonie Ludolphe Vergé, un aya que llegó a la ciudad acompañando al presidente de la Audiencia Provincial, José Fernández de la Hoz, a la sazón, el trabajador con el salario más alto de toda la ciudad. Algunos de los trabajos mejor remunerados eran los de trabajadoras de los establecimientos de beneficencia, como el de la cocinera del Colegio de Huérfanos o los de las sirvientas de la institución.

Figura 5.18. Mujeres trabajadoras con los salarios más altos en 1887

Trabajadora	Edad	Profesión	Lugar de trabajo	Sueldo
Cecilia María Ortega Somolinos	28	Maestra	Escuela normal	1.350,00
María Retuerta Pinazo	59	Maestra	Escuela municipal	1.100,00
Francisca Cordavias Corrales	49	Maestra de niñas	Escuela municipal	1.100,00
Sidonie Ludolphe Vergé	17	Aya	Casa del presidente de la Audiencia Provincial	600,00
Manuela García Sacó	28	Maestra	Escuela normal	500,00
María Spuri	25	Cocinera	Colegio de Huérfanos de Guerra	240,00
Luisa Saura Tabares	31	Sirvienta	Casa del propietario José Díaz Sánchez	240,00
Victoria Pérez Cuéllar	50	Portera	Casa del propietario José Díaz Sánchez	180,00
Daniela Catalán Blanco	25	Sirvienta	Casa del propietario José Díaz Sánchez	180,00
Agapita Torres	18	Sirvienta	Colegio de Huérfanos de Guerra	180,00
Laureana Pardo García	51	Ama de gobierno	Casa particular en la Plaza Mayor	150,00
Josefa Benito Ruiz	20	Sirvienta	Casa del médico Miguel Solano de la Sota	150,00

Fuente: Elaboración propia, a partir del padrón de cédulas personales (1887).

Otros trabajos en los que se observaba una especialización femenina eran los relacionados con la venta ambulante o fija, en los puestos del mercado o en pequeños establecimientos, generalmente de productos de poco valor, como verduleras, mondongueras y buñeleras. Era el caso de Bonifacia Garrido, una buñelera de la Calle Mayor Alta que, en 1884 declaraba el mismo oficio que su esposo, Zacarías Láinez, y sus hijos, uno de los cuales, Román, vivía emancipado en casa propia. A la muerte de Zacarías, en 1885, Bonifacia quedó al frente de la buñolería. El ejemplo de estas últimas, donde el subregistro era menor, refleja una práctica habitual en el sector del comercio, donde las mujeres realizaban labores relacionadas con la venta o la atención a los clientes⁹¹⁸. En muchos casos, las propietarias de los comercios eran las mujeres, como en el de Amalia Ruiz Miguel, una librera de la Cuesta de San Miguel, cuyo esposo era maestro de niños. El caso de Amalia reflejaba probablemente un mayor empoderamiento de las mujeres trabajadoras, que contribuyó a una todavía incipiente integración de los mercados laborales masculino y femenino.

⁹¹⁸ PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El Ensanche Norte...* (op. cit.), p. 111.

5.5. El mercado de trabajo en el cambio de siglo: entre la subalternidad y la diversificación

Las transformaciones operadas por el mercado de trabajo en los decenios finales del ochocientos se consolidaron en la centuria siguiente. La creciente proletarización de los trabajadores vinculados a los viejos oficios manuales y la acusada subalternidad del trabajo femenino era patente en el incremento de la gran masa de jornaleros y sirvientas que trabajaba en la ciudad. Los poderes públicos contribuyeron al crecimiento del número de jornaleros, al incluir a todos ellos en los padrones de pobres, que otorgaban a los consignados en ellos el derecho a percibir medicinas y alimentos de la beneficencia. Pero el creciente jornalerismo que caracterizaba al mercado de trabajo local refleja la asimilación identitaria de un trabajo mercantilizado que reemplazó a la vieja cultura profesional sustentada en el valor del oficio y la cualificación. Los jornaleros siguieron siendo trabajadores de sectores ocupacionales diversos, que, lo mismo trabajaban en los empleos derivados de la presencia de la administración que en las labores agropecuarias o en la construcción, pero que, en todo caso, anunciaban su disponibilidad a trabajar en el sector que ofreciera mejores posibilidades de supervivencia.

La proletarización del mercado laboral masculino tenía su equivalente, en el caso de las mujeres, en el predominio absoluto del servicio doméstico. La feminización del sector, unida al descenso de la tasa de ocupación femenina, reflejaba la profundidad de un modelo de inserción laboral que continuaba marcado por la brecha de género. Pero la menor proporción de sirvientas respecto a otros colectivos, debida a su externalización y al incremento del volumen de jornaleras, maestras y mujeres dedicadas al comercio confirmaban la reducción de la subalternidad característica del mercado laboral de las mujeres apenas esbozada en los decenios finales de la anterior centuria, todavía muy alejada, eso sí, de la profunda transformación que experimentaron en el período de entreguerras⁹¹⁹.

⁹¹⁹ CAMPS, E.: “De ocupación, sus labores. El trabajo de la mujer en los albores del siglo XX, 1919-1920”, en GONZÁLEZ PORTILLA, M. y ZÁRRAGA, K. (eds.): *Pensamiento demográfico, coyuntura y microanálisis. IV Congreso de la Asociación de Demografía Histórica* (vol. 2). Bilbao, UPV-EHU, 1999; FERRER, Ll.: “Notas sobre la familia y el trabajo de la mujer en la Cataluña central (siglos XVIII-XX)”, *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, 1994, XII (2-3), pp. 199-232.

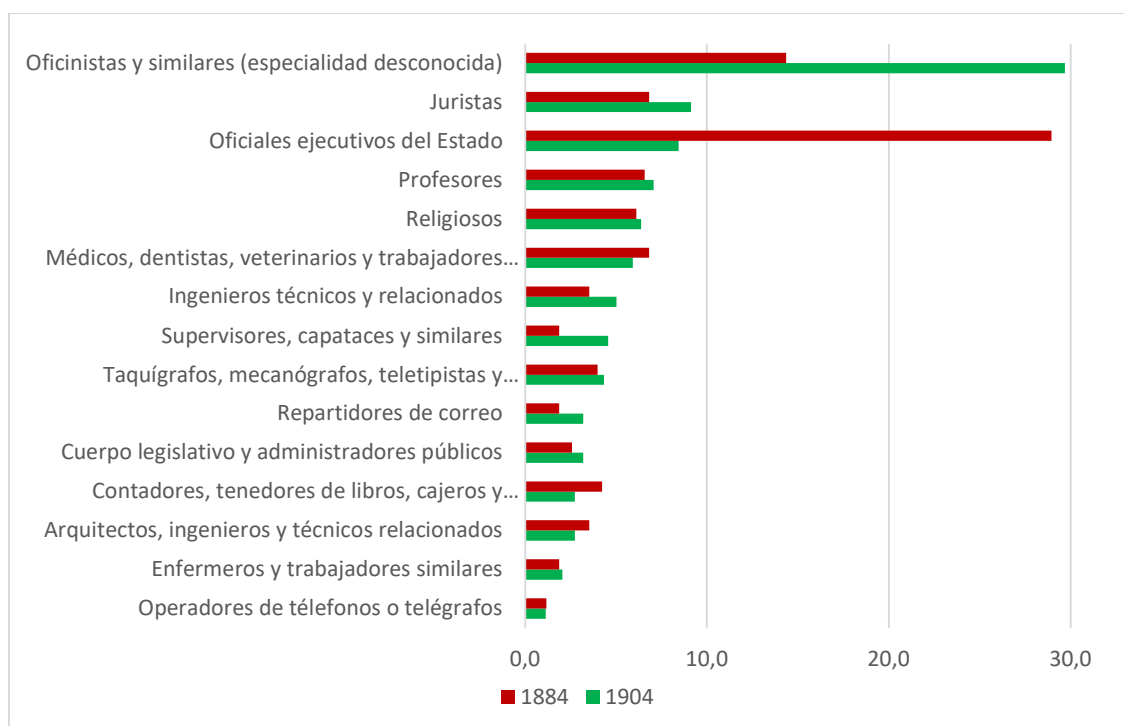
Figura 5.19. Estructura socioprofesional en 1904 (HISCO Major Groups)

Cód.	HISCO Major Groups	Mujeres		Hombres	
		N	%	N	%
01	Profesionales liberales y técnicos	198	27,01	185	7,02
2	Trabajadores administrativos y de gestión	2	0,27	35	1,33
3	Empleados de oficina y funcionarios	1	0,14	218	8,28
4	Trabajadores del comercio	24	3,27	188	7,14
5	Trabajadores de servicios	438	59,75	375	14,24
6	Trabajadores agropecuarios, forestales, cazadores y pescadores	8	1,09	171	6,49
789	Trabajadores de la producción	62	8,46	1.462	55,50
		733	100,00	2.634	100,00

Fuente: Elaboración propia, a partir del padrón de 1904.

El sector servicios tendió a una mayor diversificación, debido a la estabilización del volumen de empleados públicos y al crecimiento de los trabajos relacionados con las profesiones liberales, los empleos en el sector de servicios privados y el comercio. Los empleados públicos, junto con los militares y agentes de vigilancia, seguían siendo mayoritarios, lo que evidenciaba el desproporcionado predominio del sector público en la capital provincial, pero el incremento de profesionales relacionados con el Derecho y la gestión anunciaban una oferta de trabajo más diversificada, ligada a la presencia en la ciudad de sucursales de compañías de seguros y banca, agencias de negocios y de cambio y bolsa o corredurías de comercio, que, en el siglo XIX eran prácticamente inexistentes o eran un coto privado de las familias de prestamistas enriquecidos al calor de la apropiación de la tierra.

Figura 5.20. Clasificación de los empleados y profesionales liberales pertenecientes a los grupos HISCO Major 1 y 2 en 1904 (HISCO Minor Groups)



Fuente: Elaboración propia, a partir del padrón de 1904.

El sector de la enseñanza se incrementó ligeramente, pero, sobre todo, destacó por su importancia cualitativa. En el siglo XIX, los profesores y catedráticos formaban un colectivo destacado en la vida intelectual de la ciudad, que transcurría principalmente en los centros docentes y los Ateneos, pero escasamente integrado en su vida social y política, con excepciones como la de Inocente Fernández Abás, que fue concejal en el Sexenio y firmante del Pacto Federal Castellano en representación de Guadalajara. Pero, a comienzos del siglo XX, algunos de los docentes de los distintos centros de enseñanza –incluida la Academia de Ingenieros–, llevaron a cabo una activa labor de divulgación intelectual, que trascendía los límites de la sociabilidad ateneísta. Por aquellos años pasaron por la ciudad la escritora y periodista feminista Carmen de Burgos, *Colombine*, maestra de la Escuela Normal, que siguió viviendo en Madrid, pero desarrolló una labor de agitación en defensa de la escuela moderna⁹²⁰, o Segundo Sabio del Valle, catedrático de Francés del Instituto, pastor protestante y activista abolicionista de la prostitución, que, si bien no destacó por esas actividades, impulsó una cooperativa de consumo⁹²¹ y

⁹²⁰ UTRERA, Federico: *Memorias de Colombine*. Madrid, Hijos de Muley Rubio, 1998.

⁹²¹ Flores y Abejas, 24-9-1899.

promovió la educación de sus alumnas a través de la Asociación General para la Enseñanza de la Mujer⁹²².

Entre las maestras, la proporción de solteras siguió siendo mayoritaria, lo que evidenciaba las dificultades que todavía encontraban muchas de ellas para compaginar su promoción profesional con el matrimonio, aunque la mayoría de las maestras casadas que llegaron a la ciudad en aquellos años participaron en actividades de divulgación intelectual, que contrastaba con la discreta actuación que, en los decenios precedentes, caracterizó al colectivo. En marzo de 1905, las maestras de la Escuela Normal, Antonia de la Riva, Encarnación Cuscurita, Concepción Aparicio y Polonia Lozano, organizaron una velada literaria y una visita a Alcalá de Henares dirigida a las alumnas de Magisterio, para celebrar el III centenario de la publicación del Quijote⁹²³.

Figura 5.21. Principales profesiones de los varones en 1904 (HISCO Unit Groups)

Cód.	HISCO Unit Groups	Trabajadores	%
99920	Jornaleros	1.091	41,42
30000	Oficinistas y asimilados	129	4,90
58300	Militares (especialidad desconocida)	120	4,56
62105	Obreros agrícolas, en general	103	3,91
45125	Vendedor de comercio al por mayor o al por menor	74	2,81
41025	Comerciantes propietarios (venta al por mayor y al por menor)	60	2,28
58320	Oficial militar	55	2,09
80110	Zapateros en general	55	2,09
58220	Agente de policía	42	1,59
61110	Explotadores agrícolas, en general	40	1,52
95410	Carpinteros, en general	39	1,48
55130	Portero	34	1,29
95120	Albañil (construcción)	33	1,25
79100	Sastres	30	1,14
31090	Agentes del Gobierno no clasificados en otros grupos	29	1,10
51050	Gerente propietario de café, bar y snack-bar	29	1,10

Fuente: Elaboración propia, a partir del padrón de 1904.

Uno de los colectivos que mayor relevancia cualitativa adquirió a comienzos del novecientos fue el de los agentes de negocios. Algunos de ellos, como Antonio Medranda, procedían de familias relacionadas con el mundo de los oficios. Otros descendían de familias de labradores enriquecidos, como Miguel Fluiters. Pero, independientemente de

⁹²² Flores y Abejas, 29-5-1898.

⁹²³ La Región, 10-3-1905.

su origen, todos ellos anunciaban el surgimiento de una nueva elite, relacionada con los modernos negocios financieros y de servicios privados, que aspiraba a superar el viejo modelo de enriquecimiento basado en la acumulación de la propiedad agraria o inmobiliaria. El caso de Fluiters y su familia es ilustrativo de la evolución de la elite local, de su capacidad de adaptación a los ecosistemas económicos y sociales de cada momento y de la importancia que adquirió el ejercicio de la política municipal en su integración en las redes de poder económico. En su caso, el valor de la acción municipal adquirió un peso superlativo, pues llegó al Ayuntamiento como concejal liberal en 1899 y, convertido en la cabeza visible del romanonismo en la ciudad, se mantuvo en la alcaldía desde 1909 hasta 1918 de forma ininterrumpida.

Más discreta fue la trayectoria de Antonio Medranda Mayor, aunque la suya es igualmente representativa del habitus de la elite concejil. Nacido en 1866, era hijo de un guarnicionero y nieto de un jalmero. Su padre, José Medranda Vázquez terminó cerrando su taller y, dedicado a la explotación de su patrimonio inmobiliario, se convirtió en concejal independiente en los inicios de la Restauración, aunque cultivó las relaciones con los conservadores⁹²⁴. Su hijo, Antonio, emprendió carrera en la Intervención de Hacienda a principios de los noventa⁹²⁵, pero no tardó en establecerse como agente de negocios. En 1891 fue designado recaudador voluntario del partido de Pastrana⁹²⁶, una plaza que se obtenía por concurso de la administración, lo que le permitió entablar relación con los pueblos comarcanos. Establecido en Guadalajara⁹²⁷, en 1897, la Mancomunidad de las Trece Villas de Pastrana le encargó “que gestione y represente sus intereses”⁹²⁸. Ese mismo año, Medranda fue elegido concejal independiente, aunque terminó aproximándose al partido republicano, en el que ingresó formalmente en 1902⁹²⁹.

⁹²⁴ *Flores y Abejas*, 14-6-1896.

⁹²⁵ *BOPG*, 7-10-1891.

⁹²⁶ *BOPG*, 9-11-1891.

⁹²⁷ *Flores y Abejas*, 23-9-1894.

⁹²⁸ *Flores y Abejas*, 18-4-1897.

⁹²⁹ *La Región*, 8-4-1902.

Figura 5.22. Mayores contribuyentes por cuotas de contribución territorial e industrial y de comercio (1903-1904)

Contribuyente	Industrial	Urbana	Rústica	Total	Actividad
Sociedad Eléctrica	4.719,80	103,20	0,00	4.823,00	Fábrica de luz eléctrica (51.953 volts)
Lucas de Velasco	503,22	1.661,73	244,40	2.409,35	Fábrica y venta de chocolate
Sucesores de Contera y Sierra	2.287,54	0,00	0,00	2.287,54	Coches y 131 caballerías a la estación, Tendilla y el Empalme; coches de Pastrana a Almonacid
Pedro Sánchez Padrino	1.306,66	874,83	15,75	2.197,24	Fábrica de jabón (2.600 litros) y venta de aceite por mayor
Domingo Borrero	2.167,49	0,00	0,00	2.167,49	Arrendatario de consumos
Félix de Hita García	0,00	1.341,39	752,10	2.093,49	Propietario
Manuela Durá (viuda de Sierra)	481,77	629,07	659,54	1.770,38	Fonda
Josefa Rodríguez (viuda de Morillas)	934,96	810,33	9,85	1.755,14	Comercio de hierro al por mayor
Jerónimo Sáenz Verdura	857,76	493,64	350,55	1.701,95	Venta de maderas de construcción
Félix Alvira Pascual	1.000,72	391,30	206,98	1.599,00	Banquero
José Diges Antón	1.258,05	0,00	173,52	1.431,57	Fábrica de harina de 4 piedras
Vicente Gil Neira	1.363,84	49,02	9,85	1.422,71	Fábrica de jabón (3.000 litros) y venta de aceite al por mayor
Ayuntamiento de Guadalajara	0,00	0,00	1.390,41	1.390,41	Propios de la Ciudad
Herederos de Casimiro Contera	0,00	347,01	825,95	1.172,96	
Agapito Núñez Gil	1.103,65	0,00	0,00	1.103,65	Farmacéutico y comercio de drogas al por mayor
José Sáenz Verdura	0,00	618,56	480,52	1.099,08	Propietario
Ángel Campos García	74,34	318,41	644,38	1.037,13	Prensa de viga
Antonio Batres	1.022,16	0,00	0,00	1.022,16	Automóvil
Antero Concha	860,62	135,67	5,70	1.001,99	Impresor (dos máquinas y una minerva), editor de obras y objetos de escritorio

Fuente: Elaboración propia, a partir de AMGU, 135814.

La burguesía de los negocios tuvo en Félix Alvira un caso paradigmático. El banquero de Aguilar de Anguita pasó por las casas de préstamos de los Gaona, los Corrido y los Sáenz. Después se estableció por su cuenta como agente de negocios, y fue representante de la Compañía Arrendataria de Tabacos. Militó en el republicanismo posibilista, siendo uno de los pocos seguidores de Castelar en la provincia al disolverse el partido. Pese a ello, Alvira continuó militando en el republicanismo, y llegó a la presidencia del comité provincial, fue teniente de alcalde y diputado provincial por el partido de Molina⁹³⁰. Alvira representó en la provincia al Banco Agrícola⁹³¹, al Hispano-Colonial⁹³² y fue consejero del Banco de España en la sucursal de la capital⁹³³. Su patrimonio se incrementó notablemente a la muerte de la heredera universal de las dos casas de banca en las que había trabajado, Josefa Corrido de Gaona, que le legó la mitad de sus bienes⁹³⁴. Alvira compró tierras desamortizadas en Robledillo y Valdepeñas de la Sierra, pero sus propiedades agrarias no tenían para él el sentido acumulativo dominante en la vieja burguesía propietaria, sino un carácter más selectivo, que le sirvió para producir vino superior en su bodega de la Plazuela de Dávalos⁹³⁵. La base de sus negocios, la banca, le convirtió en uno de los más prominentes miembros de la nueva elite que dominaba la ciudad, y su carrera política en un republicanismo minoritario entre los de su clase se vio favorecida por ello.

Entre los miembros de la nueva elite no faltaron los industriales emprendedores, que redujeron el peso de la vieja elite inmobiliaria y agraria en la elite local. Uno de ellos fue Pedro Sánchez Padrino, llegado desde Almoguera, en el partido de Pastrana, en 1864. Contratista de los establecimientos de beneficencia de la ciudad⁹³⁶ y socio de Boixareu en su negocio de redención de quintos⁹³⁷, en 1887 construyó una fábrica de jabón de nueva planta⁹³⁸ y estableció un comercio de ultramarinos. En 1893 fue elegido concejal liberal⁹³⁹, lo que le proporcionó la visibilidad que su origen forastero limitaba. Otro fabricante jabonero era Vicente Gil Neira, sobrino de Cándido Gil Vargas. Vicente había llegado a Guadalajara en 1883, con apenas 12 años, procedente de Torrelaguna, en la provincia de Madrid, para trabajar como dependiente en la fábrica de jabón de su tío, siguiendo los pasos de su hermano, Cándido, siete años mayor. Vicente terminó haciéndose con la industria de su tío, se instaló en una casa de la Calle Mayor Baja y se convirtió en un próspero industrial. En 1905, Gil fue uno de los promotores del plante de los industriales y comerciantes de la ciudad contra los presupuestos municipales, en los que se proyectaban nuevos arbitrios “lesivos a sus intereses”. Los industriales se

⁹³⁰ Flores y Abejas, 18-3-1917.

⁹³¹ Flores y Abejas, 4-11-1894.

⁹³² Flores y Abejas, 1-1-1899.

⁹³³ Flores y Abejas, 1-12-1898.

⁹³⁴ Flores y Abejas, 9-4-1899.

⁹³⁵ Flores y Abejas, 29-3-1908.

⁹³⁶ BOPG, 6-8-1884.

⁹³⁷ BOPG, 19-11-1888.

⁹³⁸ BOPG, 14-9-1887.

⁹³⁹ AMGU-EC, 147802, 1893.

reunieron en un salón del Centro Obrero, congregados “para acordar lo conducente a la mejor defensa de sus derechos”⁹⁴⁰. El cambio de lenguaje y la nueva forma de hacer política de Gil Neira y sus compañeros denotaba un ostensible cambio de actitud por parte de la nueva elite, que ya no se asentaba sobre el principio sagrado de la propiedad, sino en los valores burgueses de la capacidad y el mérito⁹⁴¹.

Entre los nuevos industriales que se integraron en la elite comercial también hubo algunas mujeres, que, aunque siguieron siendo copando sectores cada vez más feminizados, como las verdulerías, las mondonguerías y las buñolerías, incrementaron su presencia en establecimientos comerciales más selectos, e incluso en el comercio al por mayor. Era el caso de Josefa Rodríguez, que, tras enviudar de Cipriano Morillas, se hizo cargo del comercio de hierro al por mayor de la familia y se dedicó a la expansión del negocio, como prueban las diferentes obras que realizó en las instalaciones. En otros casos, la actividad comercial y de negocios fue realizada por mujeres casadas, como Amparo Núñez Limiñana, que, al casarse con Antonio Pajares, se encargó de uno de sus negocios, dedicado al préstamo, o Amparo Riofrío Sigüenza, propietaria, con su hermana de una tienda de camisería fina, que constituyó la principal fuente de ingresos de su familia, encabezada por su esposo cesante. Es sintomático, sin embargo, que Rodríguez, Núñez y Riofrío se declararan “sus labores” en los padrones, evidenciando que, si la performatividad patriarcal había logrado erosionar o anular la identidad social de las mujeres, no había conseguido transformar del todo su conducta y su carácter.

Uno de los cambios cualitativos más relevantes experimentados por el mercado laboral arriacense en los primeros decenios del siglo XX afectó al colectivo de los trabajadores cualificados, ligados a la diversificación del sector de la construcción o a la extensión de nuevos servicios urbanos, como la electricidad. En el primer caso, el monótono tándem que formaban carpinteros y albañiles dio paso a una gama de oficios, todavía escasa, pero más rica, a la que se incorporaron los pintores decoradores o los marmolistas. Por otra parte, a la ciudad llegaron los primeros electricistas y electricistas mecánicos, que trabajaron mayoritariamente en la principal empresa instalada en la ciudad en el cambio de siglo, la Sociedad Eléctrica. Uno de los tres electricistas de los que hay constancia documental para 1904 era Tomás de la Rica Calderón, cuya trayectoria profesional y personal fue inusual, pero muy ilustrativa del cambio de cultura laboral de comienzos del siglo XX. De la Rica era maestro, y miembro de una familia republicana. Electricista aficionado, fue asiduo de los concursos de Artes y Oficios que organizaba el Ateneo Instructivo Obrero, hasta que decidió establecerse como montador electricista en 1904. Delegado comercial en la ciudad de la sociedad Westinghouse, De la Rica instaló un laboratorio electroquímico dedicado al niquelado, el plateado, el dorado y otras metalizaciones mediante procedimientos electroquímicos, dirigidas a las imprentas de la capital⁹⁴². Ese mismo año, el Colegio de Huérfanos contrató a De la Rica

⁹⁴⁰ *La Región*, 13-10-1905.

⁹⁴¹ CRUZ VALENCIANO, Jesús: *El surgimiento...* (op. cit.).

⁹⁴² *Eco de la Alcarria*, 16-3-1904.

como electricista, y a Eduardo Martínez, hijo de un empleado de Hacienda de la ciudad, como su ayudante⁹⁴³.

Sin embargo, De la Rica terminó dedicándose al magisterio, como director de la Escuela Laica establecida aquellos años en la ciudad por iniciativa del militar republicano Felipe Nieto, un seguidor de la escuela moderna de Francisco Ferrer Guardia, que, en su testamento, en 1885, había dejado una fortuna para la creación de un centro de enseñanza laico⁹⁴⁴. Al frente de la Escuela, De la Rica impulsó un modelo de enseñanza integral, que conjugaba la formación humanística con la capacitación técnica, al contar con huerta y taller, como relató uno de los alumnos que estudiaron en ella a comienzos de la década de 1910, Marcelino Viejo Canalejas⁹⁴⁵. La trayectoria de De la Rica fue excepcional en aquella pequeña ciudad monótona y conservadora, pero suficientemente ilustrativa de que la cabeza y la mano no tenían por qué caminar separadas en el mundo del trabajo.

⁹⁴³ Flores y Abejas, 29-5-1904.

⁹⁴⁴ CALERO DELSO, Juan Pablo: “La Escuela Laica de Guadalajara (1885-1939)”, en *Añil*, 2004-2005 (28), pp. 81-87.

⁹⁴⁵ VIEJO CANALEJAS, M.: *El taller de Ícaro: historia de la Hispano Aviación (1917-1972)*. Sevilla, Fundación el Monte, 2002, pp. 21-23.

CAPÍTULO 6. LA CIUDAD MORAL Y SUS LÍMITES. POBREZA, SOCIABILIDAD Y CONTROL SOCIAL

En aquella caverna habitaba y hacía el café que vendía por la mañana a la gente del mercado. Cuatro cacharros, dos sillas y una mesa componían el ajuar. En el resto del día prestaba servicios en la taberna del pulpillo. Había venido tan a menos en lo físico y en lo económico, que a su antiguo tertulio le costó trabajo reconocerla.

Benito Pérez Galdós. *Fortunata y Jacinta*⁹⁴⁶.

Las cualidades humanas de la ciudad surgen de nuestras prácticas en sus diversos espacios, aunque estos estén sometidos a los cercamientos, al control social y a la apropiación por intereses privados y públicos.

David Harvey. *Ciudades rebeldes*⁹⁴⁷.

6.1. Café de la casa

Cada mañana, Joaquín Campos celebraba invariablemente el ritual. Al amanecer, preparaba el café en un puchero de hojalata, mientras disponía los aperos de su industria itinerante. Después, colocaba los cacharros con la infusión humeante sobre el carro y emprendía su periplo cotidiano por el tortuoso laberinto que conducía al mercado. En su recorrido hacia la Plaza Mayor, el paso del destartado vehículo rasgaba el silencio de la ciudad durmiente, alternativamente interrumpido por los ladridos de los mastines de las huertas y las posadas, y por el repique de la campana del Cabildo Eclesiástico, que clamaba desde lo alto de la torre de San Esteban⁹⁴⁸. La monótona melodía le acompañaba hasta San Gil, en otro tiempo sagrado recinto del Concejo⁹⁴⁹, y entonces inexpugnable baluarte del gremio de confiteros. En medio de la soledad de la plazuela, Campos se detenía frente a las pastelerías de Silverio Suárez, Fernando Criado e Inocencio Vázquez y se imaginaba orquestando una de esas tertulias que congregaban en las trastiendas a los ilustres patricios de la ciudad para profetizar sobre el rumbo del siglo. Pronto empezaba

⁹⁴⁶ PÉREZ GALDÓS, Benito: *Fortunata y Jacinta: dos historias de casadas* (vol. I). Madrid, Imp. La Guirnalda, 1887, p. 170.

⁹⁴⁷ HARVEY, David: *Ciudades rebeldes. Del derecho a la ciudad a la revolución urbana*. Madrid, Akal, 2011, p. 115.

⁹⁴⁸ En 1841, la campana del Cabildo eclesiástico de la ciudad se trasladó a la iglesia de San Esteban. AMGU-AS, 141573, 22-5-1841.

⁹⁴⁹ Las noticias acerca del lugar de reunión del concejo son escasas. A comienzos del siglo XV, los regidores se reunían en la iglesia de San Gil, para acordar los principales oficios municipales. LÓPEZ VILLALBA, José Miguel: “Concejo abierto, regimiento y corregimiento en Guadalajara (1346-1546)”, *Espacio, Tiempo y Forma. Serie III, Historia Medieval*, V (1992), p. 73.

a desfilar ante sus ojos una legión de verduleras, arrieros, trajineros, traperos, tablajeros, afiladores y otros extraños íntimos con los que compartía la calle, y el cafetero ambulante se diluía en el torrente que fluía hacia el corazón de la ciudad, ocupado ya por algunos mercachifles, que colocaban metódicamente sus puestos, bajo la atenta mirada de los alguaciles. Allí se apostaba frente a las Casas Consistoriales, y se pasaba las horas esperando a que sus ocasionales parroquianos se acercaran para departir, distraer su apetito o aliviar los rigores invernales de aquella Meseta fría e inhóspita.

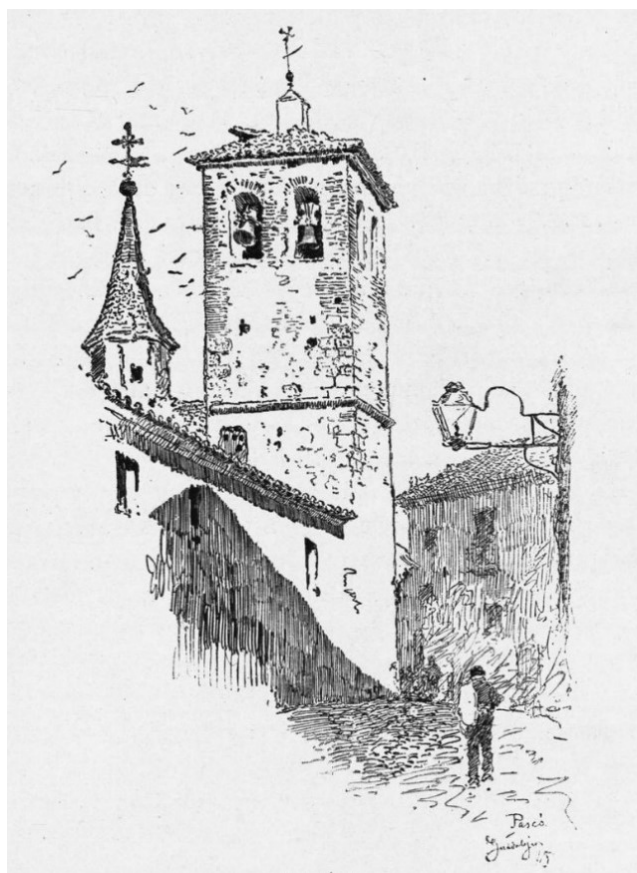
Poco más se podía esperar de aquel caldo aguado de sabor indefinido, adulterado a base de achicoria, trigo tostado, habichuelas y una interminable lista de sucedáneos⁹⁵⁰, que el cafetero expendía a tres cuartos la taza. Otra cosa era el aroma de aquel brebaje, que le traía a la memoria la horchatería que había regentado en la misma plaza y que cerró el año anterior, aquel cubículo de paredes desconchadas y macilentas por el humo de los cigarros y los faroles de reverbero, de cuya entrada colgaba un letrero que rezaba “Café de la casa”. De día, aquella covacha se poblaba de una variopinta feligresía de charlatanes, desocupados y ociosos, pero al caer la noche, el establecimiento mutaba en refugio clandestino de esa moderna estirpe de tahúres serios y calculadores⁹⁵¹, que ingresaban a hurtadillas en la trastienda, para jugar al bacará, al monte, al treinta y cuarenta, a las siete y media y a otros juegos de suerte, envite o azar. Al principio, Campos logró compaginar su respetable industria diurna con las timbas que organizaba por las noches, pero en aquella ciudad indiscreta, todo el mundo se apercibió de que en su casa se jugaba a juego prohibido⁹⁵², y el 2 de diciembre de 1855 el celo vigilante de los serenos se cernió sobre la horchatería.

⁹⁵⁰ En 1850, el físico y médico Arthur H. Hassall dio a conocer un estudio en el que había descubierto más de treinta sustancias empleadas para adulterar el café. El descubrimiento dio lugar a una campaña desde las páginas de la revista médica *The Lancet*, que enarboló la bandera de los derechos de los consumidores y divulgó los descubrimientos de Hassall. En España, una de las primeras referencias sobre los descubrimientos de Hassall apareció en la *Revista mensual de Agricultura*, en 1850. Véanse: HASSALL, Arthur H.: *Food and its Adulterations. Comprising the Analytical Sanitary Comission of the Lancet*. Londres, Longman, Brown, Green, and Longmans, 1855, pp. IX-XII; *Revista mensual de Agricultura* (tomo I). Madrid, Establecimiento Tipográfico de Mellado, 1850, p. 415. BURNETT, John: *Plenty and Want: A Social History of Food in England from 1815 to the Present Day*. Londres, Routledge, 2013, pp. 216-227.

⁹⁵¹ HUIZINGA, Johan: *Homo ludens*. Madrid, Alianza, 2014 [1938], p. 242-246.

⁹⁵² El 26 de mayo de 1853, la *Gaceta de Madrid* publicó una Real Orden circular, que instaba a los gobernadores civiles a excitar “el celo de los funcionarios del ramo de vigilancia y demás dependientes de ese Gobierno” contra los jugadores. En su preámbulo, la orden recordaba que, “entre los elementos de corrupción que mas (*sic*) desastrosas consecuencias producen en el seno de la sociedad, ninguno tan trascendental y de resultados tan funestos como el de los juegos de suerte, envite y azar, porque no solo afectan a la fortuna y comprometen la paz y dicha de las familias, sino que relajan las costumbres, pervierten y extravían los mas (*sic*) nobles instintos, y son el foco inmundo de donde salen gran parte de los odios y crímenes que manchan desgraciadamente los anales de nuestra época”. *Gaceta de Madrid*, 26-5-1853.

Figura 6.1. Plazuela e iglesia de San Gil, por José Pascó (1885)



Fuente: De la Fuente y Quadrado (1886)⁹⁵³.

Los jugadores, sorprendidos *in fraganti*, fueron sometidos a causa criminal por alterar el orden público y la policía urbana⁹⁵⁴, y Campos constató que en la noble y leal ciudad no cabían las prácticas que corrompían las sanas costumbres y alimentaban los bajos instintos, ni había sitio para esos locales democráticos e igualadores donde se mezclaban individuos de jaez tan diverso, que no compartían más que su necesidad vital de matar el tiempo y su afición al palique. El modesto industrial, entonces, traspasó la horchatería a uno de los dieciséis taberneros de la ciudad, y se echó a la calle, para vender el café que preparaba en la casa de huéspedes donde vivía. Algunos meses después, decidió abrir un billar, un juego tolerado porque no dependía del azar, sino de la destreza de los contendientes⁹⁵⁵, pero la empresa no prosperó, y Campos hubo de conformarse con emplearse como dependiente en un café de la ciudad. Su vuelo se detuvo entonces, pero seguramente le había compensado recalar en aquella ciudad, pues logró huir de las

⁹⁵³ DE LA FUENTE, Vicente: “Guadalajara en su estado actual...” (art. cit.), p. 45.

⁹⁵⁴ BOPG, 30-5-1856. Anuncio del llamamiento judicial a uno de los jugadores.

⁹⁵⁵ PINO ABAD, Miguel: *El delito de juegos prohibidos. Análisis histórico-jurídico*. Madrid, Dykinson, 2012, p. 105.

estrecheces que le acechaban desde que había venido al mundo en Muro de Ágreda, el último día del invierno de 1829⁹⁵⁶.

Joaquín Campos fue un pionero del moderno e interclasista mercado del ocio, que proliferó en la ciudad y en todo el país durante la década de 1840 y discurrió en espacios heterotópicos⁹⁵⁷ como la horchatería. Remedo de las viejas botillerías y alojerías, que “ni son boticas, ni figones y lo parecen todo”⁹⁵⁸, las horchaterías proclamaron su efímera república en el otoño de 1852, en sus bastiones de las madrileñas calles de Toledo, la Montera y San Bernardo⁹⁵⁹. La proliferación de aquellos lugares respondía a una demanda creciente de espacios de reunión, discusión y encuentro entre las clases populares, pues “hasta los estudiantes y las costureras, que sin ser gente sobrada se avienen perfectamente, dirigen al Todopoderoso sentidas plegarias para que no se acabe nunca el tiempo de la horchata”⁹⁶⁰. Pronto, aquellos lugares de encuentro fueron reemplazados por otros de contornos mejor definidos, como los cafés y las tabernas, pero la experiencia no fue baldía, porque allanaron el camino a los cafetines, los cafés populares y los “cafés de barrio”, asiento de un “mundo plebeyo y menestral de blusa y alpargata”⁹⁶¹, que ingresaron en la nómina de establecimientos de reunión y sociabilidad de las ciudades durante las décadas siguientes, democratizando el consumo del café, hasta entonces restringido a la burguesía ilustrada⁹⁶².

La iniciativa de Campos había llegado en un momento en que el pueblo todavía se solazaba en los paseos, las tabernas y los mentideros, y la elite se reunía en las trastiendas de las confiterías o en los escasos pero distinguidos cafés de la ciudad, como el que Lucas Ruiz había abierto en la Calle Mayor Alta. Al establecimiento no le faltaba detalle, pues tenía mesa de billar, piano de cola de seis octavas y obrador de pastelería, y era atendido por un ejército de reposteros, aprendices y sirvientes venidos desde todos los puntos del país. Algunos de los trabajadores del café, como Ángel García y Matías de Castro habían llegado desde la lejana Asturias, otros, como Pedro Jiménez, desde Muro de Ágreda, el pueblo soriano en el que había nacido Joaquín Campos. Gracias a su café, y a las mascaradas que organizaba en el Teatro, Ruiz había construido un cómodo monopolio sobre el ocio burgués de la ciudad, que conquistó a fuer de escuchar pacientemente los parlamentos de sus convecinos, mientras arreglaba sus quijadas en la

⁹⁵⁶ El relato es elaboración propia, a partir de la declaración del propio Joaquín Campos en el acto de constitución del gremio de cafeteros y nombramiento de síndicos: AHPGU-H, 456. La trayectoria posterior de Joaquín Campos, a partir de las hojas de empadronamiento de 1854, 1869 y 1884.

⁹⁵⁷ Sobre el concepto de heterotopía, como espacio de reunión interclasista, véase: FOCUCAULT, Michel: “Espacios diferentes”, en *Estética, ética y hermenéutica*. Barcelona, Paidós, 1999, pp. 431-443.

⁹⁵⁸ TORRES VILLARROEL, Diego de: *Visiones y visitas de Torres con don Francisco Quevedo*. Cit. en BONET CORREA, Antonio: *Los cafés históricos*. Madrid, Cátedra, 2012. En Madrid, las alojerías de las calles de Toledo y Montera fueron sustituidas por horchaterías: *La Nación*, 4-11-1852.

⁹⁵⁹ *La Nación*, 4-11-1852.

⁹⁶⁰ *El Clamor público*, 6-7-1853.

⁹⁶¹ BONET CORREA, Antonio: *Cafés históricos...* (*op. cit.*).

⁹⁶² En 1864, la matrícula de la contribución industrial y de comercio contaba cinco cafés, frente a los dos consignados en las matrículas de 1844 y 1853. En 1891, los cafés de la ciudad ya eran siete.

época en que fue maestro del gremio de barberos o les franqueaba el paso al coliseo de la ciudad, en el tiempo que desempeñó la administración del Teatro.

La disparidad entre ambos cafeteros ilustra la evolución de la sociabilidad informal en la segunda mitad del ochocientos. El café de Ruiz representaba el triunfo de la cultura burguesa y la ociosidad del *Homo ludens* burgués, y la horchatería, una consecuencia colateral de ese triunfo, pues constituía un ejemplo de emulación pecuniaria⁹⁶³ y apropiación cultural y lúdica de las prácticas burguesas por parte de las clases medias y hasta los sectores populares, que desvirtuaron el carácter restringido y suntuario de los cafés y las tertulias. El desplazamiento de la horchatería por los cafetines evidenciaba, de hecho, la extraordinaria difusión, entre las clases medias y populares, de las prácticas recreativas de la burguesía liberal, que había encontrado en la tertulia de café su principal ecosistema, relegando el consumo de vino a granel y bebidas aromáticas de la cultura menestral a las tabernas, y el chocolate de los eclesiásticos y los adalides de la reacción a la intimidad de los salones particulares⁹⁶⁴.

Poco a poco, el mercado de la sociabilidad recreativa fue diversificándose. Al casino, los cafés exclusivos y las trastiendas de las confiterías se sumaron el Ateneo literario y varios salones donde los miembros del *gotha* local, reunidos en compañías de teatro aficionadas, representaban las comedias ligeras de la cartelera madrileña. Por su parte, a las tabernas, cafetines, barberías y ventorros donde discurría la sociabilidad popular se sumó un retablo de buñolerías, billares, casas de baños y, ya en el crepúsculo de la centuria, el Ateneo Instructivo del Obrero, concebido por la elite para instruir a las clases populares en su moral mesocrática, compartiendo, aunque de una manera formal, adulterada y performativa, sus prácticas recreativas. Esos espacios de sociabilidad fueron los escenarios de la reconstrucción de los vínculos sociales debilitados como consecuencia de la disolución de la comunidad, de base familiar, corporativa y vecinal, y en ellos, los sujetos desplegaron prácticas y rituales que contribuyeron a dar forma a su identidad social, política y de género⁹⁶⁵. Sus encuentros y discusiones, y el intercambio de sus experiencias, dieron pie a nuevas parroquias, en muchos casos, formalmente constituidas como sociedades, que definieron un modelo de relaciones sociales nuevo, emancipado de los viejos lazos comunitarios, y desplegando nuevas formas de articulación social y movilización cultural o política, propias de la emergente sociedad de masas⁹⁶⁶.

⁹⁶³ VEBLEN, Thorstein: *Teoría de la clase ociosa...* (op. cit.), pp. 54-66.

⁹⁶⁴ BONET CORREA, Antonio: *Cafés históricos...* (op. cit.).

⁹⁶⁵ Sobre la sociabilidad informal, véase: AGULHON, Maurice: “¿Es la sociabilidad un objeto histórico?”, *Política, imágenes, sociabilidades. De 1789 a 1989*. Zaragoza, PUZ, 2016, pp. 103-118. Sobre su relación con el espacio: URÍA, Jorge: “Lugares para el ocio. Espacio público y espacios recreativos en la Restauración española”, *Historia Social*, 41 (2001), pp. 89-112.

⁹⁶⁶ LUENGO TEIXIDOR, Félix Juan: “De la taberna a la sociedad popular: ocio y sociabilidad donostiarra en la primera mitad del siglo XIX (1813-1863)”, en CASTELLS ARTECHE, Luis (coord.): *El rumor de lo cotidiano: estudios sobre el País Vasco contemporáneo*. Bilbao, Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibersitatea, 1999, pp. 55-76.

La intervención de los poderes locales en la ordenación del ocio popular, por su parte, ilustra la naturaleza coercitiva y, al propio tiempo, disciplinaria y autolimitativa, de las técnicas propias de la gubernamentalidad liberal⁹⁶⁷. La redada de 1855 en la horchatería convirtió a Campos y sus parroquianos en víctimas de los dispositivos de vigilancia y represión orientados a erradicar las prácticas que las mentes biempensantes consideraban disolventes. Los mismos que afectaron a las tabernas, los chiscones y otros espacios lúdicos en los que la notabilidad creyó ver el principio del fin del mundo durante la segunda mitad del ochocientos⁹⁶⁸. La creación del Ateneo Obrero, por su parte, es un elocuente ejemplo del esfuerzo por domesticar el ocio popular para garantizar el control social de la población y construir un cuerpo social disciplinado⁹⁶⁹, mediante la promoción del ocio burgués entre jornaleros y menestrales, con el que se esperaba desarrollar un “individualismo disciplinario” capaz de estimular el autocontrol sobre la conciencia y la conducta⁹⁷⁰, eso sí, en espacios diferenciados y segregados de los lugares en los que transcurría la sociabilidad burguesa.

El control sobre el ocio popular se legitimó mediante una cruzada contra las prácticas que la elite local consideraba amenazantes para la hegemonía moral burguesa y patriarcal, tales como la prostitución, la pobreza, la mendicidad y hasta la blasfemia. Desde una narrativa paternalista y reformista, deudora de la nueva disciplina capitalista del tiempo y el trabajo⁹⁷¹, del viejo providencialismo católico y de una cultura del peligro⁹⁷² que adoptó frecuentemente la forma del pánico moral⁹⁷³, los poderes públicos y la elite dirigieron grandes esfuerzos a extirpar del espacio público las prácticas heterodoxas y disciplinar a los sujetos relacionados con ellas. Frente a las conductas que desafiaban la moral sexual y social burguesa, se desplegaron y redefinieron diversos mecanismos de control, articulación y profilaxis social, que fundamentaron la política social liberal durante el reinado isabelino y la Restauración. Pero a diferencia de lo que sucedió en países como Gran Bretaña, donde fue patente el intento de disociar el dominio civil de “lo social” de los residuos de la cultura teológica tradicional⁹⁷⁴, en la sociedad provinciana española, la moral católica tradicional interfirió permanentemente en la moral civil, contribuyendo a la gestación de una cultura pública híbrida, cuyo rasgo más

⁹⁶⁷ Los aspectos esenciales de la teoría de la gubernamentalidad foucaultiana están recogidos en: FOUCAULT, Michel: *Nacimiento de la biopolítica. Curso del Collège de France (1978-1979)*. Madrid, Akal, 2016 [1979]. Véase también: FOUCAULT, Michel: “La gubernamentalidad”, en *Estética, ética y hermenéutica*. Barcelona, Paidós, 1999, pp. 175-198.

⁹⁶⁸ URÍA, Jorge: “Sociabilidad informal y semiótica de los espacios. Algunas reflexiones de método”, *Studia Historica. Historia contemporánea*, 26 (2008), pp. 177-212.

⁹⁶⁹ FOUCAULT, Michel: “Las mallas del poder”, en *Ética, estética (op. cit.)*, pp. 234-254.

⁹⁷⁰ POOVEY, Mary: *Making a Social Body: British Cultural Formation, 1830-1864*. Chicago, Chicago University Press, 1995, p. 112.

⁹⁷¹ GOOPTU, Nandini: *The Politics of the Urban Poor in Early-Twentieth Century India*. Cambridge, Cambridge University Press, 2001, p. 4; THOMPSON, E. P.: “Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial”, en *Costumbres en común*. Barcelona, Crítica, 1995, pp. 395-452.

⁹⁷² FOUCAULT, Michel: *Nacimiento de la biopolítica... (op. cit.)*, p. 75.

⁹⁷³ WALKOWITZ, Judith: *La ciudad de las pasiones terribles: narraciones sobre peligro sexual en el Londres victoriano*. Madrid, Cátedra, 1995, p. 70.

⁹⁷⁴ POOVEY, Mary: *Making a Social Body: British Cultural Formation, 1830-1864*. Chicago, Chicago University Press, 1995, p. 17.

visible fue la elaboración de una retórica que combinaba el organicismo católico con el utilitarismo liberal.

Entre las técnicas e instrumentos empleados por el intervencionismo de las elites para erradicar las conductas indeseadas destacó particularmente el sistema de beneficencia. A través de la asistencia médico-farmacéutica, el reparto de alimentos y bonos de pan y el empleo de las clases populares en las obras públicas, y de una envoltura retórica que invocaba hasta la saciedad ideales como la caridad y la higiene –biológica y moral–, la burguesía, la Iglesia y los poderes locales trataron de evitar la conflictividad social, prevenir los brotes epidémicos propios de un modelo demográfico antiguo y diseñar un modelo de intervención eficaz ante la pobreza, orientado más a paliar sus efectos coyunturales que la desigualdad estructural que subyacía en la base de la naciente sociedad de masas. El objetivo último de la medición y regulación de la pobreza era el control social eficiente, pues los potenciales beneficiarios quedaron subordinados a los profesionales e instituciones implicados en la administración y gestión del sistema, como los médicos, los farmacéuticos, los miembros de la notabilidad presentes en las juntas parroquiales, municipales y provinciales de Beneficencia, las fundaciones filantrópicas privadas y las órdenes religiosas⁹⁷⁵.

Si el sistema de asistencia privada permitió a la notabilidad civil y eclesiástica establecer un férreo control sobre los asistidos, mediante el reparto domiciliario de alimentos, medicinas y ropa, y difundir los valores de la moral católica, como documentaron Pío Baroja en *La busca* y Vicente Blasco Ibáñez en *La horda* al relatar el caso de “La Doctrina”⁹⁷⁶ –idéntico sistema al utilizado en Guadalajara por Micaela Desmaissières⁹⁷⁷–, la confección de padrones de pobres, la asistencia médico-farmacéutica sufragada por el Ayuntamiento y las suscripciones y partidas presupuestarias destinadas a la realización de obras públicas para paliar el paro obrero aspiraban a constituir el fermento de un cuerpo social renovado, disciplinado y jerarquizado. Pero como se desprende de los propios relatos de Baroja y Blasco Ibáñez y, como se verá a continuación, la capacidad de las elites para difundir su cultura y conformar un cuerpo social articulado fue limitada, ya que, todo lo más, logró crear actitudes de una deferencia simulada⁹⁷⁸, que lo mismo se expresaba mediante la asistencia

⁹⁷⁵ PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El Madrid moderno...* (op. cit.).

⁹⁷⁶ Tanto Baroja como Blasco Ibáñez se refieren en sus novelas a “la Doctrina”, una reunión de mujeres devotas que entregaban sábanas a los mendigos a cambio de escuchar una lección de contenido religioso. Blasco Ibáñez señala que las beatas “regalaban a las traperas una sábana por año, y arroz y castañas por Navidad; pero las obligaban a oír la explicación de la Doctrina dos veces por semana”. BLASCO IBÁÑEZ, Vicente: *La horda*. Valencia, Prometeo, 1905, p. 117. Baroja describe la reunión, y añade que “para los golfos todo aquello no era más que un piadoso entretenimiento de las señoras devotas”. BAROJA, Pío: *La busca*. Madrid, Caro-Raggio, 1997, p. 92.

⁹⁷⁷ DE LA FUENTE, Vicente: *La vizcondesa de Jorbalán...* (op. cit.), p. 12.

⁹⁷⁸ BASCUÑÁN AÑOVER, Óscar: “Movilización y prácticas del desorden en la sociedad castellano-manchega de la Restauración, 1875-1923”, en MOLINA APARICIO, Fernando (coord.): *Extranjeros en el pasado. Nuevos historiadores de la España contemporánea*. Bilbao, Universidad del País Vasco, 2009, p. 133. Sobre el concepto de “deferencia simulada”, véase SCOTT, James C.: “Formas cotidianas de rebelión campesina”, *Historia Social*, 28 (1997), 13-39.

a los sermones religiosos a la que algunos benefactores privados condicionaban el reparto de limosnas, que a través de la aceptación de la legitimidad racional del sistema electoral. Esta aparente complacencia, unida a las heterodoxas prácticas recreativas de las clases populares –el creciente número de tabernas y prostíbulos es ilustrativo al respecto– revela las limitaciones de un modelo de ciudad intervenida, más que tutelada y eficazmente disciplinada, una ciudad moral que tuvo que combinar la vigilancia panóptica, la creación de dispositivos disciplinarios y la coerción, pero que, siquiera formalmente, tuvo que admitir que el ejercicio de la libertad y la satisfacción del deseo no eran prerrogativas de la elite, sino dos rasgos universales de la naturaleza humana.

6.2. El despliegue de la ciudad moral

A medida que el Estado liberal procedió a la transferencia de funciones y servicios a las provincias y los municipios, los gobiernos civiles y los ayuntamientos se transformaron en los principales agentes de la construcción del cuerpo social liberal. A través de una serie de herramientas estadísticas y de control de la población, como los padrones de habitantes, los padrones de pobres, las matrículas de la contribución industrial y territorial, las visitas de pesos y medidas, la elaboración de índices de precios y granos, los informes de los serenos y las rondas nocturnas practicadas por los propios concejales en Nochebuena y Nochevieja, el poder local dispuso de un conocimiento exhaustivo de la población, de su composición sociodemográfica y de sus condiciones cotidianas de existencia. La pieza clave de la función vigilante del gobierno municipal fue el padrón, confeccionado con frecuencia desde la década de 1840, y regularmente, cada mes de enero, desde 1857, de forma coincidente con la elaboración del primer censo por la Junta General de Estadística del Reino. Su elaboración era una ocasión propicia para que los alguaciles del Ayuntamiento o los agentes temporeros designados para la distribución, cumplimentación y recogida de las hojas declaratorias se desplegaran por la ciudad, indagaran en la vida de sus habitantes y entraran en relación con ellos. Algunos de los agentes del padrón estaban vinculados a la maquinaria electoral de los partidos políticos. Era el caso del hojalatero Julián Antonio Núñez, militante de primera hora del republicanismo en el Sexenio, que fue el responsable de rellenar y rubricar las hojas declaratorias de 26 familias del segundo distrito de la ciudad en el empadronamiento de 1869. En 1871, Núñez fue elegido concejal por esa misma demarcación. Su designación como candidato se debió a sus relaciones con el jefe de filas republicano, Miguel Mayoral y Medina⁹⁷⁹ y a la posición prominente que disfrutaba su padre, el también concejal Pedro Regalado Núñez. Pero en sus trabajos como agente padronal, Julián Antonio dispuso de una ocasión inmejorable para darse a conocer entre sus vecinos y futuros electores.

El celo fiscalizador del Consistorio se apoyaba en dos sagrados principios de la nueva cultura pública liberal, pronto convertidos en los ejes de la acción municipal: la

⁹⁷⁹ CORDAVIAS, Luis: *Vida de Sor Patrocinio...* (op. cit.), p. 111.

higiene y la defensa de los intereses de los consumidores. En los años cincuenta, varias de las comisiones sectoriales del Ayuntamiento se dedicaban específicamente a la vigilancia, pues, además, de la comisión de alumbrado y serenos existieron otras dos, dedicadas, respectivamente, a la visita de cárceles, y a los alojamientos, bagajes y repesos, esta última compuesta por todos los concejales, que debían pasar por ella de forma rotatoria⁹⁸⁰. El intervencionismo municipal en materia de higiene se intensificó en los años centrales de la centuria. En septiembre de 1853, el pleno del Ayuntamiento aprobó una moción en la que se instaba a los alguaciles y celadores de policía urbana a una “constante vigilancia” sobre la limpieza de las calles, que entonces se consideraba competencia directa de los vecinos, responsables de limpiar el trozo de acera inmediato a sus casas⁹⁸¹. En octubre de ese año, se crearon dos comisiones de policía y sanidad⁹⁸² y se rechazó la petición de los vendedores de tocino de relevar de sus derechos de reconocimiento al inspector de carnes⁹⁸³. Por su parte, en abril de 1854, el inspector de carnes solicitó que “se estienda (*sic*) la visita a las demás que no se degüellan en el matadero público de ciudad y pescados frescos”⁹⁸⁴.

Otro tanto sucedía con el control del fraude en la calidad y peso del pan y la carne. En septiembre de 1853, el pleno ordenó a la comisión de repeso que “redoble su vigilancia (...) [y] asista constantemente a la oficina pública desde las cinco a las ocho de la mañana todos los días permaneciendo a la vista los espendedores (*sic*) de dichos artículos y de todos los demás para evitar todo género de fraude, castigando caso necesario a los delincuentes”⁹⁸⁵. La intervención de las comisiones dedicadas a la fiscalización y la vigilancia se cifraba en la prevención de conflictos coyunturales. En 1847, al informar uno de los miembros de la comisión de repeso de que esa misma mañana se había advertido escasez de pan, el pleno acordó comprar pan a los panaderos del vecino pueblo de Marchamalo, ordenó a los panaderos que cocieran el doble de pan que de costumbre, prohibió a los tahoneros vender el artículo en sus casas hasta el mediodía y acordó elevar al Gobierno una petición para que aplicara medidas proteccionistas⁹⁸⁶.

A través de los bandos y las ordenanzas, el poder municipal trató de moldear la conducta de los habitantes de la ciudad. En ellos quedaba patente la obsesión del Ayuntamiento por regular y controlar las prácticas recreativas de la población. Un modelo de bando impreso en esa época –con un espacio para escribir manualmente la fecha, lo que sugiere su reiterada publicación– prohibía los bailes en las casas, y los juegos de naipes y las rondas en las calles, en un claro intento de erradicar el tradicional uso festivo del espacio público, propio de la ciudad premoderna⁹⁸⁷. Al propio tiempo, se establecían

⁹⁸⁰ Actas 1854, 4 de enero.

⁹⁸¹ Actas 1854, 17 de septiembre

⁹⁸² Actas 1854, 5 de octubre

⁹⁸³ Actas 1854, 22 octubre.

⁹⁸⁴ Actas 1854, 3 abril

⁹⁸⁵ Actas 1854, 17 de septiembre

⁹⁸⁶ Actas 1847, 12 marzo

⁹⁸⁷ LEFEBVRE, Henri: *El derecho...* (*op. cit.*), p.

toques de queda, a las nueve de la noche en verano y a las ocho en invierno, para las tabernas, y a las once y las diez, para los cafés y mesas de billar. De ese modo, las autoridades locales criminalizaron las tabernas como lugares de perversión y desorden, en tanto que lugares de sociabilidad popular por antonomasia y espacios de difusión de prácticas culturales contrahegemónicas⁹⁸⁸. El intento de imponer el modelo de urbanidad burgués se completaba con abundantes referencias a la higiene pública, al regularse el vertido de basura y aguas inmundas y decretarse la obligación de sacar los muladares fuera de la ciudad y sus arrabales. En la década de 1850, las referencias a la limpieza desaparecieron paulatinamente de los bandos de la alcaldía, que se ocupaban exclusivamente de prohibir los juegos de naipes y azar en cafés y mesas de billar, evidenciando con ello que, incluso en los espacios burgueses, la libertad había ido demasiado lejos para lo que la propia elite local estaba dispuesta a tolerar.

El orden público no era únicamente una cuestión práctica, sino también simbólica. El Concejo aprovechaba los días 24 y 31 de diciembre para exhibir su autoridad, cifrada en el control sobre las prácticas recreativas. Para la Nochebuena de 1854 se nombraron dos rondas nocturnas, “por la conservación del orden y tranquilidad de esta población”, integradas por los concejales y alcaldes de barrio, que, acompañados por dos alguaciles, recorrían las calles de la ciudad, en sendos turnos, desde las diez de la noche hasta la una y desde esa hora hasta las cuatro de la madrugada⁹⁸⁹. Pero el mantenimiento del orden durante la noche era una obsesión para el Consistorio más allá de las festividades invernales. A las nueve de la noche, las puertas de la ciudad se cerraban, quedando convertida en una fortaleza, y aunque la cerca era un coladero, los vecinos de los arrabales se sentían agraviados. En julio de 1844, la corporación decretó la apertura de los portillos hasta las diez, a fin de que “el vecindario esperimente (*sic*) menos estorsiones (*sic*) al entrar y salir por la noche en la población”⁹⁹⁰, pero con el tiempo se volvió al estado anterior. En mayo de 1848, varios vecinos protestaron por el cierre de las puertas a las nueve⁹⁹¹. En diciembre de 1852, sin embargo, eran los comerciantes ambulantes, arrieros y hortelanos del Alámin, los que protestaban por el cierre de las puertas, solicitando a la empresa arrendataria que permitiera el paso de caballerías “según lo estaba antes (...) procurando permanezca constantemente un guarda para facilitar tanto de día como de noche el tránsito del vecindario de aquella parte al centro de la población para su servicio en cuantos casos lo necesite”⁹⁹².

Uno de las principales preocupaciones del Ayuntamiento derivaba de la fiscalización del trabajo de los serenos, que eran objeto de frecuentes sanciones y apercibimientos. En enero de 1854, fueron destituidos tres de ellos, Víctor González, Luciano Centenera y Andrés de Laselle “por haber faltado al cumplimiento de sus deberes

⁹⁸⁸ URÍA, Jorge: “La taberna. Un espacio multifuncional de sociabilidad popular en la Restauración española”, *Hispania*, 2003, 63 (214), pp. 571-604.

⁹⁸⁹ AMGU-AS, 141586, 23-12-1854.

⁹⁹⁰ AMGU-AS, 141576, 19-7-1844.

⁹⁹¹ AMGU-AS, 141578, 31-5-1848.

⁹⁹² AMGU-AS, 141584, 4-12-1852.

la noche del quince del actual desatendiendo el servicio sometido a su cuidado”⁹⁹³. La corporación confiaba a aquellos vigilantes nocturnos la tranquilidad del municipio, por lo que les exigía habitualmente cumplidos informes de lo sucedido durante la noche. En un oficio de octubre de 1863, el celador de serenos y alumbrado público, Santiago Torres, informaba al primer regidor de que “no ha ocurrido novedad ninguna en la noche última en la población (...), si bien han tenido un Baile en la Boda de Aniceto Borda, en la casa nº 8 de la Cuesta de San Miguel, con licencia del Sr. Gobernador”. El celador informaba, así mismo, de que “el farol nº 27 en la Plazuela de Palacio estaba apagado”⁹⁹⁴. Cualquier ocasión era propicia para decretar el toque de queda, especialmente recurrente en coyunturas políticas críticas. El 28 de junio de 1854, en el curso de la Revolución, el Ayuntamiento decretó la iluminación de la ciudad durante toda la noche y el terminante cierre de las tabernas, para evitar riñas⁹⁹⁵.

El carácter regresivo que adoptó la moral pública en los decenios finales de la época isabelina se atenuó al comienzo del Sexenio. Los ayuntamientos progresistas y republicanos que se sucedieron después de la Gloriosa mostraron una menor preocupación que sus predecesores moderados y unionistas por la vigilancia. La primera medida adoptada por la corporación presidida por el progresista José Martínez Ramos, el 3 de octubre de 1868, fue la supresión, “por innecesaria”, de la plaza de celador de serenos y alguaciles⁹⁹⁶. En enero de 1869, se suprimió la vigilancia en el Camino de la Estación, de la que estaba encargada una pareja de serenos, por considerarla injustificada, al estimar el Concejo que esa competencia correspondía al cuerpo de vigilancia del Gobierno⁹⁹⁷. Sin embargo, en enero de 1873, el Ayuntamiento volvió a restituir la plaza de celador para vigilar el trabajo de los serenos y supervisar el funcionamiento del alumbrado público, al haberse “observado que los serenos y alguaciles dejan mucho que desear en el cumplimiento de sus deberes”⁹⁹⁸. La medida coincidió con una escalada reguladora que desembocó en la recopilación de ordenanzas municipales realizada ese mismo año y publicada en 1875.

En la edición no se indica si se realizaron modificaciones coincidiendo con el inicio de la Restauración. En cualquier caso, su contenido conjugaba el espíritu del gobierno mínimo liberal con la aspiración del control social burgués. Así, quedaban prohibidas las riñas y las pedreas “en el interior de la población y sus afueras”, así como “jugar a la pelota, a la toña y a la guerra, y disparar petardos y mixtos”, o “pedir dinero a los transeúntes con motivo de mayas y cruces (...) cuya antigua costumbre es contraria a la cultura de la capital” (artículos 180 a 184). También se prohibió colocar puestos de comida y bebida al paso de la procesión del Corpus Christi, que quedaba convertida en la fiesta local por antonomasia, mientras el Consistorio renunciaba a estar representado en

⁹⁹³ AMGU-AS, 141586, 18-1-1854.

⁹⁹⁴ AMGU, 458982.

⁹⁹⁵ AMGU-AS, 141586, 28-6-1854.

⁹⁹⁶ AMGU-AS, 141600, 3-10-1868.

⁹⁹⁷ AMGU-AS, 141601, 27-1-1869.

⁹⁹⁸ AMGU-AS, 141605, 18-1-1873.

la fiesta de La Cerca. Por su parte, se prohibía “bañarse al aire libre y encueros en el sitio denominado Presa y Caz del Molino, inmediato al puente, y a ambos lados de este, a menos distancia de 600 metros” (artículo 247). Entretanto, el tono era mucho más sutil en otros asuntos relacionados con el ocio, pues se suprimían los toques de queda, aunque se exigía a los propietarios de establecimientos de hostelería la iluminación de sus locales y se recomendaba el descanso dominical, “excepto en las épocas de siembra, siega y recolección de cereales, uva y aceituna”. Por su parte, se estableció la libertad horaria para los comercios, talleres y obradores, y se estimaba “muy conveniente” la apertura de aquéllos en los que “se venden artículos de primera necesidad, oficinas de farmacia, cafés, botillerías y demás análogos” (artículos 10 y 11).

Las ordenanzas, al propio tiempo, establecían la obligatoriedad de la prestación personal en el fomento de las obras públicas municipales, invocando el artículo 74 de la Ley municipal, y reconocían el derecho y la obligación de “denunciar y perseguir criminalmente a los Alcaldes, Regidores y Vocales de la Asamblea de asociados”. Se declaraba libre la caza de animales dañinos, entre los que se citaban lobos, zorras, garduñas, gatos monteses, tejones y hurones, y “como estímulo para el exterminio de aquellos” se establecían recompensas de 1,25 a 10 pesetas. Por último, se creaba un libro de registro de sirvientes con todas sus circunstancias e informes de las casas donde hubieran servido anteriormente, y se obligaba a los criados de servicio a contar con una cartilla donde figuraran todos estos datos. La cartilla era una medida de control y regulación de la inmigración, cuyo destino preferente era el servicio doméstico, que, por otra parte tenía una consideración de prestación personal y familiar, pues ni se regulaba su forma contractual ni tan siquiera se consideraba, ya que se empleaban términos como acogida o recepción al especificar su vinculación con el patrón y se establecía una multa de 5 pesetas para los vecinos que no inscribieran a los sirvientes (artículo 383)⁹⁹⁹.

La capacidad del Ayuntamiento para regular el orden público era, sin embargo, limitada, pues aquélla era una competencia que el Gobierno Civil, teórico responsable de la seguridad, ejercía de una forma un tanto laxa. A pesar de ello, hubo gobernadores reglamentistas, preocupados por la imagen de la capital, que ordenaron el cumplimiento de instrucciones ministeriales y publicaron bandos dirigidos a expulsar del espacio público a los heterodoxos. En 1887, por ejemplo, el gobernador ordenó el cumplimiento de una circular de la Dirección General de Seguridad que responsabilizaba indirectamente a las autoridades locales de su incapacidad para “corregir los efectos del vicio degradante de la embriaguez” y dictaba que “no se permitirá que después de las horas señaladas, estén abiertas las tabernas, casas de bebidas y demás establecimientos análogos”¹⁰⁰⁰. En noviembre de 1897, fue el gobernador civil, Miguel Mathet, quien decretó el toque de queda en las tabernas a las 10 de la noche. La criminalización del consumo de alcohol era una de las banderas de algunos moralistas. El periódico *Flores y Abejas*, por ejemplo,

⁹⁹⁹ AYUNTAMIENTO DE GUADALAJARA: *Ordenanzas municipales para la ciudad de Guadalajara y su término*. Madrid, Establecimiento Tipográfico de R. Labajos, 1875.

¹⁰⁰⁰ *BOPG*, 11-3-1887.

ironizaba en 1895 sobre los efectos que tenía el reducido precio del vino a 12 céntimos el cuartillo, señalando que “¡me río yo de las Chispas de Manuel del Palacio¹⁰⁰¹, comparadas con las que diariamente veremos aquí!”¹⁰⁰². En un tono similar, el mismo medio se alarmaba en 1899 del número de tabernas que el Ministerio de Hacienda había consignado en una estadística oficial:

Yo creo es una lástima
que el Gobierno no sepa
el número de monas
que se han cogido en ellas
las turcas que allí moran
sin ser ninguna hembra (...)
las heridas causadas
en broncas y reyertas
la sangre allí vertida,
los cólicos, jaquecas,
y locos que han causado
las treinta mil tabernas¹⁰⁰³.

A pesar de ello, en la última década del ochocientos, el Ayuntamiento desplegó una febril actividad coercitiva para regular las conductas de los vecinos. Así, desde 1895 se decretaron restricciones a la circulación de bicicletas¹⁰⁰⁴ y carros tirados por caballos¹⁰⁰⁵, quedaron prohibidas las blasfemias¹⁰⁰⁶, y se ordenó la obligatoriedad de colocar bozales a los perros y desplazar fuera de la población el ganado porcino¹⁰⁰⁷. La persecución de los blasfemos era una obsesión de la elite local. En 1896, el gobernador civil había emprendido una campaña contra el uso de expresiones procaces y ofensivas contra la moral religiosa, que la prensa local saludó de forma entusiasta. El semanario *Flores y Abejas* felicitaba al responsable, Javier Betegón Aparici, por arbitrar medidas para lograr una “ciudad purificada”, y le instaba a crear una academia de moral. Las blasfemias, las riñas y el juego cerraban el círculo de la perversión para la elite local, que en ocasiones denunciaba las prácticas de ocio popular como situaciones proclives a degenerar en enfrentamientos entre los jugadores.

La criminalización del juego fue una de las grandes obsesiones de los moralistas. En 1891, un columnista de la *Revista Popular* defendía que “el juego, y más en estos tiempos de empacho de la libertad porque (*sic*) atravesamos, debe ser libre y permitido”,

¹⁰⁰¹ Manuel del Palacio (1831-1906) fue un poeta y periodista español, cofundador del semanario satírico *Gil Blas* y colaborador, entre otros medios, de *El Imparcial*. Varios de sus artículos en ese periódico fueron reunidos en un volumen titulado *Chispas*, en 1894. Véase: TORRES, Gregorio: “Manuel del Palacio Simó”, *Diccionario biográfico de la Real Academia de la Historia*: <http://dbe.rah.es/biografias/7762/manuel-del-palacio-simo>.

¹⁰⁰² *Flores y Abejas*, 15-12-1895.

¹⁰⁰³ *Flores y Abejas*, 30-7-1899.

¹⁰⁰⁴ *Flores y Abejas*, 2-6-1895.

¹⁰⁰⁵ *Flores y Abejas*, 3-1-1897.

¹⁰⁰⁶ *Flores y Abejas*, 9-1-1898.

¹⁰⁰⁷ *Flores y Abejas*, 24-9-1899.

eso sí, siempre que los jugadores dispusieran del capital suficiente para ello¹⁰⁰⁸. El disciplinamiento de la sociabilidad logró progresivamente reducir la práctica de los juegos de azar en el espacio público. Un ejemplo de la domesticación de que fueron objeto los sectores populares es el rechazo del Ateneo Obrero a tolerar en la sociedad la práctica del bacará, por iniciativa de los propios socios, en 1896¹⁰⁰⁹. Frente al “vicio” del ocio y el esparcimiento, la elite promovía entre los desheredados la virtud del trabajo y la laboriosidad. Un publicista local instaba a las mujeres a acudir al centro de trabajo de sus maridos el día del cobro para evitar que malgastaran todo su jornal en la taberna, sentenciando de forma lapidaria que, “para los pobres, la ociosidad es un asueto terrible”¹⁰¹⁰. En muchos casos, eran los propios vecinos los que denunciaban las prácticas lúdicas en algunos establecimientos de la ciudad. En 1898, una sentencia judicial legalizó el juego del bacará, y un café de la calle Mayor Alta permitió este juego en su establecimiento. Un periódico local señalaba que “continuamente estamos recibiendo cartas de respetabilísimas personas de esta población, en la (*sic*) que se nos ruega indiquemos a nuestras Autoridades el mal efecto que produce se consienta”¹⁰¹¹.

La fiesta era, para algunos sectores de la burguesía, una fuente de corrupción moral y de vicio malsano. En 1895, un periódico local recogía –y su autor suscribía– la crónica publicada por otro rotativo sobre el Carnaval, que describía como

Unos cuantos harapos manchados con el lodo de las calles, unas cuantas voces enronquecidas por el vino adulterado que se vende en las tabernas (...). Es un viejecito decrepito con las mejillas lívidas pintadas de colorete, corriendo tras Susanas que no hacen nada por ocultarse. El vicio la anima y la grosería es la expresión de su lenguaje. ¡Séale pesada la losa de cieno que ha caído sobre él este año, para que no volvamos a ver su ridículo gesto, mezcla de imbecilidad y desvergüenza!¹⁰¹²

Las condenas contra los jugadores alcanzaban un grado superlativo si eran mujeres las que se entregaban a las prácticas lúdicas. Las críticas a la presencia femenina en el espacio público para distraerse jugando a los naipes, especialmente en los arrabales, pone de manifiesto el tono androcéntrico y elitista de la moral burguesa, como se desprende de una columna en verso de Luis Cordavias:

Allá por el Alamín,
cuatro haraposas comadres
suelen jugar a la brisca
los domingos por la tarde.
Y no se crea que el juego
de aquel pequeño aquellarre
es por distracción tan solo;

¹⁰⁰⁸ *Revista popular*, 15-8-1891.

¹⁰⁰⁹ *Flores y Abejas*, 4-12-1898.

¹⁰¹⁰ *Flores y Abejas*, 28-6-1896.

¹⁰¹¹ *Flores y Abejas*, 6-11-1898.

¹⁰¹² *Flores y Abejas*, 3-3-1895.

se engaña quien tal pensare.
 Allí se pierde y se gana
 y junto a cada comadre
 se ven varios centimillos,
 perros pequeños y grandes...
 En fin, ¡es una partida
 de verdad y hasta penable!
 Lo natural y corriente
 –y esto allí no choca a nadie–
 es que los tales garitos
 en paz ningún día acaben
 y que las *puntos* se tiren
 de la trenza o de otra parte
 y que blasfemias horribles
 crucen sin cesar el aire¹⁰¹³.

Las invectivas del periodista hacia las mujeres jugadoras se apoyaban en una formulación ideológica que trataba de disociar la conducta femenina de toda forma de deseo y recreación. La actitud de Cordavias demuestra que la moral patriarcal y la disciplina del trabajo burguesa no discurrieron por caminos demasiado alejados, aunque no siempre cundieron entre las clases populares como la cultura hegemónica masculina pretendió¹⁰¹⁴.

6.3. De la cuestión moral a la cuestión social: la pobreza y el sistema benéfico-asistencial

Junto a la regulación del orden público, la formación y educación del cuerpo social se completó con otras medidas de control y apaciguamiento de la población, como fue el despliegue del sistema de beneficencia municipal. En sus orígenes, el Estado liberal mostró un marcado interés por desarrollar un sistema asistencial público, cuyo primer hito fue la Ley general de beneficencia de 1822. Pero a finales de la década de 1840, los municipios asumieron de forma efectiva las políticas relativas a la pobreza y la mendicidad. En el desarrollo del sistema benéfico-asistencial liberal se entrelazaban la cuestión moral y la cuestión social, reflejo de la mentalidad filantrópica y paternalista de la burguesía y de las agudas contradicciones del liberalismo decimonónico, incapaz de conjugar su espíritu individualista con su pánico ante los efectos disolventes que conllevaba la crisis de la comunidad¹⁰¹⁵. La creación de la Inclusa, el Asilo de mendigos y el Hospital civil constituyeron la tímida respuesta del Estado ante la pobreza, aunque

¹⁰¹³ Flores y Abejas, 21-6-1896.

¹⁰¹⁴ DE PEDRO, Cristina: “Amor, emociones y masculinidad...” (art. cit.), pp. 539-557.

¹⁰¹⁵ PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “La ciudad frente a la pobreza: la acción social del municipio madrileño a través de las juntas parroquiales en 1860” en CARANTOÑA ÁLVAREZ, Francisco y AGUADO CABEZAS, Elena (eds.): *Ideas reformistas y reformadores en la España del siglo XIX. Los Sierra Pambley y su tiempo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, pp. 509-521.

propiciaron la especialización benéfico-asistencial de las capitales provinciales. A finales del ochocientos, Guadalajara vio reforzada esa función, al instalarse en ella los Colegios de Huérfanos del Ejército. En todo caso, España es un ejemplo del tardío despliegue del Estado social, que no se llevó a cabo hasta la Restauración¹⁰¹⁶ y no de forma efectiva hasta los primeros decenios del siglo XX¹⁰¹⁷.

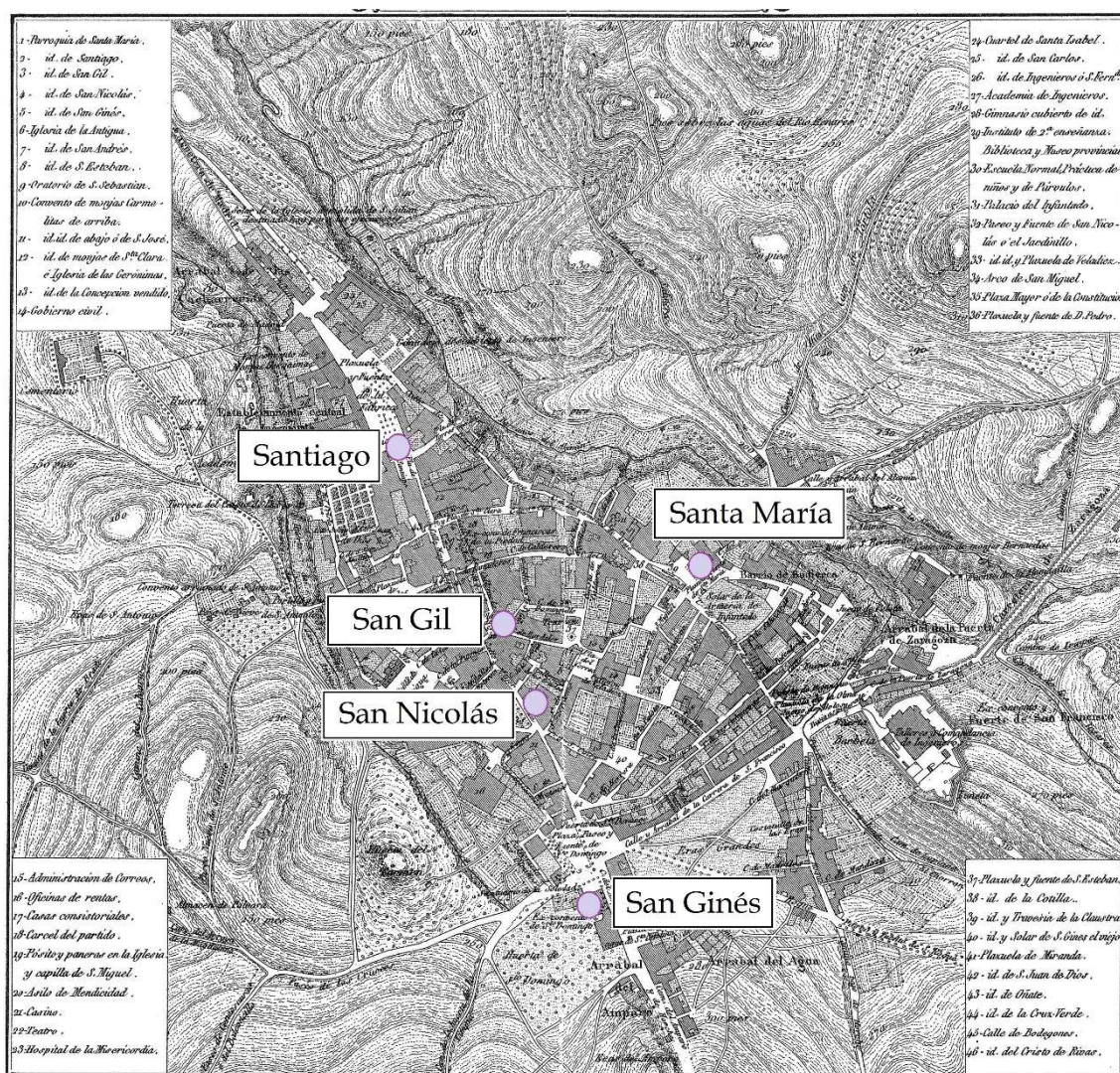
La Ley general de Beneficencia de 1849 prefiguró un sistema de asistencia que reconocía la insuficiencia de los establecimientos públicos y privados, fundamentalmente en manos de la Iglesia, e instituyó un modelo de asistencia domiciliaria que se encargó de proporcionar a los pobres y enfermos alimentos y medicamentos. El sistema terminó convirtiéndose en una herramienta de control social por parte de las autoridades locales, cuyos intermediarios eran los médicos y farmacéuticos de la beneficencia municipal y provincial, que se encargaban de evaluar y supervisar las peticiones de los solicitantes, y proporcionar asistencia y medicamentos a los beneficiarios¹⁰¹⁸. Las denuncias de los miembros de las juntas sobre la salubridad en algunos de los arrabales y la distribución de los socorros por parroquias nos ofrecen una aproximación a la geografía de la miseria en la ciudad. La parroquia con mayor número de personas atendidas fue Santa María, a la que pertenecían los arrabales del Alamin y Budierca, y las callejuelas perpendiculares a la travesía de la carretera, como la de los Corralillos. Solo en ella se concentraban el 40 % de los pobres de la ciudad. Su contrapunto se situaba en San Gil, que atendió al 5 %, y todos ellos con alimentos y medicamentos, pero no con enseres de cama.

¹⁰¹⁶ MAZA ZORRILLA, Elena: *Pobreza y beneficencia en la España contemporánea*. Barcelona, Ariel, 1999; DE LA CALLE VELASCO, María Dolores: “Sobre los orígenes del Estado social en España”, *Ayer*, 1997 (25), p. 129. El diseño y desarrollo del sistema de beneficencia decimonónica ha sido objeto de numerosas monografías. Véanse los trabajos pioneros de: CARASA SOTO, Pedro: *Pauperismo y revolución burguesa: (Burgos, 1750-1900)*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1987; MAZA ZORRILLA, Elena: *Valladolid: sus pobres y la respuesta institucional (1750-1900)*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1985; ESTEBAN DE VEGA, Mariano: *De la Beneficencia a la Previsión. La acción social en Salamanca, 1875-1898*, Salamanca, Diputación Provincial de Salamanca, 1991.

¹⁰¹⁷ GABRIEL SIRVENT, Pere: “Reformismo y reforma social a principios del siglo XX: discursos y realidad social”, en PALACIO, Juan Ignacio (coord.): *La Reforma Social en España. En el centenario del Instituto de Reformas Sociales*. Madrid, Consejo Económico y Social, 2004, pp. 175-183. CARASA SOTO, Pedro: “Por una historia social de la ciudad. Urbanización, pauperismo y asistencia” en BONAMUSA, Francesc y SERRALLONGA, Joan (eds): *La sociedad urbana en la España Contemporánea*. Barcelona, Asociación de Historia Contemporánea, 1994, pp. 23-63; SIMÓN ARCE, Rafael: “Sociedad y política municipal en el siglo XIX: Alcalá de Henares (1800-1900)”, en NICOLÁS MARÍN, Encarna y GONZÁLEZ MARTÍNEZ, Carmen (eds.): *Ayer en discusión...* (*op. cit.*).

¹⁰¹⁸ PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El Madrid moderno...* (*op. cit.*).

Figura 6.2. Localización de las cinco parroquias de Guadalajara



Fuente: Elaboración propia, a partir del plano de Coello.

Las dificultades de financiación del Ayuntamiento se compensaban con las suscripciones de los vecinos acomodados, que contribuían como podían a la provisión de alimentos, ropas o enseres. Entre los benefactores se encontraban Miguel Contera, el maestro de postas, que aportó 13 libras de tocino, y Juliana Ávila, que entregó dos cabezales, mientras Aniceto Raposo contribuyó con 13 libras de garbanzos, todos ellos en la parroquia de Santa María. Algunos vecinos entregaban cantidades en metálico. El más espléndido fue el jefe superior político, José María Montalvo, con 640 reales de vellón, seguido del duque de Osuna, cuyo administrador, Antonio Orfila, entregó 500 reales a la junta de Santiago, a la que estaba adscrito su palacio. Algunos benefactores, incluso, suscribieron una cantidad mensual en tanto se mantuviera la amenaza de la epidemia, como el guarnicionero y almacenista de hierro, Miguel Sacó, por 30 reales al mes, y el zapatero Valentín Martín, que se comprometió con 4 reales mensuales. La

cuantía de las limosnas evidencia las diferencias que mediaban entre las distintas zonas de la ciudad. En San Nicolás, situada en la Plaza Mayor, los feligreses contribuyeron con 4.694 reales de vellón y en Santiago, en torno a la Plazuela de la Fábrica, con 2.450, mientras en la parroquia de San Ginés, donde se ubicaban los arrabales del Amparo, San Roque y el Agua, las suscripciones apenas llegaron a 521 reales. La disparidad es, además, sintomática del efecto que la emulación pecuniaria y la exhibición del estatus tenían sobre el monto de las limosnas que los vecinos entregaban. Por otro lado, es posible inferir el peso que los lazos comunitarios conservaban en parroquias como Santa María o Santiago, donde la contribución de los feligreses en forma de alimentos y ropa de cama, indicativas de un sentido de la solidaridad más acusado, era mayor que en otras zonas.

Figura 6.3. Lista de los mayores suscriptores de las juntas parroquiales de beneficencia (1849)

Suscriptores	Rs. Vellón	Parroquia	Información de los feligreses
José María Montalvo	640	San Nicolás	Jefe superior político de la provincia
Antonio Orfila	500	Santiago	Administrador del Duque de Osuna e Infantado
José Domingo de Udaeta	320	San Nicolás	Abogado y propietario, exjefe político, exdiputado provincial, concejal por el partido progresista y vizconde de Irueste
Gregorio García Martínez	320	San Nicolás	“Labrador” y propietario, concejal y diputado provincial
Manuel Sáenz de Tejada	200	San Gil	Comerciante almacenista de paños con 980 reales de contribución (1854)
Tomás Mínguez	200	Santa María	Director de la Casa Inclusa
Francisco González Alberú	200	San Nicolás	Intendente de Rentas de la provincia
Tomás Villanova	160	San Nicolás	Juez de primera instancia del partido
Joaquín Viéitez	160	San Nicolás	Administrador de contribuciones directas de la provincia
Bruno de la Peña	120	San Nicolás	Alcalde de Guadalajara

Fuente: Elaboración propia a partir del expediente de las Juntas Parroquiales de Beneficencia de 1849 (AMG, Beneficencia, 403874).

Las indagaciones realizadas por las juntas pusieron de manifiesto las debilidades estructurales de una sociedad marcada por la pobreza y los exiguos e irregulares ingresos de una gran cantidad de habitantes de la ciudad, y un problema que empezaba a mostrar la cruda realidad de la disolución de la comunidad, pues según reconocía el presidente de

la Junta de San Ginés, había vecinos que “en el caso de ser acometidos por el cólera morbo asiático, deben ser trasladados al Hospital, por carecer de persona que les asista”. Entre ellos se encontraba una mujer viuda de 64 años, Micaela Calleja, que realquilaba una habitación en casa de una familia de la calle Mendoza, o el jornalero Severiano Pérez, de 54, que residía solo en una casa de la calle Madriles. La mayoría de los asistidos, sin embargo, eran familias que

dependen exclusivamente (*sic*) de un jornal y sin embargo varios de ellos no necesitan socorro, sino en el caso de haber dos o más enfermos de la familia, cuya circunstancia hará insuficientes sus escasos recursos o carecerían absolutamente de ellos si entre los enfermos se contase el Esposo. Puede por lo tanto asegurarse que el número de socorros pende de las circunstancias que concurren en las familias, acerca de lo cual ejercerá la Junta la más rigurosa vigilancia para la buena y justa distribución¹⁰¹⁹.

Entre ellos se encontraba la familia del jornalero Manuel Dombriz y su esposa, Isidora Fernández, que vivían en el arrabal del Amparo, en una casa que la junta calificaba de insalubre. El matrimonio vivía con sus cuatro hijos, de edades comprendidas entre los 2 y los 16 años, a los que pronto se sumaría una hija más, pues Isidora estaba embarazada. En otros casos se trataba de familias que habían acogido a algún familiar vulnerable, como el recovero Manuel Aspuro, de 61 años, al que acompañaban su esposa, María, y su hermano, Nicolás. La mayoría de ellos se concentraban en los arrabales de las Heras (37 %), el Agua (32 %) y el Amparo (22 %), frente a los que vivían en la plazuela de Santo Domingo y el arrabal de San Roque. La Junta advertía, sin embargo, de la existencia de algunos puntos donde la asistencia era especialmente necesaria:

Las casas señaladas con los números 28 y 38 situadas en la calle del Amparo, además de su estrechez, carecen de ventilación. Si tan necesario es cuidar de la purificación de los aires en todos los puntos donde se reúnen muchas personas, no lo es menos en las Casas de que nos ocupamos, donde habitan hacinados dos o más matrimonios con numerosa familia. Aquí no solo no se purifican los aires, sino que se contribuye a viciarlos continuamente y parece increíble que los infelices que tienen la desgracia de habitar unos hogares en donde hasta la luz falta, puedan existir. Por lo tanto, cree la Junta de necesidad, que se disponga con urgencia la separación de las familias que habitan dichas casas que carecen de las circunstancias que exigen (*sic*) los preceptos higiénicos¹⁰²⁰.

Con todo, la pobreza se cebaba especialmente con los arrabales del Alamín y Budierca, pertenecientes a la parroquia de Santa María, que contabilizaba 224 asistidos. Aunque la documentación no recoge el nombre de todas las personas atendidas, se conserva una lista con los pobres “a quienes es indispensable permitir pidan limosna” en la parroquia. Casi las tres cuartas partes de los pobres de solemnidad eran mujeres, como Plácida Pérez, una mujer soltera de 64 años que residía con su hermana viuda en la calle San Lázaro, o Benita Chena, también soltera, que vivía sola en el arrabal de Budierca y

¹⁰¹⁹ AMGÚ, 475.

¹⁰²⁰ AMGÚ, 475.

en el padrón de 1854 declaraba ser huérfana. En la lista de pobres de solemnidad de la parroquia también figuraba su hermana, Rafaela, de 54 años, esposa de un jornalero, José Aybar, que no figuraba en la lista. Los varones que aparecían en ella eran ancianos viudos o solos, que posiblemente se dedicaban a la mendicidad de forma regular.

Figura 6.4. Tipos y distribución de socorros de la beneficencia municipal por parroquias (1849)

	Número de atendidos	Alimentos	Botica	Tablados	Colchones	Mantas	Sábanas	Fundas	Cabezales
Santa María	224	224	224	47	47	47	94	47	47
San Ginés	174	174	174	35	35	70	70	35	35
San Gil	28	28	0	0	0	0	2	0	1
Santiago	97	97	97	13	13	13	26	13	13
San Nicolás	42	23	37	17	17	17	17	17	17
Total	565	546	532	112	112	147	209	112	113

Fuente: Elaboración propia a partir del expediente de las Juntas Parroquiales de Beneficencia de 1849 (AMG, Beneficencia, 403874).

Muy diferente era la situación de las parroquias de San Gil y San Nicolás, con 28 y 42 asistidos, respectivamente. Las preocupaciones de estas juntas no tenían que ver tanto con la extensión de la pobreza como con las cuestiones relacionadas con la higiene. En su informe, el presidente de la Junta de San Nicolás, el concejal moderado Manuel Pablo Sáenz, advertía que había practicado la visita domiciliaria “para ver si efectivamente los vecinos cumplen con las medidas sanitarias”, concluyendo que “las aguas del pescado mojado se vierten indebidamente por el vertedero de la Antigua sin guardar las horas prevenidas para las aguas inmundas, con detrimento y perjuicio de los vecinos”, y señalaba otros puntos negros, como el solar del duque del Parque, situado en la misma plazuela, y el vertedero del Carmen. Añadía Sáenz que los problemas de limpieza podían “mejorarse demasiado si los celadores encargados cumpliesen puntualmente su cometido” y llamaba la atención sobre el estado de la calle Estudio, paralela a la calle Mayor, “bastante descuidada de limpieza”, lo mismo que algunos espacios situados en las inmediaciones del teatro y el casino. Junto al coliseo, un solar perteneciente su oponente político, Gregorio García, “no ha dejado de llamar la atención de la Junta por ser un local común para el público en donde se vierte y se empuercan todos, contemplando que solo puede tener remedio haciendo a dicho D. Gregorio, levante la cerca que le corresponde”. En cuanto al casino, Sáenz observaba que la pared contigua

al establecimiento estaba recalada, considerando urgente su reparación “para que sus gases no pasen al portal por donde se entra”¹⁰²¹. Las peticiones de Sáenz demuestran las necesidades que afrontaban las clases populares no eran el único factor que inspiraba el sistema de beneficencia, sustentado en ideales caritativos y filantrópicos, pero también en elementos relacionados con la comodidad de las clases altas.

A mediados de 1849, el temor a la invasión colérica se disipó. Las noticias que llegaban desde Francia eran tranquilizadoras¹⁰²². Desde entonces, el sistema siguió funcionando de forma regular. Las juntas organizaban el reparto de alimentos y los farmacéuticos, proporcionaban a los asistidos los medicamentos que los médicos de la beneficencia les recetaban. Con el cólera de 1855 se extendió de nuevo el pánico, y el sistema demostró su insuficiencia. El número de raciones y el importe de las mismas se mantenía en niveles similares a los de 1853. La pobreza no era un problema puntual, sino estructural, enraizado en el desequilibrio entre una población creciente y unos recursos que apenas aumentaban, si no menguaban como consecuencia de las frecuentes crisis de subsistencias. Entonces, el problema estructural devenía social y político, como ocurrió precisamente entre 1855 y 1856. La ciudad vivió entonces uno de sus momentos más críticos. La epidemia se llevó por delante al 5 % de la población de la provincia, y aunque la ciudad no fue la más perjudicada, el pánico se apoderó de muchos de sus habitantes. El Ayuntamiento organizaba rogativas y suscripciones para socorrer a otros pueblos de la provincia, azotados por la enfermedad, y los notarios no daban abasto para redactar testamentos¹⁰²³. El 24 de julio de 1855, el Ayuntamiento ordenó a las juntas extremar el celo en sus visitas domiciliarias y que “sin contemplación alguna” obligaran a los vecinos a barrer, limpiar los arbollos y depositar las basuras diariamente en los vertederos señalados por el Ayuntamiento. Al propio tiempo, quedó terminantemente prohibida la venta de carne de cordero¹⁰²⁴.

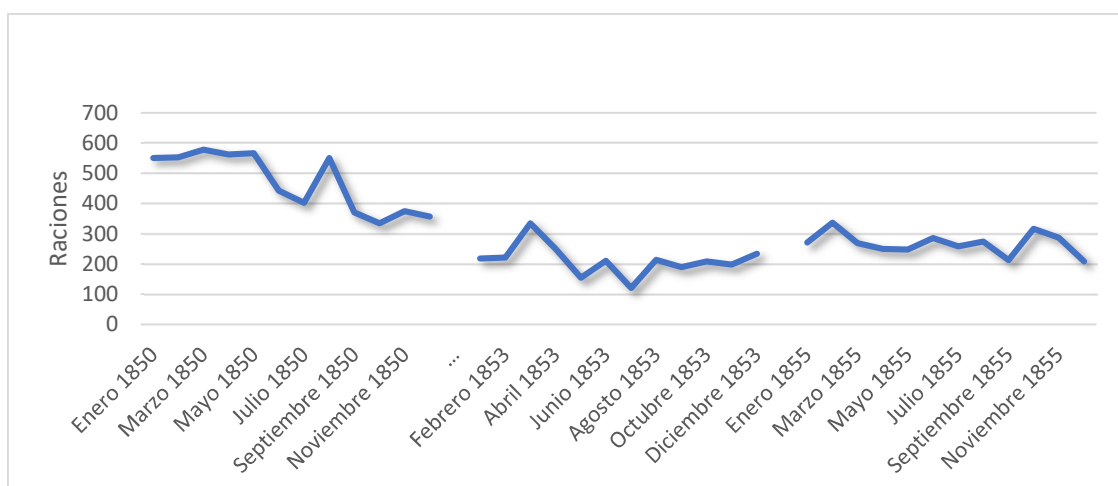
¹⁰²¹ AMGÚ, 475.

¹⁰²² *El Clamor Público* se complacía a finales de junio de que “los estragos del cólera van disminuyendo de día en día en París. El 17 murieron tan solo en las casas y en los hospitales civiles y militares 211 personas”. *El Clamor Público*, 27-7-1849.

¹⁰²³ En agosto de 1855, por ejemplo, la escribanía de Vicente Bonfanti formalizó diez testamentarias, la mitad de los de ese año.

¹⁰²⁴ AMGÚ-AS, 141587, 24-7-1855.

Figura 6.5. Raciones repartidas por la beneficencia municipal (1850-1855)



Fuente: Elaboración propia a partir de AMG, Beneficencia, 406646 y 406647.

La hospitalidad domiciliaria fue un instrumento destinado a garantizar la paz social, y una tibia e insuficiente respuesta de las elites ante una pobreza que se hallaba profundamente arraigada. Muchos vecinos subsistieron gracias a las raciones de pan, carne, tocino y garbanzos que percibían diariamente, como el anciano Félix Barbolla, su mujer y los nietos a los que habían acogido en su casa de la calle Budierca. No eran únicamente los “pobres de solemnidad” y los mendigos los que recurrían a la caridad pública. También era un recurso cada vez más necesario para trabajadores asalariados que recurrían esporádicamente a la asistencia domiciliaria en los momentos de mayor dificultad. Un ejemplo es el de Isabel Gómez, una costurera soltera, que, en 1855, a sus 47 años, tuvo que elegir entre mantenerse al margen de la caridad o garantizar su propia subsistencia, lo que probablemente supuso un estigma para la pacata moral de las orgullosas clases medias.

En muchos casos, los beneficiarios pertenecían a familias jornaleras y percibían raciones a diario, dados los exigüos ingresos con que contaban, limitados en muchos casos por la juventud de los hijos, por la enfermedad de alguno de ellos o por los constreñimientos morales que estigmatizaban el trabajo de las mujeres, dificultando la inserción laboral de muchas madres de familia. Era el caso de la familia Gómez Orejón. El padre, Cirilo, era un zapatero menestral, un oficio en franco retroceso por la crisis de los oficios manuales, cuyos ingresos eran insuficientes para sostener a su esposa y sus cuatro vástagos de 12, 9, 7 y 3 años, de modo que su esposa, Plácida Orejón se vio obligada a recurrir a la asistencia domiciliaria de forma asidua. El horizonte de la familia se despejó un tanto cuando los hijos del matrimonio tuvieron suficiente edad para trabajar. El menor, Domingo, aprendió el oficio de barbero, y hasta llegó a ser concejal republicano

del Ayuntamiento en 1901¹⁰²⁵. La asistencia domiciliaria se convirtió así en un recurso ordinario, más que excepcional, una vía de ingresos complementaria o imprescindible para muchas familias, que muchos de sus beneficiarios consideraban función indispensable de las autoridades locales. En 1853, el jornalero Francisco Oñoro se dirigió al alcalde de la ciudad para que “se digne concederle los medios que su Autoridad le proporcione y su caritativo (*sic*) corazón le sugiera (*sic*)” pues se hallaba “en la mayor indigencia (*sic*) y sin recursos para alimentar una niña de cuatro meses que le ha quedado al fallecimiento de su Esposa Bárbara”¹⁰²⁶.

Recurso ordinario para las familias jornaleras, vía de legitimación política e instrumento de control social, el despliegue del sistema benéfico-asistencial liberal estuvo sujeto a numerosos vaivenes. En 1867, el gobernador civil, Narciso Muñiz de Tejada, señalaba que “todavía no se halla organizado en esta provincia [el servicio médico-farmacéutico] por lo defectuoso de su constitución municipal”, e indicaba que “tenemos, sí, pobreza, pero aún puede decirse que no tenemos pauperismo; que, todavía, gracias a la Providencia, no nos devora esa llaga cancerosa de la civilización moderna”¹⁰²⁷. Poco tardó el sistema benéfico-asistencial en verse desbordado. Al comenzar la Restauración, los conservadores delegaron en la Iglesia católica la resolución de la “cuestión social”, mediante el establecimiento de un sistema mixto público-privado que revelaba su inhibicionismo. Los liberales, por su parte, articularon un sistema que combinaba el reformismo con el control sociales. Para ello, el ministro Moret impulsó la creación de una Comisión de Reformas Sociales, en diciembre de 1883, que encargó a los Ayuntamientos y las Diputaciones Provinciales la formación de juntas para evaluar los problemas relacionados con la pobreza, mediante la realización de una encuesta masiva. En Guadalajara, el Gobierno Civil remitió su informe, que no se conserva¹⁰²⁸. A pesar del cuadro dibujado por los informantes, el Gobierno se limitó a articular un sistema dirigido a paliar las situaciones de extrema vulnerabilidad. Así, en enero de 1885 y junio de 1891, sendos Reales Decretos obligaban a los consistorios a formar padrones de pobres como base para la creación de un sistema de asistencia domiciliaria, encargado de repartir medicamentos y alimentos entre los más menesterosos¹⁰²⁹.

En Guadalajara, el volumen de población consignada en los padrones de pobres – 667 familias en 1885, casi un tercio de la población de la ciudad¹⁰³⁰ – es sintomático de la magnitud del problema, de la débil respuesta del Ayuntamiento para afrontarlo y de la

¹⁰²⁵ *La Región*, 12-11-1901.

¹⁰²⁶ AMGU, 478.

¹⁰²⁷ MUÑIZ DE TEJADA, Narciso: Memoria sobre la organización de Distritos municipales en la provincia de Guadalajara presentada al Excmo. Ministro de la Gobernación por el Gobernador. Guadalajara, Imp. José Ruiz y Hermano, 1867, p. 37.

¹⁰²⁸ CASTILLO, Santiago: *Reformas sociales. Información oral y escrita publicada de 1889 a 1893* (vol. 1). Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985, pp. CXXI-CXXII.

¹⁰²⁹ MAZA ZORRILLA, Elena: *Pobreza y beneficencia en la España contemporánea*. Madrid, Alianza, 1999.

¹⁰³⁰ ESCUDERO DELGADO, María Lourdes: “La beneficencia municipal en Guadalajara: el padrón de familias pobres (1885-1936)”, *Añil. Cuadernos de Castilla-La Mancha*, 1995, 6, pp. 61-65.

percepción que de ambos tenía la población que se consideraba potencialmente beneficiaria de la asistencia domiciliaria. A diferencia de lo que ocurría en los años cincuenta, en que cualquier persona jornalera se consideraba susceptible de ser asistida, en los ochenta, la percepción de la pobreza se consideraba un mal no universal y casi siempre ligado a la enfermedad. Era el caso de Tomás García Pérez, que, en 1898 tardó cinco meses en solicitar la asistencia, a pesar de estar desde entonces “gravemente enfermo y por consiguiente imposibilitado en absoluto de poder adquirir medio alguno con que atender a mi subsistencia y la de mi esposa Francisca Caballero Sánchez y nuestro legítimo hijo Julio, de un año de edad”. Tomás añadía que “siempre fueron muy escasos los recursos de que he podido disponer, pero ya hace tiempo desaparecieron en absoluto y vivo de la caridad”. El solicitante reconocía que “bastante la viene ejerciendo conmigo visitándome en mi enfermedad el médico D. Rafael Fernández de Ullibarri, pero no siendo posible adquirir los medicamentos que él me recetaría, ya se privó de hacerlo y quedo abandonado a los rigores del padecimiento”. También esperaron a no poder sufragar los tratamientos médicos prescritos durante sus enfermedades otros solicitantes, cuyos casos sugieren que, frente a una percepción normalizada de la pobreza en los decenios centrales del ochocientos, a finales de la centuria se había estigmatizado.

La respuesta de las autoridades municipales fue tibia y a todas luces insuficiente, limitándose en muchos casos a incluir de oficio a los jornaleros en los padrones e investigar los posibles fraudes. En 1898 fueron excluidas 42 familias del padrón de pobres “por considerarles medios de subsistencia, por tener jornal constante, ser contribuyentes, o haber variado sus circunstancias desde el año anterior”. Así, Isabel García Serrano, de 34 años, fue excluida porque “se casó y figura en el padrón de Casto López”, un jornalero que acababa de llegar desde el pueblo de Pastrana y se había instalado en la calle Corralillos, aneja a la travesía, y una de las más degradadas de la ciudad. Para la exclusión de Victoria Cabellos, por su parte, el Concejo alegaba que “está acogida con Anastasio Huetos y es propietaria”. En realidad, Victoria era una viuda que había trabajado como asistenta y vivía en casa de su hija, Teresa, que estaba casada con el mondonguero Huetos. También fue excluida Esperanza García Roca por tener un hijo que trabajaba como empleado. En otros casos, el Ayuntamiento se limitaba a consignar que los excluidos percibían un jornal, aunque en muchas ocasiones trabajaban en obras particulares de construcción, o en el campo, donde la precariedad era la norma.

El sistema público de beneficencia tuvo algunos beneficiarios colaterales. El primero de ellos fue el propio Ayuntamiento, que encontró en la formación de los padrones de pobres una poderosa vía de acatamiento de las clases populares, un eficiente mecanismo de control y vigilancia y una fuente de legitimación como parte del Estado benefactor, embrión del Estado social de principios del siglo XX. Por otro lado, los profesionales implicados en la evaluación y gestión de la pobreza, o en la ejecución de la asistencia domiciliaria, tales como los dependientes de la tienda-asilo, los comerciantes encargados de proveer a los asistidos y los farmacéuticos y médicos encargados de la asistencia domiciliaria, lograron una gran capacidad para extender redes clientelares que,

en muchos casos, favorecieron sus aspiraciones electorales¹⁰³¹. Fue el caso de Rafael de la Rica Albo, que inundó el Ayuntamiento de solicitudes y reclamaciones para que sus pacientes fueran incluidos en el padrón de familias pobres, pues, como consignaba en 1896 un periódico local, “en el poco tiempo que aquí lleva ejerciendo su profesión, ha logrado una lucida y numerosa clientela”¹⁰³². En 1899, De la Rica se integró en la candidatura republicana y logró el acta de concejal, convirtiéndose más adelante en médico titular de la Beneficencia municipal. En 1927, después de su muerte, varios vecinos del arrabal del Alamín solicitaron al Ayuntamiento colocar el nombre del facultativo a la principal calle del arrabal, a cuyos habitantes había atendido como médico¹⁰³³.

La insuficiencia del sistema asistencial municipal dejó un amplio margen a otras instituciones benéficas, dependientes de la Diputación, principalmente la Inclusa y el Asilo de incurables. La Casa de Maternidad y Expósitos había sido fundada en 1836, para acoger a los huérfanos de la provincia¹⁰³⁴. En 1869, el número de acogidos se elevaba a 140, y en 1884 alcanzó los 216. Los varones acogidos se formaban en los talleres de zapatería y sastrería del establecimiento, en la Imprenta Provincial o en la banda de música. Ello facilitaba su inserción laboral en muchos casos, no solo como porteros de la Diputación o empleados eventuales de la misma, sino en el mercado laboral de la ciudad. En 1884, de los 106 varones que vivían en el orfanato, nueve se formaban para ser sastres, doce para zapateros y ocho para impresores, mientras que los 71 restantes estudiaban en la escuela¹⁰³⁵. Algunos de los acogidos, incluso, eran beneficiarios de las pensiones de la Diputación Provincial para artistas jóvenes, como Pablo Hombrados Conar, que trabajó como escribiente para la secretaría de la Diputación y la Inclusa, y con el tiempo logró ingresar en la Escuela de Artes y Oficios de Madrid¹⁰³⁶. Las mujeres, en cambio, eran empleadas como sirvientas en numerosas casas de la elite local (veinte de las 106 asiladas que contabilizaba la institución), y otras 77 estudiaban en la escuela. Además, la Diputación proporcionaba socorros de lactancia a 300 familias indigentes de toda la provincia¹⁰³⁷. El volumen de asilados en los decenios finales del siglo XIX alcanzó sus máximos en algunas coyunturas, especialmente al concluir la década de 1880. En 1888, la Inclusa atendía a más de 500 personas, entre asilados (más de un tercio del total) y lactantes fuera del establecimiento, lo que para una ciudad de 9.000 habitantes representaba más de un 5 % de la población.

¹⁰³¹ PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El Ensanche Norte...* (op. cit.).

¹⁰³² Flores y Abejas, 27-12-1896.

¹⁰³³ Flores y Abejas, 9-10-1927.

¹⁰³⁴ LAYNA SERRANO, Francisco: *Historia de Guadalajara...* (op. cit.).

¹⁰³⁵ DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE GUADALAJARA: *Memoria presentada a la Excma. Diputación Provincial por la Comisión permanente de su seno, en su reunión ordinaria del mes de noviembre de 1885*. Guadalajara, Imp. y Encuadernación provincial, 1885, p. 5.

¹⁰³⁶ *La Correspondencia de España*, 6-7-1890.

¹⁰³⁷ DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE GUADALAJARA: *Memoria presentada a la Excma. Diputación Provincial por la Comisión permanente de su seno, en su reunión ordinaria del mes de abril de 1889*. Guadalajara, Imp. y Encuadernación provincial, 1889, p. 13.

Figura 6.6. Ocupación de los acogidos en la Inclusa (1888-1895)

Destinos de los asistidos	1888			1895		
	H	M	Total	H	M	Total
Escuela	55	66	121	67	64	131
Taller de zapatería	12	0	12	11	0	11
Taller de sastrería	9	0	9	5	0	5
Imprenta provincial	7	0	7	5	0	5
Otros servicios (escribientes, maternidad)	6	3	9	3	2	5
Impedidos	4	13	17	2	11	13
Tareas domésticas	0	15	15	0	14	14
Asisten a la escuela nocturna de adultos (incluidos en el total anterior)			0	23	0	23
Banda de música (incluidos en el total anterior)	19	0	19	11	0	11
Total dentro del establecimiento	93	97	190	93	91	184
Expósitos de lactancia y destete			267			172
Socorros de lactancia a familias indigentes			71			90
Total fuera del establecimiento			338			262
Total general de asistidos			528			446

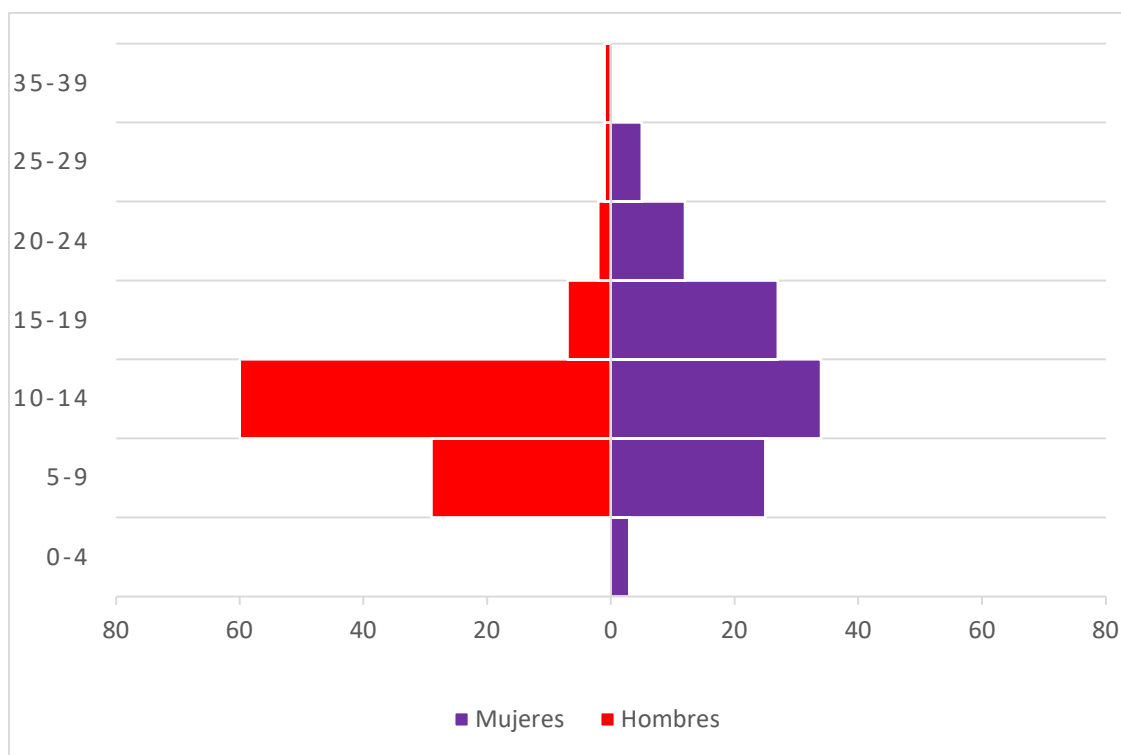
Fuente: Diputación Provincial (1888, 1895).

En los años siguientes, el número de asistidos se redujo en torno a un 20 %, aunque los valores para los asilados ocupados en los talleres o la imprenta provincial tendieron a mantenerse más estables. Este hecho, unido a la composición generacional y la *sex ratio* de los asilados, evidencia el papel de la Inclusa como vehículo de reproducción social, más allá de la mera supervivencia. Era frecuente que los residentes en la institución llegaran a ella una vez superada la primera infancia, como revela la pirámide de población de los asilados, y era especialmente numeroso el colectivo de varones de 10 a 14 años. A partir de esa edad, y con una cualificación profesional, los jóvenes acogidos abandonaban la institución hacia otros destinos. En muchos casos, los acogidos eran utilizados como mano de obra gratuita por las familias y particulares que los acogían. En 1849, Mariano Sánchez, vecino de la calle Barrionuevo Baja, solicitaba que “se le conceda uno de los acogidos que existen en la Casa de Expósitos de esta Ciudad, de edad de 5 a 6 años, para que le sirva de compañía y al propio tiempo para que cuide su casa, toda vez que carece de familia”. La Junta de Beneficencia local recomendaba a la Junta provincial la autorización del acogimiento, a pesar de que “en cuanto a medios de subsistencia no se le conocen recursos otros más que los que le proporciona su trabajo como jornalero, con cuyo salario ha de atender a sus necesidades y a las de su esposa”¹⁰³⁸. Con todo, todavía a finales de la centuria eran frecuentes los prohijamientos que ni siquiera ocultaban sus verdaderas intenciones. En 1883, por ejemplo, Juan José Borda, un vecino del pueblo de

¹⁰³⁸ AMGU, Beneficencia, 403874, 1849.

Cabanillas solicitaba seis acogidos de la Inclusa “para las faenas de la trilla, por las razones y bajo el estipendio que consta en su expediente”¹⁰³⁹.

Figura 6.7. Pirámide de población de los acogidos en la Inclusa (1884)



Fuente: Elaboración propia a partir de las hojas de empadronamiento de 1884.

De forma paralela a la transformación de la familia en un espacio reproductivo, en detrimento de su función principalmente productiva, las solicitudes de adoptados o prohijados se acompañaban de una retórica afectiva, que, en muchos casos, ocultaba un interés económico. En 1871, el matrimonio formado por Gil Prados Bajel y Teresa del Rey Rello, de Madrid, solicitaba a la Inclusa de Guadalajara “una niña espósita (*sic*) (...) de unos ocho a nueve años en concepto de prohijamiento con el fin de cuidarla como si fuese una hija y educarla y darla todo lo que como padres, en su caso, está de hacerse”, pues llevaban “ocho años de matrimonio sin haberles concedido Dios sucesión”. La argumentación sugiere que la adopción conjugaba la motivación afectiva con el interés por disponer de alguien que atendiera al matrimonio en su vejez, pues de la niña esperaban que “les sirva de consuelo en los tristes días de su existencia, prometiendo cuidarla, educarla y darla lo que como a padres corresponde”. La niña, Estéfana Avellano, había nacido en el pueblo de Ciruelas, en 1859, y era hija natural de Juana Avellano, natural de

¹⁰³⁹ BOPG, 10-8-1883.

esa villa, y viuda¹⁰⁴⁰. En otros casos estaba mucho más clara la adopción por razones afectivas, como en el de Manuel Lázaro Gayán y Dolores García Márquez, que, al solicitar el prohijamiento del niño al que Dolores amamantaba, argumentaban que “le han tomado algún afecto” y se comprometían a

educarle y darle lo necesario para su subsistencia (...). La Doña Dolores García Márquez se obliga a dar la lactancia todo el tiempo que sea necesario al expósito Guillermo de Lázaro (...). Don Manuel de Lázaro Gayán, a educarle dándole lo necesario para su subsistencia y bestir (*sic*), con lo demás preciso en sus dolencias y enfermedades, sin que tampoco por todo ello pueda reclamar la menor suma de la indicada casa de expósitos¹⁰⁴¹.

El Ayuntamiento y la Diputación Provincial encontraron entonces nuevos caminos para garantizar la paz social, mediante la creación de empleos con cargo a la administración, principalmente en la construcción de obras públicas. La respuesta seguía siendo insuficiente, pero empezaba a alterar la lógica asistencial del Estado liberal, cuya base argumentativa caritativa y emocional fue reemplazada por un espíritu racionalista, dirigido a la creación de un empleo precario e intermitente, que trataba de responder a las frecuentes crisis obreras que se producían frecuentemente en invierno, cuando cesaban. Este giro fue producto de la coyuntura que se abrió con la desaceleración del mercado de trabajo de la construcción y el limitado horizonte que ofrecían otros sectores productivos, que se hallaban en el callejón sin salida de la destrucción de los viejos oficios artesanales, sin otra alternativa en la ciudad que la construcción de casas.

La construcción de obras públicas se convirtió durante décadas en uno de los ejes esenciales de la política de empleo público de las administraciones estatal, provinciales y locales, e incluso autonómicas durante la Segunda República¹⁰⁴². La Diputación Provincial, entre cuyas competencias se encontraba la construcción y el mantenimiento de las carreteras provinciales, era consciente de la utilidad de las obras públicas como cauce para lograr la paz social, y en su memoria anual de 1884 señalaba que “el establecimiento en perfecto estado de servicio de las vías de comunicación, ha sido considerado en todos tiempos como el principal elemento de prosperidad de los pueblos (...) y mirado el punto por el prisma de la protección benéfica, contribuye poderosamente a resolver el difícil problema social de asegurar el sustento a crecido número de familias que dependen exclusivamente del jornal del infeliz bracero¹⁰⁴³. Quedaban así enlazados el despliegue de las infraestructuras, la respuesta política ante la cuestión social y las políticas de visualidad y propaganda ante una opinión pública cada vez más consciente.

¹⁰⁴⁰ AHPGU-PTC, 3434/27.

¹⁰⁴¹ AHPGU-PTC, 3371.

¹⁰⁴² ETXÁNIZ TESOIRO, Iñaki: “Las obras públicas durante la Segunda República en el País Vasco. Política, economía y sociedad”, en ALEGRE LORENZ, David, ALONSO IBARRA, Miguel y CASTILLO CAÑIZ, Assumpta (coords.): *Mirar el pasado en tiempos de crisis. Historia social, conflicto y cultura de masas. Actas del V Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea (3)*. Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 2017, pp. 73-88.

¹⁰⁴³ DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE GUADALAJARA: *Memoria presentada a la Excma. Diputación Provincial por la Comisión permanente de su seno, en su reunión ordinaria del mes de noviembre de 1884*. Guadalajara, Imp. y Encuadernación provincial, 1885, p. 11.

La prensa local saludaba de forma entusiasta estas medidas. La *Revista Popular*, por ejemplo, en diciembre de 1890, señalaba que “ya se deja sentir falta de trabajo para la clase jornalera (...). Hace bien la Cámara de Comercio interesándose en proporcionarles trabajo cuando acuerda dirigirse al Sr. Ministro de Fomento pidiendo la subasta de la carretera de Guadalajara a Chiloeches; y también es digna de loa la conducta de algunas señoritas y jóvenes de esta capital, que a beneficio de los susodichos braceros se proponen dar algunas funciones de teatro”¹⁰⁴⁴.

Estos esfuerzos coincidieron en su espíritu y en sus objetivos con las obras privadas emprendidas por María Diega Desmaissières y Sevillano, que a finales del siglo XIX inició la construcción de un vasto complejo destinado precisamente a asilo y panteón para su enterramiento. Desmaissières era hija del conde de la Vega del Pozo y de la duquesa de Sevillano, sobrina de la fundadora de la congregación religiosa de las Adoratrices, María Micaela del Santísimo Sacramento, y heredera universal de una inmensa fortuna, que destinó en gran medida a obras caritativas y a financiar al partido conservador de la ciudad. Su propia tía había llevado a cabo en la ciudad algunas labores filantrópicas desde su adolescencia, en vísperas de la epidemia de cólera de 1834 y durante ella, tras evolucionar desde una juvenil “aversión a los pobres, no por pobres, sino por sucios”, a crear una escuela para doce niñas pobres en una sala baja de su palacio de la plazuela de Beladiez. La percepción que Micaela tenía de la pobreza y sus objetivos son muy ilustrativos del paternalismo que caracterizó a la respuesta de los notables frente a la miseria:

Bernarda [su hermana adoptiva] y yo les enseñábamos la Doctrina, coser, planchar y zurcir. El domingo, en la capilla de casa las colocaba delante de mí para que oyeran Misa con devoción, y en pago las vestía de nuevo, las preparaba para confesar y comulgar, y después que las tenía bien enseñadas, las ponía a servir en casas piadosas, dándoles yo el salario, para vigilarlas mejor, y tenerlas a la vista. Servía esto también de caridad a las amas que no tenían medios para tener criada, y además se las vestía¹⁰⁴⁵.

Este tipo de percepciones no era muy diferente al que desarrollaron otras congregaciones religiosas, como la de monjas concepcionistas de Sor Patrocinio Quiroga, la monja de las llagas, que fue desterrada a Guadalajara para ser alejada de la corte, donde formaba parte de la todopoderosa camarilla de la Reina y su consorte. Uno de sus hagiógrafos, Luis Cordavias describió su labor en la ciudad, en la que se dedicó a repartir socorros a los pobres y creó una escuela para niñas, en la que desplegó una intensa labor de puro adoctrinamiento, pues como reconoce Cordavias, “a los pocos meses de funcionar dicho colegio, advertíase en las niñas que a él asistían el poderoso influjo de una educación esmerada. Y era de ver en los barrios donde residía la gente menos culta, cómo

¹⁰⁴⁴ *Revista Popular*, s. n., 15 diciembre 1890, p. 7.

¹⁰⁴⁵ DE LA FUENTE, Vicente: *La vizcondesa de Jorbalán, en el claustro la Madre Sacramento, fundadora del Instituto de Adoratrices del Santísimo*. Madrid, Imp. Vda. e Hija de Gómez Fuentenebro, 1884, pp. 11-12.

algunas inocentes criaturas procuraban transmitir preceptos de buena crianza que ellas habían oído de labios de Sor Patrocinio y de las otras bondadosas madres”¹⁰⁴⁶.

El estrecho vínculo entre el ejercicio de la caridad y la instrucción moral de los asistidos fue defendido, entre otros, por el presbítero y profesor de la Escuela Normal de la ciudad Eulogio Horcajo Monte de Oria, autor en 1883 de *El cristiano instruido en su ley*, un manual de Religión publicado en 1883, que se reeditó durante más de treinta años. El libro, editado por primera vez por la Diputación Provincial, pretendía “propagar su sana doctrina” entre los estudiantes de las escuelas normales, y defendía como una de las obras fundamentales de misericordia de todo católico la “corrección fraterna”. Horcajo, que consideraba que a la limosna debía destinarse “parte de lo que se gasta en lujo, caprichos y superficialidades”, señalaba que la “amonestación oportuna por la que se intenta apartar al prójimo del pecado (...) es obligatoria por precepto moral y divino”. Dentro del catálogo de obras de misericordia, Horcajo estimaba, de acuerdo con el catecismo, “ciertas acciones excelentes, que sin ser obligatorias, las propuso Jesucristo en su Evangelio como medios para llegar más fácilmente a la perfección”, tales como la castidad, la pobreza, la obediencia y la mortificación¹⁰⁴⁷.

Sobre este armazón intelectual que articuló la práctica caritativa y la defensa de la moral católica y de género se erigió el proyecto educativo y benéfico de Micaela Desmaissières, la congregación de Adoratrices Esclavas del Santísimo Sacramento, dedicadas a recoger e insertar prostitutas tras un proceso de reeducación inspirado en la domesticidad femenina. La organización contó con casas distribuidas por todo el país, incluida Guadalajara, donde Micaela fundó un colegio, establecido primero de forma provisional en las dependencias de su palacio en Guadalajara¹⁰⁴⁸, e instalado definitivamente a comienzos del siglo XX en un vasto complejo cuya construcción fue iniciada en 1882 por la sobrina de Micaela y condesa de la Vega del Pozo, Diega Desmaissières.

La construcción del complejo asistencial proyectado por Diega Desmaissières, diseñado por Ricardo Velázquez Bosco en 1882, se prolongó durante 34 años, tiempo suficiente para que numerosos jornaleros de la ciudad trabajaran allí. En 1888, el Ayuntamiento reconoció la labor de la filántropa nombrándola hija adoptiva de la ciudad, y puso toda clase de facilidades para que desarrollara su obra privada. Las obras, sin embargo, fueron escenario de frecuentes conflictos entre los trabajadores y la contrata de las obras, la Compañía de Obras Civiles, que sistemáticamente se negaba a satisfacer sus demandas salariales y laborales. En 1899, trabajaban en las obras de desmonte y explanación 160 jornaleros¹⁰⁴⁹, que percibían un jornal de 6 reales¹⁰⁵⁰. Un año después,

¹⁰⁴⁶ CORDAVIAS, Luis: *Vida de Sor Patrocinio...* (op. cit.), p. 102.

¹⁰⁴⁷ HORCAJO MONTE DE ORIA, Eulogio: *Compendio del cristiano instruido en su ley*. Guadalajara, Imp. Provincial, 1884, pp. 105-107.

¹⁰⁴⁸ DE LA FUENTE, Vicente: *La Vizcondesa de Jorbalán...* (op. cit.), p. 381.

¹⁰⁴⁹ Flores y Abejas, 3-12-1899.

¹⁰⁵⁰ Flores y Abejas, 20-5-1900.

los trabajadores iniciaron una huelga porque la empresa les exigía llegar almorzados al tajo a las 7 de la mañana¹⁰⁵¹. Los despidos masivos de los obreros estaban a la orden del día¹⁰⁵², pero las obras de los asilos y el panteón eran un oasis de calma en medio de la creciente conflictividad que protagonizaban a comienzos del siglo los obreros de la ciudad. En 1904, los trabajadores de las obras se negaron a secundar la huelga general que había convocado la Sociedad Obrera de Albañiles, y todos ellos, excepto cinco, fueron expulsados de la sociedad¹⁰⁵³.

En los últimos años de la centuria, la beneficencia había colapsado. Su incapacidad para atender las necesidades de las clases populares era manifiesta. El cese de la construcción, en la capital y en toda la provincia, había empujado a muchos jornaleros a una situación crítica, que condujo a muchos de ellos a la emigración. La propia ciudad sufrió un estancamiento de su crecimiento demográfico, que sufrió una progresiva desaceleración. En 1892, el propio Ayuntamiento reconocía la “decadencia con que esta capital va cayendo de día en día” y la situación crítica de muchos jornaleros, “que han pasado y pasan grandes necesidades por carecer de trabajo”. El Consistorio recurrió a la solución acostumbrada: solicitar el concurso de la Diputación “para remediar en algo tan triste estado de las clases trabajadoras”. La respuesta de la Comisión permanente de la institución provincial fue negativa, “pues como esto acontece en toda la provincia”, resolvió someterla al pleno, demostrando que algo empezaba a cambiar en el equilibrio de poder entre la capital sobredimensionada y sus pueblos¹⁰⁵⁴.

6.4. La ciudad y el deseo: sociabilidad interclasista y espacios heterotópicos

A mediados del siglo XIX, la reunión de extraños y su asociación con fines recreativos, políticos, profesionales o intelectuales, constituía una forma de compensar y rectificar la quiebra de los lazos comunitarios, corporativos, vecinales y familiares. Las nuevas sociabilidades propias de la sociedad moderna representaban diferentes fórmulas de asociación racional, abstracta, teleológica y diversificada, que contribuyeron a afirmar nuevas identidades políticas, profesionales, de género y de clase¹⁰⁵⁵. Los espacios de la sociabilidad informal, como las tabernas, los cafés, los billares, las horchaterías, las barberías, las confiterías, los prostíbulos, los casinos y los ateneos, o las agrupaciones de

¹⁰⁵¹ Flores y Abejas, 30-9-1900.

¹⁰⁵² Flores y Abejas, 6-12-1903.

¹⁰⁵³ Flores y Abejas, 17-8-1902.

¹⁰⁵⁴ DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE GUADALAJARA: *Memoria presentada a la Excma. Diputación Provincial por la Comisión permanente de su Seno en su reunión ordinaria del mes de abril de 1892*. Guadalajara, Imprenta y Encuadernación Provincial, 1892, p. 5.

¹⁰⁵⁵ AGULHON, Maurice: “¿Es la sociabilidad un objeto histórico?”, en *Política, imágenes, sociabilidades: de 1789 a 1989*. Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2016, pp. 103-118.

GUERENA, Jean-Louis: “Espacios y formas de la sociabilidad en la España contemporánea”, *Hispania*, 2003, 62 (214), pp. 409-414; CANAL, Jordi: “La sociabilidad en los estudios sobre la España contemporánea: una revisión”, en MAZA ZORRILLA, Elena (coord.): *Sociabilidad en la España contemporánea. Historiografía y problemas metodológicos*. Valladolid, Universidad de Valladolid, 2002, pp. 35-55.

carácter formal, como los partidos políticos, las sociedades de socorros, los sindicatos, los clubes de ciclismo, tenis y fútbol, los orfeones, las sociedades taurinas o las cofradías fueron los vehículos del afán por articular una sociedad crecientemente inestable, compleja y líquida¹⁰⁵⁶. La proliferación de nuevas formas de reunión y asociación fue especialmente significativa en las ciudades, donde el anonimato y el individualismo empezaban a adquirir una fuerza inusitada. Guadalajara, a pesar de su tamaño, no era una excepción, ni en lo que respecta a la disolución de la comunidad, como se vio en los capítulos precedentes, ni en el ámbito de las nuevas sociabilidades, pues la ciudad ostentaba, a finales del ochocientos, el segundo mayor índice de sociabilidad de las capitales de las actuales provincias de Castilla-La Mancha –muy cerca de la capital que ocupaba el primer lugar, Ciudad Real–, con una sociedad por cada 1.600 habitantes¹⁰⁵⁷.

En la época isabelina, la ciudad asistió a la creciente expansión de nuevas formas de sociabilidad informal. Sus escenarios principales fueron los espacios de un ocio mercantilizado y crecientemente segregado, como los cafés, las tabernas, el teatro y el casino y, al lado de ellos, la plaza de toros, las casas de baños y un amplio abanico de espacios híbridos y heterotópicos, que, como la horchatería de Joaquín Campos, congregaban a individuos de extracción social diversa¹⁰⁵⁸. Los cafés fueron los ejemplos paradigmáticos de la difusión de la cultura del ocio y la sociabilidad burgueses. Desde el siglo XVIII, los cafés contribuyeron a dar forma a la cultura ilustrada, liberal y bohemia. En las ciudades españolas alcanzaron una notable difusión en la segunda mitad de esa centuria, en muchos casos fruto de la transformación de otros establecimientos de reunión y consumo de bebidas del Antiguo Régimen, como las botillerías, las fondas, los mesones y las posadas. En los primeros decenios del siglo XIX se generalizaron las tertulias permanentes en numerosos cafés, que terminaron convirtiéndose en clubes de discusión de gran influencia política y literaria. Los ejemplos más conocidos de la asociación entre el consumo de café, la práctica de la tertulia y la difusión de la conducta burguesa y los ideales liberales son el madrileño Café de Pombo, frecuentado por artistas y escritores románticos y escenario de la prestigiosa tertulia de Ramón Gómez de la Serna, ya en el siglo XX, o su homólogo Café de Lorencini –más tarde titulado de las Columnas–, donde según la tradición, se cantó por primera vez el Himno de Riego. Las descripciones realizadas por muchos de sus habituales clientes, como Mariano José de Larra, sugieren, sin embargo, que los cafés de la primera mitad del siglo XIX eran más bien espacios

¹⁰⁵⁶ BAUMAN, Zygmunt: *Vida líquida*. Barcelona, Paidós, 2010.

¹⁰⁵⁷ ALÍA MIRANDA, Francisco y VILLENA ESPINOSA, Rafael: “Asociacionismo y sociabilidad en Castilla-La Mancha: nuevas fuentes, nuevas aportaciones”, en MAZA ZORRILLA, Elena (coord.): *Sociabilidad en la España contemporánea. Historiografía y problemas metodológicos*. Valladolid, Universidad de Valladolid, 2002, p. 96.

¹⁰⁵⁸ OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “Ocio y Deporte en el nacimiento de la sociedad de masas. La socialización del deporte como práctica y espectáculo en la España del primer tercio del siglo XX”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 2003, 25, pp. 169-198; URÍA, Jorge: “El nacimiento del ocio contemporáneo”, *Historia Social*, 2001, 41, pp. 65-68; BORSAY, Peter: *A history of leisure: the British experience since 1500*. Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2006.

oscuros y tristes, alejados todavía de la sofisticación y la elegancia de los modernos cafés que irrumpieron en la escena española a partir de 1850.

Bilbao, Pamplona, Sevilla, Granada y Madrid contaron con cafés suizos, convertidos pronto en prototipos de la sociabilidad elitista, pues en ellos se reunían asiduamente políticos, literatos, aristócratas, burgueses y toreros¹⁰⁵⁹. Los cafés suizos contribuyeron a estandarizar el ocio burgués, al tiempo que, por imitación, en las pequeñas ciudades y las periferias de las grandes, las clases menos acomodadas reclamaban también su derecho al ocio de buen tono y emulaban los comportamientos de la elite. En Guadalajara, la horchatería de Joaquín Campos respondió a esa demanda, y fue una tentativa frustrada de extender el consumo de café a un público amplio. Su fracaso, motivado por la vigilancia de los serenos, reflejaba el celo de las autoridades por evitar que las clases populares se apropiaran y alteraran las prácticas que ellos mismos pretendían conservar. Tras la estela de Joaquín Campos y Lucas Ruiz, en la calle Mayor se abrieron varios cafés de larga vida, como los del Gato y las Columnas, que en vísperas de la Gloriosa y en el Sexenio fueron lugares de congregación de liberales de toda condición. Según Luis Cordavias, al conocerse la noticia del destronamiento de Isabel II, ambos cafés, lo mismo que el Círculo Liberal, situado en la plazuela del Jardinillo, se llenaron de numeroso público, que al son de la Marsellesa y el Himno de Riego, celebraron el fin del régimen. En el Café del Gato se pudo ver aquellos días al jornalero *Perico* Láynez lanzar vivas a la República, y a un grupo de carbonarios encabezados por un carpintero menestral, Cecilio Martín, formar una partida para perseguir a los más conspicuos dirigentes del defenestrado moderantismo, lo que sugiere que aquéllos eran más bien cafetines que cafés de sociedad¹⁰⁶⁰. Más selecto debió de ser el Café de la Amistad, pues disponía de un piano de cola. Uno de sus dueños, Manuel Caballero, puso el instrumento a la venta en 1864, lo que sugiere que los cafés transitaban hacia fórmulas de sociabilidad más mercantilizadas, y tal vez también menos elitistas¹⁰⁶¹. Con todo, el “antiguo y acreditado”¹⁰⁶² Café de la Amistad siguió siendo una referencia para los cafés de la ciudad, pronto concentrados en manos de la familia Pajares Medina, que regentó éste, el de las Columnas y la Fonda de Santa Clara desde la década de 1860 hasta finales de la de 1880¹⁰⁶³.

En la Restauración, los cafés vivieron su momento de mayor expansión, y perdieron su prístino carácter bohemio y masculinizado, al ampliarse a un público cada vez menos vinculado emocionalmente a ellos. La clientela se amplió por vez primera a las mujeres, que hasta entonces habían sido excluidas de unos espacios reservados a los hombres¹⁰⁶⁴. Sabemos por la prensa que a los cafés acudían los miembros de las clases medias, como el farmacéutico Joaquín Medrano, que en 1902 perdió una suma de dinero

¹⁰⁵⁹ BONET CORREA, Antonio: *Los cafés históricos...* (op. cit.), pp. 13-30.

¹⁰⁶⁰ CORDAVIAS, Luis: *Vida de sor Patrocinio...* (op. cit.), p. 127.

¹⁰⁶¹ BOPG, 12-8-1864.

¹⁰⁶² *Revista Popular*, 15-11-1890.

¹⁰⁶³ AMGU, 426564, 1887.

¹⁰⁶⁴ BONET CORREA, Antonio: *Los cafés...* (op. cit.), p.

al salir del Café de las Columnas en dirección al Casino¹⁰⁶⁵, y también algunos elementos de las clases populares, como el zapatero Enrique Medel, que en 1903 fue detenido por blasfemo en el Café de la Amistad¹⁰⁶⁶. El ejemplo de Medel, sin embargo, evidencia que si bien los cafés eran espacios abiertos a un público socialmente híbrido, se habían convertido en una poderosa herramienta al servicio de la cultura hegemónica, pues ya solo cabían en ellos las pautas de urbanidad características de la burguesía. En consecuencia, con su tono burgués, los cafeteros de la ciudad tendieron a instalar sus establecimientos en la calle Mayor, donde se ubicaban en 1887 los seis cafés arriacenses.

Más restringidas que los cafés eran las tertulias de las tiendas, en cuyas trastiendas y reboticas se organizaban reuniones de ilustres patricios. Esta práctica era común antes de la generalización de los cafés y los casinos, ya que como observó Galdós, a mediados del siglo XIX

no había tienda sin tertulia, como no podía haberla sin mostrador y santo tutelar. Era esto un servicio suplementario que el comercio prestaba a la sociedad en tiempos en que no existían casinos, pues aunque había sociedades secretas y clubs y cafés más o menos patrióticos, la gran mayoría de los ciudadanos pacíficos no iba a ellos, prefiriendo charlar en las tiendas¹⁰⁶⁷.

Una de esas tertulias era la que organizaba Silverio Suárez en su confitería de la plazuela de San Gil. A ella “solían concurrir diariamente respetables señores”, entre los que figuraban un notario y un maestro carpintero, que en plena Gloriosa seguían empeñados en defender la continuidad de la dinastía¹⁰⁶⁸. A finales de la centuria seguían funcionando en la ciudad numerosas tertulias, aunque precisamente por su carácter privado, no exento de cierto secretismo, resulta muy difícil rastrearlas. Conocemos, sin embargo, algunas noticias que aseguran que en algunas de ellas se llegaron a impulsar las candidaturas de algunos de sus tertulianos a concejales, como sugería en 1899 un periódico local a propósito de la candidatura del médico republicano Ángel Blanco¹⁰⁶⁹.

¹⁰⁶⁵ Flores y Abejas, 14-7-1901.

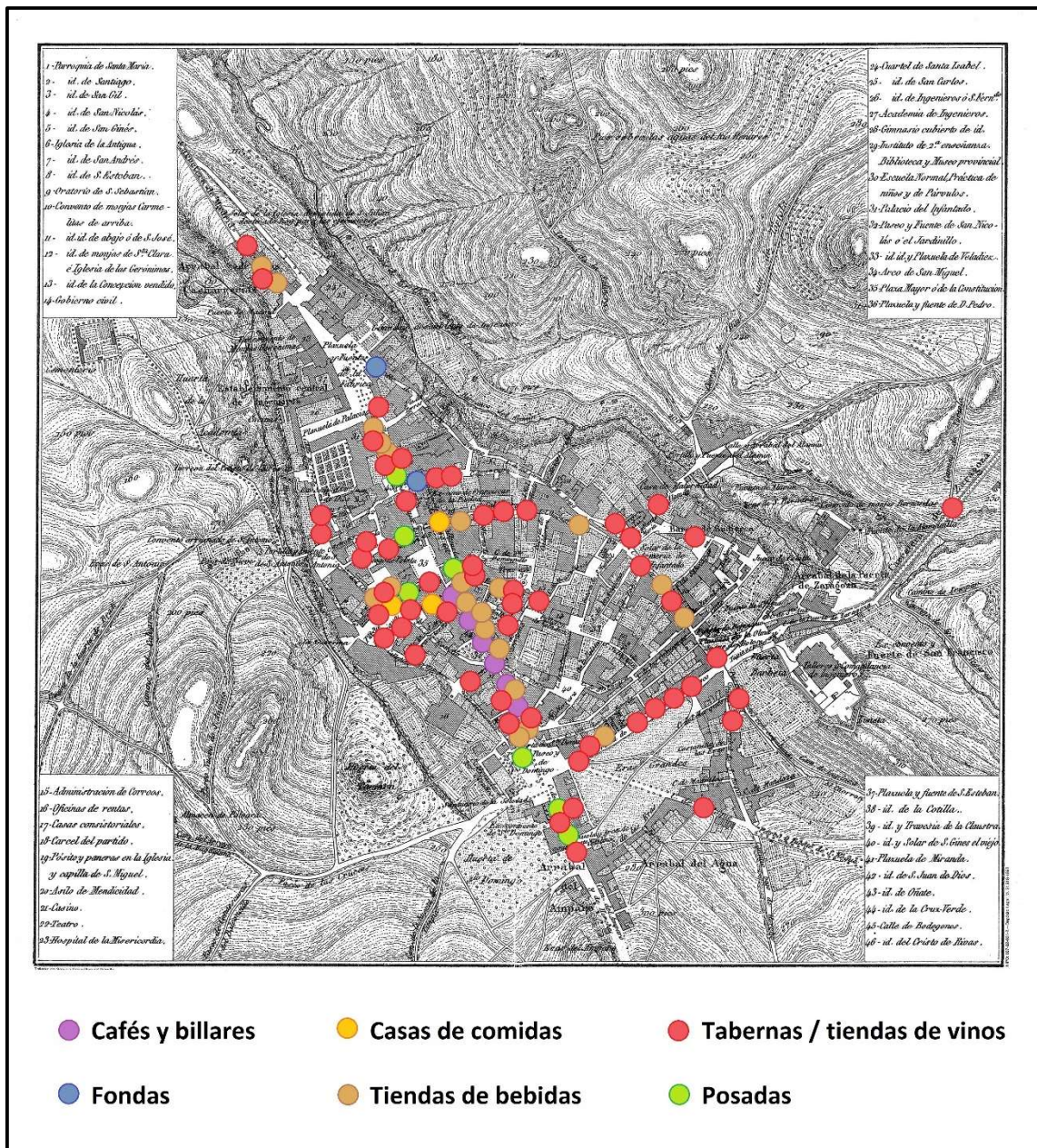
¹⁰⁶⁶ La Región, 5-6-1903.

¹⁰⁶⁷ PÉREZ GALDÓS, Benito: *Fortunata y Jacinta...* (op. cit.), p. 76.

¹⁰⁶⁸ CORDAVIAS, Luis: *Vida de Sor Patrocinio...* (op. cit.), p. 118.

¹⁰⁶⁹ Flores y Abejas, 7-5-1899.

Figura 6.8. Ubicación de los principales espacios de sociabilidad (1887)



Fuente: Elaboración propia, a partir del plano de Coello (1860) y de AMGU, 426564.

En el ámbito de la sociabilidad informal, la alternativa popular a los cafés eran las tabernas. Estigmatizadas y criminalizadas por los publicistas y moralistas burgueses, las tabernas acogían a un público mucho más heterogéneo del que se deduce a partir de las representaciones contemporáneas. Arturo Barea, en su descripción de los ambientes de la ciudad en el período de entreguerras, observaba que Guadalajara estaba llena de taberneros. No le faltaba razón, pues la ciudad llegó a tener a comienzos del siglo XX setenta establecimientos de este tipo, que en las listas de la contribución industrial se presentaban como lugares dedicados a la venta de vino. La deliberada omisión de la

denominación “taberna” y la ausencia de estos establecimientos de los bandos de la alcaldía en la década de 1850 reflejan la incomodidad y la precaución de la elite burguesa respecto a estos espacios. Frente a la ubicación de los cafés en la principal arteria comercial de la ciudad, las tabernas mostraban una mayor dispersión, aunque muchas de ellas se concentraban en las rondas y en los arrabales de Cacharrerías (calle Madrid), el Agua y el Amparo y las zonas aledañas a la calle Mayor. Eran también numerosas las tabernas en las calles que partían de la plaza Mayor hacia las rondas, como Carbonería o la plazuela de la Cruz Verde, lo que muestra el carácter interclasista de este tipo de establecimientos.

Había, sin embargo, dos espacios muy diferentes sin tabernas: la plaza de Beladiez, donde se ubicaba el Gobierno Civil, y el arrabal del Alamín, que un amplio sector de la población de la ciudad y la opinión pública identificaban con el desorden y la incivilización. La ausencia de tabernas del espacio popular por antonomasia no parece fruto de la casualidad, como tampoco del lugar donde se ubicaba el organismo responsable del orden público, que con frecuencia reprimió el ocio popular. En 1897, por ejemplo, el gobernador civil, Miguel Mathet, impuso el toque de queda en todas las tabernas de la capital a las diez de la noche, bajo multa de 5 pesetas para los transgresores¹⁰⁷⁰. Desde la década de 1890, el arrabal del Alamín contó al menos con una taberna, que, según la lista de la contribución industrial, estuvo regentada por Basilio Riendas, un vecino del arrabal¹⁰⁷¹. En los años siguientes proliferaron otras, como indicaba un periódico al hacerse eco de una reyerta producida en “una de las tabernas” del arrabal, en la que participaron dos hermanos jornaleros, vecinos del Arrabal del Agua, y dos forasteros, uno lañero y otro licenciado del Ejército de Ultramar¹⁰⁷².

Otros espacios de sociabilidad multifuncional eran las fondas. En Guadalajara, además de la que regentó Lucas Ruiz en la calle Santa Clara, existió la Fonda del Norte y el Mediodía, propiedad de Galo Núñez Losada, hermano del concejal Julián Antonio Núñez. La fonda fue el evocador escenario de las tribulaciones del protagonista de *Superchería* y vestigio de la memoria de su autor, *Clarín*, que eligió la destartada fonda y la ciudad como escenario propicio de las tribulaciones de su personaje, Serrano.

Un ómnibus con los cristales de las ventanillas rotos le llevó a trompicones, por una cuesta arriba, a la puerta de un mesón que había que tomar por fonda. Estaba frente al edificio de la Academia vieja, a la entrada del pueblo (...). En el ancho y destartado portal de la fonda no le recibió más personaje que un enorme mastín, que le enseñaba los dientes gruñendo (...). La luz de petróleo de un farol colgado del techo dibujaba, en la pared desnuda, la sombra del perro. Serrano se acordó de repente de aquel portal y de aquel farol que había visto veinte años antes. Cosas de tan poca importancia para él, las tenía grabadas en el fondo del cerebro, y sin manchas, no desteñidas ni desdibujadas: la imagen de la memoria vino a sobreponerse realmente a la realidad que tenía delante (...). No

¹⁰⁷⁰ Flores y Abejas, 7-11-1897.

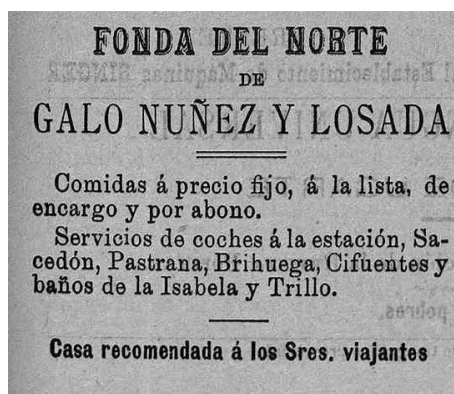
¹⁰⁷¹ AHPGU-H, 15865.

¹⁰⁷² Flores y Abejas, 6-1-1895.

había, en aquellos días, más huéspedes en el triste albergue, que dos comisionistas que habían comido antes, y los *cómicos*, los Foligno (...). A la prosaica desilusión de toda mesa de fonda pobre y desierta, se añadían en aquella los horrores de una escasez y sordidez no disimulada en vajilla y manjares y en todos los pormenores del servicio. Sobre el extremo de la mesa, adonde no llegaba el mantel, se destacaban dos botijos de barro, *ánforas de Octubre*, que daban escalofríos en aquella noche húmeda y fría de un invierno anticipado¹⁰⁷³.

La fonda era un espacio de sociabilidad y negocios, de cuya multifuncionalidad dan idea los anuncios en la prensa. La fonda del Norte era al propio tiempo casa de comidas, parador, posada y espacio de reunión de lugareños y extraños. El propio Núñez era el agente de la compañía de seguros Francesa del Fénix, que atendía en su propia casa y fonda¹⁰⁷⁴. Galo Núñez, al que le aguardaba un incierto futuro como hijo de hjojalatero, encontró en el mercado de la sociabilidad una vía de reproducción social. En 1892, arrendó el teatro¹⁰⁷⁵, lo que le permitió convertirse en un miembro respetable de la elite comercial de la ciudad, como prueba su elección como miembro de la Junta de reparación y conservación del templo de la Antigua¹⁰⁷⁶.

Figura 6.9. Anuncio de la Fonda del Norte



Fuente: Revista Popular (1890)¹⁰⁷⁷.

Los espacios de sociabilidad más heterogéneos e interclasistas eran los prostíbulos. Respecto a ellos, el Estado liberal diseñó un entramado regulador estrechamente relacionado con el modelo de ciudad moral, dirigido a limpiar la calle, mediante la reclusión de las prostitutas en casas de prostitución toleradas y vigiladas por las autoridades municipales. En Guadalajara, los prostíbulos se ubicaban en las

¹⁰⁷³ CLARÍN: *Superchería...* (op. cit.), pp. 179-180, 197.

¹⁰⁷⁴ Boletín Oficial de la Provincia de Guadalajara : Número 113 - 1880 marzo 19

¹⁰⁷⁵ Boletín Oficial de la Provincia de Guadalajara : Número 46 - 1892 abril 15

¹⁰⁷⁶ Flores y Abejas, 2-2-1896.

¹⁰⁷⁷ Revista popular, 15-12-1890.

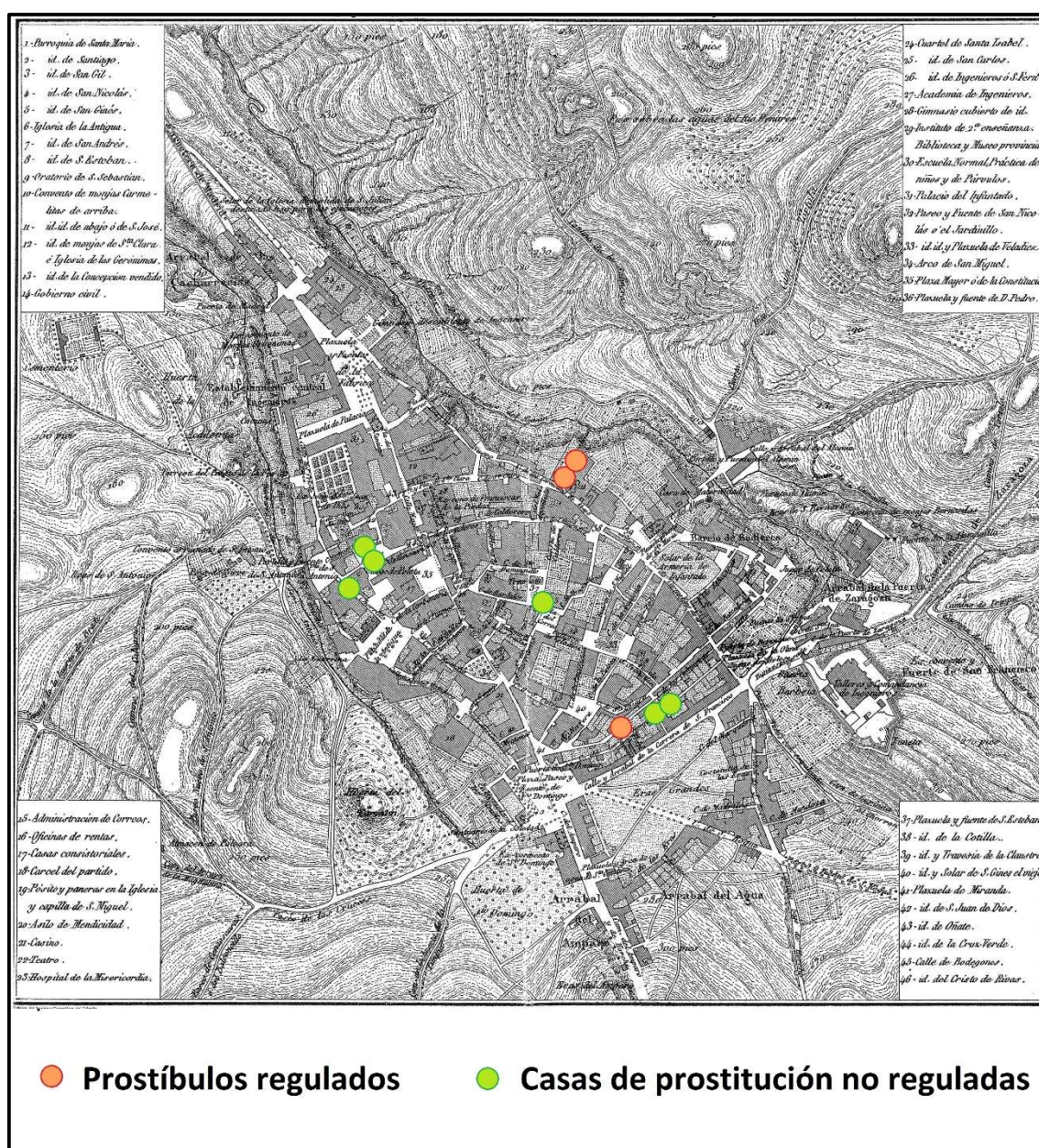
proximidades de las rondas, en callejuelas y calles secundarias, al abrigo de las calles más concurridas y transitadas, pero cerca de estas y de los acuartelamientos, lo que nos sitúa ante el tipo de clientela más habitual, los militares de tropa. A partir de 1889, como consecuencia de la municipalización del control sobre las casas de prostitución de la ciudad, el Ayuntamiento emprendió una exhaustiva investigación sobre los espacios prostitucionales, las prostitutas y la organización interna de las casas, que dio como resultado un rico expediente que nos permite conocer la organización interna de las casas, el perfil de algunos clientes y el de las propias prostitutas. Los prostíbulos tolerados se ubicaban en las calles Corralillos, una callejuela perpendicular a la travesía, y Calnuevas, paralela a la Carrera. Las mujeres que trabajaban en ellas, pupilas y sirvientas, gobernadas por un ama, debían hacerse con una cartilla, por la que pagaban una y media peseta, respectivamente, que las facultaba para ejercer la prostitución de forma legal en la ciudad.

El número de prostitutas contabilizadas por el Ayuntamiento, 74 en los años 1890, 1891 y 1892, evidencia que el consumo sexual venal era mucho más masivo que lo que las autoridades estaban dispuestas a tolerar y eran capaces de controlar¹⁰⁷⁸. Junto a estas prostitutas controladas existían otras muchas casas donde se ejercía la prostitución de manera esporádica. En noviembre de 1889, el Ayuntamiento reconocía al gobernador civil su incapacidad para ejercer el control sobre la prostitución en la ciudad, pues “por más que se ejerce toda la vigilancia posible en las casas de prostitución que existen en esta ciudad y se hace retirar de ellas a las pupilas que se encuentran enfermas, no se pueden (*sic*) impedir que, burlando las órdenes de esta Alcaldía regresen a esta población”. El médico de la beneficencia municipal, el doctor León Carrasco, haciéndose “eco de repetidas quejas que se me han dirigido”, suplicaba al Consistorio que hiciera lo posible para que “desaparezcan las casas clandestinas de lenocinio que de notoriedad pública se sabe existen en esta ciudad, ya que por no estar en condiciones legales resultan centros de corrupción moral y focos de cierta clase de enfermedades”. La vigilancia no se limitaba al Ayuntamiento, los serenos y el médico encargado de la asistencia domiciliaria. En 1892, el vecino Manuel González denunciaba que “a todas horas del día y de la noche están entrando y saliendo hombres de la casa” de una de las prostitutas de la plazuela de Dávalos¹⁰⁷⁹.

¹⁰⁷⁸ Sobre la prostitución desde la sociabilidad, véanse: GUEREÑA, Jean-Louis: *Detrás de la cortina*. Madrid, Cátedra, 2018, pp. 185-442; SALAÜN, Serge: “El cuerpo del minero: prostitución y sexualidad en La Unión”, *Historiar*, 1999, 2, pp. 35-51. El propio Jean-Louis Guereña se ha ocupado de la regulación de la prostitución y los discursos morales dirigidas a su abolición en GUEREÑA, Jean-Louis: *La prostitución en la España contemporánea*. Madrid, Marcial Pons, 2003.

¹⁰⁷⁹ AMGU, 1133.

Figura 6.10. Ubicación de las casas de prostitución en Guadalajara (1892)



Fuente: Elaboración propia a partir de AMG, 1133.

En su mayor parte, como se vio más arriba, se trataba de mujeres que ejercían la prostitución en situaciones de viudedad, separación o vulnerabilidad de forma esporádica o temporal. Buena parte de estas prostitutas, se desplazaron al casco desde sus barrios y arrabales de origen. Era el caso de Polonia, una mujer viuda que había vivido con su esposo y su hijo en la calle de Madrid y se trasladó a la calle de San Lázaro para ejercer allí la prostitución, o Feliciano, que se desplazó con su hijo desde la estación del ferrocarril, donde vivía con su marido antes de la muerte de éste, a la calle de Alvar Fáñez. La ubicación de los prostíbulos en zonas fronterizas y aun en el casco evidencian el

carácter heterogéneo de sus clientes, que iban desde militares de tropa y alumnos de la Academia a miembros de las clases medias. En 1889, el gobernador civil, en un oficio dirigido al Ayuntamiento, señalaba que

María (...), natural de Aranzueque en esta provincia, de 18 años de edad, adquirió de esta alcaldía la cartilla de prostitución para residir en la casa que en la calle de Calnuevas está a cargo de Dolores (...), y como en el día de ayer hayan surgido cuestiones entre la María y otras pupilas de la misma casa, aquélla se ha salido de la misma y albergado en casa de Mariano (...) que vive en la calle de Topete (...). La María (...) ha manifestado su propósito de no volver a la casa de mancebía y sí residir en esta ciudad porque dice sostiene relaciones con individuo de clase de tropa del Ejército¹⁰⁸⁰.

Mariano, un empleado de 24 años de una familia acomodada, y el soldado relacionado con María eran probablemente clientes del prostíbulo, con los que la joven terminó entablando una relación personal. Entre los clientes también había miembros de las clases populares, como Zacarías, un jornalero de 27 años, casado y con una hija, que en 1887 fue denunciado por una de las prostitutas de la calle Corralillos por malos tratos en una visita al burdel¹⁰⁸¹, o Jesús, otro jornalero soltero, que en 1895 hirió a un soldado a punto de marchar a la guerra de Cuba en uno de los prostíbulos de la ciudad¹⁰⁸². Los perfiles de los clientes demuestran que los prostíbulos fueron espacios de sociabilidad interclasistas y de amplia difusión, y las reyertas y los malos tratos hacia las prostitutas, indicios de la relación entre el comercio sexual y la afirmación de actitudes relacionadas con la dominación masculina¹⁰⁸³, que la ciudad moral no pudo, ni tan siquiera pretendió eliminar. En diciembre de 1892, un Real Decreto responsabilizaba a los Ayuntamientos del “relativo abandono en que dicho servicio [de higiene] se encuentra y su falta de organización, unas veces por defectos de vigilancia y otras por insuficiencia de las atribuciones que la ley municipal concede a los alcaldes, resultando por ello ineficaces los buenos propósitos de dichas Corporaciones”, y restituía a los gobiernos civiles la competencia para gestionar nuevamente la vigilancia sobre las casas de prostitución¹⁰⁸⁴.

Frente a los crecientemente heterogéneos cafés y las populares tabernas, cuyas raíces se hundían en el Antiguo Régimen, surgieron en la ciudad nuevos establecimientos que anunciaban la modernidad urbana. Los espacios de la sociabilidad burguesa por antonomasia eran los casinos y los ateneos. Los casinos eran los lugares más característicos de la sociabilidad elitista a nivel local, pues su principal utilidad residía en permitir relacionarse a sus socios y afirmar su identidad social y política. A ellos acudían los miembros de la espuma de las ciudades, y algunos que aspiraban a serlo, a no hacer nada en particular. Eran los espacios por antonomasia de reunión de la clase ociosa¹⁰⁸⁵. En muchos casos, los casinos se denominaban círculos de contribuyentes, como el de

¹⁰⁸⁰ AMGU, 1133.

¹⁰⁸¹ BOPG, 28-11-1887.

¹⁰⁸² Flores y Abejas, 18-8-1895.

¹⁰⁸³ BOURDIEU, Pierre: *La dominación masculina* (op. cit.).

¹⁰⁸⁴ BOPG, 14-12-1892.

¹⁰⁸⁵ WEBLEN, Thorstein: *Teoría...* (op. cit.).

Alcalá de Henares; en otros, se trataba de sociedades restringidas a los miembros de colectivos profesionales específicos, como el que habían creado los ingenieros de la Academia en Guadalajara hacia 1841. El hecho de que la elite arriacense fuera numéricamente escasa y de procedencia heterogénea explica precisamente el peso que tuvo en la vida de la ciudad. Para sus miembros representaba una forma de emulación de los comportamientos de la gran burguesía de los negocios y un instrumento al servicio de la articulación de una elite local más o menos compacta y cohesionada.

El Casino Principal de Guadalajara fue creado antes de 1856, fecha en la que aparecieron los primeros anuncios de venta de su mobiliario y enseres en el *Boletín Oficial de la Provincia*. Su surgimiento provocó seguramente el languidecimiento de los primeros cafés, cuyo número se redujo en la década de los cincuenta, como se ha visto. La continua renovación de las mesas de billar, las barajas de cartas y los muebles, según se desprende de los anuncios del *Boletín*, evidencia su carácter de exclusividad y espacio privilegiado de la sociabilidad burguesa. Alrededor de sus veladores de pino pintado, sentados sobre sus sillas de Vitoria y sus butacas de gutta-percha¹⁰⁸⁶, y al calor del fuego de leña de encina¹⁰⁸⁷, sus distinguidos socios se dedicaban preferentemente a los quehaceres lúdicos propios de su pertenencia a la clase ociosa, desde los juegos de naipes a la tertulia, y entre partida y partida, forjaron sus lazos identitarios como grupo social dominante¹⁰⁸⁸. Durante el Sexenio, el casino perdió parte de su carácter restringido y elitista, como sugiere la elección de Enrique Jiménez como secretario¹⁰⁸⁹. Jiménez era un empleado e hijo de un comandante de Guerra que prácticamente acababa de llegar a la ciudad, y por lo tanto no formaba parte de las *grandes* familias de siempre. Con la Restauración, y coincidiendo con la aparición de cafés dirigidos a un público más heterogéneo y la fundación de los Ateneos, el Casino tendió a replegarse al sector más ocioso de la elite local, escindida en una versión acomodaticia y otra ilustrada, en torno a los ateneos, aunque los ateneístas eran generalmente también casinistas.

En 1878, la sociedad tenía 370 socios, entre los que militaba lo más granado del *gotha* arriacense, compuesto por comerciantes, industriales, propietarios, concejales, senadores y diputados de todos los partidos, pero también por profesionales liberales más modestos, desde médicos a catedráticos del Instituto, ingenieros de la Academia y empleados públicos, que encontraron en la institución la vía de emulación pecuniaria necesaria para ingresar en la elite local. La incorporación a la sociedad era casi un rito iniciático de acceso al grupo dominante, y precisamente por ello se prohibían estatutariamente “todo acto que tenga una tendencia política y toda controversia sobre

¹⁰⁸⁶ BOPG, 23-6-1869. En ese mismo número se da cuenta de los horarios del tren, y la duración del viaje a Madrid, 2 horas y 10 minutos.

¹⁰⁸⁷ BOPG, 29-9-1869.

¹⁰⁸⁸ ZOZAYA MONTES, María: *Identidades en juego: formas de representación social del poder de la élite en un espacio de sociabilidad masculino, 1836-1936*. Madrid, Siglo XXI, 2015.

¹⁰⁸⁹ BOPG, 23-6-1869. En ese mismo número se da cuenta de los horarios del tren, y la duración del viaje a Madrid, 2 horas y 10 minutos.

puntos religiosos”¹⁰⁹⁰. El casino había nacido para unir a la elite, y para segregarla del común de los mortales, incluidas las mujeres¹⁰⁹¹. Y precisamente por ello, se convirtió en un poderoso instrumento para difundir la cultura social y política burguesa, mayoritariamente liberal y masculina. En abril de 1876, por ejemplo, se celebró en sus salones una fiesta por la vuelta del batallón provincial de Guadalajara, que había actuado en la guerra carlista¹⁰⁹². La sociabilidad casinista restringió la participación femenina a un papel pasivo, al permitirse únicamente la presencia de mujeres en los bailes que organizaba la sociedad, que el reglamento limitaba con cargo a sus fondos a tres anuales, y “dos serán precisamente uno el día del corpus y otro en carnaval”¹⁰⁹³.

La heterogeneidad de la elite local dio lugar a formas de asociación más restringidas dentro del Casino. En él se formaban peñas, tertulias que reunían a varios socios en función de sus intereses, aficiones o lealtades políticas. Eran bien conocidas las que se habían articulado alrededor del viejo patricio progresista Diego García Martínez, a la que acudían regularmente el funcionario y periodista Marcelino Villanueva, junto al abogado Tomás Bravo y Lecea, cada vez más mermada por la pérdida de relevancia del senador en sus últimos años y por la desafección de Bravo, que abandonó el fusionismo; o la que formó el abogado del Estado Federico López González, conocida como *la Cacharrería* por el alboroto que formaban los contertulios, y a la que sabemos que acudía el médico republicano Ángel Blanco¹⁰⁹⁴.

El casino no fue únicamente una vía de reproducción, ascenso y consolidación sociales para los miembros de la elite, sino también para sus propios empleados, que en algunos casos ingresaron en la elite local. Antonio Luengo Dosaguas fue el más destacado. Luengo, procedente de Madrid, fue dependiente de la sociedad entre 1869 y 1874, al menos. Su reproducción social se basó en su actividad política como dirigente del republicanismo federal y en su actividad empresarial y vecinal en el arrabal de las Cacharrerías, al que se trasladó para abrir una tienda de comestibles y bebidas. En las elecciones de concejales de 1893, Luengo fue propuesto como interventor electoral suplente por el líder republicano Manuel González Hierro, y en 1894 intervino en una junta de vocales asociados del Ayuntamiento para defender los intereses de su barrio. Al año siguiente, Luengo se convirtió en presidente del comité local del partido republicano federal. En 1897 fue elegido vocal de la junta directiva del Ateneo Obrero y en 1900 fue uno de los principales anfitriones de Basilio Paraíso, líder de la Unión Nacional, que visitó

¹⁰⁹⁰ CASINO PRINCIPAL DE GUADALAJARA: *Reglamento orgánico*. Guadalajara, Imprenta y Encuadernación Provincial, 1868.

¹⁰⁹¹ ZOZAYA MONTES, María: *Identidades en juego...* (op. cit.).

¹⁰⁹² BOPG, 3-4-1876.

¹⁰⁹³ CASINO PRINCIPAL DE GUADALAJARA: *Reglamento orgánico...* (op. cit.).

¹⁰⁹⁴ *La Región*, 6-9-1901.

la ciudad para presentar su partido-movimiento. A su muerte, la prensa destacó de él “que gozaba de justificadas simpatías en la población”¹⁰⁹⁵.

Otro dependiente de la sociedad, Lucio Labernie, dejó su empleo para establecerse por su cuenta, aprovechando el ensanchamiento del mercado del ocio. Labernie fue conserje del casino en 1870 y estableció una casa de baños en 1880¹⁰⁹⁶. La casa terminó cerrando, y la ciudad se quedó sin establecimientos balnearios hasta que, en 1899, el albañil Rogelio Ortega abrió una nueva casa de baños en la plazuela de la Antigua. El establecimiento nada tenía que ver con el que regentó Labernie. Ortega no escatimó en gastos, según las crónicas de la época, e inauguró su nuevo negocio con una gran fiesta, en la que obsequió a sus invitados con dulces y licores. El espacio de la casa se distribuía en cuartos de grandes dimensiones cubiertos de estuco, con diez pilas de mármol artificial, y una sala de hidroterapia. El establecimiento, atendido por un facultativo, contaba además con un “confortable jardín y un bien acondicionado cuarto de espera, donde los bañistas encontrarán periódicos y libros”. El cuidado aspecto de la casa de baños y los entusiastas elogios que el periodista dedicaba al nuevo establecimiento muestran hasta qué punto estaban cambiando las demandas de los consumidores, cada vez menos marcadas por la mentalidad higienista decimonónica y más interesadas en la comodidad y el lujo¹⁰⁹⁷.

Un complemento de la sociabilidad recreativa fueron los ateneos. En 1876, en el marco de la Exposición Provincial se creó el primer Ateneo Científico, Literario y Artístico de la ciudad. Sus fundadores fueron el farmacéutico y erudito Francisco Fernández Iparraguirre, los médicos y ex alcaldes Miguel Mayoral y Medina, republicano, y Román Atienza Baltueña, moderado, el ingeniero Juan Antonio Reyes, el catedrático de Física y Química del Instituto Tomás Escriche y el abogado, exgobernador civil interino y diputado provincial Blas Hernández Santamaría. Los creadores de la asociación dirigieron una circular en la que expresaban su deseo de impulsar en la ciudad el debate y la reflexión y evitar así “el profundo adormecimiento propio de estas pequeñas localidades”. El Ateneo inició su andadura en marzo de 1877, con el director del Instituto, José Julio de la Fuente, como presidente, el ingeniero militar Nicolás de Ugarte como secretario general, Fernández Iparraguirre como tesorero y principal animador, y con una estructura tripartita, dividida en tres secciones, científica, literaria y artística. Además, la sociedad contaba con una revista, que recogía los textos íntegros o las crónicas de las conferencias dictadas por sus socios. Ese mismo mes se celebró una velada literaria dedicada al Cardenal Mendoza, mientras varios ingenieros militares organizaron una

¹⁰⁹⁵ La trayectoria de Antonio Luengo ha sido reconstruida a partir de: AMGU-HE, 402576, 1869, AMGU-HE, 402628, 1884 y *BOPG*, 12-3-1874; *Flores y Abejas*, 11-11-1894, 6-6-1895, 10-1-1897 y 11-11-1906 y *La Crónica*, 10-5-1900.

¹⁰⁹⁶ *BOPG*, 9-7-1870.

¹⁰⁹⁷ *Flores y Abejas*, 28-5-1899 y 2-7-1899.

tertulia sobre la Guerra ruso-turca¹⁰⁹⁸. La asociación tuvo una vida efímera. El vigor de la institución en su primer año de vida fue decayendo, hasta su disolución en 1882¹⁰⁹⁹.

Una parte de sus socios constituyó un Ateneo-Casino, cambiando el carácter intelectual del viejo Ateneo por otro de carácter más recreativo¹¹⁰⁰, integrándose el resto en el nuevo Ateneo Escolar, fundado por jóvenes estudiantes y catedráticos del Instituto y animado por la presencia de personajes con gran relieve profesional en Madrid, como el arquitecto Manuel Medrano Huetos, o en la propia ciudad, como Juan Diges Antón¹¹⁰¹. El Ateneo Escolar, que empezó a reunirse en un aula de la Escuela Normal, tuvo una vida lánguida en sus primeros años de vida, como reconocía su propia revista, en la crónica del acto de apertura del curso ateneísta, en septiembre de 1883:

Grande es nuestra alegría y no pequeña nuestra tristeza (...). Esto que parece una paradoja tiene una sencilla explicación: experimentamos el primer sentimiento considerando que hemos sostenido tres años e inaugurado el cuarto de nuestra modesta sociedad, aquí donde por regla general toda sociedad tiene menos vida que el tiempo que tarda en constituirse (...) experimentamos el segundo sentimiento, si tenemos en cuenta las deserciones, más o menos justificadas, la poca afición que revelan nuestros paisanos a las lides científicas y literarias y el indiferentismo con que esta clase de sociedades se mira (...). Cien papeletas de invitación (...) para llevar una concurrencia de treinta individuos, que son los que aproximadamente asistieron. Lo cual habla mucho en favor de la poca cultura de un pueblo que prefiere estarse en los cafés o en las puertas de las iglesias viendo quién entra o quién sale, o paseándose, o de tertulia en otros establecimientos públicos¹¹⁰².

A partir de 1887, la vida del Ateneo resurgió por el impulso de Francisco Fernández Iparraguirre y Nicolás de Ugarte, que como estudiosos de la lengua universal, el *Volapük*, vincularon las actividades del Ateneo de Guadalajara a la difusión de ese idioma. Iparraguirre y Ugarte refundaron la asociación como *Ateneo Caracense* y *Centro Volapükista Español* y convirtieron la nueva sociedad en el principal centro de la vida cultural de la ciudad, animada por la organización de juegos florales, discusiones sobre temas científicos y de actualidad y conferencias, hasta que a la muerte de Fernández Iparraguirre, en 1889, sumió a la asociación en una crisis profunda y definitiva¹¹⁰³. La sociedad, fiel al espíritu divulgador de los volapükistas y los catedráticos del Instituto, la Escuela Normal y los ingenieros militares que participaron en ella, contribuyó a su manera a la difusión de las nuevas prácticas culturales decimonónicas, particularmente en el ámbito de la lectura¹¹⁰⁴.

¹⁰⁹⁸ *Revista del Ateneo Científico, Literario y Artístico*, 31-7-1877.

¹⁰⁹⁹ BATALLA CARCHENILLA, César María: "Los Ateneos en Guadalajara (1877-1896): primera aproximación", *Wad-al-Hayara*, 1998, 25, p. 208.

¹¹⁰⁰ *Revista del Ateneo Escolar*, 5-9-1883.

¹¹⁰¹ BATALLA CARCHENILLA, César María: "Los Ateneos en Guadalajara... (art. cit.), p. 208.

¹¹⁰² *Revista del Ateneo Escolar*, 5-9-1883.

¹¹⁰³ BATALLA CARCHENILLA, César María: "Los Ateneos en Guadalajara (art. cit.), p. 208.

¹¹⁰⁴ MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús Antonio: "La lectura en la España contemporánea: lectores, discursos y prácticas de lectura", *Ayer*, 58 (2005), pp. 15-34.

como se refleja en su biblioteca, compuesta en diciembre de 1888 por 715 títulos, entre los que destacaban particularmente los de Literatura (13 %), Historia (11,6 %), Agricultura (10,5 %), Bellas Artes (9,2 %) y Política y Derecho (9,1 %), seguidos de los de Pedagogía e Instrucción (6,2 %), Medicina e Higiene (5,7 %), Matemáticas (5,7 %), Lingüística (4,2 %), Historia Natural (4,2 %), Viajes (4,1 %), Enciclopedias (3,9 %), Moral y Religión (3,8 %), Geografía y Astronomía (2,4 %), Sociología (2,1 %), Física y Química (1,8 %), Obras Públicas (1,4 %) y Filosofía (1,3 %)¹¹⁰⁵.

Los Ateneos fueron un potente instrumento de afirmación de la elite local y un altavoz de la cultura y la moral social y sexual burguesas. En 1881, el maestro del pueblo de Tórtola de Henares, Narciso García Avellano disertó sobre “Vicios antisociales”, presentando los “infinitos males y desgracias que traen consigo el juego, la embriaguez y la prostitución”¹¹⁰⁶. En 1886, el conferenciante Juan Pérez Caja se ocupó de la “misión de la mujer”, señalando que “la verdadera misión de la bella mitad del género humano (...) no es otra que la familia, respondiendo a aquellos que dicen que la mujer se esclaviza al casarse, que (...) como la mujer no se case, se prostituye, a lo menos moralmente, y concluye su agradable conferencia, considerando como un crimen el voto de castidad”. El auditorio prorrumpió en “nutridos aplausos”¹¹⁰⁷. Aunque la pertenencia a la sociedad estaba restringida a los hombres, era frecuente que algunas mujeres asistieran a las discusiones, veladas literarias y debates. En 1888, en un debate sobre la educación de las mujeres, la profesora de la Escuela Normal de Maestras, Crescencia Alcañiz¹¹⁰⁸, intervino para matizar la opinión de uno de los intervinientes, Ángel Sanz Benito, que aun desde presupuestos paternalistas, había defendido la importancia de la educación femenina. Alcañiz terció para puntualizar que “si bien estaba conforme con que se educara e instruyera a la mujer, es de necesidad que esta educación e instrucción tenga un límite marcado, puesto que la misión de la mujer tiene su asiento en el hogar doméstico, y al pretender sacarla de él sería muy posible que se dejara llevar de la vanidad, defecto muy común en la mujer”. Algunos días después, Alcañiz tuvo que rectificar su posición, admitiendo que si bien algunas mujeres singulares, por su inclinación y facultades a las artes y las ciencias debían dedicarse a ellas, “como reacción consiguiente al abandono en que su instrucción había estado, se prestase hoy mucho más cuidado a ésta que a su educación”. Uno de los presentes en la discusión destacó las diferencias físicas y psíquicas que, a su juicio, existían entre hombres y mujeres, señalando que “el hombre, como dicen muy acertadamente Proudhon, Rousseau y otros muchos filósofos, representa la fuerza y la idea, y la mujer, la belleza y el sentimiento”¹¹⁰⁹.

¹¹⁰⁵ *Revista del Ateneo Caracense y Centro Volapükista español*, núm. XII, 1-12-1888, pp. 1-16.

¹¹⁰⁶ *Revista del Ateneo Escolar de Guadalajara*, 5-9-1881.

¹¹⁰⁷ *El Ateneo Escolar Caracense*, 5-8-1886.

¹¹⁰⁸ Sobre Crescencia Alcañiz, véase: VÁZQUEZ RAMIL, Raquel: *Mujeres y educación en la España Contemporánea. La Institución Libre de Enseñanza y la Residencia de Señoritas*. Madrid, Akal, 2012; y EZAMA GIL, Ángeles: “La vocación pedagógica de Emilia Pardo Bazán”, *Moenia*, 2012, 18, pp. 417-437. Alcañiz tuvo una participación destacada en la Asamblea Nacional de los Amigos de la Enseñanza de 1892, en la que presentó una ponencia sobre “Aptitud de la mujer para la Enseñanza”.

¹¹⁰⁹ *Revista del Ateneo Caracense y Centro Volapükista español*, V, 1-5-1889, pp. 41-45.

No fue Alcañiz la única profesora de la Normal que defendió este tipo de posicionamientos de indudable signo patriarcal. La propia directora del centro educativo, Manuela García Saco, pronunció a finales de 1888 una conferencia sobre la educación de las mujeres, en la que, si bien cuestionó las prácticas de ocio de las mujeres burguesas enraizadas en la teoría de la domesticidad, tales como el cultivo de la música o la poesía, defendió encendidamente la instrucción práctica de las mujeres, desde presupuestos igualmente domésticos¹¹¹⁰. García Saco lamentaba que

la ocupación de la mujer en las ciudades, generalmente se reduce a tocar perfectamente el piano, a cantar, recitar, etc. (...). Que una mujer se dedique en los ratos de ocio (...) al estudio de la Religión y la Moral para inculcar en su familia las verdades que encierra; aprenda Gramática para saber redactar una carta o cualquier otro documento; adquiera nociones de Aritmética para saber llevar la contabilidad de su casa; Higiene para preservarse de ciertos peligros que constantemente nos amenazan; Economía para el buen orden de la casa; Labores, Dibujo (...). Hemos visto que la mujer, despreciada y ultrajada, ha sido siempre el barómetro infalible de la barbarie y la degradación moral del hombre (...). Si miramos a la mujer en esas miserables comarcas donde está destinada a ser bestia de carga y a compartir con el hombre las rudas tareas del campo, el hogar apacible que endulza las penalidades del trabajo se convierte en miserable pocilga (...). Esto nos demuestra que la mujer es el complemento del hombre como ser sociable¹¹¹¹.

La culminación de la moralización burguesa de las clases populares fue la creación del Ateneo Instructivo del Obrero. La sociedad fue creada en 1891, a instancias de un tipógrafo que había militado no hacía mucho tiempo en el socialismo marxista, Alfonso Martín Manzano, e inmediatamente se formó una junta directiva en la que brillaban por su ausencia los miembros de las clases populares. El presidente era José Sagarmínaga, un abogado, catedrático del Instituto y dirigente carlista¹¹¹², al que acompañaban algunos otros miembros de la elite local de filiaciones políticas diversas, como el periodista republicano progresista Ángel Campos, y varios representantes de la aristocracia artesanal, como el administrador de la Imprenta Provincial, Tadeo Calomarde, el sastre Severiano Sardina y el alarife Rogelio Ortega¹¹¹³. En la crónica de su inauguración, un medio local se felicitaba porque “en abigarrado conjunto, al lado de algunas flamantes levitas figuraban la sotana del sacerdote y la humilde y honrada chaqueta del menestral”, y al propio tiempo hacía “votos porque el Ateneo Instructivo del Obrero realice su misión civilizadora”. En su discurso, Sagarmínaga recordó a los asistentes que el Ateneo no había nacido con voluntad recreativa, sino para “moralizar, instruir y socorrer al obrero”, al que consideraba “como una máquina que gastada por el uso se hace inútil, su provenir es la miseria, el asilo, el hospital”. Sagarmínaga se proponía contrarrestar los cantos de sirena

¹¹¹⁰ Sobre la domesticidad, véanse los clásicos: BUTLER, Judith: *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona, Paidós, 2007 [1990]; SCANLON, Geraldine M.: *La polémica feminista en la España contemporánea (1868-1974)*. Madrid, Siglo XXI, 1976.

¹¹¹¹ *Ateneo: revista internacional, científica y literaria. Órgano del Ateneo Caracense y del Centro Volapükista español*, VI, 1-6-1888, pp. 49-50.

¹¹¹² CALERO DELSO, Juan Pablo: *Elite y clase...* (op. cit.), p. 284.

¹¹¹³ BATALLA CARCHENILLA, César María: “Los Ateneos en Guadalajara...” (art. cit.), pp. 221-222.

que representaban “las publicaciones pornográficas, socialistas, y en general a todas aquellas que propagan doctrinas utópicas” y se complacía de que políticamente, el obrero “ha llegado cuanto se puede desear, pues se halla adornado de toda clase de libertades”. No solo el carlista Sagarmínaga, sino también el alcalde de la ciudad, el republicano Miguel Mayoral y Medina, adoptó un tono paternalista al referirse a los obreros, reconociendo que, si bien estaba próxima su emancipación, era precisamente por ello necesario que se eduque para “hacer buen uso de los derechos y libertades que las leyes del reino le conceden” y así poder ejercer también sus deberes¹¹¹⁴.

La sociedad contó con una biblioteca, y con su propio casino, concebido como un instrumento al servicio de la difusión de la cultura burguesa, entre cuyos rasgos característicos figuraba el consumo de café. Su empeño, sin embargo, debió de ser fútil, pues, según denunció la *Revista Popular*, la sala de café y repostería no recibía a muchos parroquianos, ya que “muchos socios, que tienen por costumbre tomar café fuera de su casa, no lo hacen en el Ateneo en lugar de hacerlo en otros sitios”¹¹¹⁵. La propia revista señalaba que entre los asiduos al café del Ateneo se encontraban algunos de sus redactores, lo que sugiere que, en todo caso, sus clientes formaban parte de la aristocracia obrera e ilustrada, y por tanto, aburguesada, dado el perfil de la publicación, que dirigía Juan Diges Antón. El Ateneo Obrero fue, sin embargo, una eficaz herramienta de domesticación de un sector de las clases populares, y contribuyó a la formación y consolidación de una aristocracia obrera que, como Sardina, Calomarde o el propio Alfonso Martín, transitaron desde las filas del republicanismo democrático y el socialismo marxista hacia el republicanismo posibilista, e incluso el liberalismo monárquico.

Espacios de sociabilidad de gran difusión desde el Antiguo Régimen eran las barberías. El caso de Lucas Ruiz representa justamente su reemplazo por otro, el café y el teatro, como consecuencia del crecimiento del *Homo ludens* y la difusión y mercantilización de la nueva cultura del ocio. En la Plaza Mayor estaba ubicada la barbería de *El Currito*. Su propietario, Tomás Sánchez, publicó en 1860 un anuncio para contratar un mancebo, al que concedía permiso para asistir a la Escuela Normal, lo que da idea del tipo de servicio que ofrecía¹¹¹⁶. Según se desprende del relato de Luis Cordavias sobre el ambiente de la ciudad durante la Gloriosa, la barbería era un espacio de sociabilidad interclasista, al que acudían clientes de diferente condición, desde el alguacil del juzgado, Manuel Maín, a un “vejete con voz atiplada al que llamaban el tío Juacho el de la Carrera”. El 29 de septiembre de 1868, en la barbería, “repleta de parroquianos, comentábase el triunfo de la Revolución”, entablándose una discusión entre los presentes, que obligó al alguacil a intervenir¹¹¹⁷.

¹¹¹⁴ *Revista Popular*, 15-5-1891.

¹¹¹⁵ *Revista Popular*, 15-11-1891.

¹¹¹⁶ *BOPG*, 29-6-1860.

¹¹¹⁷ CORDAVIAS, Luis: *Vida de Sor Patrocinio...* (op. cit.), p. 111.

La forma de ocio más ampliamente practicada por los habitantes de la ciudad siguió siendo, sin embargo, el paseo. En la ciudad se habían formado desde el inicio de la Edad Moderna, y probablemente antes, varias zonas de encuentro y esparcimiento situadas extramuros, como las Cruces, en la que proliferaron las huertas y los tejares, y la Fuente de la Alaminilla, próxima al convento de San Bernardo y el arrabal del Alamín¹¹¹⁸. El arbolado de las plazas emblemáticas y la creación del parque de la Concordia, en 1854, partieron de un afán por dirigir los paseos hacia el interior de la ciudad y delimitarlos, para así controlar estos lugares de reunión, abiertos y próximos a los arrabales, que eran los lugares preferentes de la sociabilidad popular. Las frecuentes denuncias de hurtos en las huertas por los guardas del campo y el cierre de callejuelas próximas a las Cruces sugieren que ambos espacios se identificaban con prácticas transgresoras y delictivas que la buena sociedad arriacense no estaba dispuesta a tolerar. En el caso de la Alaminilla, el Ayuntamiento logró en parte su propósito, pues el que “en otros tiempos fue un sitio amenísimo” fue abandonándose, y en torno a 1890, “la tristeza, la soledad, dominan generalmente en aquellos sitios”¹¹¹⁹. No ocurrió lo mismo con el paseo de las Cruces, que siguió siendo el paseo más concurrido, lo que llevó al Ayuntamiento a emprender la primera urbanización más o menos planificada de la ciudad, en 1885¹¹²⁰.

6.5. Del ocio de la elite al ocio de la multitud

La sociabilidad restringida a espacios cerrados o la clásica sociabilidad que utilizaba como escenarios los paseos y merenderos, que encarnaba el modelo ecológico propio de la comunidad, hubo de competir con nuevas prácticas recreativas, propias de una sociedad de masas en formación. La nueva sociabilidad encontró en el ocio y la actividad recreativa uno de sus cauces más ricos. El juego, como advirtió Johan Huizinga, es anterior a la cultura. Pero el ocio de masas e interclasista es un rasgo distintivo de la modernidad¹¹²¹. Algunas de las prácticas recreativas más difundidas, de hecho, no eran nuevas, sino heredadas del Antiguo Régimen, como los cafés, las tabernas o los toros. A ellas se sumaron prácticas y espectáculos importados, como el deporte y el cinematógrafo. Hasta la difusión de la práctica y los espectáculos deportivos y cinematográficos, en los decenios finales del siglo XIX, el teatro y los toros fueron los espectáculos masivos por antonomasia. La amplia difusión de todos ellos revelaba la estandarización de nuevas pautas lúdicas y la mercantilización del ocio, y su organización dio lugar a nuevas formas de sociabilidad asociativas de gran fuerza articuladora e identitaria¹¹²².

¹¹¹⁸ LAYNA SERRANO, Francisco: *Historia de Guadalajara...* (op. cit.).

¹¹¹⁹ DIGES ANTÓN, Juan: *Guía...* (op. cit.), pp. 146-147.

¹¹²⁰ SOLANO, Javier: *Guadalajara...* (op. cit.), p.

¹¹²¹ HUZINGA, Johan: *Homo ludens...* (op. cit.).

¹¹²² URÍA, Jorge:

La corrida de toros, espectáculo enraizado en la cultura plebeya del Antiguo Régimen, era la actividad recreativa por antonomasia entre las clases populares¹¹²³. La fiesta fue cultivada por la Monarquía en sus celebraciones ceremoniales¹¹²⁴, y contaba con un gran arraigo en la ciudad, ya que formaban parte del programa del Corpus y Santa Mónica¹¹²⁵. Normalmente se empleaba para su celebración la plazuela de Santa María, hasta que en 1862 fue construida una nueva plaza en el paseo de las Cruces, en un lugar alejado del centro de la ciudad, seguramente con el objetivo de evitar situaciones como el motín que se había producido en el contexto de una corrida de toros, en septiembre de 1857. La nueva plaza de toros, sin embargo, respondía a un ejercicio de mercantilización del ocio y al impulso de una forma de asociacionismo que conjugaba la afición a la tauromaquia con la identificación de ésta con la nación. El coso fue construido por iniciativa de una sociedad de aficionados, *La Constante*, cuyos miembros distaban de ser una representación fiel de las clases populares. Tampoco eran burgueses, sino más bien representantes de la aristocracia obrera, maestros artesanos y comerciantes, más algunos empleados y profesionales liberales. Entre ellos destacaban particularmente dos tablajeros, que a la sazón pertenecían a familias de ganaderos, dos barberos, dos carpinteros y dos labradores.

La dispar composición de la sociedad, formada por representantes del segmento inferior de la burguesía –un aparejador, un médico, un agente de negocios, varios comerciantes modestos– y de los oficios artesanales, que se hallaban en pleno proceso de descomposición, sugiere que la resignificación de la fiesta taurina tenía un poso de autoafirmación mesocrática, aunque se empleara para ello un producto de la cultura plebeya, lo que nos sitúa ante un claro ejemplo de “invención de la tradición”¹¹²⁶. Así, la sociedad justificó la construcción de la plaza por la necesidad de conservar “nuestra España muchas de sus antiguas costumbres en las que se señalan los ánimos inquietos y bulliciosos de sus habitantes y en donde por su crianza y educación se luce su ligereza y extraordinaria (*sic*) soltura de cuerpos, como igualmente su arrojo y bravura (*sic*)”. Los autores de la propuesta señalaban que la nueva plaza debía tener “una situación especial, y esta la han de determinar uno de los confines de la población, franco, despejado, sin incidentes notables en el terreno”, seguramente porque estaba muy presente en la memoria de las autoridades locales que las corridas eran escenario de frecuentes motines y también porque el lugar elegido, el paseo de las Cruces, era el paseo preferido por las clases populares. La apropiación burguesa de la fiesta se produjo después, aunque el espectáculo taurino no perdió del todo su componente popular, lo que lo convertía en una forma de ocio interclasista.

¹¹²³ SHUBERT, Adrian: “En la vanguardia del ocio mercantilizado de masas: la corrida de toros en España, siglos XVIII y XIX”, *Historia Social*, 2001, 41, pp. 113-127.

¹¹²⁴ RINGROSE, David R.: “Madrid, capital imperial (1561-1833)”, en JULIÁ, Santos, RINGROSE, David R. y SEGURA, Cristina: *Madrid, historia de una capital*. Madrid, Alianza, 2008.

¹¹²⁵ LAYNA SERRANO, Francisco: *Historia de Guadalajara...* (*op. cit.*).

¹¹²⁶ HOBSBAWM, Eric J.: “La fabricación en serie...” (*art. cit.*), pp. 273-318.

Más restringido era el teatro, principal vehículo de los valores de la burguesía desde la Ilustración¹¹²⁷. El coliseo de Guadalajara fue construido por iniciativa del Ayuntamiento en 1842. Se ubicó en la suprimida parroquia de San Nicolás, que fue transformada para la ocasión. Desde sus inicios, el local fue arrendado a diversas compañías teatrales, que representaban generalmente comedias dirigidas a un público esencialmente burgués. Poco a poco, el público teatral de la ciudad fue ampliándose por su base a un segmento cada vez más amplio, y se formaron numerosas sociedades dramáticas, cuyos miembros representaban sus propias composiciones en pequeños teatros domésticos¹¹²⁸, como el Salón García. Las sociedades dramáticas no eran interclasistas, lo que refleja su papel autoafirmativo, en el caso de la burguesía, y su carácter emulativo en el de las clases medias populares. Entre las primeras destacaba el *Liceo Artístico*, en la que figuraban el decano del colegio de abogados, Antonio Molero Asenjo, y el periodista Alfonso Martín¹¹²⁹. La *Juventud Alcarreña*, por su parte, congregaba a actores aficionados adolescentes, procedentes de las clases populares, como Ángel Martínez, Andrea Román y Presentación Camarillo, hijas de jornaleros, y Patricio Senén, que lo era de un zapatero¹¹³⁰. Una muestra de la vitalidad que tenía el teatro a finales del siglo XIX es el hecho de que entre septiembre y diciembre de 1894 se crearon tres sociedades dramáticas, *La Nueva Amistad*¹¹³¹, *Moratín*, fundada por los redactores de la revista *Flores y Abejas*¹¹³², *La Estudiantil*¹¹³³, *La Comercial*¹¹³⁴, *El Paraíso*¹¹³⁵ y una compañía de zarzuela cómica, que debutó en el Teatro Principal¹¹³⁶. Estas compañías de aficionados solían representar sus obras en los salones particulares. *Clarín* nos describe el ambiente de uno de ellos, en casa del alcalde de la ciudad:

El salón del alcalde estaba lleno de lo mejor de Guadalajara. Ya había empezado la función. Las damas, sentadas en cuadro, cerca de las paredes, dejaban libre grande espacio en el medio. Los hombres se amontonaban en las puertas y en los huecos de los balcones; otros procuraban ver y oír desde los gabinetes contiguos. Había silencio como en un templo¹¹³⁷.

Desde finales de 1897, las compañías dramáticas compartieron el espacio del Teatro con el cinematógrafo, llevado a la ciudad por el matrimonio Baylad¹¹³⁸. La pareja

¹¹²⁷ FREIRE, Ana María: *El teatro español entre la Ilustración y el Romanticismo: Madrid durante la Guerra de la Independencia*. Madrid, Iberoamericana, 2009; SERRANO, Rafael: *El fin del antiguo régimen, 1808-1868: cultura y vida cotidiana*. Madrid, Síntesis, 2001; GIES, David T.: *The theatre in nineteenth-century Spain*. Cambridge, Cambridge University Press, 1994.

¹¹²⁸ FREIRE, Ana María: *Literatura y sociedad: los teatros en casas particulares en el siglo XIX*. Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1996.

¹¹²⁹ *Revista Popular*, 15-11-1891.

¹¹³⁰ *Revista Popular*, 15-6-1891.

¹¹³¹ *Flores y Abejas*, 8-9-1894.

¹¹³² *Flores y Abejas*, 4-11-1894.

¹¹³³ *Flores y Abejas*, 25-11-1894.

¹¹³⁴ *Flores y Abejas*, 2-12-1894.

¹¹³⁵ *Flores y Abejas*, 30-12-1894.

¹¹³⁶ *Flores y Abejas*, 8-12-1894.

¹¹³⁷ CLARÍN: *Superchería...* (*op. cit.*), p. 207.

¹¹³⁸ *Flores y Abejas*, 14-11-1897.

organizaba veladas compuestas por exhibiciones de películas, que se acompañaban de un número de adivinación, ejecutado por *Mademoiselle* Baylad. El invento de los hermanos Lumière causó una gran expectación, y llenó el teatro durante días¹¹³⁹. Pero la recurrencia de las películas obligó a la empresa a combinar las exhibiciones de imágenes en movimiento con funciones teatrales¹¹⁴⁰. En octubre de 1898, una empresa instaló un cinematógrafo durante las ferias locales. Para ello, eligió unos barracones, que ubicó junto al Teatro municipal, en la plazuela del Jardinillo. Las exhibiciones contaron con una masiva afluencia de público, que pudo asistir, al precio de un real, a la proyección de una batalla de nieve, la llegada del tren a San Sebastián o una corrida completa de toros del torero del momento, Luis Mazzantini¹¹⁴¹. Al cabo de varios días de exhibiciones, los trabajadores que habían construido los barracones, decidieron demolerlos, como forma de protestar contra la empresa del cinematógrafo, con la que mantenían algunas diferencias, lo que sugiere que el invento no gozaba de la simpatía general del público¹¹⁴². A pesar de ello, el cinematógrafo fue incorporado desde entonces al programa de las ferias locales cada año, como las exhibiciones de globos y las procesiones religiosas.

Figura 6.11. La recepción del cinematógrafo en Guadalajara (1897-1899)



Fuente: *Flores y Abejas* (22-10-1899).

¹¹³⁹ *Flores y Abejas*, 2-11-1897.

¹¹⁴⁰ *Flores y Abejas*, 17-4-1898.

¹¹⁴¹ *Flores y Abejas*, 23-10-1898 y 30-10-1898.

¹¹⁴² *Flores y Abejas*, 30-10-1898.

Pronto, sin embargo, las exhibiciones empezaron a incluir imágenes con contenidos comedidamente eróticos, probablemente en la línea de los *deshabillés* femeninos, de Eugène Pirou¹¹⁴³, demasiado audaces para los parámetros morales de la cultura burguesa de finales del ochocientos. Tal vez por ello, para la feria de 1900, la comisión de festejos del Ayuntamiento decidió expulsar el cinematógrafo de la plazuela del Jardinillo, obligando a la empresa a instalarlo en Santo Domingo, a las afueras de la ciudad, junto con las “barracas de fenómenos, figuras de cera y demás espectáculos análogos”, en una clara referencia a las exhibiciones características de las modernas ferias¹¹⁴⁴. En la Plaza Mayor, por su parte, se decidió instalar un cinematógrafo, que proyectaba cuadros de contenido banal, más acordes con la moral hegemónica, como *La eterna cuestión del agua*, *Los municipales se van al Pardo*, *Muerte de La Peña en los amorosos brazos de Mexía*, *El calvario de un casero* y *El mercado de Guadalajara*,¹¹⁴⁵ un remedo local de la conocida película coetánea de Eduardo Gimeno, *Salida de misa de doce del Pilar de Zaragoza*¹¹⁴⁶.

El deporte irrumpió como práctica de ocio y espectáculo colectivo a finales de la centuria¹¹⁴⁷. En 1883, el catedrático de Matemáticas del Instituto, Hilarión Guerra Preciado creó una de las primeras cátedras de Gimnasia Higiénica del país, convirtiéndose en uno de los pioneros de la educación física en España¹¹⁴⁸. La práctica deportiva encontró numerosos adeptos en la ciudad. En 1895, un periódico local informaba de que “de tal modo se ha desarrollado en Guadalajara la afición al velocipedismo que (...) en breve se efectuarán varias excursiones a las que concurrirán gran número de sportsmens (*sic*) arriacenses”¹¹⁴⁹. Ese mismo año, el Ayuntamiento incluyó las carreras de velocípedos en el programa de las fiestas de octubre, aunque el deporte ciclista encontró algunas resistencias, como se desprende de una carta al director: “sin ser gran partidario, no soy ni mucho menos detractor del velocípedo, y que resulta beneficiario considerarlo beneficioso en muchos casos, usado con moderación y perjudicial en algunos por el abuso”¹¹⁵⁰. Se formaron incluso asociaciones que combinaban la afición deportiva con la taurina, como la Sociedad Taurómaco-ciclista, cuya composición era esencialmente popular. La Sociedad se presentó al público con una carrera de bicicletas, seguida de una becerrada, en la que participaron varios toreros locales¹¹⁵¹.

¹¹⁴³ LETAMENDI, Jon y SEGUIN, Jean-Claude: “La llegada del cinematógrafo a España (1896-1897): metodología y esbozo”, *Secuencias: revista de historia del cine*, 28 (2008), pp. 13-26.

¹¹⁴⁴ Flores y Abejas, 12-8-1900.

¹¹⁴⁵ Flores y Abejas, 19-8-1900.

¹¹⁴⁶ PÉREZ PERUCHA, Julio: “Narración de un aciago destino (1896-1930), en GUBERN, Román (coord.): *Historia del cine español*. Madrid, Cátedra, 2009, pp. 9-122.

¹¹⁴⁷ PUJADAS, Xavier y SANTACANA, Carles: “El club deportivo como marco de sociabilidad en España. una visión histórica”, *Hispania*, 2003, 62 (214), pp. 505-522.

¹¹⁴⁸ BOPG, 6-5-1884.

¹¹⁴⁹ Flores y Abejas, 5-5-1895.

¹¹⁵⁰ Flores y Abejas, 6-10-1895.

¹¹⁵¹ Flores y Abejas, 8-9-1895.

No sé cómo hay quien todavía se lamenta y dice que no hay distracciones en esta capital (...). La empresa de nuestro coliseo, no perdonando gasto ni sacrificio alguno, presenta al público la notable compañía de zarzuela seria que con tanto acierto dirige el Sr. Bauzá (...). De la corrida de toros no hay para qué hablar, pues seguramente será de las mejores que se hayan verificado en la plaza de esta capital (...). Orfeón, globos, carreras de bicicletas, bailes públicos, en fin, ¡la mar!¹¹⁵².

Cuando el redactor de *Flores y Abejas* escribió estas líneas, en 1896, las viejas tradiciones de origen medieval eran un recuerdo del pasado. Las autoridades locales traían a la ciudad los adelantos de la vida moderna, y ello revelaba que Guadalajara había emprendido con paso firme el camino hacia la modernidad. Sus habitantes se deleitaban ante los globos, las corridas de toros y las carreras de bicicletas, y aun así consideraban que la ciudad era aburrida y monótona, como cuando Richard Ford la visitó medio siglo antes. La ciudad estaba dominada por una tediosa rutina, cuya principal manifestación era el silencio de sus calles, como advirtieron los viajeros que visitaron la ciudad a finales del siglo XIX. El espacio público había sido objeto de apropiación, signo de una sociabilidad domesticada, estabulada y ordenada que, sin embargo, no discurría por los cauces que las autoridades locales y la elite pretendían, porque a pesar de estar circunscrita a espacios cerrados, propició el despliegue de nuevas prácticas. Las autoridades locales de la recién instaurada Restauración abrazaban así una modernidad domesticada, limitada y tolerable, en la que la libertad quedaba supeditada a la responsabilidad de los individuos y al respeto del espacio público diseñado y creado a imagen y semejanza de la emergente burguesía propietaria y burocrática. Era un tiempo nuevo, en el que se levantaron nuevas fronteras y se trató de corregir el rumbo del siglo, mediante la reordenación de la ciudad moral.

¹¹⁵² *Flores y Abejas*, 4-10-1896.

CAPÍTULO 7. LA LIBERTAD SIMULADA: CIUDAD REBELDE, CIUDAD DEFERENTE

Terció también la vieja en la conversación y como para ella, vendedora de verduras, la política era principalmente cuestión entre verduleras y guardias municipales, habló de un motín en el que las amables damas del mercado de la Cebada dispararon sus hortalizas a la cabeza de unos cuantos guindillas, defensores del contratista del mercado. Las verduleras querían asociarse, y después poner ley y fijar los precios; y eso a ella no le parecía bien.

Pío Baroja. *La Busca*¹¹⁵³.

El constante conocimiento y relación con el cuerpo electoral me ha llevado a la convicción de que su voluntad no es algo ilusorio; cuando resueltamente quiere, se impone a las coacciones del Gobierno. Contra la voluntad de este, se logra el acta, si los electores están bien dirigidos.

Conde de Romanones. *Notas de una vida*¹¹⁵⁴.

7.1. Una orquesta de cuernos, caracolas y cencerros

El candidato entró en la ciudad al caer la tarde, a lomos de un caballo blanco. El insigne patricio llevaba por comitiva un lacayo, ataviado con una librea galoneada de oro, que también montaba un corcel. La escena no pasó desapercibida en aquella ciudad indiscreta, y en pocas horas, una orquesta de cuernos, caracolas y cencerros saludó al prócer frente a la casa en que se alojaba. Andrés Borrego, periodista malagueño, fundador de *El Correo Nacional* y diputado en la última legislatura, se había desplazado hasta la capital provincial para darse a conocer ante sus potenciales electores, sin más ambición que representar al distrito en la sede de la soberanía, ni otro bagaje que los títulos de propiedad adquiridos en las subastas de bienes nacionales, que le otorgaban la condición de propietario en varios pueblos de la provincia. No debía de tenerlas todas consigo, pues se había rodeado de otros candidatos arraigados a la tierra. Pero, al llegar a la capital provincial, el cunero se topó con la furia de la comunidad, representada por un puñado de revoltosos, que expresó su malestar ante la afrenta que su elección representaba¹¹⁵⁵.

¹¹⁵³ BAROJA, Pío: *La busca*. Madrid, Caro Raggio, 1997, p. 61.

¹¹⁵⁴ ROMANONES, Conde de: *Notas de una vida (1868-1901)*. Madrid, Aguilar, 1934, p. 55.

¹¹⁵⁵ La noticia de la protesta fue publicada por *El Constitucional*, 1-7-1839, y recogida por *El Eco del Comercio*, 5-7-1839.

Las elecciones pusieron a prueba las posibilidades de Borrego y otros candidatos que también invirtieron grandes sumas de capital en la adquisición de bienes nacionales. En esa ocasión, concurrieron a los comicios tres candidaturas: una adicta, encabezada por José Muñoz Maldonado, conde de Fabraquer, que representaba a la provincia desde la elección anterior; otra de oposición, liderada por Ambrosio Tomás Lillo, ex diputado de las Cortes Constituyentes formadas en octubre de 1836; y una tercera, independiente, encabezada por Borrego y Santos López Pelegrín, que pertenecía a una familia progresista de hondo arraigo en el Señorío de Molina. Fabraquer, que todavía no gozaba del ascendiente que logró más tarde en el partido de Sigüenza, contaba con el apoyo del Gobierno, lo que, unido a la presencia en la candidatura del general José Santos de la Hera, le permitió asegurar que el Gobierno destinaría tropas militares para preservar de las facciones carlistas “a la desatendida y abandonada Alcarria”. Pero ni esta circunstancia, ni la alianza de última hora con la candidatura de Borrego, ni el apoyo de los jueces de Atienza y Pastrana, que recurrieron a la coacción y enviaron cartas a los electores de sus distritos pidiendo el voto para los conservadores, fueron suficientes para que la candidatura adicta lograra la reelección.

El mismo periódico madrileño que desvelaba los manejos de algunos jueces a favor de Fabraquer y sus acólitos, fundado por Borrego, denunciaba que los progresistas recibieron el apoyo de la Diputación Provincial y de los comisionados y empleados de amortización, más algunos de Correos, pues

todos los pueblos han sabido muy desde luego que el despacho de sus espedientes (*sic*) y negocios (...) dependería en gran parte de su docilidad en seguir las inspiraciones de las oficinas de la diputación. En estas, cada pueblo tiene a un oficial o empleado que más inmediatamente se cuida de los negocios relativos a cada localidad, y estos empleados hicieron muy pronto entender a los alcaldes y justicias que la diputación o sus individuos estaban interesados en el negocio de las elecciones. Añádese á esto algunas denuncias de Montes y otros espedientes (*sic*) generales de varios pueblos oportunamente movidos para despertar la atención de estos y ofrecerles amparo o severidad, según se condujesen en la lucha electoral, y se verá que en esta provincia no han combatido y combaten solo las opiniones¹¹⁵⁶.

El hecho de que en la candidatura progresista figuraran dos de los principales beneficiarios de la venta de bienes nacionales en la provincia, José Lucas García y Ambrosio Tomás Lillo, avalaba la acusación deslizada por el periódico, de que el triunfo electoral progresista se apoyó en las solidaridades, intereses comunes y servidumbres creados por el proceso desamortizador. El primero fue uno de los principales rematantes del partido de Atienza, donde adquirió fincas por valor de 198.346 reales. Lillo, por su parte, gastó 88.796 reales, la mayor parte de ellos como comprador interpuesto y estaba

¹¹⁵⁶ *El Correo Nacional*, 29-7-1839.

plenamente integrado en la administración de Hacienda, donde había sido secretario de la Comisión de Revisión de Agravios y la Junta de Armamento y Defensa¹¹⁵⁷.

Según afirmaba el corresponsal, uno de los factores decisivos en el triunfo de la candidatura de oposición fue su control sobre la mesa electoral de la capital provincial, presidida por un comisionado de Amortización y uno de los mayores compradores de bienes de la provincia, que, a la sazón, era alcalde de Guadalajara, Manuel José Aguilera, y en la que figuraba como escrutador el contador de rentas provinciales –y comprador, real o interpuesto, de 140.000 reales en bienes desamortizados–, Roberto Munaiz. Si bien las pruebas que alegaba el periódico de la relación entre la desamortización y las elecciones eran circunstanciales, no había duda de que el proceso generó un considerable volumen de agravios y conflictos entre los vecinos de los pueblos, que trabajaban las tierras vinculadas como censatarios o arrendatarios, y sus nuevos poseedores, cuya resolución correspondía a las diputaciones provinciales. Ello generó una baza a favor de esta para conminar a los pueblos en las elecciones, circunstancia aprovechada por un funcionario de Hacienda para coaccionar a los electores del pueblo de Chiloeches, reconrdándoles “que tenían un asunto pendiente en su oficina, que mirasen como votaban, porque de hacerlo a favor de la candidatura progresista dependería el que quedasen contentos en su pretensión”¹¹⁵⁸.

El periódico obliteró, sin embargo, que su fundador, un candidato cunero sin otra relación con la circunscripción que la que le proporcionaba su condición de propietario de bienes desamortizados, era la representación paradigmática del uso del entramado relacional creado por la venta de bienes nacionales para la obtención de la representación política. El periódico, eso sí, se cuidó mucho de asegurar que aquella orquesta fue “un simulacro de cencerrada” improvisada por un agitador “conocido por su espíritu díscolo”¹¹⁵⁹. El jefe político, Pedro Gómez de la Serna, todavía fue más allá, al afirmar que aquella cencerrada nunca se produjo¹¹⁶⁰. La protesta y el rechazo que suscitó el candidato, empero, debieron de ser suficientemente relevantes como para que el periódico se excusara por la condición de cunero del candidato, que, según afirmaba, “no adolece del defecto de carecer de motivo fundado en que apoyarse; pues es propietario territorial en varios pueblos de la provincia”¹¹⁶¹. Sea como fuere, parece que la opinión pública estaba al tanto de la estrategia de Borrego, pues, como señalaba el corresponsal del *Eco del Comercio* con ironía, “lo que yo creo más bien es, que habrá venido a correr y visitar sus estados, esto es, las haciendas que ha comprado de los bienes nacionales en esta referida provincia”¹¹⁶².

¹¹⁵⁷ Tras abandonar el escaño, Lillo actuó como comisionado principal de Rentas y Arbitrios de Amortización. LÓPEZ PUERTA, Luis: *La desamortización eclesiástica...* (op. cit.).

¹¹⁵⁸ *El Correo Nacional*, 29-7-1839.

¹¹⁵⁹ *El Correo Nacional*, 29-7-1839.

¹¹⁶⁰ *El Correo Nacional*, 23-8-1839.

¹¹⁶¹ *El Correo Nacional*, 29-7-1839.

¹¹⁶² *Eco del Comercio*, 5-7-1839.

La elección estuvo cargada de irregularidades, y la junta de escrutinio general anuló las actas de varios pueblos, correspondientes a 1.100 votos de los 2.600 emitidos. En Campillo de Dueñas, en el Señorío de Molina, el cuerpo electoral pasó de un elector a 42 en solo un año, inscritos por tener yunta propia, cuando no había más que seis cabezas de ganado. En varios pueblos del partido, la Diputación solicitó informes a los Ayuntamientos y pidió que “se intimase” a los electores para que reivindicaran su derecho a ser electores. En Jadraque y Pastrana, la junta de escrutinio general anuló los resultados porque las mesas no se constituyeron con regularidad y las actas no iban firmadas. En Brihuega, Valdearenas y Loranca, en fin, las actas fueron anuladas porque las papeletas se rellenaron fuera de los locales destinados al efecto¹¹⁶³. Los resultados electorales fueron protestados ante el jefe político por varios electores, que vieron cómo se imprimían papeletas fuera de los locales destinados al efecto, y las elecciones fueron anuladas en varios pueblos. La comisión de actas de las Cortes estudió el asunto, que se debatió en la sesión de 29 de septiembre. El diputado Benavides restó importancia a los testimonios de fraude, pero, al propio tiempo, cuestionó la legitimidad de los diputados por la provincia, pues el número de votos obtenido por los candidatos, entre 800 y 900 representaban un tercio de los electores, “y si la tercera parte de estos es la voluntad de la provincia, ¿se podrán admitir como Diputados cuando ninguno de ellos tiene mayoría absoluta?”¹¹⁶⁴.

Más allá de las irregularidades habituales en el proceso electoral, aquella elección de 1839 puso de manifiesto el estrecho vínculo que existía entre la política electoral y la contenciosa¹¹⁶⁵. No podemos saber si los revoltosos eran plebeyos o si, como señalaba *El Correo Nacional*, se movían espoleados por un agitador, pero el episodio revela que todavía entonces estaban en vigor diferentes lenguajes y prácticas de acción colectiva, a las que los actores recurrían para asegurar su eficacia, independientemente de cuáles fueran los objetivos¹¹⁶⁶. A juzgar por los resultados de la elección, los cuernos, las caracolas y los cencerros que, ese verano, se oyeron con más fuerza de lo habitual en todos los rincones de la ciudad, lograron desacreditar al candidato frente a sus oponentes, que, si también se sirvieron de la red electoral que habían tejido durante el proceso desamortizador, disfrutaban, además, de un argumento incontestable: la legitimidad que les otorgaba el nacimiento.

El recurso a la cencerrada, expresión propia de la protesta consuetudinaria, revela hasta qué punto el viejo lenguaje codificado y ritualizado de la comunidad conservaba su vigencia, aunque en este caso, el lenguaje empleado para protestar contra las desviaciones de la moral sexual¹¹⁶⁷ se había adaptado a la crítica contra las aspiraciones de un candidato que pretendía fundar su autoridad en el derecho emanado de la propiedad privada y no en la naturaleza o en la negociación –aunque fuera coactiva–, a las que recurrieron las

¹¹⁶³ DSC, 29-9-1839.

¹¹⁶⁴ DSC, 28-9-1839.

¹¹⁶⁵ VERNON, James: *Politics and the People...* (op. cit.); MC ADAM, Doug, TARROW, Sidney y TILLY, Charles: *Dinámica de la contienda política*. Barcelona, Hacer, 2005

¹¹⁶⁶ TARROW, Sidney: *El poder en movimiento...* (op. cit.).

¹¹⁶⁷ THOMPSON, E. P.: *Costumbres en común* (op. cit.).

candidaturas progresista y adicta. Aquella fue probablemente una de las primeras ocasiones en que la política contenciosa trató de influir en la política electoral. Pero no fue la última, ni debió de ser infrecuente en la ciudad. Las referencias a las encerradas políticas eran habituales en la prensa, aunque los redactores solían adoptar casi siempre un lenguaje velado. En octubre de 1897, por ejemplo, un periódico local se hizo eco de la encerrada que, durante dos semanas, un grupo de manifestantes dedicó al alcalde conservador de la ciudad, Manuel María Valles, que, al parecer, intentaba gestionar con el gobernador civil la continuidad en su puesto, tras el cambio de gobierno¹¹⁶⁸. Este tipo de conductas refleja la legitimidad que todavía se otorgaba, a finales del siglo XIX, a las formas de protesta de la comunidad, que un sector de la historiografía ha tendido a considerar la expresión de la identidad prepolítica de una población desmovilizada¹¹⁶⁹.

La eclosión de estudios que, en los últimos años, se han interesado por la movilización campesina y jornalera en nuestro país, deudores de la tradición emprendida por E. P. Thompson y de algunos trabajos ya clásicos desarrollados en el campo de la Sociología histórica, ha demostrado no solo que la protesta en la segunda mitad del siglo XIX y el primer tercio del XX revestía una complejidad mucho mayor que la atribuida por los partidarios del carácter espasmódico de los motines, sino también que la movilización fuera de las organizaciones políticas formales fue muy intensa, desbordando, en ocasiones, la capacidad de articulación política de partidos y sindicatos obreros. Hoy parece haber un cierto consenso a la hora de caracterizar los motines como una forma de “acción popular directa, disciplinada y con claros objetivos”¹¹⁷⁰, en la que el uso de lenguajes y repertorios de acción colectiva enraizados en la costumbre resultaba de un cálculo estratégico dirigido a legitimar la protesta y asegurar su eficacia, que empleaba indistintamente los lenguajes propios del Antiguo Régimen con los repertorios de acción colectiva modular –definida por su polivalencia, su carácter simbólico universal y su capacidad para movilizar a sujetos con objetivos diferentes–, tales como huelgas, mítines y manifestaciones¹¹⁷¹.

Sin embargo, todavía no queda clara la relación entre la protesta y la participación en las elecciones¹¹⁷². Lo ocurrido en Guadalajara en el verano de 1839 prueba que, en

¹¹⁶⁸ Flores y Abejas, 3-10-1897.

¹¹⁶⁹ Desde el ámbito historiográfico marxista, el carácter prepolítico de la “turba urbana” se asienta sobre el clásico trabajo de HOBBSAWM, Eric J.: *Rebeldes primitivos. Estudios sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Barcelona, Crítica, 2014. Sobre las visiones liberales de la movilización popular, véase un detallado balance en VERNON, James: *Politics and the People: a study in English Political Culture, c. 1815-1867*. Cambridge University Press, 2009 [1993].

¹¹⁷⁰ THOMPSON, E. P.: “La economía «moral» de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII”, en *Costumbres en común (op. cit.)*, pp. 213-216.

¹¹⁷¹ TARROW, Sidney: *El poder...* (op. cit.), p. 83; HERNÁNDEZ QUERO, Carlos y PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “Suburbios rebeldes. Fragmentación y desborde social en la huelga de 1917 en Madrid”, *Historia Social*, 94, pp. 47-69; Mc ADAM, Doug, TARROW, Sidney y TILLY, Charles: *Dinámica de la contienda política*. Barcelona, Hacer, 2005; BASCUÑÁN AÑOVER, Óscar: *Protesta y supervivencia: movilización y desorden en una sociedad rural: Castilla-La Mancha, 1875- 1923*. Valencia, Centro Francisco Tomás y Valiente, 2008.

¹¹⁷² VERNON, James: *Politics and the People...* (op. cit.).

ocasiones, la protesta trataba de influir en la política electoral, lo que, en un sistema basado en un sufragio sumamente restringido era inevitable. Las cencerradas políticas de finales de la centuria, por su parte, prueban que los actores no se comportaban como una masa neutra de jornaleros analfabetos y apáticos, fácilmente subordinados y disciplinados por una elite de eclesiásticos, labradores y burócratas mediante un amplio catálogo de prácticas caciquiles y clientelares que limitó la participación política popular al ritual de un sufragio acordado y falseado y a la puntual agitación espasmódica e irracional en motines desencadenados por el alza de las subsistencias.

7.2. El aprendizaje de la nueva política

Aunque las elecciones de 1839 evidenciaron que existían en la ciudad actores políticos capaces de desafiar al Gobierno, en las décadas siguientes, Guadalajara se ganó una acrisolada fama de distrito ministerial. El conde de Romanones, al evocar su segundo triunfo electoral, en 1891, advirtió que, antes de su llegada, su feudo “no tenía el hábito de la lucha”¹¹⁷³. En efecto, el distrito de la capital había contribuido muchas veces a apuntalar la mayoría del Gobierno, como cuando envió al padre de Romanones, el marqués de Villamejor, en las primeras elecciones celebradas en la Restauración. Sin embargo, muchos de los diputados que lo representaron tuvieron que descender al barro para ganarse el acta. Antes de que el conde de Romanones se convirtiera en diputado casi vitalicio, Guadalajara había sido el predio electoral de José Muñoz Maldonado, conde de Fabraquer, vizconde de San Javier, fundador de *El Museo de las familias* y miembro del círculo de la ex Regente y su esposo, el duque de Riansares. Fabraquer había sido diputado por la circunscripción de Guadalajara en la legislatura de 1837 y, dividida aquella en distritos, representó al de la capital en 1840 y 1844. Entre 1846 y 1853 obtuvo el acta por Sigüenza, colocando en la capital a su hermano, Francisco, que fue diputado entre 1846 y 1851¹¹⁷⁴.

En ocasiones, el distrito no solo fue botín del Gobierno, sino hasta de la propia Corona. En 1846, los electores de Guadalajara enviaron a las Cortes a un candidato impuesto por Palacio, Jesús Muñoz Sánchez, hermano del duque de Riansares y cuñado de la ex Regente. Según señalaba *El Espectador*, sus “íntimas conexiones con palacio” fueron utilizadas como reclamo de los votantes por los empleados de la jefatura política. En el distrito de Pastrana, donde los progresistas tenían un feudo seguro, el propio jefe político reunió a varios electores “para hablarles de ciertas gracias y concesiones”, logrando únicamente el compromiso del estafetero de Sacedón, que aseguró que votaría por quien el jefe dispusiera. Despechado por la escasa acogida, Navascués espetó a sus interlocutores que “para uno, no quiero ninguno”, aunque, advertidos por el estafetero de las represalias, terminaron comprometiendo su apoyo a Muñoz. Por si ello no fuera

¹¹⁷³ ROMANONES, Conde de: *Notas...* (op. cit.), p. 67.

¹¹⁷⁴ CALERO DELSO, Juan Pablo: *Elite y clase...* (op. cit.).

suficiente, Navascués logró remover hasta el vecino partido de Priego, en Cuenca, al juez de Pastrana, que trabajaba por la candidatura de Alfonso Peralta, y reorganizó las secciones electorales para controlar el proceso desde los pueblos en los que contaba con acólitos¹¹⁷⁵. El jefe Navascués no solo recurrió a las artes descritas, sino que se sirvió de la influencia de algunos progresistas de prestigio, como Luciano Lanza, para aupar al candidato de la Corona. Celebrada la elección con la victoria de Muñoz, *El Heraldo* se ufanó de la “legalidad” y la “tolerancia” reinantes en la circunscripción de Guadalajara, a lo que el corresponsal de *El Espectador* contestó desvelando los recursos empleados para conseguir la elección:

¿es legalidad el que los alcaldes de los pueblos a la cabeza de los electores, les condujeran como ovejas a las urnas, obligándoles a que un celador de policía les escribiera la papeleta? ¿Es legalidad el que a la puerta del lugar destinado a la elección hiciera el comisario confesarse con él a todos los electores tímidos? ¿Es legalidad haberlos revistado el día antes casa por casa imponiéndoles la candidatura del gobierno? Sí, esta es la legalidad de los hombres que hoy dominan. Y en punto a tolerancia, ¿puede calificarse de tal el destierro a la corte de uno de los empleados en la jefatura de Guadalajara, porque trabajaba por la candidatura del conde de la Vega del Pozo? ¿Es tolerancia haber amenazado a varios empleados en Hacienda con la pérdida de sus destinos si trabajaban por la candidatura progresista? Pues esta es la tolerancia de que se ha disfrutado en el distrito de Guadalajara¹¹⁷⁶.

Pese a la fidelidad del distrito a los designios del gobierno, Fabraquer tuvo que vencer una resistencia muy enconada en algunas ocasiones. Las elecciones de 1844 son un buen ejemplo. En esa ocasión, la intervención del jefe político, Rafael de Navascués mostró la escasa utilidad que la vigilancia podía tener para garantizar la victoria a los candidatos adictos. El celoso funcionario no solo detuvo a aquel botillero y agente de quintas que custodiaba papeletas de la candidatura moderada independiente encabezaba el Conde de la Vega del Pozo, sino que violentó los domicilios de los electores, ataviado con su bastón y acompañado por el jefe de policía e impuso multas por doquier, como la que tuvo que pagar el escribano Romualdo Fernández¹¹⁷⁷.

Los ejemplos anteriores reflejan que, en los inicios del reinado isabelino, la soberanía no emanaba tanto de la nación como en las redes informales de las que se servían los candidatos para triunfar en los procesos electorales. El protagonismo adquirido por sujetos como el escribano Romualdo Fernández o el botillero y agente de quintas detenido por el jefe político evidencia el carácter clientelar de las redes electorales, puesto que ambos, en el ejercicio de sus profesiones, mantenían un trato directo y franco con una abultada nómina de potenciales electores. Los escribanos adquirieron una ostensible notoriedad como agentes electorales y componedores¹¹⁷⁸, tanto

¹¹⁷⁵ *El Espectador*, 11-12-1846.

¹¹⁷⁶ *El Espectador*, 11-12-1846.

¹¹⁷⁷ *El Clamor Público*, 20-8-1844. Los resultados electorales en AMGU-ED, 1844.

¹¹⁷⁸ SERNA, Justo y PONS, Analet: “La escritura y la vida: el notariado y el estudio de las redes personales burguesas en la época isabelina”, *Ayer*, 29 (1998), p. 109.

por la ingente cantidad de trabajo que realizaron en aquella época, en la que la fascinación mórbida por la muerte despertó una fiebre testamentaria, como por el perfil de su clientela, mayoritariamente perteneciente a la notabilidad, lo que, en un sistema electoral sumamente restringido tenía especial valor.

La configuración del poder municipal en la época isabelina se sustentó en el funcionamiento de redes políticas informales y en la influencia de los escribanos. Las redes personales constituían la base de las lealtades políticas, convirtiendo los partidos en frágiles crisálidas de contornos ideológicos y organizativos escasamente definidos. Por eso, durante la década moderada, la mayor parte de los procesos electorales fueron meros rituales, dirigidos a legitimar el compadrazgo de los notables, que, en la mayor parte de los casos, acordaban candidaturas de unidad para evitar la lucha en la arena electoral o se retraían, cediendo el paso a sus oponentes-aliados. De ese modo, las corporaciones municipales solían estar dominadas por los escribanos y por profesionales de otros colectivos que mantenían una estrecha relación con el público, como los comerciantes y los médicos. Así, en 1847, dos de los doce regidores del Ayuntamiento eran notarios, Mariano López Palacios y Vicente de Rentería, y en 1857, de los ocho concejales electos por el segundo distrito, tres eran notarios, el propio López Palacios, Vicente Bonfanti y Rafael Fernández Ullibarri¹¹⁷⁹. La coincidencia de intereses y la íntima relación que mantenían entre sí los regidores se reflejaba en su habitual connivencia durante los plenos, en los que la unanimidad dominante apenas se alteraba cuando se trataba de promover a algún cliente para un cargo municipal o al debatirse si las autoridades locales debían mantener una presencia más o menos activa en las funciones religiosas del Corpus Christi.

A partir de la década de los cincuenta, moderados y progresistas empezaron a dar forma a organizaciones algo más complejas, articuladas por las viejas redes clientelares, que conservaron su valor, pero también sustentadas en los valores intelectuales que defendían las distintas familias liberales. De esa mezcla entre la costumbre¹¹⁸⁰, la fidelidad personal, la movilización electoral, la adhesión ideológica y el sentido de la pertenencia surgieron unas culturas políticas nuevas, que encontraron en el progresismo su ejemplo más acabado. Las elecciones de diputados de febrero de 1853 evidenciaron la superioridad del partido en la capital y el desgaste de la hegemonía de Fabraquer. Esa vez, los electores enviaron a las Cortes al candidato de oposición, José María Medrano, frente al hermano de aquel, que aspiraba a su tercera reelección, invirtiendo la larga tradición ministerial del distrito. Medrano obtuvo 249 votos, aventajando en 64 a su oponente, que fue removido de la representación del distrito¹¹⁸¹. La elección de Medrano representaba un giro copernicano en la historia electoral de la capital y la provincia, que, por primera vez desde 1839 eligió a un candidato nacido en la ciudad, descendiente de una familia de abolengo concejil que se había enriquecido gracias a la compra de bienes

¹¹⁷⁹ AMGU-EC, 147778, 1857.

¹¹⁸⁰ HERNÁNDEZ QUERO, Carlos: “El voto de la costumbre. Culturas políticas y crisis urbana en Madrid a comienzos del siglo XX”, *Studia Histórica: Historia Contemporánea*, 35 (2017), pp. 369-403.

¹¹⁸¹ *La Época*, 20-1-1853.

nacionales. Su arraigo a la ciudad y a la elite sugiere que su triunfo se apoyó en el peso de la cultura política basada en la costumbre, las redes personales y el trato directo entre electores y candidatos pero, al propio tiempo de una cultura política formalmente articulada en torno a los valores abstractos del progresismo¹¹⁸².

La revolución 1854 no devaluó el papel de las redes personales y la costumbre en la política, pero contribuyó al ensanchamiento y socialización de la cultura política liberal-progresista. Durante las jornadas revolucionarias que transcurrieron entre el pronunciamiento de O'Donnell, y la caída del gobierno de Sartorius, los habitantes de la ciudad mantuvieron una actitud titubeante. El mismo día 28, al recibirse la noticia de que los rebeldes se encontraban en las inmediaciones de Alcalá de Henares y Madrid, el Ayuntamiento decretó la permanente iluminación de la ciudad y el cierre de las tabernas por la noche, para evitar las riñas. Algunos dirigentes progresistas, como Diego García Martínez, Antonio de Udaeta y José María Medrano, se asociaron a la corporación. El gobernador militar y el juez de primera instancia se refugiaron en el Fuerte de San Francisco, la ciudadela amurallada que albergaba la maestranza y los talleres de los ingenieros militares. En los días siguientes, el boletín recogía las comunicaciones oficiales del gobierno, que había destituido a los principales líderes del alzamiento y ordenado su captura. El día 29, la situación parecía totalmente controlada por las fuerzas leales al gobierno de Sartorius, pues la comandancia de la Guardia Civil de la ciudad emitió una comunicación de un teniente de Alcalá de Henares que se había negado a alzarse pese a las presiones de los rebeldes a su mando¹¹⁸³.

El 17 de julio, “numerosos grupos de gentes del pueblo” se manifestaron en la plaza de la Constitución, y una representación de los congregados se puso a disposición del Consistorio, que afirmó suscribir los deseos del pueblo y descartó la necesidad de formar una Junta de Gobierno. Formaban la comisión el ex tesorero Rentas de la provincia León López Espila, el coronel retirado José De Creeft, el abogado Donato Arellano y el empleado Manuel Ruiz¹¹⁸⁴. El día 18 de julio, la población celebró la caída del gobierno del conde de San Luis, y a las once de la noche, “con el silencio de la misma se percibe la detonación de las descargas de fusileros y cañones en Madrid”. El día 20, según las actas del Ayuntamiento, tras conocerse que Espartero formaría gobierno, el pueblo se sumó a la revolución y se formó una Junta de Gobierno Provincial “en medio del mayor orden”¹¹⁸⁵, presidida por el diputado Medrano e integrada por otros representantes del progresismo local, como José Domingo de Udaeta, Casimiro López Chávarri, Diego García Martínez, José Serrano, José Martínez, León López Espila, Joaquín Sancho Garrido y Cayetano de la Brena. La Junta de Gobierno ratificó la continuidad del

¹¹⁸² VILCHES, Jorge: *Progreso y libertad: el Partido Progresista en la revolución liberal española*. Madrid, Alianza, 2001; OLLERO, José Luis: “De la liberación del preso encadenado al salto en las tinieblas: sobre representación y autenticidad en la cultura política del progresismo”, *Ayer*, 61/1 (2006), pp. 105-137.

¹¹⁸³ *El Boleín*, 6-7-1854.

¹¹⁸⁴ AMGU-AS, 141586, 17-7-1854.

¹¹⁸⁵ *El Católico*, 25-7-1854.

Ayuntamiento, “por la confianza que le merecen todos sus individuos, por su patriotismo, adhesión al pronunciamiento y demás virtudes” y se formó una comisión encargada de cumplimentar al duque de la Victoria, que atravesó la ciudad en dirección a Madrid, procedente de Zaragoza¹¹⁸⁶.

Las primeras medidas adoptadas por la Junta fueron la restitución de la Milicia Nacional, el levantamiento del estado de sitio, la supresión de la Diputación Provincial y la Escuela Normal, así como el impuesto de puertas, y el restablecimiento del Instituto provincial de Segunda Enseñanza. Espartero llegó a las once de la noche y atravesó la Carrera, una de las principales arterias de la ciudad, que se había engalanado con colgaduras e hizo repicar las campanas para recibir al “invicto duque”. Tras descansar en casa del presidente de la Junta, se marchó a las dos de la tarde, “entusiasmado de este honrado y liberal pueblo en medio de las más espontáneas aclamaciones de júbilo y placer”¹¹⁸⁷. El 2 de agosto, el Ayuntamiento nombró nuevos alcaldes de barrio, cuyo perfil revela la composición mesocrática del progresismo local. Fueron nombrados el guarnicionero Vicente Sacó, para el primer cuartel, el confitero Inocencio Vázquez, para el segundo, el sastre Silvestre Cubillo, para el tercero y el pequeño propietario y sacristán Policarpo Ortega, para el cuarto. Todos ellos procedían de sectores modestos, pero se habían enriquecido gracias a las desamortizaciones¹¹⁸⁸.

Una de las herramientas utilizadas por los progresistas para la socialización de su cultura política fue la Milicia Nacional, remedo del pueblo liberal en armas en su versión exaltada, que se reconstituyó ese mismo año¹¹⁸⁹. Su capacidad de movilización se apoyaba más en las posibilidades de reproducción social y política que ofrecía que en razones éticas, pues entre sus jefes figuró lo más granado de la elite local, y entre los nacionales, sus hijos fueron mayoría. En la lista de miembros del cuerpo figuraban, entre otros, los hermanos Contera, Antonio y Casimiro, o el hijo del zapatero Ramón Verdugo, Gregorio. A ellos trataron de sumarse otros voluntarios de baja extracción social. Así, el portero del Gobierno Civil, Cristóbal Reus, solicitó su inclusión como tambor mayor “deseoso de ser útil a la patria (...) sin exigir más retribución que el uniforme que deba gastar”. José María Barbé disculpaba su ausencia de la lista, “acaso por olvido involuntario (...) y creyéndome digno de pertenecer a dicha institución, tanto por honrarme de haber sido el primero en el glorioso alzamiento verificado en esta Ciudad el 18 de Julio, se presentó a sostenerle con las armas en la mano, y por los sentimientos que

¹¹⁸⁶ *El Católico*, 25-7-1854.

¹¹⁸⁷ AMGU-AS, 141586, 20-7-1854.

¹¹⁸⁸ AMGU-AS, 141586, 2-8-1854.

¹¹⁸⁹ PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio: *Milicia nacional y revolución burguesa: el prototipo madrileño (1808-1874)*. Madrid, CSIC, 1978; CHUST CALERO, Manuel: *Ciudadanos en armas: la milicia nacional en el País Valenciano (1834-1840)*. Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1987; VALLVERDÚ i MARTÍ, Robert: *El suport de la Milicia Nacional a la revolució burguesa: el model reusenc (1793-1876)*. Barcelona, Universitat de Barcelona, 1988; CASALS BERGES, Quintí: “Milicia nacional, liberalismo y progresismo: el prototipo leridano en los primeros dos tercios del siglo XIX”, *Trienio: Ilustración y liberalismo*, 2000, 35, pp. 117-154; HERRERO MATÉ, Guillermo: *Liberalismo y Milicia Nacional en Pamplona durante el siglo XIX*. Navarra, Universidad Pública de Navarra, 2003.

repetidas veces tengo manifestados a favor de esta causa”. Pedro Chico, que perteneció a la milicia nacional de Villalba del Rey desde 1837, aducía que “ha sufrido continuas vejaciones por su adcesión (*sic*) al sistema Constitucional, y viendo que hoy se organiza de nuevo tan necesaria institución, sostén de la libertad, acude a presentarse voluntariamente”. Antonio Díaz Borra, teniente alcaide de la Cárcel, argumentó que ya perteneció a la institución hasta “el año de cuarenta y tres, que depositó el arma que tenía para defender la causa de la Libertad, y como las circunstancias que abrigan al exponente son las mismas de aquella época”, solicitaba que le concedan el alta en la milicia. Pero en ocasiones, las argumentaciones para solicitar la inclusión en la milicia eran más bien formales, lo que nos induce a considerar que la participación en la milicia era instrumental. Tal era el caso de Fermín Sánchez, que se limitaba a la aceptación del hecho consumado, y afirmaba “que restablecida por el honroso alzamiento nacional la Constitución del Estado de 1837, y estando obligado todo ciudadano a prestar su apoyo conforme al artº 6º de la misma, el que suscribe desea ser incluido en la lista de la Milicia Ciudadana”.

El Ayuntamiento no siempre aceptó las solicitudes y, en ocasiones, ordenó la baja de algunos de sus miembros. Fue el caso de Benito de Luis y Julián Dombriz, por “no inspirar confianza alguna su conducta política”. Y es que, Dombriz y Benito eran dos conocidos apóstoles de la reacción en la ciudad, que, días antes de su expulsión, se habían visto “complicados con otros varios paisanos a quienes se está procesando” por proferir “las voces subversivas de «viva Carlos quinto» que se pronunciaron en esta capital la noche del día trece del corriente”. El Ayuntamiento, “a fin de que jamás pueda recaer sobre la benemérita institución (...) la menor mancha que deslustre el sacrosanto nombre de Libertad, símbolo de su creación”, acordó la inmediata expulsión de los nacionales¹¹⁹⁰. Junto a Benito y Dombriz, este último, un jornalero de 56 años del arrabal de San Roque, fueron procesados Gabino San Juan, Plácido España y Pedro Román. San Juan, de 25 años, vivía con su madre, una mujer separada de su esposo que regentaba una tienda y una casa de huéspedes en la Calle Mayor. España era un herrero del arrabal del Amparo, que trabajaba y residía habitualmente en Madrid. Román, de 19 años, pertenecía a una familia jornalera de la plazuela de Santo Domingo. La politización de San Juan, Benito y España debía de ir más allá del mero pronunciamiento público, pues era, incluso, conocida por el Ayuntamiento, que los consideraba “notoriamente desafectos a las actuales instituciones”, a diferencia de los otros dos¹¹⁹¹.

La escasa capacidad de movilización de la Milicia en la ciudad y en la provincia era patente en diciembre de 1854, cuando el diputado Manuel León Moncasi denunció la escasa capacidad operativa del cuerpo en la provincia de Guadalajara. Según Moncasi, en la provincia se habían alistado hasta ese momento 2.500 nacionales, muy lejos de los 7.000 de Cuenca o los 2.000 de Cáceres, que únicamente contaban con 28 fusiles, todos

¹¹⁹⁰ AMGU-AS, 141587, 15-1-1855.

¹¹⁹¹ AMGU-AS, 141587, 27-1-1855.

ellos proporcionados por el cuerpo de Ingenieros¹¹⁹². La caída del gobierno de Espartero y O'Donnell puso fin a la experiencia miliciano. En el mismo verano de 1856, la prensa anunciaba que “se ha mandado espurgar (*sic*) la Milicia de Guadalajara de la gente proletaria y mala”¹¹⁹³, y en agosto informaba de su disolución, en medio del clima de agitación que vivía la ciudad como consecuencia de los motines que se extendieron por todo el país¹¹⁹⁴.

El liberalismo instrumental de muchos milicianos reflejaba el descrédito del progresismo, que, fruto de su ambigua posición ideológica y estratégica, había empezado a sufrir las primeras fugas hacia la democracia y el republicanismo, todavía muy embrionarios en la ciudad. La actitud del alcalde, José Martínez Brihuega, ante las algaradas de la primavera de ese año, como se vio en el capítulo 2, reflejaban el elitismo y el antipopulismo de un movimiento que permaneció impasible ante las demandas de las clases populares, no ya en un asunto tan sensible como las subsistencias, sino ante algunas de sus demandas fiscales más arraigadas, como los derechos de puertas. Durante su supresión, en vigor entre julio y octubre de 1854 por decreto de la Junta Provincial, la corporación mantuvo una actitud ambigua, ya que, hasta diciembre, la medida de aquella no tuvo efecto. En diciembre, el alcalde, “con satisfacción acordó” que cesaran en todos sus empleos los responsables del ramo, tras la supresión del impuesto por las Cortes¹¹⁹⁵. Pero, en enero de 1856, el Consistorio acordó formar un presupuesto extraordinario, “siendo insuficientes los recursos ordinarios con que cuenta esta Corporación municipal para cubrir sus precisas obligaciones”, argumentando que adeudaba 34.993 reales en concepto de indemnización, que debía pagar por no cobrar los derechos de puertas durante el verano de 1854¹¹⁹⁶. Más nítida fue su actitud sobre los consumos, cuya restitución solicitó en julio de 1855, apoyando “tan justa demanda” del Ayuntamiento de Lérida sobre el particular¹¹⁹⁷. La candidatura de coalición formada por moderados y progresistas para las elecciones municipales de 1857 no dejaba lugar a dudas sobre las veleidades del progresismo capitalino. En ella figuraban algunos de sus viejos dirigentes, como Román Mendieta, junto a insignes representantes del doctrinarismo, como Bruno de la Peña o Manuel Pablo Sáenz.

A finales de los años cincuenta era patente la disgregación del progresismo en dos corrientes. Por un lado, la vieja aristocracia del partido, encabezada por figuras como José Domingo Udaeta o Diego García Martínez, y por otro, un sector más joven, cercano a la democracia y probablemente el republicanismo, liderado por Cirilo López y Manuel González Hierro, ambos médicos, que, en 1858, encabezaron la lista de participantes de la ciudad en la suscripción abierta por *La Discusión* para atender a la viuda e hijos de Tomás Bru, demócrata de Sagunto, asesinado en octubre de ese año. Junto a él figuraban

¹¹⁹² *La Esperanza*, 30-12-1854.

¹¹⁹³ *La Nación*, 20-7-1856.

¹¹⁹⁴ *La Nación*, 10-8-1856.

¹¹⁹⁵ AMGU-AS, 141586, 31-12-1854.

¹¹⁹⁶ AMGU-AS, 141588, 26-1-1856.

¹¹⁹⁷ AMGU-AS, 141587, 7-7-1855.

veteranos militantes del progresismo, como Nicasio Ruiz, que fue alcalde de barrio en 1854, o Félix García Cardiel y Juan España, que habían sido secretarios escrutadores de dos mesas electorales en las elecciones de concejales de 1854, junto a otros actores que, más tarde, encabezaron el republicanismo, como el hojalatero Julián Antonio Núñez, más algunos vecinos de la ciudad que explicitaban su identidad, como Justo Almendros, que se declaraba “artesano y demócrata”¹¹⁹⁸.

La crisis del sistema político isabelino, sin embargo, devolvió a los representantes de la incipiente democracia al redil progresista. En 1863, Cirilo López y Manuel González formaban parte del comité electoral progresista de la ciudad, al que también pertenecían destacados próceres del progreso, como Joaquín Sancho, Dámaso Laguna, Antonio March y José Martínez. Los nombres de todos ellos aparecían estampados en una carta dirigida al comité progresista central, en el que saludaban su decisión de recomendar el retraimiento en las elecciones¹¹⁹⁹. De la mano de su renovada dirigencia, el progresismo local reforzó su presencia en la esfera pública. En los últimos años del reinado isabelino enviaron cartas y manifiestos a la prensa, firmaron suscripciones y abrazaron numerosas causas en favor de la libertad y el progreso. En julio de 1864, varios de ellos firmaron, a título individual, una suscripción para repatriar los restos de Diego Muñoz Torrero¹²⁰⁰. En septiembre, el comité envió una carta de adhesión a *La Iberia*, en la que reconocían la labor de “denodados oficiales del ejército español que con sus veredictos absolutorios ponen un dique de contención a la reacción, cuando, desencadenada furiosamente, pretende enseñorearse sobre las conquistas del siglo”, en un momento en que eran frecuentes “las persecuciones a que la actual ley de imprenta reduce a la prensa”¹²⁰¹.

Su estrategia de agitación y deslegitimación del régimen desembocó en su retraimiento en las elecciones de noviembre de 1864. *La Iberia* se hizo eco de la decisión de los progresistas arriacenses, señalando que los candidatos moderados eran, en realidad, absolutistas y neocatólicos embozados. El periódico madrileño denunció que el progresista Maximino Giménez había sido incluido en las papeletas sin su consentimiento¹²⁰². Los moderados de la ciudad utilizaron *El Gobierno* para desmentir las acusaciones¹²⁰³, y los progresistas replicaron que

Moderados son los concejales nuevamente electos en esta ciudad, según el autor del suelto de *El Gobierno*. ¡Siempre la misma hipocresía! Ya sabemos que los verdaderos neo-absolutistas se denominan moderados, porque mientras en las plazas públicas exista una lápida que contenga la palabra Constitución, no pueden legalmente apellidarse de otra

¹¹⁹⁸ *La Discusión*, 15-2-1859.

¹¹⁹⁹ *El Clamor Público*, 13-9-1863.

¹²⁰⁰ *La Iberia*, 16-7-1864.

¹²⁰¹ *La Iberia*, 7-9-1864.

¹²⁰² *La Iberia*, 3-11-1864.

¹²⁰³ *El Gobierno*, 9-11-1864.

manera. Si la inscripción desapareciese, que no desaparecerá mal que les pese, quizás entonces tendrán el valor de llamarse con su verdadero nombre¹²⁰⁴.

En su misiva, el comité reivindicó las realizaciones urbanísticas que los progresistas habían promovido desde el Concejo. En su argumentación, el comité hizo una encendida defensa del modelo de gubernamentalidad liberal y política de la visualidad preconizado por los adalides del progreso. Los progresistas reivindicaron la realización del “grandioso y magnífico Paseo de la Concordia, sus vistosas fuentes y su gran depósito de aguas” y enumeraron todas las obras de rehabilitación emprendidas bajo su mandato, “en cambio, el partido que sintetiza el actual presidente del Municipio, con un empréstito de 20,000 duros, le debe Guadalajara” algunas obras de cuantía menor “y el establecimiento de dos casas de prostitución”¹²⁰⁵.

Pero el idilio mantenido al final del reinado entre demócratas y progresistas se rompió en el Sexenio, en el que las distintas versiones del liberalismo dieron forma a sus respectivas culturas políticas. La Revolución fue saludada con júbilo en la ciudad, según relató varios años después el periodista Luis Cordavias, a partir de un manuscrito anónimo, titulado *Memorias de un voluntario de la libertad*, que el periodista empleó para componer una hagiografía de Sor Patrocinio, la conocida monja de las llagas, consejera de Isabel II, que había sido desterrada a la ciudad para provocar su alejamiento de la red de poder que había tejido en la Corte¹²⁰⁶. En la Plaza Mayor se congregó una multitud, que mantenía un ambiente festivo, animado por la luz de las farolas, encendidas para la ocasión, y por los acordes del Himno de Riego y La Marsellesa, interpretadas por la Banda Provincial y “coreadas por centenares de individuos que, locos de entusiasmo, confundíanse en estrechos abrazos, arrojando muchos de ellos al aire sus gorras y sombreros”. Los muchachos de los arrabales del Alamín y Budierca lanzaban vivas a la libertad y mueras a los “faciosos (*sic*)”. En una barbería de la Plaza Mayor, los parroquianos comentaban el triunfo de la revolución y, asomados al ventanal, coreaban los nombres de los miembros de la Junta, que fueron llegando al Ayuntamiento. Entre ellos se encontraban varios de los líderes del progresismo, como Gregorio García Martínez, Joaquín Sancho y Manuel del Vado, rico propietario de Marchamalo, y Cirilo López y Manuel González Hierro, al que acompañaba una nutrida comitiva de representantes del mundo de los oficios, entre los que se encontraban el hojalatero Julián Antonio Núñez, los carpinteros Juan Casado y Quintín Raposo, el cerrajero Agapito Gutiérrez, el comerciante Nicasio Ruiz de la Rica, el alarife Crispín Ortega y un empleado, Benito Manzano¹²⁰⁷.

Mientras se reunía la Junta, un grupo de ciudadanos descolgó un cuadro de Isabel II y lo rasgaron a navajazos. Un tabernero lo lanzó a la plaza, donde la turba se ensañó con el retrato de la reina depuesta, pero un ordenanza de la Diputación lo salvó. El jefe

¹²⁰⁴ *La Iberia*, 11-11-1864.

¹²⁰⁵ *La Iberia*, 17-11-1864.

¹²⁰⁶ BURDIEL, Isabel: *Isabel II. Una biografía (1830-1904)*. Madrid, Taurus, 2010, p. 399.

¹²⁰⁷ CORDAVIAS, Luis: *Sor Patrocinio: la monja de las llagas*. Guadalajara, Antero Concha, 1917.

de policía recibió una paliza y el guindilla Liceras fue agredido por el albañil Lorenzo Senén, que lo dejó tuerto, en un episodio que evidencia la animosidad contra la policía propia de la resistencia vecinal¹²⁰⁸. La multitud recorrió las casas de los jefes del moderantismo y el carlismo y, al concluir la reunión, la Junta escoltó al alcalde, Román Atienza, hasta la Academia de Ingenieros, donde pasó la noche. Pero, al margen de esos episodios aislados, la ira de la multitud se dirigió contra Sor Patrocinio. Doscientas personas se apostaron frente a su convento, donde la religiosa había fundado una escuela y repartía limosnas, que le permitieron extender su influencia en la ciudad. Un grupo de feligreses, integrado por el carpintero Martín Corral y el hortelano Ruperto Cartas, protegió a la monja. Varios carbonarios que solían reunirse en el café del Gato marcharon a la confitería de Silverio Suárez, en San Gil, donde un notario moderado fue increpado por el aprendiz de carpintero Cecilio Martín. Presente en la escena, el maestro carpintero Segundo Fernández trató de detener al aprendiz, haciendo valer su autoridad corporativa, pero Cecilio se encaró con él. Ya por la noche, se celebraron varias veladas en el Círculo Liberal y en los cafés de las Columnas y el Gato, donde los asistentes entonaban los acordes del Himno de Riego, y el jornalero Pedro Láinez, “honra y prez del republicanismo militante” peroraba ante la concurrencia¹²⁰⁹.

Las elecciones por sufragio universal propiciaron una profunda renovación del personal político. Entre 1869 y 1870 ocupó la alcaldía Gregorio García Martínez, uno de los viejos líderes del progresismo, aunque su presencia parecía más bien dirigida a apaciguar la preocupación de los sectores conservadores, que, a pesar de todo, tenían en los García a seguros defensores de sus intereses creados. Sin embargo, desde las elecciones celebradas ese año se sentaron en los escaños del Consistorio sujetos hasta entonces ajenos a la actividad política. Entre ellos se encontraban el vidriero Pedro Regalado Núñez, su hijo, el hojalatero Julián Antonio, el relojero Francisco Serrano, los pequeños comerciantes Juan Gualberto Notario y Santos Casado y profesores, como Hilarión Guerra. Todos ellos integraron una nueva elite política, que debía su ascenso al nuevo régimen. Desde el Ayuntamiento, los “ciudadanos” concejales dieron forma a un nuevo modelo de gestión municipal, coherente con su cultura política laica, democratizante y participativa¹²¹⁰, que comportaba la ausencia de los actos religiosos para preservar la libertad de cultos¹²¹¹, la reforma de las escuelas¹²¹² o la exigencia de responsabilidades a los empleados municipales, con el fin de racionalizar la gestión del municipio¹²¹³.

¹²⁰⁸ CHURCHILL, David: “‘I am just the man for Upsetting you Bloody Bobbies’: popular animosity towards the police in late nineteenth century Leeds”, *Social History*, 39, 2 (2014), pp. 248-266.

¹²⁰⁹ *Ibid.*, p. 117.

¹²¹⁰ SERRANO GARCÍA, Rafael: “Ciudadanía y republicanismo en la España del siglo XIX”, *Ayer*, 77 (2010), pp. 279-298.

¹²¹¹ AMGU-AS, 1415605, 21-6-1873.

¹²¹² AMGU-AS, 1415605, 12-8-1873.

¹²¹³ AMGU-AS, 1415605, 4-1-1873.

El modelo de socialización política desplegado por los republicanos después de la Gloriosa contrastó fuertemente con el adoptado por los progresistas tras la Vicalvarada. Si estos se sirvieron de una Milicia Nacional que pronto mostró su elitismo y su inoperancia, aquellos desplegaron una activa presencia en la esfera pública, que se sirvió de un periódico, *La Concordia liberal*, en el que tuvieron cabida todas las familias liberales. Frente al modelo de sociabilidad restringida propugnado por los liberales monárquicos, los republicanos crearon la Juventud Republicana, cuyo local, establecido en la plaza del Jefe Político y abierto a todo tipo de reuniones, ya políticas, ya de particulares y asociaciones¹²¹⁴. El republicanismo se articuló en torno al triunvirato formado por Cirilo López, Manuel González Hierro y Miguel Mayoral, cuya común procedencia profesional contrastaba con la disparidad de sus perfiles intelectuales, de un radicalismo más nítido en el caso de González Hierro que en el de sus correligionarios. Pese a todo, los tres tribunos mantuvieron la concordia durante un lustro largo, que se debilitó cuando Mayoral abandonó la ciudad y la alcaldía para hacerse cargo de una plaza de médico de baños en Arnedillo, La Rioja, y Cirilo López se descolgó de la jefatura del federalismo, aproximándose al republicanismo unitario¹²¹⁵. La comunión de los líderes republicanos y su prestigio profesional favoreció la formación de un movimiento atrapaotodo, que disfrutó de una cómoda hegemonía durante el Sexenio, en el que los republicanos ocuparon la alcaldía durante más de tres años.

En la socialización de su cultura política, los republicanos otorgaron un marcado valor a la exhibición de sus símbolos en el espacio público¹²¹⁶. Este tipo de manifestaciones, acompañadas de una puesta en escena vistosa y melodramática¹²¹⁷, contribuyeron a extender la base social del republicanismo, en una ciudad en la que la democracia apenas había logrado la adhesión titubeante de un sector de la burguesía ilustrada. Un ejemplo es la acción que tuvo lugar el 13 de febrero de 1873, durante la sesión extraordinaria que el Ayuntamiento celebraba para adherirse a la República, proclamada dos días antes. En el salón irrumpió Gregorio Herraiz, miembro del comité local republicano, al frente de una manifestación, que, según el acta, había congregado a doscientos republicanos. Herraiz solicitó al consistorio que le permitiera izar una bandera “como prueba de su aceptación y unión sincera del pueblo liberal”. La bandera fue

¹²¹⁴ Las noticias aparecidas en el boletín oficial aluden a las reuniones de la Sociedad Minera *La Infalible*. BOPG, 19-11-1869.

¹²¹⁵ RODRÍGUEZ-SOLÍS, Enrique: *Historia del partido republicano español: de sus propagandistas, de sus tribunos, de sus héroes y de sus mártires*. Madrid, Imprenta de Fernando Cao y Domingo del Val, 1892, pp. 1.332, 1.346 y 1.434.

¹²¹⁶ SÁNCHEZ COLLANTES, Sergio: “La construcción simbólica del republicanismo español en el Sexenio Democrático”, *Investigaciones Históricas, época moderna y contemporánea*, 37 (2017), pp. 132-174.

¹²¹⁷ James Vernon se ha referido a este tipo de exhibiciones como la “dinámica melodramática de la actuación pública” de la política, lo que supuso una decisiva forma de socialización de la política moderna. VERNON, James: *Politics and the People...* (op. cit.), p. 108.

colocada en una galería, mientras los asistentes, “en masa”, lanzaron un “nutrido y caluroso viva a la República”¹²¹⁸.

7.3. De Figueroa a Romanones: libertad simulada, poder indisimulado

Desde las primeras horas del 16 de abril de 1896, numerosos amigos del conde fueron llegando al palacio familiar de la plazuela de la Cotilla. Aquellos días, el trasiego fue más intenso que otras veces, porque Romanones no las tenía todas consigo. Cánovas y Romero Robledo habían decidido dar la batalla por el distrito, y un hijo de la ciudad, Enrique Benito Chávarri, estuvo dispuesto a plantar cara al candidato y diputado liberal. El nerviosismo era patente en los leales colaboradores de Álvaro Figueroa, y hasta su padre, el marqués de Villamejor, reacio en otro tiempo a alentar las aspiraciones de su díscolo retoño, y receloso de su filiación fusionista, abandonó su fastuoso palacio del Paseo de la Castellana y se desplazó hasta Guadalajara para apoyarle, anunciando que pronto emprendería alguna obra “por su cuenta” para paliar el paro obrero que se notaba en la ciudad. En aquella ocasión, la augusta familia había empeñado parte de su poder y su prestigio, porque no solo Álvaro concurría a la cita electoral, sino también Gonzalo, conde de Mejorada del Campo, que aspiraba a conquistar un acta en el Senado, en su caso con los silvelistas. Concluido el escrutinio, los temores se disiparon: el conde de Romanones volvería a representar al distrito en el Congreso, gracias a los seis mil votos que recibió de sus fieles electores –un millar de ellos conseguidos en la capital de la provincia–, el triple de los conseguidos por su oponente. Conocido el resultado, el conde tomó el tren mixto de la tarde, acompañado por su nutrida clientela, y la Plazuela de la Cotilla volvió a su anodina cotidianeidad¹²¹⁹.

Aquella disputada elección de 1896 pudo costarle el acta a Romanones en el distrito de Guadalajara-Cogolludo. Desde entonces, los electores de la ciudad y los pueblos de su entorno votaron con entusiasmo a su benefactor durante 48 años –interrumpidos durante la Dictadura de Primo de Rivera–, algunos, esperando de su generosa mano un billete en el mismo tren mixto de la tarde con destino a la Corte, para ocupar un puesto en el Ayuntamiento, y otros, firmemente convencidos de que su particular forma de entender la democracia era la que aquel país de labradores de haciendas modestas podía llegar a practicar¹²²⁰. Pero la hegemonía de Romanones no era únicamente el fruto del apoyo de su padre, que había representado al distrito, ni del patronazgo desplegado por el conde sobre sus electores, agradecidos o esperanzados por las numerosas prebendas y sumas de capital que repartía en cada elección, sino el fruto de su capacidad para controlar la política municipal en los pueblos del distrito y en la capital. En aquellos, Romanones encontró la base propicia para construir una tupida red

¹²¹⁸ AMGU-AS, 141605, 13-2-1873.

¹²¹⁹ La reconstrucción, a partir de *La Crónica*, 18-4-1896.

¹²²⁰ MORENO LUZÓN, Javier: *Romanones: caciquismo y política liberal*. Madrid, Alianza, 1998.

clientelar, que le garantizó el apoyo de la mayor parte de la población del distrito. Pero, para controlar los pueblos, necesitaba someter a la capital, donde se ventilaban todos los asuntos que afectaban a la provincia.

En la política municipal de la ciudad, el joven Álvaro Figueroa encontró el ambiente propicio para extender su dominio. Desde el inicio de la Restauración, el Ayuntamiento había estado dominado por una entente entre conservadores y liberales y por la frecuente presencia de concejales independientes, que representaban la sublimación del apoliticismo pretendido por la elite política de los partidos dinásticos¹²²¹. En cualquier caso, las mayorías de los partidos del turno tenían un alcance limitado, pues el control del Ayuntamiento se decantaba siempre a favor del Gobierno, que aseguraba su control mediante el Real nombramiento de alcaldes. El entendimiento entre conservadores, liberales e independientes se apoyaba en la tupida red de intereses creados en torno a la propiedad inmobiliaria y el comercio, como en el caso de Julián Gil de la Huerta, que conjugaba su condición de comerciante con su vocación de alcalde-promotor, o en el de los hermanos Sáenz de Tejada, comerciantes y prestamistas.

Los republicanos, desmoralizados y divididos tras la caída de la República¹²²², no representaban una amenaza seria para los partidos dinásticos. Su irrelevancia política reflejaba la eficacia de un sistema electoral diseñado para excluir a los honrados hijos del trabajo de la participación política, pero también era fruto de la escasa capacidad de movilización derivada de su división. Al frente de los tres partidos republicanos activos en la ciudad se situaron los principales líderes del republicanismo en el Sexenio. Mayoral aprovechó su prestigio para organizar el Partido Republicano Progresista, Cirilo López encabezó el posibilismo, mientras el republicanismo federal, el único que parecía contar con una base social relevante, se aglutinó en torno a González Hierro¹²²³. La consecuencia de su división fue su marginalidad de la política municipal, como quedó patente en las elecciones de 1881, en las que José Ruiz de la Fuente obtuvo solo 21 votos en el primer distrito, Julián Antonio Núñez, 39 en el tercero, mientras que Miguel Mayoral, con 53, fue elegido en el segundo.

En 1883, sin embargo, la calma reinante en el Concejo de la capital se vio alterada. Los conservadores se retrajeron de la lucha, y los federales decidieron presentar candidatos en los cuatro distritos electorales. En el segundo, el alarife Crispín Ortega desplazó al acaparador de granos liberal Nicolás Cuesta, al que superó en tres votos, y en el primero, Inocente Fernández Abás, catedrático del Instituto, y Antonio Arsuaga Taranco, que fue alcalde al final del Sexenio, se quedaron a solo siete votos de lograr el

¹²²¹ MARTORELL, Miguel: “El mundo de los liberales dinásticos”, en FORCADELL, Carlos y SUÁREZ CORTINA, Manuel (coords.): *Historia de las culturas políticas en España y América Latina (III): la Restauración y la República, 1874-1936*. Madrid / Zaragoza, Marcial Pons / Universidad de Zaragoza, 2015, pp. 201-228.

¹²²² DUARTE, Ángel: “Cultura republicana”, en FORCADELL, Carlos y SUÁREZ CORTINA, Manuel (coords.): *Historia de las culturas políticas...* (op. cit.), pp. 229-254.

¹²²³ DIGES ANTÓN, Juan: *Guía de Guadalajara* (op. cit.).

acta. Ante el crecimiento de los republicanos, los liberales buscaron un acercamiento de cara a las elecciones de 1885, que desembocó en la formación de una coalición. En ella figuraban algunos de los dirigentes históricos del progresismo, como Diego García y su hermano, Gregorio, junto a republicanos de todas las tendencias. Sin embargo, la coalición no obtuvo su objetivo, pues solo fueron elegidos cuatro concejales de la coalición –uno de ellos, el republicano– por cuatro conservadores. Estos se beneficiaron de la intervención del gobernador civil, que entregó a los empleados de la Diputación las papeletas con los nombres de los candidatos conservadores y se desplazó a los locales de votación personalmente, “con el fagín (*sic*) y el bastón”, para comprobar que sus dependientes cumplían sus órdenes. Uno de ellos, Salvador Sánchez González, portero de la Administración de Propiedades, negó su condición de empleado público y, enterado el gobernador, lo mandó detener. El comité de la coalición decidió retirarse de la lucha en el tercer distrito, donde se presentaban las figuras más destacadas del comité, Mayoral y García, que no fueron elegidos¹²²⁴.

A pesar de que habían apoyado el acercamiento, la discreta actitud de los líderes federal y posibilista, Manuel González Hierro y Cirilo López, sugiere su reticencia a pactar con los liberales. En el caso de López era patente su desafección hacia la estrategia colaboracionista de su jefe, Castelar, como indicó en la crónica de un banquete el corresponsal de *La República*, en 1886, al señalar que “el ciudadano López (...), desoyendo la voz de su jefe, Castelar, simpatiza con los republicanos revolucionarios y se coloca resueltamente a su lado”¹²²⁵. Para las elecciones de 1887, los republicanos federales y progresistas acordaron una coalición¹²²⁶, que, finalmente, se diluyó en una nueva alianza con los liberales y algunos independientes, mientras los conservadores se retrajeron de la lucha¹²²⁷. Los liberales lograron tres concejales, frente a dos republicanos progresistas, uno federal y tres independientes.

¹²²⁴ AMGU-EC, 147796, 1885.

¹²²⁵ *La República*, 21-4-1886.

¹²²⁶ *La Crónica*, 19-4-1887, p. 2.

¹²²⁷ *La Crónica*, 26-4-1887, p. 3.

Figura 7.1. Resultados de las elecciones de concejales de 1885

Distrito	Candidaturas	Partido	Votos
Distrito I / San Juan de Dios	Diego Bartolomé Boitebeg	Coalición liberal (L)	119
	José Ubierna Sáenz de Villuerkas	Conservador	110
	Antonio Arsuaga Taranco	Coalición liberal (R)	98
	Diego García Martínez	Coalición liberal (L)	1
	Miguel Mayoral Medina	Coalición liberal (L)	1
	Perdidos		67
Distrito II / Casas Consistoriales	Tomás Sancho Cañas	Coalición liberal (L)	122
	Lorenzo Vicenti Martín	Coalición liberal (R)	117
	Ignacio Bartolomé Boitebeg	Sin datos	72
	José Ortiz Ruiz	Sin datos	72
	Voto de menos		1
Distrito III / La Concepción	Manuel María Valles Carrillo	Conservador	94
	Fernando Güici Güici	Conservador	92
	Miguel Mayoral Medina	Coalición liberal (R)	58
	Diego García Martínez	Coalición liberal (L)	56
	Votos perdidos		6
Distrito IV / El Amparo	José Díaz Sánchez	Coalición liberal (L)	104
	Vicente Sáenz de Tejada Verdura	Conservador	96
	Inocente Fernández Abás	Coalición liberal (R)	95
	Francisco Fernández Iparraguirre	Conservador	93
	Pedro Díaz Sánchez		1
	En blanco		1
	Inutilizadas		2

Fuente: Elaboración propia, a partir de AMGUEC, 147796.

El entendimiento entre liberales y republicanos, unido a la debilidad de los conservadores favoreció las aspiraciones electorales de Álvaro Figueroa, que, en 1888, sin haber cumplido los 25 años, decidió presentar su candidatura por el distrito de la capital. Para ello, forzó la dimisión del diputado elegido en 1886, Tomás Sancho Cañas, sirviéndose de sus relaciones con Manuel Alonso Martínez, ministro de Gracia y Justicia y futuro suegro de Figueroa, que ofreció al diputado Sancho un destino judicial, pues “estaba dispuesto a cambiar el acta por un cargo en la magistratura”. El propio Figueroa reconoció sin tapujos en sus memorias la maniobra, ufanándose de que “todo se arregló a maravilla”¹²²⁸. Figueroa había elegido Guadalajara, tras probar suerte en Alcalá¹²²⁹, sin éxito, “pues lo habían representado varias veces mi padre y mi hermano. De Guadalajara era natural mi madre, donde conservaba sus bienes y familia”. En la ciudad, Figueroa contaba con el apoyo de su abuela, Inés Romo Gamboa, cuyo esposo, José Domingo

¹²²⁸ ROMANONES, Conde de: *Notas de una vida...* (op. cit.), p. 55.

¹²²⁹ MORENO LUZÓN, Javier: *Romanones...* (op. cit.).

Udaeta, fue uno de los históricos líderes del progresismo desde la Regencia de María Cristina. Con el apoyo de Romo y el progresismo histórico, Figueroa, que aún no había cumplido los 25 años requeridos para ser elegido, obtuvo el acta sin dificultad, pues solo se podían contar 17 votos en contra de su candidatura. El joven diputado reconoció que “en aquella ocasión me votaron liberales y conservadores, los unos por ser candidato del Gobierno y los otros por mis antecedentes familiares”¹²³⁰. La heterogénea nómina de interventores electorales que participaron en la elección y los electores que los propusieron sugiere, en efecto, que Figueroa se apoyó en una alianza previamente pergeñada para lograr el acta, pues las candidaturas para interventores iban firmadas por el propio diputado saliente, Tomás Sancho, junto a individuos vagamente identificados con el progresismo, como Casimiro Contera, y otros que pronto se convirtieron en figuras clave del liberalismo dinástico en la ciudad, como el impresor Julián Ramírez García o los empleados públicos Marcelino Villanueva, Baltasar Zabía y Antonio Sierra. Tampoco faltaban en la nómina varios republicanos, como Domingo Ruiz, Manuel de la Rica o el mismo líder federal, Manuel González Hierro.

Al lado de todos ellos figuraba el maestro de la escuela de párvulos, Santiago Sabino Díaz Romera, cuya evolución política evidencia los lábiles contornos de la militancia en los partidos dinásticos. Don Sabino, como era conocido en la ciudad, fue miembro de primera hora del cuerpo de los Voluntarios de la Libertad, y según relata Cordavias, terminó abandonando la organización. En las elecciones de diputados a Cortes de 1891, fue propuesto interventor por José Figueroa, hermano de Álvaro y candidato conservador, y en las de 1896, por el republicano progresista, Isidoro Ternero, que había sido diputado en 1863 y abandonó el carlismo en los noventa aproximándose a la órbita de su amigo Ruiz Zorrilla¹²³¹. Al final de sus días, Sabino terminó acercándose al carlismo, llegando a ser elegido vocal de la junta tradicionalista local, según afirmaba un periódico. Sabino envió una carta al director del rotativo, para matizar que “hoy por hoy me debo todo a la enseñanza y a ella exclusivamente he de consagrarme, conservando mi libertad de acción e independencia, y perseverando en mi propósito de vivir completamente alejado de todo partido político”¹²³². Sabino, empero, no vivió ajeno a la política oficial, pues fue interventor en todas las elecciones de concejales celebradas entre 1877 y 1895, excepto en 1879.

Tras su elección, Figueroa aprovechó su prominencia para ensanchar su base electoral, mediante una combinación de clientelismo y propaganda. Con la mirada puesta en la siguiente elección, el diputado liberal comenzó a extender sus tentáculos sobre la política provincial y local, al constatar

que había en Guadalajara fuerzas bastantes para dar, cuando la ocasión llegara, la batalla al Gobierno, y por eso no perdí momento para ensanchar el círculo de mis amistades y

¹²³⁰ ROMANONES, Conde de: *Notas de una vida...* (op. cit.), pp. 55-56.

¹²³¹ CALERO DELSO, Juan Pablo: “Isidoro Ternero Garrido”, *EnWada: enciclopedia de Guadalajara*. Guadalajara, AMGU, 2014.

¹²³² *Flores y Abejas*, 26-5-1895.

rodearme de elementos de valer con quienes me uniera la afinidad de las ideas. A este propósito visité un pueblo tras otro, asistí a bodas, entierros y bautizos y fui buscando adeptos en todas las clases sociales¹²³³.

El diputado, en efecto, recorrió la provincia y, en la capital, tendió lazos con la elite, no solo progresista, sino también republicana, practicando una estrategia dirigida a fagocitar a todos los rivales situados a su izquierda –incluidos, llegada la ocasión, los socialistas– y descabezar a los conservadores. Figueroa ingresó en el Ateneo local, donde, el 20 de octubre de 1888, dio una conferencia sobre el sufragio, que le sirvió para presentarse en sociedad ante la elite local. Era su primera alocución pública en la ciudad, el diputado señaló que el sufragio “es una función y no un derecho”, que “debe tener por base la instrucción y moralidad del ciudadano y no única y exclusivamente el censo contributivo”, estableció una distinción entre “el sufragio dinámico y el de segundo grado” y rechazó “que se la conceda” el voto a las mujeres. El diputado liberal terminó su discurso poniendo de relieve “los vicios, corruptelas y anormalidades que corroen nuestro sistema electoral”¹²³⁴.

En las elecciones municipales de mayo de 1889, la estrategia emprendida por Figueroa dio sus primeros frutos. El diputado intervino personalmente en la formación de una nueva coalición liberal-republicana, que pactó con el líder de los progresistas, Miguel Mayoral, al que prometió la alcaldía. La coalición fue preparada por una “comisión dictaminadora” encabezada por el propio Mayoral, que, unos días antes de la elección, anunció que trataba de “llevar al Ayuntamiento en las próximas elecciones hombres de representación en la localidad”¹²³⁵. Esos días, Álvaro Figueroa pasó por la ciudad, pues “dispuesto siempre a intervenir en todo cuanto interesa a los pueblos que representa, consideró un deber su venida, relacionada con asuntos electorales”¹²³⁶. La comisión anunció que la alcaldía sería para Mayoral, que anunció que aceptaría su nombramiento si contaba con el apoyo los concejales¹²³⁷. La coalición mostró su eficacia, al provocar el retraimiento de los conservadores en tres de los cuatro distritos. Pero, sobre todo, apaciguó la hostilidad de los federales, al favorecer las aspiraciones del líder republicano progresista. Con ello, Romanones no solo preparó el terreno para su triunfo en 1891, sino que logró la inquebrantable adhesión de Mayoral, que, desde la alcaldía, primero, y desde las páginas de su periódico, *Flores y Abejas*, después, se convirtió en uno de los más firmes defensores de Romanones. El caso de Mayoral revela que las prácticas caciquiles y clientelares no fueron coto exclusivo de los partidos dinásticos¹²³⁸.

¹²³³ *Ibid.*, p. 56.

¹²³⁴ *Ateneo: revista internacional, científica y literaria*, XI, noviembre de 1888, p. 108.

¹²³⁵ *La Crónica*, 21-11-1889.

¹²³⁶ *Ibid.*

¹²³⁷ *Ibid.*

¹²³⁸ SÁNCHEZ COLLANTES, Sergio: “Republicanism, clientelas y prácticas caciquiles en Asturias (1868-1911)”, *Cuadernos de historia contemporánea*, 35 (2013), pp. 137-160.

Figura 7.2. Resultados de las elecciones de concejales de 1889

Distritos	Candidatos	Partidos	Votos
Distrito I / San Juan de Dios	Enrique Almazán García	Coalición liberal	116
	Lucas Velasco Mena	Coalición liberal	115
Distrito II / Casas Consistoriales	Miguel Mayoral Medina	Coalición liberal	133
	Joaquín Sáenz Verdura	Coalición liberal	131
	En blanco / de menos		6
Distrito III / La Concepción	Bernardino Viejo del Pueyo	Coalición liberal	91
	León Carrasco Gómez	Coalición liberal	87
	Aurelio Arroyo López	Conservador	59
	Juan Carrasco	Conservador	58
	En blanco / de menos		3
Distrito IV / El Amparo	Gervasio Arroyo Criado	Coalición liberal	117
	Antonio Sierra	Coalición liberal	106
	Miguel Vergara García	Coalición liberal	58
	En blanco / de menos		5

Fuente: Elaboración propia, a partir de AMGU-EC, 147800.

Aprobado el sufragio universal, y convocadas nuevas elecciones, en febrero de 1891, Álvaro Figueroa se enfrentó a su hermano, José, que presentó candidatura por el distrito, con el apoyo de los conservadores. Álvaro Figueroa recibió el soporte entusiasta de su abuela Inés, “la única persona creyente en mí como pintor”, que decidió la victoria, “pues se constituyó en banquero de mi candidatura”¹²³⁹. La familia, con el fin de evitar la lucha entre los hermanos, intercedió ante Sagasta, que arregló su presentación por un distrito de Cuba, pero una comisión llegada desde Guadalajara y encabezada por “un zapatero, casi remendón, tan charlatán como entusiasta liberal” convenció al jefe de filas liberal para que mantuviera a Álvaro Figueroa como candidato por el distrito al que había representado. Las relaciones entabladas por Figueroa con sus electores se demostraron, entonces, fundamentales, aunque, más allá de las prebendas que, como el propio conde reconoció, concedió a sus electores, fue el trato directo con ellos lo que le aseguró la fidelidad de su base electoral. Otra de las claves de la victoria de Álvaro Figueroa fue el empleo de la prensa. En su periódico, *La Crónica*, un suelto consignó que “el advenimiento de los conservadores al Poder habría de servir de aliciente a toda clase de criminales”. Figueroa reconoció que el periódico se excedió y tardó varios años en reconciliarse con su hermano¹²⁴⁰.

En aquella elección, la más valiosa aportación al encumbramiento de Figueroa no provino de su familia materna y de la red de relaciones de los Udaeta Romo, sino de los

¹²³⁹ ROMANONES, Conde de: *Notas de una vida...* (op. cit.), p. 66.

¹²⁴⁰ *Ibid.*, p. 67.

republicanos, que colaboraron con la maquinaria electoral liberal como interventores de las mesas electorales. Entre ellos se encontraba Tomás Gómez Martínez, jefe del comité local del partido federal, que fue propuesto como interventor de la mesa de la tercera sección. Las elecciones, a las que también concurría el médico socialista Jaime Vera confirmaron a Figueroa como diputado, con una ventaja de 247 votos sobre su hermano. Su elección garantizó a Figueroa un puesto de honor entre los líderes emergentes del liberalismo dinástico, que fue ratificado con su nombramiento como alcalde de Madrid, en 1894, y con su ascenso a un ministerio, en 1901. Su fulgurante carrera en el liberalismo dinástico le proporcionó, además, el reconocimiento de la Corona, que creó para él un título referenciado en uno de los viejos señoríos de su familia¹²⁴¹.

Figura 7.3. Resultados de las elecciones de diputados de 1891

Candidatos	Partido	1ª	2ª	3ª	4ª	Total
Álvaro Figueroa Torres	Liberal	217	248	155	203	823
José Figueroa Torres	Conservador	118	82	197	179	576
Francisco Pi i Margall	Republicano	1	4	4	0	9
Jaime Vera López	Socialista	5	1	0	0	6
Otros, de menos		0	2	2	0	1
Papeletas inutilizadas		1	0	0	0	1
Papeletas en blanco		1	1	2	0	4
Total		343	337	360	382	1.422

Fuente: Elaboración propia, a partir de AMGUE-ED, 724.

La referencia al zapatero remendón que encabezó la comisión desplegada por los liberales de Madrid ante Sagasta denota la vocación atrapalotodo de Figueroa, que no se contentó con lograr el apoyo de la elite local. El diputado aspiraba a ensanchar su base electoral desde abajo, ya por medio del establecimiento de redes clientelares, ya mediante el recurso a la dinámica melodramática de la política liberal, como quedó de manifiesto en las décadas siguientes. Para el diputado, cualquier ocasión era propicia para exhibir su dominio sobre la política local, como ocurría cada vez que ganaba las elecciones. Desde 1898, los liberales instituyeron un ritual destinado a visibilizar los triunfos de su jefe y evitar el riesgo de desmovilización que comportaba la ausencia de lucha electoral. La ceremonia consistía en la solemne entrega de la credencial por el gobernador civil a un grupo de ciclistas, que debían desplazarse a Madrid para entregar el acta de diputado, y así lograr la primera credencial en el Congreso. En su primera edición, el acto se amenizó con la interpretación de la *Marcha de Cádiz* por una banda musical¹²⁴².

¹²⁴¹ MORENO LUZÓN, Javier: *Romanones...* (op. cit.).

¹²⁴² *La Crónica*, 2-4-1898.

En marzo de 1901, los liberales organizaron una manifestación de adhesión al conde, que acababa de ser designado por Sagasta ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, el primer cargo de su dilatada carrera ministerial. En la manifestación participaron “con sus estandartes”, comisiones de la industria, el comercio, la Escuela Normal, el Ateneo Obrero y la prensa. La ciudad se engalanó con colgaduras y faroles, y el comercio cerró sus puertas. Desde el balcón del Ayuntamiento, los abogados Antonio Molero y Tomás Bravo y Lecea, dos de los más fieles acólitos del diputado, se dirigieron al público¹²⁴³. En los días siguientes, el Ayuntamiento acordó cambiar el nombre de la Plazuela de la Fábrica, que adoptó el de Conde de Romanones¹²⁴⁴. Los seguidores del ministro organizaron un banquete, que en un principio se pensaba celebrar en Guadalajara, pero terminó trasladándose al restaurante Lhardy de Madrid, y finalmente fue desconvocado, so pretexto de que el propio conde, abrumado por el homenaje de sus electores, había disuadido a sus seguidores de celebrarlo¹²⁴⁵.

La causa más probable de la suspensión del evento fue la frialdad de los electores hacia su jefe de filas, en una ciudad en la que buena parte de las clases medias y populares orbitaban en torno al republicanismo, mientras otros sectores desarrollaban estrategias de acción política alternativas a la política electoral. Ello fue patente el mismo día de la manifestación organizada por los liberales, cuando, a la altura del convento que había ocupado sor Patrocinio, un grupo de manifestantes se separó del desfile y protagonizó una pedrea¹²⁴⁶. No por ello, el conde renunció a su voluntad de buscar el concurso de los electores por la vía melodramática y paternalista. En las semanas siguientes a su designación, el ministro regaló al Ateneo Obrero un lote de libros¹²⁴⁷ y un donativo de 1.000 pesetas, informando a la prensa de sus generosas dádivas. Mayor alcance esperaba Romanones de su gestión cerca del ministro de la Guerra, que, en una reunión en Madrid, prometió al alcalde liberal, Lorenzo Vicenti, y al teniente de alcalde republicano, Manuel Diges Antón, la posible construcción de un cuartel en la ciudad¹²⁴⁸. Los esfuerzos del conde y sus seguidores fueron vanos, como demostraba el rumbo que había tomado la política local desde las elecciones de 1899 y 1901, en las que los republicanos amenazaron seriamente la hegemonía romanonista, obligando al diputado a adoptar otras estrategias para consolidar su base de poder local.

¹²⁴³ *Flores y Abejas*, 10-3-1901.

¹²⁴⁴ *Flores y Abejas*, 17-3-1901.

¹²⁴⁵ *Flores y Abejas*, 31-3-1901.

¹²⁴⁶ *Flores y Abejas*, 31-3-1901.

¹²⁴⁷ *Flores y Abejas*, 14-4-1901.

¹²⁴⁸ *Flores y Abejas*, 21-4-1901.

7.4. El intrincado camino de la democracia: los republicanos y la amenaza a la hegemonía liberal

El entendimiento entre liberales y republicanos no siempre fue posible. Tres meses después de la reelección de Álvaro Figueroa, en 1891, los republicanos decidieron medir sus fuerzas en las primeras elecciones municipales celebradas por sufragio universal masculino. El censo electoral pasó de 743 a 1.782 electores en la capital, de los que participaron 1.279. Los republicanos federales y progresistas se presentaron coaligados, lo que les aseguró cuatro de los once escaños en juego, frente a cuatro independientes y tres liberales. Los conservadores desaparecieron del panorama político municipal, y salvo en las elecciones municipales de 1895 y la de diputados de 1896, emprendieron una larga travesía en el desierto hasta la irrupción del maurismo. La victoria republicana fue amarga para los federales, cuyo líder histórico, Manuel González Hierro, no obtuvo el acta, que tampoco logró Manuel Diges Antón, una de las figuras emergentes del partido. Por contra, triunfaron dos republicanos progresistas, el banquero Félix Alvira y el comerciante Lorenzo Vicenti, que, en pocos años, terminó en la red romanonista y llegó a ser alcalde y administrador de la fortuna del conde.

Los liberales anticiparon la derrota de sus candidatos en un editorial de su periódico en el que quedaba retratado el instrumentalismo dominante en la cultura política romanonista. Por un lado, el editorial apelaba a los viejos valores del progresismo, declarándose enemigo “de toda tendencia poco expansiva o reaccionaria” y señalando que “a todos combatimos con las mismas energías y aún nos quedan para combatir a sus aliados, aun cuando lleven en sus labios la palabra libertad, si llevan en el corazón el odio a la hermosa causa que defendemos (...). Ondea en nuestro campo la bandera negra, frente a todo lo que parezca acomodaticio o reaccionario”. Sin embargo, el editorial reivindicaba el bautismo del partido liberal local en “aquellos memorables días en que la reacción se puso al servicio del Sr. Vizconde de Iruete y la libertad de parte de D. Álvaro Figueroa”. El editorial justificaba la procedencia heterogénea los liberales arriacenses, señalando que “los que nos tachen de *dúctiles* y de *benévolos* con cierta clase de *procedencias* –con la que ha pocos días viva– y confundidos marchábamos a la pelea con el partido conservador serán, a no dudar, a los platónicos y hojalateros de siempre, los que a modo de los sacrificadores antiguos conducían las víctimas al altar cubriéndolas de víctimas y de flores para después vilipendiarlas (...). Decídanse esos declamadores *puritanos* de *oficio* o de *aluvión* a dar el asalto a la fortaleza y no seremos nosotros de los últimos. Con ellos y sin ellos”¹²⁴⁹.

¹²⁴⁹ La Crónica, 10-5-1891.

Figura 7.4. Resultados de las elecciones de concejales de 1891

Distrito	Candidaturas	Partido	Votos
I Distrito / San Juan de Dios	Vicente Ruiz Lueta	Republicano	136
	Baltasar Zabía Conill	Independiente	133
	Saturio Ramírez García	Liberal	130
	Severiano Sardina Agustín	Republicano	127
	Gregorio Vallejo	Conservador	107
	Francisco Ainsua Lobón	Republicano	73
	Ramón Ronquete Noya	Liberal	68
	Nicolás Cuesta		1
	Manuel González Hierro	Republicano	1
	Francisco Pi y Margall	Republicano	1
	En blanco / de menos		129
II Distrito / Casas Consistoriales	Félix Alvira Pascual	Republicano	160
	Lorenzo Vicenti Martín	Republicano	155
	José Ruiz Ortiz	Independiente	133
	Manuel González Hierro	Republicano	95
	Manuel Diges Antón	Republicano	1
	Félix Sanchís Rumeu	Republicano	1
	Vicente Ruiz Lueta	Republicano	1
	Severiano Sardina Agustín	Republicano	1
	Ramón Ronquete Noya	Liberal	1
	Saturio Ramírez García	Liberal	1
	En blanco / de menos		79
III Distrito / La Concepción	Eusebio Alvira Pascual	Independiente	133
	Narciso Sánchez Hernández	Liberal	116
	Félix Sanchís Rumeu	Republicano	70
	Félix Alvira Pascual	Republicano	1
	Manuel Diges Antón	Republicano	1
	Benito Sáenz de Tejada	Conservador	1
	Lope Montemayor Martín		1
IV Distrito / Jáudenes	Benito Sáenz de Tejada	Independiente	110
	Santos Bozal Moreno	Liberal (Demócrata)	84
	José Sáenz Verdura	Conservador	80
	Manuel Diges Antón	Republicano	64
	En blanco / de menos		2

Fuente: Elaboración propia, a partir de AMGUEC, 147801.

Al triunfo republicano contribuyó la fortaleza de los federales, que, en los años previos a la elección se había alimentado de savia nueva. Junto a González Hierro y Diges figuraban entre sus dirigentes el sastre Severiano Sardina, el comerciante Antonio Luengo Dosaguas, el hojalatero Julián Antonio Núñez o el tipógrafo Tomás Gómez, fundador en

el Sexenio de la primera asociación cooperativa de obreros de la que se tiene constancia en la ciudad, que fundó una Sociedad de Socorros Mutuos, afecta al federalismo, en noviembre de 1890¹²⁵⁰. La fortaleza de los republicanos se debilitó en los años siguientes, como confirma su nuevo acercamiento a los liberales, en las elecciones de 1893 y 1895. En el primer caso, los liberales recuperaron su fuerza, con siete concejales, y los republicanos mantuvieron el tipo, con otros cuatro, entre ellos, Manuel González Hierro. En 1895, sin embargo, la coalición cosechó un rotundo fracaso, de la que solo se salvaron algunos liberales. Los conservadores triunfaron en todos los distritos, a pesar de la competencia carlista. El elevado número de votos en blanco en el primer distrito sugiere que muchos republicanos rechazaron la coalición.

A finales de los años noventa, sin embargo, los republicanos arriacenses impulsaron la reunión de todas las sensibilidades, siguiendo la pauta de sus correligionarios en otros puntos del país¹²⁵¹. El 11 de febrero de 1897, en la fiesta conmemorativa de la I República, federales y progresistas acordaron la formación de un comité republicano coaligado¹²⁵². Manuel Diges, líder federal, señaló que desde esa noche “deben suprimirse los apellidos entre los republicanos, puesto que todos deben cobijarse bajo una misma bandera” y apeló a la disciplina “más severa” en la nueva organización. Varios días después, los republicanos coaligados fundaron el Partido Republicano Revolucionario, cuya primera decisión fue hacer una cuestación “con objeto de allegar algún recurso, aunque pequeño, con que mitigar las necesidades más premiosas, de algunos correligionarios, si las había, o en caso negativo, de las personas más necesitadas de la ciudad”¹²⁵³. Sin embargo, el entusiasmo se desvaneció pronto, porque los republicanos se retrajeron en las elecciones celebradas en mayo, a pesar de la oposición de algunos de sus líderes¹²⁵⁴. La unidad de los republicanos arriacenses fue ratificada en agosto, cuando se integraron en la Fusión Republicana¹²⁵⁵.

¹²⁵⁰ *El Heraldo de Madrid*, 18-11-1890.

¹²⁵¹ SUÁREZ CORTINA, Manuel: *El gorro frigio...* (op. cit.).

¹²⁵² DUARTE, Ángel: “Cultura republicana” (art. cit.), p. 232; SÁNCHEZ COLLANTES, Sergio: “Una visión global sobre el republicanismo en Asturias durante el siglo XIX”, *Historia Contemporánea*, 38 (2009), pp. 191-217.

¹²⁵³ *La Crónica*, 23-2-1897.

¹²⁵⁴ Flores y Abejas, 2-5-1897.

¹²⁵⁵ *La crónica*, 28-8-1897.

Figura 7.5. Resultados de las elecciones de concejales de 1895

Distrito	Candidaturas	Partido¹²⁵⁶	Votos
I Distrito / San Juan de Dios	Diego Bartolomé Boitebeg	Conservador	219
	Nicasio del Campo Peñalver	Conservador	150
	Jerónimo Vallejo Martínez	Conservador	143
	Juan Isidoro Ruiz Rojo	Coalición L-R (L)	112
	Francisco Ainsua Lobón	Coalición L-R (R)	109
	Feliciano Pérez Asenjo	Coalición L-R (L)	80
	Julián Poyatos Calvo	Carlista	20
	Juan Isidoro Ruiz Lobón	-	1
	Ezequiel Castelló Puerta	Independiente	1
	Raimundo Cuadrado	-	1
	De menos / en blanco	-	67
II Distrito / Casas Consistoriales	Antonio Boixareu Claverol	Conservador	156
	Laureano Saldaña Martín	Coalición L-R (R)	116
	Eduardo Pacios Caballero	Coalición L-R (R)	29
	Ezequiel de la Vega Tejada	Conservador	1
	Raimundo Osona Bautista	Coalición L-R (L)	1
	Juan Isidoro Ruiz Rojo	Coalición L-R (L)	1
	En blanco		5
III Distrito / La Concepción	Manuel M ^a Valles Carrillo	Conservador	213
	Raimundo Osona Bautista	Coalición L-R (L)	69
	Ezequiel Castelló Puerta	Independiente	43
	Fernando Gamboa Gamboa	Conservador	2
	Laureano Saldaña Martín	Coalición L-R (R)	1
	En blanco		1
IV Distrito / Jáudenes	Fernando Gamboa Gamboa	Conservador	182
	Juan Fco. Zabía Bernad	Coalición L-R (L)	119
	José Sagarmínaga Sáez	Carlista	29
	Lorenzo Esteban Tabernero	Independiente	8
	Vicente Martín Manzano	Conservador	2
	Anacleto Oñez	-	1
	Juan Isidoro Ruiz Rojo	Coalición L-R (L)	1
	En blanco		2

Fuente: Elaboración propia, a partir de AMGU-EC, 147803.

A mediados de marzo de 1899, la prensa local anunció que los republicanos lucharían en las elecciones municipales de mayo al margen de los liberales. En las semanas siguientes empezaron a conocerse los nombres de los candidatos, encabezados por el líder de la Fusión, el banquero Félix Alvira¹²⁵⁷. El 13 de abril, republicanos de todas las tendencias acordaron en una asamblea una candidatura de unidad republicana, en la que, junto a Alvira, figuraban republicanos de diferentes sensibilidades, obediencias y perfiles socioprofesionales, desde el líder de los federales, Manuel Diges, a los médicos Ángel Blanco y Rafael de la Rica, pasando por José Adán, Severiano Sardina y Lino Agustín del Olmo¹²⁵⁸. Los liberales subestimaron a sus antiguos aliados, pues hasta principios de mayo no intentaron atraerlos a su redil, como era habitual. Pero esa vez

¹²⁵⁶ *La Crónica*, 4-5-1895.

¹²⁵⁷ *Flores y Abejas*, 19-3-1899, 2-4-1899, 9-4-1899.

¹²⁵⁸ *Flores y Abejas*, 16-4-1899.

intentaron una candidatura pactada también con los conservadores, y para ello convocaron una reunión a la que asistieron representantes de los tres partidos. La delegación republicana, integrada por Julián Antonio Núñez y los candidatos Alvira, De la Rica y Adán rechazó el ofrecimiento, alegando que “tenían ya designados sus candidatos y no podían pactar con los monárquicos”¹²⁵⁹.

Durante la campaña, los republicanos desplegaron todas sus fuerzas para ganar la elección. Dos días antes del final de la campaña celebraron un *meeting* en el Salón Castelló, un espacio teatral en el que habitualmente celebraba sus reuniones el comité electoral. En el acto intervinieron, entre otros, Alvira, defendiendo “una verdadera unión para la lucha electoral y ulteriores fines”, y Manuel Diges, que “habló como lo hiciera un apóstol, con el calor de sectario que ve en sus ideas el único medio de redención del oprimido”. En su crónica, el periódico fundado por Miguel Mayoral ironizó acerca del tono reformista de los republicanos, al señalar que “creímos asistir a un *meeting* de *sans culotte* (*sic*) y nos encontramos con representantes de todas las clases de la sociedad, y todas con más sensatez que la necesaria en un país donde hemos creído preciso ser locos para ser algo”. En esas circunstancias, el conde de Romanones se desplazó a Guadalajara una semana antes de las elecciones, y anunció que visitaría la ciudad el día de la votación, algo poco habitual tratándose de unos comicios municipales, advirtiéndole a sus correligionarios que “la elección próxima es de tal naturaleza, que es preciso trabajen todos sus amigos cual lo hicieran si del mismo Conde se tratara”¹²⁶⁰.

En el primer distrito, que comprendía la zona baja de la población y un amplio entorno agrario, los republicanos obtuvieron tres de las actas, aunque por debajo del candidato con más sufragios, el liberal Miguel Fluiters Contera, sobrino de Casimiro Contera y un importante propietario agrícola y agente de negocios. Con su victoria, Fluiters puso pie firme en el Ayuntamiento, del que llegó a ser alcalde entre 1909 y 1918. A lo largo de su trayectoria, llegó a convertirse en el hombre fuerte de la maquinaria electoral y partidista del conde de Romanones en la ciudad. En los demás distritos, los republicanos obtuvieron resultados más discretos, salvo en el caso del banquero Alvira, cuya victoria evidenciaba que seguía siendo el candidato republicano que menos recelos despertaba. Tras las elecciones, el órgano romanonista en la provincia dedicó un elogioso editorial a los republicanos, reconociendo que “tienen influencia en Guadalajara, luchan con decisión por la idea y están muy bien organizados. Lánzanse a la calle en días de elecciones con la fe del que lucha por defender causa santa, y son todos esforzados y valerosos soldados, que pelean por la entidad, no por la persona y no van a la contienda por contraer méritos personales para mañana, porque ese mañana va siempre cerca del hoy”. El periódico añadía que su triunfo, sin embargo, había sido fruto del apoyo de los conservadores independientes “en odio a sus más afines” y lanzó un mensaje al propio Romanones: “comprendiendo que ya no caben amigos sino correligionarios [debe]

¹²⁵⁹ *La Crónica*, 4-5-1899.

¹²⁶⁰ *La Crónica*, 11-5-1899.

organizar sus huestes, recontar sus fuerzas y comunicarlas su sabia para que el árbol de la libertad en Guadalajara brote lozano y vigoroso”¹²⁶¹.

Figura 7.6. Resultados de las elecciones de concejales de 1899

Distrito	Candidaturas	Partido	Votos
I Distrito / San Juan de Dios	Miguel Fluiters Contera	Liberal	192
	José Adán García	Republicano	173
	Severiano Sardina Agustín	Republicano	168
	Lino Agustín del Olmo	Republicano	149
	Antonio Molero Asenjo	Liberal	148
	Miguel Pérez Patiño	Liberal	122
	Emilio Casado Batanero	Independiente	22
	En blanco	-	46
	Votantes totales		340
II Distrito / Casas Consistoriales	Félix Alvira Pascual	Republicano	185
	Rafael de la Rica Albo	Republicano	169
	Lorenzo Vicenti Martín	Liberal	166
	Bernardino Viejo del Pueyo	Liberal	145
	José Adán García	Republicano	1
	Lino Agustín del Olmo	Republicano	1
	Votantes totales		339
III Distrito / La Concepción	Manuel Diges Antón	Republicano	156
	León Carrasco Gómez	Liberal	121
	Miguel Rodríguez de Juan	Carlista	43
	José Diges Antón	Republicano	1
	En blanco	-	1
	“Doña Sinceridad”	-	1
	Votantes totales		323
IV Distrito / Jáudenes	José Diges Antón	Republicano	162
	Julio Ramírez Serrano	Liberal	153
	Miguel Rodríguez Juan	Carlista	3
	Votantes totales		318

Fuente: Elaboración propia, a partir de AMGU-EC, 147803.

Pero el árbol de la libertad liberal no brotó con vigor, porque, en julio de 1901, nueve de los diez concejales republicanos y un independiente fueron suspendidos por el Gobierno, después de una compleja cohabitación en el consistorio. A lo largo de ese tiempo, liberales y republicanos mantuvieron una tensión creciente, que revelaba la colisión entre sus dispares culturas políticas. La primera polémica enfrentó a los concejales de la mayoría con el liberal Fluiters, que rechazó la moción de los republicanos para que se dejaran de reservar palcos en el teatro para los concejales. Fluiters defendió la presencia de los concejales en las funciones, “ya para la conservación del orden como también para exigir a las empresas la fiel observancia del programa anunciado, siendo por

¹²⁶¹ *La Crónica*, 18-5-1899.

tanto preciso que tuviera reservado un sitio decoroso”. En el mismo pleno, al debatirse un aumento del presupuesto destinado a las ferias de otoño, Fluiters volvió a tomar la palabra, “empezando por manifestar que se honraba con ser católico y que veía con disgusto que a estos actos [actos religiosos] no concurrían algunos Sres. Concejales”, y señalando que, “hasta en los pueblos más insignificantes procuran celebrar la función de su patrono con el mayor esplendor posible, contrastando con ellos la Capital en donde todo se reduce a una modesta función de Iglesia y a la procesión”. El republicano José Adán contestó señalando que “si a este Ayuntamiento hubiera correspondido hacer la declaración de Patrona, quizá no lo fuese la Virgen de la Antigua, puesto que a su vez el mejor patrono de un pueblo debe ser el individuo que más se interese por lo que al mismo convenga”¹²⁶². El enfrentamiento dialéctico despertó el interés del público, que en el siguiente pleno abarrotó los salones del Consistorio.

Una nueva polémica estalló en mayo de 1900, a cuenta de los retrasos de la Compañía Eléctrica en el alumbrado de la ciudad. El Ayuntamiento impuso una multa a la compañía, contra el criterio del alcalde, Lorenzo Vicenti, un ex posibilista premiado por Romanones con la alcaldía tras renegar de su vieja militancia. La reticencia de Vicenti a exigir a la compañía el pago de la multa despertó suspicacias entre los republicanos y provocó la división de la corporación en dos bandos “uno lo constituyen republicanos e independientes, que están en mayoría, y otro los liberales”¹²⁶³. La tensión estalló un año después, cuando el Gobierno liberal, del que formaba parte el conde de Romanones, ordenó la suspensión de los concejales, argumentando irregularidades en el pago de las obras de la fachada del Ayuntamiento, que habían sido aprobadas por la mayoría republicana contra el criterio de los concejales liberales. De la suspensión se salvaron solo dos concejales republicanos, uno de ellos, José Diges, hermano del líder federal, que mantuvo un agrio enfrentamiento con sus compañeros.

Los republicanos suspendidos se defendieron en la prensa de las acusaciones. Antonio Medranda, formalmente independiente, aunque aliado de los republicanos, señaló en *El Imparcial* que el Ayuntamiento no había pagado ninguna cantidad al contratista, “que ha rescindido el contrato porque no cabe otra solución, y que la destitución de los diez concejales, falta de base legal, la funda el gobernador en «futuras alteraciones de orden público»”¹²⁶⁴. Diges Antón envió un telegrama a *El País*, donde defendió que “donde hay mayoría republicana, hay honradez administrativa (...). España juzgará sobre nuestra conducta”¹²⁶⁵. Tras la expulsión de los republicanos, los liberales consiguieron la mayoría de escaños, reforzada por el nombramiento de varios ex concejales para ocupar las vacantes, entre los que eran mayoritarios los liberales. Los republicanos volvieron a triunfar en las elecciones de 1901, aunque ello no les permitió contar con la mayoría de escaños en el Consistorio. Su debilitamiento, por otra parte,

¹²⁶² AMGU-AS, 141631, 4-8-1899.

¹²⁶³ Flores y Abejas, 6-5-1900.

¹²⁶⁴ *El Imparcial*, 31-7-1902.

¹²⁶⁵ *El País*, 31-7-1902.

reflejaba la competencia de un nuevo actor, el Partido Socialista, cuya irrupción evidenció las limitaciones de los republicanos para captar el apoyo de las clases populares y erosionó su hegemonía en la izquierda¹²⁶⁶.

7.5. Artesanos políticos: el nacimiento del socialismo

Las semillas del socialismo arriacense germinaron en el caldo de cultivo de la intensa politización popular del final de la época isabelina y el Sexenio. Desde mediados de la década de 1860, era patente la creciente participación de un puñado trabajadores manuales en las discusiones de la esfera pública. La represión gubernamental durante la Noche de San Daniel desencadenó una movilización de la izquierda progresista y demócrata de toda la provincia, en la que participaron algunos representantes del artesanado de la capital. La caída de la monarquía borbónica propició una mayor participación política popular, que tuvo sus primeros episodios en las jornadas revolucionarias de 1868. En esa coyuntura, varios trabajadores manuales y algunos jornaleros protagonizaron episodios aislados de agitación relatados por el periodista Luis Cordavias, que, a pesar de su carácter aislado, revelan el ensanchamiento de una esfera pública hasta entonces restringida a un público mayoritariamente burgués y mesocrático.

Al margen de esos episodios, los representantes de las clases populares tuvieron un destacado papel en la articulación del republicanismo. El líder federal en la ciudad, el médico Manuel González Hierro, se rodeó de una nutrida corte de colaboradores entre los que destacaron varios maestros de los oficios, como el hojalatero Julián Antonio Núñez Losada, los carpinteros Quintín Raposo y Juan Casado o el cerrajero Agapito Gutiérrez. De todos ellos, quien más lejos llegó dentro del republicanismo local fue Núñez, que llegó a convertirse en concejal durante el Sexenio y desempeñó un papel central en la política municipal durante la Restauración. En 1897 se convirtió en presidente del comité local del Partido Republicano Revolucionario, versión local y anticipada de la fusión republicana que entonces acordaron federales y progresistas. En 1887, Núñez fue elegido concejal, y en 1905 volvió a ocupar el escaño, convirtiéndose en teniente de alcalde. Raposo, por su parte, abandonó pronto la actividad partidista y se convirtió en contratista de obras, mientras Casado y Gutiérrez ocuparon cargos orgánicos en el republicanismo federal en los ochenta. Todos ellos, maestros en sus respectivos oficios, y dueños de sus propios talleres, son buenos ejemplos del cariz burgués dominante en el republicanismo arriacense, cuyas posiciones ideológicas se alejaban del radicalismo de los impulsores de las sociedades obreras que se formaron en la ciudad en el Sexenio y los inicios de la Restauración.

Los artífices del primitivo movimiento obrero en la ciudad eran, en su mayoría, trabajadores manuales asalariados o pertenecían a los oficios que se vieron más afectados

¹²⁶⁶ SUÁREZ CORTINA, Manuel: *El gorro frigio...* (op. cit.).

por la descualificación, como los tipógrafos o los representantes de oficios relacionados con la construcción. El tipógrafo Tomás Gómez Martínez fue uno de ellos. Jefe de los Voluntarios de la Libertad, en 1871 fundó una Asociación Cooperativa de Obreros, avanzada del societarismo surgido al calor del internacionalismo. A finales de ese año, el periódico *La Federación* anunciaba que estaba en trámite de constitución la federación local de la I Internacional¹²⁶⁷, constituida formalmente en febrero de 1872¹²⁶⁸, aunque su actividad debió de ser discreta, a juzgar por la modesta aportación de su Consejo local para el sostenimiento de la huelga de sogueros y tintoreros de Barcelona a finales de ese año¹²⁶⁹. En la órbita del internacionalismo arriacense se encontraban otros dos trabajadores manuales, el pintor papelista Bernardino Martín y el zapatero Antero Baños. Ambos se adhirieron individualmente a la Federación Regional de la AIT, lo que sugiere la inoperatividad del consejo local¹²⁷⁰. Martín centró su actividad política en la actividad orgánica dentro de la Juventud Republicana y el Partido Republicano Federal, de cuyos comités locales fue miembro en 1869¹²⁷¹ y 1870¹²⁷², junto a una mayoría de trabajadores vinculados a los oficios tradicionales. En el comité del partido federal, Martín coincidió con Tomás Gómez¹²⁷³, paradigmático representante de la difusa línea que separaba el internacionalismo obrerista de inspiración libertaria y el republicanismo federal. Gómez escaló posiciones en la organización, de cuyo comité local llegó a ser presidente en 1886¹²⁷⁴ y dirigió una de las cabeceras de la prensa filorrepublicana de la capital provincial, *La Verdad*, que terminó desapareciendo en 1883. A la Juventud Republicana pertenecieron otros dos cajistas, Ricardo Martín Vigil y Victoriano Calderón Andrés.

La trayectoria de Calderón, por su parte, subraya la relación entre el societarismo de raíces libertarias y el socialismo marxista¹²⁷⁵. Nacido en Guadalajara, donde había participado en la movilización contra la represión moderada finales de los sesenta, y emigrado a Madrid, en junio de 1870 fue elegido miembro del Consejo local de la Internacional, con Paulino Iglesias y Eligio Puga¹²⁷⁶. En la capital, trabajó en la imprenta de Diego Valero, donde conoció a otros tipógrafos con los que Iglesias formó la Asociación del Arte de Imprimir, como Antonio García Quejido y Julián Fernández Alonso¹²⁷⁷. En 1879, fue designado vocal de la comisión iniciadora del Partido Socialista Obrero¹²⁷⁸ y se encargó, con Iglesias y Francisco Mora, de la redacción del programa, el

¹²⁶⁷ *La Federación*, 8-10-1871.

¹²⁶⁸ CALERO DELSO, Juan Pablo: *Elite y clase...* (op. cit.).

¹²⁶⁹ *La Federación*, 28-9-1872.

¹²⁷⁰ CALERO DELSO, Juan Pablo *Elite y clase...* (op. cit.).

¹²⁷¹ *La Igualdad*, 4-5-1869.

¹²⁷² *La Igualdad*, 3-6-1870.

¹²⁷³ Además de Gómez y Martín, al comité pertenecían los panaderos Policarpo García Cardiel y Juan Paniagua, el primero de ellos, maestro. En la Juventud Republicana destacaban los cajistas Victoriano Calderón y Ricardo María Vigil, el albañil Vicente Martín y el carpintero Emilio Casado.

¹²⁷⁴ *La Discusión*, 5-2-1886.

¹²⁷⁵ RALLE, Michel: "Cultura obrera y política socialista. Los primeros decenios del PSOE", *Ayer*, 54/ (2004), pp. 49-70.

¹²⁷⁶ SABORIT, Andrés: *Pablo Iglesias y su tiempo*. Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 2009, p. 87.

¹²⁷⁷ *Ibid.*, 543.

¹²⁷⁸ *Ibid.*, 242.

reglamento y el primer manifiesto del partido¹²⁷⁹. En los años siguientes, Calderón formó parte del Comité central provisional socialista¹²⁸⁰ y presidió la Asociación General del Arte de Imprimir, a la que estuvo ligada hasta su muerte, en noviembre de 1891¹²⁸¹.

Entretanto, en Guadalajara, el asociacionismo popular había empezado a rehacerse, tras una etapa de inactividad desde el final del Sexenio. El mercado de trabajo local vivía sus horas más boyantes, como consecuencia del boom de la construcción, y el despliegue del sistema benéfico-asistencial liberal contribuyó a fortalecer la hegemonía de la elite burguesa. Algunos de los militantes internacionalistas dieron un nuevo impulso al movimiento asociativo, articulado en torno a la Sociedad de Zapateros afecta a la Federación de Trabajadores de la Región Española¹²⁸². Pero el societarismo internacionalista fue definitivamente reemplazado por el movimiento socialista, que irrumpió en la ciudad a finales de 1879. A finales de ese año, un grupo de cajistas madrileños estrechamente relacionados con Pablo Iglesias había constituido en la clandestinidad la agrupación local del Partido Socialista, que solo contaba entonces con otros dos núcleos, en Madrid y Barcelona¹²⁸³. El líder de la agrupación socialista de Guadalajara era el zamorano Julián Fernández Alonso, tesorero de la Asociación del Arte de Imprimir, que llegó a Guadalajara atraído por Alfonso Martín Manzano, un cajista nacido en la ciudad y emigrado a Madrid, que había regresado a la capital alcarreña para organizar la Imprenta de la Inclusa, dependiente de la Diputación Provincial. Junto a Fernández Alonso y Martín, se instaló en la ciudad Enrique Burgos Boldova, firmante del acta constitutiva del PSOE en mayo de 1879¹²⁸⁴.

La nueva agrupación tuvo su principal soporte en la sección de la Federación Tipográfica, creada a finales de 1881 como una subsección de la Asociación del Arte de Imprimir madrileña, de la que tomó su nombre. La sociedad inició su andadura con catorce afiliados –13 cajistas y un maquinista–, la mayoría, empleados en la Imprenta Provincial. Entre ellos, además de Burgos, Martín Manzano y Fernández Alonso –que actuó como tesorero–, se encontraban algunos representantes del oficio, como Victoriano Torija y el fundador de la Asociación Cooperativa de Obreros de la ciudad en 1871, Tomás Gómez, que fue designado presidente. La elección de Gómez, que compaginó su militancia en el partido federal con la presidencia de la sociedad tipográfica, revela el afán de la Agrupación de incorporar la tradición societaria al movimiento socialista, lo que cuestiona el exclusivismo marxista habitualmente atribuido al primer socialismo. El resto de tipógrafos de la sociedad trabajaban en la Imprenta Provincial, aunque no hay constancia de que estuvieran previamente vinculados con el oficio. Entre ellos se encontraban Ligorio Ruiz, hijo de un oficial de cuentas de la Diputación y secretario de la sociedad, los hermanos Cordavias, que eran hijos de un cartero, Cayetano González,

¹²⁷⁹ *Ibid.*, 158.

¹²⁸⁰ *Ibid.*, 247.

¹²⁸¹ *El Imparcial*, 10-10-1891.

¹²⁸² CALERO DELSO, Juan Pablo: *Elite y clase...* (op. cit.).

¹²⁸³ CASTILLO, Santiago: *Historia de la UGT* (vol. 1). Madrid, Siglo XXI, 2008.

¹²⁸⁴ ALEJANDRE TORIJA, Enrique: *El movimiento obrero...* (op. cit.).

hijo de un alguacil del Ayuntamiento, y Manuel Aragonés, miembro de una conocida estirpe de albañiles radicados en el Arrabal del Agua, uno de los barrios populares de la ciudad, a la que pertenecieron varios de los primeros líderes del socialismo arriacense. También participó en la sociedad el joven Baldomero Huetos, vástago de una familia de carniceros, que terminó trasladándose a Madrid, donde trabajó en la redacción de *El Socialista* y llegó a ser presidente de la Asociación General del Arte de Imprimir¹²⁸⁵. Solo Antonio Mayoral, que había vivido desde su infancia acogido en la Casa de Expósitos, donde probablemente había aprendido el oficio, y Ceferino García, que acababa de llegar a la ciudad, parecían estar ligados al oficio¹²⁸⁶.

La heterogénea composición social de la plantilla de la Imprenta Provincial y de la sociedad tipográfica refuerza la idea de que la nueva agrupación había nacido con la voluntad de extenderse hacia un amplio espectro social, cuya principal herramienta fue la propaganda¹²⁸⁷. El responsable de esa estrategia fue el propio Fernández Alonso, que concebía las sociedades de resistencia no solo como “baluarte de los obreros contra las demasías de los patronos”, sino sobre todo, como “escuelas revolucionarias donde los desheredados despiertan su dormida inteligencia y adquieren exacta idea de la lucha de clases”¹²⁸⁸. Fieles a esa idea, los socialistas de Guadalajara se comportaron más como una “tertulia de amigos”, que como vanguardia revolucionaria, lo que limitó sus posibilidades de expansión más allá de la Imprenta Provincial y de un reducido grupo de trabajadores de la construcción a los que Fernández Alonso, “con paciencia, consiguió interesar en las nuevas ideas”¹²⁸⁹. El grupo estuvo encabezado por el albañil Modesto Aragonés – hermano de Manuel y de Ignacio, otro militante de la agrupación– y por el carpintero Luis Ranz, nacido en un pueblo de Guadalajara, Fuencemillán, pero procedente de Madrid, donde había optado a la elección como diputado provincial en la primera candidatura electoral del partido, en 1882. Ranz, oficial de carpintero, trabajaba en uno de los talleres del oficio en la ciudad, propiedad de Luciano Fernández. En el establecimiento logró acomodo para Primo, uno de los hijos mellizos de Ignacio Aragonés¹²⁹⁰.

En la labor propagandista destacó Enrique Burgos, que, en las veladas del Ateneo se distinguió por su defensa del socialismo. En 1885, Burgos rebatió las posiciones del conferenciante, Antonio Hernández, señalando que “la sociedad actual defiende más a la familia que la que desean los socialistas (...) que más bien que atacar a la familia la protegen”. Burgos defendió el divorcio, como “medio de evitar aquellos escándalos que existen en la sociedad actual”. A finales de 1882, Pablo Iglesias pasó una temporada en

¹²⁸⁵ aunque terminó siendo expulsado de la misma y de la Agrupación Socialista Madrileña al verse implicado en un desfalco la junta directiva que presidía Diccionario biográfico

¹²⁸⁶ Los miembros de la sociedad tipográfica, en *El Domingo*, 29-8-1885. *Cit.* en Calero Delso, Juan Pablo, *Elite y clase*, p. 316.

¹²⁸⁷ En mayo de 1886 se acordó distribuir en la ciudad ejemplares de *El Socialista*. *El Socialista*, 21-5-1886.

¹²⁸⁸ El entrecomillado corresponde a su necrológica en *El Socialista*, 14-1-1887. Según afirmó Morato, el responsable del artículo fue el propio Pablo Iglesias. Véase: Morato, Juan José: *Líderes del movimiento obrero español (1868-1921)*. Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1972, p. 235.

¹²⁸⁹ SABORIT, Andrés: *Pablo Iglesias... (op. cit.)*.

¹²⁹⁰ Flores y Abejas, 8-12-1894.

Guadalajara, donde asistió asiduamente a las reuniones de la agrupación, que entonces no pasaba de una veintena de militantes. Desde ese momento, apenas tenemos noticias de la participación de los socialistas arriacenses en algunos episodios de presión sindical. En 1883, Manuel Aragonés y Jerónimo de Gregorio, mozos de rueda de la Imprenta Provincial, presionaron a la Diputación para lograr un aumento de su jornal de 1,75 pesetas por “la carestía de artículos alimenticios en esta capital”¹²⁹¹. Denegada su petición¹²⁹², los militantes volvieron a presionar, y con ellos, el escribiente de la imprenta y un joven expósito de la Inclusa que trabajaba como marcador, logrando finalmente un aumento de un real¹²⁹³. En 1886, también Emilio Cordavias y Antonio Mayoral solicitaron aumentos salariales, pero de forma individual¹²⁹⁴, una práctica muy alejada de la confrontación que caracterizó la huelga de tipógrafos de Madrid, en 1882. Tales reivindicaciones reflejan el alejamiento de los ideales colectivistas del primitivo socialismo arriacense, un giro confirmado en los años siguientes por la evolución social y política de los tipógrafos.

En enero de 1887, a la muerte de Fernández Alonso, era patente que la agrupación socialista “solo a él debía su existencia”. Modesto Aragonés, líder de la Agrupación desde entonces, trató de expandir el movimiento más allá del selecto círculo de aquella aristocracia obrera fraguada al calor de la Imprenta Provincial. Para ello, fundó una Sociedad de Socorros Mutuos, titulada “La Unión”, ese mismo año. Pero su marcha a Madrid frustró las aspiraciones de aquel activo albañil, que, instalado en la capital, fundó la Sociedad de albañiles “El Trabajo”, uno de los motores de la naciente Unión General de Trabajadores. En Guadalajara quedaron los tipógrafos de la Imprenta Provincial, que fueron distanciándose de la Agrupación. A mediados de 1887, la brecha entre los tipógrafos y el resto de los socialistas era patente en el hecho de que, si los primeros no se adhirieron a la campaña del partido en favor de la jornada laboral de 8 horas, la Agrupación sí lo hizo¹²⁹⁵. Militante de primera hora de la AGAI, Crespo y Burgos lideraron una mermada Agrupación Socialista, que, si bien formó una nutrida biblioteca de obras marxistas, terminó extinguiéndose en pocos años. La mayor parte de sus miembros abandonaron la imprenta, escalaron socialmente y terminaron aproximándose al republicanismo burgués, fagocitado pronto por el liberalismo romanonista y su hábil política de alianzas. Burgos y Ligorio Ruiz se establecieron por su cuenta. Alfonso Martín ingresó como redactor en *Miel de la Alcarria* y el semanario *Flores y Abejas*, fundado por el Miguel Mayoral. Los hermanos Cordavias, por último, abandonaron la imprenta. Emilio se integró en el liberalismo dinástico¹²⁹⁶, lo que le proporcionó colocación en la administración provincial de Hacienda¹²⁹⁷, y Mariano heredó el puesto de su padre como cartero. Su hijo Luis trabajó unos años en la Imprenta Provincial, pero también se

¹²⁹¹ BOPG, 16-11-1883.

¹²⁹² BOPG, 7-4-1884.

¹²⁹³ BOPG, 21-4-1884.

¹²⁹⁴ BOPG, 17-5-1886.

¹²⁹⁵ *El Socialista*, 25-3-1887.

¹²⁹⁶ *Flores y Abejas*, 26-9-1897.

¹²⁹⁷ *Flores y Abejas*, 21-7-1895.

incorporó a la redacción de *Flores y Abejas*, donde se distinguió por su proximidad al romanonismo. La transfiguración más sorprendente fue la de Gómez Crespo, que terminó siendo premiado por Romanones con la secretaría de un pueblo como premio por sus servicios.

Con estos antecedentes, la candidatura socialista en las elecciones de febrero de 1891 se saldó con una formidable derrota. Aunque los socialistas eran conscientes de sus escasas posibilidades en la contienda electoral, la designación de Aragonés como candidato revela un intento de medir las fuerzas de la agrupación en la ciudad, frente a la todavía desconocida fuerza de Álvaro Figueroa y Torres, futuro conde de Romanones, que se presentó por el partido liberal, y de su hermano José, vizconde de Irueste, que lo hizo por el conservador. Los socialistas se presentaron ante los electores con un manifiesto, publicado en el periódico republicano *El Atalaya*, del que se hicieron eco algunos colegas locales. La reseña que del manifiesto hizo la *Revista Popular*, un semanario vagamente vinculado al republicanismo, es sintomática de la capacidad de los socialistas de remover, siquiera levemente, los cimientos del sistema, pues aunque se ufanaba de que “tienen poco eco en nuestra región ideas tan disolventes”, admitía que “el problema social se halla planteado y a todo el mundo debe preocupar”¹²⁹⁸. Ni la designación de Aragonés como candidato –a última hora sustituido por Jaime Vera–, ni el recurso a nuevas formas de propaganda, ni la competencia de Irueste, que contaba con el respaldo de su padre, el marqués de Villamejor, lograron doblegar las fuerzas del candidato fusionista, que ya había ganado la elección parcial en 1888 y no ocultó la utilización de los mecanismos por los que ha pasado a los anales del fraude. Los socialistas obtuvieron seis votos en la capital, quedando por debajo de Francisco Pi i Margall, quien, a pesar de no presentar candidatura por acumulación, recibió nueve votos¹²⁹⁹. La elección, sin embargo, sirvió para dar al socialismo una visibilidad mucho mayor que la derivada de la estrategia propagandística practicada en la década anterior.

Algunos de los viejos socialistas profesaron en silencio su credo socialista. Luis Cordavias, en 1903, saludó la publicación de *Evangelina*, novela de Ubaldo Romero de Quiñones, como “una hermosa página de propaganda socialista” y felicitaba “a todos los que comulgan en las ideas socialistas, pues Evangelina ha de hacer más por su causa que muchas reuniones y discursos de propaganda”¹³⁰⁰. Por entonces, la proximidad del grupo con Romero de Quiñones, que vivía desterrado en Guadalajara, donde había impulsado el Ateneo Obrero, era evidente. Tal vez el contacto entre ellos, su aburguesamiento y probablemente la calma que reinaba en la ciudad no invitaban al optimismo, y poco a

¹²⁹⁸ *Revista Popular*, 1-2-1891.

¹²⁹⁹ En las elecciones de 1886, la coalición republicana presentó a Pi i Margall como candidato por acumulación. En el distrito de Guadalajara-Cogolludo recibió 42 votos, 40 de ellos en la capital, quedando a muy poca distancia del segundo candidato más votado, el conservador Julián Benito Chávarri. Pi recibió 21.244 votos en todo el país. Los resultados electorales en Guadalajara, en AMGUE-ED, 723, 1886. Sobre las elecciones de 1886: DARDÉ MORALES, Carlos, “Las elecciones de diputados de 1886”, *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Contemporánea*, 5 (1986), pp. 223-259. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.14198/AnContemp.1986.5.10>.

¹³⁰⁰ *Flores y Abejas*, 29-11-1903.

poco, muchos de aquellos socialistas, librepensadores, ácratas y viejos revolucionarios terminaron separándose del movimiento en el que habían realizado su aprendizaje de la política.

A comienzos del siglo XX, el socialismo volvió a resurgir en la ciudad. A la familia Aragonés se sumaron otras, que, poco a poco, constituyeron las sociedades obreras de albañiles, panaderos, carreteros y pastores. En 1903, el socialismo arriacense había quedado reconstruido, y celebró un meeting en el Teatro Principal. En el meeting intervinieron todos ellos, empezando por Estanislao Jaraba, presidente de la sociedad de pastores, que se disculpó por su falta de instrucción y reclamo “auxilio urgente para la clase labradora”. Jaraba concluyó su discurso lanzando un viva a las banderas de las sociedades, otro a España y otro a todos los obreros¹³⁰¹. Diego Manchado, de la sociedad de panaderos, abogó por la desaparición del patronaje “abusivo, egoísta e inhumano”, y animó a todas las sociedades obreras a la unidad¹³⁰². Modesto Aragonés, que, en realidad estaba vinculado al socialismo madrileño, centró sus reivindicaciones en la jornada laboral de 8 horas, indicando que “si en la capital de la Alcarria trabajando 10 horas diarias, solo hay ocupación para el obrero hasta septiembre, con la jornada de 8 horas se prolonga aquella hasta Diciembre”. También se felicitó por el avance del movimiento obrero en la ciudad, y por el hecho de que de prácticamente todos los obreros de la ciudad estuvieran asociados. Por último, trazó una división entre los jornaleros de la ciudad y los del campo, lamentando la triste situación de los primeros en invierno, y pidiendo asimismo, protección para los segundos¹³⁰³. Los líderes de las sociedades obreras ya no eran los tipógrafos madrileños, sino jóvenes de los arrabales nacidos en la ciudad, en la mayor parte de los casos, en los arrabales. Los discursos de los representantes obreros de la ciudad reflejaban las distintas fuentes de su cultura política, en la que se conjugaban su identidad del oficio, propia de la comunidad, con una incipiente identidad de clase y ciudadana.

7.6. La defensa de la comunidad y del oficio

Los ciclos de protestas de 1856, la activa participación de jornaleros y menestrales durante la Gloriosa y la primitiva experiencia de los socialistas arriacenses ponen de manifiesto que la movilización popular trascendía las severas limitaciones impuestas por un sistema electoral restringido. Su fluctuante presencia en el espacio público reflejaba, más que su desmovilización, una racionalidad que ha sido calificada como una “deferencia simulada”, que lo mismo les llevaba a protagonizar ciclos de protesta cargados de violencia que a comprometer su voto por dinero con el conde de Romanones, toda vez que fue aprobado el sufragio universal masculino. La connivencia de los

¹³⁰¹ *La Región*, 1-5-1903.

¹³⁰² *La Región*, 1-5-1903.

¹³⁰³ *La Región*, 1-5-1903.

electores hacia la maquinaria electoral de la Restauración no solo no retrajo a las clases populares de sus viejas formas de reivindicación, sino que más bien pareció alentarles a forzar la negociación mediante la protesta. Ese parecía ser el objetivo de la multitud congregada en la Plaza Mayor en febrero de 1890, para solicitar trabajo. Este tipo de manifestaciones en el espacio de poder municipal revela el funcionamiento de una cultura de la protesta que combinaba acciones de tipo modular, como una manifestación en demanda de trabajo, con la negociación con el Ayuntamiento, reconocido por los contendientes como institución depositaria de la legitimidad tradicional, frente al Gobierno Civil, que encarnaba la moderna legitimidad legal del Estado liberal.

La realización de obras públicas puede contribuir a explicar la aparente calma de la ciudad durante la década de 1890, sumamente convulsa en otros lugares¹³⁰⁴. La paz se quebró en septiembre de 1897, cuando más de un centenar de mujeres¹³⁰⁵ se concentró frente al Ayuntamiento para demandar una bajada del precio del pan, que había pasado de 35 a 40 céntimos. Una comisión de manifestantes expuso al alcalde su reivindicación, y el primer edil se comprometió a negociar la bajada con los tahoneros. Al día siguiente, el conflicto se trasladó al granero de uno de los tratantes de cereal, Nicolás Cuesta Hernando, que planeaba sacar su trigo para venderlo fuera de Guadalajara. Las amotinadas, que portaban una pancarta que rezaba “¡Viva el alcalde! ¡Abajo los acopiadores! ¡Pan a once céntimos!”; apedrearon la casa de Cuesta, volcaron los carros que transportaban el cereal y se apostaron durante dos días junto a su propiedad para vigilar la salida del trigo, mientras un grupo de manifestantes se trasladó al Gobierno Civil, donde protagonizaron una pedrea¹³⁰⁶. Las acciones desplegadas por las protestatarias, en su mayoría mujeres, presentaban los rasgos típicos de la acción contenciosa contenida, más que transgresiva¹³⁰⁷: una defensa de la economía moral, patente tanto en el motivo de la reivindicación como en el reconocimiento de la autoridad local frente a la estatal, y la participación de actores políticos previamente reconocidos, como las mujeres, el acaparador y el detentador de la autoridad tradicional, el alcalde, frente al depositario de la autoridad racional-legal, el gobernador civil.

En el motín tuvo un destacado papel una mujer que asumió un liderazgo de tipo carismático durante los siguientes decenios, Juana Aragonés, popularmente conocida como *La Chaleca*. Juana era una vecina del Arrabal del Agua, el levantisco barrio extramuros que, desde mediados de los cincuenta, acumulaba una vieja experiencia de rebeldía en defensa de la costumbre. Había nacido en 1855, en una familia jornalera, y desde muy joven se había dedicado a trabajar como sirvienta. A mediados de los años ochenta se casó con Elías Rodríguez, *El Negris*, un jornalero agrícola con el que se vio

¹³⁰⁴ GIL ANDRÉS, Carlos: *Echarse a la calle...* (op. cit.), p. 403; BASCUÑÁN AÑOVER, Óscar: *Movilización y desorden...* (op. cit.).

¹³⁰⁵ Según las fuentes, el número oscilaba entre las 100 mujeres que contaba el corresponsal de *El Imparcial*, Santos Bozal, y las 1.000 de *La Unión Católica*, lo que parece poco probable en una ciudad de 11.000 habitantes. *El Imparcial*, 12-9-1897; *La Unión Católica*, 10-9-1897.

¹³⁰⁶ *El Imparcial*, 12-9-1897.

¹³⁰⁷ Mc ADAM, Doug et al.: *Dinámica...* (op. cit.), p. 8.

empujada a vivir en una zona extramuros de la población, la finca que los Ramírez poseían junto a la Alcantarilla. Allí, Elías trabajaba como guarda, mientras Juana trabajaba como asistente, según indicaba en el padrón de 1904. En 1915, tras la muerte de Elías como consecuencia de un accidente de trabajo, Juana abandonó la finca en la que había vivido con su familia, y se trasladó al Alamín, un humilde suburbio situado a poca distancia del Arrabal del Agua. A comienzos de la década de 1920 se instaló con su hija, madre soltera, y su nieta, en una planta baja de la calle de la Azucena, próxima al Arrabal del Agua, el barrio de Zaragoza y el Alamín, los emplazamientos donde había vivido toda su vida, lo que sugiere su fuerte apego al lugar. Su participación en los motines de 1897 y 1918 evidenciaba un carácter combativo, que lo mismo la llevó a defenderse violentamente de la agresión de unos vecinos, en junio de 1902¹³⁰⁸, que a polemizar con un panadero de la plazuela de Bejanque, en diciembre de ese año¹³⁰⁹. En esa ocasión, Juana denunció a su agresor ante la policía, un gesto que cabe ser interpretado como su aceptación de la autoridad legal, con lo que el uso de la violencia representaba un recurso extremo, dirigido a paliar las insuficiencias de un sistema político escasamente representativo.

En marzo de 1898, la ciudad volvió a ser escenario de una manifestación encabezada por mujeres, que reivindicaban la bajada del precio del pan a 35 céntimos. Si la protesta no alcanzó el nivel de violencia de la que había tenido lugar un año antes, se ensayó entonces un repertorio de acción colectiva nuevo, que incluía la formación de un piquete para forzar a los empleados de Hacienda y la Diputación a unirse a la protesta y la formación de una comisión de manifestantes. Poco a poco, la manifestación fue desbordada por la presencia de unas 2.000 personas en el parque de la Concordia, “en su mayor parte de la clase obrera”¹³¹⁰, en la que participaron también algunos panaderos y carniceros de la ciudad¹³¹¹. El intento de la Guardia Civil de disolver la manifestación provocó la reacción de los manifestantes, “llegando un momento en que creímos que el miércoles sería día de luto y lágrimas para Guadalajara”. Se formó entonces una comisión de manifestantes para negociar con el gobernador, a la que se unieron el abogado carlista y presidente del Ateneo Obrero Miguel Rodríguez Juan y el médico León Carrasco. Por la tarde, cerca de 3.000 personas terminaron congregándose frente al Gobierno, en dirección al Ayuntamiento¹³¹². A su paso por la calle Mayor de la ciudad, a la que acudieron alrededor de 3.000 personas. A su paso por los comercios, los manifestantes conminaron a sus propietarios a echar el cierre, “apostrofando a los que, movidos por la curiosidad, se asomaban al paso de los manifestantes”. Una vez en la plaza, una comisión formada por mujeres “de los barrios extremos, armadas de tenazas y escobones” acudió entonces al Ayuntamiento, exhibiendo piezas de pan e invocando su derecho a lograr del

¹³⁰⁸ *La Región*, 24-6-1902, p. 3.

¹³⁰⁹ *La Región*, 19-12-1902, p. 3.

¹³¹⁰ *La Crónica*, 12-3-1898.

¹³¹¹ *Flores y Abejas*, 13-3-1898.

¹³¹² *La Crónica*, 12-3-1898.

Ayuntamiento la satisfacción de las demandas populares, pero el alcalde no ofreció garantías de mediación¹³¹³.

La comisión se dirigió de nuevo al gobierno civil, logrando que el gobernador se comprometiera a “dar alguna solución, estudiando la baja del pan y sobre todo ejercer la vigilancia necesaria a fin de que el pan tenga el peso debido”. Los manifestantes, “satisfechos”, se dirigieron entonces al parque de la Concordia, “vitoreando al Sr. Gobernador”, que anunció una rebaja de los 45 céntimos anunciados a 40. Al día siguiente, jueves, varios manifestantes, recorrieron nuevamente la ciudad solicitando una nueva rebaja, infructuosamente. El sábado, cuando se preparaba una nueva manifestación, Nicolás Cuesta, el acaparador asaltado el año anterior, prometió 4.000 fanegas de trigo con una rebaja de 1,25 pesetas por fanega, y el alcalde se reunió con los carniceros para solicitar una rebaja. Estos aceptaron, con la condición de que el Consistorio aprobara una reducción de los derechos de matadero y consumo¹³¹⁴. El Ayuntamiento abrió una suscripción para financiar la rebaja hasta los 36 céntimos, anunciada el mismo sábado¹³¹⁵.

La protesta de marzo de 1898 revela profundos cambios en el repertorio y los objetivos de la protesta, que sugieren una transformación de la propia cultura de la acción colectiva. Apenas un año antes, la protesta había adoptado la forma de un clásico motín, con muestras de violencia simbólica (derribo de los carros con el grano) y material (contra el acaparador) y liderazgo de las mujeres. En 1898, este elemento se mantenía, pero todo parece indicar a un cambio en el objetivo de los manifestantes, que pretendían ser reconocidos como interlocutores ante el Ayuntamiento, encarnación de la legitimidad municipal consuetudinaria, y al propio tiempo ante el Gobierno Civil, un actor que representaba la nueva legitimidad del Estado liberal. De ese modo, no solo se diversificó el catálogo de interlocutores y antagonistas en conflictos sucesivos. Por su parte, la protesta estuvo a punto de derivar en una huelga, ampliando el repertorio de acción colectiva consuetudinaria a nuevas formas de lucha. El órgano oficial del partido liberal, *La Crónica*, se expresaba en este sentido, al criticar la posición del alcalde, pues “a una autoridad a quien se le presenta una comisión que va como cabeza, y conservando el orden de tres mil manifestantes, no se le dice que no tiene soluciones para conjurar un conflicto, sinó (sic) está de más en el puesto que ocupa, y menos se le dice que no necesita iniciativas de nadie, porque los encargados de administrar y regir a otros, necesitan consejos e iniciativas de todo el mundo”¹³¹⁶.

En diciembre de 1902, ante una nueva subida del precio del pan, los habitantes de la ciudad volvieron a protestar¹³¹⁷. Durante varios días se organizaron concentraciones en la Plaza Mayor, frente al Ayuntamiento. Una comisión de mujeres se reunió primero con el alcalde y después con el gobernador civil, que se comprometió a defender “los derechos

¹³¹³ Flores y Abejas, 13-5-1898.

¹³¹⁴ Flores y Abejas, 13-5-1898.

¹³¹⁵ *La Crónica*, 12-3-1898.

¹³¹⁶ *La Crónica*, 12-3-1898.

¹³¹⁷ *La Crónica*, 19-12-1902.

de todos”. La protesta conservaba algunos elementos consuetudinarios, principalmente el liderazgo femenino y la invocación de los derechos. Pero en aquella ocasión irrumpieron nuevos elementos. El más evidente fue el protagonismo del gobernador civil, depositario de la legitimidad racional, al que los rebeldes consideraron interlocutor al mismo nivel que el alcalde. La actuación de Juana Aragonés en las protestas confirma la aceptación de la autoridad legal del Estado liberal, ya que, después de ser agredida por un panadero, acudió a la Guardia Civil para denunciar los hechos. Otro elemento novedoso fue el discurso de los revoltosos, que sustituyeron la habitual retórica de la injusticia por una argumentación centrada en la crítica a una medida que calificaron de “injustificada”¹³¹⁸. Las algaradas de 1902, si bien no debieron de alcanzar la espectacularidad del motín de 1897, motivaron una decidida intervención del Ayuntamiento en la cuestión de las subsistencias, ya que el Consistorio acordó crear una tahona reguladora, que funcionó hasta 1904, a pesar de las presiones de los panaderos y de algunos concejales monárquicos. Los republicanos y los socialistas, a pesar de estar encabezados los primeros por el tahonero Manuel Diges, hicieron de la defensa de la tahona una de sus principales batallas simbólicas, solicitando su restitución en 1906, ante el anuncio de una nueva subida del precio del pan¹³¹⁹.

La conflictividad de los años finales del ochocientos no se detuvo entonces. A partir de 1900, la ciudad fue escenario de numerosos conflictos laborales, protagonizados por panaderos, albañiles y hasta por sirvientas, que realizaron un paro de seis horas en 1902 y se manifestaron en el parque de la Concordia. Los panaderos se movilizaron en el verano de 1900. A principios de julio de ese año, los trabajadores de las tahonas de la ciudad formaron una sociedad de resistencia, y a finales de ese mes, se declararon en huelga, siguiendo el ejemplo de sus compañeros de Madrid, Alcalá de Henares¹³²⁰ y otros puntos del país¹³²¹. La huelga fue convocada tras fracasar la estrategia de presión ejercida por los panaderos de la ciudad para imponer a los industriales el *closed-shop* y el reconocimiento de los derechos de carga y descarga del trigo y la harina. El conflicto fue especialmente intenso en la panadería de Felipe Vega, donde cuatro trabajadores pararon antes de la convocatoria de huelga, y en la de los hermanos Manuel y José Diges Antón¹³²². El ingreso en prisión de dos trabajadores de esa tahona, el oficial de pala Felipe Romanillos y el carrero Baldomero Lorenzo, desencadenó la huelga el día 26.

Esa misma tarde, el alcalde romanonista, Lorenzo Vicenti, y los gobernadores civil y militar acordaron destinar a las tahonas a varios soldados, dependientes municipales de obras y limpieza y guardas del Cabildo de Hacendados y Labradores, ocupando las vacantes en el servicio de limpieza siete operarios de las obras del Asilo y

¹³¹⁸ *La Región*, 19-12-1902.

¹³¹⁹ *La Región*, 30-6-1906.

¹³²⁰ *El Socialista*, 27-7-1900; *El Día*, 28-7-1900.

¹³²¹ En aquella coyuntura, también se produjeron huelgas de panaderos en Toledo y Córdoba. *El Socialista*, 13-7-1900 y 3-8-1900.

¹³²² *Flores y Abejas*, 22-7-1900.

Panteón de la condesa de la Vega del Pozo¹³²³. Por la noche, las tahonas volvieron a elaborar pan, pero más de cuarenta obreros panaderos, todos ellos miembros de la sociedad, se refugiaron en uno de los antiguos montes de propios de la ciudad, El Sotillo, donde fueron detenidos¹³²⁴. Solo dos de los panaderos asociados continuaron trabajando en sus respectivas tahonas, aunque, al menos uno de ellos, Manuel Malaguilla Merino, terminó uniéndose a sus compañeros¹³²⁵. En los días siguientes, fueron liberados los detenidos, excepto los líderes de la sociedad, entre los que se encontraba Malaguilla¹³²⁶.

Todos los panaderos de la sociedad eran migrantes o descendientes de familias procedentes de distintos pueblos de la provincia, y tres de ellos, Celedonio Griño, Luis Lorenzo Martínez y Felipe Romanillos –el oficial de pala cuya detención precipitó la huelga– vivían o habían vivido en el barrio de Jáudenes, situado en uno de los confines de la ciudad, entre los arrabales y el casco. Resulta revelador de la cultura política y asociativa de los obreros panaderos que, de todos los detenidos, el que mostraba una identidad corporativa más fuerte –se autorrepresentaba como tahonero– fuera precisamente Malaguilla, el único que rompió la disciplina de la organización el primer día de huelga. Sus compañeros, por el contrario, se autorrepresentaban como jornaleros, y no parece que ninguno de ellos mantuviera una relación familiar con el oficio. Celedonio Griño, por el contrario, había sido sereno municipal en su juventud, cargo del que fue separado por el alcalde “por faltas en el servicio”, en 1887¹³²⁷. Ninguno de ellos tuvo una actuación destacada en el movimiento asociativo socialista posteriormente, salvo Romanillos, que llegó a ser tesorero de la sociedad en 1917¹³²⁸.

En 1902 fueron los albañiles que trabajaban en las diversas obras de la ciudad los que se declararon en huelga. La acción concertada entre los trabajadores de varias obras y su reivindicación de la jornada laboral de ocho horas evidencia que se trataba de una protesta articulada por la sociedad obrera del oficio. En los primeros días de paro, el maestro Ignacio Sanz y la marquesa de Villamejor se comprometieron a acceder a lo solicitado en las obras de su propiedad, no así la Compañía de Construcciones Hidráulicas y Civiles, encargada de las obras de la Condesa de la Vega del Pozo¹³²⁹. La reivindicación horaria, sin embargo, devino en una defensa del oficio, pues los albañiles afearon al director de las obras, Benito Ramón Cura, la división establecida en el trabajo, entre oficiales de primera y de segunda, y ayudantes de primera y segunda. Los albañiles, celosos de su vieja organización tardogremial, defendieron la existencia de tres únicas categorías, oficiales, ayudantes y peones. Al propio tiempo, los albañiles cuestionaron el intrusismo dominante en las obras, al señalar que “este señor no tiene inconveniente de poner a gastar material a hombres que nunca han estado en el oficio ni han practicado el

¹³²³ AMGU-AS, 141632, 27-7-1900.

¹³²⁴ *Flores y Abejas*, 29-7-1900.

¹³²⁵ *La Crónica*, 26-7-1900.

¹³²⁶ *La Crónica*, 2-8-1900.

¹³²⁷ *BOPG*, 12-8-1887.

¹³²⁸ *El Liberal Arriacense*, 21-7-1917.

¹³²⁹ *La Región*, 1-7-1902.

trabajo de albañil”¹³³⁰. Tras más de un mes de huelga, la Compañía aceptó que los albañiles trabajaran 8 horas en invierno, pero se negó a aceptar las condiciones que solicitaban para los meses de verano. Aun así, los albañiles desconvocaron el paro¹³³¹, en parte, porque muchos de sus compañeros habían seguido trabajando. Todos ellos fueron expulsados de la sociedad de albañiles¹³³².

La actitud mantenida por los panaderos y los albañiles en sus huelgas, evidencia el peso que todavía conservaba su sentido de pertenencia al oficio y a la comunidad en la formación de su identidad profesional y política. Pero sus formas de autorrepresentación y el tipo de reivindicaciones por las que se movilizaron, o su propia militancia, denotaba que las viejas formas de articulación social y política habían empezado a disolverse¹³³³. Ubaldo Romero Quiñones, militar desterrado en la ciudad por sus actividades políticas, señalaba en enero de 1902, a propósito de la huelga de criadas, que “aquella satisfacción interior que hacía de los criados apéndices de la familia, por relaciones eminentemente cristianas de amos a criados, de criados a amos, y que todavía hay en muchas partes ejemplares envidiables, puede asegurarse ha desaparecido”¹³³⁴.

La hibridación del viejo gremialismo y el nuevo societarismo dio forma a una cultura política que se movía entre el socialismo artesanal¹³³⁵ y el de clase, como quedó patente en el manifiesto publicado por los candidatos socialistas de cara a las elecciones de 1905. En él, sus firmantes declaraban mantenerse en “completa independencia de las distintas organizaciones políticas, perseverando en ese su más firme desvío y total alejamiento de cuanto a la política atañe”, hacían una cerrada defensa de la “solidaridad, que es a la vez culto y ofrenda de las clases proletarias” y reclamaban la resolución del problema de las subsistencias, la reforma del impuesto de consumos, para que “adopte en su exacción las formas gremiales que la ley autoriza”, y la “higiene en la vivienda y en la calle”¹³³⁶. Los socialistas, al propio tiempo, denunciaban la anormalidad en que se hallaba instalada la ciudad, que atribuían “a la apatía de sus moradores”, y señalaban que aspiraban a “coadyuvar al mejor régimen y gobierno del Municipio, institución primera y fundamental de la vida de los pueblos (...), convencidos de que con ello no hacen otra cosa que cumplir un deber de ciudadanía”. Sus demandas evidenciaban que, a la altura de 1905, había surgido en la ciudad una cultura política en la que se mezclaban las raíces de la rebeldía plebeya con una incipiente identidad de clase y un embrionario municipalismo, que sentaron las bases de una nueva conciencia ciudadana.

¹³³⁰ *La Región*, 22-7-1902.

¹³³¹ ALEJANDRE TORIJA, Enrique: *El movimiento...* (op. cit.).

¹³³² *Flores y Abejas*, 17 agosto 1902, p. 5.

¹³³³ SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo: acción colectiva y organización obrera. Madrid, 1901-1923*. Madrid, Cinca, 2005.

¹³³⁴ *Flores y Abejas*, 19 enero 1902, pp. 2-3.

¹³³⁵ RALLE, Michel: “Cultura obrera...” (art. cit.).

¹³³⁶ *La Región*, 10 noviembre 1905, pp. 2-3.

CONCLUSIONES

El manifiesto electoral de los socialistas en 1905 es ilustrativo de la naturaleza híbrida que había adquirido el cambio histórico en una ciudad como Guadalajara durante los dos últimos tercios del siglo XIX y los primeros años del XX. En el texto es patente la relación dialógica que mantenían las conductas propias de la comunidad, que, a pesar de haber iniciado su disolución, aún conservaba parte de su vigor, y las de una sociedad urbana que empezaba a asimilar las formas relacionales e identitarias propias de la modernidad. En la experiencia de los socialistas, como en la de muchos otros habitantes de la ciudad, la identidad del oficio, articulada hasta hacía poco tiempo a través de la organización corporativa tardogremial, coexistía con una incipiente conciencia de clase, probablemente adquirida a través de las lecturas y discusiones mantenidas en el seno de las sociedades obreras e, incluso, en el Ateneo Obrero, creado por la elite para disciplinar a la población subalterna. Por otra parte, el fuerte arraigo de los militantes socialistas a la economía moral de la multitud, patente en las relaciones que mantenían entre ellos, casi todos vecinos de los arrabales, se mezclaba con una conciencia ciudadana que, a través de la defensa de la higiene pública y los servicios, expresaba una preocupación intelectual por la ciudad y una incipiente reivindicación de su derecho a ella, patente en la defensa del buen gobierno y la crítica a la apatía de la elite.

La preocupación de los socialistas por los problemas de la ciudad evidencia el papel que la experiencia urbana tuvo en sus habitantes. Y no solo porque en ella fue posible el desarrollo de nuevas formas de asociación, sino porque demuestra la existencia de una identidad local propia, vinculada a sus prácticas y alejada del provincialismo difundido por la elite desde mediados del ochocientos para legitimar la condición capitalina de la ciudad e impulsar su hegemonía sobre los pueblos. Ello sugiere que, más allá de la dimensión institucional y administrativa de la capital –factores que impulsaron decisivamente su crecimiento demográfico y funcional–, la urbanización adoptó un sentido conductual y cultural. En esos tres ámbitos de la urbanización –demográfico, funcional y cultural–, la ciudad se transformó radicalmente, aunque en algunos aspectos, ello tuviera consecuencias traumáticas, que demuestran que la modernidad no conducía necesariamente al progreso.

A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, Guadalajara reemplazó su vieja dependencia respecto de las Reales Fábricas por una nueva, relacionada con su condición administrativa y castrense. Esta doble función determinó el rumbo de su mercado de trabajo y orientó todas las acciones de los poderes locales a conservarla. Tal identidad, administrativa y castrense ahondó en la subalternidad de la ciudad respecto del Estado liberal y de su capital. Sin embargo, Madrid no solo proyectaba su larga sombra, sino que también irradiaba luz. El gran centro político y de servicios y la pequeña capital administrativa se complementaron, a pesar de su desproporcionada distancia económica,

cultural y jerárquica. Guadalajara se especializó en proveer a Madrid de trabajadores procedentes del agro guadalajareño, en la mayoría de los casos poco o nada cualificados, que nutrieron el mercado de trabajo madrileño de sirvientes y jornaleros mayoritariamente. Madrid, por su parte, alimentó el mercado de trabajo y consumo de Guadalajara, a la que enviaba trabajadores cualificados, no solo del sector servicios, sino también del mundo de los oficios. Al lado de estos movimientos de población, la capital del Estado proveyó a la de la provincia de un contingente de población retornada y, en muchos casos cualificada, que representaba un capital humano que dinamizó su mercado de trabajo. La presencia de esta población en la ciudad favoreció la difusión de nuevos comportamientos sociales y nuevos usos de consumo que justifican el modelo de modernización por contacto.

Uno de los efectos de la asunción de la capitalidad provincial fue la renovación de las elites del Antiguo Régimen, una renovación que no supuso un reemplazo, sino que dio lugar a una amalgama entre la vieja oligarquía y la nueva burguesía inmobiliaria, de los negocios, funcionarial o castrense. Su enriquecimiento se sustentó en el disfrute de cargos públicos, las contratas con la administración, la especulación inmobiliaria y el mantenimiento de sus rentas en el vasto agro de la provincia. La posesión de la tierra ilustra el cambio de mentalidad experimentado por las elites, pues dejó de ser una fuente de prestigio o la base de la subsistencia, para convertirse en una fuente de riqueza y estatus, y un elemento del *habitus* de la elite capitalina, que, en los años centrales del ochocientos, protagonizó un asalto masivo a la propiedad agraria, favorecido por los procesos desamortizadores que afianzaron la hegemonía de la elite sobre el conjunto de la población y de la capital sobre el resto de la provincia.

Las trayectorias de Casimiro Contera y Antonio Sierra, los propietarios de la empresa de diligencias, ilustran las oportunidades de reproducción social y económica que ofrecía la capital a la nueva elite surgida como consecuencia de la construcción del Estado liberal y el despliegue del mercado capitalista. Ambos partieron de posiciones modestas, motivada por el origen migrante en un caso, y por la crisis del oficio paterno, en el otro. Pero los dos recurrieron a distintas fuentes para la adquisición de capital social, tales como la posesión de tierras o inmuebles en circulación como consecuencia de las desamortizaciones¹³³⁷, un oficio destacado en la administración pública, el disfrute de las contratas para la gestión monopolística de los servicios gestionados por la ciudad como consecuencia de su provincialización y municipalización, la participación en la maquinaria electoral del Estado liberal y el establecimiento de una red de relaciones con individuos que gozaban de influencia política. Reunidas todas esas condiciones, o varias de ellas, las posibilidades de enriquecimiento y ascenso social se multiplicaban y el riesgo de caer en desgracia se reducía, lo que permitía a los notables retirarse y vivir de las rentas

¹³³⁷ BEASCOECHEA GANGOITI, José María: “Apropiación territorial en el origen de la urbanización...” (art. cit.), p. 101.

producidas por sus negocios, sus alquileres o el líquido producido por sus tierras, ya fuera cultivadas por jornaleros o arrendadas a otros.

Con la llegada de los migrantes rurales de la provincia, la ciudad enmendó, en parte, la crisis demográfica que la desangraba desde el cierre de sus Reales Fábricas. Como consecuencia de los desplazamientos, Guadalajara dobló su población. Las 5.000 almas escasas que albergaba en la década de 1840 se convirtieron en más de 8.000 a finales de los setenta, y en más de 10.000 en el cambio de siglo. Aunque su tamaño demográfico no la convertía, ni de lejos, en una gran ciudad, su crecimiento provocó problemas de alojamiento y servicios, que obligaron al Ayuntamiento a vencer su secular resistencia a las reformas urbanísticas, aunque estas tuvieran un sentido segregador que acentuó la dicotomía entre el casco y los arrabales.

La emigración rural ilustra la crudeza que el capitalismo agrario y la quiebra de la sociedad rural tradicional tuvieron para los pueblos de las comarcas guadalajareñas, que, si no ofrecía un panorama idílico durante el Antiguo Régimen, sí fue un contexto muy estable durante varios siglos. La transformación de los sistemas de tenencia y explotación agraria impulsada por las desamortizaciones liberó una gran masa de población campesina, que se vio obligada a abandonar la tierra. Tampoco contribuyeron a retener a la población de la provincia la frustrada tentativa industrializadora que trató de edificarse sobre los escombros de las viejas manufacturas protoindustriales ni la todavía más frustrante experiencia de la minería, que tuvo un fulgurante desarrollo en los años centrales de la centuria en Hiedelacina, pero terminó derrumbándose como consecuencia de la codicia de los buscadores de plata. La reforma agraria liberal, las tentativas industriales y la efímera experiencia minera invalidan la tesis del inmovilismo, aunque todas las iniciativas debidas al afán por implantar el capitalismo alteraran negativamente la vida de los guadalajareños, que respondieron en muchos casos mediante la inmigración. La emigración, sin embargo, no fue únicamente una respuesta a la miseria, sino más bien, el resultado de un cálculo estratégico, que llevó a muchos migrantes a buscar su reproducción social y económica, resultante de la expectativa que ofrecía la movilidad hacia Madrid, Guadalajara, Zaragoza, Alcalá de Henares o las cabeceras de los ocho partidos rurales de la provincia. Factores de expulsión y de atracción se conjugaron, así, para convertir el vasto agro guadalajareño en una masiva cantera de trabajadores de las ciudades cercanas.

Las experiencias de los inmigrantes en la ciudad son reveladores de un plausible cambio de mentalidad, patente en sus nuevas expectativas, y en su incipiente individualismo, como se refleja en las transformaciones experimentadas por la composición y organización de la familia, cuyo papel productivo tradicional empezó a debilitarse, para adoptar un papel reproductivo y afectivo. El hogar abierto del Antiguo Régimen dio paso a un hogar nuclear, en el que se reflejan las contradicciones de una sociedad que había reforzado su sentido patriarcal y, al propio tiempo, otorgaba un valor renovado a las emociones. Pero la afectividad que se refleja parcialmente en los

protocolos notariales evidencia que las emociones habían adquirido una dimensión pública nueva, que pone de manifiesto el vigor adquirido por la esfera pública ya a mediados del siglo XIX.

La llegada de nuevos habitantes, por otra parte, supuso una forzada reforma urbanística, que trataba de paliar la falta de alojamientos y de las presiones de los ingenieros militares alimentó la codicia de los propietarios del suelo, que encontraron en el mercado inmobiliario un negocio seguro y un poderoso instrumento de afirmación de su estatus y propició la adopción de medidas segregadoras, a pesar de que las reformas se limitaran a las alineaciones. Sin embargo, bajo el pretexto de la reforma, muchos propietarios se apropiaron de las callejuelas que hasta entonces habían sido de propiedad colectiva. Al propio tiempo, las reformas permitieron al Ayuntamiento resignificar los espacios públicos y de reunión y la creación de equipamientos urbanos, que sirvieron a las elites locales como herramientas de control de la población. La resignificación y diversificación de los espacios de poder y la ola especulativa de la década de 1880 contribuyeron a alumbrar una nueva espacialidad, caracterizada por la formación de agrupaciones más o menos rígidas y más o menos conscientes de habitantes, que reemplazaron las viejas solidaridades corporativas y patrilocales por nuevos criterios de articulación social, principalmente de clase, pero también basados en la procedencia o el ejercicio de determinadas prácticas perseguidas o rechazadas por la moral burguesa, como la prostitución –lo cual no era una novedad– o las formas de sociabilidad popular.

La construcción dinamizó el mercado de trabajo de la capital, cuya estructura empresarial estuvo marcada por el predominio de un comercio fundamentalmente minorista, cada vez más dirigido a satisfacer la demanda de los ingenieros militares y los empleados que se instalaban en la ciudad. La expansión comercial y la integración de la ciudad en el mercado nacional propiciaron una descomposición del mundo de los viejos oficios y un incremento de una masa de jornaleros urbanos ocupados en diferentes sectores ocupacionales. Era la oferta de trabajo la que condicionaba su inserción laboral, unas veces en la construcción, otras en las tareas agrícolas, algunas, incluso, en las obras públicas que los poderes públicos emprendían para paliar el paro obrero. En el caso de las mujeres, la mayoría que declaraba ocupación se dedicaba al servicio doméstico y solo el comercio, la enseñanza, la sanidad, la hilandería, la lavandería o la costura, principales trabajos feminizados, alteraban su homogeneidad.

La separación del taller y el hogar provocada por los cambios en la estructura productiva, el movimiento migratorio y la redefinición del espacio contribuyeron a acelerar la disolución de la comunidad. Para compensarlo, la elite diseñó nuevos mecanismos de control social, dirigidos a disciplinar a la población. Pero ni su capacidad material para desplegar los dispositivos propios de un estado vigilante ni el control sobre el ocio popular y las prácticas disruptivas, ni el sistema de beneficencia municipal lograron moldear a su antojo a los individuos, cuyas prácticas festivas, sexuales y de sociabilidad evidencian las insuficiencias del Estado liberal y la sociedad burguesa.

La incapacidad relativa del poder para someter y educar a las clases populares se refleja en los ciclos de acción colectiva que tuvieron lugar en la ciudad, marcados por la defensa de la economía moral de la multitud y por el surgimiento de nuevos repertorios de protesta. La participación de la población subalterna en el sistema político y electoral refleja el funcionamiento de una deferencia simulada de la que se benefició la elite concejil y, sobre todo, el conde de Romanones, diputado por el distrito de la capital desde 1888. Su relación con sus electores ilustra particularmente la combinación de mecanismos disciplinarios de tipo clientelar y el cultivo de una nueva forma de hacer política. Como se ha visto, Romanones no desplegó su control cómodamente sobre una ciudad y una provincia sumisas, sino que tuvo que trabajar intensamente para asegurar su elección, y hasta su aclamación, en las veintiuna ocasiones que representó al distrito, incluso cuando, después de la reforma electoral de 1907 lo hizo por el artículo 29. A sus triunfos contribuyeron las generosas dádivas con que obsequiaba a sus electores, en forma de compra de votos y favores de toda índole, pero la principal base de su poder fue su alianza con la elite de la capital, y el apoyo, más o menos interesado, y más o menos entusiasta, de la elite.

Las tensiones que se observaban en el ámbito de las identidades políticas, como en las identidades sociales, profesionales y de género eran el resultado de la fuerte hibridación cultural que experimentaron los habitantes de la ciudad a lo largo del siglo XIX. La conducta de los socialistas en 1905 ejemplifica a la perfección el espíritu fronterizo que adquirió la vida en aquel espacio y aquel tiempo, en los que la línea que separaba el pasado del presente era demasiado delgada.

BIBLIOGRAFÍA

ABÁNADES, Claro: *El Real Señorío Molinés: compendio de su historia*. Madrid, Molina de Aragón, Malvar, Ayuntamiento de Molina de Aragón, 1966.

AGULHON, Maurice: “¿Es la sociabilidad un objeto histórico?”, en *Política, imágenes, sociabilidades: de 1789 a 1989*. Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2016, pp. 103-118.

ALBORS, Carlos: *La Inquisición y el Cardenal de España*. Valencia, 1896.

ALEJANDRE TORIJA, Enrique: *Guadalajara, 1719-1823: un siglo conflictivo*. Madrid, Fundación Federico Engels, 2014.

ALÍA MIRANDA, Francisco y VILLENA ESPINOSA, Rafael: “Asociacionismo y sociabilidad en Castilla-La Mancha: nuevas fuentes, nuevas aportaciones”, en MAZA ZORRILLA, Elena (coord.): *Sociabilidad en la España contemporánea. Historiografía y problemas metodológicos*. Valladolid, Universidad de Valladolid, 2002.

ALLEN, Robert C.: *Revolución en los campos: la reinterpretación de la revolución agraria inglesa*. Zaragoza, PUZ, 2004.

ALONSO MARAÑÓN, Pedro Manuel: “El modelo organizativo de la primera universidad de América: Salamanca, Sigüenza y Alcalá en Santo Domingo”, en RODRÍGUEZ SAN PEDRO, Luis Enrique: *Las universidades hispánicas. De la monarquía de los Austrias al centralismo liberal. Actas del V Congreso Internacional sobre Historia de las Universidades Hispánicas (Salamanca, 1998)* (vol. 1). Salamanca, Universidad de Salamanca, 2000, pp. 39-60.

ALTMAN, Ida: *Transatlantic Ties in the Spanish Empire. Brihuega, Spain, and Puebla, Mexico, 1560-1620*. Stanford, Stanford University Press, 2000.

ÁLVAREZ ULLOA, Pedro: *Memoria histórica del hospital civil provincial de la ciudad de Guadalajara*. Guadalajara, Est. Tipográfico Provincial, 1880.

ANDERSON, Benedict: *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México DF, Fondo de Cultura Económica, 2006 [1983].

ANÓNIMO (Manuel Varela Limia): *Resumen histórico del Arma de Ingenieros*. Madrid, Imprenta Nacional, 1846.

ANÓNIMO: *Manual de diligencias para el año de 1831*. Madrid, Imp. D. Miguel de Burgos, 1831.

ARBAIZA VILALLONGA, Mercedes: *Familia, trabajo y reproducción social: una perspectiva microhistórica de la sociedad vizcaína a finales del Antiguo Régimen*. Bilbao, Universidad del País Vasco, 1996.

ARCHILÉS i CARDONA, Ferrán y MARTÍ, Manuel: “La construcció de la regió com a mecanisme nacionalitzador i la tesi de la dèbil nacionalització espanyola”, *Afers*, 2004, 48, pp. 265-308.

ARCHILÉS i CARDONA, Ferrán: “Lenguajes de nación. Las «experiencias de nación» y los procesos de nacionalización: propuestas para un debate”, *Ayer*, 2013 (2), 90, pp. 91-114.

ARCHILÉS i CARDONA, Ferran: “Una nacionalización no tan débil: patriotismo local y republicanismo en Castellón (1891-1910)”, *Ayer*, 48 (2002), pp. 283-314.

ARESTI, Nerea: “Los argumentos de la exclusión. Mujeres y liberalismo en la España contemporánea”, *Historia constitucional*, 13 (2012).

ARIAS GONZÁLEZ, Luis: “«Se alquilan cuartos interiores económicos». El problema de la vivienda obrera en la España de entresiglos”, en *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, 2001-2002, 19-20.

ARIAS GONZÁLEZ, Luis: *Socialismo y vivienda obrera en España (1926-1939). La cooperativa socialista de casas baratas Pablo Iglesias*. Salamanca, Universidad de Salamanca, 2003.

ARIÈS, Philippe: *Historia de la muerte en Occidente*. Barcelona, Acantilado, 2011 [1975].

ATIENZA BALTUEÑA, Román: “Alvar Fáñez de Minaya”, en PAREJA SERRADA, Antonio (ed.): *Memorial histórico arriacense*. Guadalajara, Imp. Gutenberg, 1915.

AYUNTAMIENTO DE GUADALAJARA: *Ordenanzas municipales para la ciudad de Guadalajara y su término*. Madrid, Establecimiento Tipográfico de R. Labajos, 1875.

AZAÑA, Manuel: *Memorias políticas de guerra* (vol. I). Barcelona, Crítica, 1981.

AZORÍN: *Castilla*. Madrid, Espasa-Calpe, 2014.

BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “Madrid: de capital imperial a región metropolitana: cinco siglos de terciarización”, en *Papeles de Economía Española*, 18 (1999), 18, pp. 18-30.

BAHAMONDE MAGRO, Ángel, OTERO CARVAJAL, Luis Enrique y MARTÍNEZ LLORENTE, Gaspar: *Las comunicaciones en la construcción del Estado contemporáneo en España, 1700-1936. El correo, el telégrafo y el teléfono*. Madrid, Ministerio de Obras Públicas y Transportes, 1993.

BAIROCH, Paul: “Agriculture and Industrial Revolution, 1700-1914”, en *The Fontana Economic History of Europe (3): The Industrial Revolution*. Londres, Fontana Books, 1973, pp. 452-506.

BAKER, Keith M.: *Inventing the French Revolution*. Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

BALDELLOU, Miguel Ángel: *Tradición y cambio en la arquitectura de Guadalajara (1850-1936)*. Guadalajara, Colegio Oficial de Arquitectos, 1989.

BALLESTEROS SAN JOSÉ, Plácido, RODRÍGUEZ PANIZO, Paloma, SANZ ESTABLÉS, Carlos y VALENTÍN-GAMAZO DE CÁRDENAS, Ramón: *Guía histórica de la Diputación Provincial de Guadalajara (1813-2001)*. Guadalajara, Diputación Provincial, 2001.

BARBADILLO ALONSO, Javier y CORTÉS CAMPOAMOR, Salvador: “Evolución histórica del escudo de la ciudad de Guadalajara”, en VV. AA.: *Actas del I Encuentro de Historiadores del Valle del Henares*. Alcalá de Henares, Institución de Estudios Complutenses, 1988, pp. 83-96.

BAREA, Arturo: *La forja de un rebelde (II): La ruta*. Barcelona, DeBolsillo, 2009 [1951].

BAROJA, Pío: *La Busca*. Madrid, Caro-Raggio, 1972.

BARREIRO, Paloma: *Casas baratas. La vivienda social en Madrid (1900-1939)*. Madrid, Colegio Oficial de Arquitectos, 1991.

- BASCUÑÁN AÑOVER, Óscar: “La lucha por los montes. Conflicto y política en la Sierra de Cuenca durante la Restauración”, *Historia Agraria*, 61 (2013), pp. 45-77.
- BASCUÑÁN AÑOVER, Óscar: “Movilización y prácticas del desorden en la sociedad castellano-manchega de la Restauración, 1875-1923”, en MOLINA APARICIO, Fernando (coord.): *Extranjeros en el pasado. Nuevos historiadores de la España contemporánea*. Bilbao, Universidad del País Vasco, 2009.
- BASCUÑÁN AÑOVER, Óscar: *Protesta y supervivencia: movilización y desorden en una sociedad rural: Castilla-La Mancha, 1875- 1923*. Valencia, Centro Francisco Tomás y Valiente, 2008.
- BASURTO, Nieves y PACHO, María Jesús: “Ascenso social y espacio doméstico en Bilbao. La arquitectura como escenografía del poder”, *Historia Contemporánea*, 2010, 39, pp. 481-512.
- BATALLA CARCHENILLA, César María: “Los Ateneos en Guadalajara (1877-1896): primera aproximación”, *Wad-al-Hayara*, 1998, 25.
- BEASCOECHEA GANGOITI, José María (et al.): *La consolidación de la metrópoli de la Ría de Bilbao*. Bilbao, Fundación BBVA, 2009.
- BEASCOECHEA GANGOITI, José María: “Bilbao, de la ciudad industrial al triunfo de la sociedad de masas (1876-1936)”, *Registros. Revista de Investigación Histórica*, 13, 1 (2017), pp. 131-148.
- BEASCOECHEA GANGOITI, José María: “Apropiación territorial en el origen de la urbanización burguesa del Abra de Bilbao, 1850-1905”, *Historia Social*, 58 (2007), pp. 97-122.
- BEASCOECHEA GANGOITI, José María, DE MIGUEL SALANOVA, Santiago y DANTAS, George A. F. “Reforma urbana y opinión pública, Madrid y Bilbao, 1900-1936”, en Luis Enrique Otero Carvajal y Rubén Pallol Trigueros (eds.), *La ciudad moderna: sociedad y cultura en España, 1900-1936*. Madrid, Catarata, 2018, pp. 205-226.
- BELINCHÓN YAGÜE, Diana: “Vidrios castellanos de Cadalso de los Vidrios y de El Recuenco”, *Boletín de la Sociedad Española de Cerámica y Vidrio*, 40, 5 (2001), pp. 385-388.
- BELTRÁN, Francisco Javier: “Common Lands and Economic Development in Spain”, *Revista de Historia Económica-Journal of Iberian and Latin American Economic History*, 34, 1 (2016), pp. 111-133.
- BERMAN, Marshall: *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. México DF, Siglo XXI, 2013.
- BLASCO IBÁÑEZ, Vicente: *Arroz y tartana*. Valencia, Prometeo, 1919.
- BLASCO IBÁÑEZ, Vicente: *La horda*. Valencia, Prometeo, 1905.
- BLÁZQUEZ GARBAJOSA, Adrián: “Sigüenza: una ciudad de señorío episcopal en la Edad Moderna. Instituciones, demografía, economía”, *Studia Historica. Historia Moderna*, 5 (1987), pp. 199-218.
- BLOCH, Marc: *La historia rural francesa: caracteres originales*. Barcelona, Crítica, 1978.

- BONA, Francisco Javier: *Anuario administrativo y estadístico de la provincia de Madrid para el año de 1868*. Madrid, Oficina Tipográfica del Hospicio, 1869.
- BONET CORREA, Antonio: *Los cafés históricos*. Madrid, Espasa-Calpe, 2012.
- BORDERÍAS MONDÉJAR, Cristina y MARTINI, Manuela: “En las fronteras de la precariedad. Trabajo femenino y estrategias de subsistencia (XVIII-XXI)”, *Historia Social*, 96 (2020), pp. 63-78.
- BORDERÍAS MONDÉJAR, Cristina y MUÑOZ ABELEDO, Luisa: “¿Quién llevaba el pan a casa en la España de 1924? Trabajo y economías familiares de jornaleros y pescadores en Cataluña y Galicia”, *Revista de Historia Industrial*, 74 (2018), pp. 77-106.
- BORDERÍAS MONDÉJAR, Cristina: “Suponiendo que ese trabajo lo hace la mujer. Organización y valoración de los tiempos de trabajo en la Barcelona de mediados del siglo XIX”, CARRASCO, Cristina (ed.): *Tiempos, trabajos y género*. Barcelona, Universitat de Barcelona, 2001.
- BORRELL MERLÍN, María Dolores: *Lucio Martínez Gil: representación política y liderazgo sindical*. Toledo, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 2002.
- BORSAY, Peter: *The English Urban Renaissance: Culture and Society in the Provincial Town 1660-1770*. Oxford University Press, 1991.
- BORSAY, Peter: *A history of leisure: the British experience since 1500*. Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2006.
- BOURDIEU, Pierre: *La distinción: criterio y bases sociales del gusto*. Madrid, Taurus, 2012 [1979].
- BOURDIEU, Pierre: *La dominación masculina*. Barcelona, Anagrama, 2006.
- BOURDIEU, Pierre: *Las estrategias de la reproducción social*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.
- BURDIEL, Isabel: *Isabel II. Una biografía (1830-1904)*. Madrid, Taurus, 2010.
- BURGUEÑO, Jesús: *La invención de las provincias*. Madrid, Catarata, 2012.
- BURNETT, John: *Plenty and Want: A Social History of Food in England from 1815 to the Present Day*. Londres, Routledge, 2013.
- BUTLER, Judith: *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona, Paidós, 2007 [1990].
- CABANES, Francisco Xavier: *Guía general de correos, postas y caminos del Reino de España con un mapa itinerario de la Península*. Madrid, Imp. D. Miguel de Burgos, 1830.
- CABANES, Francisco Xavier: *Guía general de Correos, postas y caminos del Reino de España*. Madrid, Imprenta de D. Miguel de Burgos, 1830.
- CABEZAS ÁVILA, Eduardo: *Los de siempre. Poder, familia y ciudad*. Madrid, Siglo XXI-CIS, 2001.
- CABRERA, Miguel Ángel: “La investigación histórica y el concepto de cultura política”, en PÉREZ LEDESMA, Manuel y SIERRA, María (eds.): *Culturas políticas: teoría e historia*. Zaragoza, PUZ, 2010, pp. 19-85.
- CALERO DELSO, Juan Pablo e HIGUERA BARCO, Sergio: *Historia contemporánea de la provincia de Guadalajara, 1808-1931*. Guadalajara, Bornova, 2008.

CALERO DELSO, Juan Pablo: “El ocaso de la burguesía republicana. Guadalajara (1891-1910)”, *Wad-Al-Hayara*, 27 (2000).

CALERO DELSO, Juan Pablo: “La AIT en Guadalajara (1870-1888)”, *Actas del V Encuentro de Historiadores del Valle del Henares*. Guadalajara, Institución Provincial Marqués de Santillana, Diputación Provincial, 1996.

CALERO DELSO, Juan Pablo: “La Escuela Laica de Guadalajara (1885-1939)”, en *Añil*, 2004-2005 (28), pp. 81-87.

CALERO DELSO, Juan Pablo: “Los amigos de Pablo Iglesias en Guadalajara”, en MORAL SANDOVAL, Enrique y CASTILLO, Santiago (coord.): *Construyendo la modernidad: obra y pensamiento de Pablo Iglesias*. Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 2002, pp. 303-318.

CALERO DELSO, Juan Pablo: *Elite y clase: un siglo de Guadalajara (1833-1930)*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2006; ALEJANDRE TORIJA, Enrique: *El movimiento obrero en Guadalajara (1868-1939)*. Madrid, Fundación Federico Engels, 2008.

CAMACHO CABELLO, José: *La población de Castilla-La Mancha, siglos XIX y XX*. Toledo, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 1999.

CAMARILLO HIERRO, Tomás: *Memorias de mi vida*. Guadalajara, Diputación Provincial-Casa de Guadalajara de Madrid, 2000.

CAMPOS GARCÍA, Ángel: “Prólogo” a CABILDO DE HACENDADOS Y LABRADORES DE GUADALAJARA: *Cabildo de Hacendados y Labradores de Guadalajara Constitución y legislación (1575-1904)*. Guadalajara, Imp. La Región, 1904.

CAMPS, Enriqueta: “De ocupación, sus labores. El trabajo de la mujer en los albores del siglo XX, 1919-1920”, en GONZÁLEZ PORTILLA, M. y ZÁRRAGA, K. (eds.): *Pensamiento demográfico, coyuntura y microanálisis. IV Congreso de la Asociación de Demografía Histórica* (vol. 2). Bilbao, UPV-EHU, 1999.

CANAL, Jordi: “La sociabilidad en los estudios sobre la España contemporánea: una revisión”, en MAZA ZORRILLA, Elena (coord.): *Sociabilidad en la España contemporánea. Historiografía y problemas metodológicos*. Valladolid, Universidad de Valladolid, 2002, pp. 35-55.

CÁNOVAS DEL CASTILLO, Antonio (et al.): *Las mujeres españolas, portuguesas y americanas, tales como son en el hogar doméstico, en los campos, en las ciudades, en el templo, en los espectáculos, en el taller y en los salones*. Madrid, Imp. y Librería de Miguel Guijarro, 1873.

CÁNOVAS SÁNCHEZ, Francisco: *El partido moderado*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1982, pp. 40-41.

CAPEL, Horacio (et al.): *Los Ingenieros militares en España, siglo XVIII: repertorio biográfico e inventario de su labor científica y espacial*. Barcelona, Universitat de Barcelona, 1983.

CAPEL, Horacio: *La morfología de las ciudades (1): Sociedad, cultura y paisaje urbano*. Barcelona, Ediciones del Serbal, 2005.

CARASA SOTO, Pedro: “Por una historia social de la ciudad. Urbanización, pauperismo y asistencia” en BONAMUSA, Francesc y SERRALLONGA, Joan (eds): *La sociedad*

urbana en la España Contemporánea. Barcelona, Asociación de Historia Contemporánea, 1994, pp. 23-63.

CARASA SOTO, Pedro: *Pauperismo y revolución burguesa: (Burgos, 1750-1900)*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1987.

CARBALLO BARRAL Borja: *El Ensanche Este: Salamanca-Retiro, 1860-1931. El Madrid burgués*. Madrid, Catarata, 2015.

CARBALLO BARRAL, Borja, GONZÁLEZ PALACIOS, Daniel, PALLOL TRIGUEROS, Rubén, SAN ANDRÉS CORRAL, Javier y VICENTE ALBARRÁN, Fernando: “Al calor del moderno Madrid: la capital y su hinterland, hacia la recomposición de la red urbana del interior (1860-1885)”, en NICOLÁS MARÍN, María Encarna y GONZÁLEZ MARTÍNEZ, Carmen: *Ayer en discusión: temas clave de Historia Contemporánea hoy*. Murcia, Universidad de Murcia, 2008.

CARDESÍN, José María: “De «Ferrol Urban History» a la «Historia Urbana de Galicia»: explorando la relación entre memoria, imagen y espacio urbano a través de la web”, *Historia contemporánea*, 39 (2009), pp. 403-432.

CARRASCO MARTÍNEZ, Adolfo: “Alcabalas y renta señorial en Castilla: los ingresos fiscales de la Casa del Infantado”, *Cuadernos de Historia Moderna*, 12 (1991).

CARRASCO MARTÍNEZ, Adolfo: “Guadalajara, corte de los Mendoza en la segunda mitad del siglo XVI”, en VV. AA.: *Felipe II y las artes. Actas del Congreso internacional (Madrid, 9-12 de diciembre de 1998)*. Madrid, Universidad Complutense, 2000, pp. 57-69.

CARRASCO MARTÍNEZ, Adolfo: *El régimen señorial en la Castilla moderna: las tierras de la casa del Infantado en los siglos XVII y XVIII*. Madrid, Universidad Complutense, 1991.

CARRASCO, Cristina; BORDERÍAS, Cristina y TORNOS, Teresa: “Introducción. El trabajo de cuidados: antecedentes históricos y debates actuales”, en CARRASCO, Cristina; BORDERÍAS, Cristina y TORNOS, Teresa: *El trabajo de cuidados: historia, teoría y políticas*. Madrid, Catarata, 2019.

CARRERAS, Albert y TAFUNELL, Xavier: *Historia económica de la España contemporánea*. Barcelona, Crítica, 2004; NADAL, Jordi: “La industria fabril española en 1900. Una aproximación”, en NADAL, Jordi, CARRERAS, Albert y SUDRIÁ, Carles (comps.): *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*. Barcelona, Ariel, 1987

CARRETERO ZAMORA, José Manuel: *Cortes, monarquía, ciudades. Las Cortes de Castilla a comienzos de la época moderna (1476-1515)*. Madrid, Siglo XXI, 1988.

CASALS BERGES, Quintí: “Milicia nacional, liberalismo y progresismo: el prototipo leridano en los primeros dos tercios del siglo XIX”, *Trienio: Ilustración y liberalismo*, 2000, 35, pp. 117-154.

CASINO PRINCIPAL DE GUADALAJARA: *Reglamento orgánico*. Guadalajara, Imprenta y Encuadernación Provincial, 1868.

CASSINO, Carmine: “Un caso lucano di emigrazione di mestiere: i ramai della valle del Noce, tra passato e presente”, en LICATA, Delfina (ed.): *Rapporto Italiani nel Mondo* 2015. Roma, Todi, Fondazione Migrantes, Tau, 2015, pp. 367-374.

- CASTEL, Carlos: *Descripción física, geognóstica, agrícola y forestal de la provincia de Guadalajara*. Madrid, Imp. y Fundación de Manuel Tello, 1881, p. 223.
- CASTILLO, Santiago: *Historia de la UGT* (vol. 1). Madrid, Siglo XXI, 2008.
- CASTILLO, Santiago: *Reformas sociales. Información oral y escrita publicada de 1889 a 1893* (vol. 1). Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985, pp. CXXI-CXXII.
- CASTRO, Concepción de: *El pan de Madrid: el abasto de las ciudades españolas del Antiguo Régimen*. Madrid, Alianza, 1987.
- CASTRO, Concepción de: *La revolución liberal y los municipios españoles (1812-1868)*. Madrid, Alianza, 1979.
- CELA, Camilo José: *Viaje a la Alcarria*. Barcelona, Destino, 1967 [1948].
- GÓMEZ MENDOZA, Josefina: *El gobierno de la naturaleza en la ciudad. Ornato y ambientalismo en el Madrid decimonónico*. Madrid, Real Academia de la Historia, 2003.
- CHACÓN, Francisco: “Familias, sociedad y sistema social. Siglos XVI y XIX”, en CHACÓN, Francisco y BESTARD, Joan: *Familias. Historia de la sociedad española (del final de la Edad Media a nuestros días)*. Madrid, Cátedra, 2011.
- CHARTIER, Roger: *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII: los orígenes culturales de la Revolución Francesa*. Barcelona, Gedisa, 1995.
- CHUECA GOITIA, Fernando: *La destrucción del legado urbanístico español*. Madrid, Espasa-Calpe, 1977. Sobre el patrimonio desaparecido de la ciudad: GARCÍA DE PAZ, José Luis: *Patrimonio desaparecido de Guadalajara*. Guadalajara, AACHE, 2011.
- CHURCHILL, David: “‘I am just the man for Upsetting you Bloody Bobbies’: popular animosity towards the police in late nineteenth century Leeds”, *Social History*, 39, 2 (2014), pp. 248-266.
- CHUST CALERO, Manuel: *Ciudadanos en armas: la milicia nacional en el País Valenciano (1834-1840)*. Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1987.
- CLARÍN: “Bustamante”, en *Pipá*. Madrid, Librería de Fernando Fe, 1886.
- CLARÍN: *Doña Berta. Cuervo. Superchería*. Madrid, Librería de Fernando Fé, 1892.
- CLARÍN: *La Regenta*. Madrid, Librería de Fernando Fé, 1900.
- CLARK, Peter: *Small Towns in Early Modern Europe*. Cambridge University Press, 2002.
- COLMEIRO, Manuel: *Derecho administrativo español* (tomo 1). Madrid, Santiago de Compostela, Librerías de D. Ángel Calleja, 1850.
- CONTRERAS, Bibiano: “Apuntes para una Memoria sobre hidrografía de la provincia de Guadalajara”, en ATIENZA, Román, CONTRERAS, Bibiano y PAREJA SERRADA, Antonio (pr.): *Memorial histórico arriacense* (vol. I). Guadalajara, Imp. Gutenberg, 1915.
- CONTRERAS, Bibiano: *El país de la plata: apuntes históricos del descubrimiento de la mina Santa Cecilia sita en Hiendelaencina*. Guadalajara, La Región, 1904.
- CORDAVIAS, Luis: *Vida de Sor Patrocinio: la monja de las llagas*. Guadalajara, Sucesores de Antero Concha, 1917.
- CORONAS TEJADA, Luis: “Aspectos socioeconómicos de la inmigración francesa en Jaén (1750-1834)”, en VILLAR, M. B. y PEZZI, P. (dirs.): *Los extranjeros en la España*

moderna. *Actas del I Coloquio Internacional (Málaga, 28-30 de noviembre de 2002)*. Madrid, Ministerio de Ciencia y Tecnología, 2003, pp. 279-287.

CRUZ ARTACHO, Salvador; GONZÁLEZ DE MOLINA, Manuel; HERRERA GONZÁLEZ DE MOLINA, Antonio: “Los bienes comunales y el socialismo español, 1888-1936”, en PIQUERAS ARENAS, José Antonio (coord.): *Bienes comunales: propiedad, arraigo y apropiación*. Madrid, Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente, 2002.

CRUZ VALENCIANO, Jesús: *El surgimiento de la cultura burguesa: personas, hogares y ciudades en la España del siglo XIX*. Madrid, Siglo XXI, 2014.

CUENDIAS, Manuel y FÉREÁL, Víctor (Madame de Suberwick): *L’Espagne pittoresque, artistique et monumental. Mœurs, usages et costumes*. París, Librairie Ethnographique, 1848.

D. M. A.: *Manual de entradas y salidas de correos en las capitales de las 49 provincias de la Península e islas adyacentes, con otras noticias útiles a toda clase de personas*. Madrid, Est. y Fundación de Eusebio Aguado, 1843.

DANTÍN CERECEDA, Juan: *Dry-Farming Ibérico: cultivo de las Tierras de Secano en las comarcas áridas de España*. Guadalajara, Imp. Gutenberg, 1916.

DE BURGOS, Javier: *Anales del reinado de Doña Isabel II* (vol. 1). Madrid, Est. Tip. de Mellado, 1850-1851.

DE CASTRO, Concepción: *El pan de Madrid. El abasto de las ciudades españolas del Antiguo Régimen*. Madrid, Alianza, 1987.

DE JESÚS MARÍA, Diego: *Desierto de Bolarque, yermo de Carmelitas Descalzos y descripción de los demás desiertos de la reforma*. Madrid, Imprenta Real, 1651, p. 84.

DE LA CALLE VELASCO, María Dolores: “Sobre los orígenes del Estado social en España”, *Ayer*, 1997 (25).

DE LA FUENTE, Rubén: *La ciudad dependiente: el lento caminar de una ciudad de interior. Segovia 1860-1930*. Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2015 (tesis doctoral).

DE LA FUENTE, Vicente: *La vizcondesa de Jorbalán, en el claustro la Madre Sacramento, fundadora del Instituto de Adoratrices del Santísimo*. Madrid, Imp. Vda. e Hija de Gómez Fuentenebro, 1884.

DE MIGUEL SALANOVA, Santiago: *Madrid, sinfonía de una metrópoli europea, 1860-1936*. Madrid, Catarata, 2016.

DE MIGUEL SALANOVA, Santiago: *Republicanos y socialistas. El nacimiento de la acción política municipal en Madrid (1891-1909)*. Madrid, Catarata, 2016.

DE PEDRO ÁLVAREZ, Cristina y SÁNCHEZ LAFORET, José María: “Allí donde habita el desorden. Relaciones de género en el marco de las corralas madrileñas (1853-1930)”, en *Expanding architecture from a gender-based perspective. III International Conference on Gender and Architecture*. Florencia, Scoula di Architettura, 2017 (pendiente de publicación).

DE PEDRO ÁLVAREZ, Cristina: “Amor, emociones y masculinidad en el Madrid popular de entreguerras”, *Arenal*, 24/2 (2017), pp. 539-557.

- DE QUINTO, Javier: *Memoria razonada y estadística de la Administración General de Correos desde 14 de agosto de 1843, en que se encargó de su dirección don Javier de Quinto, hasta enero de 1847, presentada por el mismo al Excmo. Señor Ministro de la Gobernación del Reino*. Madrid, Imprenta Nacional, 1847.
- DE TERÁN, Manuel: “Sigüenza. Estudio de Geografía urbana”, en *Ciudades españolas: estudios de Geografía urbana*. Madrid, Real Academia de la Historia, 2004, pp. 115-136.
- DE VRIES, Jan: “La ciudad en su contexto”, *Manuscripts*, 15 (1997), pp. 207-220.
- DEL MOLINO, Sergio: *La España vacía*. Madrid, Taurus, 2016.
- DEL VALLE CALZADO, Ángel Ramón: “Crecimiento agrario y desigualdad social, 1800-1930”, en DEL VALLE CALZADO, Ángel Ramón (coord.): *Historia agraria de Castilla-La Mancha, siglos XIX-XXI*. Ciudad Real, Almud, 2010.
- DELGADO, Manuel: *El espacio público como ideología*. Madrid, Catarata, 2014.
- DÍAZ SIMÓN, Luis: *Los barrios bajos de Madrid, 1880-1936*, Madrid, Catarata, 2016.
- DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: “La vivienda obrera en España en el siglo XX”, *Studia Histórica*, 2001-2002, 19-20, pp. 207-228.
- DIGES ANTÓN, Juan y SAGREDO MARTÍN, Manuel: *Biografías de Hijos ilustres de la provincia de Guadalajara*. Guadalajara, Tipografía y Encuadernación Provincial, 1889.
- DIGES ANTÓN, Juan: “La carretera de Madrid a Zaragoza. Su travesía por la ciudad de Guadalajara. Reseña histórica-descriptiva” (I), *Revista del Ateneo Caracense y Centro Volapükista Español*, agosto de 1888, VIII.
- DIGES ANTÓN, Juan: “La carretera de Madrid a Zaragoza...” (II), *Revista del Ateneo Caracense y Centro Volapükista Español*, noviembre de 1888, XI, pp. 87-91.
- DIGES ANTÓN, Juan: “La carretera de Madrid a Zaragoza...” (III), *Revista del Ateneo Caracense y Centro Volapükista Español*, noviembre de 1888, XI, p. 100.
- DIGES ANTÓN, Juan: *El periodismo en la provincia de Guadalajara apuntes para su historia seguidos de una brevísima noticia de las imprentas establecidas en la misma provincia*. Londres, Forgotten Books, 2018 [1902].
- DIGES ANTÓN, Juan: *Guía de Guadalajara y su provincia*. Guadalajara, Imprenta y Encuadernación Provincial, 1890.
- DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE GUADALAJARA: *Memoria presentada a la Excma. Diputación Provincial por la Comisión permanente de su seno, en su reunión ordinaria del mes de noviembre de 1884*. Guadalajara, Imp. y Encuadernación provincial, 1885.
- DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE GUADALAJARA: *Memoria presentada a la Excma. Diputación Provincial por la Comisión permanente de su Seno en su reunión ordinaria del mes de abril de 1892*. Guadalajara, Imprenta y Encuadernación Provincial, 1892.
- DOBADO, Rafael y LÓPEZ GARCÍA, Santiago: “Del vasto territorio y la escasez de hombres: la economía de castilla-La Mancha en el largo plazo”, en GERMÁN, Luis G., LLOPIS, Enrique, MALUQUER DE MOTES, Jordi y ZAPATA, Santiago: *Historia económica regional de España. Siglos XIX y XX*. Barcelona, Crítica, 2001, pp. 238-270.
- DOBADO, Rafael: “Una aproximación a la historia económica contemporánea de Castilla-La Mancha”, en PALACIO MORENA, Juan Ignacio: *Estructura económica de Castilla-La Mancha*. Ciudad Real, Almud, 2002, pp. 15-48.

- DOBÓN, María Dolores: *El intelectual y la urbe: Clarín, maestro de Azorín*. Madrid, Fundamentos, 1996.
- DOBÓN, María Dolores: “Tema e imagen en Superchería. Naufragio en Guadalajara”, en *Anales de Literatura Española*, 9 (1993), pp. 21-29.
- DUARTE, Ángel: “Cultura republicana”, en FORCADELL, Carlos y SUÁREZ CORTINA, Manuel (coords.): *Historia de las culturas políticas... (op. cit.)*, pp. 229-254.
- DUBERT, Isidro: “Familia, inmigración y espacio urbano en la historia de Galicia: Santiago de Compostela, siglos XVIII-XX”, FORTEA PÉREZ, José Ignacio (coord.): *Imágenes de la diversidad: el mundo urbano en la Corona de Castilla (siglos XVI-XVIII)*. Santander, Universidad de Cantabria, 1997, pp. 201-243.
- DUBERT, Isidro: “Transformación urbana y modernidad en las ciudades y villas de Galicia, 1860-1930”, en OTERO CARVAJAL, Luis Enrique y PALLOL TRIGUEROS, Rubén (eds.): *La sociedad urbana en España, 1900-1936. Redes impulsoras de la modernidad*. Madrid, Catarata, 2017, pp. 132-163.
- DUBY, Georges y PERROT, Michelle (dir.): *Historia de las mujeres: 4. El siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2006.
- ELEY, Geoff: “Nations, Publics and Political Cultures: placing Habermas in the Nineteenth Century”, en CALHOUN, Craig: *Habermas and the Public Sphere*. Cambridge, Massachusetts y Londres, MIT Press, 1992.
- ESCUADERO DE LA PEÑA, José María: *Crónica de la provincia de Guadalajara*. Madrid, Rubio, Grilo y Vitturi, 1869.
- ESCUADERO DELGADO, María Lourdes: “La beneficencia municipal en Guadalajara: el padrón de familias pobres (1885-1936)”, *Añil. Cuadernos de Castilla-La Mancha*, 1995, 6, pp. 61-65.
- ESTEBAN BARAHONA, Luis Enrique: *La I Internacional en Castilla-La Mancha*. Madrid, Celeste, 1998.
- ESTEBAN DE VEGA, Mariano: *De la Beneficencia a la Previsión. La acción social en Salamanca, 1875-1898*. Salamanca, Diputación Provincial de Salamanca, 1991.
- ESTEBAN DE VEGA, Mariano; GONZALEZ GÓMEZ, Santiago; REDERO SAN ROMAN, Manuel: *Salamanca, 1900-1936: la transformación limitada de una ciudad preindustrial*. Salamanca, Diputación Provincial, 1992.
- ESTEBAN GONZALO, José: *Ahora que recuerdo*. Madrid, Reino de Cordalia, 2019.
- ETXÁNIZ TESOURO, Iñaki: “Las obras públicas durante la Segunda República en el País Vasco. Política, economía y sociedad”, en ALEGRE LORENZ, David, ALONSO IBARRA, Miguel y CASTILLO CAÑIZ, Assumpta (coords.): *Mirar el pasado en tiempos de crisis. Historia social, conflicto y cultura de masas. Actas del V Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea* (vol. 3). Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 2017, pp. 73-88.
- EVANS, Richard J.: *Death in Hamburg: Society and Politics in the Cholera Years 1830-1910*. Londres, Penguin, 2005 [1987].
- EWEN, Shane: *What is Urban History?* Cambridge, Polity Press, 2016.
- EZAMA GIL, Ángeles: “La vocación pedagógica de Emilia Pardo Bazán”, *Moenia*, 2012, 18, pp. 417-437.

FERNÁNDEZ, Jesús (dir.): *Caracterización de las comarcas agrarias de España (tomo 21): provincia de Guadalajara*. Madrid, Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente, 2012.

FERNÁNDEZ GALLEGO, Alba: “‘Donde habita el olvido’: la apropiación de la colina de los chopos en el nuevo Madrid científico (1939-1948)”, en PÉREZ-OLIVARES, Alejandro y OVIEDO SILVA, Daniel: *Madrid, una ciudad en guerra (1936-1948)*. Madrid, Catarata, 2017.

FERNÁNDEZ GALLEGO, Alba: “«Donde habita el olvido». La apropiación de la colina de los chopos en el nuevo Madrid científico”, en OVIEDO SILVA, Daniel y PÉREZ-OLIVARES GARCÍA, Alejandro (coords.): *Madrid, una ciudad en guerra (1936-1948)*. Madrid, Catarata, 2015, pp. 215-262.

FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: “La población madrileña entre 1876 y 1931: el cambio de modelo demográfico”, en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: *La sociedad madrileña durante la Restauración (III Coloquios de Historia Madrileña)*, tomo 1. Madrid, Comunidad de Madrid, Revista Alfoz, 1989, p. 50.

FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: “Los marcos de vida (1): el crecimiento de las ciudades”, en *Los fundamentos de la España liberal (1834-1900)*, en JOVER ZAMORA, José María (dir.): *Historia de España... (op. cit.)*, XXXIII, 1997, pp. 547-550.

FERNÁNDEZ IZQUIERDO, Francisco: “El común de Zorita, Adegañas y Encomienda del Collado. Una tierra sin villa en el territorio alcarreño de la Orden de Calatrava”, en ARANDA, Francisco José (coord.): *El mundo rural en la España moderna: actas de la VII Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna*. Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2004.

FERNÁNDEZ JORDÁN, Pedro F.: “Aportación a la biografía de ‘Clarín’: Leopoldo Alas en Guadalajara”, en *Actas del Simposio Internacional «Clarín y La Regenta en su tiempo»*. Oviedo, Principado de Asturias, Universidad de Oviedo, Ayuntamiento de Oviedo, 1987, pp. 125-140.

FERNÁNDEZ-PARADAS, Mercedes y RODRÍGUEZ MARTÍN, Nuria: “El servicio de alumbrado público en Madrid, 1900-1935”, en OTERO CARVAJAL, Luis Enrique y PALLOL TRIGUEROS, Rubén (eds.): *La sociedad urbana... (op. cit.)*, pp. 229-247.

FERNÁNDEZ SANZ, Juan José: “El cólera de 1885 en la provincia de Guadalajara”, *Wad-al-Hayara*, 23 (1996).

FERNÁNDEZ VARGAS, Valentina: “La población española en el siglo XVII”, en JOVER ZAMORA, José María y DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio (dirs.): *Historia de España Menéndez Pidal (XXIII): La crisis del siglo XVII*. Madrid, Espasa-Calpe, 1989.

FERREIRA FERNÁNDEZ, Antonio Javier: *La comarca en la historia: una aproximación a la reciente historia jurídica de la comarca*. Santiago de Compostela, Universidade de Santiago, 2000.

FERRER, Llorenç: “Notas sobre la familia y el trabajo de la mujer en la Cataluña central (siglos XVIII-XX)”, *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, 1994, XII (2-3), pp. 199-232.

FOCUCAULT, Michel: “Espacios diferentes”, en *Estética, ética y hermenéutica*. Barcelona, Paidós, 1999, pp. 431-443.

- FORCADELL, Carlos y ROMEO MATEO, María Cruz: “Introducción”, en FORCADELL, Carlos y ROMEO MATEO, María Cruz (eds.): *Provincia y Nación: los territorios del liberalismo*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2006.
- FORD, Richard: *A Hand-Book for Travellers in Spain and Readers at Home (Part II)*. Londres, John Murray, 1845.
- FOUCAULT, Michel: “Espacios diferentes”, *Estética, ética y hermenéutica Obras esenciales* (vol. III). Barcelona, Paidós, 1999, pp. 431-442.
- FOUCAULT, Michel: “Las mallas del poder”, en *Ética, estética* (ob. cit.), pp. 234-254.
- FOUCAULT, Michel: *Nacimiento de la Biopolítica. Curso del Collège de France (1978-1979)*. Madrid, Akal, 2009.
- FOUCAULT, Michel: *Nacimiento de la biopolítica. Curso del Collège de France (1978-1979)*. Madrid, Akal, 2012.
- FOUCAULT, Michel: *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Madrid, Siglo XXI, 2009 [1979].
- FREIRE, Ana María: *El teatro español entre la Ilustración y el Romanticismo: Madrid durante la Guerra de la Independencia*. Madrid, Iberoamericana, 2009.
- FREIRE, Ana María: *Literatura y sociedad: los teatros en casas particulares en el siglo XIX*. Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1996.
- GABRIEL SIRVENT, Pere: “Reformismo y reforma social a principios del siglo XX: discursos y realidad social”, en PALACIO, Juan Ignacio (coord.): *La Reforma Social en España. En el centenario del Instituto de Reformas Sociales*. Madrid, Consejo Económico y Social, 2004, pp. 175-183.
- GALLEGO, Domingo: “Pautas regionales del cambio técnico en el sector agrario español (1900-1930)”, *Cuadernos Aragoneses de Economía*, 3, 3 (1993), pp. 241-276.
- GARCÍA ABAD, Rocío: “La vida en la Ciudad: comportamientos urbanos en la nueva metrópoli de la Ría de Bilbao (1890-1930)”, *Vasconia*, 38 (2012).
- GARCÍA ABAD, Rocío: *Historias de emigración: factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao (1877-1935)*. Bilbao, Universidad del País Vasco, 2007.
- GARCÍA ÁLVAREZ, Jacobo: *Provincias, Regiones y Comunidades Autónomas. La formación del mapa político en España*. Madrid, Senado, 2002.
- GARCÍA BALLESTEROS, Aurora: *Geografía urbana de Guadalajara*. Madrid, FUE, 1978.
- GARCÍA BODEGA, Aurelio: *Guadalajara y los ingenieros militares*. Guadalajara, Colegio Oficial de Arquitectos de Castilla-La Mancha, Demarcación de Guadalajara, 2006.
- GARCÍA DE PAZ, José Luis: *Patrimonio desaparecido de Guadalajara*. Guadalajara, AACHE, 2011.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, Javier: “El municipio y la provincia en la Constitución de 1812”, *Revista de Derecho Político (UNED)*, 2012, 83, p. 465.

GARCÍA FERNÁNDEZ, Javier: *El origen del municipio constitucional: autonomía y centralización en Francia y en España*. Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1983.

GARCÍA GONZÁLEZ, Francisco: “Las estructuras familiares y su relación con los recursos humanos y económicos”, en CHACÓN, Francisco y BESTARD, Joan: *Familias... (op. cit.)*, pp. 236-246.

GARCÍA LÓPEZ, Aurelio: “El gremio de fabricantes de seda de Pastrana en el siglo XVIII. Un ejemplo de industria agremiada rural”, *Cuadernos de etnología de Guadalajara*, 34 (2002), pp. 307-325.

GARCÍA LOPEZ, Aurelio: *Los baños de Mantiel: agua, higiene, salud y desarrollo industrial*. Guadalajara, Editores del Henares, 2000.

GARCÍA LÓPEZ, Juan Catalina: “La capilla de los Urbina en Guadalajara”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 46 (1905).

GARCÍA LÓPEZ, Juan Catalina: *Biblioteca de escritores de la provincia de Guadalajara y bibliografía de la misma hasta el siglo XIX*. Madrid, Est. Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1889.

GARCÍA LÓPEZ, Juan Catalina: *El libro de la provincia de Guadalajara*. Guadalajara, Imprenta y Encuadernación Provincial, 1881.

GARCÍA SANZ, Román y CASTRO, Miguel: *Alvar-Fáñez de Minaya: obra declarada himno a Guadalajara por el Excmo. e Ilmo. Ayuntamiento de dicha ciudad*. Madrid, Fuentes y Asenjo, 1910.

GEERTZ, Clifford: *La interpretación de las culturas*. Barcelona, Gedisa, 2009.

GIES, David T.: *The theatre in nineteenth-century Spain*. Cambridge, Cambridge University Press, 1994.

GIL ANDRÉS, Carlos: *Echarse a la calle: Amotinados, huelguistas y revolucionarios (La Rioja, 1890-1936)*. Zaragoza, PUZ, 2000.

GIL, Melitón: *Causas, efectos, preservativos y curación del cólera-morbo asiático: con un apéndice para el mejoramiento de las clases pobres*. Madrid, Imp. F. Martínez García, 1865.

GISMERA VELASCO, Tomás: “Tratantes, arrieros y muleteros de Guadalajara”, en VV.AA.: *Los tratantes de mulas. Chalanes de Campanario. XI Encuentro de Estudios Comarcales de Vegas Altas, La Serena y La Siberia*. Campanario, Federación de Asociaciones Culturales de La Siberia, La Serena y las Vegas Altas, 2019, pp. 8-26.

GÓMEZ MENDOZA, Antonio: “Los transportes y el comercio interior en la España del siglo XIX”, en ANES, Gonzalo (ed.): *Historia económica de España: siglos XIX y XX*. Madrid, Galaxia Gutenberg, 1999, pp. 223-249; GÓMEZ MENDOZA, Antonio: *Ferrocarril, industria y mercado en la modernización de España*. Madrid, Espasa-Calpe, 1989, pp. 133-177.

GÓMEZ MENDOZA, Antonio: *Ferrocarril, industria y mercado Ferrocarril, industria y mercado en la modernización de España*. Madrid, Espasa-Calpe, 1989.

GÓMEZ MENDOZA, Josefina: “La ciudad: teoría y prácticas en la construcción de la ciudad burguesa”, en SILVA, Manuel (coord.): *Técnica e ingeniería en España (6): El Ochocientos: de los lenguajes al patrimonio*. Zaragoza, Real Academia de Ingeniería, Institución Fernando el Católico, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2011.

- GÓMEZ MENDOZA, Josefina: *Agricultura y expansión urbana: la Campiña del bajo Henares en la aglomeración de Madrid*. Madrid, Alianza, 1977.
- GONZÁLEZ CORDÓN, Antonio: *Vivienda y ciudad en Sevilla, 1849-1929*. Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla, 1985.
- GONZÁLEZ ENCISO, Agustín: *Estado e industria en el siglo XVIII: la fábrica de Guadalajara*. Madrid, Fundación Universitaria Española, 1980.
- GONZÁLEZ MARZO, Félix: *La Desamortización de Madoz en la provincia de Guadalajara*. Guadalajara, Caja de Guadalajara, 2008.
- GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel: *Bilbao en la formación del País Vasco contemporáneo: economía, población y ciudad*. Bilbao, Fundación BBV, 1995.
- GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel; URRUTIKOETXEA, José y ZARRAGA, Karmele: *La "otra industrialización" del País Vasco. Las pequeñas y medianas ciudades: capital humano e innovación social durante la primera industrialización*. Bilbao, Universidad del País Vasco, 2015.
- GOOPTU, Nandini: *The Politics of the Urban Poor in Early-Twentieth Century India*. Cambridge, Cambridge University Press, 2001.
- GUEREÑA, Jean-Louis: "Espacios y formas de la sociabilidad en la España contemporánea", *Hispania*, 2003, 62 (214), pp. 409-414.
- GUEREÑA, Jean-Louis: *Detrás de la cortina*. Madrid, Cátedra, 2018.
- GUEREÑA, Jean-Louis: *La prostitución en la España contemporánea*. Madrid, Marcial Pons, 2003.
- HABERMAS, Jürgen: "The Public Sphere: An Encyclopedia Article (1964)", *New German Critique*, 3 (1974), pp. 49-55.
- HARVEY, David: *Ciudades rebeldes. Del derecho a la ciudad a la revolución urbana*. Madrid, Akal, 2011.
- HARVEY, David: *París, capital de la modernidad*. Madrid, Akal, 2008.
- HERNÁNDEZ QUERO, Carlos y PALLOL TRIGUEROS, Rubén: "Suburbios rebeldes. Fragmentación y desborde social en la huelga de 1917 en Madrid", *Historia Social*, 94, pp. 47-69.
- HERNÁNDEZ QUERO, Carlos: "El voto de la costumbre. culturas políticas y crisis urbana en Madrid a comienzos del siglo XX", *Studia Historica: Historia contemporánea*, 35 (2017), pp. 369-403.
- HERRERA CASADO, Antonio: *Guadalajara, puerta de Madrid*. Madrid, Casa de Guadalajara, 2001.
- HERRERO MATÉ, Guillermo: *Liberalismo y Milicia Nacional en Pamplona durante el siglo XIX*. Navarra, Universidad Pública de Navarra, 2003.
- HOBBSBAWM, Eric J.: "Introducción. La invención de la tradición", en HOBBSBAWM, Eric J. et al.: *La invención de la tradición*. Barcelona, Crítica, 2013, pp. 7-21.
- HOBBSBAWM, Eric J.: *Naciones y nacionalismos desde 1780*. Barcelona, Crítica, 2000.
- HOBBSBAWM, Eric J.: *Rebeldes primitivos. Estudios sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Barcelona, Crítica, 2014.

- HORCAJO MONTE DE ORIA, Eulogio: *Compendio del cristiano instruido en su ley*. Guadalajara, Imp. Provincial, 1884.
- HUGO, Joseph Léopold Sigisbert: *Memorias del General Hugo*. Sevilla, Renacimiento, 2007.
- HUIZINGA, Johan: *Homo ludens*. Madrid, Alianza, 2014 [1938].
- HULME, Tom: “‘A nation of town criers’: civic publicity and historical pageantry in inter-war Britain”, *Urban History*, 2017, 44 (2).
- IGLESIAS FEIJOO, Luis: *Buero antes de Buero*. Toledo, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 2006.
- ISABEL SÁNCHEZ, José Luis y DONDERIS GUSTAVIANO, Amparo: *Historia de las instituciones y Colegios de Huérfanos del Ejército de Tierra*. Madrid, Patronato de Huérfanos del Ejército de Tierra, 1997.
- JONES, Gareth Stedman: *Lenguajes de clase: estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982)*. Madrid, Siglo XXI, 1989.
- JOYCE, Patrick: *The rule of freedom: Liberalism and the Modern City*. Londres, Verso, 2003.
- KLUSÁKOVÁ, Lud’a et al.: *Small Towns in Europe in the 20th and 21st Centuries: Heritage and Development Strategies*. Praga, Karolinum Press, 2017.
- KOCKA, Jürgen: *Historia social y conciencia histórica*. Madrid, Marcial Pons, 2002;
- BAHAMONDE MAGRO, Ángel: “El mercado de trabajo madrileño, 1850-1874”, *Estudios de Historia Social*, 1980, 15, pp. 143-175.
- LANGA LAORGA, María Alicia: “Literatura y sociedad: la ciudad levítica, modelo sociológico en evolución”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 16 (1994), pp. 167-184.
- LARRÍNAGA, Carlos: “El turismo en la España del siglo XIX”, *Historia Contemporánea*, 25 (2002), pp. 157-179.
- LAYNA SERRANO, Francisco: *Historia de Guadalajara y sus Mendozas en los siglos XV y XVI* (tomo IV). Madrid, CSIC, Aldus, 1942.
- LAYNA SERRANO, Francisco: *Historia de Guadalajara y sus Mendozas en los siglos XV y XVI* (4 vols.). Madrid, Aldus, 1942.
- LEFEBVRE, Henri: *El derecho a la ciudad*. Madrid, Capitán Swing, 2017.
- LEFORT, Claude: *Democracia y representación*. Buenos Aires, Prometeo, 2011
- LEFORT, Claude: “La imagen del cuerpo en el totalitarismo”, en *La incertidumbre democrática: ensayos sobre lo político*. Barcelona, Anthropos, 2004, p. 48.
- LETAMENDI, Jon y SEGUIN, Jean-Claude: “La llegada del cinematógrafo a España (1896-1897): metodología y esbozo”, *Secuencias: revista de historia del cine*, 28 (2008), pp. 13-26.
- LLOPIS AGELÁN, Enrique: “Algunas consideraciones acerca de la producción agraria castellana en los veinticinco últimos años del Antiguo Régimen”, en GARCÍA SANZ, Ángel y GARRABOU, Ramón (eds.): *Historia agraria de la España contemporánea (I): Cambio social y nuevas formas de propiedad*. Barcelona, Crítica, 1985, pp. 136-141.

- LÓPEZ BARAHONA, Victoria: “El trabajo de las mujeres en la Real Fábrica de Guadalajara durante el siglo XVIII”, *Historia Social*, 96 (2020), pp. 97-112.
- LÓPEZ BARAHONA, Victoria: “Pobreza, trabajo y control social: las hilanderas de las Reales Fábricas de Guadalajara (1780-1800)”, en CASTILLO, Santiago y OLIVER, Pedro (coords.): *Las figuras del desorden: heterodoxos, proscritos y marginados*. Madrid, Siglo XXI, 2006.
- LÓPEZ CORTIJO, José: *Topografía médica de Guadalajara*. Guadalajara, Imprenta y Encuadernación Provincial, 1893.
- LÓPEZ GÓMEZ, Antonio: “Los bosques de la serranía de Atienza en el siglo XVIII”, *Wad-al-Hayara*, 7 (1980), pp. 369-377.
- LÓPEZ PUERTA, Luis: *La Desamortización eclesiástica de Mendizábal en la provincia de Guadalajara*. Guadalajara, Diputación Provincial, 1989.
- LÓPEZ RUIZ, Antonio y ARANDA MUÑOZ, Eusebio: *D. Diego Clemencín (1765-1834): ensayo bio-bibliográfico*. Murcia, Imp. Scres. Nogués, 1948.
- LÓPEZ VILLALBA, José Miguel: “Concejo abierto, regimiento y corregimiento en Guadalajara (1346-1546)”, *Espacio, Tiempo y Forma. Serie III, Historia Medieval*, V (1992).
- LUENGO TEIXIDOR, Félix Juan: “De la taberna a la sociedad popular: ocio y sociabilidad donostiarra en la primera mitad del siglo XIX (1813-1863)”, en CASTELLS ARTECHE, Luis (coord.): *El rumor de lo cotidiano: estudios sobre el País Vasco contemporáneo*. Bilbao, Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibersitatea, 1999, pp. 55-76.
- LUKES, Steven: *El poder: un enfoque radical*. Madrid, Siglo XXI, 2007.
- MADOZ, Pascual: *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar* (tomo VIII). Madrid, Imprenta del Diccionario..., 1850.
- MADRAZO, Santos: *La edad de oro de las diligencias. Madrid y el tráfico de viajeros en España antes del ferrocarril*. Madrid, Nerea, 1991, pp. 29-64.
- MARTÍN GALÁN, M. “Fuentes y métodos para el estudio de la demografía histórica castellana durante la Edad Moderna”, *Hispania*, 1981, XLI, p. 290; MARTÍN GALÁN, Manuel: “Nuevos datos sobre un viejo problema. El coeficiente de conversión de vecinos en habitantes”, *Revista Internacional de Sociología*, 1985, 4, pp. 593-632.
- MARTÍNEZ, Graciano: *El libro de la mujer española: hacia un feminismo cuasi dogmático*. Madrid, Imp. Asilo de Huérfanos, 1921.
- MARTÍNEZ BORRALLLO, Antonio: “Comerciantes vascos en los cinco Gremios Mayores de Madrid”, *Magallánica. Revista de Historia Moderna*, 4 (7) (2017).
- MARTÍNEZ GÓMEZ-GORDO, Juan Antonio: “El Ferrocarril en Sigüenza (Siglo XIX)”, *Anales de Estudios Seguntinos*, VI, 17 (2001), pp. 7-24.
- MARTÍNEZ LÓPEZ, David: “Urbanización, inmigración y mercado de trabajo en la Andalucía del primer tercio del siglo XX”, *Historia Social*, 81 (2015), pp. 29-47
- MARTÍNEZ LÓPEZ, David y MOYA GARCÍA, Gracia: “La inmigración y el cambio social (Granada, 1890-1930)”, en PAREJA, Arantza (ed.): *El capital humano en el mundo urbano: experiencias desde los padrones municipales (1850-1930)*. Bilbao, Universidad del País Vasco, 2011, pp. 283-300.

MARTÍNEZ MARÍN, Francisco María: *Jardín de María, que contiene las más variadas y fragantes flores que el amor de la Inmaculada Virgen ha producido en el corazón de sus hijos*. Guadalajara, La Aurora, 1890.

MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús Antonio: “La lectura en la España contemporánea: lectores, discursos y prácticas de lectura”, *Ayer*, 58 (2005), pp. 15-34.

MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús Antonio: *Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX*. Madrid, CSIC, 1991.

MARTÍNEZ MARTÍN, Manuel, MARTÍNEZ LÓPEZ, David y MOYA GARCÍA, Gracia: “Estructura ocupacional y cambio urbano en la Andalucía oriental del primer tercio del siglo XX”, *Revista de Demografía Histórica*, 32, 1 (2014), pp. 73-102.

MARTORELL, Miguel: “El mundo de los liberales dinásticos”, en FORCADELL, Carlos y SUÁREZ CORTINA, Manuel (coords.): *Historia de las culturas políticas en España y América Latina (III): la Restauración y la República, 1874-1936*. Madrid / Zaragoza, Marcial Pons / PUZ, 2015, pp. 201-228.

MARURI, Ramón: “La sociedad urbana”, en JOVER ZAMORA, José María y MORALES MOYA, Antonio (dir.): *Historia de España ... (XXX): Las bases económicas, políticas y sociales de un régimen en transformación, 1759-1834*. Madrid, Espasa-Calpe, 1989.

MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *La presencia militar en las ciudades. Orígenes y desarrollo del espacio urbano militar en España*. Madrid, Catarata, 2003.

MATÉS-BARCO, Juan Manuel y NOVO LÓPEZ, Pedro A.: “Gestionar la ciudad moderna: la provisión de agua en Bilbao y Madrid”, en OTERO CARVAJAL, Luis Enrique y PALLOL TRIGUEROS, Rubén (eds.): *La sociedad urbana... (op. cit.)*, pp. 189-228.

MAYORAL MEDINA, Miguel: “Predicción racional del tiempo”, *Ateneo: revista internacional, científica y literaria. Órgano del Ateneo Caracense y del Centro Volapükista español*, I (1889).

MAZA ZORRILLA, Elena: *Pobreza y beneficencia en la España contemporánea*. Barcelona, Ariel, 1999.

MAZA ZORRILLA, Elena: *Valladolid: sus pobres y la respuesta institucional (1750-1900)*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1985.

Mc ADAM, Doug, TARROW, Sidney y TILLY, Charles: *Dinámica de la contienda política*. Barcelona, Hacer, 2005.

MEDINA DEL CERRO, Leopoldo: “Las salinas de Guadalajara”, *Cuadernos de etnología de Guadalajara*, 34 (2002), pp. 221-236.

MEJÍA ASENSIO, Ángel: “Instalación de la luz eléctrica en Guadalajara”, *Wad-Al-Hayara*, 1990, 17, pp. 95-126.

MEJÍA ASENSIO, Ángel: “Los primeros 75 años del ferrocarril en Guadalajara: su influencia en la industria y en el comercio”, *Wad-al-Hayara: revista de estudios de Guadalajara*, 1992, 19, pp. 193-210.

MELLADO, Francisco de Paula: *Guía del viajero en España*. Madrid, Est. Tip. Calle del Sordo, 1842.

MENDIOLA GONZALO, Fernando: *Inmigración, familia y empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización: Pamplona (1840-1930)*. Bilbao, Universidad del País Vasco, 2002.

MENDIOLA, Fernando: *Inmigración, familia y empleo: estrategias familiares en los inicios de la industrialización, Pamplona (1840-1930)*. Bilbao, Universidad del País Vasco, 1996.

MIANO, Leonora: *Vivir en la frontera*. Madrid, Catarata, 2016.

MINGUELLA ARNEDO, Toribio: *Historia de la diócesis de Sigüenza y sus obispos* (Tomo III). Madrid, Tip. Revista de Archivos Bibliotecas y Museos; Sigüenza, Box, 1910-1913.

MINISTERIO DE GRACIA Y JUSTICIA: *Subdivisión en partidos judiciales de la nueva división territorial de la Península e islas adyacentes. Aprobada por S. M en el Real Decreto de 21 de abril de 1834*. Madrid, Imprenta Real, 1834.

MIRÁS-ARAUJO, Jesús: “Comportamiento de los indicadores del crecimiento de la población en una ciudad de rango intermedio: A Coruña, (1900-1940)”, *Boletín de la AGE*, 40 (2005), pp. 375-392.

MORATO, Juan José: *La cuna de un gigante: historia de la Asociación General del Arte de Imprimir*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1984.

MORATO, Juan José: *Líderes del movimiento obrero español (1868-1921)*. Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1972.

MORATO, Juan José: *Pablo Iglesias*. Barcelona, Ariel, 2009.

MORENO LÁZARO, Javier: *Los hermanos de Rebeca: motines y amotinados a mediados del siglo XIX en Castilla la Vieja y León*. Palencia, Región Editorial, 2009.

MORENO LUZÓN, Javier: *Romanones: caciquismo y política liberal*. Madrid, Alianza, 1998.

MOUFFE, Chantal: “La democracia, el poder y «lo político»”, en *La paradoja democrática: el peligro del consenso en la política contemporánea*. Barcelona, Gedisa, 2016, pp. 33-50.

MUÑIZ DE TEJADA, Narciso: *Memoria sobre la organización de Distritos municipales en la provincia de Guadalajara presentada al Excmo. Ministro de la Gobernación por el Gobernador*. Guadalajara, Imp. José Ruiz y Hermano, 1867.

MUÑOZ LÓPEZ, Pilar: *Sangre, amor e interés: la familia en la España de la Restauración*. Madrid, Marcial Pons, 2001.

NADAL, Jordi: “La industria fabril española en 1900. Una aproximación”, en NADAL, J., CARRERAS, A. y SUDRIÁ, C. (comps.): *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*. Barcelona, Ariel, 1987, pp. 26-27; MORENO LÁZARO, Javier: *Los empresarios harineros castellanos (1765-1913)*. Madrid, Fundación Empresa Pública, 1999.

NADAL, Jordi: *El fracaso de la Revolución industrial en España, 1814-1913*. Barcelona, Ariel, 1975.

NADER, Helen: *Los Mendoza y el Renacimiento español*. Guadalajara, Institución Provincial de Cultura Marqués de Santillana, 1986 [1986].

NEMIROVICH-DANCHENKO, Vasily: “Un día en Sigüenza y dos en Guadalajara”, en *Crónicas de España: de mis recuerdos de viaje*. Moscú, 1888. Recogido en: VILLAR GARRIDO, Jesús y VILLAR GARRIDO, Ángel: *Viajeros por la historia: extranjeros en Castilla-La Mancha. Guadalajara*. Toledo, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 2005.

NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX: tiendas, comerciantes y dependientes de comercio*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985.

NIÑO RODRÍGUEZ, Antonio: *Organización social y actividades productivas en una villa del Antiguo Régimen: Brihuega*. Guadalajara, Caja Provincial de Ahorros, 1985.

OLLERO, José Luis: “De la liberación del preso encadenado al salto en las tinieblas: sobre representación y autenticidad en la cultura política del progresismo”, *Ayer*, 61/1 (2006), pp. 105-137.

ORTEGA CAMPOS, Ignacio: Miguel Picazo: crónica de un cinéfilo. Málaga, Unicaja, 2015.

ORTEGO GIL, Pedro: Historia de la Diputación Provincial de Guadalajara, 1813-1845. Guadalajara, Diputación Provincial, 2002, p. 19. Disponible en: <http://bipgu.es/wp-content/uploads/HistoriaDeLaDiputacion.pdf>.

OTERO CARVAJAL, Luis Enrique y BAHAMONDE MAGRO, Ángel: “Madrid, de territorio fronterizo a región metropolitana”, en FUSI, Juan Pablo (dir.): *España. Autonomías*. Madrid, Espasa Calpe, 1989.

OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “El proceso de formación de la nueva elite de poder local en la provincia de Madrid (1836-1874)”, en *Madrid en la sociedad del siglo XIX* (volumen 1). Madrid, Consejería de Cultura de la Comunidad de Madrid, Revista Alfoz, 1986, pp. 378-379.

OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “La evolución del telégrafo en España, 1800-1936”, en BAHAMONDE MAGRO, Ángel, OTERO CARVAJAL, Luis Enrique y MARTÍNEZ LLORENTE, Gaspar: *Las comunicaciones en la construcción del Estado contemporáneo... (op. cit)*.

OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “La reducción de escala y la narratividad histórica”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 2007, vol. Extraordinario, pp. 245-264.

OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “Ocio y Deporte en el nacimiento de la sociedad de masas. La socialización del deporte como práctica y espectáculo en la España del primer tercio del siglo XX”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 2003, 25, pp. 169-198.

OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “Tradición y modernidad en la España urbana de la Restauración”, en GÓMEZ-FERRER MORANT, Guadalupe y SÁNCHEZ GARCÍA, Raquel: *Modernizar España: proyectos de reforma y apertura internacional (1898-1914)*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.

OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, GÓMEZ BRAVO, Gutmaro y CARMONA PASCUAL, Pablo: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares, 1753-1868: el nacimiento de la ciudad burguesa*. Alcalá de Henares, Fundación Colegio del Rey, 2003.

OVIDIO: *Metamorfosis* (Libro VI). Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002.

OYÓN, José Luis: *La quiebra de la ciudad popular: espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*. Barcelona, Ediciones del Serbal, 2008.

PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El Ensanche Norte: Chamberí, 1860-1931. Un Madrid moderno*. Madrid, Catarata, 2015.

PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *Una ciudad sin límites: transformación urbana, cambio social y despertar político en Madrid (1860-1875)*. Madrid, Catarata, 2013.

PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “Deudas pendientes de la historia urbana en España”, *Ayer*, 107/3 (2017), pp. 287-302.

PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “La ciudad frente a la pobreza: la acción social del municipio madrileño a través de las juntas parroquiales en 1860” en CARANTOÑA ÁLVAREZ, Francisco y AGUADO CABEZAS, Elena (eds.): *Ideas reformistas y reformadores en la España del siglo XIX. Los Sierra Pambley y su tiempo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, pp. 509-521.

PALLOL TRIGUEROS, Rubén y HERNÁNDEZ QUERO, Carlos: “Suburbios rebeldes. Fragmentación y desborde social en la huelga de 1917 en Madrid”, *Historia social*, 94 (2019), pp. 47-69.

PALLOL TRIGUEROS, Rubén, VICENTE ALBARRÁN, Fernando y CARBALLO BARRAL, Borja: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*. Madrid, Editorial Complutense, 2008.

PARDO BAZÁN, Emilia: “Mi Semana Santa (Alcalá, Guadalajara y Sigüenza)”, en *Por la España pintoresca*. Barcelona, López Editor, 1895

PAREJA ALONSO, Arantza: “Las mujeres y sus negocios en la gran ciudad contemporánea. Bilbao a principios del siglo XX”, *Historia contemporánea*, 44 (2012).

PAREJA SERRADA, Antonio: “A modo de prólogo” a ATIENZA, Román y CONTRERAS, Bibiano: *Memorial histórico arriacense*. Guadalajara, Imp. Gutenberg, 1915, pp. 3-4.

PAREJA SERRADA, Antonio: *Brihuega y su partido*. Guadalajara, Taller tipográfico de la Casa de Expósitos, 1916.

PAREJA SERRADA, Antonio: *Glorias de la Alcarria: la razón de un centenario*. Guadalajara, Imprenta Provincial, 1911.

PAREJA SERRADA, Antonio: *Influencia de la mujer en la regeneración social. Estudio crítico*. Guadalajara, La Aurora, 1880.

PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio: *Milicia nacional y revolución burguesa: el prototipo madrileño (1808-1874)*. Madrid, CSIC, 1978.

PÉREZ GONZÁLEZ, Ramón: *Las ciudadelas de Santa Cruz de Tenerife*. Aula de Cultura de Tenerife, 1982.

PÉREZ MOREDA, Vicente, REHER, David S. y SANZ GIMENO, Alberto: *La conquista de la salud. Mortalidad y modernización en la España contemporánea*. Madrid, Marcial Pons, 2015.

PÉREZ MOREDA, Vicente: *Las crisis de mortalidad en la España interior: siglos XVI-XIX*. Madrid, Siglo XXI, 1980.

- PÉREZ PERUCHA, Julio: “Narración de un aciago destino (1896-1930), en GUBERN, Román (coord.): *Historia del cine español*. Madrid, Cátedra, 2009, pp. 9-122.
- PÉREZ VILLAAMIL, Genaro y ESCOSURA, Patricio de la: *España artística y monumental: vistas y descripción de los sitios y monumentos más notables de España* (III). París, Alberto Hauser, 1850.
- PÉREZ-FUENTES, P.: *Vivir y morir en las minas. Estrategias familiares y relaciones de género en la primera industrialización vizcaína*. Bilbao, UPV-EHU, 1993.
- PÉREZ-OLIVARES GARCÍA, Alejandro: *La victoria bajo control: ocupación, orden público y orden social del Madrid franquista (1936-1948)*. Madrid, Universidad Complutense, 2017 (tesis doctoral).
- PÉREZ-OLIVARES, Alejandro: *Victoria y control en el Madrid ocupado: los del Europa (1939-1946)*. Madrid, Traficantes de Sueños, 2018.
- PINO ABAD, Miguel: *El delito de juegos prohibidos. Análisis histórico-jurídico*. Madrid, Dykinson, 2012, p. 105.
- PONCE VIVET, Santi: “Ferrocarril, agricultura i mercat. Els efectes del transport ferroviari i l’economia d’Osona (1875-1924)”, *Estudis d’Història Agrària*, 9 (1992), p. 150.
- POOVEY, Mary: *Making a Social Body: British cultural formation, 1830-1864*. Chicago, University of Chicago Press, 1995.
- PRADILLO ESTEBAN, Pedro J.: “Una nueva fisonomía urbana de Guadalajara. Sus callejuelas cerradas”, en VV. AA.: *Actas del II Encuentro de Historiadores del Valle del Henares*. Alcalá de Henares, Ayuntamiento, 1990.
- PRADILLO ESTEBAN, Pedro J.: *Guadalajara, cuna de la aerostación española*. Guadalajara, Ayuntamiento de Guadalajara, 2009.
- PUJADAS, Xavier y SANTACANA, Carles: “El club deportivo como marco de sociabilidad en España. una visión histórica”, *Hispania*, 2003, 62 (214), pp. 505-522.
- PUJOL, Josep (coord.): *El pozo de todos los males: sobre el atraso de la agricultura española contemporánea*. Barcelona, Crítica, 2001, p.
- PUSHKIN, Aleksandr: *Relatos del difunto Iván Petróvich Belkin*. Madrid, Alianza, 2009.
- QUINTO, Javier de: *Memoria razonada y estadística de la Administración General de Correos desde 14 de agosto de 1843 en que se encargó de su dirección D. Javier de Quinto hasta enero de 1847, presentada por el mismo al Excmo. Señor Ministro de la Gobernación del Reino*. Madrid, Imp. Nacional, 1847, p. 32.
- QUIROGA, Alejandro: “La nacionalización en España. Una propuesta teórica”, *Ayer*, 2013 (2), 90, pp. 17-38.
- QUIRÓS CONTRERAS, Benigno (et al.): *Corona fúnebre a la memoria de las víctimas de la libertad, D. José Marlasca y D. Julián Antonio Moreno*. Guadalajara, Imprenta José Ruiz y Hermano, 1842, p. 3.
- RALLE, Michel: “Cultura obrera y política socialista. Los primeros decenios del PSOE”, *Ayer*, 54/ (2004), pp. 49-70.
- RANZ YUBERO, José Antonio: “Los nombres Arriaca, Alcarria y Guadalajara”, *Wadal-Hayara: Revista de estudios de Guadalajara*, 18 (1991), pp. 475-480.

REDERO, Manuel y BLANCO, Juan Andrés: “Castilla y España en las elites castellanas durante la implantación del Estado liberal”, en ESTEBAN, Mariano y DE LA CALLE, María Dolores: *Procesos de nacionalización en la España Contemporánea*. Salamanca, Universidad de Salamanca, 2011, pp. 47-65.

REHER, David S.: “Urbanization and demographic behaviour in Spain”, en VAN DER WOUDE, Ad, HAYAMI, Hakura y DE VRIES, Jan (eds.): *Urbanization in history: a process of dynamic interactions*. Oxford, Clarendon Press, 1990, pp. 282-299.

REHER, David S.: *Familia, población y sociedad en la provincia de Cuenca, 1700-1970*. Madrid, Siglo XXI, CIS, 1988, p. 138.

REHER, David S.: *La familia en España: pasado y presente*. Madrid, Alianza, 1996.

REHER, David S.: *Town and country in Pre-Industrial Spain: Cuenca, 1540-1870*. Cambridge University Press, 1990.

RINGROSE, David R.: “Madrid, capital imperial (1561-1833)”, en JULIÁ, Santos, RINGROSE, David R. y SEGURA, Cristina: *Madrid, historia de una capital*. Madrid, Alianza, 2008.

RINGROSE, David R.: *España, 1700-1900: el mito del fracaso*. Madrid, Alianza, 1996.

RINGROSE, David R.: *Madrid y la economía española, 1560-1850. Ciudad, Corte y País en el Antiguo Régimen*. Madrid, Alianza, 1985.

RÍOS CARRATALÁ, Juan Antonio: *La ciudad provinciana: literatura y cine en torno a Calle Mayor*. Alicante, Universidad de Alicante, 1999.

RIVERA BLANCO, Antonio: *La ciudad levítica: continuidad y cambio en una ciudad del interior (Vitoria, 1876-1936)*. Vitoria, Diputación Provincial, 1992.

RODRÍGUEZ MARTÍN Nuria: *La capital de un sueño: Madrid en el primer tercio del siglo XX*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2015.

RODRÍGUEZ-SOLÍS, Enrique: *Historia del partido republicano español: de sus propagandistas, de sus tribunos, de sus héroes y de sus mártires*. Madrid, Imprenta de Fernando Cao y Domingo del Val, 1892, pp. 1.332, 1.346 y 1.434.

ROMANONES, Conde de: *El ejército y la política: apuntes sobre la organización militar y el presupuesto de la guerra*. Madrid, Renacimiento, 1920.

ROMANONES, Conde de: *Notas de una vida (1868-1901)*. Madrid, Aguilar, 1934.

ROMERO SALVADOR, Carmelo: “La cultivada imagen de Cenicienta: la periferia castellana”, en FORCADELL, Carlos y ROMEO MATEO, María Cruz (eds.): *Provincia y Nación... (op. cit.)*, p. 236.

ROMERO, Juanjo: *La construcción de la cultura del oficio durante la industrialización: Barcelona, 1814-1860*. Barcelona, Universitat de Barcelona, 2005.

RUEDA, Germán y CARASA, Pedro: “Estructura socio-profesional y socio-económica de Valladolid en 1840-1841 como prototipo de una ciudad de Castilla la Vieja”, *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, 4 (1983).

RUIZ DE AZÚA, Estíbaliz: *La Congregación de San Ignacio: el asociacionismo vasco en Madrid en el umbral del siglo XX*. Vitoria, Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco, 2018.

SABORIT, Andrés: *Pablo Iglesias y su tiempo*. Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 2009.

SALAÜN, Serge: "El cuerpo del minero: prostitución y sexualidad en La Unión", *Historiar*, 1999, 2, pp. 35-51.

SALGADO OLMEDA, Félix: "Tipología social de una oligarquía urbana: los regidores de Guadalajara en el siglo XVIII. ¿Elite nobiliaria o burguesía funcional?", *Hispania*, 2002, 62 (211), pp. 693-746.

SALGADO OLMEDA, Félix: *Oligarquía urbana y gobierno de la ciudad de Guadalajara en el siglo XVIII, (1718-1788)*. Madrid, Universidad Complutense, 2000 (tesis doctoral).

SAMBRICIO, Carlos: "Los orígenes de la vivienda obrera en España", *Arquitectura*, 1981, pp. 65-71.

SAN ANDRÉS CORRAL, Javier, VICENTE ALBARRÁN, Fernando y DE MIGUEL SALANOVA, Santiago: "Metropolitización y reconfiguración de la red urbana del interior: un análisis bidireccional de la relación entre Madrid y su entorno urbano (1880-1935)", *XII Congreso de la ADEH. Porto, 4-7 de septiembre de 2019*.

SAN ANDRÉS CORRAL, Javier: "A la sombra de la capital: las ciudades del hinterland madrileño y sus transformaciones urbanas en el primer tercio del siglo XX", en OTERO CARVAJAL, Luis Enrique y PALLOL TRIGUEROS, Rubén (eds.): *La sociedad urbana... (op. cit.)*, pp. 164-188.

SAN ANDRÉS CORRAL, Javier: "Hacia la ciudad moral: espacios de ocio y sociabilidad popular en la España urbana liberal (1840-1868)", en CASTILLO, Santiago y URÍA, Jorge: *Sociedades y culturas: IX Congreso de Historia Social. Treinta años de la Asociación de Historia social. Comunicaciones. Oviedo, 7-9 de noviembre de 2019*. Oviedo, Asociación de Historia Social, 2019.

SAN ANDRÉS CORRAL, Javier: "Las ciudades intermedias ante el reto de la modernidad: la sociedad de masas y el proceso de urbanización en la España del interior (Guadalajara, 1850-1936)", en PAREJA ALONSO, Arantza (ed.): *El capital humano en el mundo urbano... (op. cit.)*, pp. 101-126.

SÁNCHEZ, Isidro: *La prensa en Castilla-La Mancha: características y estructura (1811-1939)*. Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 1991.

SÁNCHEZ COLLANTES, Sergio: "La construcción simbólica del republicanismo español en el Sexenio Democrático", *Investigaciones Históricas, época moderna y contemporánea*, 37 (2017), pp. 132-174.

SÁNCHEZ COLLANTES, Sergio: "Republicanismo, clientelas y prácticas caciquiles en Asturias durante el siglo XIX", *Historia Contemporánea*, 38 (2009).

SÁNCHEZ COLLANTES, Sergio: "Una visión global sobre el republicanismo en Asturias durante el siglo XIX", *Historia Contemporánea*, 38 (2009), pp. 191-217.

SÁNCHEZ FERRÉ, Josep: "Historia de los balnearios en España. Arquitectura. Patrimonio. Sociedad", en LÓPEZ GETA, Juan Antonio y PINUAGA ESPEJEL, J. L.: *Panorama actual de las aguas minerales y minero-medicinales en España*. Madrid, Instituto Geológico y Minero, 2000, pp. 213-230.

SÁNCHEZ LEÓN, Pablo: *Absolutismo y comunidad. Los orígenes sociales de la guerra de los comuneros de Castilla*. Madrid, Siglo XXI, 1998.

SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo: acción colectiva y organización obrera. Madrid, 1901-1923*. Madrid, Cinca, 2005.

SÁNCHEZ SILVA, Manuel: *Semblanza de los 340 diputados a Cortes que han figurado en la legislatura de 1849 a 1850*. Madrid, Imp. de Gabriel Gil, 1850.

SÁNCHEZ, Isidro: “Rasgos que configuran en presente: estructura económica y social”, en SÁNCHEZ, Isidro: *Castilla-La Mancha contemporánea, 1800-1975*. Madrid, Celeste, 1998, pp. 41-66.

SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Nicolás: “Castilla. El neoarcaísmo agrario, 1830-1930”, en SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Nicolás (comp.): *La modernización económica de España 1830-1930*. Madrid, Alianza, 1985.

SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Nicolás: *Madrid ante la Castilla agraria en el siglo XIX*. Madrid, Ayuntamiento de Madrid-Instituto de Estudios Madrileños., Madrid, 1980.

SÁNCHEZ-LAFUENTE PÉREZ, María Pilar: “La imprenta y el libro en Guadalajara en el siglo XIX”, *Actas de las I Jornadas sobre Patrimonio Bibliográfico en Castilla-La Mancha*. Toledo, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 2004, pp. 121-144.

SANZ GIMENO, Alberto; RAMIRO FARIÑAS, Diego; BERNABEU-MESTRE, Josep; y ROBLES GONZÁLEZ Elena: “El análisis histórico de la mortalidad por causas: problemas y soluciones”, *Revista de Demografía Histórica*, 21, 1 (2003), p. 169.

SANZ MARTÍNEZ, Diego: *El patrimonio cultural y la identidad como factores de desarrollo de la sociedad rural. Prospección de recursos para un turismo cultural en el Señorío de Molina de Aragón (Guadalajara)* (Tesis doctoral). Madrid, Universidad Complutense, 2015. Disponible en: <https://eprints.ucm.es/29403/1/T35939.pdf>.

SANZ MARTÍNEZ, Diego: *Alustante antes de ayer: crónica fotográfica de casi un siglo de historia (1898-1978)*. Valencia, Asociación Cultural Hontanar, 2000.

SARASÚA, Carmen: *Criados, nodrizas y amos: el servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*. Madrid, Siglo XXI, 1998.

SARASÚA, Carmen: *Criados, nodrizas y amos: el servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*. Madrid, Siglo XXI, 1998.

SARTI, Raffaella: “Criados rurales: el caso de Italia desde una perspectiva comparada (siglos XVI al XX)”, *Mundo Agrario*, 18, 39 (2017). Disponible en: <https://doi.org/10.24215/15155994e065>.

SASSEN, Saskia: *Inmigrantes y ciudadanos De las migraciones masivas a la Europa fortaleza*. Madrid, Siglo XXI, 2013.

SCANLON, Geraldine M.: *La polémica feminista en la España contemporánea (1868-1974)*. Madrid, Siglo XXI, 1976.

SCHORSKE, Carl: *La Viena fin de siglo: política y cultura*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2012.

SCOTT, James C.: “Formas cotidianas de rebelión campesina”, *Historia Social*, 28 (1997), 13-39.

SCOTT-MONCRIEFF, Colin Campbell: *Irrigation in Southern Europe: Being the Report of a Tour of Inspection of the Irrigation Works of France, Spain, and Italy, Undertaken in 1867-68 for the Government of India*. Londres, Spon, 1868.

SENADOR GÓMEZ, Julio: *La ciudad castellana: entre todos la matamos*. Barcelona, Minerva, 1919.

- SENNETT, Richard: *Carne y piedra: el cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid, Alianza, 1994.
- SENNETT, Richard: *El artesano*. Barcelona, Anagrama, 2008.
- SENNETT, Richard: *El declive del hombre público*. Barcelona, Anagrama, 2011.
- SERNA, Justo y PONS, Analet: “La escritura y la vida: el notariado y el estudio de las redes personales burguesas en la época isabelina”, *Ayer*, 29 (1998).
- SERRANO ABAD, Susana: “El Bilbao del progreso: gestión municipal y servicios públicos (1876-1920)”, *Historia Contemporánea*, 2015, 52, pp. 139-177.
- SERRANO GARCÍA, Rafael: “Ciudadanía y republicanismo en la España del siglo XIX”, *Ayer*, 77 (2010), pp. 279-298.
- SERRANO, Rafael: *El fin del antiguo régimen, 1808-1868: cultura y vida cotidiana*. Madrid, Síntesis, 2001.
- SHUBERT, Adrian: “En la vanguardia del ocio mercantilizado de masas: la corrida de toros en España, siglos XVIII y XIX”, *Historia Social*, 2001, 41, pp. 113-127.
- SILVESTRE RODRÍGUEZ, Javier: “Inmigraciones interiores e industrialización: el caso de la ciudad de Zaragoza durante el primer tercio del siglo XX”, *Revista de Demografía Histórica*, XXI, 2 (2003).
- SILVESTRE RODRÍGUEZ, Javier: “Viajes de corta distancia: una visión espacial de las migraciones interiores en España, 1877-1930”, *Revista de Historia Económica*, XIX, 2 (2001).
- SIMMEL, Georg: “Las grandes urbes en la vida del espíritu”, en *El individuo y la libertad. Ensayos de Crítica de la cultura*. Barcelona, Península, 1986.
- SIMÓN ARCE, Rafael: “Sociedad y política municipal en el siglo XIX: Alcalá de Henares (1800-1900)”, en NICOLÁS MARÍN, Encarna y GONZÁLEZ MARTÍNEZ, Carmen (eds.): *Ayer en discusión... (op. cit.)*.
- SIMPSON, James: *La agricultura española (1765-1965): la larga siesta*. Madrid, Alianza, 1997.
- SIRINELLI, Jean-François: «L’histoire politique à l’heure du transnational turn : l’agora, la Cité, le monde ... et le temps», *Revue historique*, CCCXIII/2, 658 (2011), pp. 391-408.
- SMITH, C. A.: “Types of city-size distributions: a comparative analysis”, en VAN DER WOUDE, Ad, HAYAMI, Hakura y DE VRIES, Jan (eds.): *Urbanization in history: A Process of Dynamic Interactions*. Clarendon Press, 1990.
- SOLA CORBACHO, Juan Carlos: “El papel de la organización familiar en la dinámica del sector mercantil madrileño a finales del siglo XVIII”, *Historia Social*, 32 (1998).
- SOLANO, Javier: *Guadalajara. Memoria de la ciudad (1800-1936)*. Guadalajara, Nueva Alcarria, 2016.
- SOLER PÉREZ, Francisco: *Los comunes de villa y tierra y especialmente el del Señorío de Molina de Aragón: otras instituciones de derecho consuetudinario y economía popular de la misma comarca*. Madrid, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, 1921, pp.
- SOTO FERNÁNDEZ, David y LANA BERASAIN, José Miguel: “La historia agraria contemporánea española en el claroscuro”, Documentos de trabajo de la Sociedad

Española de Historia Agraria, n. 1.803 (septiembre de 2018). Disponible en: https://www.researchgate.net/publication/327631182_LA_HISTORIA_AGRARIA_CONTEMPORANEA_ESPANOLA_EN_CLAROSCURO.

SUÁREZ CORTINA, Manuel: *El gorro frigio. Liberalismo, Democracia y Republicanismo en la Restauración*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.

TALAMANCO, Juan: *Historia de la Ilustre y leal villa de Orche, Señora de sí misma, con todas las prerrogativas de Señorío, y vassallage* (sic). Madrid, Imprenta del Convento de Nuestra Señora de la Merced, 1748, p. 291.

TARROW, Sidney: *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid, Alianza, 2012.

TATJER, Mercè: “La vivienda popular en el Ensanche de Barcelona”, Scripta Nova, VII, 146 (2003). Disponible en: [http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-146\(021\).htm](http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-146(021).htm).

THOMPSON, E. P.: “Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial”, en Costumbres en común. Barcelona, Crítica, 1995, pp. 395-452

THOMPSON, E. P.: *Costumbres en común*. Barcelona, Crítica, 2001.

THOMPSON, E. P.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Madrid, Capitán Swing, 2013.

TORRES VILLANUEVA, Eugenio: *Ramón de la Sota (1857-1936): un empresario vasco*. Madrid, LID, 1998.

TORRES, Francisco: *Historia de la muy noble ciudad de Guadalajara*. Guadalajara, manuscrito, 1647.

TORTELLA CASARES, Gabriel: *El desarrollo de la España contemporánea: historia económica de los siglos XIX y XX*. Madrid, Alianza, 1994.

TRIGUERO CANO, Ángela: “La persistencia del subdesarrollo agrario”, en PARDO, Miguel R. (coord.): *Historia económica de Castilla-La Mancha*. Madrid, Celeste, 2000, pp. 83-115.

TROITIÑO VINUESA, Miguel Ángel: *Cuenca: evolución y crisis de una ciudad castellana*. Madrid, Editorial Complutense, 1984.

TUÑÓN DE LARA, Manuel: “La burguesía y la formación del bloque de poder oligárquico: 1875-1914”, en *Estudios sobre el siglo XIX español*. Madrid, Siglo XXI, 1972.

UNAMUNO, Miguel: *La tía Tula*. Madrid, Renacimiento, 1921

UNANUMO, Miguel de: *Andanzas y visiones españolas*. Madrid, Renacimiento, 1922.

URÍA, Jorge: “El nacimiento del ocio contemporáneo”, *Historia Social*, 2001, 41, pp. 65-68

URÍA, Jorge: “La taberna. Un espacio multifuncional de sociabilidad popular en la Restauración española”, *Hispania*, 2003, 63 (214), pp. 571-604.

URÍA, Jorge: “Lugares para el ocio. Espacio público y espacios recreativos en la Restauración española”, *Historia Social*, 41 (2001), pp. 89-112.

URÍA, Jorge: “Sociabilidad informal y semiótica de los espacios. Algunas reflexiones de método”, *Studia Historica. Historia contemporánea*, 26 (2008), pp. 177-212.

- UTRERA, Federico: *Memorias de Colombine, la primera periodista*. Madrid, Hijos de Muley-Rubio, 1998.
- VALENZUELA RUBIO, Manuel: “Ciudad y acción municipal: la política de vivienda del Ayuntamiento de Madrid (1868-1978)”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 1978, XV, pp. 327-361.
- VALLE CALZADO, Ángel Ramón: “El mundo rural ante la Desamortización general. Los modelos de la España interior (Ciudad Real, 1855-1910)”, *Historia Contemporánea*, 52 (2015), pp. 105-137.
- VALLVERDÚ i MARTÍ, Robert: *El suport de la Milícia Nacional a la revolució burgesa: el model reusenc (1793-1876)*. Barcelona, Universitat de Barcelona, 1988.
- VÁZQUEZ RAMIL, Raquel: *Mujeres y educación en la España Contemporánea. La Institución Libre de Enseñanza y la Residencia de Señoritas*. Madrid, Akal, 2012.
- VEBLEN, Thorstein: *Teoría de la clase ociosa*. Madrid, Alianza, 2014 [1899].
- VELASCO SÁNCHEZ, Ángel Luis: *Población y sociedad en Guadalajara (siglos XVI-XVII)*. Toledo, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 2011.
- VERNON, James: *Politics and the People: A Study in English Political Culture, 1815-1867*. Cambridge University Press, 1993.
- VICENTE ALBARRÁN, Fernando y DE PEDRO ÁLVAREZ, Cristina: “La modernidad desviada. Sexualidad, prostitución y crimen organizado en el submundo urbano de entreguerras”, en OTERO CARVAJAL, Luis Enrique y PALLOL TRIGUEROS, Rubén (eds.): *La ciudad moderna: sociedad y cultura en España, 1900-1936*. Madrid, Catarata, 2018.
- VICENTE ALBARRÁN, Fernando: “La modernidad deformada. El imaginario de bajos fondos en el proceso de modernización de Madrid (1860-1930)”, *Ayer*, 101 (2016), pp. 213-240.
- VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche Sur: Arganzuela (1860-1931). Los barrios negros*. Madrid, Catarata, 2015.
- VIEJO CANALEJAS, M.: *El taller de Ícaro: historia de la Hispano Aviación (1917-1972)*. Sevilla, Fundación el Monte, 2002.
- VILA PASTOR, Bartolomé: “Orfebres napolitanos en la España del siglo XIX. Una familia de plateros en Tarazona de la Mancha”, *Al-Basit*, 62 (2017), pp. 5-17.
- VILAR, María José: “La adaptación territorial de las diócesis españolas tradicionales a las provincias civiles: el caso del obispado de Cartagena (1851-1957)”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 2003, núm. Extraordinario, pp. 289-303.
- VILLAR, Jesús y VILLAR, Ángel: *Viajeros por la Historia. Extranjeros en Castilla-la Mancha. Guadalajara*. Toledo, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 2006.
- VILCHES, Jorge: *Progreso y libertad: el Partido Progresista en la revolución liberal española*. Madrid, Alianza, 2001.
- VILLAR, Conchi: “Trayectorias laborales femeninas en Barcelona: de la década de 1920 a la actualidad”, *Historia social*, 84 (2016).
- VORMS, Charlotte: “La urbanización marginal del extrarradio de Madrid: una respuesta espontánea al problema de la vivienda. El caso de La Prosperidad (1860-1930)”, *Scripta*

Nova. *Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, 2003, VII, 146
[[www.ub.es/geocrit/sn/sn-146\(013\).htm](http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-146(013).htm)]

WALKOWITZ, Judith: *La ciudad de las pasiones terribles: narraciones sobre peligro sexual en el Londres victoriano*. Madrid, Cátedra, 1995.

WEBER, Max: *Conceptos sociológicos fundamentales*. Madrid, Alianza, 2014.

WIKANDER, Ulla: *De criada a empleada: poder, sexo y división del trabajo (1789-1950)*. Madrid, Siglo XXI, 2016.

WIRTH, Louis: “El urbanismo como modo de vida”, en BASSOLS, Mario, et al. (comps.): *Antología de sociología urbana*. México DF, UNAM, 1988.

ZOLA, Émile: *La conquista de Plassans*. Madrid, Alianza, 2009.

ZOZAYA MONTES, María: *Identidades en juego: formas de representación social del poder de la élite en un espacio de sociabilidad masculino, 1836-1936*. Madrid, Siglo XXI, 2015.

ZULUETA, Carmen: *La España que pudo ser: memorias de una institucionista republicana*. Murcia, Editum, 2000.

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 1.1. Plazuela de la Fábrica en 1841, por Sandalio Sancha	31
Figura 1.2. Plazuela de Santa María, por Pérez Villaamil	35
Figura 1.3. Evolución de la población en Guadalajara (1787-1884)	41
Figura 2.1. Partidos judiciales (1834-1965) y comarcas de la provincia de Guadalajara	94
Figura 2.2. Mapa del Obispado de Sigüenza (c. 1781)	97
Figura 2.3. Desierto de Bolarque, por Salcedo (1884)	101
Figura 2.4. Patrimonio de Andrés Mínguez Bocero (1871)	116
Figura 2.5. Localización de los municipios con asociaciones vecinales de compradores de bienes desamortizados (1859-1882)	118
Figura 2.6. Destino de los bienes de propios de la ciudad de Guadalajara (1860)	127
Figura 2.7. Riqueza rústica y urbana de Diego García Martínez en la ciudad de Guadalajara (1863)	131
Figura 2.8. Riqueza rústica y urbana de José Domingo Udaeta en la ciudad de Guadalajara (1863)	133
Figura 2.9. Palacio de los condes de la Vega del Pozo	135
Figura 2.10. Inventario de bienes de José María Romillo Ferro (1854)	137
Figura 2.11. Contribuyentes con más de 1.000 pesetas de contribución (1884)	139
Figura 2.12. Plano topográfico de la Campiña de Alcalá y Guadalajara	143
Figura 2.13. Inauguración de la Exposición Provincial de Guadalajara (1876)	145
Figura 2.14. Crecimiento demográfico en los pueblos del canal del Henares, en la provincia de Guadalajara (1857-1900)	146
Figura 2.15. Evolución demográfica de los municipios de la provincia de Guadalajara con mayor crecimiento negativo (1842-1900)	148
Figura 2.16. Evolución demográfica de las cabeceras de partidos judiciales y municipios de más de 2.000 habitantes de la provincia de Guadalajara (1842-1900)	150

Figura 2.17. Evolución de la población de la provincia de Guadalajara y tamaño de los municipios	150
Figura 3.1. Evolución de las tasas brutas de natalidad y mortalidad (1860-1930)	159
Figura 3.2. Mortalidad por parroquias y grupos de edad (1841)	161
Figura 3.3. Distribución de la mortalidad causada por la epidemia de cólera (1855)	163
Figura 3.4. Mortalidad de los menores de dos años en la parroquia de San Nicolás, con sus causas, domicilios y extracción social (enero a agosto de 1854)	164
Figura 3.5. Mortalidad por parroquias y grupos de edad (1861)	165
Figura 3.6. Estadística de muertes y sus causas (1863-1866)	166
Figura 3.7. Mortalidad por grupos de edad (1881-1885)	167
Figura 3.8. Tasas de crecimiento acumulado de las capitales de provincia españolas (1857-1910)	170
Figura 3.9. Tasas de crecimiento demográfico intercensal en Guadalajara, comparado con el de Madrid y algunas localidades de la provincia (1860-1910)	171
Figura 3.10. Pirámide de población nativa e inmigrante (1869)	172
Figura 3.11. Municipios de origen de los inmigrantes de la provincia de Guadalajara (1869)	175
Figura 3.12. Formas de inserción familiar de los migrantes de la provincia de Guadalajara y otros orígenes (1869)	176
Figura 3.13. Pirámide de población nativa e inmigrante (1884)	177
Figura 3.14. Principales partidos de origen de los inmigrantes (1869)	179
Figura 3.15. Provincias de origen de los inmigrantes (1869)	180
Figura 3.16. Municipios de origen de los inmigrantes de la provincia de Guadalajara (1884)	181
Figura 3.17. Años de residencia de los inmigrantes desde la confección del padrón (1869, 1884, 1904)	182

Figura 3.18. Principales partidos y territorios de origen de los inmigrantes (1884)	183
Figura 3.19. Provincias de origen de los inmigrantes (1884)	184
Figura 3.20. Flujos de población procedente de Madrid (1869-1884)	185
Figura 3.21. Evolución de la población procedente de los partidos con más inmigrantes (1869-1904)	185
Figura 3.22. Municipios de origen de los migrantes de la provincia de Guadalajara (1904)	186
Figura 3.23. Provincias de origen de los inmigrantes (1904)	188
Figura 3.24. Pirámide de población nativa e inmigrante (1904)	189
Figura 3.25. Tasa de agregación no familiar (1844-1904)	192
Figura 3.26. Clasificación de los hogares en Guadalajara (1844-1904)	193
Figura 3.27. Edad de los novios en los matrimonios celebrados en 1870	195
Figura 3.28. Porcentaje de niñas y niños ilegítimos sobre el total de bautizados en las parroquias de Guadalajara (1841-1870)	197
Figura 3.29. Clasificación socioprofesional de los realquilados (HISCO Major Groups, 1844-1904)	200
Figura 3.30. Relación de los familiares agregados a familias nucleares (1869)	202
Figura 4.1. Iglesias de San Miguel y Santa María, por Valentín Carderera (c. 1837)	205
Figura 4.2. Iglesias de San Esteban (izquierda) y San Andrés (derecha) antes de su demolición, por Valentín Carderera (c. 1837)	211
Figura 4.3. La política de la visualidad: enclaves emblemáticos (c. 1850)	212
Figura 4.4. La muralla de Guadalajara en 1846	216
Figura 4.5. Plano del parque de la Concordia (1880)	221
Figura 4.6. Proyecto de traída de aguas (1862)	223
Figura 4.7. Casa de vecindad proyectada por Quintín Raposo en la plazuela de la Antigua (1864)	234
Figura 4.8. Proyecto de casa de Felisa Cerrada y Luis Martínez Mir en la plazuela de Santa María (1882)	236

Figura 4.9. Casa de vecindad proyectada por Francisco Ríos en la calle Jáudenes (1880)	237
Figura 4.10. Licencias de obra aprobadas por el Ayuntamiento (1875-1898)	238
Figura 4.11. Casas de vecindad para uso propio y de alquiler proyectadas por Antonio Sierra en la calle Barrionuevo Baja (1878 y 1898)	239
Figura 4.12. Casa de vecindad proyectada por José Pastor en la Calle Alvar Fañez (1879)	241
Figura 4.13. Reedificación de la antigua casa de postas por los hermanos Casimiro y Antonio Contera (1898)	242
Figura 4.14. Proyecto de obra de una casa de vecindad para Leandro Delgado en la plazuela de Beladiez (1880)	243
Figura 4.15. Casa para jornaleros proyectada por Isidro Corral (1882)	245
Figura 4.16. Casas de vecindad proyectadas por Isidro Corral en las afueras del arrabal de San Roque (1886)	246
Figura 4.17. Casa de vecindad para jornaleros proyectada por Julián Aragonés en la calle San Roque (1900)	247
Figura 4.18. Proporción de hogares encabezados por jornaleros en cada zona de la ciudad (1869-1884)	250
Figura 4.19. Composición socioprofesional por zonas (HISCO Major Group, 1869)	251
Figura 4.20. Vecindario del inmueble de la Calle Mayor Baja, 22 (1869)	252
Figura 4.21. Precios medios de los alquileres por zonas (1887)	254
Figura 4.22. Localización de las calles con alquileres medios superiores a 15 pesetas al mes (1887)	255
Figura 4.23. Hogares con servicio doméstico por zonas (1884)	256
Figura 4.24. Inventario de bienes de la testamentaria del notario Isidro Monteliú (1868)	258
Figura 4.25. Segregación vertical del espacio residencial: vecindario de la Calle Mayor Alta, 60 (1884)	260
Figura 4.26. Vecindario de un enclave degradado en el casco: el corralón de Dávalos (1884)	262

Figura 4.27. Situación de los arrabales del Alamín, Budierca, Zaragoza y el Agua (1880)	263
Figura 4.28. Calles con los alquileres medios más bajos (1887)	264
Figura 4.29. Distribución de los agentes de vigilancia y los serenos por la ciudad	265
Figura 4.30. Las representaciones de las afueras	267
Figura 4.31. Entorno rururbano de la ciudad de Guadalajara, según los ingenieros militares (1849)	268
Figura 5.1. Clasificación del sector secundario en Guadalajara, Castilla la Nueva y el conjunto de España (1853-1903)	275
Figura 5.2. Estructura empresarial, según la contribución industrial y de comercio (1844-1891)	276
Figura 5.3. Estructura socioprofesional de la población en 1844 (HISCO Major Groups)	280
Figura 5.4. Profesiones más comunes de los varones en 1844 (HISCO Unit Group)	281
Figura 5.5. Anuncios de la sastrería de militar y paisano de Severiano Sardina	283
Figura 5.6. Evolución de la construcción inmobiliaria (1875-1898)	284
Figura 5.7. Salarios anuales de los trabajadores cualificados mejor pagados (1887)	286
Figura 5.8. Estructura socioprofesional de la población masculina en 1854, 1869 y 1884 (HISCO Major Groups)	288
Figura 5.9. Composición de los jornaleros por grupos de edad y procedencia (1884)	289
Figura 5.10. Salarios de los trabajadores agropecuarios (1887)	291
Figura 5.11. Clasificación de los empleados en 1869 y 1884 (trabajadores comprendidos en la categoría HISCO Major Group 3)	294
Figura 5.12. Empleados y profesionales liberales con más de 3.500 pesetas de sueldo anual (1887)	296
Figura 5.13. Distribución generacional de las tasas de ocupación laboral femenina en 1884	301

Figura 5.14. Estructura socioprofesional de la población femenina en 1854, 1869 y 1884 (HISCO Major Groups)	303
Figura 5.15. Distribución de las trabajadoras del servicio doméstico por grupos de edad y procedencia en 1884	305
Figura 5.16. Principales oficios de las mujeres clasificadas por estado civil en 1869	306
Figura 5.17. Principales oficios de las mujeres clasificadas por estado civil en 1884 (HISCO Unit Groups)	308
Figura 5.18. Mujeres trabajadoras con los salarios más altos en 1887	309
Figura 5.19. Estructura socioprofesional en 1904 (HISCO Major Groups)	310
Figura 5.20. Clasificación de los empleados y profesionales liberales pertenecientes a los grupos HISCO Major 1 y 2 en 1904 (HISCO Minor Groups)	312
Figura 5.21. Principales profesiones de los varones en 1904 (HISCO Unit Groups)	313
Figura 5.22. Mayores contribuyentes por cuotas de contribución territorial e industrial y de comercio (1903-1904)	315
Figura 6.1. Plazuela e iglesia de San Gil, por José Pascó (1885)	321
Figura 6.2. Localización de las cinco parroquias de Guadalajara	338
Figura 6.3. Lista de los mayores suscriptores de las juntas parroquiales de beneficencia (1849)	340
Figura 6.4. Tipos y distribución de socorros de la beneficencia municipal por parroquias (1849)	341
Figura 6.5. Raciones repartidas por la beneficencia municipal (1853-1855)	342
Figura 6.6. Ocupación de los acogidos en la Inclusa (1888-1895)	434
Figura 6.7. Pirámide de población de los acogidos en la Inclusa (1884)	345
Figura 6.8. Ubicación de los principales espacios de sociabilidad (1887)	353
Figura 6.9. Anuncio de la Fonda del Norte	355
Figura 6.10. Ubicación de las casas de prostitución en Guadalajara (1892)	357
Figura 6.11. La recepción del cinematógrafo en Guadalajara (1897-1899)	369

Figura 7.1. Resultados de las elecciones de concejales de 1885	392
Figura 7.2. Resultados de las elecciones de concejales de 1889	395
Figura 7.3. Resultados de las elecciones de diputados de 1891	396
Figura 7.4. Resultados de las elecciones de concejales de 1891	399
Figura 7.5. Resultados de las elecciones de concejales de 1895	401
Figura 7.6. Resultados de las elecciones de concejales de 1899	403

